

MONSEÑOR LE CAMUS
OBISPO QUE FUÉ DE LA ROCHELA

LOS ORIGENES DEL
CRISTIANISMO

TRADUCCIÓN DEL Dr. J. B.ª CODINA Y FORMOSA

VI

SEGUNDA PARTE

LA OBRA
DE LOS APÓSTOLES

VOLUMEN TERCERO



Jose Carlos Morales Aguer

Para

157

Jose Carlos 1989

RM68737

LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

BIBLIOTECA APOLOGÉTICA

MONSEÑOR LE CAMUS

Obispo de La Rochela y Saintes

LOS ORÍGENES DEL
CRISTIANISMO

VI

SEGUNDA PARTE

LA OBRA DE LOS APÓSTOLES

VOLUMEN TERCERO

Ἐξελθόντες ἐκήρυξαν πανταχοῦ.
Saliendo predicaron en todas partes.
(*Marcos, XVI, 20.*)

TRADUCCIÓN DE LA 4.^a EDICIÓN FRANCESA

POR EL

Dr. D. Juan B.^a Codina y Formosa, Pbro.

CATEDRÁTICO DE HEBREO Y GRIEGO EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE BARCELONA
Y NUMERARIO DE LA REAL ACADEMIA DE
BUENAS LETRAS

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA

HEREDEROS DE JUAN GILI

Editores CORTES, 581

MCMX

ES PROPIEDAD

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

LA OBRA DE LOS APÓSTOLES
DIFUSIÓN DE LA IGLESIA CRISTIANA

TERCERA PARTE

TERCER VIAJE DE PABLO Y SUS CONSECUENCIAS

SECCIÓN PRIMERA

PABLO REVISAR Y COMPLETAR EL RESULTADO DE SUS PRIMERAS
MISIONES

CAPÍTULO PRIMERO

Los éxitos por Pablo alcanzados habían atraído
á Pedro y Apolo á Corinto

Pedro va á visitar la Iglesia de Corinto.—El judío alejandrino Apolo en Efeso.—Su cultura helénica, su elocuencia, su situación ante el Evangelio.—Priscila y Aquila forman su educación cristiana.—Va á sostener contra los judíos la Iglesia de Corinto.—Género de su predicación y sus éxitos.—Contraste con la palabra popular de Pedro.—Insuficiencia de nuestros datos acerca de los primeros predicadores del Evangelio. (I *Cor.*, 12; III, 22; *Hechos*, XVIII, 22-28.)

Los éxitos por Pablo alcanzados en los países europeos debían mover á los verdaderos mensajeros del Evangelio á seguir sus huellas. Si rarísimas indicaciones no autorizan á precisar los caminos que siguieron, por lo menos es dado creer que hubo, desde aquel momento, un impulso general muy acentuado. Pedro, en particular, parece que tuvo que ir de nuevo á ver con sus propios ojos y consagrar con su presencia la obra de Pablo. Según lo había hecho ya en An-

tioquía, desde que allí se hubo organizado la primera comunidad cristiana, dirigióse, si no á todas las Iglesias fundadas por su incansable colega, por lo menos á Corinto, tan luego tuvo noticia de las consoladoras conquistas alcanzadas en aquella ciudad por el Evangelio de Jesucristo. Esto no pertenece al mundo de las hipótesis; encontramos su demostración, no tan sólo en la epístola que Dionisio de Corinto, por los años de 170, escribió á los romanos ⁽¹⁾, sino en el texto mismo en donde Pablo, dirigiéndose á los corintios, supone que la presencia del Príncipe de los Apóstoles había causado en ellos tan honda impresión, que, dos años después, un partido llevaba su nombre en la metrópoli de Acaya ⁽²⁾.

Esta visita de Pedro á Corinto, no pudiendo colocarse antes de la evangelización de la ciudad por Pablo, que á ella llega sin encontrar huellas de predicadores que se le hubiesen anticipado, ni después de la primera epístola á los fieles de esta ciudad, en la que da la visita como hecho consumado, debió ocurrir tan pronto como Pablo hubo llevado á Jerusalén y á Antioquía las felices nuevas de su apostolado. Todo autoriza á creer que éste instó al Príncipe de los Apóstoles para que fuese á comprobar la vitalidad de su obra. No podía menos de desear enviarle á los gentiles para cosechar allí donde había él sembrado. Su misión propia consistía en desmontar, abrir el surco, arrojar la red, ó plantar, según él mismo dice ⁽³⁾, dejando de buen grado á otros la misión de regar, de recoger ó aun de organizar los frutos de su labor. No penetraba en sus tierras, sino que generosamente les entregaba las que había él fecundado. Ver al Príncipe de los Apóstoles asociarse

(1) Eusebio, *H. E.*, II, 25, 4: *καὶ γὰρ ἀμφω (Pedro y Pablo) καὶ εἰς τὴν ἡμετέραν Κόρινθον φυτεύσαντες ἡμᾶς, ὁμοίως ἐδίδαξαν.*

(2) Sostener que Pedro pudo tener numerosos partidarios en Corinto sin haber estado allí, no es serio. El texto *I Cor.*, 12: *Ἐγὼ μὲν εἰμι Παύλου ἐγὼ δὲ Ἀπολλώ, ἐγὼ δὲ Κηφᾶ*, supone una actividad del tercer personaje tan personal como la de los dos primeros. El cuarto miembro de la frase: *Ἐγὼ δὲ Χριστοῦ*, que debe tomarse en sentido enteramente diverso, como más adelante diremos, no quita nada á nuestro aserto.

(3) *I Cor.*, III, 6.

oficialmente á su misión entre los gentiles, debía parecerle el mejor de sus triunfos.

Corría la época más favorable del año para navegar. Pedro encontró numerosas naves que se dirigían á tierras de Europa, y llegó á Corinto portador de calurosas recomendaciones. Por otra parte, es muy posible que encontrase allí, para recibirle, á Silas, á quien Pablo había dejado en la ciudad, y al cual se asoció, quizá desde aquel momento, como compañero de apostolado ⁽¹⁾, y juntos trabajaron en el desarrollo de la reciente pero importante comunidad cristiana.

Además, otro predicador notable llegaba casi al mismo tiempo. Diremos lo poco que de él sabemos, aunque con el pesar de no poder recoger sino muy deficientemente la verdadera fisonomía de un hombre que parece haber desempeñado importante papel en la Iglesia primitiva.

Llamábase Apolonio ⁽²⁾, nombre que, abreviado, resultaba Apolo, como de Silvano formábase Silas, de Epafrodito Epafras. Originario de Alejandría de Egipto, pertenecía por su nacimiento y educación á la tan floreciente colonia judía establecida, desde Alejandro y sus sucesores, en aquella ciudad, colonia que, con un alabarco á su cabeza, había logrado, por su especial legislación, su influencia y el barrio mismo que ocupaba, formar una especie de Estado dentro del Estado. Cien mil hijos de Israel, agrupados en inmensa y poderosa judería, llamada el Delta, al oriente del Bruqueión, vivían, efectivamente, armados y casi independientes, detentadores de la fortuna pública ⁽³⁾, justiciables tan sólo por su Sanedrín, protegidos por los reyes y los emperadores, cuya política servían, y teniendo en jaque, cuando la necesidad lo pedía, á la misma población griega

(1) *I Pedro*, V, 12.

(2) En el Códice de Beza, Ἀπολλώνιος, y en el manuscrito sinaítico, Ἀπελλῆς. Nótese que el nombre de Apolo era además muy común. Hállasele escrito en griego cursivo en un disco recogido entre tierras cocidas de Tarso. Sozomono, *Hist.*, lib. VI, 29, habla de un monje de Tebaida que, en tiempo de Valentiniano y Valente, llevó aquel nombre.

(3) V. Filón, c. *Flacc.*, § 6, 8; Josefo, *Ant.*, XIV, 10, 1; *B. J.*, XI, 18, 8.

y á sus magistrados. Poseían, no solamente numerosas sinagogas, de las cuales una, la Diapleustón, era el más rico monumento de la ciudad, sino que se habían mezclado con cierto brillo en el movimiento intelectual que daba entonces á la capital de Egipto verdadera fama. Habiendo abandonado, hacía mucho tiempo, su lengua nacional, hablaban la de los nuevos dueños del país, de suerte que, para que los mismos libros sagrados se les hicieran inteligibles, había habido necesidad de traducirlos del hebreo al griego. Naturalmente, había intentado formarse una literatura judío-helénica. Algunos historiadores ⁽¹⁾ trataron de escribir los fastos de Israel imitando á Tucídides, y aun algunos discípulos de las Musas atreviéronse ya á cantar en verso las glorias de Jerusalén y de Siquem ⁽²⁾, ya á transformar en dramas, imitando á los trágicos griegos, algunos incidentes famosos de la historia nacional ⁽³⁾. No fué con gran éxito.

El verdadero punto de contacto entre el helenismo y el judaísmo debía ser la filosofía platónica, y, verdaderamente, Aristóbulo y Filón fueron tanto más partidarios de tal alianza cuanto miraban á Platón como discípulo de Moisés. Para armonizar más fácilmente los Libros Sagrados con los filósofos griegos, debieron recurrir á la explicación alegórica de los hechos bíblicos más embarazosos. Desde entonces, su imaginación brillante y fecunda multiplicó las más raras interpretaciones. En aquella ingeniosa labor, adquirió Filón alto renombre ⁽⁴⁾. Hermano del alabarco Alejandro Lisímaco, fué entre los judíos de Alejandría, á mediados del primer siglo de nuestra era, uno de los hombres

(1) Eupolemos, Artapán, Demetrio, Aristeo, Cleodemo. Véase á Eusebio, *Prep. Ev.*, IX, 17, 39; Clemente Alejandrino, *Strom.*, I, 22; Josefo, c. *Apion*, I, 23.

(2) Un tal Filón, distinto del filósofo, cantó á Jerusalén, V. Eusebio, *Prep. Ev.*, IX, 20, 24, 37, y el samaritano Teodoto glorificó á Siquem. Véase *Prep. Ec.*, IX, 22. Focilides había puesto en verso algunos preceptos del Levítico.

(3) Un autor dramático, Ezequiel, hizo del Éxodo la más extraña tragedia. *Prep. Ev.*, IX, 28, 29; Clemente Alejandrino, *Strom.*, I, 22.

(4) V. Biet, *Essai hist. et crit. sur l'École juive d'Alexandrie*; Sigfrido, *Philo von Alex.*, y Delaunay, *Philon d'Alexandrie*.

más notables por su saber, y de los más influyentes por su palabra. Sábese que condujo á Roma la famosa diputación enviada por los judíos alejandrinos á Calígula. En tiempo de Claudio, apareció de nuevo en la capital del imperio, y, si hemos de dar crédito á Eusebio ⁽¹⁾, leyó, aplaudido por el Senado, su libro irónicamente titulado de las Virtudes, que consistía en una amarga sátira de los vicios del odioso tirano apuñalado por Quereas. Algunos autores eclesiásticos ⁽²⁾ han supuesto que, habiendo trabado relación con Pedro, habíase hecho cristiano. Nada plausible hay que lo demuestre. Los documentos biográficos que acerca de él poseemos son, además, de escasa importancia ⁽³⁾. En cambio, sus escritos, ó por lo menos, los escritos exegéticos, filosóficos y políticos que se le atribuyen, fueron muy considerables.

Quizá en su escuela formóse Apolo. En efecto, el libro de los Hechos dícenos que este judío alejandrino era juntamente sabio y elocuente ⁽⁴⁾. Si se admitiese, con algunos exégetas, que la Epístola á los Hebreos le pertenece, necesario sería afirmar que tomó del sistema de su maestro, en materia de interpretación alegórica, lo que de bueno tenía, renunciando á lo que de exagerado y peligroso ofrecía. Sea de ello lo que fuere, aparecía sobresaliendo en la ciencia escrituraria, la cual sabía y exponía á maravilla. De suerte que su cultura literaria, muy cuidada según se daba en Alejandría, y unida al don natural de la palabra, hacía maestro excepcional y debía aportar un elemento inesperado entre los predicadores de la Buena

(1) Eusebio, *H. E.*, II, 18.

(2) Jerónimo, *Catal. Script. Eccl.* Focio, *Bibl. Cod.* XV.

(3) Filón, *Legat. ad Caium*, I, 22, 28, de *Leg. allegor.*, *passim*; de *Spec. leg.*, II, 1; de *Provid.*, II, 107, Josefo, *Ant.* XVIII, 8, 1; XX, 5, 2. Eusebio, *H. E.*, II, 4. Jerónimo, de *Script. Eccl.*, XI; Focio, *Bibl. Cod.*, CIII, CIV CV, y Suidas en la palabra *Φίλων*.

(4) El calificativo *λόγιος* significa en los autores griegos, ora un hombre de gran saber, así en Herodoto, II, 77: *Αιγυπτίων λογιώτατοι*, y IV, 46; *άνηρ λόγιος*; en Eliano, *H. V.*, XVI, 20, y en Josefo, *B. J.*, VI, 5, 3; ora un hombre que habla bien; así Josefo, *Antiq.*, dice de Judas, hijo de Sarifeo y de Matías, hijo de Margaloth, que eran los más elocuentes; *λογιώτατοι*, entre los judíos; con frecuencia abarca juntos ambos sentidos.

Nueva. No había sido derribado por la gracia como Pablo, pero su alma religiosa buscaba la luz en los Sagrados Libros y comunicaba á los demás sus hallazgos.

¿Cuál era su situación respecto al Evangelio en el momento en que por vez primera aparece en escena? No es fácil precisar. Las indicaciones que da San Lucas ofrecen, efectivamente, alguna obscuridad. Dícese de Apolo que «conocía los caminos del Señor y que, alma ardorosa, predicaba y enseñaba con exactitud lo concerniente á Jesús, á pesar de no conocer sino el bautismo de Juan;» y tan bien lo hacía, que Priscila y Aquila debieron exponerle la doctrina del Evangelio. Los que suponen que había sido, si no discípulo del Precursor, á lo menos, y desde hacía mucho tiempo, iniciado en su predicación tocante á la venida del Mesías, y aun los que le tenían por un cristiano incompleto, chocan contra una dificultad grave. ¿Cómo es dado explicarse que Apolo, de espíritu ferviente ⁽¹⁾, como el texto sagrado afirma, se hubiese detenido en el camino de la verdad y no hubiese tratado de saber lo que había seguido al bautismo y predicación de Juan, ó, si hubiese oído hablar de Jesús, que no estuviese más enterado de su bautismo y de su obra? Vémonos así llevados á admitir—y basta esto para resolver toda objeción—que su iniciación en los caminos del Señor era del todo reciente.

Judío celoso é instruído, debió haber llegado á Éfeso, bien con motivo de sus asuntos—sabido es que los doctores judíos apenas los descuidaban y que su afición al comercio era cuando menos tan viva como su proselitismo religioso,—bien para tomar parte en la marcha intelectual que caracterizaba á aquel centro de cultura helénica. Quizá hacía mucho tiempo que viajaba fuera de su país, visitando las principales ciudades del imperio romano, en calidad de

(1) En tal sentido debe entenderse *ζέων τῷ πνεύματι*, frase reproducida en *Rom.*, XII, 11. Dificilmente se comprendería que, lleno del Espíritu Santo, hubiera ignorado quién era el Espíritu Santo, ateniéndose al bautismo de Juan, como se dice de los discípulos que Pablo encontró en Éfeso, XIX, 2.

comerciante ó como filósofo, permaneciendo así ajeno á lo que de mucho tiempo atrás decíase en Alejandría acerca de Jesús y de su obra ⁽¹⁾. Como quiera que sea, halló en Éfeso judíos que le hablaron de Juan Bautista y de su predicación ⁽²⁾. El sabio rabino relacionó lo que se contaba con lo que leía él en la Escritura, y pensó que los días del Mesías habían verdaderamente llegado ⁽³⁾. Desenvolvendo con tanto ardor de alma como saber las profecías mesiánicas, adhirióse á quienes habían recibido el bautismo de Juan. ¿Llegó el nombre de Jesús á oídos suyos y entró en sus demostraciones? No lo creemos, pues, en tal caso, no se ve lo que Aquila y Priscila hubieran podido enseñarle. El texto, que parece decirlo ⁽⁴⁾, debe, si queremos evitar una contradicción en el relato de San Lucas, entenderse en el sentido de que Apolo predicaba el Mesías anunciado por los profetas, ignorando que tal Mesías hubiese llegado y se llamase Jesús. Sus tesis limitábanse á un estudio teológico meramente especulativo acerca de aquel Rey de Israel que Juan había anunciado, llegando en pos de él, con el harnero en la mano, para limpiar el trigo en el aire. De la historia evangélica, sabía lo mismo que aquellos partidarios del Bautista de quienes habia formado parte

(1) No podemos dejar de asombrarnos al comprobar que personas, por otra parte, muy mezcladas en las inquietudes religiosas de Israel, como Filón, Josefo y ahora Apolo, habían permanecido absolutamente fuera de todo contacto con la predicación del Evangelio. Es manifiesto que el cristianismo tuvo comienzos más modestos y más lentos de los que ordinariamente se cree. Su primera labor hizo-se sin ruido, entre los humildes y los pobres.

(2) Mostraremos en el siguiente capítulo su existencia y su organización en secta que se perpetuó todavía largo tiempo.

(3) Es lo que debe entenderse en estas palabras: *κατηχημένος τὴν ὁδὸν τοῦ Κυρίου*. El camino ó la senda del Señor, es el plan divino de la Redención de Israel por el Mesías, el camino por el cual debe Dios llegar á su pueblo: *Mat.*, III, 3; XXII, 16; *Marc.*, I, 2, 3; XII, 14; *Luc.*, I, 76; III, 4; VII, 27, *Juan*, I, 23; *Act.*, XIII, 10; XVI, 17; XIX, 9, etc.

(4) *Ἐλάλει καὶ ἐδίδασκεν ἀκριβῶς τὰ περὶ τοῦ Ἰησοῦ* sería categórico, si no se dijera, en seguida, que tal enseñanza y tal saber no pasaban del bautismo de Juan, *ἐπιστάμενος μόνον τὸ βάπτισμα Ἰωάννου*. La lección que substituye *Κυρίου ἢ Ἰησοῦ*, según testimonios de alguna autoridad, zanja la dificultad en el sentido por nosotros propuesto, y dispensa de tener que admitir que Apolo, sabiendo de la tesis general acerca de la *senda del Señor*, hubiese entrado en la cuestión personal de Jesús Mesías.

y á quienes Pablo había de instruir y bautizar. No era más cristiano que ellos. Compréndese que, ignorando el cumplimiento final de las profecías, se abstuviese de entrar en cuestión alguna referente á personas y de predicar el reino de Dios realizado. Luego la senda del Señor, en la cual mostrábase instruído, significa sencillamente la ciencia razonada de las esperanzas mesiánicas que vivían, como aspiraciones, en el corazón de sus compatriotas, y, como doctrina establecida por los textos bíblicos, en su mente. Parecíale, según lo que ciertos judíos, discípulos del Precursor establecidos en Éfeso, le revelaban, que tales esperanzas tocaban á su realización, y elocuentemente lo predicaba en la sinagoga.

Priscila y Aquila, como le hubiesen oído, vieron de pronto las esperanzas que cabía fundar en tal hombre. Atrajéronle á sí y reveláronle con mayor exactitud ⁽¹⁾ la senda del Señor, pues, mostrándole punto por punto el cumplimiento de las profecías mesiánicas, fijaron un nombre, una historia, el Mesías llegado, allí en donde Apolo no había visto todavía más que una idea, una tesis, una esperanza, el Mesías venidero. De esa suerte, una mujer y un tejedor hicieron del rabino alejandrino un apóstol del Evangelio.

El historiador sagrado no nos dice cuál fué el santo entusiasmo que se produjo en el alma del ardoroso predicador al relato de la manifestación divina en Israel, de sus primeros frutos y del asalto victorioso dado, un poco en todas partes, al paganismo y á sus idolatrías. Podemos, no obstante, deducirlo de la resolución inmediata tomada por Apolo de ir á continuar, en Corinto, la obra que Pablo tan felizmente había comenzado allí. Priscila y Aquila instruyéronle en lo tocante á los peligros que allí podía correr, por parte de los judíos, la nueva comunidad,

(1) Apolo enseñaba correctamente, *ἀκριβῶς*, lo que sabía respecto del Mesías; mas Priscila y Aquila enseñáronle más correctamente, *ἀκριβέστερον αὐτῷ ἐξέθεντο τὴν τοῦ Θεοῦ δόξαν*, mostrándole los designios misericordiosos de Dios realizados en un Salvador, Jesús de Nazaret.

y acerca de las esperanzas que ofrecía. ¿Parecíale más fácil para inaugurar el apostolado trabajar en terreno ya vigorosamente preparado, al lado de bondadosos colaboradores como Silas y Timoteo, que fundar la Iglesia de Éfeso? ¿Llamábanle inmediatamente á Corinto asuntos personales? ⁽¹⁾ Lo ignoramos. Mas el hecho de haber partido sin esperar la próxima llegada de Pablo, cuando Priscila y Aquila debían haberle hecho ver lo mucho que podía aprovechar conferenciando con él ⁽²⁾, muévenos á creer que algún motivo apremiante le determinó á precipitar su viaje. Los hermanos, es decir, Priscila, Aquila y los de su casa ⁽³⁾, que formaban una pequeña Iglesia y mantenían relaciones con la comunidad cristiana de Corinto, animáronle en su proyecto ⁽⁴⁾ y diéronle cartas de recomendación para los fieles de dicha ciudad ⁽⁵⁾.

Verdaderamente, llegó con gran oportunidad. Los judíos, con su acostumbrada malevolencia, esforzábanse en destruir lo que Pablo había edificado. Apolo ocupóse en refutarlos vigorosamente en públicas conferencias, demostrando, por medio de las Escrituras, que Jesús era el Cristo. De esta manera, con el favor de la gracia de Dios, sirvió de gran auxilio ⁽⁶⁾ á los creyentes, puesto que les

(1) Parafraseando, sin duda, la expresión βουλομένου δὲ αὐτοῦ διελεῖν, el manuscrito D, ó de Beza, ofrece una variante que parece que trata de resolver la dificultad. «Algunos corintios, —dícese en él,—hallándose en Éfeso y habiéndole oído, rogáronle que con ellos fuese á su ciudad. Apolo abundó en su parecer, y los de Efeso escribieron á los discípulos de Corinto que diesen buena acogida al predicador. Habiendo éste llegado á Acaya, sirvió de gran socorro á los fieles, etc.»

(2) *Hechos*, XVIII, 21.

(3) *I Cor.*, XVI, 19, explica quienes eran esos hermanos.

(4) El pensamiento del historiador no aparece claro. No podría decirse con seguridad si la exhortación de los hermanos se dirige á Apolo ó á la comunidad de Corinto, hallándose sobrentendido el régimen después de προτρέψαμενοι. No obstante, teniendo en cuenta precisamente la posición de ese participio colocado antes del sujeto en la frase, nos ha parecido que debíamos creer que la exhortación dirigióse á Apolo.

(5) Pablo, *II Cor.*, III, 1, alude á la clase de recomendación que, usada siempre de sinagoga á sinagoga, *Hechos*, IX, 2, se adoptó bien pronto de Iglesia á Iglesia.

(6) Es el sentido de πολὺ συνεβάλετο. En los autores profanos, συμβάλλεσθαι τινι significa asistir á alguien, prestarle socorro. Jenofon., *Cyrop.*, I, 2, 8; Plutarco, *Puer. Educ.*, 13, 18; 17, 3.

proporcionó medios de defender victoriosamente su fe. Su fecundo ministerio queda calificado por una frase que, en boca de Pablo, es hermoso elogio. Lo que el Apóstol de las gentes había plantado, lo regó Apolo ⁽¹⁾, es decir, que si el uno fundó la Iglesia de Corinto, favoreció el otro su desarrollo bajo la influencia decisiva del Espíritu Santo ⁽²⁾.

No fué tan sólo en el medio judío en donde el nuevo predicador hizo conquistas. La demostración de la misión de Jesucristo por medio de las profecías no podía menos de impresionar vivamente á los oyentes paganos. Su palabra armoniosa, cuidada, elocuente, tenía, además, cuanto se necesitaba para atraer y subyugar á los griegos, literatos delicados y admiradores del bello lenguaje. Parece que Pablo hízole por ello algún reparo cuando, escribiendo á los corintios ⁽³⁾, censura, sin nombrar no obstante á nadie, el empleo de la retórica ó de las disquisiciones filosóficas como medios humanos de persuasión para lograr el triunfo del Evangelio, no siendo dado á la sabiduría del mundo añadir nada á la vigorosa y triunfante elocuencia de la cruz. Sin embargo, tal divergencia en la manera de predicar no impidió la cordial inteligencia de ambos predicadores. Pablo vió sin pesar que Apolo adquiría la estimación y el afecto de los corintios entre Pedro y él ⁽⁴⁾, y que tenía sus partidarios declarados. Por encima de los propagadores del Evangelio, cualesquiera que fuesen, su fe contemplaba al Maestro, que resumía, fecundándolos, los esfuerzos de todos. Así, decía que las entusiastas preferencias públicamente otorgadas á Apolo, á Pedro ó á él, no tenían razón alguna de ser, debiendo pertenecer las almas todas en último término al Señor Jesús.

¡Lástima que el historiador nada nos haya revelado tocante á las relaciones de Apolo con Pedro! El hecho de

(1) *I Cor.*, III, 6: Ἐγὼ ἐφύτευσα, Ἀπολλῶς ἐπότισεν.

(2) La expresión *διὰ τῆς χάριτος* debe entenderse, no del atractivo de los discursos de Apolo, sino de la gracia de Dios que daba incremento á lo plantado por Pablo y que Apolo regaba, según *I Cor.*, III, 6.

(3) *I Cor.*, I, 17; II, 1.

(4) *I Cor.*, I, 12.

que cada uno de ellos tuviera sus partidarios, en el momento en que Pablo escribía su primera epístola á los corintios, esto es, un año próximamente después de la llegada de Apolo á Corinto, supone con seguridad que le siguieron de cerca en aquella ciudad y que simultáneamente evangelizaron su población. Entre la palabra del pescador del lago de Genezaret y la del helenista de Alejandría, debía mediar gran diferencia. Pedro hablaba el griego probablemente bastante mal, como los campesinos de Langüedoc ó de Auvernia hablaban el francés cincuenta años ha. Así, la más antigua tradición dícenos que llevaba consigo un intérprete⁽¹⁾, ó un secretario, encargado de poner en griego más aceptable lo que debía él predicar ó escribir. Pero ejerciendo su apostolado principalmente en las sinagogas, hablaba en ellas preferentemente la lengua de Palestina, aquel arameo que continuaba siendo la lengua nacional hablada en el seno de toda familia judía como recuerdo de la patria ausente. Si se atrevía á emplear la lengua griega, que era la oficial, perdonábansele sus incorrecciones, porque revelaban del más pintoresco modo el origen enteramente judío y aun galileo del predicador. Á su lado, Apolo encantaba, por su retórica y por su conocimiento de las Escrituras, á los más descontentadizos judíos, y atraía, por su fama de elocuente, á los más curiosos gentiles. ¡Tiempos extraños aquellos, en los cuales tantos elementos diferentes se unían de improviso y como por casualidad para llegar al mismo resultado, el establecimiento del reino de Dios! Pablo explica aquella combinación de fuerzas diversas y desemejantes, recordando que Pedro con sus recuerdos personales de la vida de Jesús, Apolo con su exégesis poderosa y el encanto de su palabra, y él mismo con su noción superior del plan divino de la Redención y su apostolado espe-

(1) Sabido es que Marcos es considerado por los autores antiguos como intérprete, *ἐρμηνεύτης*, de Pedro. Véase á Papiás, en Eusebio, *H. E.*, III, 39; Ireneo, *Haeres*, III, 1; X, 6; Tertuliano, *c. Marc.*, IV, 5; Clemente Alejandro, en Eusebio, *H. E.*, II, 14.

cial entre los gentiles, son todos, por igual título y únicamente, para los fieles, en tanto que los fieles son para el Cristo, y que el Cristo es para Dios. Poniendo á Pedro y á Apolo á su mismo nivel, Pablo hace ver la perfecta concordancia de la enseñanza de aquéllos con la suya, y contradice así las fantásticas teorías de la escuela de Tubinga referentes al antagonismo imaginario entre la predicación de Pedro y la suya. Todos trabajaban fraterno y lealmente en igual sentido y para igual fin.

Parece que Pablo visitó, pero muy de prisa⁽¹⁾, la Iglesia de Corinto en el momento mismo en que sus dos colegas en el apostolado la evangelizaban, si es que no fué expresamente á instalar á Pedro allí. Quizá en tal ocasión llevó también á Apolo. Como quiera que sea, encontramos á éste en Éfeso cuando el Apóstol escribe su primera carta á los corintios⁽²⁾. El título de *hermano* que le da hácenos ver las relaciones de buena amistad que unían á ambos predicadores. Su negativa de volver entonces á Corinto, no obstante las instancias de Pablo, sugirió á varios intérpretes la idea de que había abandonado aquella ciudad para que cesaran las demostraciones y suprimir el partido sobradamente ruidoso que en torno suyo se acentuaba. Aquel hombre tan felizmente dotado por la naturaleza parece que fué muy humilde. Así podemos explicarnos que nada suyo nos haya quedado. No es imposible, sin embargo, que sus enseñanzas, inspirándose en la filosofía alejandrina, hubiesen formado escuela en Éfeso, é influído más tarde en el lenguaje teológico adoptado por San Juan. Por última vez, Apolo aparece nombrado por Pablo en su epístola á Tito⁽³⁾, en unión de un doctor de la Ley, Zenas. Recomienda el Apóstol que se provea al viaje de estos dos predicadores, para que nada les falte. Es muy probable que el elocuente mensajero del Evangelio

(1) Más adelante ofreceremos las razones que obligan á que se admita este viaje. II *Cor.*, XII, 14; XIII, 1, 2; I *Cor.*, XVI, 17, 18.

(2) I *Cor.*, XVI, 12.

(3) *Tito*, III, 13.

debía entonces hallarse en Creta, preparándose para emprender alguna misión.

¡Cuán penoso resulta á nuestra fe y á nuestra admiración el entrever apenas esas siluetas de grandes hombres, á manera de sombras indecisas, que cruzan rápidamente por el fondo de un cuadro, sin dejarnos precisar sus trabajos y sus méritos ⁽¹⁾! Por las epístolas de Pablo, vemos que hubo toda una pléyade de obreros evangélicos muy activos y muy influyentes, pero conocidos apenas más que por sus nombres. Sin hablar de todos los Apóstoles propiamente dichos, cuyos trabajos y misiones son para nosotros desesperante interrogación ⁽²⁾, ¡cuántos otros de quienes nada sabemos: Tiquico, Artemas, Zenas, Aristarco, Demas, Erasto, Trófimo, Crescente, Onesíforo, Arquipo, Epafras, Timoteo mismo, Tito, Lucas y Juan Marcos! ¿Por qué el Espíritu Santo no quiso edificarnos más por completo legándonos la historia de su apostolado? ¿Acaso para que mejor comprendamos que, en la transformación del mundo hecha por el Evangelio, no se dió más que un agente eficaz, Él mismo, con sus divinas influencias, y que los hombres allí fueron como nada?

Contentémonos, pues, con admirar, sin saber más de

(1) El pasaje I *Cor.*, IX, 5, en donde Pablo nos representa á los Apóstoles, los hermanos del Señor y Cefas, llevando á todas partes el Evangelio—tal es, en efecto, el sentido del verbo *περιάγειν*,—con una mujer hermana por compañera, es uno de los que revelan, como por casualidad, la actividad general del grupo apostólico.

(2) Es poco probable que hallazgos de manuscritos ó inscripciones auténticas ofrezcan alguna vez esclarecimientos nuevos tocante á la actividad apostólica de cada uno de los Doce. La señora Inés Smith Lewis, incansable en sus investigaciones en el monte Sinaí, acaba de publicar en Cambridge un texto árabe de los Hechos apócrifos de los Apóstoles.

Es la traducción de un antiquísimo original copto. Léese en él que San Andrés habría ejercido su ministerio apostólico entre los kurdos; que el apóstol Felipe habría evangelizado el Africa y muerto en Cartagena; que Bartolomé habría escogido por teatro de sus trabajos el gran Oasis del desierto africano; que Marcos habría sido apóstol del Egipto, en tanto que Mateo, predicando á los persas, habría sido, después de su martirio, entregado como pasto á las aves de rapiña. Todos esos pormenores, y otros concernientes á San Lucas y á Tomás el Gemelo identificado con Judas, no hacen más que aumentar las dificultades y comprometer lo poco que se creía saber tocante á cada uno de esos personajes.

ellos, á esos mensajeros de la Buena Nueva, convertidos en generosísimos, dóciles é incansables instrumentos de la gracia divina. Bajo su acción victoriosa cruzaban en todas direcciones aquel mar de Grecia, de azuladas y rojas ondas, para llevar á Acaya, á Macedonia, al Asia Menor, á Siria, á las islas, á todas partes, del Oriente al Occidente, del Mediodía al Septentrión, hasta Epiro, Dalmacia, Italia, Galia y España, la semilla evangélica. Luego, volvían dichosos y triunfantes al punto central de donde partía el gran movimiento apostólico, Jerusalén, y principalmente Antioquía, para referir allí sus victorias y sus esperanzas. Así, las abejas, habiendo hallado campos propicios para su labor, invítanse mutuamente, con sus idas y venidas, á volar hacia los valles en donde cogerán la miel que habrá de llenar la colmena y regocijará al padre de familia, dueño del enjambre. Por poco que la historia nos haya referido de ellos, podemos creer que hubo, en aquella primera hora de la evangelización del mundo, una efervescencia, un ímpetu, una actividad incomparables. Lo que se refería de los éxitos de un apóstol excitaba el celo de todos. Así, el reducido ejército de Jesucristo daba el asalto general al paganismo, poderoso y formidable como el imperio romano que lo personificaba.

CAPÍTULO II

Pablo en Éfeso

Partida de Antioquía y visita á las Iglesias de Galacia y de Frigia.—Llega Pablo á Efeso.—Los discípulos de Juan Bautista rebautizados reciben el Espíritu Santo.—Ante la hostilidad de los judíos, abandona el Apóstol la sinagoga y enseña en la escuela de Tirano.—Su vida de obrero y de predicador.—Éxito general del Evangelio.—Milagros en nombre de Jesús.—Falsos taumaturgos castigados.—Libros de sortilegio quemados.—Progreso de la fe.—(*Hechos*, XVIII, 23; XIX, 1-20).

El mismo Pablo no se había detenido mucho tiempo en Antioquía. Hechas sus comunicaciones á la Iglesia, y reconfortada su alma en aquel medio simpático y afectuoso, volvió á partir para darse nuevamente á su labor. Quizá fué Tito el compañero que se asoció en aquella nueva expedición. De todos modos, muy pronto volveremos á encontrar á su lado aquel discípulo perdido de vista después del concilio de Jerusalén.

San Lucas, dirigiendo sucesivamente ⁽¹⁾ al Apóstol á Galacia y á Frigia para llegar á Éfeso, indica que emprendió el camino por Cilicia y los desfiladeros del Tauro. Si pone las tierras de Galacia al sur de Frigia,—lo cual es incontestable, puesto que, según él, Pablo, viniendo de Antioquía, las cruza en seguida—síguese, como hemos dicho en otra parte, que, por Galacia, debe entenderse, no las tierras de los gálatas propiamente dichos, sino la provincia romana de este nombre, con las ciudades que, en sus fronteras occidentales, habíanle sido unidas en tiempo de Augusto ⁽²⁾. Allí fué en donde, desde su primer viaje de

(1) Sírvase de la expresión *καθεξῆς*, *Act.*, XVIII, 23.

(2) La expresión *Γαλατικὴν χώραν* muestra bien que se trata no de la primitiva Galacia, sino de las tierras limítrofes que se le habían anexionado. Esto confirma plenamente nuestra tesis referente al sentido que Pablo daba á las palabras gálatas y Galacia.

misionero, había establecido Pablo, de acuerdo con Bernabé, las florecientes Iglesias de que hemos hablado. Agrádele volver á verlas para animar su desarrollo.

Según todas las probabilidades, desde Antioquía pasó á Tarso, en donde hizo su primera parada, y desde su patria, como en su anterior viaje ⁽¹⁾, á las comunidades cristianas de Cilicia. Allí había hecho en otro tiempo sus primeras conquistas, antes de inaugurar su ministerio entre los gentiles, y había quedado unido por el corazón y por el alma á aquellas primicias de su apostolado. La persistencia en los trabajos era una de las grandes fuerzas de aquel valiente propagador del Evangelio. No perdiendo nunca de vista lo que había establecido y dejaba incompleto tras de sí, afanábase, mediante sus epístolas ó sus visitas, en sostenerlo, en organizarlo, en desarrollarlo. Por donde quiera que había sembrado, volvía para comprobar los progresos de la récolección. Desterraba la zizafia y fecundaba el buen grano fecundándolo con nuevo rocío. Es lo que el historiador llama fortalecer á los discipulos en la fe y en la virtud ⁽²⁾.

De Tarso, pasó á Derbe, en donde se asoció probablemente un nuevo compañero de apostolado, Gayo ⁽³⁾. Listria, Iconio, Antioquía de Pisidia, quizá también algunas ciudades de la Galacia propiamente dicha, volvieron á ver, una tras otra, y no sin verdadero provecho, á su padre en la fe. Pablo complacíase en visitar estos medios en donde recogía simpatías y afecto fortalecedores. Desde su severa epístola á los Gálatas, corroborada por los decretos de la asamblea de Jerusalén, el partido de los judaizantes había quedado allí sin influencia, y, en todo caso, merced á sus renovadas visitas, el Apóstol acababa de aniquilarlo. Intentando, acaso, hacerse perdonar los implacables golpes que le había inferido y sus audacias contra la Ley, púsose á pedir en favor de los fieles de Jerusalén. Pormenor inte-

(1) *Hechos*, XV, 41.

(2) *Ibid.*, XVIII, 23: ἐπιστηρίζων πάντας τοὺς μαθητάς.

(3) *Ibid.*, XX, 4: καὶ Γάϊος Δερβιανός.

resante que debe notarse y que nos deja ver lo que había de eminentemente práctico en su grande alma: había imaginado lo que hoy llamamos cotización semanal. El primer día de la semana, cada cual, en la medida de sus fuerzas, debía reservar algo, y poner lo acumulado á la disposición de quienes fueran á recogerlo. Por más que esta precisa indicación no se hiciese sino tocante á las comunidades de Europa, todo hace creer que no de otra manera sucedió con las de Asia ⁽¹⁾. Así, mediante su caridad, las Iglesias de origen pagano hallábanse unidas fraternalmente con la Iglesia madre de Jerusalén, y sus corazones iban periódicamente allí á testificar con su dinero, la perfecta comunión de fe y de amor que se trataba de mantener entre ellas.

En el precedente viaje, vimos que el Espíritu de Dios disuadió á Pablo de su propósito de penetrar en la provincia de Asia. Consistía el plan divino en que el Evangelio fuese en seguida á tomar puesto en Europa, sin perjuicio de volver sobre sus pasos para conquistar, á su hora, los países que, al parecer, había al principio descuidado. De Corinto á Antioquía, y con mayor razón á Jerusalén, había, desfilando por la costa del Mediterráneo, muy largo trecho. El punto natural de enlace por donde Asia debía unirse á Europa era Éfeso. Los conquistadores cristianos veíanse, pues, invitados á establecer allí nuevo cuartel general. Así, partiendo de Galacia hacia el Occidente, entró Pablo en Frigia. Había pasado ya por allí y fundado algunas Iglesias, ya que, según el historiador sagrado, ocupóse en esta ocasión en confirmarlas en sus creencias ⁽²⁾. ¿Qué Iglesias eran estas? Sin duda las de las ciudades de Frigia con las que tendrá Pablo más tarde relaciones epistolares y de las cuales se trató en otra parte: Colosas, Laodicea y Hierápolis.

Dos grandes vías partían de la Galacia inferior, Pisidia,

(1) I *Cor.*, XVI, 1-2.

(2) *Hech.*, XVIII, 23.

Licaonia y Frigia, á Éfeso, uniendo la tierra alta ⁽¹⁾, como la llama el libro de los Hechos, con las orillas del mar: la una, desembocando por Filadelfia en el valle del Hermo, atravesaba las cimas del Tmolo, no lejos de Sardes, y tocaba las orillas del Caístro; la otra, pasando por Apamea Cibotos, seguía el curso Lico y el Meandro en la dilatada llanura oblonga y poblada de grandes ciudades que se extiende al norte del monte Cadmo. Hémoslas recorrido ambas ⁽²⁾. La última era la más directa para quien, viniendo de Iconio ó de Antioquía, quisiera ir á Éfeso. Llegábase á esta metrópoli más allá de Tralles y de Magnesia del Meandro, en la extremidad occidental del monte Mesogis. Pero antes pasábase por Colosas, Laodicea y Hierápolis, las mismas ciudades en donde, como acabamos de decir, parece que Pablo quiso asegurar los frutos de su primer apostolado. No debió permanecer allí mucho tiempo.

Esperábasele con impaciencia en Éfeso, en donde Priscila y Aquila habían sostenido el entusiasmo suscitado, algunos meses antes, á causa de su brevísima estancia. Su llegada sería un acontecimiento en aquella ciudad de devotos supersticiosos, de desocupados inteligentes, de personas de todas las nacionalidades, frívolos, curiosos, atareados, y siempre en busca de agradables novedades, así en religión como en filosofía ó en literatura. En tan importante centro debía abrirse gran puerta para el Evangelio ⁽³⁾. La metrópoli de la provincia de Asia estaba llamada á ser la tercera capital del cristianismo naciente.

Pablo se encontró desde el primer momento con un grupo de discípulos de Juan Bautista. Quizá fuéronle presentados por Priscila y su marido como elemento ya dispuesto para recibir la Buena Nueva. Lícito es, no obstante, admirarse de que ni aquella cristiana pareja, ni Apolo,

(1) La expresión τὰ ἄνωτικά μέρη empleáase ordinariamente para indicar el interior del país, las alturas de donde bajaban los grandes ríos hacia los distritos cerca del mar y en donde las tierras eran relativamente mucho más bajas.

(2) Véase nuestro *Voyage aux Sept Églises de l'Apocalypse*.

(3) I Cor., XVI, 9.

instruido y convertido en resuelto predicador cristiano, no los hubiesen ya iniciado por completo en las doctrinas fundamentales de la religión cristiana. ¿Tratábase acaso de un grupo enteramente alejado del medio en donde Priscila, Aquila y Apolo habían brillado, ó aun de refractarios que obstinadamente habían querido atenerse á lo que del Precursor habíaseles dicho? La dificultad no es de fácil solución. De hecho, y gracias á sus aspiraciones, hallábanse en los umbrales de la Iglesia, pero sin haber entrado en ella. La presencia casual de creyentes apenas esbozados en una ciudad como Éfeso constituiría algo extraño, si no se supiera hasta qué punto los hijos de Israel habían llegado á ser incansables cosmopolitas. Ahora bien, sus ideas religiosas acompañábanlos en sus peregrinaciones. Acudiendo de todas partes adonde su despierta codicia sospechaba un interés material que realizar, llevaban, no solamente el libro de la Ley para su edificación, sino también sus prejuicios teológicos más recientes y sus preferencias en favor de la secta palestiniiana que los había cautivado. Con incansable proselitismo, sembraban todo esto en su camino ⁽¹⁾. Uno de los discípulos de Juan Bautista, que había visto los comienzos y no el fin de la agitación religiosa provocada por el Precursor, habíase complacido en hacer participar á otros su esperanza de un muy próximo advenimiento del Mesías. Como prenda de la próxima admisión en el reino, hasta había él administrado el bautismo á los adeptos que había conquistado, y tras esto, habíase sostenido el grupo, formando una especie de pequeña iglesia, en la cual la esperanza constituía el lazo principal de los corazones. Pablo, anunciando al Mesías, debió sentirse satisfecho de encontrar, desde el primer momento, personas que le consideraban como el término de sus esperanzas. La historia de Apolo ganado ya al Evangelio después de haber formado parte de aquellos singulares creyentes, le llevó hasta suponer que eran cristianos.

(1) Véase en Josefo *Antiq.*, XX, 2, 4, la historia de Izates, hijo de Helena de Adiabena.

El título de discípulos ⁽¹⁾ que se les daba, acaso porque Priscila y Aquila se habían cuidado preferentemente de ellos, ó porque formaban grupo aparte, más próximo á los cristianos que á los judíos, explica bastante naturalmente su error. Dirigióse, pues, á ellos en estos términos: «Cuando abrazasteis la fe, ¿recibisteis el Espíritu Santo?» En el pensamiento del Apóstol, debe haber concomitancia entre la venida del Espíritu Santo y el acto de fe en aquellos que se declaran partidarios del Evangelio ⁽²⁾. Su mucha experiencia busca en vano en los prosélitos que se le presentan la huella de los múltiples dones del Espíritu, que transforman al hombre entero y dan á su alma una vida, á su palabra un acento, á su ser un aire excepcionales ⁽³⁾. Por esta razón los interroga. La respuesta deja ver que había motivo para formular la pregunta. «Ni siquiera hemos oído decir—exclaman,—que haya un Espíritu Santo.» Para explicarse de tal suerte, necesario era venir del paganismo, y aunque el silencio de San Lucas tocante al origen israelita de aquellas personas no pareciese decisivo argumento ⁽⁴⁾, su absoluta ignorancia respecto del Espíritu Santo y la desenvoltura con que lo afirman, zanjaría por completo la cuestión. No había un solo hijo de la Ley que no hubiese oído hablar del *Ruaj Elohim* ó del Espíritu de Dios, que incubaba las aguas en el principio del mundo ⁽⁵⁾, y que comunicaba después al hombre la vida ⁽⁶⁾, la inteligencia superior ⁽⁷⁾, la visión profética ⁽⁸⁾; Espíritu cuya efusión en los tiempos del

(1) La palabra *μαθητάς* unida á *πιστεύσαντες* en la línea siguiente autoriza tal hipótesis.

(2) Los dos verbos *ἐλάβετε* y *πιστεύσαντες* están en aoristo ambos.

(3) Es lo que se llama, *I Cor.*, XII, 7: *φανέρωσις τοῦ Πνεύματος*.

(4) Hase notado, con razón, que, en esa parte del libro de los Hechos en donde refiere las conquistas del Evangelio entre los paganos, el historiador sagrado señala, cuantas veces se da ocasión, la procedencia judía, de los personajes que aparecen en escena. Véase *Act.*, XIII, 6; XVI, 1; XVIII, 2, 24.

(5) *Gen.*, 1, 2.

(6) *Job.*, XXVII, 3; XXXIII, 4.

(7) *Gén.*, XLI, 38; *Deuter.*, XXXIV, 9.

(8) *Núm.*, XXIV, 2; *IV Reg.*, II, 9; *Ezeq.*, II, 2; XI, 5; *Nehem.*, IX, 20.

Mesías, debía sembrar la justicia, la santidad, la paz, el consuelo por toda la tierra ⁽¹⁾. Los trabajos más recientes de la literatura nacional hablaban de aquel Espíritu que llenaba el mundo, bajando de lo alto de los cielos para dar al hombre la noción de Dios ⁽²⁾, y Filón le representaba como la misma sabiduría divina, siempre perfecta, completa, una, indivisible, comunicándose sin empobrecerse, y derramando sus luces sin perder nada de su verdad ó de su ciencia eterna é infinita ⁽³⁾.

Aquellos buenos efesios pertenecían al número de las almas inquietas que, algo en todas partes, aun en medio de los paganos, aspiraban á la renovación general de la humanidad. Advertidos por algunos discípulos del Bautista de que un libertador iba á inaugurarla, habíanse inscrito de los primeros para tener parte en ella. El bautismo en nombre del Precursor habíales parecido deseable como rito preparatorio para recibir al mismo Mesías. Es lo que sencillísimamente dicen á Pablo cuando los interroga.

El hecho es que no conocen el Espíritu Santo, haciendo sospechoso al Apóstol el bautismo que afirman haber recibido: «¿Pues en qué ⁽⁴⁾—díceles,—habéis sido bautizados?» ¿Cuál fué su objeto, su designio, su deseo, aceptando el agua lustral, puesto que, no sabiendo nada del Espíritu Santo, no podían aspirar á su comunicación por el acto ceremonial cumplido? «En el bautismo de Juan»—respondieron.— Los ingenuos neófitos no sabían más. Conmovido por su sencillez y por sus buenas disposiciones, Pablo comenzó en seguida á instruirlos: «Juan—díjoles,—bautizó con el bautismo de penitencia, invitando al pueblo á que creyese en aquel que iba á llegar después de él, es decir, en Jesús.» La tesis por él desarrollada, y de la cual no tenemos aquí más que el punto de partida, hálla-

(1) *Is.*, XI, 2; XLII, 1; LXI, 1; etc.; *Joel*, II, 28, etc.

(2) *Sabid.*, I, 7; IX, 17. (*)

(3) Véase á Filón, lib. *de Gigant.*, V.

(4) Es el sentido exacto del texto: *eis tí*, confirmado por la respuesta: *eis tò 'Ιωάννου βάπτισμα*.

(*) Algunos de estos textos no se refieren al Espíritu Santo.— N. del T.

se completamente indicada. Los discípulos que se le presentan están en el camino de la salvación, pero todavía no participan de ella. El bautismo de Juan era un bautismo de preparación para la regeneración moral, mas no la regeneración misma. Ésta debía venir al mundo traída por el Mesías que iba á llegar, y Juan no tenía otra misión que preparar los caminos á este Mesías. Por eso administraba su bautismo. Habiendo llegado el Mesías, el bautismo de Juan era enteramente inútil.

Pablo debió explicar entonces quién era el Mesías y desarrollar todo su Evangelio. Debemos creer que su ardiente palabra cautivó en seguida á aquellos amigos de la verdad. Entre ésta y las almas rectas existe cierta armonía preestablecida. Renunciando, pues, á su bautismo, en adelante inútil y sin eficacia, los discípulos hicieron bautizar en nombre del Señor Jesús ⁽¹⁾, es decir, del bautismo instituído por Jesucristo, del que se administraba en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ahora bien, luego que Pablo hubo impuesto las manos, he aquí que en ellos produjéronse idénticos fenómenos á los que habían señalado la conversión de Cornelio y de su familia en Cesárea ⁽²⁾, fenómenos que recordaban la transformación de los mismos Apóstoles en el día de Pentecostés. El Espíritu Santo bajó sobre los neófitos y removié profundamente sus almas, de suerte que pusieron á profetizar, es decir, á dar cuenta, con gran elevación de sentimiento y de pensamiento, de lo que en ellos ocurría, y á expresarse en nuevas lenguas. Eran doce. Como este número hace

(1) Ser bautizado en nombre de Jesús, en nombre de Pablo, es recibir el bautismo tal como Jesús y Pablo lo prescribieron, en nombre de la Santísima Trinidad.

(2) Con la diferencia de que en Cesárea produjéronse antes de la administración del bautismo, para acabar de convencer á Pedro de que no debía temer el recibir á Cornelio y á los suyos en la Iglesia, mientras que en Éfeso, el bautismo precedió regularmente á la efusión del Espíritu, ya que Pablo no tenía necesidad de ser excitado para abrir los brazos á los gentiles. Esta efusión visible y milagrosa del Espíritu Santo parece que fué frecuente en aquel tiempo. *Gálatas*, III, 5, hace alusión á ella, y en *Corinto*, según veremos, tales efectos hallábanse en estado permanente.

recordar el de las tribus de Israel ó el de los miembros del Colegio Apostólico, hase querido ver, en esta conversión común, una especie de delegación simbólica de las naciones viniendo en masa al Evangelio, algo así como los herederos inesperados de Abraham y de los patriarcas surgiendo en masa de las piedras por tanto tiempo estériles del gentilismo. La relación puede ser arbitraria; lo que hay de cierto es que los doce nuevos discípulos pusieron á hablar en lenguas hasta entonces para ellos desconocidas, inaugurando así, como había ocurrido el día de Pentecostés, la futura universalidad de la Iglesia, y profetizando la unión de todos los pueblos en un solo redil en el fin de los tiempos. Esos doce bautizados, unidos á los de la casa de Priscila y de Aquila, fueron los primeros elementos de la joven comunidad de Éfeso.

Tan felices comienzos eran á propósito para excitar el celo de Pablo. No obstante, sin cambiar en nada su manera acostumbrada de proceder, en la sinagoga, es decir, en medio de sus compatriotas, fué donde quiso primeramente predicar. Como siempre, dejaronle éstos exponer libremente sus doctrinas, enteramente dispuestos á echársele encima en el momento en que claramente comprobasen lo que, desde su punto de vista, podían ellas tener de antijudío y de revolucionario.

Durante tres meses—nunca sus adversarios habíanle soportado tanto tiempo, y debemos creer que dió pruebas de verdadera moderación de lenguaje,—habló Pablo con gran energía ⁽¹⁾ ante los hijos de Israel que iban á oírle. El reino de Dios era el tema corriente de sus discursos. Mantúvose, ciertamente, desde el comienzo, en la tesis general de las profecías mesiánicas, desarrolladas con incontestable saber exegético. Pero necesario fué llegar á las conclusiones y demostrar ⁽²⁾ que todas se habían cumpli-

(1) El mismo verbo *παρηγοιάζομαι* que, *Hech.*, XVIII, 26, había servido para caracterizar la predicación de Apolo, hállase empleado para caracterizar aquí la de Pablo. Ambos hablaban con fuego y sin temor.

(2) Todo eso hállase indicado por las palabras *διαλεγόμενος και πείθων*.

do en Jesucristo. Aquí estaba precisamente la piedra de escándalo. En Éfeso, como en otras partes, la repugnancia en admitir un Mesías humillado y sin poder humano era viva en las almas judías, y fácilmente sentíanse movidos á escandalizarse de quien pretendiese mostrar en un crucificado al Mesías de Israel. Formóse un partido de oposición obstinada y perversa. Públicamente, es decir, en plena sinagoga, levantáronse algunos para maldecir el camino del Señor ⁽¹⁾. Pablo no quiso tolerar tal escándalo. Su fe no consentía que Jesús fuese ultrajado. No pudiendo quitar la palabra á quienes blasfemaban, abrazó el partido de retirarse, como había hecho en Corinto, llevándose consigo á cuantos había convencido, á fin de separarlos de los sacrílegos insultadores. En una de las escuelas públicas de Éfeso ⁽²⁾, un profesor de retórica ó de filosofía, Tirano ⁽³⁾, tenía una sala de estudios ⁽⁴⁾. Por consideración al Apóstol, ó por interés, mediante una cantidad de dinero, púsola á disposición del predicador. Dió éste allí diariamente conferencias públicas, y los griegos, con más libertad que en la sinagoga, iban á escucharle. Duró esto dos años ⁽⁵⁾, durante los cuales produjéronse sin duda inciden-

(1) Esta expresión *ἡ ὁδὸς τοῦ Κυρίου* ó simplemente *ἡ ὁδὸς*, que, después del versículo 25 del capítulo XVIII, aparece con insistencia, en la pluma del historiador, significa invariablemente el camino abierto al hombre para recobrar á Dios, en otros términos, la religión cristiana.

(2) Hemos visitado las ruinas de tres de ellas: la escuela de Opistolepro, frecuentada principalmente en invierno, la que había junto al teatro, y la grandiosa cerca del puerto romano. Encuéntrase allí todavía el plano de las amplias salas en hemicíclo, en donde los sofistas y los retóricos daban sus lecciones. Véase *Notre Voyage aux Pays Bibliques*, t. III, p. 135, 138, etc., y *Les Sept Églises de l'Apocalypse*, p. 125 y sig.

(3) Este nombre era bastante conocido entre los romanos; encontrámosle *II Mac.*, IV, 40; Josefo, *Antiq.*, XVI, 10, 3; Apolod., II, 4, 5; Bæckh, *Corp. inscript.*, 1732. Esnidas habla de un sofista de este nombre que había publicado diez libros acerca de las *Pausas* y *la división del discurso*. Desgraciadamente el lexicógrafo no ofrece indicación alguna de tiempo ó de lugar que permita identificar ese personaje con el del libro de los Hechos.

(4) La palabra *σχολή* en los autores griegos, Dionisio de Hal., *Jud. Isoer.*, I; *De vi Dem.*, 44, y con frecuencia en Plutarco, entiéndese del lugar en donde un maestro enseña. Siendo Tirano griego de nombre y de profesión, no hay para que soñar, digan lo que quieran algunos, en una de las sinagogas privadas, *Beth midrasch*, que un judío habría ofrecido á Pablo.

(5) Esta cifra de dos, *διετία*, no estando conforme con la de tres, *τριετία*,

tes de consideración, pero de los cuales nada nos dice el historiador sagrado.

Pablo, ciertamente, resumirá más tarde por sí mismo, al despedirse de los ancianos de Éfeso, la historia de su actividad en la metrópoli de Asia, y algunas indicaciones, recogidas en la epístola por él escrita en aquella ciudad á los fieles de Corinto, acabarán de ayudarnos á reconstituir en parte lo que San Lucas, por modo tan lamentable, dejó de consignar en su libro ⁽¹⁾.

Hemos advertido que Priscila y Aquila hallábanse siempre en Éfeso. Como en Corinto, el Apóstol habitó con ellos ⁽²⁾, y trabajó por cuenta de los mismos. Las tiendas de campaña fabricadas en esta parte del Asia Menor gozaban de gran fama entre los antiguos, y sábase que los efesios votaron una para el vanidoso Alcibíades á fin de mostrarle su admiración ⁽³⁾. Sin embargo, los negocios de aquellos pobres artesanos judíos no debían andar muy prósperos. Pablo dice que con sus propias manos trabajó porfiadamente para atender á sus necesidades y á las de sus compañeros ⁽⁴⁾, sin lograr, no obstante, conseguir otra cosa que sufrir el hambre, la sed, la carencia de vestidos ⁽⁵⁾. Debemos, pues, representarnos la vida apostólica, aun en un centro rico é importante como Éfeso, como vida de pobres personas, en la que el mismo que repartía el pan de verdad á la multitud debía comenzar por ganar con el sudor de su rostro el pan material de cada día. Esto dista mucho de nuestra moderna sociedad, en la cual el más pequeño personaje, haciendo algún ruido con su palabra y sus doctrinas, encuentra siempre amigos que se disputan el honor de subvenir á su sostén. Sin embargo, tal fué

que Pablo empleará, *Hechos*, XX, 31, para indicar la duración de su apostolado en Efeso, debe entenderse tan sólo del tiempo en que el Apóstol fué admitido á enseñar en la escuela de Tirano.

(1) Podría parecer que ese modo de expresarse lastima el sentido que se da á la noción de inspiración; pero, seguramente, el autor, tan digno de respeto, no lo intentó.—N. del T.

(2) *I Cor.*, XVI, 19.

(3) Plutarco, *Alcibíades*, XII; Ateneo, XII, 47.

(4) *Hech.*, XX, 34.—(5) *I Cor.*, IV, 11 y sig.

la existencia precaria y penosa de todos los primeros predicadores del Evangelio. Dirigiánse al pueblo bajo ⁽¹⁾, á gente sin recursos materiales, á humildes de quienes no querían sino el alma y la salvación. Lícito es también creer que entre ellos había el propósito de no aceptar nada para sí-mismos, á fin de inspirar la más elevada idea de una enseñanza que nadie era suficientemente rico para pagar. Pablo reivindicará resueltamente el derecho al sustento para todo apóstol ⁽²⁾, pero el ejercicio de tal derecho, lo repudiará ⁽³⁾ personalmente, pensando con el Maestro que siempre vale más dar que recibir ⁽⁴⁾. Y, no obstante, no escaseaba su trabajo, pues, como él mismo nos lo enseña, predicaba día y noche ⁽⁵⁾, á todos, judíos y gentiles, en público cuando podía, de casa en casa cuando otro auditorio no encontraba ⁽⁶⁾. Con toda su alma recomendaba á cada cual que hiciese penitencia ante Dios y que tuviese fe en el Salvador Jesucristo. Cuando no bastaban sus argumentos, rogaba con lágrimas ⁽⁷⁾. Así, no obstante todas las dificultades que le suscitaron los judíos ⁽⁸⁾, grandes fueron los frutos de su apostolado. En Éfeso mismo, pasados tres años, hubo algunas comunidades cristianas, puesto que allí había numerosos presbíteros y algunos obispos ⁽⁹⁾. De la metrópoli, extendióse el Evangelio por toda la provincia de Asia. Las gentes atraídas allí ora por las fiestas, numerosísimas ⁽¹⁰⁾, ora por el comercio, muy activo entre el Oriente y el Occidente, ora por las relaciones de negocios ó de familia, todos querían oír á Pablo, y, lo más frecuentemente, convencidos por su ardiente palabra, regresaban, lo mismo los judíos que los griegos, á su

(1) I Cor., I, 2, 8.

(2) *Ibid.*, IX, 4-14.

(3) *Ibid.*, IX, 15.

(4) *Hechos*, XX, 35.

(5) *Ibid.*, XX, 31.

(6) *Ibid.*, XX, 20.

(7) *Ibid.*, XX, 31.

(8) *Ibid.*, XX, 19.

(9) *Ibid.*, XX, 17, 28.

(10) V. el *Corpus Inscrip. graec.*, n.º 2954. La enumeración es considerable: Artemisia, Panionia, Balbilia, CECumenica, etc., etc.

país, convertidos en adalides y predicadores de la Buena Nueva. Quizá organizó también el Apóstol misiones especiales con los compañeros que le rodeaban, Tito, Timoteo, Aquila, Erasto, Aristarco, Gayo. De cualquier manera, pocas ciudades hubo en el Asia proconsular en donde no fuese anunciado el nombre de Jesucristo. Probablemente á esta época de gran actividad apostólica debe referirse la fundación de la mayor parte de las Iglesias que Juan encontró más tarde florecientes en toda la provincia y cuyo papel debía ser de consideración en la historia de nuestros orígenes cristianos.

En razón del celo inteligente y activo desplegado por Pablo, su influencia tornábase mayor de día en día. Observa San Lucas, además, que á Dios habíale placido obrar, por sus manos, milagros extraordinarios ⁽¹⁾. El plan providencial consistía, seguramente, en desacreditar, mediante abrumador paralelo, los falsos milagros que multiplicaban en la gran ciudad una multitud de magos y hechiceros muy estimados del pueblo. La voga que habían sabido conquistarse, el temperamento, más oriental que helénico, de los efesios, la concurrencia perpetua de los devotos en torno del templo de Artemis, eran una mina para aquellos aventureros que de mil maneras explotaban la pública credulidad. No tendría nada de imposible que el famoso Apolonio de Tiana hubiese pasado á Éfeso por aquella época ⁽²⁾. Como quiera que sea, sabemos que se tenía fe ciega en el poder de ciertas palabras para alejar las enfermedades, triunfar de un enemigo, conjurar un peligro, y aun hacer fortuna ⁽³⁾. Pronunciábanse ó llevábanse escri-

(1) El historiador indica cuidadosamente que tales milagros procedían de Dios, lo cual basta para resolver las dificultades que se pretendió encontrar en ese pasaje. No eran prodigios cualesquiera los que obraba, *δυνάμεις οὐ τὰς τυχεύσας*, tales como los de los exorcistas judíos, vers. 13, sino obras excepcionalmente milagrosas. Véase acerca de tal locución, Jenofonte, *Memor.*, I, 1, 14; I, 5, 6; III, 9, 10; Plutarco, *P. E.*, V, 14; II, 1; y comúnmente los autores profanos, en los cuales, como aquí, hállase empleada en forma de litote.

(2) Véase á Filostrato, *Vida de Apolonio*, al final.

(3) Diogeniano, el gramático de Heraclea, *Prov.*, 78, define así aquellas

tas tales palabras como amuletos, y su combinación, establecida con arreglo á los libros que expresamente trataban de ello, no podía dejar de obrar maravillas. Pronto veremos la importancia, como libros y como valor venal, de las elucubraciones emprendidas en esta extraña materia.

Demostró Pablo que la fe de los discípulos del Evangelio era por modo muy distinto segura y más fácilmente triunfante que todos aquellos ridículos sortilegios. Permi-tiéndolo Dios, y en nombre de Jesucristo, multiplicaba su mano los prodigios, y los prodigios más sorprendentes. La multitud le creyó representante de una fuerza superior, y verdaderamente hombre de Dios. Como aumentara el entusiasmo, vióse en el taller de Aquila, fabricante de tiendas de campaña, que los efesios se disputaban los pañuelos y los delantales ⁽¹⁾ que habían servido para enjugar el rostro y manos del tejedor taumaturgo. Aplicábenselos á los enfermos y quedaban curados, á los poseídos y quedaban liber-tados. El poder milagroso de Pablo, que en realidad no era otro que el de Dios, acompañaba á tales objetos, y, respon-diendo al acto de fe de quienes los llevaban, obraba prodigios. ¿Sabía el Apóstol que se disputaban de esta manera las telas que habían tocado su cuerpo y se prestaba á tan piadosas prácticas? Es poco probable; su consentimiento en los milagros solicitados no era, por otra parte, necesá-rio. La multitud dirigíase al Dios de Pablo, mostrándole los pañuelos penetrados por el sudor del obrero apostóli-co, y Dios, concediendo las curaciones pedidas, daba su

fórmulas mágicas: Ἐφέσια γράμματα ἐπιβάλλει τινες ἦσαν, ἃς οἱ φρονότες ἐντικῶν ἐν παντί. Así, según el decir de otro gramático, Eustatio, *ad Hom. Odys.*, I, 34 creíase que Creso, en la hoguera, había debido su salvación á uno de tales amuletos, y que en un combate en los Juegos Olímpicos, luchando un efesio con un milesiano, había sido invencible mientras tuvo consigo un huesecillo con las famosas palabras conjurando la derrota; cuando se le privó de él, mordió el polvo treinta veces seguidas.

(1) Las dos palabras empleadas *σοῦδάρια* y *σικκινθία*, pertenecen á la lengua latina. La primera, *sudarium*, corresponde á nuestro término pañuelo. Servía para enjugarse el sudor. La segunda, *semicinctium*, que, atado á la cintura, cubría, como la palabra lo dice, la mitad del cuerpo, significa el delantal de que se sirven los obreros para enjugarse las manos principal-mente. Véase Marcial, *Epigr.*, XIV, 151.

más auténtica aprobación á la doctrina del predicador.

Éxito tal debía provocar la superchería de sacrílegos imitadores. De entre los judíos fué de donde salieron. Los hijos de Israel habían tenido siempre natural propensión á ocuparse en hechicerías ⁽¹⁾, sea que su temperamento moral así lo exigiera, sea que tal arte les permitiese lucrarse buenas ganancias explotando la superstición de la gente sencilla. Asegúrase ⁽²⁾ que, para ser miembro del Sane-drín, se requería estar iniciado algún tanto en aquella ciencia oculta; era el medio á propósito para juzgar con conocimiento de causa á los magos llevados al augusto tribunal. Á través de las grandes ciudades del imperio, hallábase con frecuencia judíos que, merced á su arte, lograban las más extrañas fortunas. Mario tuvo una profetisa judía, llamada Marta, que le seguía en la guerra y le dictaba sus planes de campaña ⁽³⁾. Pompeyo y César ⁽⁴⁾ pedían á los adivinos de Caldea oráculos, y en medio de aquellos hechiceros del Oriente, Tiberio, en su roca de Caprea, interrogaba lo por venir ⁽⁵⁾. Elimas, á quien hemos encontrado junto á Sergio Paulo, era judío. El procurador Félix había hecho de un hechicero israelita, llegado de la isla de Chipre, su amigo y su compañero ⁽⁶⁾. Entre los diversos géneros de magia, el que con preferencia explotaban los judíos era el exorcismo. Atribuían á los malos espíritus las enfermedades físicas ó morales de los hombres, y creíanse capaces de curarlas suprimiendo, mediante la expulsión de los demonios, su causa productora. Jesús dice que había en Judea algunos hombres de su tiempo que se entregaban á tales exorcismos ⁽⁷⁾. Josefo refiere que tal

(1) No obstante habíaseles prohibido severamente: *Exod.*, XXII, 18; *Lev.*, XX, 27; *Deuter.*, XVIII, 10; I *Reyes*, XXVIII, 3, 9.

(2) Ligthfoot, *in Math.*, XXIV, 24, citando á *Maimon. Sahhedr.*, capítulo II, y numerosos hechos en apoyo.

(3) Véase á Niebuhr, *Lect.*, vol. I, p. 363.

(4) Cicerón, *Div.*, II, 47; Juvenal, *Sat.*, VI, 553.

(5) Juvenal, *Sat.*, X, 93.

(6) *Bell. Iud.*, XX, 7, 2.

(7) *Mat.*, XII, 27: «Si yo lanzo los demonios en virtud de Beelzebub, ¿en virtud de quién los lanzan vuestros hijos?»

ciencia ó tal poder extendido entre los hijos de Israel venía de Salomón ⁽¹⁾. Este, permitiéndolo Dios, había dado las fórmulas de tales omnipotentes encantos ⁽²⁾. Todavía hoy, los fascinadores de serpientes y otros fautores de prodigios que hemos encontrado en Oriente invocan ante todo al cheik Salomón. Por lo tanto, nada más natural que encontrar exorcistas judíos, calificados por San Lucas de ambulantes, en una ciudad como Éfeso tan explotada por la hechicería.

Y aun siete de ellos eran de muy buena familia, pues tenían por padre á un tal Esceva ⁽³⁾, quien, como jefe de clase sacerdotal, y aun como sumo sacerdote ⁽⁴⁾ acciden-

(1) *Antiq.*, VIII, 2, 5, el historiador judío, apreciando la ciencia extraordinaria del gran rey, supone, efectivamente, que éste conoció y transmitió el arte *τέχνη*, de expulsar los demonios y de curar los enfermos á sus contemporáneos. Refiere que vió entre tantos otros, á un judío, Eleazar, libertar algunos poseídos poniendo sobre su nariz una sortija que en su engarce encerraba una de las raíces indicadas por Salomón. En un momento, el exorcista obligaba al demonio á salir del enfermo, quien al punto caía en tierra bajo la sacudida de la emoción. Josefo precisa que Eleazar, empleando las adjuraciones mismas atribuidas á Salomón, impedía que el demonio volviese á la persona de tal suerte libertada. Tales experimentos hicieron en presencia de Vespasiano y sus soldados. Para mejor mostrar á todos su poder directo sobre el demonio, el exorcista hacía colocar á alguna distancia un vaso lleno de agua y ordenaba al demonio que lo volcase al salir, y el demonio lo volcaba.

(2) La palabra cabalística más en voga, *Abracadabra*, que se disponía de diversas maneras, pareció venir de *barac*, en hebreo bendecir, y de *dabar*, palabra, añadiéndole *ab*, padre. Muy probablemente, las fórmulas de exorcismo todavía empleadas, en el siglo VI de nuestra era, por el famoso médico Alejandro de Tralles, para combatir la gota: «Te conjuro por el gran nombre 'Ιαώ, Σαβαώθ, 'Αδωναί, Ελωί», no eran sino los antiguos encantamientos de los judíos que habían en tiempos anteriores recorrido el país. Su procedimiento para curar la fiebre, á saber, llevar al cuello una hoja de olivo cogida antes de la salida del sol y en la cual se hallaban escritas con tinta estas tres sílabas *κα, ραι, α*, trae á la memoria los amuletos de Efeso. Véanse sus escritos, *Libri XII de remediis*.

(3) Este nombre de Esceva estaba tomado, como tantos otros, de los romanos. En otro lugar hemos visto que tal era la moda entre los judíos que vivían fuera de Palestina. Un centurión muy valeroso del ejército de César llamábase Escoeva. V. Apiano, *Bell. Civ.*, II, 60. La epístola XVII del lib. 1, en Horacio, está dirigida á un personaje de igual nombre. Hallábase, pues, bastante extendido en los comienzos del imperio.

(4) Es calificado de *ἀρχιερεύς*, lo cual significa ordinariamente el sumo jefe de la religión en Jerusalén. Como en Josefo no se encuentra sumo sacerdote alguno con tal nombre, creyóse que aquí tratábase únicamente de uno de los jefes de las veinticuatro clases sacerdotales. Este parecer es el

tal—sucedíanse entonces muy rápidamente en Jerusalén—parece haber ejercido cierto papel entre los judíos. Posible es que exorcistas de tan elevada calidad sacasen algún provecho ejerciendo tan singular profesión, puesto que colectivamente los siete hermanos habíanse dedicado á ella. Débese, por otra parte, hacerles la justicia de que trataban de verificarlo cada vez mejor. Así, habiendo visto que la invocación del nombre de Jesús empleada por Pablo lo podía todo tratándose de enfermos y poseos, quisieron recurrir á ella. Pero la mejor de las armas no es verdaderamente buena sino en manos de quien sabe manejarla. Para mandar eficazmente en nombre del Salvador, requeríase primeramente creer en el Salvador. No era este el caso de los exorcistas. Por eso les resultó mal. Habiendo, efectivamente, pretendido curar á un poseso, y habiendo dicho al espíritu maligno: «¡Conjúrote por Jesús á quien Pablo predica!», el espíritu contestó: «Conozco á Jesús y sé quien es Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois (1)?» Y habiéndose el poseso lanzado contra ellos (2), los echó por tierra y de tal suerte los trató, que hubieron de huir, desgarrado el vestido, casi desnudos y acribillados á golpes, de la casa en donde habían entrado.

El incidente hizo mucho ruido en la ciudad, así en el elemento griego como en la colonia judía. La diferencia entre el poder de Pablo y el de los exorcistas no requería más demostración. Santo terror imponíase á todos, y glorificábase públicamente el nombre del Señor Jesús á quien los

más probable, por más que Esceva pudo verse citado en Josefo con su nombre judío y no con su nombre adoptado.

(1) Debe notarse en la respuesta del demonio la diferencia que establece entre *γινώσκω* y *ἐπινοῶμαι*, indicando el primero de esos dos verbos el concepto más profundo que de Jesús tiene, y el segundo la noción más superficial que tiene de Pablo. La interrogación: *ὑμεῖς δὲ τίνας ἐστέ*, llena está de desprecio y de reproche para quienes se atreven á invocar un nombre sin derecho para ello, y que se exponen al más humillante fracaso.

(2) Los mejores manuscritos dicen *ἀμφοτέρων* en vez de *αὐτῶν*, y supónese que solamente dos de los siete hijos de Esceva fueron de aquella suerte maltratados, no habiendo tomado los otros parte en el exorcismo. No obstante, no se ve en el texto que cinco se hubiesen abstenido. Ewald cree que *ἀμφοτέρων* debe estar en género neutro y que el poseso arremetía con pies y

hijos de Esceva no habían podido invocar impunemente. Los que de repente se declaraban cristianos, ó aun los que desde mucho tiempo lo eran ⁽¹⁾, sin haber, no obstante, renunciado á su afición por la magia—y no había pocos,—hubieron de confesar y declarar humildemente sus supersticiosos hábitos. Muchos de los que habían ejercido las artes mágicas, presentando en seguida sus libros ó sus embolismos, quemábanlos ante todo el mundo. Debían ser muchos, puesto que, luego que la pública ejecución de aquellos extraños manuales hubo terminado, juzgóse que se habían quemado por valor de cincuenta mil piezas de plata. Suponiendo que simplemente se tratase de dracmas ⁽²⁾—era la moneda corriente en el país,—su evaluación llegaría á 44.000 pesetas próximamente, lo cual era una bonita suma. Pero sábese que los libros en general, y particularmente los que enseñaban las ciencias secretas, vendíanse entonces á muy subido precio, sea porque tales manuscritos eran de difícil reproducción, sea porque, como todo lo que es misterioso, eran muy buscados. Su crecido número se explica por el hecho de que todo el mundo se apasionaba en Éfeso por aquellos supuestos misterios de hechicería ⁽³⁾.

manos, á la cabeza y piernas, por ambos lados á la vez; pero el historiador habría dicho: ἀπ' ἀμφοτέρων ὁ ἀμφοτέρωθεν.

(1) El participio pasado πεπιστευκόντων debe entenderse indistintamente de todos los que, antes ó después del suceso, se habían declarado por Jesucristo.

(2) Es completamente natural suponer que la evaluación se hizo según la moneda usada en la provincia romana de Asia, y que la dracma se redujo al valor del denario romano. V. Dió Casio, LV, 23; LVI, 32; LIX, 2.

(3) Hemos encontrado en el bazar de Esmirna reproducciones modernas de antiguos amuletos. Véndense allí todavía corrientemente pequeños huesillos y alhajas que llevan la suerte con el nombre de los siete durmientes. Los libros quemados por los efesios debían ser recetas particulares de hechicería y combinaciones de las palabras mágicas que, según Eustatio, *Odis.*, XIV, hallábanse escritos en formas enigmáticas en la corona, cintura y pies de la estatua de Artemis. Hesiquio, en la palabra Ἐφέσια γράμματα, nos ha conservado los seis nombres fatídicos que, desde el principio fueron base de todas las combinaciones empleadas en los encantamientos, y, de cualquiera manera, pues que no pertenecen á lengua alguna conocida, ofrece el sentido tal como lo encontramos además en Clemente de Alejandría, *Strom.*, V, 8: Ἄσκι (las tinieblas), Κάτασκι (la luz), Αἰξ (la tierra), Τέτραξ (el año), Δαμναμενεός

Aquel soberbio auto de fe ocurrió probablemente en el ágora, ó por lo menos, en un lugar á propósito para tal ejecución. El pueblo, que de ello fué testigo, quedó naturalmente muy impresionado con la gran lección que recibía. Debíó hacer graves reflexiones tocante á la inanidad de sus falsas devociones, así proclamada por los mismos que se echaban en cara el haber sido harto tiempo engañados con ellas. La consecuencia fué—dice el historiador sagrado,—que la palabra del Señor se propagó y se fortaleció cada vez más en la ciudad y en el país.

(el sol), *Ασιν* (la verdad). Plutarco, *Símpos.*, VII, 5, 4, dice que los mágicos hacían aprender y repetir por los posesos estas famosas *Ephesia grammata*.

CAPÍTULO III

Graves incidentes en la Iglesia de Corinto

Laguna evidente en el libro de los Hechos. — Revueltas y desórdenes en la Iglesia de Corinto. — La Epístola magistral que provocan, en sus grandes líneas. — Dirección y acciones de gracias. — Evitar las divisiones. — Lo que debe ser la predicación apostólica. — El caso del incestuoso de Corinto. — Nada de procesos ante los tribunales paganos. — Viciosos é impúdicos. — Matrimonio y celibato. — Viandas ofrecidas á los ídolos. — Actitud de las mujeres en la Iglesia. — Los ágapes y la Eucaristía. — Los dones espirituales y su respectiva utilidad. — Elogio de la caridad. — La resurrección de los muertos. — Recomendaciones finales y saludos. — Fracaso de la epístola. — Súbita presentación de Pablo en Corinto. — Vuelta á Efeso. (*I Cor.*, I-XVI).

El autor del libro de los Hechos habiendo dedicado apenas una página para decirnos lo ocurrido durante los tres años ⁽¹⁾ de permanencia de Pablo en Éfeso, y no refiriendo además en dicha página sino dos incidentes, el de los discípulos de Juan hechos cristianos, y el de los falsos taurmurgos confundidos y de los libros de hechicería quemados, obligáanos á buscar en otra parte otras indicaciones para completar lo que es tan visiblemente insuficiente. No obstante, pónenos al corriente de los proyectos generales de Pablo, que quería ir á Macedonia, á Acaya y desde allí á Jerusalén. «Después de lo cual—decía él,—necesito ver á Roma.» Esto es importante, porque encontramos en esas dos líneas un punto de apoyo para legitimar las hipótesis de diversos viajes á los cuales aluden las Epístolas á los corintios.

(1) Este lapso de tiempo descompónese en el libro de los Hechos en tres meses de predicación en la sinagoga, *Hech.*, XIX, 8, dos años en la sala del retórico Tirano, *Hech.*, XIX, 10, é indeterminado número de meses (*ἐπέσχε χρόνον*) entre el incidente de los hijos de Esceva y la partida para Acaya, *Hech.*, XIX, 22.

Dé hecho, el Apóstol había enviado á Macedonia, para prepararle el camino, á Timoteo y á Erasto, dos de sus auxiliares, por los cuales muy pronto le veremos inquietarse. Sin embargo, no pudo reunírseles, como lo había esperado. Ellos, por otra parte, no fueron tan pronto á Acaya. Ahora bien, ocurrían, en Corinto, desórdenes bastante graves para poner en peligro el porvenir de una Iglesia cuyos comienzos habían sido tan consoladores. Por las dos Epístolas de Pablo á esta amada comunidad, podemos más ó menos darnos cuenta de ello.

Después de su salida de Corinto, llegaron allí, como hemos dicho, otros predicadores, y la grey se acreció notablemente. ¿Acaso los últimos convertidos no valían tanto como los primeros? Sabido es, por otra parte, que el número pone en peligro la calidad. La abigarrada población de la gran ciudad marítima era fácil de conmover y aun de persuadir en un momento dado; pero, como todos los que han vivido largo tiempo la vida de los sentidos, impresionable y sin firmeza, volvía á sus antiguos hábitos tan fácilmente como, en un buen movimiento, había tratado de desprenderse de ellos. Las pasiones groseras, permitiéndose cínicamente libre curso en tal medio, eran, para los convertidos, perpetuo peligro. La frívola curiosidad y la natural versatilidad del temperamento helénico, buscando siempre la novedad en materia de emociones para el alma como para el cuerpo, constituían otro peligro no menos grave. En un pueblo tan naturalmente apasionado, el espíritu de partido, de cábala, de facción, debía imponerse, no solamente en los juegos del circo, las luchas del estadio, ó las discusiones del ágora, sino aun en la cuestión religiosa, que llegó á ser, desde la predicación de Pablo, la gran cuestión del día. Llegó Apolo, y con hermosa elocuencia, que no desdeñaba ni la exhibición de la ciencia exegética ni los encantos de la forma oratoria, conquistóse admiradores. Llegó Pedro, á su vez, á evangelizar la colonia judía, con acento más nacional, y ella, encontrando en él algo menos hostil á sus antiguos pre-

juicios de raza, habíase manifestado especialísimamente satisfecha de su apostolado. Tal vez cada agrupación había tratado de desarrollarse, admitiendo con mucha facilidad nuevos adeptos. De ahí general flojedad y particulares defecciones capaces de comprometerlo todo en el seno de la naciente Iglesia. Los jefes de la comunidad ó los ancianos, enérgicos adeptos de las doctrinas de Pablo, de sus recomendaciones y del éxito de su obra, habíanse impresionado con el peligro. Habían escrito al Apóstol una primera carta preguntándole lo que debía ordenarse respecto de los que, después de haber hecho profesión de cristianismo, volvían á caer en los vicios más detestables. Pablo, en una respuesta ⁽¹⁾, que no ha llegado á nosotros,

(1) Segurísimamente hubo entre Pablo y la Iglesia de Corinto una correspondencia más copiosa que nuestras dos Epístolas canónicas. El pasaje *I Cor.*, V, 9: Ἐγραψα ὑμῖν ἐν τῇ ἐπιστολῇ, no puede entenderse sino de una Epístola anterior á la escrita, ya que la llama *la* Epístola que vosotros sabéis, ἐν τῇ, κ. τ. λ. En la que escribe en aquel momento, nada dice todavía de la actitud que debe tomarse respecto de los impuros ó de los viciosos. Trátase, pues, de una solución por él dada por escrito, Ἐγραψα, á un asunto propuesto sin duda por carta, de lo que quiere hablar. Llega hasta rectificar, vers. 10 y 11, el sentido falso dado á su respuesta. Esa epístola y probablemente también otra, comp. *II Cor.*, VII, 8, desaparecieron muy pronto, ya porque careciese de importancia la una, y fuese humillante y penosa la otra para los corintios. No obstante, en las antiguas Biblias armenias encuéntrase una carta de los corintios á San Pablo y la respuesta de éste á los corintios. Esta carta hasta habría sido comentada por San Efrén; véase la edición de las obras de este doctor, trad. Armenia, Venecia, 1836, tomo III, p. 116-123. El hecho de no existir esas dos piezas sino en armenio y de no haber sido nunca mencionadas por escritores griegos ó latinos, dejaba suponer que eran obra de algún falsario siríaco ansioso de combatir con armas apostólicas la herejía de Bardesano, muy extendida en Oriente hacia el comienzo del siglo III.

Mas en 1890, M. S. Berger encontró en la biblioteca ambrosiana de Milán un manuscrito del siglo X procedente del pueblo de Biasca; en él, á continuación del texto de la Biblia según la Vulgata, en el folio 169, después de la Epístola á los hebreos, aparecen la carta de los corintios á Pablo, la respuesta de Pablo á los corintios, lo mismo que la epístola á los de Laodicea. Estos tres escritos en latín son traducción de un texto griego que fué el original de donde procedió la versión armenia. Este mismo texto fué muy probablemente tomado de los Hechos de San Pablo, mencionados por Orígenes, y que quizás fueron escritos en el siglo segundo. Así lo supone Zahn, *Geschichte des N. T. Kan.* Estéfana y los más ancianos de la Iglesia de Corinto, Dafino, Eubolo, Teófilo y Zenón, dan cuenta á Pablo de las doctrinas impías que dos predicadores, Simón y Cleobio, enseñan en Corinto respecto de los profetas cuya autoridad rechazan, de Dios, de quien niegan la acción creadora, de la resurrección de la carne, en la cual no creen,

porque, poco lisonjera para los corintios, parecía no deber conservarse, había prescrito que se rompiesen todas las relaciones con aquellos falsos hermanos, indicándoles así que no es dado á la vez estar al lado de los malos y continuar sirviendo á Jesucristo. Tal decisión, lejos de cortar las dificultades, no hizo más que acentuarlas. Desde luego los mejor dispuestos, entendiéndola mal, preguntáronse si era formal, puesto que parecía que de nada menos se trataba que de separar á los fieles del resto del mundo. ¿No es impuro todo el mundo? Luego necesario sería ponerse, según San Pablo, fuera de la humanidad misma. Los otros, casi excomulgados por los verdaderos fieles, trataron de constituirse en grupos separados, en partidos hostiles, tomando los unos un título, y los otros otro. Esto originó penosa tirantez y desorden peligroso. Pablo recibió aviso de ello por la familia de la señora Cloe que había llegado de Corinto á Éfeso. Refiriéronle, y enviados especiales, Estéfana, Fortunato y Acaico, confirmaron, con una carta demostrativa, cuanto ocurría en punto á desorden y agitación en los espíritus. No era tan sólo la invasión de la inmoralidad tolerada en la Iglesia, sino que el mismo Pablo era atacado en su manera de predicar y de proceder, en su dignidad y en sus derechos de Apóstol; era el judaísmo palestiniiano que resucitaba con sus prejuicios, uniéndose á la ligereza presuntuosa del espíritu griego para batir en brecha la obra del verdadero fundador de la comunidad corintia; eran falsas apreciaciones tocan-

y, finalmente, de Jesús, de quien dicen que no nació en carne de la Virgen María. Suplican al Apóstol que vaya pronto á Corinto á confundir á tales insensatos. En su respuesta, Pablo trata de esos diversos puntos, principalmente de la venida de Jesucristo en verdadera carne, y de la resurrección de los fieles. Recomienda que se aparten de semejantes hombres, hijos, no de justicia, sino de cólera. Verdaderamente, el falsario que inventó la carta no tenía suficiente capacidad para imitar á San Pablo, ni aun de muy lejos. Los *Acta Pauli*, según el manuscrito copto de la biblioteca de Heidelberg, que M. Carl Schmid acaba de publicar en Leipzig, 1904, de conformidad con los fragmentos recientemente comprados á un negociante de antigüedades de Achmim, traen, en las p. 45-50, la tercera carta de Pablo á los corintios y la de los corintios á Pablo, y concuerdan con las que se hallaban en las obras de San Efrén.

te al estado de matrimonio y de celibato; graves abusos que se deslizaban en las cosas más santas, tal como la celebración de la Cena ó la manifestación de los dones del Espíritu Santo, y ofrecían mil ocasiones para que surgiesen las más peligrosas pasiones humanas, el orgullo, los celos, la intemperancia, el egoísmo. Había dado á Timoteo la misión de reemplazarle para amonestar al que conviniera, pero Timoteo era joven y tímido. Habiendo pasado por Macedonia, parecía temer el hacer frente á los adversarios á quienes debía someter.

Tales consideraciones, unidas á una serie de cuestiones propuestas, que había que resolver, acerca de los procesos entre cristianos, el uso de las viandas que habían servido para los sacrificios idolátricos, la actitud de las mujeres en la asamblea, la resurrección de los muertos, motivaron la extensa é importante Epístola que vamos á leer. Fué dictada á Sostenes, compañero ó por lo menos, secretario de Pablo en aquel momento. No tenemos, en toda la literatura apostólica, pieza más documentada que esta referente al movimiento religioso que, á través de la más extraña mezcla de miserias humanas y de elevación sobrenatural, trabajó las comunidades cristianas á poco de su fundación. Esta Epístola es, aun desde este punto de vista, tan señaladamente viva y completa que á juicio de la crítica más subversiva, lleva en sí la incontestable demostración de su autenticidad. Requeríase, efectivamente, vivir en medio de aquella actividad nueva y prodigiosa de las Iglesias nacientes para describir tan minuciosamente y hacer como tangible á las edades venideras la labor del Espíritu Santo poniendo en fusión los elementos múltiples de generosidad y de degradación que el paganismo ofrecía y logrando sacar de allí la sociedad ideal llamada por el Apóstol la bella y gloriosa esposa de Jesucristo. Añadamos que únicamente la autoridad y la caridad de Pablo podían juntar, con la nota implacablemente severa que domina en tal escrito, los acentos de exquisita ternura que obligaron á los destinatarios á guardarla como un

timbre de gloria, no obstante haber sido escrita al parecer para humillarlos y mortificarlos.

Ante estas pruebas decisivas de autenticidad, hácese superfluo evocar los testimonios que le prestan nuestros más antiguos autores eclesiásticos ⁽¹⁾, ó aun realzar las coincidencias de pormenor que en ella se encuentran, como por casualidad, con las indicaciones del libro de los Hechos ⁽²⁾. Leamos respetuosamente y con amor esas páginas de las cuales fluye, á través de los más diversos asuntos, incomparable soplo de vida y de verdad. No resultarán sobrado largas á las almas que quieren respirar el ambiente reconfortante del primitivo cristianismo:

«PABLO, LLAMADO APÓSTOL DE JESUCRISTO, POR VOLUNTAD DE DIOS, Y SOSTENES EL HERMANO, Á LA IGLESIA DE

(1) Así, para no hablar de los autores de la segunda mitad del siglo segundo, Atenágoras, Teófilo, Ireneo, etc., hallamos *I Cor.*, V, 6, 8, citado por San Justino, *Dial. c. Tryph.*, c. XIV; *I Cor.*, VI, 9, 10, por Policarpo *ad Phil.*, ch. V; *I Cor.*, I, 18, 20, por Ignacio *ad Eph.*, ch. XVIII. Finalmente, Clemente Romano escribiendo él mismo á los corintios, recuérdales, cap., XLVII, lo que Pablo había dicho respecto del enojoso espíritu de partido que en su tiempo habían manifestado.

(2) Podráse, por otra parte, encontrarlas cuidadosamente notadas en el notable trabajo de Paley *Horae Paulinae*, en el cap. II. Después de haber indicado primeramente lo que tenía de inverosímil la hipótesis de un falsario contestando, VII, 1, á una carta de la cual no se tiene conocimiento alguno, carta que despertaba una serie de cuestiones difíciles y delicadas, el perspicaz crítico inglés hace ver la serie de direcciones dadas por Pablo tocante á otros asuntos que los mencionados en la Epístola, las querellas de partido, el escándalo del incestuoso, las discusiones ante los tribunales, las irreverencias en la Cena. Muy probablemente los corintios habían pasado en silencio todo eso en su misiva, y el Apóstol había debido saberlo por alguna comunicación particular. Un falsario no se hubiera enredado en tales dificultades. Añádese que, en el conjunto de los acontecimientos, una concordancia, tanto más visible cuanto que es casual, demuestra la exactitud simultánea de la Epístola y del libro de los Hechos. Así, *I Cor.*, III, 6, precisa el papel que los Hechos, XVIII, 27, asignan á Apolo en la fundación de la Iglesia de Corinto; *I Cor.*, IV, 17, habla de una misión de Timoteo en Corinto, que corresponde al envío de Timoteo y de Arasto, *Hech.*, XIX, 22, á Macedonia y á Acaya, en donde Pablo debía unirlos. Entre los saludos finales, *I Cor.*, XVI, 19, notamos el de Priscila y de Aquila que, efectivamente, según *Hech.*, XVIII, 24-27, debían hallarse en Efeso en el momento en que se escribió la carta. Según *I Cor.*, XVI, 5, 6, Pablo propónese ir á Corinto por Macedonia y pasar allí el invierno, como se ve, efectivamente, en *Hech.*, XX, 1-3. Según *I Cor.*, I, 14, por excepción Pablo bautizó á Crispo; *Hech.*, XVIII, 8, sugiere la razón, es que Crispo, jefe, de la sinagoga, era un personaje importante, etc.

DIOS QUE ESTÁ EN CORINTO, Á LOS SANTIFICADOS EN JESUCRISTO, Á LOS LLAMADOS Á SANTIFICARSE CON TODOS LOS QUE EN CUALQUIER LUGAR INVOCAN EL NOMBRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, DE ELLOS Y NUESTRO. ¡GRACIA Á VOSOTROS Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DEL SEÑOR JESUCRISTO!»

Tal es la dirección, bastante complicada y difícil de traducir, que lleva la epístola. Si alcanzamos bien su sentido, el Apóstol habla á las diversas categorías de fieles que constituían la Iglesia de Corinto. Primeramente á los santificados, es decir, á quienes viven plenamente en Jesucristo, después á los que son llamados á unirse á Él, hallándose en camino de santificación, y, finalmente, á cuantos invocan el nombre bendito del Salvador, vengan de donde vinieren, de raza pagana ó de tronco judío ⁽¹⁾. Sostenes, cuyo nombre cree oportuno el Apóstol unir al suyo, á quien le dicta su Epístola, y al cual quiere asociar á las severas amonestaciones que habrán de llenarla, es probablemente el jefe de sinagoga á quien hemos visto tan maltratado por el pueblo en el incidente suscitado en el tribunal de Galión. ¿Cómo se hizo, más tarde, partidario del Evangelio, y siguió el ejemplo de su colega Crispo? ¿Habíase dejado arrastrar por las sabias demostraciones de Apolo? Lo ignoramos. El título de hermano que Pablo le da en tal ocasión, como se lo dará frecuentemente á Timoteo ⁽²⁾, deja ver, no solamente que pertenecía á la comunidad cristiana, sino que tenía cierto derecho á asociarse á las representaciones dirigidas por el Apóstol á la Iglesia de Corinto. En efecto, hallábase unido personalmente á

(1) Tal es por lo menos la traducción que nos parece que evita muy convenientemente una serie de pleonasmos dificultosos. Nada más lógico, por otra parte, que buscar una diferencia entre las tres categorías *ἡγιασμένοις, κλητοῖς ἁγίοις, y ἐπικαλουμένοις τὸ ὄνομα τοῦ Κυρίου*. En cuanto á las palabras *αὐτῶν τε καὶ ἡμῶν*, no deben referirse al Señor Jesucristo, encontrándose ya *ἡμῶν* antes de este nombre; ni á *ἐν παντί τόπω*, como si Pablo distinguiese ya entre sus partidarios y los otros, ya entre los dos lados del mar, Éfeso, en donde él se halla, y Corinto, á la que se dirige la Epístola, sino á las categorías de fieles mencionados, que proceden de dos orígenes diferentes, *αὐτῶν* la gentilidad, *ἡμῶν* Israel de que Pablo y Sostenes forman parte.

(2) *II Cor.*, I, 1; *Colos.*, I, 1; *Philem.*, 1.

esta Iglesia, en la cual, según todas las probabilidades, desempeñaba importante papel. El rabino, hecho cristiano, había debido trabajar en la conversión de sus antiguos coreligionarios y merecer así la estimación y gratitud de todos. Y aun quizás se había encargado de tener á Pablo al corriente de la situación inquietante de la comunidad. Así las cosas, nada más natural para el Apóstol que tenerle, no como colaborador de la Epístola ⁽¹⁾, sino como testigo de sus sentimientos en tal ocasión. Era medio á propósito para dar mayor peso á las advertencias que su caridad iba á inspirarle.

Como ya lo hemos observado, el hacimiento de gracias forma ordinariamente el exordio de las Epístolas de Pablo y viene inmediatamente después de la dirección:

«Gracias doy incesantemente á mi Dios por vosotros por la gracia de Dios, que os ha sido dada en Jesucristo. Porque en todas cosas sois enriquecidos en Él, en toda palabra, y en toda ciencia. Así como ha sido confirmado en vosotros el testimonio de Cristo. De manera que nada os falta en ninguna gracia, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. El que también os confirmará hasta el fin sin culpa, en el día del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo ⁽²⁾. Fiel es Dios, por el que habéis sido llamados á la compañía de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo.»

No debe buscarse en estas palabras ni una habilidad oratoria que intente enseñar elogiando, ni una ironía que pretenda humillar la vanidad presuntuosa de aquellos á quienes van dirigidas. Pablo, expresando su gratitud á Dios, deja ver claramente cuánto hay de sincero en su apreciación, por otra parte moderada, del estado de la Iglesia de Corinto, en la cual algunos elementos defectuosos no le

(1) Debe notarse, efectivamente, que habla siempre en primera persona del singular, al revés de lo que hemos visto en las Epístolas á los Tesalonicenses.

(2) Vese una vez más que la vuelta próxima del Señor era considerada por el Apóstol como posible y hasta como probable. Hacia ella dirige su pensamiento y el de sus lectores.

hacen perder de vista los méritos de la maporía. La repetición afectada del nombre de Jesucristo Nuestro Señor, que aparece en cada línea, deja ver, quizá, en el Apóstol, la intención de entrar, sin más tardanza, en los cargos que tiene contra aquellos á quienes escribe. Y, de hecho, el primero de todos era las disensiones interiores que dividían á la comunidad. Pues allí en donde no hay más que un Señor, la multiplicidad de partidos es anomalía detestable.

«Mas os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo ⁽¹⁾, que todos digáis una misma cosa, y que no haya divisiones entre vosotros, antes sed perfectos en un mismo ánimo y en un mismo parecer. Porque de vosotros, hermanos míos, se me ha significado por los que son de Cloe ⁽²⁾, que hay contiendas entre vosotros. Y digo esto, porque cada uno de vosotros dice: Yo en verdad soy de Pablo; y yo de Apolo; y yo de Cefas; pues bien, yo de Cristo ⁽³⁾. ¿Está dividido Cristo? ¿Por ventura Pablo fué crucificado

(1) Nos hallamos apenas en el décimo versículo y es la novena vez que ese nombre bendito aparece dicho por el Apóstol.

(2) Nada sabemos de particular tocante á esta señora Cloe. ¿Era una corintia recientemente llegada á Efeso, ó una efesia que volvía de un viaje á Corinto? No es cosa que importe. Ella, ó por lo menos los de su casa, habían dado á Pablo noticias muy precisas acerca de la iglesia de Corinto. Nómbrala el Apóstol para no dejar que tilden de delatores á los delegados que cerca de él se hallan. Debía ser, por otra parte, señora de condición, muy conocida en Corinto.

(3) La mayor parte de los modernos intérpretes, en vez de admitir esta traducción, suponen que había un cuarto partido, el del Cristo. Mas cuando se trata de explicar qué partido fué ese, encuéntranse con el mayor tropiezo. Para unos, serían discípulos prevalidos ora de visiones y relaciones personales con el Señor, ora de principios independientes y filosóficos, tendiendo á suprimir todo intermediario entre ellos y Jesucristo. Habrían apoyado sus pretensiones en la palabra del Maestro, *Mat.*, XXIII, 10. Para otros, sería un partido de judaizantes extremados, unidos á Santiago ó á otros hermanos de Jesús, y atribuyéndose así el título de partido del Cristo. Mas aparte de que cada una de esas teorías encuentra en el texto mismo dificultades, dase el inconveniente general, de que un partido del Cristo en sentido vituperable no se conoce en la historia apostólica, y que Pablo, resumiendo en el momento su lección, I *Cor.*, III, 22, mencionará solamente tres partidos, el de Pablo, el de Apolo y el de Cefas, añadiendo que todos son de Cristo y que Cristo es de Dios. Y de hecho no hubo sino tres partidos ó facciones unidos á los tres predicadores que habían

por vosotros? ó ¿habéis sido bautizados en nombre de Pablo? Gracias doy á Dios, porque no he bautizado á ninguno de vosotros, sino á Crispo y á Cayo ⁽¹⁾. Para que ninguno diga que en mi nombre habéis sido bautizados. Y también bauticé la familia de Estéfana; y no sé si he bautizado á algún otro. Porque no me envió Cristo á bautizar ⁽²⁾, sino á predicar el Evangelio, no en sabiduría de palabras, para que no sea hecha vana la cruz de Cristo ⁽³⁾.»

De esta suerte es como comienza él á legitimar su llamada á la unión. No es dado pertenecer sino al que dió el precio de la redención sobre la cruz, y la aplica justificando á sus fieles por medio del bautismo. El creador de una cosa es el único verdadero dueño de ella. Así, pues, Pablo, ofreciendo muy hábilmente y ante todo su propio nombre, declara que aquellos que dicen ser de él no tienen derecho alguno para expresarse así, teniendo en cuen-

evangelizado á Corinto. Después de haberlos enumerado, Pablo, en virtud de una de esas transiciones bruscas en él acostumbradas, proclama vivamente los derechos del predicador único Jesucristo. Cierzo que habría podido emplear una partícula más enérgicamente adversativa, ó aun expresarse diciendo: *ἐγὼ δὲ Παῦλος Χριστοῦ*. Mas la rapidez de la argumentación no le deja tiempo y tiene prisa de exclamar: «¿Está dividida Cristo?»

(1) Es probable que si Crispo, jefe de la sinagoga, y Cayo, en cuya casa recibió Pablo hospitalidad, *Rom.*, XVI, 23, fueron bautizados por el Apóstol, fué por ser de los primeros convertidos, antes de que Silas y Timoteo hubiesen llegado de Macedonia. Tal había sido también el caso de Estéfana, *I Cor.*, XVI, 15, 17. Esos primeros bautizados sirvieron probablemente para bautizar á los demás.

(2) El Maestro había dicho ciertamente: «Id, enseñad á las naciones bautizándolas,» *Mat.*, XXVIII, 19; comp. *Luc.*, XXIV, 47; *Marc.*, XVI, 15; pero es evidente que, cuando un predicador estaba absorbido por la tarea primera y superior de la evangelización, podía servirse de auxiliares delegados para administrar el bautismo. Jesús había dado el ejemplo, *Juan*, IV, 1, 2; habíale seguido Pedro, *Hech.*, V, 48. Los jefes de las misiones lanzaban la red y traían la pesca. Los auxiliares, *ὑπηρέται*, *Hech.*, X, 48, debían reconocerla, escogerla en la playa y recogerla en jarras, para llevársela al padre de familia, *Mat.*, XIII, 48.

(3) El verbo *κενοῦν*, empleado por Pablo, significa *vaciar, privar de su virtud íntima*, no dejando sino la envoltura exterior. Según el Apóstol, el predicador que se emplea en ofrecer con elocuencia el cristianismo como conjunto sistemático de doctrinas muy elevadas, en vez de mostrar sencillamente la cruz en su terrible pero enérgica desnudez, corre gran peligro de introducir una filosofía en vez de un hecho, lo cual no es lo mismo, puesto que el hecho y no la teoría de la salvación es quien debe apoderarse de los hombres y justificarlos transformándolos.

ta que no es él su redentor ni su santificador. Lo que es cierto con respecto á él, eslo con respecto á Apolo y á Cefas. No hay varios salvadores, sino uno solo; he ahí por qué no puede haber en la Iglesia varios partidos, sino uno solo; y nada hay menos razonable que repartir entre varios predicadores del Evangelio el derecho á la prerrogativa incommunicable del único Redentor Jesucristo. Los ministros del Maestro pertenecen al Maestro y no deben ser sino el Maestro representado. Luego no hay otro partido que el de Jesús, y la respuesta que debe darse á los discípulos imprudentes que se amparan en Pablo, en Apolo ó en Cefas, es ciertamente la que aparece en estas palabras: «¡Ea, pues! Yo soy de Cristo, y el Cristo es de Dios!» Si hubiese que legitimarla, lo sería por el doble hecho de que solamente Cristo fué crucificado para salvar á los hombres, y que solamente en su nombre, en el agua del bautismo, son santificados los fieles. Únicamente Él crea y comunica la vida sobrenatural. Luego toca á los ministros del Evangelio renunciar á todo valor personal, á toda habilidad oratoria, á todo esfuerzo de sabiduría humana, para dejar todo el puesto, todo el mérito, todo el triunfo al único Señor Jesucristo. Es lo que Pablo va admirablemente á desenvolver, sentando que Dios no dirigió la Buena Nueva al hombre á manera de teoría filosófica, sino como salvación:

«Porque la palabra de la cruz; á la verdad locura es para los que perecen: mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es virtud de Dios ⁽¹⁾. Porque escrito está: Destruiré ⁽²⁾ la sabiduría de los sabios, y desecharé la pru-

(1) La antítesis exacta de locura sería sabiduría; pero el Apóstol se inquieta con la idea de salvación ó de supresión del pecador que es un hecho que pide el acto directo sobre el pecador. Desde luego ve él, como dominando á toda sabiduría, el poder de Dios que crea la iluminación, la penitencia, el amor, y á Él es á quien saluda en la cruz.

(2) Este texto en Isaías, XXIX, 14, entiéndese de Dios manifestando á Judá que se verá libertado por él, y no por sus consejeros políticos, en el momento en que Sennaquerib le amenaza. Así, en el pensamiento del Apóstol, Dios salva al mundo sin que medien ningunos de los filósofos, y aún

dencia de los prudentes. ¿En dónde está el sabio? ¿en dónde el escriba? ¿en dónde el escudriñador de este siglo? ¿No hizo Dios loco ⁽¹⁾ el saber de este mundo? Y así por cuanto en la sabiduría de Dios no conoció el mundo á Dios por la sabiduría, quiso Dios hacer salvos á los que creyesen en él, por la locura de la predicación ⁽²⁾. Puesto que los judíos piden milagros, y los griegos buscan sabiduría. Mas nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles. Mas para los que han sido llamados, tanto judíos, como griegos, predicamos á Cristo virtud de Dios, y sabiduría de Dios. Pues lo que parece loco en Dios, es más sabio que los hombres; y lo que parece flaco en Dios, es más fuerte que los hombres.»

Luego el nombre, el saber, la elocuencia de los predicadores no tienen para que tomarse en cuenta tratándose del Evangelio. Dios no lo quiere. Entiende ver sólo en el predicador el extraño sistema de la salvación por él imaginado. Su triunfo supremo consistirá, luego que se lo haya impuesto al creyente, en hacérselo admirar como el más potente de los milagros bajo las apariencias de la más extraña debilidad y como la más elevada sabiduría bajo las apariencias mismas de la locura. Después de esto, ¿quién se atreverá todavía á decirse partidario de tal ó cual predicador en la Iglesia cristiana? Verdaderamente, no hay más que uno, Jesús crucificado, ante el cual toda otra

chocando de frente con todas sus teorías. La cita está hecha bastante libremente según los Setenta.

(1) Es el sentido más directo de *ἐμώραρον*. Dios, efectivamente, no tan sólo declaró locura la sabiduría del mundo, sino que la empuja á ello y á desvariar, al presentarle la salvación en el madero ignominioso de la cruz.

(2) El Apóstol explica como sigue la economía de la salvación: primitivamente Dios presentóse al hombre en su sabiduría, esto es, como autor y único dueño del universo. El hombre con toda su inteligencia, no supo reconocerle, ni honrarle. Desde entonces cambia Dios de táctica; preséntase, no ya en las armonías y los esplendores de la creación, sino en la humillación inexplicable y la locura de la cruz; únicamente en esa nueva actitud no es á la razón á quien se ofrece, sino á la fe. Esto parece decir que, si el hombre, mediante el buen empleo de su razón, hubiese sabido alcanzar y honrar á Dios, Dios no hubiera tenido necesidad de la cruz para salvarle.

persona es nada. Así, ese mismo Jesús, habiendo querido predicar el Evangelio sin valerse de los sabios y de los poderosos de la tierra, resolvió dirigírselo primeramente á los pobres y á los ignorantes. La verdadera grandeza de Dios no sufre el contacto de las falsas grandezas humanas. Solamente en donde nada queda de las orgullosas pretensiones humanas, consiente Él en mostrarse para hacer su obra. Siendo la cruz la suprema humillación, á los humildes es á quienes fué anunciada.

«Y así, hermanos, ved vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles. Mas las cosas locas del mundo escogió Dios, para confundir á los sabios; y las cosas flacas del mundo escogió Dios, para confundir las fuertes. Y las cosas viles, y despreciables del mundo escogió Dios, y aquellas que no son ⁽¹⁾, para destruir las que son. Para que ningún hombre se jacte delante de él. Y por el mismo sois vosotros en Jesucristo ⁽²⁾, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justificación, y santificación, y redención. Para que, como está escrito: Él que se gloria, gloriéese en el Señor ⁽³⁾.»

Lo que observa el Apóstol aquí es el hecho saliente de que nuestra razón debe, quiéralo ó no, admitir el hecho milagroso de nuestros orígenes cristianos, pues humanamente no se explica. Los primeros convertidos son generalmente personas del pueblo humilde, sin cultura, sin influencia, sin crédito, lo más miserable, lo más nulo desde todos los puntos de vista, y he aquí que son llamados á

(1) La gradación descendente, τὰ μωρά, la locura, por oposición á los σοφοί, sabios; τὰ ἀσθενῆ, lo débil, por oposición á los δυνατοί, los potentes, y finalmente τὰ ἀγενῆ, lo más bajo, por oposición á los de clase elevada, εὐγενεῖς, detiénese en el último límite, especie de nada, τὰ μὴ ὄντα, y de esa nada sirve Dios para derribarlo todo.

(2) La expresión ἐστὲ ἐν Χριστῷ, indica el estado en el cual, por un acto de fe y de amor, el hombre estableció su vida en Jesucristo, apropiándose lo que hay en este Salvador después de haber repudiado cuanto en sí mismo había de malo.

(3) La cita libre y abreviada está tomada de Jeremías, IX, 24, según los Setenta.

suplantar á todo lo que vale algo por la ciencia, la fortuna, la posición social, la autoridad. La nada venciendo al todo. Ese todo habrá de desaparecer de la escena del mundo; quedará tan sólo la nada, y eso en todas partes, y siempre. Es un milagro, ó no los hubo nunca, pues en las cosas humanas, la insuficiencia de los medios con relación al fin constituye lo imposible; pues bien, si lo imposible se cumple, es que intervino una fuerza divina. Hizo Dios lo que no podía hacer el hombre, é hízolo así para mostrar á los ojos de todos que la salvación del mundo era ciertamente obra suya. En efecto, lo admirable en la solución final de la cuestión de la salvación, á saber, que todos, rechazados y salvos, es que no pueden menos de sentir y proclamar su nada. Aquéllos, siéndolo todo, fueron rechazados como si nada fuesen, y éstos, no siendo nada, fueron gratuitamente escogidos y transformados en Jesucristo para serlo todo. En efecto, por Dios, y el Apóstol lo subraya con intención, los elegidos pasan de la nada á la existencia, en el orden de la gracia lo mismo que en el de la naturaleza.

Después de eso, y pues Dios quiso ejecutar la obra de la salvación independientemente de todos los medios que los hombres buscan y combinan para asegurar el éxito de sus ideas, el predicador del Evangelio entendería mal su misión, si pensase, por su propia autoridad, recurrir á lo que el Maestro quiso excluir.

«Y yo, hermanos, cuando vine á vosotros, no vine con sublimidad ⁽¹⁾ de palabra, ni de sabiduría, á anunciaros el testimonio de Dios ⁽²⁾. Porque yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y éste crucificado. Y yo estuve entre vosotros ⁽³⁾ con pusilanimidad, y temor, y mucho

(1) Para traducir palabra por palabra *καθ' ὑπεροχὴν*, debería decirse: «No con eminencia ó elevación de lenguaje, etc...» *ὑπεροχὴ* significa, efectivamente, eminencia: *Tim.*, II, 2; *II Mac.*, XIII, 3.

(2) Este testimonio de Dios, es el Evangelio, ó la gran afirmación de Dios, referente al Salvador Jesucristo. Como ahí no se trata sino de un hecho, basta con afirmarlo tal como es. Deja los argumentos y movimientos oratorios; impónese con su espléndida claridad.

(3) El *ἐν ὑμῖν*, apareciendo aquí después el *πρὸς ὑμᾶς* y el *ὑμῖν* que precede.

temblor ⁽¹⁾. Y mi conversación, y mi predicación, no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostración de espíritu y de virtud. Para que vuestra fe no consistiese en sabiduría de hombres, sino en virtud de Dios.»

Así, pues—y con esto se termina la primera observación referente á los partidos que dividían la Iglesia de Corinto,—cuanto siente el hombre en su vanidad, en su presunción, en su valer personal, nada tiene que ver en la obra de la salvación. Por lo tanto, está de más decirse de tal ó cual predicador; no hay sino uno que todo lo hace por su sola virtud, y es Jesucristo. Después de esto, nadie debe engañarse respecto del carácter mismo del Evangelio, ni suponer que, puesto que quiere ser predicado sencillamente y á los humildes, carece de rasgos capaces de cautivar y transportar de admiración á los más elevados espíritus. Esto equivaldría á olvidar que, por ser sencillo, lo divino no es menos profundo. Así, resulta, como acaba de observarlo Pablo, que el Evangelio no es tan sólo virtud ó poder de Dios, sino también sabiduría, y sabiduría superior á cuanto los jefes de escuela han imaginado. Más adelante trataremos de esto, cuando, al escribir á los más firmes cristianos de Roma, de Éfeso, de Colosas, el Apóstol nos haga entrever ora el plan providencial de Dios respecto de los judíos y de los paganos, ora el ministerio de la cruz como punto central de la historia del mundo, ó lazo de unión entre la tierra y el cielo, ora la armoniosa combina-

inmediatamente, lleva á creer que el Apóstol consideraba á Corinto como medio especialmente dispuesto á perder de vista el fondo para preocuparse principalmente por los encantos de la forma. Quizá en otra parte habríase mostrado menos severo con respecto á la elocuencia y á la filosofía. El carácter de aquellos á quien uno se dirige, dicta con frecuencia la manera como se debe hablar, si se pretende llegar á las profundidades del alma. Por lo demás, como hemos dicho más arriba, el escaso éxito alcanzado por Pablo en Atenas háblale hecho conocer que Dios no quería, para transformar el mundo, ni arte oratorio, ni teorías filosóficas, sino únicamente la manifestación de su Hijo crucificado.

(1) Nada podría mostrar mejor el estado de humillación y de anonadamiento en que se hallaba el apóstol predicador que las tres palabras por él empleadas: *ἀσθενεία*, ausencia de todo vigor humano generadora del miedo, *φόβος*, que provocaba el temblor nervioso, *τρόμος*.

ción entre la bondad de Dios y su justicia en la obra de la redención. Ese conjunto de los eternos decretos de Dios constituye el fondo, tan maravillosamente rico que persiste inagotable, de la filosofía cristiana. Su exposición no es necesaria para conmover y convertir las almas, que pueden con frecuencia quedar por bajo de conocimientos sobrado trascendentes. Añadamos aún que esta exposición, por sí sola, no valdrá jamás, como resultado, lo que la simple exhibición de la cruz. Sólo que, una vez verificada la conversión, responderá á las necesidades de las inteligencias superiores, y, mediante la penetración de los misterios divinos, excitará en los creyentes el amor razonado que camina paralelamente con la ciencia.

«Esto no obstante, entre los perfectos hablamos sabiduría ⁽¹⁾, mas no sabiduría de este siglo, ni de los jefes de este siglo ⁽²⁾, que se destruyen. Sino que hablamos sabiduría de Dios en misterio, la que está encubierta, la que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria ⁽³⁾. La que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo; porque si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Antes como está escrito: Que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió, lo que preparó Dios para aquellos que le aman ⁽⁴⁾. Mas Dios nos lo reveló

(1) Es el sentido probable de *οἱ τέλειτοι* que se halla, *Efes.*, IV, 13, en oposición con *νήπιοι ἐν Χριστῷ*, comp. *Heb.*, V, 13-14, y la presente epístola XIV, 20. Significa naturalmente, con relación á los creyentes principiantes y que todavía no hallan en la vida espiritual, los hombres formados, es decir, los fieles, afirmados en la fe.

(2) Los jefes de este siglo son no los demonios, sino los hombres superiores, judíos ó paganos, cuyos sistemas filosóficos han alcanzado honor un día en las escuelas, y de los cuales no se hablará mañana, debiendo el Evangelio suplantarlos á todos. De ellos se dice que crucificaron al verdadero Sabio desconocido, porque contribuyeron, con su influencia y su ciega oposición, á que se le rechazase y condenase.

(3) El plan de la sabiduría divina expuesto, *Rom.*, VIII, 29, quiere que el hombre sea conforme á la imagen del Hijo y, vers. 17, sea el heredero del reino. Mirándole como misterio, quiere decir el Apóstol, no que la humana razón sea incapaz de entenderlo, sino que sin Dios no lo hubiera ella sospechado. Este plan misterioso, oculto durante siglos, tiene por objeto la glorificación de la humanidad.

(4) Este texto no se halla en parte alguna en los libros sagrados que poseemos. Orígenes y otros Padres han supuesto que estaba tomado del Apo-

á nosotros por su Espíritu: porque el Espíritu lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre, que está en él? Así, tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo ⁽¹⁾, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos las cosas, que Dios nos ha dado.»

Luego al lado ó sobre el hecho simple y palpable de la redención por la cruz, existe la filosofía profunda y sublime de este hecho. Pablo no la expone á los que nacen á la vida cristiana. Requiérese, para entenderla bien, hallarse más afirmado en el Evangelio, tener en sí el Espíritu de Dios, puesto que únicamente el Espíritu de Dios es capaz de explicar al hombre el plan divino. Tan cierto es que, aun existiendo en Dios antes de los siglos, ese plan es misterio impenetrable para los genios más potentes.

«Lo cual también anunciamos, no con doctas palabras de humana sabiduría, sino con doctrina de espíritu, acomodando ⁽²⁾ lo espiritual á los espirituales. Mas el hombre animal ⁽³⁾ no percibe aquellas cosas, que son del Espíritu

calipsis de Elías. No teniendo de ese Apocalipsis sino algunos fragmentos en copto conservados en Berlín, es imposible decir si tal hipótesis tiene fundamento. Únicamente resultaría muy extraño que Pablo hubiese citado libro tal como haciendo autoridad. Decir que combinó, *Is.*, LXIV, 4, con LXV, 17, no basta, teniendo en cuenta que estos pasajes reunidos no dan el que el Apóstol cita.

(1) Pablo distingue entre el espíritu que viene del mundo, es decir, del hombre caído, del hombre separado de Dios, y el espíritu que viene de Dios. Puede aquél tener seguramente iluminaciones llamadas genio, mas no penetra en las esferas superiores de la vida divina. Hablar de Dios y de las concepciones de su sabiduría con relación á nosotros, es privilegio exclusivo de éste.

(2) El verbo *συγκρίνειν* tórnase por Plutarco, Platón y Aristóteles en el sentido de adaptar convenientemente una cosa á otra. Los que toman el adjetivo *πνευματικοίς* en sentido neutro suponen que la obra del Espíritu consiste en adaptar palabras espirituales á cosas espirituales. Mas no es ese el verdadero sentido; de los hombres espirituales designados más arriba con el nombre de *τέλειοι*, es de lo que aquí se trata. De ahí, la transición perfectamente natural á lo que sigue.

(3) Para entender esta expresión, *ψυχικός άνθρωπος*, necesario es ponerla ante la que le es opuesta, *άνθρωπος πνευματικός*, que significa el hombre que recibió el Espíritu de Dios. El hombre psíquico ó animal es, pues, el hom-

de Dios; porque le son una locura, y no las puede entender, por cuanto se juzgan espiritualmente. Mas el espiritual juzga todas las cosas; y él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció el pensamiento del Señor, para que le pueda instruir ⁽¹⁾? Mas nosotros sabemos la mente de Cristo.»

El razonamiento del Apóstol es muy sencillo. Si, al llegar á Corinto para fundar la Iglesia, no expuso la parte más elevada del Evangelio, la filosofía de la salvación, no es que le fuera desconocida, pues se la había revelado plenamente el Espíritu Santo; mas la prudencia hízole ver que no sería razonable anunciar una sabiduría trascendente á personas en quienes el sentido espiritual no se hallaba suficientemente despierto. No se hace admirar las maravillas de la creación sino á quienes tienen ya los ojos abiertos para ver. Los corintios, cuando hubo necesidad de convertirlos, hallábanse en ese estado común á todo el paganismo, en el cual dejábase llevar el hombre de la vida animal é intelectual, sin aspirar, sin contemplar, sin sentir ansia alguna por el mundo sobrenatural. Proponerles las doctrinas más elevadas de la religión, habría sido con seguridad desconcertarlos, y hacer que las considerasen absurdas. Pablo estuvo mejor inspirado no predicándoles nada más que la cruz. No haya ignorancia en ello; si así procedió, fué con conocimiento de causa, pues tenía en este punto el pensamiento del Señor. No admite que, habiendo procedido según las indicaciones del Espíritu, pueda ser censurado por quienes no se hallan siquiera en contacto con este Espíritu. Según todas las probabilidades, se le había indi-

bre con su alma, entregado á sus propias luces, sin la gracia, sin contacto sobrenatural con Dios. Tal definición hállese en *Judas*, 19: ψυχικοί, πνεύμα μή έχοντες. Cuando, por efecto de la gracia, ese hombre entra en relación con lo divino, el espíritu ó el sentido de que se halla dotada su alma para poseer á Dios, y que se encontraba en estado latente, se despierta, se desenvuelve. Tenemos entonces el hombre espiritual. Cuando ese sentido de lo divino no se afirma, ó cuando habiéndose afirmado, se duerme de nuevo, permanecemos con el hombre psíquico.

(1) Tales palabras son de *Is.*, XL, 13. Reprodúcelas Pablo sin advertir que hace una cita.

cado que, oyendo las predicaciones elevadas de Apolo, los corintios habíanse preguntado por qué las suyas eran tan sencillas de forma y tan limitadas en su desarrollo.

«Y yo, hermanos, no os pude hablar como á espirituales, sino como á carnales ⁽¹⁾, como á párvulos en Cristo. Leche os di á beber, no vianda, porque entonces no podíais; y ni aun ahora podéis, porque todavía sois carnales ⁽²⁾. Pues, habiendo entre vosotros envidia y contienda, ¿no es así que sois carnales, y andáis según el hombre? Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro, yo de Apolo, ¿no es claro que sois aún hombres? Pues, ¿qué es Apolo? ó ¿qué es Pablo? Ministros de aquel en quien creisteis, y según que el Señor dió á cada uno. Yo planté, Apolo regó; mas Dios es el que ha dado el crecimiento. Y así, ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; mas cada uno recibirá su propio galardón según su trabajo. Porque somos coadjutores de Dios; labranza de Dios sois, edificio de Dios sois.»

Los predicadores del Evangelio nada, pues, tienen de común con los jefes de escuela que hacen valer cada cual su sistema, mediante sus concepciones más ó menos geniales, y se atraen discípulos y partidarios. Pablo, Apolo, Cefas, son sencillamente obreros que trabajan para un amo, bajo su dirección, con los medios que les proporciona, esperando ellos su recompensa de aquel de quien se esfuerzan en ser dóciles instrumentos ó ministros fieles. Por ellos, mas no en ellos, creyeron los corintios. ¿Cómo desvirirse por exaltar sus nombres, cuando su ministe-

(1) El término *σαρκινος* no excluye en aquellos á quienes califica la vida sobrenatural incoada. Unicamente indica que todavía se halla embarazada por la ley de la carne. Es el estado del hombre moral tratando de despojarse de sus instintos groseros para elevarse á una existencia superior. La comparación tomada de los pequeñuelos, *νηπιος*, acaba de dar cuenta de esa vida religiosa naciente é incompleta que Pablo quiere describir.

(2) ¿De qué serviría predicar las profundidades de Dios á quienes todavía no se hallan libres de los pañales de la niñez, y la ciencia más perfecta del Evangelio á quienes no practican sino imperfectamente sus primeras lecciones?

rio se borra por completo ante la acción personal y misericordiosa de Dios? Decir: Soy de éste ó de aquél, cuando solamente se es de Dios, pues Dios solamente es quien hace germinar la vida cristiana en el alma, ¿no es injusticia y como negación de esa divina paternidad? Quédense, pues, á un lado los trabajadores de Dios, para no citar ni alabar sino á Dios mismo. Harto tendrán que hacer esos obreros del padre de familia con su responsabilidad tal como el Señor la hizo, sin que los hombres tengan que imponerles otra mayor. Y apuntando probablemente á ciertos abusos existentes entre quienes dirigían entonces la Iglesia de Corinto, el Apóstol precisa el juicio que habrá de consagrar la diversa labor de los predicadores:

«Según la gracia de Dios, que se me ha dado, eché el cimiento, como sabio arquitecto ⁽¹⁾; mas otro ⁽²⁾ edifica sobre él; pero mire cada uno cómo edifica sobre él. Porque nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto, que es Jesucristo. Y si alguno sobre este fundamento pone oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, manifiesta será la obra de cada uno; porque el día del Señor ⁽³⁾ la demostrará, por cuanto en fuego será descubierta, y cuál sea la obra de cada uno, el fuego lo probará. Si permaneciere la obra del que labró encima, recibirá galardón. Si la obra de alguno se quemare, será perdida; y él será salvo, mas así como por fuego.»

Para hacer exacta aplicación de esta imagen, es necesario desde luego no olvidar que todos los obreros á los cuales se refiere este pasaje trabajan sobre la misma base: Jesu-

(1) Pablo, refiriendo á Dios la labor hecha en Corinto, declara que él la condujo sabiamente. Echó su fundamento según las reglas de la buena arquitectura, es decir, que buscó la solidez y no una ornamentación que, en la base del edificio, habría sido superflua.

(2) "Αλλος no significa uno tan solo, que sería Apolo, sino varios, puesto que se recomienda á cada cual que vea bien como edifica. La comunidad corintia contaba numerosos predicadores y de diverso mérito.

(3) El texto dice tan solamente *ἡ ἡμέρα*, y algunos han traducido: *El tiempo harála conocer*. Pero el sentido más natural es que aquí trátase de la llegada del Señor. Así hizose pasar á la Vulgata la palabra *Domini* que era glosa explicativa.

cristo. Por lo tanto, los falsos doctores, los herejes, no entran aquí. No se trata sino de los predicadores más ó menos prudentes en su método docente. Proceden unos con solidez y emplean los ricos materiales de que disponen, oro, plata, preciosos mármoles, á adornar pacientemente, sin precipitar nada, el palacio que levantan, haciendo de esta suerte germinar y crecer en las almas las tres virtudes esenciales: la fe, la esperanza, la caridad. Los otros, para ir más deprisa, creen poder construir con cuanto hallan á mano: madera, paja, rastrojo. En vez de emplear su esfuerzo en buscar pacientemente las piedras y los metales para hacer obra digna del Maestro, toman revuelto, de prisa, cuanto puede asegurarles rápido éxito: lenguaje que halaga los oídos, teorías seductoras para la mente, moral blanda con las pasiones. También forman su iglesia, ¿pero cuánto durará? En el primer momento de prueba, de lucha, de borrasca, su obra resultará aniquilada, y ellos mismos, desolados por haber trabajado así en vano, tendrán gran trabajo para asegurar su propia salvación.

Más culpables que esos imprudentes serían los doctores que, no contentos con edificar mal, no temieran destruir lo que otros habían felizmente edificado para Dios. Pues bien, no faltaban demolidores semejantes entre los numerosos predicadores ⁽¹⁾ que se imponían á la iglesia de Corinto, y á ellos precisamente aludirá Pablo en brusca transición.

«¿No sabéis que sois templo de Dios ⁽²⁾, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno violare el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, santo es. Ninguno se engañe á sí mismo. Si alguno entre vosotros se tiene por sabio en este mundo, hágase necio, para que sea sabio. Porque la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios; por cuánto escrito está: Yo prenderé á los sabios en la astucia de ellos. Y otra vez:

(1) I *Cor.*, IV, 15.

(2) No hay artículo delante de *vos*. La Iglesia universal es el templo de Dios. La de Corinto es tan sólo una parte de ese templo.

El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos (1).»

Luego volviendo á su asunto, y como para terminar, añade:

«Por lo cual ninguno se gloríe entre los hombres. Porque todas las cosas son vuestras, sea Pablo, sea Apolo, sea Cefas, sea mundo, sea vida, sea muerte, sean presentes, sean por venir; todo es vuestro. Y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.»

Tal es la elevada idea que los cristianos deben tener de sí mismos. No son de los predicadores, sino que los predicadores, de cualquier nombre y de cualquier mérito, son para ellos. Y no solamente los predicadores, sino cuanto constituye el medio en donde se mueve el fiel, la vida que Dios le concede, la muerte que le impone, en una palabra, el tiempo, con todos los acontecimientos presentes ó futuros que entraña, son para él, porque él es un fin querido por Dios, y porque, desde este momento, todo, en este mundo creado, debe converger á tal fin. ¡Qué equivocación ponerse bajo la dependencia de los hombres declarándose partidario de ellos, cuando tales hombres no tienen distinta razón de ser que él! La Iglesia no ha de rebajarse así teniéndose por cosa de los predicadores. Solamente á Cristo pertenece, porque solamente el Cristo le trajo la salvación. Ahora bien, perteneciendo el Cristo á Dios, por Él es por quien la Iglesia se une al fin último para el cual fué creada, fin que será su inalienable gloria.

Habiendo precisado así lo que los predicadores no son, para evitar que los fieles se declaren suyos con detrimento del Maestro único Jesucristo, el Apóstol dirá exactamente lo que son, para sustraerlos á las apreciaciones, con frecuencia injustas, de aquellos á quienes instruyen.

«Así nos tenga el hombre como ministros de Cristo, y

(1) De estos dos textos, el primero está tomado del libro de Job, V, 13, según el hebreo. La palabra *δρασόμενος*, que habría que traducir por *empuñando*, nos lo indica. Los Setenta dicen *καταλαμβάνων*. El segundo está tomado del Ps., XCIII, 11.

dispensadores ⁽¹⁾ de los misterios de Dios ⁽²⁾. Ahora lo que se requiere en los dispensadores es que cada cual sea hallado fiel. En cuanto á mí, poco me importa ser juzgado de vosotros, ó de humano día ⁽³⁾; pues ni aun yo me juzgo á mí mismo. Porque de nada me arguye la conciencia; mas no por eso soy justificado; pues el que me juzga es el Señor. Por lo cual, no juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor; el cual aclarará aun las cosas escondidas de las tinieblas, y manifestará los designios de los corazones ⁽⁴⁾; y entonces cada uno tendrá de Dios la alabanza.»

Por eso ruega á los corintios que no le juzguen comparándole con los demás. Aun cuando fuese él inferior á todos por los dones recibidos, ó por las obras ejecutadas, nada probaría contra él. Un ministro de Jesucristo únicamente delante de Dios tiene que responder de las facultades que se le han otorgado. Si concienzudamente pone cuanto recibió, dos ó cinco talentos, al servicio del Señor, no se le puede pedir más. Luego querer establecer comparaciones entre los predicadores, exaltar los méritos de uno y abultar los defectos de otro, es arriesgarse con

(1) Las dos expresiones escogidas para definir el papel de los predicadores del Evangelio tienen su importancia. Son remeros, *πηρέται*, á las órdenes de un piloto, como lo dicen las dos palabras *ἐρέσω*, remo, *ὑπό*, bajo la dirección de alguien, y son también los administradores, los regidores de los bienes del padre de familia, *οἰκονόμοι*. Un solo maestro, un solo jefe. Puestos á su servicio, trabajadores, delegados, que tan sólo deben aportar á la obra constante y humilde fidelidad.

(2) Por *μυστήρια Θεοῦ*, débese entender los pensamientos, los planes de Dios, con relación á la humanidad á quien quiere salvar. Son misterios en cuanto que el hombre no los hubiera sospechado, si Dios no los hubiese revelado. Esos planes constan de medios destinados á santificar al hombre; y tales medios, la predicación, sacramentos y de manera general cuanto trae una gracia, son lo que constituirá los bienes administrados por los ecónomos de Jesucristo.

(3) El texto dice por *un día humano*. La expresión *ἀνθρωπίνη ἡμέρα*, entendiéndose del día en que se constituye el tribunal de los hombres, por oposición al día del juicio de Dios, *ἡμέρα τοῦ Κυρίου*, en el cual el Señor juzgará él mismo.

(4) Las palabras *τὰ κρυπτά τοῦ σκότους* dicen relación á los actos mismos de la vida, por ocultos que sean, y *τὰς βουλὰς τῶν καρδιῶν*, las intenciones que deben también tenerse en cuenta cuando se trata de juzgar á cualquiera. El juez hará la investigación—es el sentido del verbo *ἀνακρίνω*—de todos los elementos de bien y de mal que se hallen en un alma.

frecuencia á ser injusto. El Apóstol inquietaríase poco por tales apreciaciones, si no trajesen la discordia á la Iglesia: de buen grado se sometería al único verdadero Juez que es Dios; pero esas querellas de partidos dañan á la comunidad. Así, después de haberse justificado, va á tomar la ofensiva y á denunciar, fustigándola severamente, la causa primera del desorden, que es un orgullo detestable:

«Mas yo, hermanos, á fin de no ofenderos, he representado en mí y en Apolo ⁽¹⁾ lo que todos debéis aprender; pues deseo que los jefes de escuela aprendan á apreciarse según lo que de nosotros mismos he dicho, y que sus respectivos partidarios obrarían mal fomentando sus divisiones y su vanidad con sus apreciaciones sobre el mérito de sus maestros ⁽²⁾.»

Pablo aprecia el apostolado en su persona y en su amigo Apolo para no aparecer atacando y humillando á los doctores de Corinto á quienes se refiere. Si él y Apolo, fundadores de la naciente Iglesia, estiman que nada son, y que únicamente Dios lo es todo; si recomiendan á sus discípulos que los miren como meros instrumentos, muy pobres servidores de quien les envía, ¿cómo calificar el orgullo de los que, apenas instruídos en el Evangelio, se alzan con la pretensión de hacerse en seguida valer como jefes de escuela? ¿Qué son esos partidarios exaltados, que hallan particular vanidad en alabar á unos, en despreciar á otros, entre los predicadores del Evangelio? ¿Cabe imaginar nada más opuesto al espíritu cristiano, ó más detestable desorden? La imagen de tal desorden parece ofrecerse ca-

(1) Pablo, identificando la situación de Apolo con la suya, indica la singular estimación en que tenía á aquel colaborador. De Pedro nada dice, tal vez por respeto al jefe de los Apóstoles, á quien considera desde un punto de vista enteramente aparte, tal vez porque Pedro no había hecho más que reconocer la Iglesia de Corinto sin evangelizarla.

(2) Necesario ha sido parafrasear un poco este pasaje para mejor indicar cómo, siendo continuación de lo que precede, prepara la emocionada inventiva que va á seguir. Palabra por palabra dice el texto: «Estas cosas helas representado como aplicándolas á mí mismo y á Apolo, por causa vuestra, para que en nosotros aprendáis á no ir más allá de lo que está escrito, y que no os ensoberbezcáis cada cual en favor del uno contra el otro.»

da vez más odiosa á los ojos del Apóstol, y de pronto estalla su indignación. Tomándolos por separado á maestros y discípulos orgullosos, confúndelos bruscamente á unos y otros con sus preguntas, sus exclamaciones y su ironía. Ya es un doctor cualquiera, á quien primeramente interpela, ya el conjunto de los fieles que, apenas venidos á la vida cristiana, se constituyen jueces de aquellos mismos por medio de los cuales fueron hechos cristianos:

«Porque ¿quién te distingue? Y ¿qué tienes tú, que no hayas recibido? y si lo has recibido, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? Ya estáis hartos, ya estáis ricos; sin nosotros reináis ⁽¹⁾; y ¡plegue á Dios que reinéis, para que nosotros reinemos también con vosotros! Porque entiendo que Dios nos ha puesto por los últimos de los Apóstoles, como sentenciados á muerte ⁽²⁾; porque somos hechos espectáculo al mundo, y á los ángeles, y á los hombres. Nosotros necios por Cristo, y vosotros sabios en Cristo; nosotros flacos, y vosotros fuertes; vosotros nobles, y nosotros viles. Hasta esta hora padecemos hambre y sed, y andamos desnudos, y somos abofeteados, y no tenemos morada segura. Y trabajamos obrando por nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; nos persiguen, y lo sufrimos. Somos blasfemados, y rogamos ⁽³⁾; hemos llegado á ser como la basura de este mundo, como la escoria ⁽⁴⁾ de todos hasta ahora.»

(1) Cada una de las expresiones empleadas por el Apóstol es un sarcasmo: *κεκορεσμένοι ἐστέ* deja ver la plena satisfacción que resulta de la saciedad. Esos buenos corintios nada tienen que desear, en punto á vida espiritual; *ἐπλουτήσατε*, poseen todos los dones sobrenaturales; *ἐβασίλευσατε*, hállese instalados en el reino de Dios, y en él reinan. ¡Ah, si el Apóstol pudiera decir otro tanto de sí mismo!

(2) La imagen está tomada de los desgraciados expuestos á las fieras en el anfiteatro. Tertuliano, *de Pudic.*, 14, dice: *Veluti bestiarios*. Pablo podía haber oído los gritos de la multitud asistiendo en Éfeso á aquellos sangrientos espectáculos. Los restos del anfiteatro hállese todavía al pie del Prión. V. *Notre Voyage aux Pays Bibl.*, vol., III, p. 143, y las *Sept Églises de l'Apoc.*, p. 137.

(3) Difícil es no ver en todo este pasaje una reminiscencia de las palabras de Jesús, *Mat.*, V, 44; *Luc.*, VI, 27.

(4) De las dos expresiones de las cuales se sirve Pablo, la primera *περικαθάματα* (de *περικαθαίρω*, barro en todo el rededor), significa la suciedad que se

Tal es la triste suerte de los verdaderos Apóstoles. Pablo no se queja por ello, pero encuentra oportuno oponerla á las pretensiones de aquellos á quienes es necesario humillar. El cuadro está vivamente trazado, y es capaz de reducir las pretensiones y los aires de triunfador que se daban ciertos personajes de la Iglesia de Corinto. En tanto que éstos, apenas convertidos, créense al punto doctores, aplaudidos y festejados por sus partidarios; en tanto que todos descansan como definitivamente sentados en el reino, sin inquietarse del porvenir, los verdaderos obreros del Evangelio, los catequizantes, los Apóstoles, vense expuestos en la arena á las miradas de esos saciados, y, para recrearlos, son entregados á las fieras, á las injurias, á los sufrimientos morales y físicos; los discípulos tórnanse reyes, y los verdaderos maestros, tratados como desecho de la humanidad, vense rechazados por todos y pisoteados.

Mas Pablo siente que la indignación le lleva sobrado lejos. Detiéndose, recordando al punto el acento paternal y cariñoso que debe suavizar lo que de amargo tuvo su invectiva. ¡Qué maravillosos recursos en esa naturaleza tan reciamente trabajada por el amor apasionado de Dios y del hombre!

«No os escribo esto para avergonzaros; mas os amonesto como á hijos míos muy amados. Porque, aunque tengáis diez mil ayos⁽¹⁾ en Cristo, mas no muchos padres; porque yo soy el que os he engendrado en Jesucristo por el Evangelio. Por tanto os ruego que seáis mis imitadores, como también yo lo soy de Cristo. Por esta causa os envié á Ti-

recoge al barrer un aposento; la segunda, *περίψημα*, entiéndese de la suciedad que se recoge limpiando un objeto (*ψάω, λιπιρίο, περί, todo en rededor*). Equivocadamente creyóse ver en esas dos palabras una alusión á los culpables que los Atenienses arrojaban al mar como víctimas expiatorias y para aplacar á Neptuno. Esos desgraciados, llevando la maldición de todos, eran designados con la palabra *κάθαρμα* y no *περικάθαρμα*. Además, ese sentido no se compondría con *περίψημα* la significación del cual no es dudosa.

(1) Pablo emplea intencionadamente no la palabra *διδάσκαλοι*, que significaría verdaderos profesores, sino *παιδαγωγοί*, que se refería á maestros de

moteo ⁽¹⁾, que es mi hijo muy amado y fiel en el Señor, que os hará saber mis caminos, que son en Jesucristo, como yo enseño por todas partes en cada Iglesia ⁽²⁾. Algunos andan hinchados, como si yo no hubiera de ir á vosotros ⁽³⁾. Mas presto iré á vosotros, si el Señor quisiere; y examinaré, no las palabras de los que así andan hinchados, sino la virtud. Porque el reino de Dios no está en palabras, sino en virtud. ¿Qué queréis? ¿jiré á vosotros con vara, ó con caridad, y con espíritu de mansedumbre?»

Derecho es del padre de familia corregir á sus hijos, pero gozo suyo es atraerlos por medio de la bondad. Pablo se inclina á este medio, sean cuales fueren las faltas de los corintios con respecto á él, y por cierto que eran grandes, puesto que llegaban á suponer que tenía miedo y que triunfarían porque renunciaba á ir en persona. ¡Con qué condescendencia les hace saber que los intereses del Evangelio le impiden dejar actualmente á Éfeso! Envíales su hijo Timoteo, que goza de todo su afecto y su confianza, para impedir que se generalice el desorden. Si ello no basta, no tardará en acudir él mismo y mostrar, si es preciso, toda su energía, para salvar á aquellos de quienes solamente él es padre, y sobre los cuales se atribuye todos los derechos, derechos de castigar y de perdonar.

Aquí termina la primera parte de la Epístola. Pablo, precisando el carácter esencial del Evangelio y el minis-

un orden inferior, esclavos ó servidores, encargados de vigilar á los niños y que se daban ordinariamente una importancia ridícula en el ejercicio de sus funciones. V. Jenofon., *de Rep. Lac.*, III, 2; Platón, *Lys.*, p. 208, Diog. Laerc., III, 92.

(1) Timoteo había, efectivamente, partido cuando Pablo escribía su Epístola; mas, por circunstancias especiales, no debía personarse en Corinto sino cuando la carta hubiese llegado ya. *Hech.*, XIX, 21 y 22.

(2) Timoteo, á quien Pablo llama su hijo porque lo engendró en la vida espiritual, podrá rendirle testimonio ante los corintios, hijos suyos de fecha más reciente, acerca de la manera como formó las demás Iglesias.

(3) El Apóstol da á entender que todos esos insubordinados envalentáronse diciendo: «¡Ah, Pablo no llega!» Por gente llegada de Corinto conocía él este pormenor. Quiere acabar con todas sus insinuaciones diciendo: «Si Dios quiere, allí estaré.»

terio subordinado, subalterno, de los predicadores, ata corto todas las pretensiones surgidas en el seno de la Iglesia corintia desde su partida. Restablece lógicamente su situación personal, que es la de Apóstol fundador. Como tal, puede en lo sucesivo dar á sus hijos las enseñanzas que las circunstancias pidan. Es lo que va á ejecutar, sin más transición:

«La deshonestidad parece ser común entre vosotros ⁽¹⁾, y tal deshonestidad se cita, cual ni aun entre los gentiles; tanto que alguno abusa de la mujer de su padre.»

¿Había muerto el padre? No es probable ⁽²⁾, y el crimen resultaba más escandaloso. Seguramente la mujer no pertenecía á la comunidad cristiana, puesto que Pablo no la somete á la pena disciplinaria infligida á su corruptor, sino que se había entregado al hijo mismo de su marido por unión ó cohabitación definitiva ⁽³⁾. Tal desvergüenza de costumbres no se ve ciertamente en la historia de las inmoralidades paganas sino como excepción, y sabido es con qué elocuencia Cicerón hizo justicia de ello en su defensa de Cluencio ⁽⁴⁾. Pablo no insiste, pero implacablemente se dirige á la comunidad corintia para humillarla haciéndola descender, de la perfección ideal á donde ella creía haber llegado, á la realidad del escándalo por ella tolerado. ¡Qué contraste entre sus orgullosas pretensiones y su triste estado moral!

«Y andáis aún hinchados ⁽⁵⁾; y ni menos habéis mostrado

(1) Es quizá la mejor manera de traducir *δως ἀκούεται*. Palabra por palabra habría que decir: «Oyese hablar comúnmente entre vosotros.»

(2) *II Cor.*, VII, 12.

(3) Tal es el significado corriente de *ἔχειν γυναῖκα* en el Nuevo Testamento. *Mat.*, XIV, 4; XXII, 28; *Marc.*, VI, 18; XII, 23; *Luc.*, XX, 33; comp. *Juan*, IV, 17, etc.

(4) Véase en qué términos el orador romano expresaba su indignación: «Nubit genero socrus, nullis auspiciis, nullis auctoribus, funestis omnibus omnium omnibus. O mulieris scelus incredibile, et praeter hanc unam, in omni vita inauditum, etc.» *Pro Cluentio*, V, 6. Puede verse en Wetstein, acerca de ese pasaje de nuestra epístola, la prueba de que tales escándalos eran muy raros aún entre los mismos paganos.

(5) El Apóstol repite aquí, con la expresión *πεφυσσωμένοι*, su acusación de los vers. 6 y 19 del cap. IV.

pena, para que fuese quitado de entre vosotros el que hizo tal maldad.»

¿Qué Iglesia es esa que no sabe desentenderse de un miembro que la deshonra? Podía hacerlo de dos maneras. Indirectamente, revistiendo, como familia que perdió uno de sus miembros, las señales exteriores de una tristeza profunda. El incestuoso, debiendo ser el único que no compartía un dolor que se obstinaba en producir, habriase puesto él mismo fuera de la Iglesia. Directamente, excluyéndole de la comunidad mediante sentencia pública: la excomunión. Mas aquellos corintios, tan valientes en palabras, eran muy débiles cuando era preciso obrar; es lo que Pablo trata de reprocharles. Va, por otra parte, á ejecutar él mismo, bien que de lejos, lo que los corintios no tuvieron la energía de hacer de cerca.

«Yo en verdad aunque ausente con el cuerpo, mas presente con el espíritu, ya he juzgado como presente á aquel que así se portó. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, congregados vosotros y mi espíritu ⁽¹⁾, con la potestad de nuestro Señor Jesús, sea el tal entregado á Satanás para mortificación de la carne, y que su alma sea salva en el día de nuestro Señor Jesucristo.»

La pena que Pablo propone infligir es, pues, ante todo medicinal. Poco importa que torture, ó aun aniquile el cuerpo del culpable, con tal que restablezca ó defienda el espíritu, elemento de la verdadera vida superior en el hombre, punto de contacto entre el alma y Dios. Lo esencial está en que ese espíritu viva para el día del juicio. Satanás, á quien, mediante sentencia solemne, entregará el incestuoso excluido de la Iglesia, será el encar-

(1) El texto griego préstase á diversas traducciones, pero en último término, todas ofrecen igual resultado: la comunidad de Corinto debe reunirse en nombre de Jesús; esto está conforme con *Mat.*, XVIII, 18-20; evocará el recuerdo ó espíritu de Pablo, sea para constituirse en asamblea judicial bajo la mirada del Maestro, sea más probablemente, según nuestro parecer, para formular una sentencia que, tomando de Jesucristo su autoridad fundamental, habrá de inspirarse en el espíritu del Apóstol, fundador y padre de la naciente Iglesia.

gado de torturar el cuerpo. Tal oficio le está asignado en la Escritura, desde la historia de Job hasta las narraciones del Evangelio, en donde se le ve tornar sordos, tullidos, mudos, locos furiosos, á los desgraciados á quienes causa obsesión. ¿No es él quien, según Jesús, tuvo dieciocho años bajo su opresión cruel á la mujer encorvada (1)? ¿Y no es de su mano de la que Pablo, en lucha con el mal que le roe como espina la carne, se queja de verse abofeteado (2)? La pena física á la cual el culpable será entregado, y que podría llegar hasta ser mortal (3), producirá el efecto de hacerle volver sobre sí mismo, substituyendo el dolor ardiente á los goces sensuales, fruto miserable del incesto. No obstante ser distinta de la excomunión, parece que es su consecuencia. Ésta será un hecho consumado desde el momento en que la Iglesia, llorando públicamente el escándalo del impúdico, se separe del culpable (4). Aquélla se seguirá, no tan solamente como resultado de la vergüenza y del amargo pesar que infligirá al excomulgado la nueva actitud de la Iglesia respecto de él, sino porque, expulsado de la comunidad cristiana, el culpable caerá fatalmente en poder de Satanás, que será su verdugo. ¿Lo cree así Pablo y da á la Iglesia la facultad de imponer, en su nombre, una pena material que alcance al cuerpo, con menos violencia, quizá, mas con igual certeza que el apóstrofe de Pedro maldiciendo á Ananías y á Saffira? La manera como tratará más tarde á Himeneo y Alejandro (5) autorízanos para suponerlo. Era esta una de las prerrogativas apostólicas que declara haber recibido de Dios (6). Como quiera que sea, volviendo á su acusación

(1) *Luc.*, XIII, 11.

(2) *II Cor.*, XII, 7.

(3) La expresión *εἰς θάνατον τῆς σαρκός* es, efectivamente, categórica.

(4) La excomunión, tal como se practicaba en la Sinagoga, consistía solamente en excluir al miembro culpable de la asamblea santa. *Juan*, IX, 34-35; XII, 42. La fórmula *παραδοῦναι τῷ Σατανᾷ* no figura en las sentencias de excomunión imaginadas por los rabinos. V. Lightfoot, *Horae*, y Pfaff, *Orig. jur. eccles.*, p. 72.

(5) *I Tim.*, I, 20.

(6) *II Cor.*, XIII, 10.

general contra la comunidad entera, échale en cara su cobarde tolerancia:

«No es buena vuestra jactancia ⁽¹⁾. ¿No sabéis que un poco de levadura corrompe toda la masa? Limpiad ⁽²⁾ la vieja levadura, para que seáis una nueva masa, como sois ácidos. Porque Cristo, que es nuestra Pascua ⁽³⁾, ha sido inmolido ⁽⁴⁾. Y así solemnizamos el convite, no con levadura vieja, ni con levadura de maldad, ni de pecado; mas con ácidos de sinceridad y de verdad.»

Quizás se hallaban, en realidad, cuando Pablo escribía su Epístola, en la época de las solemnidades de la Pascua. En efecto, nos dirá en seguida que piensa permanecer en Éfeso hasta Pentecostés ⁽⁵⁾. Es, pues, muy natural suponer que el lenguaje lleno de imágenes que emplea aquí le fué inspirado por las circunstancias mismas de los panes ácidos preparados para las fiestas pascuales ⁽⁶⁾. Sólo

(1) La expresión *καύχημα* significa, no el acto por el cual se gloria uno, *καύχῃς*, sino la cosa de que uno se gloria. San Crisóstomo y otros creyeron que el incestuoso era una de las personas importantes de la comunidad. En este caso, el sentido de la frase sería: «¡Hermoso es el jefe eminente que constituye vuestra gloria!» El alcance de la ironía parece más general. Toda la comunidad presuntuosa se ve censurada aquí por su blandura y su criminal tolerancia.

(2) Los términos mismos empleados por Pablo, *ἐκκαθάρατε τὴν παλαιὰν ζύμην*, hacen ver que se refiere, espiritualizándolo, al precepto del mosaísmo, *Exod.*, XII, 15 y sig.; XIII, 7, según el cual, el día precedente á la Pascua, debía sacarse (los Setenta, *Deuter.*, XXVI, 13, traen el mismo verbo *ἐκκαθαίρω*) de cada casa todo resto de pan fermentado, para no usar durante la semana pascual sino panes ácidos, hechos de masa no fermentada, como los que Israel al salir de Egipto había llevado al desierto.

(3) La palabra *πάσχα*, en Josefo *φάσκα*, *Ant.*, V, 1, 4; XIV, 2, 1; XVII, 9, 3, etc., significa el *paso* de Dios en la noche en que, al exterminar á los primogénitos de Egipto, perdonó las casas de los israelitas señaladas con la sangre del cordero. Designó después el cordero mismo y la comida pascual.

(4) El Cristo inmolado para la salud del mundo es el antitipo del cordero pascual muerto para salvar las familias de Israel. Si un simple rito simbólico excluía toda levadura de pecado, ¿qué no exigirá la viva realización de aquel rito?

(5) *I Cor.*, XVI, 8.

(6) En todo caso, es difícil negar que Pablo, al proclamar á Jesús Pascua ó Cordero pascual, y al fundar su argumentación en los panes ácidos, no dé la razón á la cronología de San Juan, que fija la crucifixión el 14 de Nisán, día en que, con la inmolación del cordero, se imponía el uso exclusivo del pan no fermentado.

que la Pascua cristiana no es de un día ó de una semana, como la judía, sino que es de siempre, porque su Cordero víctima, su Salvador, se inmoló para siempre. Por eso, en la Iglesia cristiana, no hay lugar para el viejo fermento del vicio y de la corrupción, sino únicamente para lo que, de suyo, excluye todo mal fermento, esto es, la pureza transparente y la rectitud absoluta de las almas.

«Os envié á decir en la carta: Que no os mezclaseis ⁽¹⁾ con los fornicarios. No ciertamente con los fornicarios de este mundo, ó con los avaros y ladrones, ó que adoran ídolos ⁽²⁾; porque si no, debierais salir de este mundo. Mas ahora os he escrito que no os mezcleis; esto es, si aquél, que se llama hermano, es fornicario, ó avaro, ó idólatra, ó maldiciente, ó dado á la embriaguez, ó ladrón, con este tal ni aun tomar alimento. Porque ¿qué me va á mí en juzgar de aquellos, que están fuera? ¿Por ventura no juzgáis vosotros de aquellos que están dentro? Pues Dios juzgará á los que están fuera. ⁽³⁾ Quitad de en medio de vosotros á ese inicuo ⁽⁴⁾.»

Pablo había, pues, dirigido ya á la Iglesia de Corinto una prescripción general acerca de la conducta general que debía observarse con respecto á los pecadores públicos, y, en vez de practicarla, restringiéndola á los únicos malos cristianos á quienes se refería, habíasela ridiculizado extendiéndola á todos los impuros, es decir, á todos los paganos,

(1) La expresión aquí empleada y más abajo repetida, vers. 11, *συναμιγνύσθαι*, significa las relaciones íntimas y reiteradas en la vida diaria, de ahí *σύν* y *ἀνά* añadidos al verbo.

(2) El Apóstol clasifica á los viciosos en tres categorías: los impuros ó impúdicos, *πόρνοις*, que pecan contra ellos mismos; los ávidos de riquezas, *πλεονέκταις καὶ ἄρπαξιν*, que pecan contra el prójimo despojándole injustamente,—ambas expresiones son empleadas por Jenofonte, *Memor.*, I, 5, 3; *Anab.*, VI, 5, 18,—finalmente los idólatras, *εἰδωλολάτραις*, que pecan contra Dios. Veremos que muchos de los miembros de la comunidad cristiana resignábanse difícilmente á renunciar á ciertas prácticas vecinas de la idolatría.

(3) Esta expresión, *τοὺς ἔξω* recuerda las palabras de Jesús, *ἐκείνοις δὲ τοῖς ἔξω*, *Marc.*, IV, 11. Sábese que, para los judíos, los paganos eran los extraños, *Κιτσοῦνιμ*. V. Lightfoot, *Hor. in Marc.*, IV, 11; y Schoettgen acerca de ese pasaje.

(4) El Apóstol refiérese aquí al pasaje del *Deuter.*, XXIV, 7: *ἐξαπέις τὸν ποτηρὸν ἐξ ὑμῶν αὐτῶν*, según la traducción de los Setenta.

cosa que resultaba imposible, á menos de abandonar el mundo, inmensa y oficial colección de los viciosos. Con meritoria moderación, restablece el Apóstol el verdadero sentido de su Epístola, y recuerda que la Iglesia no tiene que ejercer su jurisdicción sino sobre los suyos y no sobre los otros. Corresponde á cada fiel prestarle individualmente su concurso, para que su sentencia no sea letra muerta, concurso que consistirá en suspender toda relación con el mal cristiano que, por su mala conducta, deshonra á la comunidad entera. En cuanto á los impuros que hay en el mundo, como no guardan relación alguna con la Iglesia, ésta no tiene para qué cuidarse de ellos. Solamente de Dios dependen. Luego, haciendo alusión á un texto de la Escritura, resume Pablo en dos palabras todo el capítulo: «Es necesario separar de la Iglesia al culpable.»

El ideal que él se formaba de la comunidad cristiana era, según su teoría acerca de la eliminación de los miembros corrompidos hecha por los miembros sanos, y no por la autoridad judicial personal, un ideal muy elevado, pero irrealizable cuando la pepueña comunidad llegase á ser la gran Iglesia. Para ejecutar semejante labor de purificación perpetua, preciso es que sean pocos, conocerse y sentirse íntimamente unidos. Desde el momento en que la multitud invade el templo, la selección seria y severa no es posible.

Otro tanto es necesario decir de la teoría que el Apóstol va á emitir, quizá por asociación de ideas, acerca de las disputas que ocurran entre los fieles. Era á propósito para la edad de oro de la Iglesia. Juzgándose los cristianos á sí mismos, tendríase el verdadero reino de Dios sobre la tierra. Parecele á Pablo que proceder de otra suerte, es, para la comunidad cristiana, perder su dignidad; así echa en cara con viveza á la Iglesia corintia, tan pagada de sí misma, el que vaya, después de haber descuidado de juzgar á los suyos que se hallan en su seno, á hacerse juzgar por los paganos que se hallan fuera y por bajo de ella.

«¿Osa ⁽¹⁾ alguno de vosotros teniendo negocio contra otro, ir á juicio ante los inicuos ⁽²⁾, y no delante de los santos? Y qué ¿no sabéis que los santos juzgarán de este mundo? ⁽³⁾. Y si vosotros habéis de juzgar al mundo, ¿no seréis dignos de juzgar cosas de poquísima monta? ¿No sabéis que juzgaremos á los ángeles? ⁽⁵⁾ pues, ¡cuánto más las cosas del siglo! ⁽⁴⁾ Sin embargo, cuando tenéis diferencias por cosas del siglo, establecéis á los que son de ninguna estimación en la Iglesia ⁽⁶⁾, para juzgarlas. Para confusión vuestra lo digo. Pues qué ¿no hay entre vosotros algún hombre sabio que pueda juzgar entre sus hermanos? Sino que el hermano trae pleito con el hermano; ¡y esto en el tribunal de los infieles! De manera que cierto hay ya culpa en vosotros en traer pleitos los unos con los otros. ¿Por qué no sufrís antes la injuria? ¿por qué no toleráis antes el daño? ⁽⁷⁾ Mas vosotros sois los que injuriáis y dañáis; y esto á los hermanos. ⁽⁸⁾ ¿No

(1) La expresión de que se sirve Pablo, *τολμᾶ*, es muy propia para expresar cuanto él halla de monstruoso en la conducta del fiel que lleva á su hermano al tribunal de los paganos. Necesítanse para llegar á tanto, una audacia y una impudencia verdaderamente grandes.

(2) Los paganos son juzgados de ser gentes injustas ó sin justicia, *ἀδίκων*, con relación á los cristianos que son los justos, los santos, *τῶν ἁγίων*. Pablo quiere hacer resaltar lo que hay de inconsecuente en ir á pedir justicia á gentes que no la tienen, tales como los gentiles.

(3) Manifiestamente, Pablo alude aquí á la promesa de Jesús, *Mat.*, XIX, 28: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, os sentaréis en doce tronos, juzgando á las doce tribus de Israel;» promesa que se extiende á todos los fieles, según el *Apocal.*, II, 26, 27, y XX, 4. Esto debe entenderse del día de la Parusia.

(4) No puede hablarse aquí sino de los ángeles malos que serán envueltos al fin de los tiempos en la misma sentencia que los pecadores seducidos por ellos.

(5) La expresión *βιωτικά*, que se lee *Luc.*, XXI, 34, comp. *II Tim.*, II, 4, indica lo referente á la vida material, lo suyo y lo mío. Hállase en los autores profanos: *Diod.*, II, 29; Artemidoro, *Oneir.*, I, 31; y aun en Filón, *Vit. Mos.*, III, 18.

(6) Nos ha parecido que esas personas tenidas en nada en la Iglesia, *τοὺς ἐξουθενημένους ἐν τῇ ἐκκλησίᾳ*, eran los paganos, y es el parecer del mayor número de los intérpretes. Si se entiende que se trata de los miembros más humildes de la Iglesia, el sentido será, poniendo el verbo *καθίζετε* en imperativo: «Tomad por jueces á los menos considerados entre vosotros, valdrán todavía más que los paganos.»

(7) En lo que había aconsejado el Maestro, *Mat.*, V, 38 y siguientes.

(8) Es raro, efectivamente, que sosteniendo un proceso justo en su ori-

sabéis que los inicuos no poseerán el reino de Dios? No os engañáis: ni los fornicarios, ni los adoradores de ídolos, ni los adúlteros; Ni los afeminados, ni los de pecados nefandos, ni los ladrones, ni los avaros, ni los dados á la embriaguez, ni los maldicientes, ni los robadores poseerán el reino de Dios. Y tales habéis sido algunos, mas habéis sido lavados, mas habéis sido santificados, mas habéis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y por el Espíritu de nuestro Dios.»

La severidad de las acusaciones contra los fieles de Corinto y la implacable enumeración ⁽¹⁾ que hace de sus impurezas indican visiblemente que el pensamiento del Apóstol se había fijado ya en otro cargo, y que se dispone á tratar de él. Muy probablemente ⁽²⁾ Pedro, Apolo ú otros habían indicado á los corintios el decreto de la reunión conciliar de Jerusalén prohibiendo los manjares inmolados á los ídolos, la sangre y la fornicación. Pablo, interrogado acerca del alcance verdadero de este decreto, había contestado favoreciendo, como convenía en un medio griego, los derechos de la libertad cristiana. Todo es permitido—había dicho, hablando de los actos indiferentes prohibidos tan sólo por la ley mosaica.—Pareciendo, por otra parte, que el decreto equiparaba la prohibición de manjares y la fornicación, los corintios entendieron muy bien con la casuística de Pablo. Pues bien, certísimamente no había tratado el Apóstol sino de las prescripciones externas del mosaísmo. De ahí la equivocación. Una parte de

gen, no caiga uno mismo en la injusticia. Para defenderse, ataca, y la culpa no anda lejos.

(1) Las expresiones *πόρνοι*, aquellos que por dinero se prostituyen, ó usan de mujeres entregadas á la prostitución; *μοιχοί*, los adúlteros que toman la mujer ajena; *μαλακοί*, los afeminados, hombres que se dan al papel de mujeres para satisfacer las pasiones de los demás; *ἀρσενοκοίται*, los impúdicos que sustituyen el hombre á la mujer en su lecho de vicio, resumen las abominaciones á las cuales se entregaba, sin tener conciencia de su crimen, la sociedad pagana.

(2) Parécenos sugerir aquí el mejor medio de explicar el pasaje, VI, 12-13, que en todos tiempos ha puesto singularmente en aprieto á los intérpretes. La discusión referente á manjares prohibidos, que pronto llegará, hace ver que nuestra hipótesis no carece de fundamento.

la responsabilidad correspondía al texto conciliar mismo, que todavía hoy nos choca, pareciendo que iguala la prohibición de tal manjar vedado por el mosaísmo ⁽¹⁾ y la fornicación prohibida por el derecho natural. La viveza con que el Apóstol tacha la falsa interpretación de sus palabras pruébanos que sus teorías morales eran en gran manera opuestas á toda flojedad peligrosa.

«Todo me es permitido, mas no todo me conviene. Todo me es permitido, mas yo no me pondré bajo del poder de ninguno.»

Así, no retira lo dicho, sino que, con alguna ironía, indica que toda regla general tiene sus restricciones naturales. De que uno tenga la libertad de los hijos de Dios, no se sigue que está autorizado para hacer lo que dañe á los demás ó á sí mismo. El bien público pone límites á la libertad individual, y lo mismo al interés personal. Así, concédasele la libertad que se le conceda, jamás será permitido al hombre usar de su independencia para hacerse esclavo de alguien ó de alguna cosa. Decirse libre y, en nombre de esa libertad, atarse á pasiones tiránicas y degradantes, ¿no sería extraña aberración? Y sin entretenerse en confundir al adversario, á quien obliga á contradecirse, demostrándole que su principio llevado al extremo, se hunde por sí mismo, señala la distinción esencial que debe hacerse entre la cuestión de los manjares prohibidos y la fornicación, distinción que con muy poco acierto no había hecho el decreto de Jerusalén.

«Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; mas Dios destruirá á aquél y á éstas; y el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Y Dios resucitó al Señor, y nos resucitará también á nosotros por su virtud ⁽²⁾.»

Las cuestiones sobre manjares permitidos ó vedados son

(1) *Hechos*, XV, 20, 29.

(2) Es de notar que aquí Pablo se cuenta, en oposición con lo dicho por él en otros pasajes, I *Thess.*, IV, 17, en el número de los que serán muertos cuando llegue la Parusia. (*)

(*) V. *La Obra de los Apóstoles*, vol. II, p. 326 — N. del T.

de orden enteramente distinto que la fornicación. Los manjares y el estómago que los absorbe serán suprimidos cuando el hombre entre en la vida definitiva y eterna. Eran aquéllos para éste, y recíprocamente, pero con mero destino temporal, puesto que en el cielo no habrá que alimentarse ni que digerir. Debiendo permanecer en el sepulcro, nada de lo que á ellos se refiere hállase fundado en la esencia de las cosas; púedese, por lo tanto, apreciarlo diversamente. Es muy distinto tratándose del cuerpo propiamente dicho. Y por cuerpo debemos entender, en la antropología de Pablo, el principio misterioso, pero físico y permanente, que forma parte integrante de la persona humana, en oposición al organismo exterior y puramente físico que diariamente se renueva. Él es quien imprime á lo que perpetuamente varía en nosotros un sello de identidad innegable, y el que, después de la muerte, en medio de la descomposición de todo lo demás, deberá subsistir, para servir de lazo entre nuestro cuerpo actual y el cuerpo futuro ⁽¹⁾. Este es el elemento, uno con nuestra personalidad, y destinado á mantener en su forma plástica la envoltura carnal del hombre, que pertenece al Señor Jesús, cabeza de la humanidad. Este es el germen humano ó substancia propiamente dicha del cuerpo, que Dios, mediante espiritual transformación, habrá de llamar á una existencia superior. De esta relación divinamente querida entre el cuerpo y el Señor á quien ese cuerpo pertenece, pues que lo habita y glorifica, va á deducir Pablo todo lo que hay de culpable en la fornicación.

«¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, yo los miembros de Cristo, y los haré miembros de ramera? No por cierto. ¿No sabéis que el que se allega á una ramera, un cuerpo se hace con ella? Porque serán—dijo⁽²⁾—dos en una carne. Mas el que se allega

(1) En virtud de esa teoría antropológica, el Apóstol, *I Cor.*, XV, 50, declara, á pesar de enseñar la resurrección de los cuerpos, que ni la carne ni la sangre pueden entrar en el reino de Dios.

(2) El sujeto sobrentendido del verbo *φησιν* es probablemente la Escritura. Pudiera ser también Adán.

al Señor, es un espíritu con Él ⁽¹⁾. Huid la fornicación ⁽²⁾. Todo pecado que hiciere el hombre, es fuera del cuerpo; mas el que comete fornicación, peca contra su mismo cuerpo ⁽³⁾. O ¿no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el que tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados fuisteis por grande precio. Glorificad á Dios, y llevadle en vuestro cuerpo.»

¡Qué sacrilegio tomar ese cuerpo, órgano del Cristo— pues, en fin, el Cristo viviente en su Iglesia por su Espíritu, vive en cada uno de los miembros de esta Iglesia y los penetra, alma y cuerpo, con sus influencias,—y unirlo, tembloroso bajo la acción y presencia divinas, al cuerpo impuro de una prostituta! ¡Vecinaje odioso, sacrilego, abominable! ¡Los miembros del Cristo convertidos en miembros de cortesana! Y, no obstante, tal es la repugnante realidad, pues, como dice la misma Escritura, los dos seres que se unen en el acto vergonzoso, no son sino uno, sea en dicho mismo acto, sea en su resultado, si es productivo. En efecto, el hijo que nazca, ¿no será la carne misma y la vida de los dos fornicadores fundidas en una

(1) Con estas palabras que algunos han declarado ininteligibles, el Apóstol quiso establecer oposición entre quien se une á una cortesana y el que se une con Dios. Emplea para caracterizar la unión de uno y otro el mismo verbo *κολλόμενος*. El resultado en el fornicador, es que el espíritu y el alma, mediante el cuerpo, hácese parte integrante de la cortesana, mientras que en el cristiano fiel, mediante la unión con el Señor, el espíritu, el alma y el cuerpo confúndense con su Espíritu divino.

(2) No deben combatirse las tentaciones contra la lujuria, deben huirse.

(3) Esta afirmación del Apóstol fué en todo tiempo desesperación de los intérpretes. San Agustín declaraba que nada bueno tenía que decir para explicarla. No obstante, si se toma la palabra *cuerpo* en el sentido que parece tener en San Pablo y si se entiende por eso el organismo permanente é interior, de que hablábamos hace un momento, el cual debe mantener, después de la muerte, á pesar de la destrucción de nuestros miembros, nuestra identidad física, tal vez el punto misterioso de nuestra envoltura terrestre por la cual nuestra alma entra en contacto con los objetos exteriores, puédesse comprender que este organismo, en donde yace y germina la vida, se vea particularmente interesado por el acto de fornicación que conmueve al ser humano en sus últimas profundidades y que arroja al fango la semilla sagrada de la vida humana misma.

sola? Si el fiel tuviese de sí mismo la idea que debiera tener, jamás se atrevería á condenar al Señor á parecido envilecimiento. ¿Y no es ultrajar al Espíritu Santo entregar lo que era su templo á la impureza y á Satanás? Sí, hay en esto un crimen evidente y una injusticia tanto más sublevadora cuanto que tal templo no nos pertenecía, sino que era de quien lo adquirió al precio de su sangre. ¡Ver-güenza para quien lo profane, en vez de servirse de él para glorificar al Señor!

Si esta elevada lección de moral cristiana nos sorprende por la profundidad de los motivos que invoca, ¡cuánto más debió dejar estupefactos á los corintios disolutos á quienes iba dirigida! No solamente por natural pudor, y en virtud de la ley moral, debe guardarse el propio cuerpo, sino por respeto á quien lo pagó con su sangre, lo consagró con su Espíritu, y lo elevó á la dignidad de templo de Dios. El pudor así transformado se convierte en santidad.

Esta lección, que el relajamiento general de las costumbres en el seno del paganismo y más particularmente en Corinto, obliga á Pablo á formularla con visible emoción, tiene por complemento una teoría acerca del celibato y del matrimonio. En la carta que los corintios le habían dirigido, pedíase su parecer acerca del celibato y su excelencia. No es raro que, en medios profundamente disolutos, almas disgustadas por la inmoralidad universal piensen en una vida absolutamente casta. Es la reacción enérgica de la dignidad humana contra la más humillante de las degradaciones. ¿Quién ignora que la virginidad cristiana alcanzó su más maravillosa florecencia en medio del fango y de las inmoralidades de la decadencia romana? Como algunos fieles de Corinto, probablemente de los más notables por su virtud y elevación de sentimientos, se hubiesen pronunciado en favor del celibato, preguntóse á Pablo lo que acerca de ello pensaba. He aquí su prudente y hermosa respuesta:

«Por lo que hace á las cosas, sobre que me escribisteis:

Bueno ⁽¹⁾ sería á un hombre no tocar mujer ⁽²⁾. Mas para evitar la fornicación, cada uno tenga su mujer, y cada una tenga su marido ⁽³⁾.»

Según el parecer muy categórico de Pablo, el celibato es más excelente que el matrimonio, pero duro de soportar. Digamos sencillamente que es heroico, porque no es posible sino ahogando violentamente el grito de la naturaleza. Así, no será para la mayor parte. Pues bien, corriendo lo mejor el riesgo de ser enemigo de lo bueno, aconseja el Apóstol, como regla general, el matrimonio, después de haber con una palabra, hecho el elogio de las gloriosas excepciones que pueden prescindir de él. He aquí, por otra parte, la regla de las relaciones conyugales. Probablemente algunos, bajo la influencia de teorías ascéticas exageradas, exaltándose en un misticismo peligroso, pretendían, estando casados, vivir como si no lo estuviesen. Había en esto el peligro de acabar haciendo la bestia queriendo demasiado hacer el ángel:

«El marido pague á su mujer el débito ⁽⁴⁾; y de la misma manera la mujer al marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; y asimismo el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer ⁽⁵⁾. No os defraudéis el uno al otro, sino de acuerdo

(1) La expresión *καλόν* empleada por el Apóstol indica, no solamente que no tener mujer es útil, ventajoso, sino que es noble y digno de un alma superior. El Maestro no la tuvo, él mismo no la tiene, y el hombre perfecto en el cielo no la tendrá, *Luc.*, XX, 34, 35. De la mujer legítima y del matrimonio es de lo que aquí se trata.

(2) Las palabras de que se sirve Pablo, *γυναικός μὴ ἀπτεσθαι*, están quizás tomadas de la Epístola á los corintios. Se refieren á las relaciones sexuales, como en *Gén.*, XX, 6; *Prov.*, VI, 29. Véase Plutarco, *Vit. Alex.*, XXI.

(3) Muy equivocadamente se ha reprochado á Pablo que autorizaba el matrimonio únicamente como lo peor que puede ocurrir, y sin que parezca enterearse su fin más noble y elevado. Esto es olvidar el fin que él persigue. No establece aquí una teoría del matrimonio, sino que responde á la cuestión suscitada por los corintios. Si se quiere saber lo qué piensa tocante á la dignidad de las relaciones conyugales, véase XI, 3, y *Efes.*, V, 25-27; *I Tim.*, II, 15; ó aún á lo que va á seguir, vers. 14.

(4) La palabra *ὀφειλή* significa una deuda cualquiera, *Mat.*, XVIII, 32; *Rom.*, XIII, 7. Aquí, según el contexto, se trata del débito conyugal.

(5) La base de igualdad sobre la cual aparece la mujer con relación al hombre, tratándose del derecho conyugal y á pesar de *Gén.*, III, 16, *debe* ver

por algún tiempo, para dedicaros á la oración; y de nuevo volved á cohabitar, para que no os tiente Satanás por vuestra incontinencia.»

Nada más prudente y más moderado que estos consejos prácticos. Pablo conoce la humana naturaleza, y se guardaría bien de invitarla en masa á un heroísmo sobrado difícil. Por otra parte, el plan divino mismo no se compadecería con ello. Necesaria es la reproducción regular de la especie, para que el fin no llegue antes de su hora. Así, pues, que ninguno de los dos esposos pretenda sustraerse á los derechos al otro otorgados sobre su propio cuerpo, sino que se someta con afectuosa benevolencia ⁽¹⁾. La cesación de las relaciones conyugales no podría ser legítima sino estableciéndola de común acuerdo, y por tiempo limitado, sobre todo cuando razones de orden superior, el deseo de entregarse con más recogimiento y piedad á la oración, ó aun al ayuno ⁽²⁾, la inspiran. En todo tiempo los grandes servidores de Dios ⁽³⁾ han creído que el mejor medio para que el alma suba á las regiones superiores consiste en desentenderse de la vida de los sentidos.

Solamente que es necesario evitar, cuando se toma este partido valeroso, que Satanás se aproveche de ello, explotando de pronto los instintos de desorden que sabe él existen vivos en las entrañas del hombre. Sería esto muy deplorable, por lo que el Apóstol prefiere recomendar de manera general, á la virtud todavía poco cimentada de los corintios, que no se prolonguen mucho esas interrupciones de las relaciones íntimas entre los esposos. Luego, como él quiere que no se pierda de vista el fondo de su pensamiento y sus preferencias por un estado más heroico y más

claro lo que cada uno de los dos esposos pierde de su independencia personal en el contrato matrimonial.

(1) El texto romano y algunos otros manuscritos dicen *τὴν ὀφειλομένην εὐνοίαν*. Es una paráfrasis de *τὴν ὀφειλήν*, que parecía expresión sobrado dura para la lectura pública.

(2) Algunos manuscritos mencionan, efectivamente, el ayuno antes de la oración, *τῇ νηστείᾳ καὶ τῇ προσευχῇ*.

(3) *Exod.*, XIX, 15; *I Reyes*, XXI, 4 y 5.

cristiano, puesto que es el estado que más nos asemeja al Maestro, añade:

«Mas esto digo por indulgencia, no por mandamiento. Porque quiero ⁽¹⁾ que todos vosotros seáis tales, como yo mismo; mas cada uno tiene de Dios su propio don, el uno de una manera, y el otro de otra.»

Que Pablo no fué casado y que se colocó en el número de las grandes y nobles almas que libremente se consagran á la castidad absoluta, es evidente, á juzgar por este pasaje ⁽²⁾. Al expresar el deseo de que todos sigan su ejemplo, sabe muy bien que este deseo no será atendido. La virtud común es patrimonio de la muchedumbre; la virtud heroica constituye la excepción. Sin embargo, la expresa, por cuanto siempre es conveniente desear para nuestros hermanos lo mejor. Por otra parte, sabe y declara que, para responder á este anhelo, se necesita una vocación y una gracia especial. Por esto había dicho el Maestro, dirigiéndose á los discípulos: «No todos son capaces de esto, sino aquellos á quienes es dado» ⁽³⁾. En efecto, gran bendición es hallar en uno mismo la energía necesaria para extinguir la vida en sus entrañas y entregarse, con ardor que nada en adelante ha de enfriar, al servicio de Dios y de la Iglesia.

«Digo también á los solteros y á las viudas ⁽⁴⁾: Les es bueno si permanecen así, como también yo. Mas si no tienen don de continencia cásen se; porque más vale casarse,

(1) Pablo emplea el indicativo *θέλω* y no el optativo, para indicar que su deseo no es eventual, sino positivo, y conforme con su manera más constante de pensar.

(2) Ciertos exégetas, más cuidadosos de atacar la enseñanza de la Iglesia católica sobre la excelencia del celibato, que de aceptar el sentido natural de los textos, imaginaron, según el testimonio de Clemente de Alejandría citado por Eusebio, *H. E.*, III, 30, que Pablo debía ser viudo. De modo que el Apóstol ¡desearía caritativamente á los casados que se quedaran viudos como él! Por lo menos, es esto muy extraño. (*)

(3) *Mat.*, XIX, 11.

(4) Las viudas son clasificadas por Pablo en una categoría diferente de las personas solteras, porque, entre los antiguos, se veía ya con malos ojos el matrimonio de las viudas. Ahora bien, como se encontraba muy natural el matrimonio de los viudos, son confundidos aquí con los solteros.

(*) *V. La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 159.—N. del T.

que abrasarse ⁽¹⁾. Mas á aquellos, que están unidos en matrimonio, mando no yo, sino el Señor ⁽²⁾, que la mujer no se separe del marido. Y si se separare, que se quede sin casar, ó que haga paz con su marido. Y el marido no despida á su mujer ⁽³⁾. Pero á los demás digo yo, no el Señor ⁽⁴⁾: Si algún hermano tiene mujer infiel, y ella consiente morar con él, no la despida. Y si una mujer fiel tiene marido infiel, y él consiente morar con ella no despida al marido ⁽⁵⁾. Porque el marido infiel es santificado por la mujer fiel; y santificada es la mujer infiel por el marido fiel; de lo contrario, vuestros propios hijos serían extraños á la salvación, mientras que, por derecho, están consagrados para recibirla ⁽⁶⁾.»

(1) Casarse no es un mal, pero alimentar en uno un perpetuo foco de lúbricas pasiones, sería un mal muy grande. *Mat.*, V, 28. No es en manera alguna probable que Pablo entienda la palabra *πυρῶσθαι*, por llamas del infierno. Se refiere al fuego de la pasión, y San Agustín lo explica así, *de Sancta Virginitate*, XXXIV: «Occultâ flammâ concupiscentiæ in ipsâ conscientia vastari.» En *II Cor.*, XI, 29, se emplea también la misma palabra para expresar una violenta emoción del alma. *Comp. II Mac.*, IV, 38; X, 35; XIV, 45.

(2) Al emplear esta fórmula y el verbo *παραγγέλλω*, «os transmito la orden», quiere decir el Apóstol que se refiere en su recomendación á una palabra del Maestro conservada por la tradición oral antes de que fuera consignada en el Evangelio. *Mat.*, V, 32; XIX, 9; *Marc.*, X, 11; *Luc.*, XVI, 18. Ahora bien, es muy sorprendente que, siguiendo el texto de los dos últimos sinópticos, no admita excepción ni siquiera para el caso de adulterio, lo que, visiblemente, autoriza la reprobación absoluta del divorcio por la Iglesia católica.

(3) Pablo distingue el acto de la mujer que se separa, *χωρισθῆναι*, del del hombre que despide ó repudia, *ἀφιέναι*, porque considera al hombre como propietario y dueño del hogar conyugal. La mujer se va, y él permanece en éste.

(4) Con esta fórmula, precisa que el Señor no resolvió por sí mismo los otros casos que él va á resolver con autoridad, por otra parte, irrefragable, como lo dirá XIV, 37. Tenemos aquí una prueba del conocimiento preciso que tenía de los sermones de Jesús consignados más tarde en nuestros Evangelios.

(5) La expresión *ἀφιέναι*, que caracterizaba hace un momento el acto del hombre repudiando á la mujer, es aplicada á la determinación que la mujer cristiana, considerándose superior á su marido pagano, podría tomar de repudiarlo.

(6) Quizás sea esta la mejor traducción del calificativo *ἅγια* aplicado á los niños, como el verbo *ἡγιασται* había sido aplicado al esposo pagano. El Apóstol quiere decir que, por los lazos con algún cristiano, cesan de pertenecer absolutamente al mundo y se convierten en candidatos al cris-

Así, en la dirección que da á los fieles, en su nombre propio, inspírase el Apóstol en el verdadero espíritu del Evangelio, que es espíritu de caridad. Desde que uno de los dos esposos, por pagano que sea, consiente en vivir con el otro que es cristiano, muestra que no es absolutamente irreductible; acepta ver de cerca la nueva religión, y todo hace esperar que acabará por experimentar sus saludables influencias; por esto mismo, se encuentra ya en el camino de la salvación; está como afiliado á la Iglesia por la convivencia pacífica y afectuosa que acepta con un miembro de esta Iglesia. Pablo llega hasta decir que es santificado. Para reducir esta expresión á su justo valor, hay que recordar que, según la Escritura, la palabra santificación no significa siempre la remisión de los pecados, sino también la posesión, por Dios ó sus representantes, de una criatura, su separación de los otros con miras á un destino más alto «Así—dice San Agustín ⁽¹⁾—los catecúmenos, antes de su bautismo, son santificados por el signo de Cristo y la imposición de las manos.» En el contacto que acepta con su cónyuge cristiano, se coloca el pagano bajo la mano de Dios, que no tiene que hacer más que

tianismo. Evidentemente se refiere á los niños que todavía no han recibido el bautismo; sin esto, su argumentación carecería de sentido, por cuanto los niños bautizados, no sólo están, como el esposo pagano, afiliados á la salvación, sino establecidos en ella, y esto en razón, no de sus padres cristianos, sino del sacramento recibido. ¿Había, pues, niños á quienes se debía crecer en las familias cristianas sin administrarles el bautismo? Sí, debía haber, y á éstos se refiere Pablo en su argumentación. Pero concluir de esto, con los anabaptistas, que no se debe bautizar á los niños, no es lógico. En efecto, para hallar aquí un argumento decisivo contra la práctica de la Iglesia romana, sería preciso probar que, además de los no bautizados de que habla el Apóstol, no había bautizados. Pues bien, nada más lejos de demostración; por lo que, aun admitiendo que nada uniforme existiese en los tiempos apostólicos, se puede y se debe sostener con Orígenes, in *Epist. ad Rom.*, lib. V, c. IX; in *Luc.*, hom. XXV; in *Levit.*, hom. VIII; Ireneo, *adv. Haeres.*, II, 24, 4; Cipriano y el Sínodo que presidió (252); V. Cipriano, *Epist.* LIX; finalmente, con Agustín, hablando en nombre de todos sus predecesores, *Sermo* 176, n.º 2, que la Iglesia siempre ha bautizado á los niños: «Hoc Ecclesia semper habuit, semper tenuit, hoc a majorum fide per cepit, hoc usque in finem perseveranter custodit, etc.»

(1) Agustín, *de Bap. Parv.*, lib. III, cap. XXV y XXVI; lib. III, capítulo XII; *Sermo XIV de Verb. Apost.*, cap. XIX.

tocarlo para transformarlo. Está, con relación á la salvación, como los niños, todavía no bautizados, de un matrimonio cristiano. En todos ellos hay ya algo de Jesucristo; porque si los niños se relacionan directamente con los padres que los engendraron, el esposo y la esposa se relacionan entre sí, ya que, gracias á la unión conyugal, no hacen más que uno. Desde el momento en que el pagano quiere permanecer unido al cristiano, muestra que el cristianismo está en el umbral de su alma, que va á penetrar en ella. Este precepto, tan sabiamente dado por el Apóstol, debía conducir al Evangelio más prosélitos que las más elocuentes predicaciones. Nada más persuasivo que la verdad, cuando un alma tiernamente amada quiere hacer valer sus derechos; llama entonces con tanta energía al corazón como á la cabeza y se impone victoriosamente.

«Y si el infiel se separare, sepárese, porque el hermano ó la hermana no está sujeto á servidumbre en tales condiciones; mas Dios nos ha llamado á vivir en paz. Además, ¿cómo sabes tú, mujer, si salvarás al marido? ó ¿cómo sabes tú, marido, si salvarás á la mujer, aun sacrificando vuestra tranquilidad? (1)»

Muy erróneamente sacrificaría uno el deber de conservar tranquila su alma á un deber muy incierto de convertir al esposo que afirma, con su deseo de irse, sus disposiciones hostiles al Evangelio. Además, la nueva religión se armoniza con todo lo que no es malo en sí mismo. Se acomoda á todas las situaciones, en la seguridad de que posee contra todos la última palabra. De aquí el gran principio del Apóstol: lo que no ha impedido que la salvación se desarrollase en nosotros, no podría impedir que nuestra vi-

(1) Otros traducen así este pasaje: «Sin embargo, Dios nos ha llamado para que usemos con preferencia de procedimientos pacíficos y caritativos. ¿Quién sabe si, manteniendo la unión no salvaréis, tú, mujer, á tu marido, y tú, marido, á tu mujer?» Suponen que «*el* debe ser aquí el equivalente de «*si* *μή*, como se ve en *II Reyes*, XII, 22; *Joel*, II, 14; *Jonás*, III, 9, en donde los LXX traducen la locución hebraica *mi iodeá* por *tis oiden* *el* expresando que sucederá una cosa. La dificultad está en que en la frase precedente se lee *év eipήνῃ*, vivir en paz, y no *eis eipήνῃ*, para la paz, como llevaría el texto, si Pablo hubiese querido decir que Dios nos ha llamado á trabajar para la paz.

da se desarrollase en la salvación. Así, pues, la conversión, aun modificando el conjunto de nuestra vida interior, deberá cambiar lo menos posible nuestra vida exterior. Tal es la regla que seguirán los fieles en Jesucristo. ¡Cuán sabia era, al no perturbar nada desde el punto de vista social, para mejor cambiarlo todo desde el punto de vista moral, operando sin revolución la más grande de las revoluciones, prestándose con maravillosa flexibilidad á las situaciones más diversas, y haciendo prevalecer, á través de las más caritativas condescendencias, la más absorbente firmeza!

«Sino que cada uno, como Dios le haya repartido, y cada uno como Dios le haya llamado, así ande; y esto es como yo lo ordeno en todas las Iglesias. ¿Es llamado alguno siendo circuncidado? que no busque prepucio. ¿Es llamado alguno en prepucio? que no se circuncide. La circuncisión nada es, y el prepucio nada es, sino la guarda de los mandamientos de Dios. Cada uno en la vocación en que fué llamado, en ella permanezca. ¿Fuiste llamado siendo siervo? no te dé cuidado; y aun cuando puedas ser libre, no quieras dejar tu condición ⁽¹⁾. Porque el siervo que fué llamado en el Señor, liberto es del Señor; asimismo el que fué llamado siendo libre, siervo es de Cristo.»

El razonamiento del Apóstol es concluyente: al convertirse en cristiano, el esclavo ha sido hecho libre, y el hombre libre ha tomado el yugo; entre uno y otro, parece suprimida toda diferencia, y, gracias á esta transformación espiritual, han venido á tocarse los extremos, y aun á identificarse; no vale, pues, la pena de que el esclavo quiera cambiar de estado. Entonces, en un magnífico arranque de entusiasmo, rindiendo homenaje al sacrificio redentor por

(1) Varios traducen: «Si puedes ser libre, aprovéchate de ello.» La dificultad procede de que el verbo *χρῆσαι* no lleva régimen, por lo que unos sobreentienden *δουλεία*, y otros *ελευθερία*. Pero la traducción que invita á usar de la posibilidad de convertirse en libre tiene en contra suya desde luego el principio general del Apóstol: «Permanece en tu condición,» y después, la construcción de la frase, en la que *καί* no va delante de *ελεύθερος*, sino unida con *εἰ*, lo que obliga á traducir por *aun cuando*.

el cual los esclavos se convierten en hombres libres y los hombres libres en esclavos, glorificando aquella muerte del Salvador que ha rescatado la libertad de los unos y la sumisión de los otros, exclama Pablo:

«Por precio sois comprados, no os hagáis siervos de hombres.»

¿Quiere decir que no hay que aceptar el yugo del mundo desde que uno ha sido emancipado por Jesucristo? ¿Se refiere á los agitadores, á los enredadores revolucionarios que se imponen á los fieles y procuran persuadirlos de que, al convertirse en cristianos, hay que cambiar de situación social? ¿Se limita á recomendar que se sienta uno libre en el fondo del alma y ante Dios, aun cuando sea esclavo según los hombres? Todo esto es posible, pero no parece muy claro. Como conclusión, vuelve á su principio:

«Pues, cada uno, hermanos, permanezca delante de Dios, en la condición á que fué llamado.»

La idea de que Dios está junto á nosotros para observarnos, para alentarnos, para sostenernos, transforma toda nuestra vida, así sea ésta la más humilde y penosa. El fiel que vive de esta idea, no pensará jamás en cambiar de situación. Posee á Dios; ¿qué más puede desear?

«Cuanto á las vírgenes ⁽¹⁾, no tengo mandamiento del Señor ⁽²⁾; mas doy consejo, como quien ha alcanzado misericordia del Señor, para ser fiel. Pienso, pues, que esto es bueno á causa de la necesidad que apremia, porque bueno es al hombre el estarse así. ¿Estás ligado á mujer? no busques soltura. ¿Estás libre de mujer? no busques mujer. Mas si tomares mujer, no pecaste; y si la virgen se casare, no pecó. Pero los tales tendrán molestias domésticas ⁽³⁾. Mas yo os perdono. Pues, lo que digo, hermanos, es: El tiempo es

(1) Seguimos la traducción ordinaria, pero, según los vers. 26-28, no sería imposible que Pablo hubiese querido hablar de los solteros de uno y otro sexo.

(2) El Apóstol apunta aquí, no sólo á la tradición oral, sino quizás también á la escrita, en la cual podían estar ya consignados los sermones del Señor.

(3) Lo que el Apóstol llama *θλίψιν τῆ σαρκί* corresponde á los disgustos de familia, á las angustias del corazón que hay en el matrimonio.

corto ⁽¹⁾; lo que resta es, que los que tienen mujeres, sean como si no las tuviesen; y los que lloran, como sino llorasen; y los que se alegran, como sino se alegrasen, y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen ⁽²⁾, porque pasa la figura de este mundo ⁽³⁾. Quiero, pues, que viváis sin inquietud. El que está sin mujer, está cuidadoso de las cosas que son del Señor ⁽⁴⁾, de cómo ha de agradar á Dios. Mas el que está con mujer, está afanado en las cosas del mundo, de cómo ha de dar gusto á su mujer ⁽⁵⁾. Asimismo hay diferencia entre la casada y la soltera: la soltera piensa en las cosas del Señor, para ser santa de cuerpo y de alma; mas la que es casada, piensa en las cosas que son del mundo, y cómo agradar al marido. En verdad esto digo para provecho vuestro, no para echaros lazo ⁽⁶⁾, sino solamente para lo que es honesto, y que os dé facultad de llegaros al Señor ⁽⁷⁾ sin es-

(1) Pablo considera el cortísimo tiempo que falta para la Parusia; es el *ἐσχάτη ὥρα* de *I Juan*, II, 18, y declara que, no siendo todo más que un momento de júbilo, de dolor, de fortuna, de familia, no hay que echar el áncora aquí bajo.

(2) Todas estas expresiones «*tanquam non possidentes; tanquam non utantur hoc mundo*», muestran muy bien la independencia absoluta, el desasimiento de todas las cosas en el verdadero fiel.

(3) Según la expresión *τὸ σχῆμα*, es la figura, el aspecto del mundo lo que cambiará, pero que no desaparecerá á la venida del Señor, sino que tomará un nuevo modo de existencia.

(4) Si no siempre ocurre esto, es porque nuestra mala voluntad constituye un obstáculo. En realidad, no tiene una trabas que le sirvan de pretexto.

(5) Para la Vulgata y para muchos excelentes manuscritos, *μεμέρισται* termina el versículo 33 y significa que el hombre casado *está dividido*. Pero sin hablar de la conjunción *καί* que debería preceder á este verbo, es sorprendente que, en virtud del paralelismo, no se haya hecho, á propósito de la mujer casada, la misma reflexión. Nos parece, pues, más probable que *μεμέρισται* comience el ver. 34, y que, refiriéndose á la mujer casada y á la virgen, precisa que *están divididas*, es decir, en *condiciones individuales diferentes*.

(6) *βρόχον ἐπιβάλλειν* significa arrojar una red sobre un animal para capturarle. Hay que entender esta imagen en sentido moral. Pablo quiere decir que no trata de imponer á los fieles sus preferencias por el celibato.

(7) De las dos expresiones empleadas, la una, *πρὸς τὸ εὖσχημον*, significa, según la etimología de la palabra, «lo que tiene buena apariencia»; la otra, *καὶ εὐπάρεδρον*, despierta la idea de uno que, habiendo reproducido en sí uno de los aspectos más elevados de la vida humana del Salvador, llega á sentarse felizmente en un sitio de honor al lado de Él. Ciertos manuscritos

torbo. Mas, si á alguno le parece que no le es honesto á su virgen, si se le pasa la edad de casarse ⁽¹⁾, y que así es necesario que se cumpla, haga lo que quisiere; no peca, si se casa. Porque el que tomó en sí una firme resolución ⁽²⁾, no obligándole necesidad, sino antes teniendo potestad de su propia voluntad, y determinó en su corazón guardar su virgen, bien hace. Y así el que casa á su virgen, hace bien; y el que no la casa, hace mejor.»

No vemos cómo, en presencia de textos tan categóricos, han podido obstinarse los exégetas protestantes en desconocer la superioridad del celibato sobre el matrimonio. Sin duda que Pablo declara que éste es bueno y honroso, y certísimamente lo juzga necesario para la inmensa mayoría de los hombres. Esto basta para tranquilizar á los que lo contraen, y para asegurar los designios providenciales sobre la perpetuidad de la especie humana. Á pesar de que es la vocación ordinaria de la multitud, no por ello deja de ser una vocación ni menos honesta, ni menos meritoria. Sólo que, cuanto más en armonía está con el orden natural, y más dictada es por instintos íntimos é imperiosos, más heroico será el valor de los que á ella renuncian para realizar un gran bien. Consiste este bien, según Pablo, en entregarse más generosamente á Dios, en consagrarse absolutamente á su servicio y á su gloria. Tal es la suerte del sacerdote católico y de la religiosa, excepciones honrosas en la humanidad, y cuyo sacrificio, cuando se realiza leal y fielmente, se impone con fuerza á la admira-

leen *πρόεδροι*, como si el que está sentado, estuviese vuelto, *πρός*, al Señor, *Juan*, I, 1

(1) Tal es el sentido de *ὑπέρακος*. Según Platón, *Rep.*, pág. 460, esta flor de la edad sería veinte años para la joven y treinta para el joven. Comp. Homero, *Iliada*, I, 3; *Odisea*, VI, 29; Jenofonte, *Mem.*, IV, 4, 23. Los antiguos consideraban como un verdadero deshonor para el padre tener una hija condenada á permanecer soltera en su casa. *Salmo* LXXVII, 63.

(2) La multiplicidad de proposiciones incidentales empleadas por el Apóstol, muestra las dificultades y repugnancias que tendrá que vencer el padre para escoger el mejor partido. Los hombres y sus lisonjeras ofrendas, el grito de sus entrañas y el deseo de verse con descendientes, mil otras voces, en una palabra, le dirán que debe casar á su hija. Sólo por un acto de gran energía se decidirá á prescindir de todo.

ción y al respeto de todos. Según la imitación del Maestro, esos seres resueltos, animosos, violentos, no solamente han dejado á su padre y á su madre, que los habían creado en el amor y educado en su ternura, sino también al esposo y á los hijos, que constituían su esperanza, y, libres de todo lazo, por honestos que fuesen, han dicho al Señor: «Un juramento acaba de matar la vida en nuestras entrañas para hacerla más fuerte en nuestros corazones. ¡Henos aquí para vos y sólo para vos! ¡Qué hay que hacer para vuestra gloria? ¡Dar el último adiós á los más dulces y santos afectos de la familia y de la patria? Ya está hecho. ¡Qué empresa queréis que acometamos? ¡Qué playas desconocidas y quizás inhospitalarias debemos evangelizar? Hablad. Ya somos santamente libres. Al sacudir la pesada tiranía que la carne impone al espíritu, nos hemos elevado á la altura de todas las heroicidades. Dedicar ampliamente nuestra vida á un ministerio más laborioso que fecundo, darla de una vez en un acto de suprema caridad junto á la cabecera del apestado, ó en el testimonio de la sangre por el martirio, nos será tan fácil como consolador. Consagraros por completo nuestras vigili- as en la meditación y el trabajo, ó nuestras jornadas en las luchas del apostolado, he ahí nuestra única ambición. No hay cuidado de que la dulce aparición de una familia agrupada en torno de nuestro viejo hogar, venga, como un pesar, á disminuir esta ofrenda irrevocable de nosotros mismos. Rotos definitivamente están ya todos los lazos de la carne y de la sangre. El mundo llamará á este valor el duro triunfo de nuestro orgullo; sin embargo no es otra cosa que el humilde homenaje de un generoso amor.» Comprender y alabar esta energía, suficientemente poderosa para ahogar decididamente la vida de nuestra carne rebelde, es ante todo el privilegio de los que se entregan á ella. Pablo es de este número, y con admirable sencillez formula la reflexión siguiente: «El que está sin mujer está cuidado de las cosas del Señor.» Luego, de repente, se siente arrebatado por el espectáculo del hombre heroico

que ha consagrado su vida á la austera práctica de la castidad, y le declara santo en todo su ser, por cuanto su valerosa determinación le separa del mundo y le consagra oficialmente á Dios. Tal es, en efecto, uno de los sentidos de la palabra *áγιος*. Ve que está exento de todo compromiso con la pasión brutal de la impureza, y en armonía con lo que puede soñar de más perfecto en el desenvolvimiento de la vida religiosa, *πρὸς τὸ εὐσχημον*. Alábale, porque, según la doctrina del Maestro, ha transformado, al libertarse del matrimonio, su vida terrestre en una vida celestial, y hace de su pureza física el ornamento y el complemento de su pureza moral. En su derecho está de correr á colocarse junto al Señor, *πρὸς τὸ εὐπράσεδρον*, cuya virginidad imita, dirigir sin cesar sus miradas á Él, como parece decirlo una variante bizantina, *πρὸς τὸ εὐπράσεδρον*, para esperar sus órdenes y sorprender sus menores deseos, y tener, si vale la expresión, suspensa sin cesar su alma de su voluntad divina.

Habiendo resumido Pablo con claridad todo su pensamiento en esta doble apreciación: «Aquello es bueno, pero esto es mejor», reanuda sus consejos y habla de las viudas. ¡Hay que suponer que una de las cuestiones suscitadas por los corintios se refería al derecho que podían tener de contraer segundas nupcias, por lo que pedían una respuesta más precisa? Posible es. Con todo, es fácil explicarse que, aun sin esto y por una simple asociación de ideas, comparase el Apóstol á las viudas con las vírgenes, por cuanto unas y otras se hallan en situación análoga con relación al matrimonio que pueden, á voluntad, desear ó rechazar, si bien aquéllas, por lo mismo que no dependen de nadie, más libremente que éstas, que deben contar con los derechos de la autoridad paterna.

«La mujer está atada mientras vive su marido; pero si muriese su marido, queda libre. Cácese con quien quiera, con tal que sea en el Señor ⁽¹⁾. Pero será más bienaven-

(1) Esto no quiere solamente decir honestamente, sino con un discípulo del Evangelio.

turada, si permaneciere así, según mi consejo; y pienso que yo también tengo Espíritu de Dios.»

El Apóstol, al volver sobre la indisolubilidad del matrimonio fuera del caso de muerte, y sobre la excelencia moral que entraña el vivir sin hallarse sometido á sus lazos, no ignora que hallará contradictores en aquellos mismos á quien se dirige. Su doctrina y su consejo chocarán de frente, no sólo con la opinión dominante en la ciudad sensual de Corinto, sino muy probablemente con teorías sostenidas por adversarios que se figuran hablar en nombre de Dios. Por eso subraya con cierta ironía, después de reivindicar, por otra parte, toda la responsabilidad de los principios sostenidos, los derechos que puede tener, en concurrencia con otros, para instruir y dirigir, inspirado por el Espíritu Santo, la Iglesia que ha fundado. Señalemos aquí los primeros desarrollos del Evangelio dictados por el Espíritu mismo de Jesús á los predicadores apostólicos. El Maestro no lo dijo todo durante su estancia en el mundo, y la semilla arrojada por Él contenía en germen enseñanzas más explícitas, que debían brotar y desarrollarse según las nuevas cuestiones suscitadas por el tiempo, los sucesos y los hombres.

He ahí las enseñanzas que la Iglesia y sus representantes autorizados tienen el derecho de deducir del Evangelio ó de la tradición, y proponerlas á la comunidad cristiana, ya como prescripciones, ya como simples consejos. Pablo distingue siempre los preceptos del Señor, que recuerda sencillamente sin discutirlos, de los preceptos apostólicos, que nunca deja de apoyar en motivos fundados, por cuanto no quiere exigir una obediencia ciega á aquellos que deben conformarse con ellos. Tras esto, si al lado de preceptos añadidos al Evangelio, en bien de las Iglesias, expone miras más elevadas hacia el ideal de la vida cristiana; si propone actos que suponen virtudes heroicas, lo hace siempre dejando á todos en libertad de seguir ó no su invitación, y recordando que, si no se sigue, no se obrará mal. Así, fiel discípulo é imitador del Maestro, muestra tanta

precisión en determinar los múltiples grados de la perfección cristiana, como prudencia para excluir toda exaltación fanática en las direcciones que propone.

Esta prudencia se echa de ver con más precisión quizás en la solución de otro punto de controversia, suscitado por los corintios no sin alguna vivacidad. Tratábase del uso de las viandas que habían servido para los sacrificios idólatricos y de la participación en el banquete que seguía á estos sacrificios. Sabido es que lo que quedaba de las víctimas inmoladas, después de la parte insignificante quemada en honor de los dioses y el lote asignado á los sacerdotes, se entregaba á los que ofrecían el sacrificio, ya para que se consumiera en un banquete de familia, que se verificaba de ordinario en una de las dependencias del templo, ya para venderlo al público en el mercado. Ahora bien, mientras que los corintios más libres de prejuicios, quizás los partidarios de Pablo, juzgaban que podían tomar parte en semejantes festines ó adquirir impunemente tales viandas, los más meticulosos, los judío-cristianos sin duda, partidarios de Pedro, lo tenían á carga de conciencia, habiendo llegado entre ellos el debate á un grado de real acritud. Con todo desembarazo entra Pablo en la dificultad, y ciertamente, hay que admirar su alteza de miras, y la prudencia impregnada de caridad con que traza á todos la regla que deberá hacer cesar las discusiones:

«Y cuanto á las cosas que son sacrificadas á los ídolos, sabemos que todos tenemos ciencia ⁽¹⁾. La ciencia hincha, mas la caridad edifica ⁽²⁾. Y si alguno cree saber algo, aun no ha conocido de qué manera le convenga saber. Si algu-

(1) Esta palabra *γνῶσις*, que en seguida volverá á emplear, y que podríamos traducir por *la gnosis*, significa la ciencia perfecta, el conocimiento absoluto de la verdad.

(2) En este paréntesis, emite Pablo las dos ideas que van á inspirar su respuesta. La primera es que todo cristiano instruido sabe á qué atenerse sobre la inanidad de los dioses del paganismo: no existen; no hay que inquietarse por ellos. La segunda es que saber esto para abusar de esta ciencia escandalizando á las almas débiles, sería saber mal á propósito, saber para satisfacer la propia vanidad y no para emplear la ciencia á mayor gloria de Dios. La ciencia no es buena ni completa sin la caridad.

no ama á Dios, de él recibe la verdadera ciencia ⁽¹⁾. Y cuanto á las viandas, que son sacrificadas á los ídolos, sabemos que el ídolo es nada en el mundo, y que no hay otro Dios sino solo uno. Porque aunque haya algunos, que se llamen dioses, ya en el cielo, ya en la tierra (pues hay muchos dioses, y muchos señores); mas para nosotros es solo un Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en él; y solo un Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él ⁽²⁾.»

Por lo tanto, desde el punto de vista teórico es evidente que el paganismo, no siendo más que un vasto error, y no teniendo sus dioses innumerables otra realidad que la que podían tener en las fantasías supersticiosas de sus adoradores, todo lo referente á sus ridículos ritos no debía interesar al cristiano. Éste, firmemente adherido á su monoteísmo, no admite, fuera del Dios único, Padre que es la causa suprema de la creación física y el fin de la regeneración espiritual, fuera del Señor Jesucristo, autor del mundo y de nuestra santificación, ninguno de esos seres imaginarios que el paganismo adora. Por consiguiente, no ha de cuidarse para nada del contacto impuro que las viandas hayan podido tener con ellos. Sin embargo, una cosa es la teoría y otra la práctica. La verdad absoluta debe á veces ceder algo de su derecho á la caridad. En

(1) Por irregular que sea, el verbo *ἐγνωσται* debe emplearse aquí en el sentido de ser hecho conocedor, sabio, gnóstico, por virtud de Dios, al que se ama. Es un hebraísmo que el Apóstol se permite para imponer mejor su pensamiento. Comp. *Galat.*, IV, 9. Este verbo pasivo está empleado por Pablo en el sentido que hubiera tomado en hebreo en la forma *hofal*.

(2) San Crisóstomo nota que el Espíritu Santo no es mencionado aquí, y desde luego puede concluirse que la frase *καὶ ἐν πνεῦμα ἄγιον, ἐν ᾧ τὰ πάντα καὶ ἡμεῖς ἐν αὐτῷ*, que se lee en ciertos manuscritos, fué añadida más tarde. Sea de ello lo que se quiera, la cristología que volveremos á encontrar en las epístolas de la cautividad dirigidas á los discípulos de Colosas, de Éfeso y de Filipos se designa ya con toda claridad. La creación viene del Padre por el Hijo, *δι' οὗ*, y debe volver al Padre, comprendidos nosotros, á través del Hijo, *δι' αὐτοῦ*. Esto no es aquí otra cosa que la cristología de Pablo, *Col.*, I, 15, 17; también es la de *Juan*, I, 3. (*)

(*) El objeto que se propone el Apóstol, en este pasaje, es oponer la unidad de Dios, profesada por los cristianos, al politeísmo de los gentiles, no probar la divinidad de cada una de las tres Personas. (Vigouroux).—Nota del T.

este sentido, no es buena la ciencia si no edifica. Al contrario, es una desdicha cuando, afirmándose con orgullo, no logra otro resultado que perturbar las almas sencillas. Pues bien, este era el caso.

«Mas no en todos hay conocimiento; porque algunos hasta ahora por la costumbre ⁽¹⁾ de ver al ídolo, comen, como sacrificado á ídolo; y la conciencia de éstos, como enferma ⁽²⁾, es contaminada. Y la vianda no nos hace agradables á Dios; porque ni comiéndola, seremos más ricos; ni seremos más pobres, no comiéndola. Mas mirad que esta libertad que tenéis, no sea ocasión de tropiezo á los flacos. Porque, si alguno viere al que tiene ciencia, estar sentado á la mesa en el lugar de los ídolos, ¿por ventura con su conciencia enferma no se alentará ⁽³⁾ á comer de lo sacrificado á los ídolos? Y por tu ciencia perecerá el hermano enfermo, por el cual murió Cristo. Y de este modo, pecando contra los hermanos, y llagando su débil conciencia, pecáis contra Cristo. Por lo cual, si la vianda sirve de escándalo á mi hermano, nunca jamás comeré carne, para no escandalizar á mi hermano.»

El punto de vista elevado en que se colocan los más instruídos y según el cual juzgan que comer viandas inmoladas á dioses que no existen es un acto indiferente y lícito en sí mismo, parece absolutamente fundado; pero el

(1) Traducimos siguiendo la lección τῆ συνεθείᾳ que nos parece mejor. Si se lee τῆ συνειδήσει, hay que decir: por la conciencia, por la convicción íntima en que están aún de que al ídolo corresponde un ser real.

(2) La conciencia se entiende aquí del conocimiento que el hombre moral tiene de sí mismo, cuando se trata de querer y hacer el bien ó el mal. Si esta conciencia hubiera sido más fuerte ó menos formada en aquellos recién llegados del paganismo, hubiera logrado persuadirse de que, viandas ofrecidas á dioses quiméricos, no podían tener en realidad carácter sagrado. Poco esclarecida, les hace suponer un mal donde no existe, y esta suposición, por errónea que sea, basta para llevar el pecado á su alma. En efecto, un acto por sí mismo indiferente, puede convertirse en criminal; v. *Rom.*, XIV, 23, ya porque, creyendo pecar, se le cometa por ofuscación ó falsa vergüenza, ya porque escandalice á los que lo ven cometer.

(3) Para traducir bien el texto οἰκοδομηθήσεται, convendría decir: «será edificado hasta el punto de...» etc. El fiel más ilustrado edifica, no en bien, sino en mal, por el ejemplo que da á los débiles. Los escandaliza en vez de tranquilizarlos ó, por lo menos, de explicarles su manera de obrar.

Apóstol objeta que existe otro del cual no es lícito prescindir: el de la caridad. El derecho ó la libertad que da la ciencia deben ceder el paso al deber de caridad. ¿Qué interés puede ofrecer á nuestra alma el trozo de carne que se nos sirve? Que sea comido ó no, ¿valdrá uno algo más en la presencia de Dios? No, ciertamente. Pero turbar una conciencia que es preciso tranquilizar; impulsarla á cometer un acto que considerará malo, y que, por consiguiente, se convertirá en pecado, no sólo equivaldrá á matar un hermano, sino atentar contra los derechos de quien murió por salvarlo. El pensamiento de que el alma del prójimo ha sido rescatada por la sangre del Señor, y que hacerle mal es hacer mal al mismo Cristo, exalta al Apóstol, y exclama diciendo que, por su parte, preferiría no comer carne, ni en el tiempo ni en la eternidad, á arrostrar tan grave responsabilidad. Y ya sea para demostrar que él se ha inspirado personalmente en esta regla, ya para responder á ciertas acusaciones contra él, se deja arrastrar aquí á una elocuente digresión sobre el sacrificio que ha hecho siempre de su propia libertad, cuando temía herir el alma timorata del prójimo, si usaba de ella. Las interrogaciones que acumula para afirmar los derechos sacrificados nos dejan ver perfectamente la emoción de su alma:

«¿No soy yo libre? ⁽¹⁾ ¿No soy Apóstol? ¿No he visto á Jesucristo, Señor nuestro? ¿No sois vosotros obra mía en el Señor? Y aunque para los otros no fuera Apóstol, para vosotros ciertamente lo soy; porque vosotros sois el sello de mi apostolado en el Señor. Esta es mi defensa para con aquellos que me acriminan ⁽²⁾.»

Una vez más muéstrase aquí Pablo visiblemente inquieto por las malévolas disposiciones de ciertos adversarios pertenecientes quizás á la Iglesia de Corinto, pero más probablemente emisarios de Jerusalén, que discuten

(1) Libre, *ελεύθερος*, de prescindir de prácticas que su ciencia religiosa le demuestre en adelante como superfluas; los ritos judíos, por ejemplo.

(2) Este es el verdadero sentido de *ἀνακρίνουσιν*. Sobre el de *ἀπολογία*, compárese *Hechos*, XIX, 33; *II Cor.*, XII, 19.

la autenticidad de su apostolado, y á los que cree reducir al silencio recordando que si es preciso haber visto á Jesús para ser Apóstol, él le ha visto, no durante su vida mortal ⁽¹⁾, sino en el camino de Damasco y en las numerosas apariciones que siguieron á su conversión. Si es preciso haber recibido el mandato de predicar el Evangelio, él lo ha recibido ⁽²⁾, y si es necesario haber fundado Iglesias, la comunidad de Corinto es prueba manifiesta de que lo ha hecho, y de que lo ha hecho con la cooperación del Señor ⁽³⁾. Por consiguiente, como cristiano, colocándose por su ciencia evangélica muy por encima de los prejuicios y escrúpulos de los espíritus débiles, y, sobre todo como Apóstol, cosas hay que pudiera permitirse, pero de las cuales se abstiene, aun cuando no se priven de ellas los otros Apóstoles.

«¿Acaso no tenemos potestad de comer y de beber? ¿Por ventura no tenemos potestad de llevar por todas partes una mujer hermana ⁽⁴⁾, así como los otros Apóstoles, y los hermanos ⁽⁵⁾ del Señor, y Cefas? Ó ¿yo solo, y Bernabé no

(1) Hemos expuesto en otra parte las razones que impiden admitir que Pablo conoció á Jesús durante su ministerio mesiánico. V. *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, pág. 159. (*)

(*) Véase Rose, *Études sur la théologie de St. Paul*, en la *Revue Bibli-que*, 1902 y 1903. — N. del T.

(2) *Galat.*, I, 1.

(3) La palabra *ἐν Κυρίῳ* se emplea para señalar el concurso divino que ha tenido su apostolado.

(4) No hay dificultad en admitir que la mayor parte de los Apóstoles eran casados. Por ello precisamente les encarga Jesús que dejen á sus mujeres é hijos para seguirle. Sabido es que una de sus primeras curaciones milagrosas fué obrada en favor de la suegra de Pedro, *Mat.*, VIII, 14. Pero este punto, reconocido por la tradición primitiva (Clemente de Alejandría, *Strom.*, VII, 63; Eusebio, *H. E.*, III, 30) nada tiene de común con lo que se dice de las mujeres hermanas, *ἀδελφῆν γυναῖκα*, que llevaban consigo los Apóstoles, ya para asistirlos en las necesidades de la vida material (v. Agustín, *de Oper. Monach.*, IV, 5; Jerón., *Adv. Jov.*, I, y los otros autores eclesiásticos citados por Estio *in I Cor.*, IX), ya para secundarlos en las funciones del apostolado, y más particularmente para administrar el bautismo á las mujeres. El primer concilio de Nicea, can. 3, suprimió las piadosas matronas llamadas hermanas á las cuales califica de *συνελακτροί, subintroductae*.

(5) He aquí que estos hermanos del Señor son todavía, como en *Hechos*, I, 14, mencionados como distintos de los Apóstoles. Con todo, nada autoriza á creer que no fuesen Apóstoles; de lo contrario, sería preciso excluir del grupo apostólico á Cefas, que también se halla mencionado fuera de los

tenemos potestad de hacer esto? ¿Quién jamás va á campaña á sus expensas? ¿Quién planta viña, y no come del fruto de ella? ¿Quién apacienta ganado, y no come de la leche del ganado ⁽¹⁾? ¿Por ventura digo yo esto como hombre? Ó ¿no lo dice también la ley? Porque escrito está en la ley de Moisés: No atarás la boca al buey que trilla ⁽²⁾. ¿Acaso tiene Dios cuidado de los bueyes? Y qué ¿no dice esto por nosotros ⁽³⁾? Sí, ciertamente, para nosotros están escritas estas cosas; porque el que ara, debe arar con esperanza; y el que trilla, con esperanza de percibir los frutos. Si nosotros os sembramos las cosas espirituales, ¿es gran cosa, si recogemos las carnales que pertenecen á vosotros? Si otros participan de esta potestad sobre vosotros, ¿por qué no más bien nosotros? mas no hemos hecho uso de esta facultad; antes todo lo sufrimos ⁽⁴⁾, para no poner algún estorbo ⁽⁵⁾ al Evangelio de Cristo. ¿No sabéis que los que trabajan en el santuario, comen de lo que es del santuario; y que los que sirven al altar, participan juntamente del altar? Así también el Señor ordenó que los que anuncian el Evangelio, vivan del Evangelio. ⁽⁶⁾»

Pablo establece, pues, perentoriamente que, aun en la

Apóstoles. El pensamiento de Pablo parece que no es otro que el de hacer una gradación en la cual, aun siendo Apóstoles, son presentados los hermanos de Jesús como superiores á los Apóstoles, sin que sobre ellos haya otro que Cefas, que es jefe aun del Colegio Apostólico.

(1) En el simbolismo de los profetas, el pueblo de Dios es sucesivamente un ejército, una viña, un rebaño. De aquí los tres ejemplos que Pablo emplea para afirmar su derecho.

(2) *Deut.*, XXV, 4.

(3) En efecto, con este precepto se proponía Dios un fin muy distinto del de dulcificar la existencia de las bestias. Quería despertar un poco de humanidad en el alma de su pueblo. Obligarle á tratar con bondad los animales, equivalía á prescribirle más caridad aun para con los hombres.

(4) Es uno de los sentidos del verbo *στέγω*, *protejo cubriendo*, *sufro en silencio*. Comp., *I Cor.*, XIII, 7; *I Tes.*, III, 1, 5.

(5) La palabra *ἐγκοπή* significa una solución de continuidad, la zanja que se abre en el camino para impedir la marcha del enemigo. Diodoro, I, 32.

(6) He ahí también una frase de Jesús aludida por el Apóstol. Entonces formaba parte del Evangelio oral. La volvemos á encontrar en *Mat.*, X, 10, y en *Lucas*, X, 7. Más tarde volverá á emplearse en *I Tim.*, V, 18, y con una nota que parece indicar que ya estaba fijada en un Evangelio escrito.

nueva Ley, hay una clase separada de fieles, la de aquellos que, consagrándose únicamente á la predicación de la verdad religiosa, y prohibiéndose para triunfar mejor en su ministerio, todo cuidado terreno, tendrán el derecho de ser alimentados por aquellos á quienes instruyen. El sacerdocio no es verdaderamente celoso y fecundo sino cuando, libre de las solicitudes del tiempo, se entrega por completo á las cosas de la eternidad. Así, el Maestro dice que debe vivir del Evangelio, es decir, hallar el alimento de la vida material en donde da el pan de la vida espiritual. Inútil añadir que sólo tiene este derecho á condición de consagrarse totalmente al Evangelio. Sin duda que el ideal consistiría en poder prescindir de todo auxilio; ¿pero no es casi siempre irrealizable el ideal? Sin embargo, lo realizó Pablo. ¡Con qué arrogancia va á decirnos que hasta lo presente ha podido, y espera poder siempre amoldar á él su vida, haciendo gracia de todos sus derechos á los corintios, y resuelto á vivir como si careciera de todo derecho!

«Pero yo de nada de esto he usado. Ni tampoco he escrito esto para que se haga así conmigo; porque tengo por mejor morir, antes que ninguno me haga perder esta gloria. Porque si predico el Evangelio, no tengo de qué gloriarme, porque me es impuesta obligación; pues ¡ay de mí! si yo no evangelizare. Por lo cual, si lo hago de voluntad, tendré premio; mas si por fuerza, la dispensación me ha sido encargada. ¿Cuál, pues, es mi galardón? Que predicando el Evangelio, dispense yo el Evangelio sin causar gasto, para no abusar de mi potestad en el Evangelio.»

Explica Pablo cómo, al revés de todos los otros, no podría resignarse á vivir del Evangelio. Los otros se han convertido libremente en Apóstoles, y en ello está su mérito. Pero él lo es á la fuerza, merced al rayo que lo arrojó por tierra. Por este lado, carece de mérito; es un esclavo que hace su tarea; el dueño debe alimentarse, y nada más. Sin embargo, si este esclavo, no obstante hacer su trabajo, puede prescindir del alimento que el amo le da, ¿no es

verdad que su situación será muy diferente y que logrará con esta actitud meritoria salir de su esclavitud y ocupar un sitio honroso entre los fieles servidores? Tal es la ambición de Pablo. Al predicar sin aceptar retribución de los fieles, quiere hacer por lo menos algo que no se le ha impuesto. Quizás logre así, con este sacrificio voluntario, restablecer una especie de igualdad entre él y los otros Apóstoles. Estos han hecho un sacrificio aceptando el apostolado; él lo hará ejerciendo gratuitamente este apostolado; impuesto á la fuerza. Ahora bien, para contribuir mejor á la gloria de Jesucristo, este sacrificio se revestirá de variadísimas formas.

«Por lo cual siendo libre para con todos, me he hecho siervo de todos, para ganar muchos más. Y me he hecho para los judíos como judío, para ganar á los judíos. Á los que están bajo de la ley, como si yo estuviera bajo de ley (no estando bajo de ley), para ganar aquellos que estaban bajo de ley; y á los que estando sin ley, como si yo estuviera sin ley (aunque no estaba sin la ley de Dios; antes estando en la ley de Cristo) para ganar á los que estaban sin la ley. Me he hecho enfermo con los enfermos, para ganar á los enfermos. Me he hecho todo para todos, para salvarlos á todos.»

De esta suerte, á la vez que se propone á sí mismo como ejemplo de los sacrificios que es preciso saber imponerse por la salvación del prójimo, responde Pablo indirectamente á ciertas críticas nada benévolas, cuyos ecos han llegado hasta Éfeso. Precisamente en las imputaciones que se le dirigen, funda el Apóstol sus títulos de gloria, demostrando la escasa perspicacia de los que se han atrevido á señalar inconsecuencias en la conducta sabiamente diversa que ha seguido respecto de las observancias legales.

Todos sus actos se han inspirado en el propósito de ganar almas para el Evangelio. Un fin tan laudable ¿no será capaz de justificar los medios? Judío con los judíos, gentil con los gentiles, pequeño con los pequeños, todo ha de

parecerle bien al verdadero Apóstol, á trueque de asegurar el triunfo de su Maestro. Preválganse otros enhorabuena de la elevación de su criterio, de la eminencia de su saber, de la libertad conquistada; Pablo, en tanto, se acomodará humildemente á la debilidad de todos, aceptando con aquéllos las observancias mosaicas por temor de enajenarse, con una independencia excesiva, las almas que desea ganar para Jesucristo, y rechazando esas mismas prácticas con éstos, temeroso de espantarlos con la exhibición de unas prescripciones tan superfluas como desagradables. Sus preferencias, costumbres, derechos, todo lo desprecia ante la necesidad de asegurar el triunfo del Evangelio.

«Y todo lo hago por el Evangelio, para hacerme participante de él. ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos en verdad corren, mas uno solo lleva la joya? ⁽¹⁾ Corred de tal manera que la alcancéis. Y todo aquel que ha de lidiar, de todo se abstiene; y aquellos ciertamente, para recibir una corona corruptible, mas nosotros una incorruptible. Pues yo así corro, no como á cosa incierta ⁽²⁾. Así lidío, no como quien da golpes al aire; mas castigo ⁽³⁾ mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre; para que no acontezca, que, habiendo predicado á otros, me haga yo mismo reprobado ⁽⁴⁾.»

(1) El Apóstol no se propone llamar la atención sobre la circunstancia de ser uno solo el vencedor, sino sobre el ardoroso esfuerzo manifestado por ese vencedor único, en su carrera hacia la meta deseada venciendo cuantos obstáculos se le opongan.

(2) La expresión *ἀδηλος* ha parecido á varios autores que debía tomarse en sentido pasivo, como en *Luc.*, XI, 44, al hablar de los sepulcros que se pisan sin advertirlos, y Pablo, según ellos, querría decir que corre, no confundido con la multitud, sino separándose de ella en su deseo de llegar el primero. Esta interpretación es la menos satisfactoria, y es preferible, ateniéndose al sentido activo, interpretar que el Apóstol no marcha á tuestas, vacilante, sin conocer el fin á que se dirige, *Comp. II Mac.*, VII, 34; *Tuc.*, I, 2, 1; *Polib.* XXX, 4, 7.

(3) El verbo *ἐπιπιάσειν* indica en los ejercicios del pugilato los golpes dados de abajo arriba que son los más mortíferos. El antagonista es aquí el cuerpo. La expresión *δουλαγωγῶ*, *arrastro vencido*, está tomada también, lo mismo que *κρηόξας*, del lenguaje de los juegos públicos.

(4) Nadie ignora los penosos ejercicios y privaciones con que los atletas se preparaban desde su adolescencia para los juegos del estadio. Los deta-

Volviendo á su tesis general, después de esta larga digresión, recuerda Pablo á los corintios que sus quejas de hallarse perjudicados en su libertad por el peligro de escandalizar á los débiles, nacen de no haber comprendido en lo más mínimo el verdadero espíritu de la vida cristiana. Ésta no debe ser otra cosa que privaciones, abnegación, sacrificios. Inspirándose en los juegos públicos, de que toda la Grecia era apasionadísima, y que acaso él mismo los había presenciado, puesto que los juegos Istmicos se celebraban á las puertas de Corinto, trae á cuento la prolongada y penosa preparación de los luchadores antes de lanzarse á la arena, así como sus esfuerzos desesperados para triunfar en ellos, y todo por obtener una rama de laurel ó de pino que se marchitaba al siguiente día de la victoria. Si estos hombres, ávidos de gloria humana y perecedera, tenían el valor de abstenerse, durante largos años, de todo lo que podía privar á sus cuerpos de la fortaleza y agilidad necesarias, y de todos los placeres, ora fueran vedados, ora honestos y legítimos, ¿no deberían hacer otro tanto los discípulos del Evangelio por alcanzar la gloria eterna? El Apóstol confiesa además que por su parte nunca ha creído que la vida cristiana fuera cosa fácil; antes bien siempre la ha considerado como una lucha llena de peligros. La carrera y el pugilato son, sin duda, los dos ejercicios que más parece haber llamado su atención en los juegos Istmicos, y de ellos se vale para describir sus propios esfuerzos pintándolos con viveza de colorido. Él corre sabiendo adónde va, viendo el fin á que se dirige y redoblando su actividad para conseguirlo. Pero tropieza con un enemigo, que es su propio cuerpo, y le hiere sin piedad hasta derribarlo en tierra, después de lo cual, le arrastra, al modo que el vencedor arrastraba á su adversario

lles de la lucha y del triunfo y hasta el heraldo que invita al combate ó proclama á los vencedores, *κηρξας*, todo le sirve al Apóstol para exponer mediante imágenes sensibles y familiares la idea que desea inculcar. Véase sobre los juegos Olímpicos nuestro *Voyage aux Sept Églises de l' Apocalypse*, página 22, y sobre los Juegos Istmicos nuestros *Pays Bibliques*, vol. III, página 305.

por la arena del estadio. Muéstrase implacable, porque mira al resultado decisivo y eterno que se propone alcanzar. ¡Qué vergonzosa decepción la suya, si, después de haber invitado á los otros al triunfo, quedara él excluído del premio! No basta, en efecto, haber sido llamado á entrar en el reino de Dios, ni aun haber ocupado en él un puesto; es preciso además conservarlo hasta el fin, lo cual sólo se consigue manteniéndose en el espíritu de lucha contra sí mismo y de sacrificio á favor del interés del prójimo. Si falta un ejemplo para probar que es posible perderlo todo, aun habiendo sido oficialmente incorporado al pueblo de Dios, helo aquí:

«Porque no quiero, hermanos, que ignoréis, que nuestros padres estuvieron todos debajo de la nube, y todos pasaron la mar; y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en la mar ⁽¹⁾; y todos comieron una misma vianda espiritual ⁽²⁾; y todos bebieron una misma bebida espiritual (porque bebían de una piedra espiritual, que los iba siguiendo; y la piedra era Cristo). Mas de muchos de ellos ⁽³⁾ Dios no se agradó; por lo cual fueron postrados en el desierto.»

Nada tan á propósito como este ejemplo para demostrar que hallarse en camino de salvarse no implica en modo alguno haberlo conseguido. Desde luego la analogía entre Israel y la Iglesia es notable. Aquél debió su liberación á Moisés y ésta á Jesucristo. Y aun puede decirse que siendo la historia de la una continuación de la del otro, los

(1) *Exod.*, XIII, 21, y XIV, 22. Algunos ven en la nube el símbolo del agua que se derrama sobre la cabeza del bautizado, y en el mar el símbolo del agua en que se los sumerge. Otros pretenden que la nube es la representación del elemento sobrenatural ó del Espíritu de lo alto que se une al elemento material para constituir el sacramento.

(2) Sería mejor traducir la palabra *πνευματικόν* por *sobrenatural* ó producido milagrosamente por el Espíritu de Dios. El maná, *Exod.*, XVI, 15, y el agua, XVI, 1-6, eran cosas materiales. Muchos toman esta palabra en el sentido de *simbólica* ó *figurativa* de los dones futuros. Quizá pudiéramos poner á todos de acuerdo traduciendo *mística*.

(3) Caleb y Josué fueron los únicos que entraron en la tierra de promisión. *Núm.*, XIV, 36-38. Los demás dejaron sus osamentas esparcidas en las áridas llanuras de la Arabia Petrea.

juicios de Dios respecto de los cristianos serán lo que fueron con relación á los hebreos. Las gracias concedidas á los hijos de los patriarcas fueron grandes. Todos fueron bautizados en conjunto, es decir, que la nube protegiendo su marcha y la mar abriéndose para darles paso, se convirtieron en una especie de medio sobrenatural que sirvió para trasladarlos de la esclavitud á la libertad. Por el hecho de haber atravesado el Mar Rojo quedaron separados del Egipto pecador, de una manera tan real y positiva como los neófitos se separan del mundo por el bautismo. Unidos á Moisés por la fe ⁽¹⁾, al modo como los fieles se conservan unidos á Jesucristo, fueron tratados por Dios como hijos privilegiados. Si los cristianos tienen para su alimento el pan y el vino eucarísticos, los israelitas tuvieron el maná que caía diariamente del cielo y el agua que brotó milagrosamente de la roca. Tanto para los unos como para los otros no hubo nunca más que un solo é idéntico principio de vida, el Cristo que, preexistiendo ⁽²⁾, se ocultaba en la roca misma de donde la vara de Moisés hizo salir las aguas vivas, el Cristo velando, desde aquellos tiempos de prueba, por las necesidades de Israel y dirigiendo su marcha á través del desierto. Á este Angel del Eterno ⁽³⁾, ó Adonai Angel de la Alianza ⁽⁴⁾, como le denominan los profetas, se refieren de una manera análoga los dos Testamentos, teniendo en Él su principio y su término. Ahora bien, á pesar de todos sus favores, que tanto facilitaban al parecer la salvación del pueblo escogido, Israel se perdió. Prueba evidente de que las gracias de Dios, por numerosas que sean, no impiden jamás al hombre abusar de su libertad.

«Mas estas cosas fueron hechas para servirnos de ejemplo ⁽⁵⁾, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como

(1) *Exod.*, XIV, 31.

(2) Hemos visto más arriba, c. VIII, 6, esta preexistencia afirmada por Pablo. En efecto, parece haberse complacido en presentar al Cristo como el gran obrero divino por quien todas las cosas han sido hechas.

(3) *Isaí.*, LXIII, 9.

(4) *Malag.*, III, 1.

(5) En realidad el texto dice: *ταῦτα δὲ τύποι ἡμῶν*, estas cosas son figuras de nosotros, es decir, nuestra historia escrita de antemano.

ellos las codiciaron. Ni os hagáis idólatras, como algunos de ellos, conforme está escrito: Se sentó el pueblo á comer y á beber, y se levantaron á jugar. ⁽¹⁾ Ni fornicuemos, como algunos de ellos fornicaron, y murieron en un ⁽²⁾ día veinte y tres mil. Ni tentemos á Cristo, como algunos de ellos lo tentaron, y fueron muertos por las serpientes. ⁽³⁾ Ni murmuréis, como murmuraron algunos de ellos, y los mató el exterminador. ⁽⁴⁾ Todas estas cosas les acontecían á ellos en figura; mas fueron escritas para escarmiento de nosotros, para quienes el fin de los tiempos ha llegado.» ⁽⁵⁾

Pablo entiende por el fin de los tiempos el período mesiánico, que es, en efecto, el último de la economía providencial. Israel fué la figura de lo que la Iglesia es en realidad. En las cosas humanas, la realidad preexiste á la imagen, de modo que ésta proviene de aquélla; pero en el

(1) Véanse las escenas que siguieron á la adoración del becerro de oro, *Exod.*, XXXII, 6 y sig.

(2) Los pecados á que alude son los de idolatría y de impudicia con las hijas de Moab, cuando los israelitas estaban en Sittim. *Núm.*, XXV, 1 y sig. Los que perecieron pasados á cuchillo no fueron 23.000, como dice Pablo, sino 24.000. De ello da testimonio el texto bíblico, y lo confirman Filon, *de Vit. Mos.*, 1, p. 694; *de Fortit.*, p. 742; Josefo, *Antiq.*, IV, 6, 12, y los Rabinos en Lightfoot, *Horæ*. No se ha dado razón satisfactoria de la ligera inexactitud que Pablo comete aquí. Esas diferencias en las cifras que ocurren frecuentemente, en el cómputo de los individuos ó de los años, crean insuperables dificultades á los que creen poder defender la exactitud absoluta de los redacados de nuestros Libros Santos.

(3) *Núm.*, XXI, 5 y sig. Los israelitas murmuran contra Moisés y contra Dios, diciendo que los hizo salir de Egipto para dejarlos morir en el desierto sin pan y sin agua. Tientan á Dios, poniéndole en el caso de mostrar su poder y mueren víctimas de la mordedura de las serpientes. Los mejores textos dicen τὸν Χριστὸν, y, de hecho, para Pablo, como acaba de decirlo, Cristo era el que guiaba á Israel. Otros manuscritos llevan τὸν Κύριον, y uno tores hay que hasta llega á poner τὸν Θεόν.

(4) ¿Á qué incidente de la historia del pueblo de Dios aludía aquí San Pablo? Algunos han supuesto que se refería á las murmuraciones que, *Núm.*, XIV, cundieron en el pueblo después del relato hecho por los espías que regresaron de la tierra de Canaan. Esta opinión no es admisible, porque en el caso actual se habla de una falta y castigo que no fueron comunes á todo el pueblo, sino solamente á una parte de él, τινες αὐτῶν, é interviene además una muerte violenta, cosa que no se halla en este cap. XIV. Es más bien el XVI, 41-49, al que de preferencia hay que referirse. El pueblo murmura contra Moisés y Aarón después del castigo de Coré y de sus compañeros, y allí sobreviene la plaga en que el ángel exterminador hizo perecer 14.700 hombres.

(5) Los figuristas abusan de este texto, que citan mutilándolo: *Omnia in figura contingebant illis*, en vez de *HAEC omnia*...—N. del T.

reino de Dios sucede todo lo contrario. El tipo ó la figura precede al objeto figurado, como si Dios, en su omnisciencia y sabiduría, se complaciese en modelar de antemano y en preparar por medio de bosquejos ó esbozos vivientes, lo que se propone realizar definitivamente en lo venidero. Los cuatro ejemplos escogidos por el Apóstol dan lugar á analogías, muy á propósito para cautivar la imaginación de los corintios. Los israelitas, comiendo y bebiendo en torno del becerro de oro y entregándose localmente á diversiones criminales ó asociándose á los sacrificios ofrecidos á Belfegor y á los banquetes que les sucedían, para entregarse después á pecados de impureza, son una advertencia eficacísima para hacer entrar en reflexión á los cristianos que no saben abstenerse de participar de las fiestas paganas, y que, al hacerlo así, corren el peligro, no sólo de escandalizar á los débiles, sino de comprometer su propia salvación. Los que fueron castigados por haber tentado á Dios apelando á su omnipotencia con motivo de las antiguas ollas por las cuales suspiraban, ofrecen una severa lección á los cristianos que, incapaces de sacrificar su glotonería á la caridad, se confirman, en su presunción, en la creencia de que Dios está obligado á preservarlos de toda falta, aun en medio del peligro á que se exponen. Por último, el espíritu de rebeldía contra Moisés y Aarón, terriblemente castigado en Coré, Datán y Abirón y en el pueblo que se había puesto de su parte, parece una amenazadora alusión á las murmuraciones de la Iglesia de Corinto contra su primero y legítimo padre. Á los fieles toca saber leer entre líneas.

«Y así el que piensa que está en pie, mire no caiga. No os tome tentación sino humana. Mas fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas; antes hará que saquéis provecho de la misma tentación, para que podáis perseverar. Por lo cual, muy amados míos, huid de adorar ⁽¹⁾ ídolos:»

(1) Pablo construye *φείγεται* no con acusativo, sino con *ἰδó* y el genitivo

De este modo, tomando de pronto un tono persuasivo y afectuoso, llega á su conclusión: Se debe renunciar á todo lo que, de lejos ó de cerca, pueda parecer á los débiles, según su ordinario modo de juzgar, un compromiso con los cultos paganos. La afición que los corintios pudieran tener á tales banquetes, ordinario coronamiento de los sacrificios paganos, no es tan grande que constituya una tentación irresistible. Por otra parte, Dios, que permite la prueba para saber lo que vale el hombre, la limita siempre midiéndola por la gracia que concede para que salga vencedor. Bastará, pues, un poco de voluntad para poner término á todas esas ocasiones de escandalizar al prójimo.

«Como á prudentes os hablo, vosotros mismos juzgad lo que digo. El cáliz de bendición, ⁽¹⁾ al cual bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? ⁽²⁾ y el pan que partimos, ¿no es participación del cuerpo del Señor? ⁽³⁾ Porque sólo hay un pan, y un cuerpo somos muchos, todos aquellos que participamos de un mismo pan. Considerad á Israel se-

para indicar que es preciso huir de la idolatría; aun de muy lejos. V. *Mat.*, III, 7.

(1) No hay en estas palabras ninguna repetición inútil. El cáliz es cáliz de bendición, τὸ ποτήριον τῆς εὐλογίας, porque Jesús pronunció sobre él la bendición sacramental, y nosotros lo bendecimos después de él, para obrar en él, en su nombre, la transformación milagrosa que el Salvador mismo obró. El Apóstol habla como si la bendición sacramental fuera una acción colectiva. En realidad, el sacerdote consagra en nombre de todos los fieles que, en las antiguas liturgias, concurrían con su aprobación diciendo: *Amén!*

(2) No es dudoso que Pablo se propone hablar aquí, no de una participación moral, sino de una participación material de la sangre de Jesucristo que supone realmente presente en el cáliz; sin lo que su argumentación carecería del punto de apoyo que aspira á darle. ¿Cómo podría decirse con toda verdad que todos los participantes del pan forman un solo cuerpo, si el pan no fuera el mismo Jesucristo? Un simple trozo de pan no efectuaría la unión real.

(3) ¿Por qué Pablo ha hecho pasar aquí el cáliz del vino antes que el pan? De ningún modo ignoraba que al hablar así contravenía al orden histórico de la Cena; comp. XI, 23 y sig. A M. Godet le parece natural que mencione primero la sangre, porque lo que la fe se apropia desde luego es la expiación; el pan ó el alimento de vida viene á continuación. Pero en ese caso también Jesús hubiera debido comenzar consagrando y distribuyendo el cáliz. Es muy probable que el Apóstol puso el pan en segundo término porque deseaba hablar de él más largamente y preparar de un modo natural la transición al acto de comer las víctimas mosaicas.

gún la carne ⁽¹⁾; los que comen las víctimas, ¿por ventura no tienen parte con el altar? Pues, ¿qué? ¿digo que lo que ha sido sacrificado á los ídolos es alguna cosa? ¿ó que el ídolo es alguna cosa? Antes digo que las cosas que sacrifican los gentiles, las sacrifican á los demonios, y no á Dios. Y no quiero que vosotros tengáis sociedad con los demonios. No podéis beber el cáliz del Señor, y el cáliz de los demonios. No podéis ser participantes de la mesa del Señor ⁽²⁾, y de la mesa de los demonios. ¿Queremos irritar con celos al Señor? ¿somos acaso más fuertes que él? Todo me es permitido, mas no todo me conviene.»

El cáliz y la mesa, cuyo recuerdo evoca, indican que el Apóstol va á dilucidar un aspecto nuevo de la cuestión. Aquí no se trata ya sólo de comer, en casa de uno, ó en la de los amigos, carnes inmoladas á los ídolos, sino de tomar parte en los banquetes que se daban en las dependencias de los templos, inmediatamente después de los sacrificios, y en los que la relación entre el acto idolátrico y la comida se hallaba claramente indicada. Ciertos ritos particulares, como las libaciones en honor de los falsos dioses, ponían de relieve su especial significación. Tomar asiento en semejantes reuniones, cualquiera que sea la idea que se tenga de la vanidad de las falsas divinidades á quienes se honra, le parece á Pablo un ultraje inferido al Dios verdadero. Y la razón que de ello da es decisiva. Indudablemente, los dioses del paganismo no son nada, y, por tanto, no hay motivo para dar importancia al hecho de que se les haya ofrecido tal carne ó tal otra; pero, aunque estos dioses carezcan de existencia real, el culto que se les tributa no deja de ser algo positivo y detestable. Porque esa adoración idolátrica implica sencillamente la protesta del mal y de la mentira contra los derechos sagrados de la verdad, protesta

(1) Israel, en su culto exterior y que hablaba á los sentidos, *κατὰ σάρκα*, entraba en comunión con el altar cuando, después del sacrificio de acción de gracias, comía la víctima inmolada. *Levít.*, VII, 15 y sig.

(2) Estas comparaciones entre la mesa eucarística y la de los gentiles ó el altar de los judíos, carecen de sentido si la Eucaristía no es un sacrificio continuado, la reproducción incruenta, pero real, del mismo del Calvario.

organizada por los demonios y los espíritus malos que luchan contra el advenimiento del reino de Dios. Á una impiedad de este género, ningún cristiano tiene el derecho de prestar su concurso, ni siquiera indirectamente. El mero hecho de sentarse á los banquetes que con ella se relacionan, es ya concurrir al triunfo del enemigo de Dios, es entrar en comunión, no con las divinidades imaginarias del politeísmo, que no existen, sino con el ángel de las tinieblas, Satanás, verdadero ladrón de la gloria divina y autor de las abominables prácticas culturales del paganismo. Armonizar semejantes extremos es imposible. Por una parte, el cáliz sagrado de la Eucaristía con la sangre redentora de Jesucristo, y, por otra, el cáliz del demonio con el veneno de la iniquidad. Aquí la mesa de la caridad, en la que el Salvador se da á sí mismo en alimento para vivificarnos; y allá la mesa del desenfreno y la licencia, de la que Satán se vale para producir la muerte. ¿Cabe, por tanto, concebir que un cristiano se atreva á comulgar simultáneamente en una y en otra? ¿No sería provocar la cólera indignada del Señor? El Apóstol cree que no hay necesidad de insistir, y añade sencillamente algunas direcciones prácticas á propósito de las carnes inmoladas á los ídolos, que era un caso más común y menos grave.

«Todo me es permitido, mas no todo es de edificación. Ninguno busque lo que es suyo, sino lo que es de otro. De todo lo que se vende en la plaza, comed, sin preguntar nada por causa de la conciencia. Porque del Señor ⁽¹⁾ es la tierra, y cuanto hay en ella. Si alguno de los infieles os convida, y queréis ir, comed de todo lo que os pongan delante, no preguntando nada por causa de la conciencia. Y si alguno dijere: Esto ha sido sacrificado á los ídolos, no lo comáis en atención de aquel que lo advirtió, y de la conciencia. Conciencia, digo, no la tuya, sino la de otro. Pues

(1) Al citar este pasaje del *Salm.* XXIII, 1, el Apóstol aludía probablemente á la oración, usada al menos entre los judíos, cuando no entre los cristianos, para santificar las comidas.

¿por qué fin mi libertad es juzgada por conciencia ajena? (1) Si yo con gracia participo, ¿á qué fin soy blasfemado por lo que doy gracias? Pues, si coméis, ó si bebéis, ó hacéis cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios. Sed tales, que no ofendáis, ni á los judíos, ni á los gentiles, ni á la iglesia de Dios; como también yo en todo procuro agradar á todos, no buscando mi provecho, sino el de muchos, para que sean salvos. Sed imitadores míos, como yo también lo soy de Cristo.»

En resumen, plena libertad de comer carnes sacrificadas, á excepción del caso en que alguien indique, con alguna observación, la extrañeza ó escándalo que el hecho pudiera producirle. Más de una vez, en efecto, los escrúpulos de una conciencia timorata llegan á interesar y poner en guardia nuestra propia caridad; entonces debemos abstenernos generosamente, antes que causar daño á la salvación de un alma. Tal es la regla que el Apóstol se impuso, siguiendo así el ejemplo de Jesucristo.

La doctrina evangélica referente á la igualdad de todos los hombres ante Dios, de suerte que no hubiera ya diferencia entre griegos ó judíos, esclavos ó libres, hombres ó mujeres, sino solamente cristianos, había dado ocasión á un abuso muy particular. Las damas de Corinto, tomándola al pie de la letra, habían deducido de ella que, en adelante, no era ya necesario indicar su inferioridad con respecto á los hombres por su manera de conducirse en las asambleas cristianas. Como quiera que el medio más corriente de expresar la sumisión que debían prestar á sus respectivos esposos, á lo menos en sociedad, consistía en cubrir su cabeza con un velo, trataron de proclamar su emancipación, desde el punto de vista cristiano, descubriéndose en la iglesia. Pablo les dará á entender que ese es también otro derecho del que valdrá más que no hagan

(1) El sentido más natural de esta frase nos parece ser el de una objeción hecha por el fiel condenado así á abstenerse. A la doble cuestión propuesta, Pablo responderá de paso á otra y manteniendo en el asunto su principio: más vale demostrar su caridad que su libertad.

uso. Y teniendo en cuenta que, para persuadir á las mujeres, es más prudente elogiarlas que mortificarlas, da principio el Apóstol á esta nueva sección de su Epístola con una felicitación general.

«Y os alabo, hermanos, porque en todo os acordáis de mí, y guardáis mis instrucciones, como yo os las enseñé. Pero hay que restablecer una costumbre ⁽¹⁾. Quiero que vosotros sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón; y el varón la cabeza de la mujer; y Dios la cabeza de Cristo.»

Viendo al Apóstol tomar las cosas tan de lejos, nadie sospecharía que intenta venir á parar á una sencilla reglamentación del comportamiento que debe observar el sexo débil. Aunque bien puede ser que no le desagradara la ocasión de probar á aquellos vanidosos y frívolos habitantes de Corinto que, en los menores detalles de orden privado, debe verse la derivación de un orden general que se remonta al mismo Dios, ordenador del mundo. Este orden general ofrece, entre muchas otras, una serie de relaciones que van de la familia humana á la familia divina. Pablo halla aquí un punto de apoyo para su demostración. Cristo está bajo la dependencia de Dios, el hombre bajo la dependencia de Cristo, la mujer bajo la dependencia del hombre; y es preciso evitar todo lo que altere esta armonía. Toda mujer que, por su manera de portarse en la iglesia, quiera igualarse al hombre, introduce en el orden eterno una nota discordante. Y no es que, en cuanto alma, no esté tanto como el hombre ante Dios en su unión con Jesucristo, sino únicamente que, como mujer, desde el punto de vista social, lo mismo que desde el doméstico, ha sido colocada y debe permanecer en un estado de subordinación providencialmente establecido. Su apoyo, honor y felicidad están para ella en su marido. Esta subordinación y la conducta externa en que naturalmente se manifiesta, es precisamente lo que Pablo quiere recomendar. Por sí mismos, los referidos por-

(1) Con esta breve frase explicamos el *de* adversativo. Así resulta el texto más inteligible.

menores de indumentaria carecen de importancia real, y únicamente la reciben de la significación que se les atribuye. Ahora bien, esta significación, absolutamente convencional, es distinta según los países. Entre los griegos era costumbre que el hombre orase con la cabeza descubierta y la mujer con la cabeza envuelta en un velo⁽¹⁾. Modificar libremente todo esto parecía inconveniente y exponía á ser desfavorablemente juzgado por los paganos que asistían como curiosos á la asamblea, ó que podían adquirir noticia de lo que allí pasaba. He aquí por qué razonamiento deduce Pablo, de la idea general expresada en principio, las recomendaciones prácticas que quiere ver aceptadas.

«Todo hombre, que ora, ó profetiza con la cabeza cubierta, deshonor su cabeza⁽²⁾. Y toda mujer, que ora, ó profetiza con la cabeza descubierta, deshonor su cabeza⁽³⁾; porque es lo mismo que si estuviera raída⁽⁴⁾. Porque si no se cubre la mujer, trasquilese también⁽⁵⁾. Y si es cosa fea á una mujer el trasquilarse, ó raerse, cubra su cabeza.»

Esta argumentación, un poco rara, y que, en realidad, tiene poca importancia, por fundarse en usos puramente convencionales, nos presenta á Pablo bajo un aspecto muy particular. Quizás se manifiesta aquí, más bien que el teó-

(1) Macrob., *Saturn.*, I, 8 y 10; III, 6; etc.

(2) Es probable que Pablo se refiera simultáneamente á la cabeza propiamente dicha del hombre, que debería aparecer desnuda en toda su hermosura y regia independencia, y á su cabeza moral, Jesucristo, que tenía derecho á manifestarse en el cristiano consciente de su grandeza.

(3) Aquí también continúa el doble sentido. El Apóstol declara que la mujer, al presentarse con la cabeza descubierta, se injuria á sí misma, porque se despoja de su modestia ordinaria. Por otra parte, injuria al hombre, porque cree, al exhibirse con ese aparato de independencia, que se coloca públicamente en la misma categoría que el varón.

(4) Si la palabra no fuera irreverente, diríamos que el Apóstol profiere aquí una maliciosa cuchufleta. Entre los griegos había costumbre de rapar la cabeza á las mujeres esclavas y entre los judíos se hacía otro tanto con las mujeres acusadas de adulterio. *Núm.*, V, 18.

(5) Ya que tanto empeño se pone en presentarse con la cabeza desnuda para afirmar su derecho de igualdad respecto del hombre, la mujer debería llegar á la ridícula exageración de permitir que las tijeras ó la navaja de afeitarse le despojara de su cabellera.

logo de altos vuelos, el rabino que anda detrás de razones poco concluyentes. La afirmación verdadera que se deduce de su tesis, es que la mujer, aun siendo igual al hombre por razón del alma, debe permanecer inferior al mismo en cuanto á sus funciones y misión en la vida cristiana. Si Pablo hubiera tratado del mismo asunto con los romanos ó los judíos, que oraban cubiertos, es evidente que su argumentación hubiera sido bien distinta. Los usos y las costumbres son diversos según los pueblos y los países. Lo que no varía es la obligación de atenerse á ellos, cuando de no hacerlo, resulta uno ridículo é irracional.

«El varón en verdad no debe cubrir su cabeza, porque es imagen y gloria de Dios, mas la mujer es gloria del varón. Porque no fué hecho el varón de la mujer, sino la mujer del varón; porque no fué criado el varón por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón. Por eso debe la mujer llevar la potestad sobre su cabeza por causa de los ángeles ⁽¹⁾. Mas ni el varón sin la mujer, ni la mujer sin el varón en el Señor ⁽²⁾. Porque como la mujer fué hecha del varón, así también el varón por la mujer; mas todas las cosas de Dios. Juzgad vosotros mismos: ¿es decente que una mujer haga oración á Dios no teniendo velo? ¿Y la misma naturaleza no os enseña que le sería ignominioso

(1) Mucho se ha trabajado para averiguar á qué clase de ángeles se refiere este pasaje. Desde luego no son ni los jefes de la asamblea cristiana, *Apoc.*, I, 20, ni los espías paganos, *Sant.*, II, 25, sino sencillamente los ángeles de Dios, que, al intervenir en la obra de nuestra salvación, *Luc.*, XV, 7, 10; *Efes.*, III, 10; *I Tim.*, V, 21, etc., vigilan las reuniones de la comunidad cristiana. Para esos espíritus que asistieron en otro tiempo á la creación del hombre y de la mujer, *Job*, XXXVIII, es singularmente penoso contemplar á ésta sustrayéndose á su papel de subordinada y trastornar el orden providencial, cuyos fieles observantes y guardadores se precian de ser. (*)

(2) Evidentemente, según el Evangelio y ante Jesucristo, el hombre y la mujer caminan á la par, oran, se santifican con los mismos derechos y se salvan igualmente. Esta igualdad se encontraría, apurando las cosas, aun en el orden de la naturaleza, porque si Eva salió de Adán, el hombre desde entonces ha debido nacer de la mujer. Pero el Apóstol no insiste sobre este punto.

(*) Sería indecoroso relacionar este pasaje y la *Epístola* de San Judas con las teorías del *Libro de Enoc* sobre el cap. VI del Génesis. Lo que encució muchas páginas rabínicas y no pocas de la primitiva literatura eclesiástica, no puede tener cabida en nuestros Libros Santos.—N. del T.

al varón el criar cabello; mas al contrario le es decoroso á la mujer ⁽¹⁾ criar cabello, porque los cabellos le han sido dados en lugar de velo ⁽²⁾? Con todo eso, si alguno parece ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre ⁽³⁾, ni la Iglesia de Dios.»

Aparte de las costumbres nacionales, diferentes unas de otras según los países, hay la regla eclesiástica, que ha prevalecido en todas las comunidades cristianas. Si, pues, cabe muy bien discutir el valor absoluto de los argumentos que Pablo acaba de exponer, la voluntad de los fundadores de las Iglesias suple todas las deficiencias y se impone en último análisis para poner término al debate. Esta voluntad ha tenido en cuenta las conveniencias sociales y religiosas. Sin dejar de reconocer cierta igualdad entre el hombre y la mujer, aun desde el punto de vista natural—porque si bien la segunda fué creada con carácter de mero auxiliar del primero, no tardó en igualarle al llegar á ser su madre, igualdad, por otra parte, absoluta en cuanto á la salvación,—Pablo sostiene, y en esto se manifiesta el triunfo de su sabiduría, que habiendo sido destinado el hombre á ocupar el primer puesto en la tierra y la mujer el segundo, como su constitución física y compleción moral lo indican, no debe alterarse el orden querido

(1) La naturaleza no da al hombre una cabellera tan larga como á la mujer. En ésta los cabellos vienen á ser una especie de velo, una vestidura flotante con que puede envolver púdicamente su cuerpo. En aquél es sencillamente una corona que consagra su realeza, dejando que brille en su frente descubierta el sentimiento de su fiera independencia.

(2) Sería erróneo concluir que, teniendo ya la mujer un velo natural en su cabellera, puede dispensarse de tomar otro artificial. Pablo, por el contrario, quiere decir que la mujer debe conformarse con las indicaciones que su naturaleza le hace, de resguardar su belleza de la curiosidad libidinosa, añadiendo un complemento al velo de cabellos que ya lleva.

(3) El Apóstol comprende perfectamente que toda su argumentación descansa sobre una cuestión de conveniencia subordinada á las costumbres de cada país. Por esta razón invoca sobre todo el buen sentido para juzgar de la incorrección que cometen las mujeres, con el pretexto de igualdad é independencia religiosa, asistiendo á las reuniones cristianas con la cabeza descubierta. Y por si acaso su argumentación, fundada en lo que piden las conveniencias, no parece bastante categórica, corta la cuestión diciendo que tal es el uso prescrito por él y adoptado por las iglesias. A un lado, pues, toda discusión. Es necesario conformarse con ese uso y basta.

por Dios. Las pinturas murales de las catacumbas y los sarcófagos antiguos nos muestran que esta regla establecida por el Apóstol prevaleció en la misma Roma, á pesar de las costumbres nacionales que pudieron hacerla fracasar. Los hombres, cualquiera que sea el título con que concurren á las solemnidades del culto cristiano, son representados con la cabeza descubierta y los cabellos cortos. Las mujeres, por el contrario, llevan todas un velo dispuesto de modo que cubra, no sólo la cabellera, sino la misma cara, ostentando así un exquisito pudor que oculta á las miradas indiscretas las emociones que la fe, el amor, el entusiasmo piadoso ó el arrepentimiento pudieran reflejar en sus rostros.

Pero al Apóstol se le había dado cuenta de un abuso de distinta gravedad, cual era el de los desórdenes detestables que comenzaban á cometerse en las comidas que precedían á la comunión. ¡Tal maña se dan el diablo y sus auxiliares para sembrar la zizaña junto con la buena semilla, y desfigurar con criminales prácticas las más santas instituciones!

Sabido es que, en los primeros días del cristianismo, á fin de reproducir con mayor fidelidad el recuerdo de la Cena en que Jesús había instituido el gran Sacramento, los fieles se sujetaban á tomar en común la refección de la noche. A continuación de esta cena, llamada ágape ⁽¹⁾ ó

(1) No pocos expositores se han equivocado al pretender que los Ágapes eran una imitación de ciertas comidas, usadas entre los paganos: *épanoi*, banquetes en que se hacían colectas; *éraiplat*, festines propios de las asociaciones y cofradías en Grecia; *συσολία*, refección en común entre los espartanos ó los cretenses; *Charistia* entre los romanos. En un principio los primeros cristianos se hallaban dominados por el pensamiento de imitar la última comida de Jesús con sus Apóstoles. Posible es que, más tarde, en especial, cuando sobrevinieron los abusos, esos festines de la caridad tomaran á los ojos de algunos el carácter de banquetes derivados de los que celebraban las corporaciones paganas; pero con grandísima certeza puede asegurarse que su origen, en Jerusalén, *Hech.*, II, 42, 46, y en las iglesias nacientes, *Hech.*, XX, 7; *Jud.*, 12, fué el deseo de reproducir la escena del Cenáculo. La obra de caridad que en ellos practicaban los ricos no era en modo alguno el objeto primario de tales comidas. Buena prueba de ello la tenemos en que el Apóstol reprende aquí á los corintios, que comenzaban por comer lo que llevaban, sin dárselos nada de los pobres sentados junto á ellos.

banquete fraternal, se practicaba la distribución de la Eucaristía. Nada más piadoso y conmovedor que estas santas reuniones en su origen. Sin embargo, en estas asambleas de la Iglesia primitiva, no había que buscar el orden, el silencioso recogimiento y la organización ritual que reina en nuestras ceremonias modernas. El primer templo de la ley nueva fué el Cenáculo, es decir, una sala consagrada á las conversaciones íntimas, y á las comidas solemnes, no menos que á la oración. Los lugares donde tales actos se verificaban, ó, según el nombre cristiano más usado, las iglesias, fueron también, desde luego, departamentos que se habilitaban en las casas particulares. En ellos se celebraban las reuniones, como en otro tiempo en el Cenáculo, para orar, sostener edificantes conversaciones, tratarse fraternalmente y hacer revivir, en una especie de liturgia senci-

Por lo demás, la Iglesia primitiva nos ha dado á conocer su sentir sobre este punto. Así el concilio de Hipona (año 393), en su *Can* 28.º, reproducido por el 3er Concilio de Cártago (hacia el 397), al disponer que era necesario estar en ayunas para recibir la Eucaristía, *excepto uno día aniversario quo Coena Domini celebratur*, indicaba claramente la relación primitiva de los ágapes con la última Cena. La obligación de estar en ayunas, tanto como el deseo de burlar la vigilancia de los perseguidores, fué causa de que se trasladase la administración de la Eucaristía á la mañana de los días festivos; pero, indudablemente, desde el principio se había efectuado por la noche. La palabra *δειπνον*, en efecto, se entiende de la última cena del día, y es la que se empleaba para designar la Cena: *κυριακὸν δεῖπνον*. Desde muy luego parece que los ágapes fueron separados de la administración de la Eucaristía, probablemente por razón de los abusos que en aquellos se cometían en proporción creciente. Justin, *Apol.*, I, 65 y 67 no habla de los ágapes. Clemente Alej., *Paedag.*, II, 4, los condena. Tertuliano que los había descrito con hermosísimas pinceladas en su *Apolog.*, los tenía en malísimo concepto, cuando se hizo montanista, *de Jejum.*, XVII. En tiempo de San Agustín se habían convertido en una distribución de víveres. Véase *C. Faustum*, XX, 20, y *Confes.*, VI, 2, donde refiere las limosnas de su madre Mónica. En vano el concilio de Gangres trató de restablecerlos. Desde el momento en que se separaron de la Cena, cayeron en desuso, quedando como recuerdo de los mismos las eulogias y el pan bendito. Recientemente se ha entablado una discusión interesantísima entre el profesor Funk y Monseñor Batiffol sobre la antigüedad de los ágapes. El sabio rector del Instituto católico de Tolosa sostuvo en la polémica que el ágape fué desconocido enteramente por los autores de los dos primeros siglos de la Iglesia; y M. Funk defendió la tesis tradicional que ha considerado el ágape como una refección preparatoria para la distribución de la Eucaristía. A pesar de lo bien expuestos y razonados que están los argumentos de Monseñor Batiffol, no parecen demostrar la opinión que desearía su autor hacer prevalecer.

llísima y rudimentaria ⁽¹⁾, los grandes recuerdos del Maestro. Así se explican los desórdenes que Pablo flagela en los párrafos que siguen, y que la disciplina eclesiástica deberá prevenir rigurosamente, tan luego como el desenvolvimiento de las comunidades cristianas amenace con hacerlos más comunes y más escandalosos.

«Esto os denuncio, que no apruebo el que os congregáis, no para mejor, sino para peor. Porque en primer lugar oigo que, cuando os congregáis en la Iglesia, hay disensiones entre vosotros, y en parte lo creo; pues es necesario que haya también herejías, para que los que son probados, sean manifiestos entre vosotros.»

He ahí el primer desorden ⁽²⁾ que el Apóstol saca á relucir. En vez de darse fraternalmente la mano en torno del símbolo más admirable de la unión cristiana, no se tiene reparo en organizarse en grupos ⁽³⁾, en los que la clasificación se efectúa con arreglo á consideraciones más ó menos reprehensibles: preferencias injustificadas, prejuicios, orgullo y presunción culpable, amor de los manjares exquisitos. Nada tenían de particular estas debilidades. Atendiendo á la rapidez con que las primeras Iglesias se fundaban reclutándolas en las condiciones sociales más diversas, se comprende que hubiera en ellas un considerable número de entusiastas que, arrastrados por un movimiento súbito é irreflexivo, no estuvieran suficientemente penetrados del espíritu del Evangelio y se sintieran muy luego absolutamente paganos, aun viviendo en un medio cristiano. Personas de tal índole debían dejarse llevar insensiblemente de los tristes instintos de la naturaleza egoísta, teniendo en cuenta que, según la ley de disgregación que pesa sobre toda entidad corrompida, se los vió desprenderse del

(1) Eso es lo que indican las palabras de los *Hech.*, XIII, 2, *λειτουργούντων αὐτῶν τῇ Κυρίῳ.*

(2) Hay, en efecto, en el vers. 18, un *πρῶτον μὲν* que sólo puede explicarse dando un corte antes del vers. 20, y admitiendo que comienza en él una segunda censura.

(3) Las pinturas que representan los ágapes en las catacumbas dan idea de la organización de esas reuniones por grupos de seis, siete y ocho fieles en cada mesa.

gran árbol de la Iglesia, donde sólo por un instante habían ocupado un puesto por casualidad y con carácter de parásitos descaminados. Pero no es raro que, según el plan de la Providencia divina, ésta saque bien del mal, y Pablo observa que esos falsos discípulos, merced á las divisiones mismas á que dan ocasión, acaban de ordinario por poner de relieve á los buenos fieles.

«Después de esto, cuando os congregáis en uno, ya no es para comer la cena del Señor; porque cada uno toma antes su propia cena para comer. Y el uno tiene hambre, y el otro está muy harto. ¿Por ventura no tenéis casas para comer y beber? ó ¿despreciáis la Iglesia de Dios, y avergonzáis á aquellos que no tienen? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo.»

Es verdaderamente extraño que una comida preparatoria de la recepción de la Eucaristía y, por consiguiente, obra de caridad que dispone á la gran caridad divina, recuerdo conmovedor de la última reunión del Maestro y de los discípulos, hubiera degenerado en un banquete donde se ponía de manifiesto el triste fondo de la debilidad humana: orgullo frente á los humillados, glotonería á expensas de los hambrientos, pretensiones egoístas al lado de la miseria indigente, entrañas sin piedad á vista de hermanos faltos del necesario sustento, como puede verse en el comedor de una fonda á cada uno comer con arreglo al dinero de que dispone, sin cuidarse para nada del vecino, ó cuidándose únicamente para darse mejor trato que él. ¿Cómo se concibe que en tan poco tiempo se introdujeran abusos de esa trascendencia? Sabido es que los griegos gustaban de prolongar indefinidamente sus comidas. En la mesa es donde pronunciaban sus grandes discursos. El ágape debió parecer á los corintios una especie de *Symposiion* ⁽¹⁾, cuya duración no importaba dilatar todo lo posible. Al efecto, cada uno procuró llevar de su casa manjares variados y abundantes. Es probable que, desde los pri-

(1) El autor alude probablemente al *Symposiion* ó Banquete de Platón.— N. del T.

meros días, se consideró deber de caridad ponerlo todo en común. El espíritu de secta, no menos que el orgullo y el egoísmo, no tardaron en establecer divisiones entre las mesas como entre los sentimientos del corazón. Como era natural, se prefirió comer con quienes tenían las mismas ideas, aun con peligro de dejar que los otros, más ricos de inteligencia y verdad que de víveres, padeciesen hambre. Del espíritu de partido á la supresión de toda caridad no hay más que un paso; así, pues, vióse luego á los unos comer y beber hasta la intemperancia, mientras que los otros se sentaban á mesas vacías ó mal provistas.

Pablo se muestra indignado por ello, y sus interrogaciones, á pesar de la rapidez con que se suceden, parece que son insuficientes para expresar la conmoción de su alma. La refección que precede á la Cena en relación directa con el sacramento de la Eucaristía ¿es una comida ordinaria ó un acto religioso? ¿está destinada á servir de ocasión á los fieles para hacer ostentación de su glotonería, ó para disponerlos, con el recuerdo de la Cena pascual, á recibir dignamente el cuerpo y sangre de Jesucristo? Si lo que se busca al sentarse á la mesa es satisfacer el hambre y la sed, podrá muy bien hacerse en casa, sin necesidad de transformar la iglesia en figón. Para llegar á olvidar hasta ese punto el respeto debido al templo, preciso es haber perdido el sentimiento religioso. Pero si las mencionadas exhibiciones de sensualidad y de egoísmo deshonran las reuniones cristianas, las rebajan todavía más el desprecio que en ellas se manifiesta á los hermanos más humildes y quizá también más edificantes. Pablo no sabe cómo calificar semejante escándalo. Valiéndose de una figura de retórica que consiste en decir menos de lo que pide la ocasión, para dar á entender más de lo que suenan las palabras, exclama con ironía: «¡Son elogios los que debéis oír de mis labios? En este punto no os alabo.» Luego, considerando que lo más á propósito para poner de relieve la gravedad de la falta es presentar frente á lo que se practica lo que Jesús había ordenado, el Apóstol referirá la conmovedora

escena de la institución eucarística. Nada más sugestivo que este relato para recordar á los frívolos corintios cómo se debe recibir en caridad santa y compunción recogida el gran Sacramento que une á Dios con los hombres y á estos entre sí.

«Porque ⁽¹⁾ yo recibí del Señor lo que también os enseñe ⁽²⁾ á vosotros, que el Señor Jesús, en la noche ⁽³⁾ en que era entregado ⁽⁴⁾, tomó el pan, y dando gracias, lo partió, y dijo: Tomad, y comed; este es mi cuerpo que será entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí ⁽⁵⁾. Asimismo tomó el cáliz, después de haber cenado ⁽⁶⁾, diciendo: Este cáliz es el nuevo Testamento en mi sangre; haced esto, cuantas veces lo bebiereis, en memoria de mí ⁽⁷⁾. En

(1) Debería repetirse aquí la última frase: «No puedo alabaros», del párrafo precedente, para indicar mejor el enlace con lo que sigue á continuación. Al emplear la conjunción γάρ, Pablo ha querido significar de una manera precisa que la simple historia de la institución del Sacramento eucarístico bastaría para justificar sus indignadas recriminaciones.

(2) Por medio del *kal* intercalada en su frase, Pablo quiere decir que ha transmitido á los corintios la palabra del Señor tan exactamente como la había recibido.

(3) El Apóstol recuerda las conmovedoras y dolorosas circunstancias que concurren en la noche cuyo recuerdo se conmemora al reunirse para celebrar el banquete eucarístico. Ya hemos dicho que en un principio estas reuniones se verificaban por la noche.

(4) El verbo *παρεδίδετο* está en imperfecto, y no en aoristo, á fin de establecer mejor lo que la situación encerraba de dramático.

(5) El texto presenta aquí numerosas variantes; por nuestra parte hemos seguido las mejores lecciones. Por lo pronto, las palabras *λάβετε, φάγετε*, han pasado á ciertos manuscritos, porque están en los dos primeros Sinópticos. Por otra parte es natural que Jesús las pronunciara, al presentar el pan que había partido. Los mejores textos dicen sencillamente *τὸ σῶμα τὸ ὑπὲρ ὑμῶν*. A lo que unos han añadido *διδόμενον* que completa la frase y está sin duda contenida en la locución enteramente aramea reproducida por Pablo; otros *θρυστόμενον*, y por último *κλάμενον*, expresión que resulta bastante natural por razón del verbo *έκλασε*, anteriormente empleado. Sábese que este último se ha conservado en la edición romana de la Biblia. (*)

(*) Véase *Los Orígenes del Cristianismo*, vol. III, p. 197 y sig.—N. del T.

(6) No medió, á pesar de todo, un intervalo considerable entre los dos actos eucarísticos. El pan fué consagrado y distribuído, durando todavía la refección; *εσθιόντων αὐτῶν*, dicen Mateo y Marcos; acababan de comer cuando les fué ofrecida la copa, refieren Lucas y Pablo.

(7) Es notable que esta recomendación reiterada de reproducir el rito sacramental en memoria de Jesús no se halla más que una vez en Lucas, después de la distribución del pan, y de ningún modo en los dos primeros Sinópticos. Sin embargo en esta recomendación se apoya para establecer la permanencia del poder de consagrar en la Iglesia. Las omisiones no deben ja-

efecto, cuantas veces coméis este pan, y bebéis este cáliz, anunciáis ⁽¹⁾ la muerte del Señor, hasta que venga.»

Quando se posea al Señor en su gloria, será superfluo poseerle en su sacramento. Todo este relato de la Cena, que Pablo confiesa haber recibido directamente del Señor ⁽²⁾, se aproxima más á San Lucas que á San Marcos y San Mateo. Esta peculiar coincidencia se explica por las relaciones personales de Lucas y Pablo. El tercer Sinóptico se inspiró del modo más natural en los informes tradicionales que le ofrecía el Apóstol que fué su compañero.

No insistiremos de nuevo en la demostración de la tesis católica, expuesta en otro lugar, tal como se deduce lógicamente de las expresiones, tan sencillas como categóricas, empleadas por Jesús y conservadas por San Pablo con significativa exactitud. Bastará recordar que la mayor parte de las objeciones suscitadas por nuestros adversarios, en nombre del sentido común, que es más lógico, dicen, que el sentido de las palabras, se apoyan en una perpetua equivocación. La presencia real, tal como nosotros la comprendemos, es una presencia sacramental. Ahora bien, ésta excluye del cuerpo de Jesús los accidentes de forma, color, extensión, en una palabra, todo lo que está

más ser alegadas como argumentos decisivos. Por lo demás, que los Apóstoles se creyeron con derecho de poder consagrar y distribuir la Eucaristía, es evidente según los *Hech.*, II, 42. La tradición completaba á San Mateo y San Marcos. La expresión *δοξίαις αὐ* indica el privilegio, que en lo sucesivo tendría la Iglesia de renovar el rito sagrado tantas veces como quisiera.

(1) Debe leerse *καταγγέλλετε*, *vosotros anunciáis*, en indicativo, y no en imperativo, pero mucho menos en futuro, como la Vulgata. Es Pablo el que habla, no Jesús; y lo hace confirmando el misterio encerrado en la Eucaristía.

(2) La fórmula *ἐγὼ παρέλαβον* pone de manifiesto el *yo* con tal claridad, que no cabe pensar en una referencia de Pablo á la tradición apostólica. De haber conocido este relato únicamente por el testimonio de los Apóstoles, debería haber escrito: «Nosotros hemos recibido,» y no: «Yo he recibido del Señor» etc., ya que todos los predicadores del Evangelio y los fieles se hallaban en el mismo caso que él. Vese, pues, que el Apóstol quiere hablar de una comunicación inmediata del Maestro. En otro lugar, *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 201 y sig., queda explicado cómo Pablo había recibido directamente su Evangelio de Jesucristo, *Gal.*, I, 11-12, siendo instruido por él durante su retiro en Arabia y, más tarde, por visiones especiales como las de los *Hech.*, XXIII, 11.

sometido á la acción de los sentidos, para no poner bajo las apariencias de pan y vino más que la sustancia de este mismo cuerpo. En tal supuesto, la cuestión se reduce á determinar qué es la sustancia, ya que sólo ella es el punto discutible. ¿Se responde que es aquello que soporta los accidentes? Sí, sin duda, pero esto no dice gran cosa, y cuando vemos á hombres serios detenerse, como en una objeción perentoria, en el argumento de Rousseau que no podía concebir á Jesús llevando su cuerpo en la mano, ocurre la duda de si los que así se expresan han tratado realmente de comprender la afirmación católica que intentan ridiculizar. La originalidad de la objeción les ha parecido sorprendente y nueva, como si San Agustín no la hubiera propuesto ya muchos siglos antes ⁽¹⁾, al mismo tiempo que se acomodaba á ella para explicar mejor la doctrina católica, y Santo Tomás no la hubiera expresado en los himnos del oficio del Corpus, cantados durante largas centurias por la Iglesia entera: *Se dat suis manibus*. De las condiciones ó cualidades de este sagrado cuerpo bajo las especies del Sacramento ⁽²⁾, la Iglesia no dice nada, sino que es real; no tratemos de averiguar más, y cuidémonos sobre todo de apropiárnoslo en su virtud expiatoria. Lo demás quedará entregado á las discusiones de los hombres, sin resultado satisfactorio, en tanto que las cuestiones de substancia, espacio, extensión y las demás que entraña el misterio eucarístico, no lleguen á ser definitivamente resueltas.

(1) *Enarrat.* in Ps. XXXIII. El obispo de Hipona se pregunta cuando se verificó el hecho eterno é irrealizable, consignado en las palabras: *ferebatur manibus suis*. Después de haber observado que sólo es posible ser llevado en manos de otros y que ningún hombre puede ser llevado en sus propias manos—de aplicarse á alguno, sería á David, el cual nunca realizó, á la letra, semejante prodigio,—declara que por lo que hace á Jesucristo es otra cosa: «*Ferebatur manibus suis, quando commendans ipsum corpus suum, ait: Hoc est corpus meum! Ferebat, enim, illud in manibus suis.*»

(2) Alguien ha propuesto la cuestión de si Jesús dió en la comunión su cuerpo mortal y su sangre, tales como existían durante la última Cena, ó por anticipación su cuerpo glorificado, tal como debía existir más tarde. Una sola cosa tenemos que responder y es: que se dió realmente todo él, cuerpo y sangre, alma y divinidad. La comunión es un misterio. Mi razón no lo esclarecerá; pero mi fe, descansando en las palabras del Maestro, le concederá su firme adhesión.

Todo concurre á demostrar que el pensamiento de Pablo es el de la Iglesia católica. Al Apóstol no se le escapa ni una palabra que pueda autorizar la doctrina calvinista. Por lo contrario, apenas ha establecido, de una manera precisa y con una solemnidad impropia del caso, si no se trataba más que de un mero signo, la significación é importancia de la Eucaristía; no bien ha presentado el Sacramento como la base de la Nueva Alianza, en el mismo sentido en que el Cordero pascual lo era de la antigua, poniéndolo como el memorial y la reproducción incruenta, pero siempre eficaz, á través de las edades, de la muerte expiatoria del Salvador; cuando saca todas las conclusiones á las cuales únicamente la presencia real podría servir de fundamento.

«De manera que ⁽¹⁾ el que comiere este pan, ó ⁽²⁾ bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese el hombre á sí mismo; y así coma de aquel pan, y beba del cáliz; porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor ⁽³⁾.»

Sí, el crimen de los corintios, al no guardar á la Eucaristía el debido respeto, nace de que no comprenden la grandeza incomparable del Sacramento. Quizá no ven en él más que un signo, un recuerdo, siendo una divina realidad. Si no fuese más que un signo, habría sin duda falta en no tratarlo con las consideraciones que merece, pero la falta no pasaría de la categoría ordinaria de las debilidades humanas. Mas porque el Sacramento contiene real-

(1) La conjunción *ὅτε* expresa con gran precisión que Pablo va á deducir su conclusión de lo que precede. Y sin duda porque toma en su sentido natural y directo las palabras de Jesús, fustiga con tanta severidad á los profanadores de la Eucaristía.

(2) La disyuntiva *ἢ*, ó, es uno de los argumentos que los teólogos católicos han aducido para justificar la comunión bajo una sola especie.

(3) Es decir, no apreciando en lo que verdaderamente es el cuerpo del Señor. Se podría aún completar el texto añadiéndole estas palabras que Pablo parece incluir en el verbo *διακρίνειν* «bajo las apariencias que le ocultan.» Este verbo, en efecto, significa *discernir* una cosa de otra, ó en otra. Se profana el cuerpo del Salvador no viéndole con los ojos de la fe realmente presente bajo las especies eucarísticas.

mente y en verdad á Jesucristo, independientemente de la fe de los que le reciben, los que lo reciben indignamente se hacen responsables ⁽¹⁾ de Jesucristo mismo en su cuerpo y sangre así profanados. Esta responsabilidad tiene algo de trágica.

Y esta responsabilidad es establecida, no por una voz externa, sino por un juicio que resuena implacable en el alma del profanador, porque este desgraciado lleva en ella la prueba implacable de su crimen. Se ha tragado á un tiempo al Juez y la sentencia. Por ligereza ha descuidado enterarse de lo que era en realidad la Eucaristía, y, por lo tanto, deberá expiarlo dolorosamente en esta condena-ción clamorosa que en el fondo de su alma le declara responsable, ante Dios, de la carne y sangre del Salvador indignamente recibidas. Desdichado, pues, del hombre que, al dirigirse á pedir el pan eucarístico, no comienza por examinarse á sí mismo, juzgarse y reconocer si es en realidad digno de recibir á Jesucristo. Allí donde los demás reciben la vida, el temerario no encontrará más que la muerte.

«Por esto hay entre vosotros muchos enfermos y flacos, y duermen muchos. Pero si nos examinásemos á nosotros mismos, ciertamente no seríamos juzgados. Mas cuando somos juzgados, somos corregidos del Señor, para que no seamos condenados con este mundo.»

No pocos intérpretes modernos suponen que el Apóstol habla aquí de enfermedades naturales que á la sazón arreciarían en Corinto. San Pablo habría visto en esa circunstancia un castigo disciplinar de Dios juzgando de este modo en la carne á los que no se juzgan á sí mismos en el alma. Se podría, sin duda, reconocer en el mal físico que alcanza á los culpables una pena medicinal; pero la tercera categoría de los castigados, compuesta de los que mueren, caería justamente en la reprobación eterna de que

(1) La expresión *ενοχος* significa un individuo ligado por algo de que pueda desprenderse. En el caso actual el que comulga indignamente se halla ligado por el cuerpo y sangre de Jesús profanados. Nosotros hemos traducido diciendo que era responsable; es el sentido ordinario de *ενοχος* en el lenguaje jurídico.

la misericordia divina quería librarlos. Por otra parte, es poco natural que Pablo presente de este modo á Dios interviniendo por medio de severidades materiales. Más razonable hallamos interpretar que se trata de penas espirituales y distintas para cada una de las tres categorías sometidas á su juicio. De este modo el castigo del cielo guarda proporción con la ligereza ó la impiedad de los cristianos que no saben apreciar en su divino valor el Sacramento eucarístico. En efecto, las almas que pasan de las comuniones sin preparación á las comuniones nulas, y, por fin, á las comuniones sacrílegas, declinan rápidamente en la fe. El mal estado espiritual da lugar á la debilidad ó á la impotencia para el bien, y esta última conduce fatalmente á la muerte. Quizá cuando el desventurado se vea así en las tinieblas de ese desorden moral, preludio del desorden eterno, comprenda que pesa sobre él el juicio de Dios y trate de recobrar la vida por medio del arrepentimiento. En todo caso, el castigo divino que sufre es una advertencia saludable, capaz de abrirle los ojos é impedir su eterna condenación.

Volviendo á tomar un tono más familiar y benévolo, expone Pablo la recomendación que se había propuesto desde el principio de sus observaciones referentes al banquete eucarístico.

«Pues, hermanos míos, cuando os juntáis para comer, esperaos unos á otros ⁽¹⁾. Y si alguno tiene hambre, coma en casa, para que no os juntéis para juicio. Las demás cosas las ordenaré, cuando viniere.»

Quizás se le habían pedido otras instrucciones sobre el tiempo y manera de celebrar, recibir y honrar los santos misterios. El Apóstol aplaza para más tarde sus instrucciones detalladas. Por el momento, hay que entrar en la cuestión difícil de las manifestaciones del Espíritu Santo en

(1) La expresión *εις τὸ φαγεῖν* se entiende naturalmente de la manducación de los Agapes ó de la comida que precedía á la distribución de la Eucaristía. El verbo *ἐκδέχεσθε* significa que es preciso no sólo atender, sino dar cabida á los otros en su mesa.

la Iglesia. Ya en su tiempo se quejaba San Juan Crisóstomo de las obscuridades que hallaba en la inteligencia de las páginas de San Pablo sobre este punto. Los siglos transcurridos desde entonces no han contribuído á esclarecer las dificultades con que tropezaba el elocuente doctor. Mayores que él las encontramos nosotros para formarnos idea exacta del fenómeno del don de lenguas que, cesando en la segunda generación cristiana, no se ha reproducido con posteridad. Cuando se estudia de cerca lo que se ha observado en ciertas sectas protestantes, no presenta nada de común con la glosolalia ⁽¹⁾. Así como al ver desplegar un río su curso majestuoso y tranquilo entre dos riberas regulares y protectoras, no se ocurre que puedan existir los surtidores potentes y las cataratas caprichosas que lo han formado en su manantial, del mismo modo, cuando se contempla la Iglesia de nuestros días, con dificultad se comprende la asombrosa explosión de fuerzas espirituales que, inauguradas el día de Pentecostés, se perpetuaron mediante la acción del Espíritu Santo en los discípulos del Evangelio. Tal fué la realización de las supremas promesas de Jesús ⁽²⁾ y el signo divino de la fe nueva. Arrojar los demonios, hablar lenguas desconocidas, desafiar el veneno de las serpientes y el de brevajes emponzoñados, curar los enfermos, parece, en efecto, corresponder en gran parte á los carismas de que Pablo va á hablarnos.

Nada menos que tres páginas necesita para darnos una idea de ellos, por otra parte, incompleta. La impresión que nos deja es que esos dones derramados, según la profecía, sobre toda carne por el Espíritu Santo, creaban en la Iglesia de Corinto el estado sobrenatural más extraordinario y variado. Entre los fieles ardía la emulación deseando

(1) Para todo lo concerniente á los irvingianos véase Guers, *Irvingisme et Mormonisme*, Ginebra, 1853; Hohl, *Bruchstücke aus dem Leben Irwings*, Saint-Gall, 1839; Rossteuscher, *Der Aufbau der Kirche*, etc.; Oliphant, *Life of Irving*, Londres, 1862; y en cuanto á los Profetas de los Cevenas, puede consultarse á Peyrat, *Les Pasteurs du Désert*, 1842; Gibelin, *Les troubles des Cevennes*; C. Coquerel, *Histoire des Églises du désert*, 1841.

(2) *Marc.*, XVI, 17.

sobresalir en esas manifestaciones milagrosas de que eran ó se creían objeto. He aquí cómo, en medio de estas pretensiones diversas y con una sabiduría admirable, trata Pablo de disciplinar una clase de fuerzas que, por considerarse de origen divino, corrían el peligro de ser rebeldes á toda disciplina.

«Y sobre los dones espirituales ⁽¹⁾ no quiero, hermanos, que viváis en ignorancia. Por otra parte, esta ignorancia se explica fácilmente ⁽²⁾; porque, poco ha, y esto lo sabéis muy bien, cuando erais gentiles, os ibais á los ídolos mudos, como erais llevados.»

No estamos hoy en este caso. El cristianismo adora á un Dios que habla y hace hablar. De esta diferencia entre lo presente y lo pasado resultan perturbaciones considerables en la naciente Iglesia, y aun frecuentes desórdenes; porque puede haber entre la multitud ciertos hombres que simulan los dones sobrenaturales, ó también otros que se hallen directamente agitados é inspirados por el demonio. Para evitar toda confusión entre los verdaderos y los falsos carismas, comienza el Apóstol por establecer la regla general que enseñe á distinguir al hombre que realmente ha recibido los dones del Espíritu Santo de aquel que ebra bajo la influencia de la mentira ó de Satanás.

«Por tanto os hago saber, que ninguno que habla por el Espíritu de Dios, dice anatema á Jesús; y ninguno puede decir: Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo.»

Esas fórmulas ó exclamaciones que Pablo supone, no deben ser tomadas al pie de la letra. Evidentemente no se habría tolerado en la asamblea cristiana que nadie, por inspirado que pareciera, osara lanzar el anatema contra Jesús. Mas, para el Apóstol, todo el que, ora conservando la ley

(1) Algunos suponen que la palabra *πνευματικῶν* está en masculino y debe entenderse no de los dones espirituales, sino de los que han recibido, según XIV, 37. Opinión poco probable, conforme al XIV, 1.

(2) Añadimos ese pequeño inciso para precisar el sentido y la serie de pensamientos del Apóstol, que parecen desde luego difíciles de comprender. La lección que suprime *εἴτε* para dejar *εἴτε* únicamente, y que es la del T. R., nos ha parecido la mejor.

mosaica como medio de salvación, ora pretendiendo fundamentar la religión del Evangelio en la sabiduría humana, elimina ó sencillamente rebaja á Jesús, es un adversario, un enemigo declarado, un blasfemo de Cristo. La conclusión detestable á que tiende ese predicador, ese profeta, ese iluminado, no podría ocultarse hasta el fin bajo la elocuencia arrebatada de la frase ó el aparato científico de la teoría filosófica, y los fieles no hallarían dificultad para reconocerle en toda su audacia sacrílega. Si el inspirado busca el aniquilamiento de Jesús, recelad, negad, rechazad su inspiración. Seguramente es de falsa y mala procedencia. Por los frutos se conoce el árbol, por el agua la calidad del manantial, por el efecto la causa. Por lo contrario, el que se vale de la palabra para afirmar y exponer la realeza de Jesús, el que le presenta como el único Maestro y Salvador del linaje humano, el que le aclama por Redentor y Guía, ese es el portavoz del Espíritu Santo, el templo en que este Espíritu se manifiesta en la abundancia de sus dones. ¿Acaso el papel designado por Jesús á ese Espíritu no era el de confesarle y testificarle ante los hombres, en nombre del Padre, y el de glorificarle también? Por consiguiente, no es posible que comunique sus influencias y carismas sino al hombre deseoso de dar á conocer, adorar y amar á ese divino Salvador á la humanidad sometida al Evangelio.

Después de establecer previamente esta importante observación, entra Pablo en la cuestión de las manifestaciones diversas ó del testimonio del Espíritu Santo, y afirma que, por más variadas que sean en sus manifestaciones exteriores, proceden de un solo principio y tienden al mismo fin.

«Hay repartimientos de dones, mas uno mismo es el Espíritu. Y hay repartimientos de ministerios, mas uno mismo es el Señor. Y hay repartimientos de operaciones, mas uno mismo es el Dios, que obra todas las cosas en todos.»

Á primera vista se echa de ver que hay tres clases de carismas: los dones, los ministerios y las operaciones. Los dones, ó facultades particulares atribuidas al alma, son

conferidos por el Espíritu Santo; los ministerios ó cargos para el servicio espiritual ó material de la Iglesia, son asignados por el Señor; y, por último, las operaciones ó resultados de los dones ó ministerios, son la obra de Dios. De suerte que el Apóstol indica aquí el trabajo de cada una de las personas de la Trinidad en las almas de los fieles, con la gradación ascendente que caracteriza esta triple acción. Se comprende que un texto tan categórico haya sido siempre un gran obstáculo para las teorías antitrinitarias; porque en él se establece categóricamente el dogma de la Trinidad en la unidad. Después de haber señalado, como de paso, al Dios en tres personas complaciéndose en dejar su huella en la vida misma de la Iglesia, vuelve Pablo á tratar de los dones espirituales, proponiéndose regularlos de una manera especial.

«Y á cada uno es dada la manifestación ⁽¹⁾ del Espíritu para provecho. Porque á uno por el Espíritu es dada palabra de sabiduría; á otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu; á uno fe por el mismo Espíritu; á otro gracia de sanidades en un mismo Espíritu; á otro operación de milagros; á otro profecía; á otro discreción de espíritus; á uno linajes de lenguas; á otro interpretación de palabras. Mas todas estas cosas obra uno solo y mismo Espíritu, repartiendo á cada uno como quiere.»

Se ha tratado de establecer una clasificación normal entre estos nueve dones, y Pablo, en efecto, parece haber indicado, por la simple modificación de una palabra ⁽²⁾, tres categorías diferentes. La primera se refiere á la inteligencia que recibe una luz especial, y comprende el don de enseñar, tanto desde el punto de vista práctico, cosa que compete á los pastores de la grey del Señor, como desde

(1) Los dones del Espíritu que se manifiestan al exterior son designados por las palabras *φανέρωσις τοῦ Πνεύματος*. El espíritu es uno, como se acaba de decir; sus dones, aunque repartidos entre muchos, tenderán á un fin único, el bien de la humanidad.

(2) Meyer observa, no sin razón, que el tránsito de una categoría á otra está indicado por la palabra *ἐτέρῳ* sustituida á *ἄλλῳ*, vers. 9 y 10. Nosotros hemos procurado conservar la diferencia traduciendo *á uno* por *ἐτέρῳ* y *á otro* por *ἄλλῳ*.

el punto de vista teórico, oficio peculiar de los doctores. Tal es la diferencia que puede entreeverse entre la sabiduría y la gnosis ó conocimiento. La segunda categoría se refiere á la voluntad que recibe del Espíritu una comunicación de fuerza, en forma de fe, no de la fe que, siendo necesaria para la justificación, debe ser patrimonio común de todos los fieles, sino de la que, bastante decidida para asociarse por un acto de confianza á la omnipotencia y sabiduría infinita de Dios, confiere el poder de mandar á las enfermedades para curarlas, á las energías de la naturaleza para suspender maravillosamente su acción, y da el privilegio, ora de ver y revelar lo futuro profetizándolo, ora de distinguir, por la discreción ó discernimiento de los espíritus, las inspiraciones que vienen de Dios de las que vienen del demonio. Este último don debía de ser especialmente útil en una época en que los herejes podían fácilmente tratar de imbuir á las asambleas cristianas, so color de revelación divina, los resultados de sus elucubraciones puramente humanas. En fin, la tercera categoría se refiere á la sensibilidad que, excitada repentinamente por una acción especial del Espíritu Santo, comunicaba á veces el privilegio de hablar lenguas nuevas, es decir, de dirigirse á Dios, pedirle mercedes, darle gracias y alabarle en idiomas diversos. Estos idiomas, como hemos dicho en otro lugar ⁽¹⁾, eran los de

(1) *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 54 y sig. No es posible entender el don de lenguas sino como la facultad de hablar en idiomas extraños y enteramente nuevos tanto para el que los hablaba como para el auditorio que los oía. Los suspiros inarticulados, sonidos confusos, discursos expresados con palabras extraordinarias ó locuciones arcaicas y las declamaciones rimadas y cantadas en forma de recitados, son otras tantas explicaciones fantásticas y ridículas que no responden ni poco ni mucho á lo que se dice, sea en el libro de los Hechos, sean en la epístola presente. Las lenguas habladas eran lenguas existentes, perfectamente comprendidas de los pueblos que las tenían por su peculiar idioma, *Hech.*, 8, II. Esas lenguas no eran un formulario de palabras aparte formando un lenguaje especial del Espíritu Santo, sino un conjunto de lenguas, *γένη γλωσσών*, *I Cor.*, XII, 10, 28, verdaderas lenguas de *hombres*, XIII, 1, enteramente nuevas para los fieles que nunca las habían oído ni hablado, *Marc.*, XVI, 17, pero inteligibles sin milagro de ningún género, para todos los que hubieren vivido en el país donde se hablaban. En lo que se sigue poco después, todo parece oponerse á expli-

pueblos extraños y representaban, en su diversidad, el lenguaje de la humanidad entera. El Espíritu Santo, al elevar á un grado supereminente la piedad de ciertas almas, las dotaba del don de expresar milagrosamente sus gritos de amor en lenguas que el fiel era incapaz de hablar en el estado ordinario. Semejante prodigio debía de herir de un modo especial la atención de los paganos que se deslizaban furtivamente entre la concurrencia; pero el principal fin que el Señor le asignaba era el de símbolo profético de los futuros destinos de la Iglesia y afirmación del encargo que se le confiaba de marchar á la conquista del universo, así como de su derecho para llevarla á cabo. El privilegio de alabar á Dios en lenguas desconocidas se completaba con el de traducirlas. Uno y otro no podrán tener más que un fin, el de proclamar, mediante el milagro más singular de todos, las legítimas aspiraciones del universalismo cristiano.

Estos dones, procedentes en su totalidad del Espíritu Santo, eran conferidos para el bien general de la Iglesia, y, de hecho, cada uno debía concurrir á ello, aunque en grados diversos. Pablo, que los ha enumerado según su importancia relativa, colocando en primer término el don de instruir útilmente, y, en último lugar, el de hablar diversas lenguas, como menos importante y transitorio, determinará en seguida su papel respectivo valiéndose de una alegoría imaginada con mucha antelación á él. En el cuerpo humano, compuesto de miembros múltiples, que tienen su fin particular y tienden á constituir la vida completa, ve una imagen de la Iglesia, cuerpo espiritual de Jesucristo,

car de otro modo la glosolalia. Uno de los últimos testigos de este fenómeno milagroso y de un orden especial, Ireneo, *Adv. Haeres.*, v. 6, 1, declara que él mismo ha oído á muchos hermanos que tenían el don de profecía y de lenguas, *παντοδαπαῖς γλώσσαις*. ¿Puede expresarse con mayor claridad que hablaban las lenguas de los diversos pueblos de la tierra? Los llamados «discursos en lenguas nuevas» en las sectas mencionadas poco ha, camisardos de los Cevenas, cuáqueros é irvingianos, no tuvieron nada de común con el milagro de la glosolalia. Esos discursos eran pronunciados con un acento particular á consecuencia de una emoción profunda, pero casi siempre en una lengua que no tenía necesidad de ser interpretada.

que recibe á su vez la plenitud de su desenvolvimiento del concurso armonioso de todos los fieles con sus diversos carismas:

«Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aunque sean muchos, son no obstante un solo cuerpo, así también Cristo ⁽¹⁾. Porque, en un mismo Espíritu hemos sido bautizados todos nosotros, para ser un mismo cuerpo, ya judíos, ó gentiles, ya siervos, ó libres; y todos hemos bebido en un mismo Espíritu ⁽²⁾.»

La fusión de los elementos más diversos para formar el cuerpo del Señor, realizada en un mismo sacramento de regeneración, el bautismo, y sostenida por el mismo alimento espiritual, la santa comunión, legitima la comparación imaginada por el Apóstol entre las diversas funciones de los miembros en el cuerpo humano y el cuerpo de Jesucristo ⁽³⁾. Por poco que se esforzasen por comprender, podrían los corintios caer en la cuenta de lo que tenían que hacer, cualquiera que fuese su vocación en la Iglesia, y avergonzarse de lo que no hacían.

«Porque tampoco el cuerpo es un solo miembro, sino muchos. Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿deja por eso de ser del cuerpo? Y si dijere la oreja; porque no soy ojo, no soy del cuerpo ¿deja por eso de ser cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Y si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha puesto los miembros en el cuerpo,

(1) Lo que equivale á decir: *Así sucede con el cuerpo de Cristo*, ó mejor aun: *Así sucede en Jesucristo*, cuyo cuerpo es la Iglesia.

(2) La expresión *ἐν ᾧ ὅλην* hace pensar en la copa eucarística, de suerte que Pablo habría mencionado aquí los dos principales sacramentos de la Ley nueva.

(3) El organismo humano, citado como tipo alegórico de la unión en el organismo social, había sido propuesto por Menenio Agripa al pueblo que se retiró al Aventino, *Tito Livio*, II, 32. Séneca, *de Ira*, II 31, y otros, *Marc. Anton.*, II, 1, y VII, 13; Clemente de Roma, *Ad Cor.*, cap. XXXVII, se valieron también de esa imagen. El hecho nada tiene de extraordinario en los autores que conocían la historia de Roma, pero en Pablo no deja de causar extrañeza, dando motivo á preguntarse si la imitación es casual ó reminiscencia de la literatura latina.

cada uno de ellos así como quiso. Y si todos los miembros fuesen uno, ¿dónde estaría el cuerpo? Mas ahora los miembros en verdad son muchos, pero el cuerpo es uno solo. Y el ojo no puede decir á la mano: No te he menester; ni tampoco la cabeza á los pies: No me sois necesarios. Antes los miembros del cuerpo, que parecen más flacos ⁽¹⁾, son más necesarios; y los que tenemos por menos nobles ⁽²⁾, á esos cuidamos con mayor solicitud; y los que en nosotros son indecentes ⁽³⁾, los cubrimos con más decencia. Porque los que en nosotros son honestos ⁽⁴⁾, no tienen necesidad de nada; mas Dios templó el cuerpo, dando honra más cumplida á aquel que no la tenía en sí, para que no haya disensión en el cuerpo, sino que todos los miembros conspiren entre sí á ayudarse unos á otros. De manera que si algún mal padece un miembro, todos los miembros padecen con él; ó si un miembro es honrado ⁽⁵⁾, todos los miembros se regocijan con él.»

La alegoría era fácil de aplicar en sus menores detalles. Ese cuerpo humano, en el que tantos miembros de importancia tan diversa, de hermosura y oficios tan variados, han sido armoniosamente combinados por el Crea-

(1) Por el calificativo *ἀσθενέστερα*, Pablo indica los órganos más delicados y débiles, los cuales se hallan protegidos por su situación en el cuerpo; quizá el estómago, los pulmones, el cerebro, y otras partes interiores del hombre que son indispensables para la vida.

(2) Por *ἀτιμότερα*, es preciso entender las partes menos nobles del cuerpo: los pies, las manos, las orejas, y las demás que se lavan y adornan con mayor esmero.

(3) La expresión *τὰ ἀσχημονα* designa las partes del cuerpo que son vergonzosas, no sólo según la apreciación variable de los hombres, sino en sí mismas por inspirar repugnancia. Se los cubre honestamente.

(4) En fin, *τὰ εὐσχημονα* representa las partes nobles del cuerpo: los ojos, la boca y las demás que se distinguen por su belleza natural y el papel que desempeñan en la vida. No necesitan adorno.

(5) El verbo *δοξάζεται* es difícil de traducir. Significa el triunfo de un miembro por la belleza, la salud, la influencia. San Juan Crisóstomo desenvuelve así este pasaje: «La cabeza recibe una corona, y todo el hombre es glorificado; la boca habla y los ojos ríen de felicidad, etc...» El mismo Santo había dicho de un miembro que padece: «Cuando una espina se clava en el pie, todo el cuerpo se resiente de ello y procura eliminar la causa del dolor: el tronco se inclina, las piernas y el estómago se doblan y las manos, á guisa de servidores armados, avanzan para extraer la espina, la cabeza se inclina y los ojos miran con la mayor atención para dirigir la operación.»

dor, simboliza por modo viviente la Iglesia de Cristo. Así como no se concebiría un cuerpo compuesto de un solo miembro repetido muchas veces, así, en la comunidad cristiana debe haber multiplicidad de dones, de cargos y de méritos. Conténtese cada fiel con lo que ha recibido, y procuren todos sostenerse, ayudarse y honrarse mutuamente. Tales individuos no han sido favorecidos con los carismas de mayor viso y esplendor; ¿qué importa? Son, á pesar de todo, miembros de la Iglesia y acaso más útiles que otros miembros, en apariencia más gloriosos. Tales otros parecen, por el contrario, haber sido privilegiados. Pues por lo mismo estarán más obligados á mirar por los humildes, sin los que el organismo entero dejaría de funcionar ó perdería sensiblemente en vitalidad y armonía. El plan divino exige que cada uno ocupe su puesto, desempeñando con alegría y honor sus respectivas funciones, concurriendo generosamente al perfecto desarrollo del cuerpo entero, y participando de su trabajo, satisfacciones, pruebas, etc., así como participa de su alimentación y de su vida.

«Pues, vosotros sois cuerpo ⁽¹⁾ de Cristo, y miembros en parte ⁽²⁾. Y así puso Dios en la Iglesia ⁽³⁾, en primer lugar Apóstoles ⁽⁴⁾, en segundo profetas, en tercero docto-

(1) Aquí, como en el cap. III, 16, donde se dice: *Vos sois templo de Dios*, el Apóstol suprime el artículo para dar á entender que cada Iglesia particular no es más que una parte del cuerpo completo de Jesucristo ó de la Iglesia universal.

(2) La verdadera lección es *ἐκ μέρους, por una parte*. La Vulgata, al traducir *membra de membro*, ha leído *ἐκ μέλους, miembros sacados del miembro*, es decir, miembros de Jesucristo que, como cabeza de la Iglesia, es su miembro principal.

(3) Es imposible conservar en la traducción las incorrecciones del texto. Pablo había comenzado su frase por *οὗς μὲν, á unos*, mirando á establecer dos categorías con la expresión de más abajo, *οὗς δέ, á otros*; luego mudó de parecer y se decidió á presentar una enumeración completa y por orden. Por eso ha dejado el *οὗς μὲν* del principio de la frase, sin cuidarse de darle el término correspondiente.

(4) Hay que entender por esa denominación todos los que fundan la Iglesia de Dios, como mensajeros del Evangelio. Dios les ha constituido los primeros, es decir, anteriores á todos los demás, y por encima de todos. Tienen la plenitud del Espíritu, y por lo mismo la totalidad de los dones repartidos entre los fieles.

res; después milagros ⁽¹⁾, luego gracias de curaciones, socorros, gobernaciones, géneros de lenguas, interpretaciones de palabras. ¿Por ventura son todos Apóstoles? ¿son todos profetas? ¿son todos doctores? ¿O todos pueden obrar prodigios? ¿ó todos tienen gracia de curaciones? ¿ó todos hablan lenguas? ¿ó todos interpretan?.»

No; cada uno sólo ha recibido una parte, y precisamente esa parte es la que contribuirá á la bella armonía del conjunto. Desde luego hay que hacer que esta parte, sea modesta ó extraordinaria, coopere al triunfo de la Iglesia. Individualmente considerado, cualquier miembro vale muy poco, porque su acción se halla encerrada en estrechos límites y permanece ineficaz para todo lo demás; pero unido á los otros, llega á ser algo completo, y entra en la gran corriente de la vida cristiana.

«Aspirad, pues, á los mejores dones. ⁽²⁾ Yo os muestro un camino aun más excelente.»

Este camino es la caridad, ó el amor en su sentido más puro y elevado, puesto que debe abrazar á la vez, en su ardiente efusión, á Dios y al hombre. El amor así entendido es el que inspirará el santo deseo de los dones divinos y regulará su uso para gloria de Dios y de la Iglesia. Superior á todo y necesario para todas las cosas, es el signo distintivo de la nueva religión y su instrumento de conquista más poderoso; es su piedra de toque, su fruto y su triunfo. El Apóstol nos lo presentará á continuación, describiendo sus manifestaciones más seductoras, en una página que es un verdadero himno, sentido, meditado y repetido por la Iglesia desde hace diecinueve siglos, y ha arrastrado durante este largo período á todas las almas nobles al culto de la virtud eminentemente cristiana, la

(1) Es notable que después de las tres primeras categorías que son las más importantes, Pablo no continúe diciendo: en cuarto lugar, en quinto, etcétera. No clasifica los restantes y habla de ellos bajo una forma abstracta, como si la persona á quien tales dones se confieren no debiera ser enumerada.

(2) No contradice esto á lo que Pablo ha dicho más arriba; y el que por medio de la oración aspira á algo mejor, no se manifiesta por eso descontento de lo que Dios le ha dado ya.

santa caridad. Pablo comienza diciendo que, sin ella, todas las obras carecen de valor.

«Si yo hablare lenguas de hombres y de ángeles ⁽¹⁾, y no tuviere caridad, soy como metal que suena, ó címbalo que retiñe ⁽²⁾. Y si tuviere profecía, y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber; y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes ⁽³⁾, y no tuviere caridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer á los pobres ⁽⁴⁾, y si entregare mi cuerpo para ser quemado ⁽⁵⁾, y no tuviere caridad, nada me aprovecha ⁽⁶⁾.»

Poco importa que no haya en las líneas precedentes más que una serie de hipótesis irrealizables; precisamente se patentiza mejor de ese modo lo que el Apóstol quiere decir. Ninguna gracia especial, ninguna promesa, ninguna virtud, aprovechará al hombre si no tiene en sí la raíz de toda bondad, que es el amor. Sus obras serán invariablemente apreciadas conforme á la respuesta que deba

(1) Vese por ahí que el don de lenguas significa el privilegio de hablar los diversos idiomas de la humanidad. Como exageración hiperbólica y á fin de dar relieve á su pensamiento, el Apóstol añade al poder de hablar las lenguas humanas el de hablar hasta la lengua de los ángeles, hipótesis del todo quimérica.

(2) No se debe entender por χαλκός el bronce transformado en instrumento, por ejemplo, en una trompeta; no, es el metal mismo antes de ser vaciado. El referido címbalo constituye luego una gradación; es entonces el bronce transformado por la mano del artista. Sabido es el oficio que los címbalos desempeñan en Oriente: *II Reyes*, VI, 5; *Judit*, XVI, 2; *I Mac.*, IV, 54; etcétera. El epíteto ἀλαλάζον, *resonante*, pinta felizmente el ruido estéril y vano del que hablase lenguas extranjeras, sin tener en el alma el calor vital de la caridad.

(3) Hay aquí una manifiesta alusión á las palabras de Jesús, *Mat.*, XVII, 20; XXI, 21.

(4) El texto no menciona directamente á los pobres; pero el término ψωμίζειν, *dar de comer á bocados*, indica claramente que el Apóstol se refiere á la obra de alimentar á los indigentes.

(5) No dice el texto si se trata del acto heroico de arrostrar la muerte por el fuego á honra y gloria de Dios, ó para salvar á su prójimo. Á la sazón no se había dado aún el caso de martirio por el fuego, pero había motivos para temerlo. De todos modos, *Dan.*, III, 19 y *II Mac.*, VII, son pasajes que podrían inspirar esta suposición. Después del desasimiento de los bienes terrenos, el de la propia vida.

(6) El Apóstol recapitula así, explicándolos en breves palabras, todos los carismas enunciados más arriba. Ninguno vale nada sin la caridad.

darse á la siguiente pregunta: «¿Quién las ha inspirado? ¿El amor del prójimo? ¿El amor propio?» Todo lo que no es fruto de caridad, es fruto de iniquidad. De consiguiente, la caridad debe anteponerse á todo. Para recomendarla más útilmente, trazará Pablo el retrato de tan excelsa virtud. Con arte maravilloso, que sería un rasgo de genio si no fuera una inspiración divina, va á presentárnosla mediante una combinación de luces y sombras que resultan del contraste, hábilmente expuesto, entre lo que exige y lo que excluye.

«La caridad es paciente ⁽¹⁾, es benigna ⁽²⁾. La caridad no es envidiosa, no se alaba ⁽³⁾, no se ensoberbece; no es descortés ⁽⁴⁾, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal; no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.»

¡Cuán amable y atrayente es en sus diversas formas, y cuánto debe contribuir á sembrar en torno suyo la felicidad, una virtud que tiende sobre las faltas ajenas el velo de su indulgencia, tomándolas sobre sí misma, hasta donde le es posible, para que el prójimo no sucumba agobiado; una virtud que cree siempre el bien, mientras el mal no se levante ante ella con toda su innegable odiosidad, y que aun entonces no pierde la esperanza diciéndose á sí propia que al cabo volverá el bien! Por eso recomienda la paciencia, y cuando, después de largos sacrificios, de numerosos esfuerzos, de infatigables llamamientos y súplicas, obtiene el triunfo final del derecho y la vuelta al deber, se regocija con su hermana la verdad y

(1) La expresión *μακροθυμεί* indica que la caridad tarda en dar suelta á la indignación, *θυμός*.

(2) Quizá se tradujera mejor diciendo: *es servicial*, porque es evidente el parentesco entre *χρηστεύομαι* y *χράομαι*.

(3) El verbo *περπερεύεται* quiere decir complacerse en la ostentación, ó elogiarse á sí mismo. Se halla en Cicerón *ad Attic.*, I, 14 «Dii boni! quomodo *ἐπερπερευσάμην* novo auditori Pompeio!

(4) Por *οὐκ ἀσχήμωνεί* se debe entender que la caridad no es desatenta ni se olvida de las buenas formas en sus actos; *ἀσχήμων* corresponde al *deformis* de los latinos.

celebra su triunfo. Sin ella, la humanidad no puede ser feliz; por lo cual se le ha dado como el bien más sólido é imperecedero.

«La caridad nunca fenece, aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruída la ciencia; porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. Mas cuando viniere lo que es perfecto, abolido será lo que es en parte. Cuando yo era niño, hablaba como niño, sentía como niño, pensaba como niño; mas cuando fuí ya hombre hecho, di de mano á las cosas de niño. Ahora vemos como por espejo ⁽¹⁾ y en enigma ⁽²⁾; mas entonces cara á cara ⁽³⁾. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré, como fuí conocido ⁽⁴⁾. Y ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza, y la caridad; mas de estas, la mayor es la caridad.»

De este modo expone Pablo la eficacia y resultados á que conducen los dones espirituales, objeto de la admiración y ardentísimos deseos de los corintios. ¿Qué son esos dones respecto de las excelencias de la otra vida? Nada, porque sólo dan un conocimiento deficientísimo de los divinos misterios y una participación imperfecta de la ciencia en general, en tanto que la vida futura nos inicia-

(1) La expresión *διὰ* supone, según la creencia popular, que la imagen está en el fondo del espejo, detrás del vidrio. No hay razón ninguna para creer que el texto habla aquí de una vidriera de defectuosa transparencia, el *lapis specularis* de Plinio, *H. N.*, XXXVI, 22, ni tampoco para invocar el texto de los rabinos: «Omnes prophetae viderunt per specular obscurum, et Moses, doctor noster, vidit per specular lucidum.» V. Schoettgen, *Hor. Heb.*, I, 646; y menos todavía debe creerse que se trata de un vidrio ó lámina muy delgada de cuerno, como dice Tertuliano: «velut per corneum specular.» Un vidrio se llama *διόπτρα*, Estrabón, XII, 2 y, *έσοπτρον* significa siempre un espejo, Píndaro, *Nem.*, VII, 20; Anacreonte, XI, 2; XX, 5, Plutarco, *Praecep. conjug.*, XI, etc. (*)

(2) Vemos á Dios aquí bajo á condición de buscarle, como se busca el pensamiento oculto en un enigma. Lo opuesto á esta visión por enigma es el hablar boca á boca y cara á cara. *Núm.*, XII, 8.

(3) Así es como Dios se mostró Moisés: *Exod.*, XXXIII, 11; comp. *Gén.*, XXXII, 30.

(4) El verbo *έπεγνώσθη* está en aoristo porque Pablo, colocándose en el punto de vista de la vida futura, tiende á hacer resaltar la prioridad del conocimiento eterno de Dios.

(*) *Per speculum in aenigmate*. Alusión probable á los antiguos espejos de metal, especialmente de bronce bruñido.—N. del T.

rá súbitamente en la clara y plena visión de toda verdad. Aun al presente, esos dones no son más que gracias transitorias, de ningún modo necesarias para la vida cristiana, puesto que ésta se halla constituida, en cuanto á su perfección, por las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad. Sólo estas tres virtudes son indispensables, y la reina de todas, la que domina sobre las demás es la caridad.

«Perseguid la caridad ⁽¹⁾; codiciad los dones espirituales, y sobre todo el de profecía.»

Y Pablo emprende en seguida la exposición de las propiedades y valor del don de lenguas, el cual, especialmente ambicionado por los frívolos corintios, era, sin embargo, el que tenía menos utilidad, así para la edificación de los fieles, como para la conversión de los paganos.

«Porque el que habla una lengua, no habla á hombres, sino á Dios; porque ninguno le comprende, y en Espíritu ⁽²⁾ habla misterios. Mas el que profetiza habla á hombres para edificación, y exhortación, y consolación ⁽³⁾. El que habla una lengua, se edifica á sí mismo ⁽⁴⁾; mas el que profetiza,

(1) Los dos verbos empleados: *διώκετε* refiriéndose á la caridad y *ζηλοῦτε* en el caso del carisma, precisan bien la necesidad de la una que es preciso *tratar de conseguir, de adquirir por fuerza*, y la simple utilidad de los otros que hay que contentarse con *desear*.

(2) Habla á Dios, porque el milagro consistía, como el día de Pentecostés, *Hech.*, II, 11, y en Cesárea, en casa de Cornelio, X, 46, en alabar á Dios. Ahora bien, como el favorecido con ese don emplea una lengua extraña bajo la influencia del Espíritu Santo, lo que dice permanece ininteligible y misterioso para la asamblea. Suponer que el auditorio no comprende, porque habla en voz baja, ó con palabras mal articuladas, es olvidar que en Jerusalén los pueblos cuyas lenguas hablaban los Apóstoles, comprendían muy bien los discursos que oían, y que Pablo admite aquí la intervención de un intérprete, es decir, de alguno, capaz de comprender y traducir.

(3) La palabra del que profetiza no se dirige á Dios, sino derechamente á los hombres para afirmarlos en la fe, sacarlos de su indecisión y pereza espiritual y reanimar su esperanza. La expresión *παράμυθια* en los autores profanos significa un discurso consolatorio. *Comp. Philipp.*, II, 1. El oficio de los llamados profetas en la Iglesia primitiva era ilustrar y esclarecer lo presente más bien que anunciar lo venidero. Esos profetas venían á ser predicadores inspirados que tenían principalmente el don de leer en las almas y dirigirles palabras que las conmovían y transformaban. Su tipo en la Ley Antigua habían sido Elías y Juan Bautista.

(4) Su discurso enderezado á Dios es siempre un bien para él mismo, y esta acción de gracias, incomprensible para los demás, tiene para él su mérito. La asamblea no recibirá de ella edificación alguna, si no se le traduce;

edifica á la Iglesia de Dios. Quiero, pues, que vosotros todos habléis lenguas, pero más bien que profeticéis, porque mayor es el que profetiza, que el que habla lenguas, á no ser que también interprete, de manera que la Iglesia reciba edificación.»

Es evidente que, en este último caso, la glosolalia se acercará visiblemente á la profecía y ofrecerá casi las mismas ventajas para los asistentes. Todos ellos conocerán los gritos de amor, de fe, de esperanza, de acción de gracias, de admiración, de alabanza que la glosolalia dirige á Dios, y todos se sentirán movidos á seguirla en sus piadosas expansiones; lo que equivaldrá casi á las santas impresiones producidas en las almas por las predicaciones de los Profetas. Si no hay una interpretación concomitante de las aclamaciones dirigidas á Dios en idiomas desconocidos, estas aclamaciones pueden ser agradables al Señor, á quien glorifican, y aun útiles al que las formula, pero eso es todo. La asamblea no sacaría de ellos ningún partido.

«Pues ahora, hermanos, si yo fuere á vosotros hablando lenguas, ¿qué os aprovecharé sino os hablare, ó en revelación, ó en ciencia, ó en profecía, ó en doctrina ⁽¹⁾? Ciertamente las cosas inanimadas que dan sonido como la flauta, y el arpa, si no hacen diferencia de sonidos, ¿cómo se distinguirá lo que se canta á la flauta, ó lo que se tañe al arpa? Y si la trompeta diere un confuso sonido, ¿quién se percibirá á la batalla ⁽²⁾? Así también vosotros, si por la

pero de hacerlo así, la referida oración en lengua extraña será doblemente beneficiosa por el fondo y por la forma, porque oír á un hermano decir á Dios cosas sublimes en un idioma desconocido no puede menos de excitar la admiración y la piedad.

(1) La frase no es muy clara. Lo importante es saber si el segundo de los dos *éa* está subordinado al primero. En caso afirmativo, Pablo supondría que la profecía y la ciencia pueden concurrir á la interpretación de las lenguas; lo cual es poco probable. Lo que quiere decir es que desempeñar únicamente el papel de glosólalo le serviría de poco, si no cumpliera ante todo los de profeta y doctor.

(2) El razonamiento de Pablo viene á decir: así como el instrumento necesita de alguien que le tañe ó pulse, alguien que dé vida á los sonidos que produce, así también el glosólalo necesita un traductor que dé á entender á á los hombres las alabanzas dirigidas á Dios. Un discurso que no se entien-

lengua no diereis palabras inteligibles, ¿cómo se entenderá lo que se dice? porque hablaréis al aire. Hay por ejemplo, tantos linajes de lenguas en este mundo, y nada hay sin voz. Pues, si yo no entendiere el valor de la voz, seré bárbaro para aquel á quien hablo; y el que habla, lo será para mí ⁽¹⁾. Así también vosotros, por cuanto sois codiciosos de dones espirituales, procurad abundar en ellos para edificación de la Iglesia. Y por esto el que habla tan sólo en lengua, pida la gracia de interpretarla. Porque si orare en una lengua, don espiritual ora ⁽²⁾, mas mi mente queda sin fruto. Pues ¿qué haré? Oraré con el don espiritual, oraré también con la inteligencia; cantaré con el don espiritual, cantaré también con la inteligencia. Mas si bendijeres con el don espiritual, sin que tu inteligencia explique lo que el don te hace decir ⁽³⁾ el que ocupa lugar del simple pueblo ⁽⁴⁾, ¿cómo dirá: Amén ⁽⁵⁾, so-

de se reduce á una serie de sonidos confusos, sacados torpemente de una flauta, de un arpa ó de una trompeta.

(1) Cualquiera diría que al dictar esta frase, Pablo tenía presente en la memoria el precioso verso de Ovidio desterrado: «Barbarus hic ego sum, quia non intelligor ulli.» *Trist.*, V, 10.

(2) El πνεῦμα á que se refiere el texto no es el espíritu del individuo que ora, sino uno de sus dones ardientemente deseados por los fieles de Corinto y acerca de los cuales acaba de decir el Apóstol: ὑμεῖς ζηλωταὶ ἔστε πνευματικῶν: es el poder, que el Espíritu divino da, de hablar en diversas lenguas, poder que no implica la facultad de traducir y hacer comprender lo que se dice: Esta facultad la recibirá el hombre mediante el νοῦς ó la inteligencia, mientras que el don de hablar le viene por mediación de la sensibilidad. Por eso Pablo recomienda que se pida á Dios y se la utilice paralelamente al don de lenguas. En el fondo lo que debe completar al γένη γλωσσῶν es el ἐρμηνεία γλωσσῶν del XII, 10.

(3) El texto dice simplemente: ἐὰν εὐλογῆσθαι πνεύματι, pero teniendo en cuenta el sentido de πνεῦμα en todo ese pasaje, hemos creído poder añadir la frase explicativa: *sin que tu inteligencia*, etc. Por el πνεῦμα el inspirado habla, pero no explica.

(4) La palabra ἰδιώτης se emplea para significar la gente inculta, que ignora la materia de que se trata, armas, elocuencia, religión, vers. 24. Comp. *Hechos*, IV, 13.

(5) La costumbre judía de responder *amén, así sea*, á las oraciones recitadas por el presidente de la sinagoga fué adoptada desde un principio por la Iglesia cristiana. Justino mártir, *Apol.*, II, p. 97, lo testifica, y Tertuliano después de él. Nuestra liturgia latina pone frecuentemente esa palabra en boca del pueblo; pero en las liturgias orientales resuena casi constantemente en diversos tonos, mientras duran las súplicas del preste. Véase nuestro *Voyage aux Sept Églises*, p. 209.

bre tu bendición, puesto que no entiende lo que tú dices? Verdad es que tú das bien las gracias ⁽¹⁾, mas el otro no es edificado. Gracias doy á mi Dios, porque hablo en lengua de todos vosotros. Y más bien quiero hablar en la Iglesia cinco palabras de mi inteligencia, y para instruir también á los otros, que no diez mil palabras en lengua.»

Para completar el pensamiento del Apóstol, es necesario añadir: en lengua que permaneciera inexplicada y desde entonces no entendida. Por extraño que nos parezca este fenómeno de hombres que oran, alaban, bendicen y dan gracias á Dios ⁽²⁾ en idiomas nuevos para ellos, puesto que nunca los habían hablado, pero pertenecientes á los diversos grupos de lenguas humanas, en términos que ellos mismos no eran siempre capaces de entender y explicar á los otros, desempeñando así el papel pasivo de instrumentos que el Espíritu Santo hacía vibrar profetizando la glorificación final de Dios por la humanidad entera, fuerza es reconocer que no careció de importancia, puesto que Pablo se detiene tanto en procurar mantenerlo en las condiciones normales en que debía ser más útil á la Iglesia. Á la vez que el milagro, estupendo para todos y convincente para muchos, de un idioma hablado súbitamente por quien nunca había aprendido una palabra del mismo, el Apóstol desea la instrucción y edificación que el mencionado prodigio debía producir lógicamente. La lengua milagrosamente hablada era el signo del poder del Espíritu Santo; lo que en esa lengua se decía era el pensamiento mismo del Espíritu. Admirar la envoltura del fruto era muy poco; Pablo aspiraba á que se saborease el fruto mismo. Por eso insiste tanto, á fin de dejar sentado que la glosolalia sólo es útil y deseable á condición de poseer al mis-

(1) Pablo emplea aquí irónicamente la palabra *καλῶς*.

(2) En estos cuatro verbos *προσεύχεσθαι, ψαλλεῖν, εὐλαγείν, εὐχαριστεῖν*, vers. 14, 15, 16, hallamos la prueba de que los fieles de Corinto, al hablar lenguas nuevas no eran más que los continuadores de los discípulos cuando proclamaron el día de Pentecostés las grandezas de Dios, *λαλοῦντων τὰ μεγαλεῖα τοῦ Θεοῦ*, de Cornelio y de los convertidos de Cesárea que glorificaban á Dios, *μεγαλυνόντων τὸν Θεόν*, y aun de los de Efeso, *ἐλάλουν γλώσσαις, καὶ ἐπροφήτευον*.

mo tiempo el don de traducir el himno ó plegaria en una lengua entendida por todos. Inconsecuentes y vanos por carácter, se cuidaban los corintios mucho menos de este lado sólido de los dones espirituales que de su aspecto brillante. Pablo no quiere que se dejen arrastrar por semejante superficialidad de miras.

«Hermanos, no seáis niños en el sentido, mas sed pequeñitos en la malicia; y sed perfectos en el sentido. En la ley está escrito ⁽¹⁾: Que en otras lenguas y en otros labios hablaré á este pueblo; y ni aun así me oirán, dice el Señor. Y así las lenguas son para señal no á los fieles, sino á los infieles; mas las profecías no á los infieles, sino á los fieles.»

Vemos en esto otra nueva prueba de la inferioridad del don de lenguas respecto del de profecía. Dios emplea aquél para atraer la atención de los incrédulos, pero no siempre lo consigue, según el texto invocado, porque la glosolalia da muchas veces ocasión, como se dirá en breve y se vió ya el día de Pentecostés, á las burlas y sarcasmos de la incredulidad. Cuando el Señor quiere mover directamente

(1) Por ley se entiende aquí, como en *Juan*, X, 34; XII, 34; XV, 25, no sólo el Pentateuco, sino todo el Antiguo Testamento. La cita parece tomada de Isaías, XXVIII, 11, 12; pero se aparta tanto, así del texto hebreo, como de la versión de los LXX, que ha dado motivo á pensar en otra fuente enteramente distinta y que no habría llegado hasta nosotros. El texto hebreo dice así: «El Eterno hablará á su pueblo por medio de hombres de labios balbucientes y de lenguaje bárbaro. El le decía: he aquí el descanso... pero ellos no quisieron escuchar.» El profeta, de consiguiente, manifiesta á Israel que, ya que no ha querido dar oídos á su palabra paternal cuando le invitaba á la felicidad, Dios hará que los asirios le hablen otra lengua diferente, la cual será un castigo. Es, por tanto, muy difícil de asimilarla al don de lenguas, que era un carisma. Añadamos á esto que, en el texto de Pablo, la palabra no escuchada es la dicha en lenguas extranjeras, y en el de Isaías no es la palabra de los asirios la no entendida, sino la de Dios. Entonces ¿cuál es la comparación que pudo establecer el Apóstol? No se nos alcanza. Y, sin embargo, la ausencia de todo otro pasaje análogo en la Escritura, á la vez que una asociación natural de ideas bastante perceptible entre los hijos de que habla Pablo, y los «nacidos de nuevo», de que se hace mención en Isaías, vers. 9, han determinado á casi todos los exégetas á admitir que el testimonio invocado aquí era sin duda el del profeta, XXVIII, 11 y 12. En todo caso, cualquiera que sea el pasaje de la Escritura á que el Apóstol quiso referirse, su alusión trata de personas que hablan y no de individuos que suspiran ó emiten sonidos confusos. Esas personas parecen balbucir para los que los oyen expresarse así en lengua extranjera.

á las almas, recurre al don de profecía, menos admirable á primera vista, pero más eficaz. La experiencia lo ha comprobado así muchas veces.

«Pues, si toda la Iglesia se congregare en uno, y todos hablasen lenguas diversas, entrando entonces idiotas ó infieles, ¿no dirán que estáis fuera de juicio? Pero si todos profetizaren, y entrare algún infiel, ó idiota, de todos será convencido, de todos será juzgado; las cosas ocultas de su corazón se harán manifiestas; y así postrado sobre el rostro, adorará á Dios, declarando que Dios verdaderamente está en vosotros.»

No es raro hallar hombres que resisten á la acción milagrosa, por brillante que sea, cuando se produce en otros individuos; nada les dicen, por ejemplo, las curaciones repentinas de enfermedades, la multiplicación de los panes en el desierto, el caminar sobre las olas como sobre tierra firme, ni el don de lenguas que es el de que aquí se trata. Pero si la acción sobrenatural se verifica en el interior de tales individuos, si conmueve directamente su alma, se los verá súbitamente turbarse, sentir la mano de Dios, comprender su llamamiento y entregarse sin reserva á su buena voluntad. Natanael y la Samaritana dejan de discutir desde el instante mismo en que comprenden que la mirada de Jesús ha penetrado en su vida íntima. Además, hay otra cosa de particular y es que el profeta no solamente ve, sino que ilumina el secreto recinto de un santuario que se creía cerrado á todas las miradas é indagaciones. Su palabra, penetrando en el fondo de los corazones, á manera de súbito relámpago, ilumina sus más recónditas profundidades y revela por igual sus miserias y sus aspiraciones más generosas. Entonces es cuando el hombre, asombrado hasta la estupefacción, sacudido en la totalidad de su ser, confundido y subyugado moralmente, cae como Pablo en el camino de Damasco, quedando con el rostro pegado en tierra, y reconoce á gritos que sólo Dios puede haber dictado las palabras que acababa de oír. Al presenciar el milagro de las lenguas, el incrédulo se atre-

verá acaso á decir: «Esos hombres que así hablan son locos.» Pero al sentir su conciencia sacada á pública luz por los profetas exclamará: «¡Ciertamente, aquí está Dios!»

Después de haber pronunciado su última palabra sobre la inferioridad del don de lenguas respecto del de profecía, pone término Pablo á la cuestión de los carismas con algunas reglas prácticas que deberán prevenir todo desorden en las asambleas.

«Pues, ¿qué hay, hermanos? Cuando os congregáis, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene revelación, tiene lengua, tiene interpretación; hágase todo para edificación ⁽¹⁾. Si alguno hablare en lengua, sea por dos, lo más por tres, y esto á veces, y que uno interprete. Y si no hubiere intérprete, calle en la Iglesia, y hable á sí mismo, y con Dios ⁽²⁾. En cuanto á los profetas, hablen dos ó tres, y los demás juzguen ⁽³⁾. Y si á otro ⁽⁴⁾ que estuviere sentado hubiere sido revelada alguna cosa, calle el primero. Y todos uno por uno podéis profetizar, para que todos aprendan, y todos sean amonestados. Y los espíritus de los profetas están sujetos á los profetas. Porque Dios no es Dios de disensión, sino de paz.»

Pablo quiere decir con esto que los profetas son dueños

(1) Muchos han querido ver en esta frase el orden litúrgico establecido para la celebración de las asambleas. El salmo ó himno, mencionado también en *Col.*, III, 16; *Eph.*, V, 19., ψαλμός, que sirve de introducción habria sido seguido de la instrucción razonada, διδαχή; después de la cual la palabra ardiente de los profetas debería conmover las almas, ἀποκάλυψις, y, por último, la acción de gracias ó glorificación de Dios en lenguas extrañas, que la interpretación, ἑρμηνεία, exponía de modo que todos la entendieran, constituiría la manera de cerrar el acto.

(2) Sin intérprete, la acción de gracias en diversos idiomas, no serviría de nada á la asamblea. El glosólogo no tiene derecho de hacerle perder el tiempo de ese modo; lo único que se le permite, por su propia cuenta, es gozar secretamente del don que posee, y servirse de él para glorificar á solas á Dios.

(3) Los que deben juzgar, οἱ ἄλλοι διακρινέτωσαν, son los fieles á quienes se ha conferido la discreción de espíritus, διακρίσις πνευμάτων.

(4) La expresión ἀποκαλυφθή, en su forma impersonal y pasiva, indica la acción del Espíritu pasando de un lugar á otro é imponiéndose á un fiel que, permaneciendo en su asiento, no la esperaba. Al levantarse este tal anunciará que siente en sí la inspiración profética. En el acto debe concedérsele la palabra, porque Dios, al inspirarle, indica que hay que decir algo más urgente y útil de lo que se estaba tratando.

de interrumpir sus discursos cuando les plazca, porque no se hallan impulsados por una fuerza irresistible que suprima su libertad. Deberían, pues, ceder la palabra á los que, sintiéndose de pronto poseídos del Espíritu Santo, se levantasen para hablar. Este será el medio de utilizar todas las fuerzas vivas que Dios pone en la Iglesia y de obtener verdaderos frutos de salvación. Los que profetizan hoy, oirán profetizar mañana, es decir, que en vez de predicar siempre á los otros, ellos á su vez serán los predicados. Y no es que este derecho de predicar deba reconocerse indistintamente á todos, no; entre los que se levantan para hablar, hay que distinguir los amigos y los adversarios de la gloria de Jesucristo.

Aquí comienza el papel de los hermanos que han recibido el don de reconocer los espíritus, el cual no deja de tener su importancia. En un tiempo en que la enseñanza evangélica no se había fijado todavía en documentos escritos, autenticados por la Iglesia, era indispensable ejercer una vigilancia especial sobre los predicadores. De ahí ese don, concedido por Dios á algunos fieles, de juzgar á primera vista las intenciones del profeta, y conocer si sus palabras irían encaminadas á glorificar á Jesucristo ó á empequeñecerle. El ejercicio de tal carisma era de capital importancia para tener á raya las tentativas del espíritu de mentira, que en más de una ocasión podía introducirse en la asamblea, aun entre los predicadores del Evangelio. La paz en la verdad y el orden será el primer timbre y la mejor gloria de la Iglesia.

«Según se practica en todas las Iglesias de los santos, las mujeres callen en las Iglesias, porque no les es dado hablar, sino que estén sujetas, como también lo dice la ley ⁽¹⁾. Y si quieren aprender alguna cosa, pregunten en casa á sus maridos; porque indecente cosa es á una mujer hablar en la Iglesia.»

Fácilmente se alcanzan los graves abusos que hubiera

(1) Es una alusión al *Gén.*, III, 16.

introducido la práctica contraria en un medio tan sobreexcitado como el de la Iglesia de Corinto. Porque no sólo era necesario tener en cuenta la corriente de la vida religiosa que en ella se manifestaba en todas las formas, sino que había que contar además con la vivacidad de temperamento y la locuacidad ruidosa, signo característico de la raza helénica. Como las mujeres hubiesen tenido el derecho de preguntar, de proponer dificultades, de provocar explicaciones,—único punto de que Pablo quiere hablar—⁽¹⁾, necesariamente hubieran originado una perturbación, nada conveniente en un concurso enteramente absorto en Dios. La experiencia enseñó al Apóstol que es preciso mostrarse severo sobre este punto. La mujer tiene asignados los quehaceres propios del hogar doméstico, y ellos deben ser su ocupación preferente. Si una inspiración de lo alto la obliga á hablar, que hable ó profetice, pero modestamente, con la cabeza cubierta por un velo, para indicar que, aun bajo la influencia de la acción divina, da público testimonio de su sujeción al hombre. Fuera de este caso, silencio completo. Así se observa en las demás comunidades cristianas que sobresalen en antigüedad y categoría. ¿Qué razones podría alegar la de Corinto para no conformarse con este modo de proceder?

«¿Por ventura la palabra de Dios salió de vosotros? ¿ó ha llegado á solo vosotros? Si alguno se tiene por profeta, ó por espiritual, conozca que las cosas que os escribo, son mandamientos del Señor. Y quien no conociere, no será conocido. Y así, hermanos, codiciad el profetizar,

(1) Así lo indica suficientemente al prescribirles que difieran para más tarde, cuando estén en el hogar doméstico, platicando mano á mano con su marido, al que supone cristiano y docto, las cuestiones prohibidas en la asamblea. No hay que olvidar que, poco ha, en esta misma Epístola, cap. XI, 5, autorizaba Pablo á las que se sentían movidas por el Espíritu Santo para hablar diversas lenguas ó profetizar, á hacerlo, con tal que en señal de humildad y dependencia se velasen la cabeza. En realidad, no se comprendería que el Apóstol impusiera silencio al Espíritu Santo, impidiendo así el cumplimiento de lo vaticinado por *Joel*, II, 28, acerca de las hijas de Israel: *prophetabunt filiae vestrae*. Por los *Hechos*, XXI, 9, sabemos que las cuatro hijas de Felipe el evangelista habían recibido ese don de profecía.

y no vedéis el hablar lenguas. Mas todo se haga con decencia y con orden.»

En dos palabras formula el Apóstol su respuesta á las dificultades suscitadas á propósito de la importancia respectiva de los dones espirituales en general y del de profecías y de lenguas en particular. El primero conviene desecharlo; es el que habla directamente á las almas para convertirlas, al derramar sobre ellas sus luces. El segundo debe ser tolerado, puesto que tiende á glorificar y alabar á Dios. Pero de cualquier modo que sea y en todo caso, nada de desórdenes ni de faltar á lo que piden la moderación y la templanza.

Pablo reserva para conclusión de su Epístola una enseñanza que encierra capital importancia dogmática. ¿Es que los corintios le habían interrogado directamente sobre la resurrección de los cuerpos, ó bien que él mismo, por medio de sus emisarios, había sabido que esta cuestión se discutía en Corinto en sentidos diversos, decidiéndose algunos por la negativa? Las dos hipótesis son admisibles. Es evidente que las afirmaciones de los predicadores del Evangelio acerca de la vida futura y sus condiciones debían de ser de las que más vivamente apasionaban los espíritus. El hombre desea saber ante todo adonde va á través de la tumba, y de qué modo vivirá en el otro mundo. Pablo se esfuerza por satisfacer tan legítima curiosidad, estableciendo desde luego la certeza de la resurrección, é indicando en seguida las condiciones en que podrá realizarse sin antilogía alguna. Tras esto, cantará victoriosamente la derrota irremediable de la muerte. Este capítulo es uno de los más importantes que escribió.

«Os hago, pues, presente, hermanos, el Evangelio que os prediqué, el que también recibisteis, y en el que perseveráis; por el cual asimismo sois salvos, si lo guardáis al tenor de lo que yo os prediqué, á no ser que haya algún engaño en vuestra fe ⁽¹⁾. Porque desde el principio yo os en-

(1) Palabra por palabra *ἐκρὸς εἰ μὴ εἰκὴ ἐπιστεύσατε* debería traducirse: *á no ser que en vano hayáis creído*. Pero esto no bastaría para presentar con

señé lo mismo que recibí: que ⁽¹⁾ Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; y que fué sepultado, y que ha resucitado ⁽²⁾ al tercero día, según las Escrituras ⁽³⁾; y que se apareció ⁽⁴⁾ á Cefas, y después de esto á los Doce ⁽⁵⁾; después fué visto por más de quinientos hermanos estando juntos; de los cuales aun hoy día viven muchos, y otros ya finaron; después apareció á Santiago, y luego á todos los Apóstoles; y por fin, después de todos los otros, como á un abortivo, me apareció también á mí. Porque yo soy el menor de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios.

bastante claridad el pensamiento entero del Apóstol. Si se ha de asegurar la salvación, no bastará retener el Evangelio en el sentido exacto en que ha sido predicado, sino que se requiere además y principalmente que sean una realidad los hechos constitutivos de este Evangelio. ¿De qué serviría tener fe en Jesús muerto y resucitado por nosotros, si no hubiese muerto como víctima expiatoria, ni hubiese resucitado como vencedor de la muerte?

(1) Estas palabras confirman lo que hemos dicho en otro lugar, es á saber, que Pablo no vió en Jerusalén el desarrollo y fin de la historia del Maestro. La conocía por tradición, *παρέλαβον*, además de las revelaciones directamente recibidas sobre el particular. Aquí, en efecto, no dice, como más arriba, *ἐγὼ παρέλαβον ἀπὸ τοῦ Κυρίου*. Siendo depositario del testimonio de los Apóstoles, lo transmitió á los corintios tal como lo había recibido.

(2) Pablo deja de emplear aquí el aoristo y prefiere el perfecto *ἐγήγερται*, porque la resurrección de Jesús no es cosa transitoria como la muerte y la sepultura. Esa resurrección es por siempre jamás; habiendo resucitado, ya no volverá á morir.

(3) Por segunda vez, en la misma frase, Pablo asegura que la muerte y la resurrección de Jesús se han verificado como habían sido predichas; la muerte expiatoria en el *Sal.*, XXI, 16; *Is.*, LIII, 5; *Daniel*, IX, 26; *Zac.*, XIII, 7; la resurrección en el *Sal.*, XV, 10; *Is.*, LIII, 9, 10; *Os.*, VI, 2; *Jon.*, II, 1; *Comp. Mat.*, XII, 40. De igual modo habían argumentado Pedro, *Hech.*, II, 25 y sigs.; III, 18; Felipe, *Hech.*, VIII, 35; unos y otros, según la indicación del Maestro; *Mat.*, XXVI, 54; *Luc.*, XXII, 37, y sobre todo, XXIV, 27, 32, 45; *Juan*, V, 39, etc.

(4) La expresión *ὤφθη* significa exactamente *fué visto*. Pablo la emplea aquí como en sus discursos: *Hech.*, XIII, 31; XXVI, 16. En *Luc.* XXIV, 34, hallamos la misma fórmula *ὤφθη Σίμωνι*. *Marc.*, XVI, 9, 12, 14; *Juan*, XXI, 1, 14, emplean con preferencia *ἐφάνη*. El contexto establece que se trata de una aparición corporal con realidad objetiva y no de una visión.

(5) Ciertos manuscritos dicen: «á los once», *τοῖς ἑνδεκά*; es más exacto, porque Judas no debía ser contado, pero, según todas las probabilidades, es una corrección introducida en el texto, según *Luc.*, XXIV, 33. Aun después de la defección de Judas, se continuó diciendo: «los Doce», *Juan*, XX, 24. Esta era la designación oficial, de igual suerte que en Roma se decía los decemviro, aun en el caso de que faltasen uno ó varios de los referidos funcionarios.

Mas, por la gracia de Dios, soy aquello que soy, y su gracia no ha sido vana en mí; antes he trabajado más copiosamente que todos ellos; mas no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Porque sea yo, ó sean ellos, así predicamos, y así habéis creído.»

No había, pues, dos Evangelios, el de Pedro y de los Doce y el de Pablo, como algunos se han obstinado recientemente en sostener, sino uno solo, que tenía por base y doctrina capital la muerte expiatoria de Jesús y su resurrección, ocurridas de conformidad con las profecías de los Libros Santos. Este Evangelio, único que ofrecía á la humanidad el hecho de una tumba que permanecía sin el cadáver en ella depositado, ha exigido que se explicase la desaparición del mismo. Ahora bien, es preciso admitir una sola explicación, por más fecunda que sea en consecuencias decisivas. Esta explicación consiste en admitir que el muerto resucitó en cuerpo y alma, para perseverar eternamente vivo en lo sucesivo. Que resucitó al tercer día, en el momento mismo en que todo cadáver entra de ordinario en descomposición. Que resucitó y se apareció á muchos que, amigos suyos y compañeros ordinarios de sus trabajos en público, le reconocieron con toda certeza, le palparon y proclamaron vivo en realidad. Todos juntos tuvieron que persuadirse de que en él las Escrituras recibieron pleno cumplimiento.

Pablo enumera por orden cronológico ⁽¹⁾ las apariciones más concluyentes, las que constituyen de una manera exclusiva el testimonio apostólico en que se funda la fe de la Iglesia; en cuanto á las otras, referidas por las mujeres, y, que, sin embargo, tuvieron su importancia, nada dice el Apóstol. Quizás pensó que no había para qué invocarlas ante los gentiles, habituados como estaban á mantener á la mujer alejada de los grandes debates judiciales.

(1) Las palabras *εἰρα* y *ἔπειτα*, que emplea en su enumeración y cuya importancia se nos pone de manifiesto en los vers. 23, 24, 46, parecen indicarlo tanto mejor cuanto terminan por dar á Pablo, último de los testigos de la resurrección, el postrer lugar, *ἔσχατον πάντων*.

Se observará que Pablo menciona mayor número de apariciones de las que refieren nuestros Evangelios; lo cual prueba que la tradición de donde éstos salieron dejó perder, en vez de desenvolver y ampliar, muchos de los datos de la historia evangélica, aun de los que son de especialísima importancia. El origen fragmentario de nuestros tres primeros Evangelios explica con bastante naturalidad estas lagunas.

La aparición á Pedro se halla mencionada en San Lucas, y constituía el tema de la conversación de los Apóstoles, cuando llegaron los discípulos de Emaús, hondamente conmovidos por el incidente maravilloso que les ocurrió en el camino⁽¹⁾. Desconocemos los pormenores de la aparición al Príncipe de los Apóstoles; y, no obstante, habrían tenido su interés, porque esta fué la primera vez que el discípulo, arrepentido de su apostasía, se halló en presencia del Maestro. Esta aparición se verificó probablemente después de la visita de Pedro y Juan á la tumba que estaba vacía.

La que favoreció poco después al Colegio Apostólico ha sido referida por San Lucas y San Juan, y de ella sólo hace San Marcos una ligera mención⁽²⁾. Ocurrió la tarde misma de la resurrección, cuando los Apóstoles y discípulos estaban aún á la mesa. Jesús, apareciendo repentinamente y mostrando las heridas de sus pies, manos y costado, invitó á los Apóstoles á comprobar, palpándole, que no era un fantasma, sino él mismo vuelto á la vida, en las condiciones especiales que constituyen el cuerpo glorioso. La otra manifestación, verificada ocho días después, y en la que Tomás el incrédulo lanzó aquel grito de fe sublime: «¡Señor mío y Dios mío!», parece haber sido incorporada por Pablo á la que nos señala aquí. La aparición á más de quinientos hermanos á la vez no se halla referida en nuestros Evangelios. Sin embargo, debió tener capital importancia. Se ha tratado de identificarla con la

(1) *Luc.*, XXIV, 34.

(2) *Luc.*, XXIV, 36, 49; *Juan*, XX, 19-24; *Marc.*, XVI, 14.

aparición en la cima de una montaña de Galilea, donde Jesús había dado cita á los Once ⁽¹⁾, pero con escasa verosimilitud, dado el objeto especial de esta cita y el silencio guardado acerca de la multitud considerable, quinientos hombres, que habría rodeado á los Once en esta ocasión. Tal vez se realizó en los alrededores de Jerusalén, precisamente cuando los numerosos peregrinos se disponían á regresar á sus casas, ó también después de haber partido de la Ciudad Santa al día siguiente de las fiestas pascuales. La circunstancia de apelar aquí el Apóstol á la palabra de los que, habiendo presenciado esta manifestación solemne, vivían todavía en gran número, demuestra, no solamente la exactitud del hecho, sino su importancia considerable. Y ¿cómo se explica entonces, si no por el origen fragmentario de nuestros Sinópticos, que ni siquiera San Lucas haga mención de tal acontecimiento? ¿Es posible que Pablo, al predicar en las Iglesias por él fundadas, no hubiera jamás hablado de esta aparición?

También pasan en silencio nuestros Evangelios el hecho de haberse manifestado Jesús á Santiago. San Jerónimo ⁽²⁾ refiere que, según el Evangelio de los Hebreos, Jesús se habría mostrado á Santiago el Justo, el cual había jurado no comer pan desde que bebió el cáliz del Señor hasta el momento en que le viera resucitado de entre los muertos. Pero este relato tiene cierto sabor de leyenda por el fondo y por la forma ⁽³⁾. De todos modos es probable que el Apóstol se refiera aquí á Santiago el Menor ⁽⁴⁾, llamado el

(1) *Mat.*, XXVIII, 16-20; *Marc.*, XVI, 15-18.

(2) *Catalog. Scriptor. Eccles.*, pág. 170.

(3) En esta relación se dice que Jesús había comenzado por dar su sudario á un criado del Sumo Sacerdote, pormenor que no concuerda ni con *Juan*, XX, 7, ni con lo que exige la verosimilitud.

(4) Algunos han supuesto que esta aparición era la misma de que fueron testigos los dos discípulos que iban á Emaús. Por lo pronto, el nombre de uno de éstos, Cleofás, nos es bien conocido. Por otra parte, Santiago, el llamado hermano de Jesús, era hijo de Cleofás. De modo que nada tendría de extraño que en esta circunstancia se hubiesen hallado juntos el padre y el hijo. Además, habiéndose verificado la manifestación del Resucitado cuando estaban comiendo por la bendición del pan, podría parecer que la leyenda del Evangelio de los hebreos, referente á la aparición á Santiago, ence-

hermano de Jesús, que desempeñó un papel importantísimo en la historia de la Iglesia de Jerusalén. Pablo le había visto en la época de su primer viaje á esta ciudad, tres años después de su conversión⁽¹⁾, y es indudable que de él, como de Pedro, había recibido el relato de las apariciones que aquí menciona.

La manera como insiste, antes de llegar á su propia visión, en el hecho de que Jesús se mostró á los Apóstoles⁽²⁾, permite suponer que reúne en esta última mención todas las apariciones ocurridas en Galilea, referidas por los Sinópticos y Juan, comprendiendo en ellas la última del día de la Ascensión. El Señor se manifestó á todos los amigos reunidos por grupos, unas veces completos, otras incompletos, sucesivamente y muchas veces, de suerte que ninguno se vió privado de este favor insigne, y que, para los Apóstoles y los discípulos, la resurrección es un hecho tan cierto como el de su propia existencia.

Por último, estas apariciones terminaron con la que Pablo convertido tuvo la dicha de presenciar⁽³⁾. El Apóstol habla de sí mismo en esta ocasión con una energía de lenguaje que corre parejas con su humildad. La palabra *abortivo* es la que expresa mejor su situación con respecto al Evangelio, no sólo porque ha nacido tarde, después de los

rraba un vago fondo de verdad. Que Santiago fuera el único mencionado, aun cuando estaba en compañía de su padre Cleofás, no tendría nada de particular, ya que Pablo se refiere á aquel de los dos testigos que le había referido el prodigio. Queda la cuestión del orden cronológico, supuesto en San Pablo, y que sería preciso sacrificar, porque no es posible trasladar la escena de Emaús á una fecha anterior al día mismo en que se verificó la resurrección.

(1) *Galat.*, I, 19.

(2) El cuidado que pone Pablo en poner de relieve el adjetivo después del sustantivo *εἶτα τοῖς ἀποστόλοις πᾶσι*, demuestra la importancia que le atribuye. Quizá su objeto fué comprender á los discípulos entre los Apóstoles.

(3) Pablo ha visto á Jesús en el camino de Damasco. Ananías lo manifiesta: *Ἰησοῦς ὁ ὀφθεῖς σοι*, *Hech.*, IX, 17. Comp. XXII, 14. Bernabé lo afirma: *πῶς ἐν τῇ ὁδῷ εἶδε τὸν Κύριον*, *Hech.*, IX, 27. Jesús mismo concreta la razón porque «se le ha aparecido, queriendo así autorizar su ministerio y darle derecho de confesarle.» *Hech.* XXVI, 16. Por eso Pablo ha dicho con tono de arrogancia, *I Cor.*, IX, 1: *¿No soy Apóstol? ¿No he visto al Señor?* Pero, sin duda le vió muchas veces, *II Cor.*, XII, 1; de otro modo ¿cómo podría decir que de Él solo ha recibido el Evangelio? *Galat.*, I, 12.

demás, sino porque ha sido arrancado por una especie de operación violenta del seno de la sinagoga para el apostolado del Evangelio, y, así, habiendo venido á luz fuera de tiempo, cuando el grupo apostólico se hallaba oficialmente constituido y el Maestro había abandonado ya la tierra, no es más que una especie de hijo mal nacido en medio de sus hermanos (1). Confiesa paladinamente su indignidad y su pasado detestable, puesto que ha sido perseguidor. En cuanto á méritos personales, no acierta á atribuirse ninguno. Sin embargo no desconoce la obra tan prodigiosa de la gracia realizada en él y por él, y, en nombre de la verdad, declara que con ella ha desplegado, á pesar de su nulidad y pequeñez (2), mayores esfuerzos, multiplicado más trabajos y obtenido éxitos superiores á los de los demás Apóstoles juntos. Su testimonio acerca de la resurrección de Jesús puede, por tanto, ser de importancia; y lo confiesa y proclama con tal sinceridad y franqueza, que el racionalismo de todos los tiempos se ha visto desconcertado ante su incontrovertible autoridad.

«Y si se predica (3) que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Pues, si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación y también es vana vuestra fe (4). Y somos asimismo hallados por falsos testigos con respeto á Dios (5), porque dimos testimonio

(1) La expresión *ἐκτρωμα*, que viene del verbo *ἐκτινρώσκειν*, *hacer abortar*, *sacar del seno abriéndole*, se halla empleada por Aristóteles, *Gener., An. IV*, 5, y por los LXX, *Núm.*, XII, 13; *Job.*, III, 16; *Ecl.*, VI, 3.

(2) No sería de extrañar que en esta designación que de sí hace llamándose *abortivo* aludiese á su constitución delicada, *παρουσία τοῦ σώματος ἀσθενής*, que le echaban en cara sus adversarios, *II Cor.*, X, 10.

(3) El verbo *κηρύσσεται* pinta bien el oficio de los Apóstoles publicando el Evangelio, como el heraldo publica los actos gloriosos y los mandatos del príncipe.

(4) La expresión *κενή* quiere decir *vacío*. Se aplica perfectamente á un testigo que afirma lo que no es, queriendo á la vez tomar y apropiarse lo que no fué más que un sueño ó una mentira.

(5) Es el sentido más probable de *ψευδομάρτυρες Θεοῦ*, que algunos han traducido por *falsos testigos de Dios*.

contra Dios, diciendo que resucitó á Cristo, al cual no resucitó, si, según algunos pretenden ⁽¹⁾, los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe ⁽²⁾; porque aún estáis en vuestros pecados. Y, por consiguiente, también los que durmieron en Cristo han perecido ⁽³⁾. Si en esta vida tan solamente esperamos en Cristo, los más desdichados somos de todos los hombres ⁽⁴⁾.»

Tal es la serie lógica de las consecuencias que es preciso afrontar, al no querer admitir la resurrección de los muertos. Si esta resurrección es absolutamente imposible, Jesús mismo no pudo resucitar. Pero, si no resucitó, el Evangelio no es más que una mentira cometida á la faz de Dios y contra Dios. Es también un engaño para la humanidad que, con todas sus esperanzas quiméricas, permanece en el pecado. Porque, en fin, sin el Cristo resucitado no tenemos prueba alguna de la expiación de nuestros pecados, ya que el que debía expiarlos quedó encarcelado en la prisión á donde había acudido para quebrantar nuestras cadenas. De esta suerte, nuestros muertos han sido víctimas de una suprema decepción, y nosotros, los vivos, sacrificando á un porvenir que no existe los goces, aun los lícitos y honestos, de la vida presente, no somos más que pobres desgraciados, dignos de toda compasión. Sí, lógicamente, suprimir la resurrección de Jesucristo es destruir el edificio entero de la salvación. Por fortuna no hay manera de poner en duda lo que tantos

(1) Es el sentido de la conjunción *επει*.

(2) Esa fe es infructífera, *μάταια*; así en Platón, *Leg.*, II, p. 654: *μάταιος λόγος*; en Herodoto, III, 56: *μάταια δοξασφία*.

(3) El contraste entre dormirse lleno de confianza, *κοιμηθέντες*, y hallarse perdido para siempre, *ἀπώλοντο*, ofrece algo de profundamente dramático. Los desgraciados están perdidos, ora se admita la inmortalidad de su alma, ora se crea en su aniquilación. En el primer caso, están condenados por falta de un redentor, puesto que Jesús no ha resucitado; en el segundo, se desvanecen en la nada por falta de un principio de supervivencia.

(4) Y no es porque sea ilícito practicar el bien por sí mismo, sino porque no es en manera alguna útil afrontar las persecuciones, las privaciones de todo género y las angustias morales más vivas por una causa que sería, una falsedad.

testigos han visto, por lo que en manera alguna es de lamentar la condición de los fieles.

«Mas ahora ⁽¹⁾, Cristo resucitó de entre los muertos, primicias ⁽²⁾ de los que duermen. Porque, como la muerte vino por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Y así como en Adán mueren todos, así también todos ⁽³⁾ serán vivificados en Cristo. Mas cada uno en su categoría: las primicias Cristo; después los que eran de Cristo, en el momento de su advenimiento. Luego será el fin, cuando entregará el reino al Dios y Padre, después de haber destruído todo principado, y potestad, y virtud. Porque es necesario que él reine, hasta que ponga á todos sus enemigos debajo de sus pies ⁽⁴⁾. Y la enemiga muerte será destruída la postrera; porque todas las cosas sujetó debajo de los pies de él ⁽⁵⁾. Y cuando dice: Todo está sujeto á él, se exceptúa, claro está ⁽⁶⁾, aquel que sometió á él todas las cosas. Y cuando todo le estuviere sujeto, entonces aun el mismo Hijo estará sometido á aquel que sometió á él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.»

(1) El *νυν δε*, *mas ahora*, significa que nada es cierto en la hipótesis que acaba de discutir, y que no hay sino dejar á un lado todas las conclusiones que comporta, para venir á la tesis verdadera.

(2) La palabra *ἀπαρχή* significa un primer fruto que es cortado y ofrecido para la santificación ó consagración de todos los demás. Así, el día después de Pascua se presentaba en el templo una gavilla, como primicias de la siega. *Núm.*, XV; *Deuter.*, XXVI. Con razón el Apóstol ha podido considerar á Jesús resucitado, al menos según la indicación del cuarto Evangelio, el siguiente día de Pascua, como las primicias de entre los muertos. Da este mismo título de primicias á los primeros convertidos en los países que ha evangelizado. *I Cor.*, XVI, 15; *Rom.*, XVI, 5.

(3) La palabra *πάντες* no tiene la misma extensión en los dos miembros de esta frase. En el primero, debe entenderse de todos los hombres, porque fatalmente todos estaban en Adán. En el segundo, se entiende sólo de los que libremente, por la fe, hayan establecido su vida en Jesucristo.

(4) Pablo alude al *Sal.* CIX, 2. El sujeto del verbo queda indeterminado. En el salmo es Dios; aquí es el que reina y obra, Jesucristo. Pero ¿por ventura el Padre y el Hijo no trabajan en la misma obra?

(5) *Sal.*, VII, 7, donde se trata del hombre en general, pero que debe tener su cabal realización en Jesucristo. Comp. *Efes.*, I, 22; *Hebr.*, II, 8.

(6) Esta observación podría explicarse respecto de los paganos que admitían á Júpiter destronando á Saturno. En cuanto á los cristianos, tiene por objeto dar á entender que todo, absolutamente todo, excepto Dios, quedará sometido á Jesucristo.

Pablo sólo trata de la resurrección de los buenos. Así lo había hecho el Maestro respondiendo á los saduceos ⁽¹⁾. Pasa en silencio la de los malvados, que es preciso admitir en nombre de la justicia divina, pero que importa poco para la tesis consoladora desarrollada aquí ⁽²⁾. La razón de esta resurrección es la relación misma de los justos con Jesucristo, el cual no es solamente uno de ellos ó el primero de todos, sino el punto de partida, la fuente, ó también el árbol que los encierra, engendra y lleva á todos. Se comprende que lógicamente deben compartir la suerte del Salvador. ¿No halló el linaje humano su muerte en Adán, porque en él estaba como en germen? ¿Y tiene algo de extraño que halle la vida al tomar por la fe su puesto en el hombre nuevo, Jesucristo? De suerte que si el uno nos acarreo la dura necesidad de morir, el otro nos mereció, por grandísima dicha, el derecho de resucitar. La prueba es que ha comenzado por resucitar el mismo, consagrando así, mediante la resurrección futura, á los que le pertenecen, así como la gavilla sagrada, ofrecida en primicias en el templo, consagraba las amarillentas mieses al Dios de Israel. Cuando suene la hora señalada por el Padre, Jesucristo vendrá á resucitar á los suyos. Tal será el último período en el gran drama de la humanidad ⁽³⁾. Entonces

(1) *Luc.*, XX, 35 y sig. El nombre de *vida* no se da nunca al estado de los condenados, ni en los Evangelios, ni en las Epístolas.

(2) San Agustín, *Epist. ad Hilar.*, 89, *Quaest.*, 3, dice á este propósito: «Utique resurrectionem dicit justorum, ubi est vita aeterna; non resurrectionem iniquorum, ubi mors erit aeterna.» Aquí se trata de la resurrección para la vida, como la llama Jesús, *Juan*, V, 29; VI, 39. El Cristo comunica únicamente á sus miembros la gloria de su resurrección. Los malvados vivirán, pero en la muerte eterna.

(3) Ciertos exégetas modernos, y no de los menos importantes, han creído entrever en el cuadro de la resurrección esbozado por Pablo algo así como tres actos del drama escatológico: en primer lugar Jesús resucita; poco después viene, á la hora fijada por la Providencia, á resucitar á los suyos; más tarde, después de un intervalo, no precisado, pero bastante largo para realizar la destrucción de los enemigos de la humanidad rescatada, y el último de los cuales será la muerte, pondrá el reino en manos de su Padre. Ahora bien, ni la expresión *τάγμα*, que no significa el orden de sucesión, sino el puesto que ocupan los soldados en un ejército, *Jenof.*, *Mem.*, III, 1, 11; *Diod.*, XII, 80; Clemente de Roma, *I Cor.*, XXXVII, 3, y XLV, 5, ni el *εἶρα* que anuncia inmediatamente el fin, autorizan la concepción de una ter-

habrá terminado la derrota de sus enemigos visibles ó invisibles, la de todos los poderes distintos, el último de los cuales será la muerte, hasta entonces triunfante y á la que arrancará sus antiguas víctimas, mediante la resurrección, sin que en lo sucesivo le sea dado hacer otras.

Habiendo quedado así todo, excepto Dios Padre, sometido de grado ó por fuerza á Jesucristo, en el amor ó en el odio, no debe suponerse que había dos poderes, dos reinos, colocados el uno frente al otro; no, el Hijo se entregará á sí mismo y su rebaño en manos de Dios, que de tal modo le habrá constituido en Pastor y Rey. Este homenaje final que tributará á su Padre fué el fin previsto y glorioso de su venida á este mundo. Así se lo repitió con frecuencia á sus Apóstoles. Si se considera la naturaleza humana de Jesús, nada es más fácil de comprender que esta sumisión al Padre⁽¹⁾. Pero, aun desde el punto de vista de la naturaleza divina, ¿no puede decirse, en cierto sentido, que el Hijo, aunque igual al Padre, es concebido, por lo mismo que es Hijo, en una relación lógica de subordinación respecto del Padre? Desde toda la eternidad existe con el Padre, le es consubstancial, sin duda alguna; pero al mismo tiempo es engendrado por él. Por eterna y perfecta que sea la relación de filiación, implica siempre una idea de sumisión⁽²⁾. Hay, pues, que entender

cera serie de tiempos, y no parece que Pablo suponga la existencia de una resurrección posterior á la de los justos. Sin duda que no dice nada, en la segunda fase del drama, de la resurrección de los malos, pero se ve que no hablaría de ella aun cuando se admitiera una tercera serie. Su intención bien definida es no mencionar á los condenados; aquí hay que ver toda la razón de su silencio, sin que sea posible hallar en este pasaje un punto de apoyo para las teorías milenarias. La *Parusia* es de ordinario para los Apóstoles el fin de todo. Después de ella, la eternidad.

(1) De este modo lo explican San Jerónimo, lib. I, *Diál. adv. Pelag.*, cap. VI, y San Agustín, *Cont. Maxim.*, lib. III, cap. XVIII, *Comp. Quaest.*, 69.

(2) Supuesto que el Verbo es *engendrado*, opinan algunos teólogos que puede decirse: *el Padre es anterior al Hijo, el Hijo es posterior al Padre*. Mas, á fin de evitar todo peligro de error, es preferible decir que en las divinas Personas hay *ordo naturae* (*ordo, secundum originem, absque prioritate, quo alter ex altero*), *Sum. Theol.*, 1.^a, q. 42, a. 3. Por esta razón, el texto de que aquí se trata, se explica generalmente de Cristo según su naturaleza humana; así, San Jerónimo, San Agustín, citados en la nota anterior, á los

probablemente de Dios el acto mediante el cual el Hijo, habiendo terminado su obra de salud, devolverá al Padre el mundo salvado. Pablo no ve una aminoración esencial para la naturaleza divina en el acto que consumará á los elegidos en la gloria. Dios ⁽¹⁾, no el Padre sin el Hijo y el Espíritu Santo, sino Dios en la plenitud de su ser, invadirá entonces á todos los elegidos. Como Padre ó actividad eterna, dirigirá su voluntad; como Verbo ó palabra divina, iluminará su inteligencia; como Espíritu ó amor infinito, llenará su corazón. Tal será la realización sublime del voto de Jesús: «Como vos, Padre, estáis en mí y yo en vos, que ellos también no sean más que una cosa en nosotros ⁽²⁾.»

Después de esta sublime digresión, Pablo vuelve á su tesis de la realidad de la resurrección, añadiendo las reflexiones que le sugiere la negación de este dogma.

«Mas si nada de esto ha de suceder ⁽³⁾, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si de ningún modo los muertos resucitan? Pues ¿por qué se bautizan por ellos? ¿Y por qué nosotros estamos á peligro en cada hora? Cada día, hermanos, muero por vuestra gloria, la cual tengo en Jesucristo, Señor nuestro. Si (como hombre) lidié yo con las bestias en Éfeso, ¿qué me aprovecha, si no resucitan los muertos? Comamos y bebamos, que mañana moriremos.»

El argumento que Pablo saca del bautismo administrados por los muertos no tiene en realidad valor sino para los que aceptaban esta práctica singularísima ⁽⁴⁾, la cual

cuales puede juntarse Santo Tomás, *Ibid.*, q. 42, a. 4, ad 1; véase 3.^a, q. 20, a. 1, ad. 3.—N. del T.

(1) Se ha observado con razón que la palabra *ó Θεός* reemplaza aquí intencionalmente á *ó Πατήρ*, que, según el vers. 24, parecía indicada.

(2) *Juan*, XVII, 21.

(3) Traducimos por esta perífrasis, estableciendo una transición más clara entre lo que precede y lo que sigue, la palabra *ἐπεί*, cuya significación sería sencillamente: *por otra parte*.

(4) No entraremos aquí en la discusión de las innumerables explicaciones propuestas para dar á *βαπτίζεσθαι ὑπὲρ τῶν νεκρῶν* un sentido enteramente distinto del único aceptable y cuya evidencia salta á la vista. El extraordinario número de tales explicaciones prueba, por otra parte, la insufi-

debía probablemente ⁽¹⁾ su origen al celo formulista de algunos fariseos convertidos que habían tratado de introducir en la religión nueva las deducciones que la *casuística* de los rabinos habían sabido sacar de las múltiples sustituciones admitidas por la Ley. Por lo demás, nada tan agradable para los fieles como la esperanza de hacer partícipes á los muertos honrados y amados por su familia, de los beneficios del Evangelio. Así, pues, se había admitido del mejor grado una devoción que, si no estaba fundada en la razón, se hallaba en perfecta armonía con los sentimientos del corazón humano. Pablo la considera en su verdadero valor y saca de ella un argumento personal, pero nada más, dejando ver por sus palabras que se desenvolvía á espaldas suyas. La Iglesia entera, por otra parte, no tarda en dictaminar sobre ella; y con dificultad se vuelven á encontrar reliquias de la misma en algunas sectas de los dos primeros siglos, los cerintianos en primer término y los marcionitas después ⁽²⁾. Una prueba de que ni Pablo ni los que se atenían á sus enseñanzas admitían esta extraña ceremonia, nos lo ofrece el

ciencia de cada una de ellas. Así, los unos violentan la significación verdadera de *ὄψης*, y suponen que se trata del bautismo recibido ó *sobre* la tumba de los mártires, ó *para* unirse de nuevo á los muertos queridos. Otros dirigen su esfuerzos de exégesis sobre *νεκρῶν*, que significaría ora los *pecados mortales* que hay que borrar, ora *la muerte* misma induciendo á los catecúmenos á pedir el bautismo para asegurar su resurrección, ora, en fin, los *fieles difuntos*, para los que se pedía substitución en la Iglesia y recibir el bautismo. Por último, muchos buscan la solución de la dificultad en *βαπτίζεσθαι*, que puede significar ó simplemente *lavar sus cuerpos* antes de sepultarlos ó *mortificarse y hacer obras buenas* por los muertos, ó también entrar por el bautismo de sangre en la *Iglesia de los muertos*, como se entra por el bautismo de agua en la de los vivos. Basta enumerar esas violencias hechas al texto para quedar dispensado de refutarlas.

(1) V. San Efrén en su *Testamento* ó el *Discurso sobre su muerte*, y Eustrato, sacerdote de Constantinopla, en su libro *de vita functorum statu*.

(2) Epifanio, *Haeres.*, XXVII, 6, cree que Pablo alude á los discípulos de Corinto. Tertuliano, *Cont. Marc.*, V, 10, supone que los marcionitas practicaban el bautismo de muertos. San Crisóstomo, en *I Cor.*, *hom.*, XL, afirma lo mismo. Y aun refiere que los marcionitas, cuando un catecúmeno llegaba á morir antes de ser bautizado, junto á su lecho de muerte se colocaba un fiel vivo, y al preguntar al muerto si quería ser bautizado, el vivo respondía afirmativamente. De hecho, se le bautizaba en vez del finado, *ἐν τῷ ἀπέθανόντι*.

acento personal con que entra desde luego á exponer el argumento siguiente. Dejando, en efecto, á un lado á esos singulares bautistas para tratar otro asunto de mayor verdad y eficacia, exclama: «¿Y por qué hemos de exponernos nosotros mismos á peligros perpetuos?» Tal era la suerte de Pablo, de Silas, de Timoteo, y de todos los Apóstoles, que al gastar su vida en las fatigas, privaciones, trabajos y pruebas de todas clases, se sentían todavía expuestos á perderla ⁽¹⁾ en uno de los alborotos violentos suscitados cada día por sus perseguidores. En Éfeso y además de la agitación promovida por el platero Demetrio, que no se había verificado cuando fué escrita esta Epístola, los peligros eran grandes. Pablo declara que ha sufrido el asalto de las bestias feroces ⁽²⁾. Aunque parezca más natural tomar esta expresión en sentido figurado, la imagen empleada debe servir para juzgar del furor salvaje de los adversarios que allí encontró. Más tarde ⁽³⁾ dirá que Priscila y Aquila le salvaron la vida, exponiéndose al riesgo de ser asesinados. ¿A qué ponerse en tales peligros y trabajos, si la resurrección no es más que una vana es-

(1) Tal es el sentido de estas palabras *καθ' ἡμέραν ἀποθνήσκω*, que hay que comparar con *Rom.*, VIII, 36, y *II Cor.*, IV, 11, y XI, 23.

(2) En los autores paganos, Diod., III, 43; Artem., *Oneir.*, II, 54; V, 49, *θηριομαχεῖν* indica los combates con las bestias salvajes. Varios exégetas suponen, en efecto, que Pablo debió de ser condenado á luchar entre los bestiaros, en el anfiteatro de Efeso, contra animales feroces, y los *Hechos apócrifos de Pablo*, en Nicéforo, *H. E.*, II, 25, refieren que habiendo sido expuesto á la ferocidad de un león y de otras bestias, no había recibido mal alguno. Únicamente que se echa en olvido que su título de ciudadano romano le eximía de tal tratamiento, y es notable que en la enumeración de los peligros corridos durante su vida de Apóstol, *II Cor.*, XI, 23, no menciona en manera alguna el del anfiteatro, que, no obstante, hubiera sido el más grave de todos. La expresión *θηριομάχησα* está tomada aquí, como en boca de Pompeyo, Apiano, *B. C.*, II, 61, *αἰοῖς θηρίοις μαχόμεθα*, ó en la de San Ignacio *ad Rom.*, 5, *θηριομαχῶ... δεδεμένους δέκα λεοπαρδούς*, para significar una lucha violenta contra adversarios de refinada perversidad. En el verso de Epiménides, *Tit.*, I, 12, la palabra *θηρία* se entiende de los de Creta. San Ignacio, en su carta á los fieles de Esmirna, 4, habla también de bestias por forma humana, *θηρία ἀνθρωπίμορφα*. Este lenguaje figurado se halla usado en el Salmista, XXI, 13, 22; XXXIV, 17; LXXIII, 19, y aun por Pablo, *II, Tim.*, IV, 17.

(3) *Rom.*, XVI, 3.

peranza? Se podría vivir honradamente sin necesidad de sufrir el martirio por una causa quizá quimérica. ¿No sería lo más sencillo y cuerdo gozar del presente repitiendo el dicho de los impíos en Isaías: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos (1)?» La indignación del Apóstol ha hecho explosión con estas últimas palabras. El materialismo más cínico, la licencia más desenfrenada, el embrutecimiento en los placeres groseros llegarían á ser el refugio desesperado del hombre que dejara de creer en la resurrección. Sin confundir—cosa que sería muy de extrañar en el Apóstol—la resurrección del cuerpo con la inmortalidad del alma, Pablo parece considerarlas como enlazadas de una manera absoluta, al menos en el pensamiento de los adversarios por él combatidos. El hombre, en efecto, experimenta racionalmente una verdadera dificultad en concebir un espíritu finito sin órganos de actividad; y, de hecho, no está lejos de negar la supervivencia de la personalidad humana, el que no concibiéndola sin los elementos que la componen, deja de creer en la resurrección del cuerpo. Pero, suponiendo que se entrevea la posibilidad de esta vida de las almas separadas de los cuerpos, si se niega al Cristo resucitado y Salvador, ¿para qué serviría la vida futura sino para sufrir la condenación eterna? Pablo, profundamente conmovido por esta perspectiva, apela al buen sentido de los corintios y denuncia á la vez la causa de tan escandalosas negaciones.

«No queráis ser engañados. Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (2). Despertad (3), y no

(1) *Is.* XXII, 13. Así hablaban también en Corinto los discípulos de Epicuro.

(2) Esta frase: *φθειρουσιν ἡθη χρηστὰ ὁμιλίαι κακαί*, es un verso que se halla en la *Tais* de Menandro. Véanse los fragmentos de ese poeta cómico, edic. Menicke, p. 75. ¿La toma Pablo de ella, ó es que el referido yámbico trímetro se había convertido en uno de esos proverbios que pasan á menudo de la poesía al lenguaje del pueblo? Las dos hipótesis son admisibles.

(3) La expresión empleada *ἐκνήψατε* se entiende del despertar de la embriaguez. Los LXX se sirven de ella á propósito de Noé, *Gén.*, IX, 24 y también en *Joel* I, 5. Los fieles que niegan la resurrección son unos desgraciados que han perdido el juicio.

pequéis; porque algunos tienen la idea mal falsa de Dios (1); para vergüenza vuestra lo digo.»

Semejante desvergüenza de doctrina sólo puede proceder del trato con gente detestable. De las malas conversaciones á las malas impresiones no hay más que un paso. Las doctrinas impías échan á perder muy pronto á los hombres de mejor condición. Comenzaron éstos dándoles oído con desagrado, continuaron tolerándolas, y por último concluyeron aceptándolas. El error es como el vino que embriaga poco á poco y hace luego proferir desatinos. Los cristianos que han negado la resurrección se hallan en estado de pecado. No sólo desconocen á Dios, sino, lo que es peor, le conocen á una luz enteramente falsa. Preciso es poner término á tan escandaloso desorden y volver á la fe pura y sencilla del Evangelio.

«Mas dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿ó con qué calidad de cuerpo vendrán? (2) ¡Necio! Tu experiencia debería intruirte (3). Lo que tú siembras, no se vivifica, si antes no muere. Y cuando siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo, así como de trigo, ó de alguno de los otros. Mas Dios le da el cuerpo como quiere (4), y á cada una de las semillas su propio cuerpo. No toda carne es una misma carne; (5) mas una

(1) Debería traducirse *αγνωσία*, que es lo opuesto de *γνώσις* en Platón, por *desconocimiento*. Los que niegan la resurrección, no sólo se colocan fuera de la verdadera idea de Dios, sino que tienen de él la idea más absurda.

(2) Hay dos puntos distintamente notados en la dificultad que propone el adversario, *τίς*, puesto en escena por Pablo: *πῶς*, *¿cómo*, por qué operación recobrará la vida el cuerpo de los muertos? y *ποῖον σῶματι*, ¿en qué condiciones vivirá?

(3) Tal es el sentido de *σύ, τίς*, colocado bruscamente á la cabeza de la frase y encerrando él solo una oración entera. (*)

(4) Dios ha establecido, desde el principio, junto con las demás leyes de la naturaleza, la que preside á la reproducción de las plantas, y *καθὼς ἠθέλησεν* se refiere, *Gén.*, I, 11. El cumplimiento de esas leyes no es otra cosa que la acción permanente de Dios en el universo. Por eso Jesús habla del Padre que se digna vestir las flores de los campos.

(5) Lo que equivale á decir que los diversos organismos no son por sí mismos sustanciales, porque la palabra *σὰρξ* designa más bien la sustancia que la forma de los seres.

(*) La frase: «*Insipiens, tu quod seminas non vivificatur, nisi prius moriatur,*» es una especie de *anacoluto*.—N. del T.

ciertamente es la de los hombres, otra la de los cuadrúpedos ⁽¹⁾, otra la de las aves, y otra la de los peces. Y cuerpos hay celestiales, y cuerpos terrestres; mas una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrestres. Una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas; y aun hay diferencia de estrella á estrella en la claridad; así también la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Es sembrado en vileza, resucitará en gloria. Es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor ⁽²⁾. Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual.»

Tal es la respuesta dada por Pablo á la doble objeción propuesta por algunos mal intencionados contra la resurrección de los muertos. A los que no comprenden por qué clase de virtud surgirá á nueva vida el cadáver arrojado en el sepulcro, les dice: «Ved, pues, la naturaleza os responde. Vosotros no sois más que hombres y, sin embargo, según la experiencia que tenéis de los fenómenos naturales, contáis con que el grano sepultado en el surco renacerá; Dios es Dios, y ¿os atrevéis á preguntar si revivirá el grano de hombre que él permite á la muerte depositar en la tierra? ¿Qué es lo que os turba? ¿La descomposición, el aniquilamiento progresivo del cadáver? Pero precisamente ese es el camino por donde debe volver á la vida. ¿No habéis observado que en el momento mismo en que el grano de trigo, deteriorándose con la acción de la humedad y del calor, parece despojarse de todas sus envolturas una

(1) La expresión *κρῆνος* se entiende de las bestias que están al servicio del hombre y constituyen una parte de sus bienes (*κρῆνος* viene de *κράομαι*, *adquiero*) son las ovejas, los bueyes, los caballos. *Luc.*, X, 34; *Hechos*, XXIII, 24; *Apoc.*, XVIII, 13, Comp. *Herod.*, II, 41; Jenofonte, *Anab.*, III, 1, 19; IV, 7, 17, etc.

(2) Sin razones suficientes se ha querido variar con cada una de esas breves frases el sentido del verbo *sembrar*, y ver en ese pasaje la historia de la vida humana, que comienza en la impotencia, se desarrolla en la humillación y termina en la corrupción del sepulcro. Mas, para no decir nada de la gradación que sería preciso tomar en sentido inverso, es evidente que el texto se refiere exclusivamente al cuerpo depositado en la fosa.

á una, echa súbitamente al exterior el germen misterioso, impalpable, pero irresistible, destinado á hacerle revivir? De igual modo, el cuerpo sepultado, no obstante entregar á los gusanos la carne y la sangre, elementos inferiores ineptos para resucitar, aun dando á los vientos del cielo el polvo de sus huesos desecados, guardará, con todo, pronto á revivir, al primer signo de Dios, el principio misterioso ⁽¹⁾ que constituye su esencia. Necesita mantener para la vida futura su identidad, tan realmente como la conservó en la vida actual. La resurrección no podría ser una creación de todas las partes del cuerpo humano, y el hombre resucitado será esencialmente el mismo hombre que vivió en la tierra; de otro modo no se diría con verdad que Jesucristo ha arrebatado su presa á la muerte. El mismo principio por cuya virtud nuestro cuerpo, á través de las transformaciones incesantes y necesarias de cada día, continúa siendo nuestro cuerpo, hará que, aun sufriendo la mudanza de la resurrección, permanezca todavía siendo verdaderamente nuestro en condiciones de innegable identidad. ¿Cuál es el principio plástico de vida que corresponde al germen en el grano de trigo? Hasta donde es posible explicarlo de una manera precisa, es cierta cosa que tiene algo de fijo, de permanente, de activo, que, por un continuo trabajo en la vida presente, se apropia los elementos nuevos y rechaza los antiguos cuando se han hecho inútiles para constituir el cuerpo; es la energía interior, invisible, aunque subsistente en la materia á la que mantiene en un molde determinado, y elabora, con arreglo á una ley misteriosa, los materiales ofrecidos por la naturaleza, perpetuando así nuestro organismo en su forma general, pasando por sus desenvolvimientos sucesivos; es el centro persistente de vida física, el nudo quizá por el cual el alma se une al cuerpo, nudo, por su naturaleza, más cercano al segundo que á la primera, porque, siendo el germen generador del cuerpo, es material como él. Mientras que

(1) V. Orígenes. *C. Celsum*, IV, 57; *de Princip.*, II, 10.

fatalmente todo se muda y renueva en nuestros órganos, lo único que subsiste obstinadamente es esa fuerza ó sustancia misteriosamente oculta bajo la forma y los accidentes que soporta (*substat*). Sin que podamos decir lo que es con mayor exactitud, sus efectos son perfectamente comprobables; se la siente sin verla. ¡Quién ignora que no hay modo de acercarse á los orígenes de la vida, sin chocar con el misterio? Esta sustancia es la que se convierte en el elemento de la resurrección, como el germen lo es en la reproducción del grano de trigo. Para Dios no es más difícil devolver á la vida al hombre encerrado en el sepulcro que á la pobre y menuda simiente que cayó en el surco.

A los que se preguntan cuáles serán las condiciones físicas de los cuerpos resucitados, el Apóstol les responde que no sólo serán llamados á la vida, sino transformados. Para entender bien la precedente afirmación, no hemos de pensar en una identidad absoluta, que, por otra parte, no ha existido jamás en la vida presente, puesto que nuestro organismo se transforma y renueva sin cesar; la identidad de que habla el Apóstol es una identidad esencial. Los resucitados hallarán la sustancia de sus cuerpos, pero la forma, los accidentes, las cualidades, la manera de ser sufrirán en ellos una profunda modificación. Pablo insiste, para traducir su pensamiento, en el menudo grano de trigo depositado en tierra, como el cadáver desnudo. Entre la semilla y la planta que saldrá del surco, la diferencia es muy grande; aquella nos parecía humilde y casi miserable; ésta brotará de la tierra en plena y lujuriente vegetación, ostentando triunfalmente en el desenvolvimiento progresivo de sus órganos los múltiples elementos de su fecundidad y de su belleza. Y, no obstante, preciso es notar que en esta maravillosa transformación, por oculto que esté, el grano generador no habrá desaparecido. Está en el tallo, en la flor, en la espiga; y en el término de la evolución orgánica, él es todavía el que reaparece. No habrá sufrido mutación esencial, á no ser que la mano del hombre haya intervenido perturbando la ley de la natu-

raleza. De esta suerte, en la resurrección de los muertos, el cuerpo se transformará de un modo no menos prodigioso, sin que su identidad esencial corra el menor riesgo; y así como la planta no es más que la simiente transformada, pero siempre susceptible de ser encontrada y reconocida, así el cuerpo futuro no será más que el cuerpo actual, realmente presente y vivo, por más mudado que se muestre merced á la acción misericordiosa y todopoderosa de Dios. Esta transformación puede variar hasta lo infinito, porque el que ha creado el universo nos deja ver á través de los seres que lo pueblan, en la tierra ó en las inmensidades del firmamento, las gradaciones armoniosas que su sabiduría ha multiplicado en las transiciones de unas substancias ó formas á otras. Desde la bestia que paca la yerba, hasta la estrella que centellea en el azul del firmamento; desde el pájaro que vuela en el aire, hasta el sol que le inunda con sus rayos; desde el pez que nada en los abismos del mar, hasta la luna, que sonríe, dulce y tranquila, en las tinieblas de la noche, hay una gama, tan rica como ilimitada. Dios, pues, podrá disponer según su voluntad, ó mejor, según el grado de su justicia y amor, las perfecciones de los cuerpos resucitados. Entre espiga y espiga habrá la misma diferencia que ya se había podido observar entre un grano y otro. De resucitado á resucitado se conservará la misma distancia ya existente entre hombre y hombre, cabiendo mayor gloria á los más virtuosos y mayor ignominia á los más criminales ⁽¹⁾. El grado de vida espiritual alcanzado es el que regulará el desenvolvimiento del germen corporal resucitado en la serie de perfecciones diversas, compatibles con su estado glorioso.

De una manera general, los cuerpos de los fieles, habien-

(1) Tertuliano presenta una explicación singular y absolutamente fantástica de los vers. 39 y sig. en su libro, *de Resur.*, 52: «Alia caro hominis, id est servi Dei; alia jumentum, id est ethnici; alia volucrum, id est martyrum; alia piscium, id est quibus aqua baptismatis sufficit;... alia solis gloria, id est Christi; alia lunae, id est Ecclesiae, et alia stellarum, id est seminis Abrahae.»

do dejado en la tumba todo lo que tenían de defectuoso, elementos de corrupción, de deshonor, de debilidad, resucitarán incorruptibles, es decir, superiores á los padecimientos, al deterioro, á la descomposición y á la muerte; gloriosos, esto es, exentos de toda deformidad, de toda mácula, de toda imperfección física, llenos de fuerza, ó lo que es lo mismo, libres de las trabas que les sirven de obstáculos en la vida presente é impiden la mayoría de las veces la expansión de sus mejores energías. Esta prodigiosa transformación puede traducirse en una palabra que la resume y explica: de cuerpo animal que era, nuestra material envoltura resucitará cuerpo espiritual.

Pero ¿qué es, según el Apóstol, un cuerpo animal y un cuerpo espiritual? Estas palabras expresarían una imposibilidad manifiesta, ó mejor, una flagrante contradicción, si se entendiese que los cuerpos de los resucitados han de tener las prerrogativas esenciales del espíritu. De ningún modo serán espíritu, observa Santo Tomás después de San Anselmo, así como tampoco nuestros cuerpos son alma. Por cuerpo animal ó *psíquico*, como dicen los griegos, hay que entender el organismo físico y material adaptado por Dios al servicio del alma. Sin ese organismo, nuestra alma no podría entrar en relación con el mundo sensible; mas también es cierto que, por causa de su envoltura corpórea, el espíritu se halla á menudo turbado, detenido en sus más nobles aspiraciones y desviado de su objeto. Aunque vivificado y ennoblecido por el alma, el organismo es un auxiliar irresponsable, pero peligroso, y, para el hombre sujeto á él, encierra una causa de debilidad, de humillación, de desorden moral. He aquí por qué se cambiará en un cuerpo espiritual ó *pneumático*, es decir, en un cuerpo puesto al servicio del espíritu ó del alma definitivamente asociada por la gracia á la vida de luz y de amor que constituye la eterna felicidad. A las nuevas aptitudes de esta alma deberán corresponder nuevas condiciones en el organismo físico destinado á completarla. Ahora bien, así como Dios ha encontrado en ella los elementos de la

vida beatífica, así hallará en los cuerpos resucitados los elementos de la vida gloriosa, despojándolos para siempre de todo lo que aquí bajo les servía de peso, de traba, de molestia. Los mencionados elementos se convertirán en espirituales en el sentido de que, no estando en lo sucesivo sometidos á la tiranía del mundo exterior, á las exigencias de la materia, á las vicisitudes del tiempo, á la lucha con el mal en todas sus formas, serán los cooperadores fieles, inteligentes y perfectos del espíritu. En la resurrección, el instrumento habrá sido elevado á la altura del alma bienaventurada, es decir, del artista que le hará vibrar eternamente por la gloria de Dios.

Deseando legitimar ó exponer más á fondo su doctrina, vuelve Pablo á tomar su último pensamiento insistiendo en lo que parece contener, no sólo de paradójico, sino también de contradictorio en los términos.

«Sí, hay cuerpo animal y lo hay también espiritual, así como está escrito: Fué hecho el primer hombre Adán en alma viviente ⁽¹⁾; el postrer Adán en espíritu vivificante. Mas no antes lo que es espiritual, sino lo que es animal, después lo que es espiritual. El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo ⁽²⁾. Cual el terreno, tales también los terrenos; y cual el celestial, tales también los celestiales. Por lo cual, así como trajimos la imagen del terreno, llevaremos también ⁽³⁾ la ima-

(1) Hay que limitar á esta primera proposición la cita escrituraria. Pablo no ha podido tratar de inducir á error á sus lectores, dejándoles creer que la segunda se hallaba también en el texto citado y, por otra parte, conocido de todos. Por su propia cuenta establece el paralelo entre la frase del *Génesis*, II, 7, y el hecho que sirve de base á toda su argumentación, la resurrección del segundo Adán, Jesucristo.

(2) El paralelismo, como se ve, no se observa en el texto griego que nosotros seguimos. La Vulgata lo ha restablecido diciendo: *secundus homo de coelo, coelestis*, afirmación que por otra parte se hallaba en el pensamiento del Apóstol. (*)

(3) Un considerable número de manuscritos tienen el aoristo conjuntivo, *φορέσωμεν*, como si Pablo hubiera querido decir: *tratemos de llevar*. Pero debe preferirse el futuro *φορέσομεν*, siguiendo el código Vaticano.

(*) Otros textos llevan ó *Κύριος*: «*secundus homo, Dominus de coelo*».— N. del T.

gen del celestial. Mas digo esto ⁽¹⁾, hermanos, que la carne y la sangre ⁽²⁾ no pueden poseer el reino de Dios, ni la corrupción poseerá la incorruptibilidad.»

Habiéndole sido dado al alma el cuerpo para servirla, sus condiciones de existencia deberán variar con los diversos estados de la misma alma. Cuando fué creado el primer Adán, se le dió un cuerpo á fin de que pusiera su alma en relación con el mundo físico en que debía vivir. Por desgracia ese cuerpo, de naturaleza y aspiraciones muy diferentes de las del espíritu, su señor, iba á ser para éste un peligro. Lo fué, en efecto, atrayendó al alma hacia la tierra de donde él había salido y haciéndola olvidar de su Creador de quien procedía. La caída, pecado de sensualidad, tanto como de ambición y rebeldía, inclinó al hombre hacia la materia, lo sumergió en ella, y desde entonces fué hombre de tierra, no sólo porque de ella había salido su cuerpo, sino principalmente porque se adhirió el alma al polvo material. La parte de esta alma que se llama espíritu, y que no es más que el sentido religioso ó facultad superior por la cual entra en contacto con lo divino, quedó como borrada, y el hombre, entregándose todo entero á la vida de los sentidos, materializando, por decirlo así, su existencia, vivió con vida animal. Á esa vida corresponden el cuerpo animal y el hombre terrestre. Todo hijo de Adán comienza por llevar el peso de su cuerpo animal y las consecuencias de la falta

(1) En dos palabras Pablo resumirá en seguida todo lo que ha dicho desde el versículo 35.

(2) Las expresiones *σὰρξ καὶ αἷμα* deben entenderse aquí de la materia grosera que constituye el organismo físico del hombre en la vida presente. V. S. Agustín, *Epíst. 146 ad Consentium y Retract.*, I, 17, y II, 3. El Apóstol quiere decir que nuestro cuerpo, siendo como en la actualidad, carne y sangre, no entrará en el reino celestial, porque este reino supone condiciones de existencia diferentes de las en que nosotros vivimos ahora, y para las que únicamente había sido dispuesto nuestro cuerpo. Acerca de lo cual dice muy bien San Jerónimo: «*Alia carnis, alia corporis definitio est, omnis caro est corpus, non omne corpus est caro.*» Teodoro reconocía en esas palabras, que no deben tomarse como paralelas de las otras de *Rom.*, VIII, 12, 13, *nuestra naturaleza mortal, τὴν θνητὴν φύσιν*, la cual, por el hecho mismo de tener esa condición, no puede entrar en el reino de los cielos. La expresión *ἡ φθορά* se aplica á la carne y sangre que entran en descomposición.

primera. El Jefe de la humanidad restaurada recibió la misión de corregir ese vicio de origen, no en la vida presente, sino en los umbrales de la vida futura, donde principiará á manifestarse la vida real. Por eso nuestro cuerpo actual entrará en nuevas condiciones de existencia. Todo lo que viene de la corrupción ó puede conducir á ella, todo lo que dimana de la debilidad, todo lo que pudiera parecer menos en armonía con la felicidad suprema, debe desaparecer. Jesucristo, el Adán triunfante y glorioso, no quiere que pertenezcan á su familia sino hijos transformados y modelados á su imagen. Cual es Él, tales desea que seamos. Harto realmente hemos heredado en nuestro pobre cuerpo las miserias físicas del Adán terrestre en el transcurso de la vida actual; preciso es, por lo tanto, que con la misma realidad nos revistamos de las gloriosas prerrogativas del Adán celestial por toda la duración de la vida futura. El cuerpo de los resucitados será lo que es el cuerpo del Jefe de los resucitados, un órgano enteramente apropiado á la vida del cielo. Tal es lo que Pablo, á falta de otro nombre, llama un cuerpo espiritual.

Tomando, en seguida, un tono de particular solemnidad, anuncia que va á exponer una revelación, no ya sobre la realidad ó las condiciones, sino sobre las circunstancias de la resurrección general.

«He aquí os digo un misterio: Todos ciertamente no moriremos, mas todos seremos mudados ⁽¹⁾. En un mo-

(1) Hay al menos tres maneras de leer y, por consiguiente, de traducir esta frase. La Vulgata lleva y, con ella, la Iglesia latina ha leído generalmente: «Todos resucitaremos, pero no todos seremos mudados.» Varios manuscritos importantísimos, entre ellos el *Sinaitico*, el *Alejandro* y otros dicen: «Todos nosotros moriremos, pero no todos seremos mudados.» Este texto, como el de la Vulgata, ofrece el grave inconveniente de introducir una distinción entre la suerte de los justos y la de los malvados, distinción que Pablo no parece haber querido notar aquí. Queda la tercera lección defendida por el *Vaticanus*, la *Peschito*, etc., y que hemos adoptado por acomodarse mejor al contexto y sobre todo al versículo siguiente, donde se habla, no de los buenos y de los malos, sino de los vivos que serán transformados y de los muertos que resucitarán. No solamente los griegos, San Crisóstomo, Teodoro, Teofilacto, etc., la han adoptado, como más conforme á *I Tes.*, IV, 4, sino que San Jerónimo la considera superior á todas. Ella había sido la única seguida hasta Orígenes. Las variantes han venido después.

mento, en un abrir de ojo, en la final trompeta: pues la trompeta sonará, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos mudados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto que es mortal, se vista de inmortalidad. Y cuando este cuerpo corruptible fuere revestido de incorruptibilidad, y este cuerpo mortal fuere revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Tragada ha sido la muerte en la victoria ⁽¹⁾».

En este lugar, como cuando escribe á los de Tesalónica, el Apóstol reconoce dos categorías entre los justos en el momento de la Parusia: los muertos y los vivos. Unos y otros serán entonces súbitamente transformados, pasando, aquéllos del polvo del sepulcro, y éstos de las trabas que crean en el alma la carne y la sangre, á la vida en un cuerpo glorificado, espiritual y celeste ⁽²⁾. Esta transformación aparece presentada por medio de una imagen que nos puntualiza los dos elementos del cuerpo resucitado. Del antiguo quedará todo lo necesario para poder decir que él y no otro es el que entrará en la vida nueva. Dios derramará sobre él, á modo de vestido de gloria, las prerrogativas de incorruptibilidad y de inmortalidad que le harán digno compañero del alma, hija de Dios y coheredera de Jesucristo. Pablo, ignorando la fecha de la Parusia, admite que podrá ser todavía del número de los vivos cuando aquella sobrevenga. En este mismo sentido había escrito á

(1) Pablo alude aquí á *Isaías*, XXV, 8. En el texto hebreo leemos: «Aniquiló la muerte para siempre.» Suprimiendo el sujeto que es Dios, el Apóstol presenta la frase en la forma pasiva y traduce *lanetsaj*, que quiere decir por la eterna duración, por els *vikos*, como hicieron los Setenta en otros pasajes. *Amos*, I, 2, VIII, 8. Su pensamiento es que la muerte se ha disipado y desvanecido en la victoria reportada por la vida. Los Setenta parecen haber leído un texto hebreo diferente del nuestro, y traducen; *κατέπιεν ὁ θάπατος τοῦ θανάτου*: la muerte ha devorado fortificándose.

(2) Créese comúnmente que la verdadera lección es la adoptada por el autor. La interpretación parece ser que los justos que todavía vivirán el día del juicio pasarán en un instante de la vida presente á la futura. En todo caso no hay contradicción entre los dos textos. La Vulgata afirma que todos resucitarán, pero niega que todos resucitarán en la gloria; el griego no niega que todos deban morir y resucitar, sino solamente que todos deban pasar algún tiempo en el estado de muerte, en el sepulcro. (Vigouroux).—N. del T.

los tesalonicenses ⁽¹⁾. Cree ver al pueblo de Dios levantándose en masa á son de trompeta ⁽²⁾, para entrar triunfalmente en la tierra prometida,—la trompeta era la imagen que el mismo Jesús había empleado ⁽³⁾ para indicar la señal suprema de Dios;—y colocándose entusiasmado entre los vencedores, dirige á la muerte, irremediablemente vencida, domada y aniquilada para la vida eterna, este apóstrofe sublime:

«¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ⁽⁴⁾ ¿dónde está, oh mansión de los muertos, tu victoria?»

El enemigo del género humano se le representa, ora en la repugnante forma de una bestia venenosa que, en el transcurso de los siglos, viene dando muerte á la humanidad hiriéndola con su dardo emponzoñado, ora como el amo armado de bastón de ferrada punta, que obliga á caminar delante de él, aguijoneándolos, porque voluntariamente no caminan bastante aprisa, á los bueyes, caballos y esclavos ⁽⁵⁾. Escorpión de veneno inagotable ¿dónde estará

(1) *I Tes.*, IV, 15. (*)

(2) *Núm.*, X, 2-10.

(3) *Matt.*, XXIV, 31.

(4) Pablo toma esta conmovedora interpelación de Oseas, XIII, 14. Probablemente aquí, como hace un instante, á propósito de Isaías, recuerda indistintamente el texto de los Setenta y el texto hebreo, á no ser que haya leído éste de un modo diferente de como lo leemos hoy. Nuestro hebreo dice: *Oh muerte, ¿dónde están tus plagas? Mansión de los muertos, ¿dónde está tu destrucción?* Los Setenta dicen: *ποῦ ἡ δίκη σου, θάνατε; ποῦ τὸ κέντρον σου, εἶδη;* *Oh muerte, ¿dónde está tu juicio? ¿Dónde está tu aguijón, ó sepulcro?* Evidentemente, los Setenta son los que más se aproximan á la exclamación de Pablo. La única diferencia existente entre *δίκη*, juicio, y *νίκη*, victoria que ha pasado á ser *vikos* según un neologismo empleado ya en el versículo precedente, se explica por una falsa lectura ó un error de amanuense en el manuscrito de que el Apóstol se valía. Las numerosas variantes que se hallan en el versículo mismo de nuestra Epístola vienen del deseo que se ha tenido de poner de acuerdo lo que dice Pablo con las palabras de Oseas. Pero ¡tuvo el Apóstol intención de reproducir su pasaje profético, ó bien encontró, en su entusiasmo, este apóstrofe elocuente sin saber á ciencia cierta de qué reminiscencia le venía? Cuestión imposible de resolver. En todo caso, sería erróneo pretender con Reuss que ese fragmento de Oseas está mal elegido porque encierra una amenaza y no una promesa. La verdad es precisamente todo lo contrario. V. Keil sobre este punto.

(5) El aguijón, *stimulus*, *κέντρον*, servía para todos esos usos. Tíbulo I, 1, 10; Columela, II, 2, 26; Sil. ital., VII, 702; Plauto, *Mostel.*, I, 1.

(*) *La Obra de los Apóstoles*, vol. II, p. 326.—N. del T.

entonces tu aguijón homicida? Tirano que arrastras á empellones, en brutal confusión, como á un vil rebaño, á los hombres hacia la tumba, ¿por qué tu brazo implacable caerá definitivamente desarmado? ¿Qué será de tu cetro, hecho trizas? Los hombres resucitados desafiarán eternamente tu malicia, y tu reino vacío habrá perdido el largo fruto de las victorias que parecías haber reportado.

«El aguijón, pues, de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado es la ley. Mas gracias á Dios, que nos dió la victoria por nuestro Señor Jesucristo.»

Del pecado, en efecto, es de donde le viene su poder á la muerte. «El día que comieres del fruto prohibido—se le había dicho á Adán,—morirás.» Y en realidad, conforme lo lo repetirá Pablo, esta muerte maldita fué introducida por el pecado ⁽¹⁾. Por consiguiente, puede ser comparado éste al aguijón asesino ó cetro homicida que ha establecido su fatal reinado. Pero el pecado mismo no es más que el fruto de la Ley, porque sin ésta no podría ser imputado ⁽²⁾. Ahora bien, por dicha nuestra, Jesucristo, mediante su vida y su muerte, venció al pecado y puso la gracia en lugar de la Ley. Y por esto la muerte, habiendo perdido sus dos auxiliares en la lucha que el Salvador sostuvo con ella, queda por siempre vencida.

«Y así, amados hermanos míos, estad firmes y constantes; creciendo siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo no es vano en el Señor.»

Con esta exhortación termina el Apóstol las enseñanzas dogmáticas, morales ó disciplinares que se había propuesto dirigir á los fieles de Corinto, y que hacen de su epístola un documento de excepcional autoridad para instruirnos sobre la historia íntima de la Iglesia primitiva. Siguen, como conclusión, comunicaciones circunstanciales que se relacionan con asuntos determinados ó de carácter personal y las salutations fraternales.

(1) *Rom.*, V, 12, 20, 21; VIII, 10.

(2) *Rom.*, V, 13.

«Mas en cuanto á las colectas ⁽¹⁾, que se hacen para los santos, haced también vosotros, así como lo ordené á las Iglesias de Galacia ⁽²⁾. El primer día de la semana ⁽³⁾ cada uno de vosotros ponga aparte, y guarde en su casa lo que pueda; para que no se hagan las colectas cuando yo viniere. Y cuando estuviere presente, los que vosotros aprobaréis por cartas ⁽⁴⁾, aquellos enviaré para que lleven á Jerusalén vuestro socorro. Y si la cosa mereciere que yo también vaya, irán conmigo,»

En otro lugar hemos dicho algunas palabras acerca del estado precario en que se hallaba la Iglesia de Jerusalén. La mayoría ⁽⁵⁾ de sus miembros pertenecía á la clase pobre; y es muy probable que su adhesión al Evangelio les acarrea todo género de vejaciones de parte de fariseos y saduceos, detentadores de las grandes fortunas y de los po-

(1) La palabra *λογία* usada por San Pablo y proveniente del verbo *λέγω*, *recojo*, no se encuentra en los autores profanos. Su traducción latina, *collecta*, designó más tarde las santas asambleas, sea porque en ellas se recogían las ofrendas, sea porque constituían las reuniones de los fieles. San Jerónimo, *Gal.*, VI, dice hablando del Apóstol Juan: «Nil aliud per singulas solebat proferre collectas nisi hoc: Filioli, diligite alterutrum.»

(2) Algunos han preguntado por qué no mienta aquí el Apóstol las Iglesias de Licaonia y de Pisidia. La respuesta es muy sencilla. Como ya dejamos dicho en otro lugar, precisamente estas Iglesias son las que él designa con el nombre de Iglesias de Galacia. Al visitarlas, en la época de su segunda excursión apostólica, había establecido en ellas el uso de esas colectas. La epístola que les había dirigido antes de esta visita indicaba ya, II, 10, cuál era el deseo de los Apóstoles de Jerusalén respecto del asunto.

(3) Sabido es que *σάββατον* significaba no solo el día de sábado, sino la semana, *Luc.*, XVIII, 12; *Marc.*, XVI, 9, etc. Ahora bien, en las palabras *κατα μίαν σαββάτων*, la preposición *κατά*, con su sentido distributivo precisa bien que esa práctica debía observarse regularmente cada primer día de la semana, y que ese mismo día, como correspondiente al en que resucitó el Salvador, se había convertido en festivo para los cristianos. De ese modo reemplazó al sábado, que cayó poco á poco en desuso á medida que la Iglesia se iba estableciendo en centros paganos. V. *Hech.*, XX, 7. Por lo demás, en el Apocalipsis, I, 10, hallamos mencionado ese día con el título de *Día del Señor*.

(4) Pablo emplea el plural, porque tenía probablemente intención de escribir á muchos personajes de Jerusalén. ¡Cuántas de esas frases de recomendación, por el estilo de la dirigida á Filemón, dedicadas á personas particulares y en las que el Apóstol manifestaba su solicitud y caridad, en el lenguaje sencillo y práctico que suele usarse entre amigos, se han perdido para nosotros!

(5) Al mencionar Pablo, *Rom.*, XV, 26, los pobres entre los santos de Jerusalén, nos autoriza á suponer que había también algunos fieles ricos.

deres públicos. Éstos, sin duda, los abrumaban con exacciones, cada vez más pesadas y les negaban trabajo, cuando se obstinaban en declararse fieles al Evangelio, reduciéndolos así á la más espantosa miseria. El Apóstol Santiago parece aludir, en su epístola, á estos tiránicos procedimientos ⁽¹⁾. Además, es probable que semejante situación, ya detestable por sí misma, hubiera empeorado por entonces á causa de calamidades públicas, hambre, enfermedades y trastornos civiles. Filón ⁽²⁾ y Josefo ⁽³⁾ testifican la costumbre, establecida entre los judíos de la dispersión, de enviar regularmente al Templo y á los pobres de la Ciudad Santa, limosnas procedentes de los buenos negocios que hacían. Sin duda pareció muy natural—y la recomendación hecha á Pablo y á sus compañeros por Santiago, Pedro y Juan lo indica suficientemente,—que las Iglesias cristianas recién fundadas demostrasen del mismo modo su respeto y cariño á la Iglesia-madre, de donde había salido el Evangelio. Pablo habla con grandísima deferencia, de los miembros que la componían; désígnalos con el calificativo de Santos ⁽⁴⁾ y al llamar la atención sobre su eminente dignidad, trata de presentarlos más como personajes augustos á quienes hay que enviar un testimonio de homenaje, que como mendigos que aguardan una limosna ⁽⁵⁾.

Con un sentido práctico admirable y que completaba maravillosamente su natural, tan elevado, indica lo que debe hacerse para preparar una buena colecta. Desde luego, todos y cada uno, pobres y ricos, esclavos y señores, deberán contribuir con su escote. Los días en que debe ponerse aparte lo que se puede dar son todos los domin-

(1) V. *Santiago*, II, 6 y V, 1-6.

(2) *Leg. ad Caium*, 40.

(3) *Antiq.*, XVIII, 9, 1.

(4) Esta palabra, á decir verdad, designa corrientemente á los cristianos: V. cap. VI, 2; *Rom.*, XII, 13; pero aquí, como en *II Cor.*, VIII, 4; IX, 1, 12, se la emplea con una solemnidad particular para nombrar á los de la Iglesia-madre, por la que vinieron á los gentiles tantos bienes espirituales. *Rom.*, XV, 27.

(5) *Gal.*, II, 10.

gos, días en que se celebra la asamblea santa. Esta generosidad semanal debe ser proporcionada á los beneficios realizados en la semana. Será poco ó mucho, pero por poco que sea, acabará con el tiempo por formar un pequeño tesoro. Si se tomara, de una sola vez, de la caja de familia una suma global equivalente, podría parecer excesiva; reunida por una serie de ligeros sacrificios, y descontada poco á poco de los ingresos, se presentará como cosa de escasa importancia, cuando se ofrezca á los colectores.

Pablo declara que, por su parte, no tocará en lo más mínimo este dinero, evitando así el dar á la calumnia ocasión de insinuar que se atribuye una porción cualquiera de estas limosnas ⁽¹⁾. Podrán elegirse los delegados que crean más recomendables. En cuanto á él, se reserva dar las cartas de recomendación para los cristianos de Jerusalén, á no ser que, prestándose á ello las circunstancias, se decida á ir con ellos en persona. De hecho sabemos que así lo hizo ⁽²⁾.

Como, según la recomendación hecha con motivo de las colectas, podía creerse que en breve se dirigiría á Corinto, se apresura á exponerles sus proyectos de viaje, para darles á entender que no tienen que contar con él tan pronto.

«Mas iré á vosotros, luego que hubiere pasado por la Macedonia, porque por Macedonia pasaré. Y por ventura me quedaré con vosotros, y pasaré también el invierno, para que me acompañéis á donde hubiere de ir. Porque no os quiero ahora ver de paso, antes espero detenerme algún tiempo con vosotros, si el Señor lo permitiere. Y estaré en Éfeso ⁽³⁾ hasta Pentecostés. Porque se me ha abierto ⁽⁴⁾ un vasto campo á mi actividad; y los adversarios son muchos.»

(1) *II Cor.*, XII, 16-18, alude á esas sospechas.

(2) *Rom.*, XV, 25 y *Hechos*, XXI, 15-16.

(3) Prueba de que la epístola fué enviada ciertamente de Éfeso. No se comprende que ciertos manuscritos lleven como nota final: *Escrita desde Filipos de Macedonia*.

(4) El texto dice: *se me ha abierto una gran puerta*. Es la imagen favorita de Pablo: *Col.*, IV, 3. Comp. *Hechos*, XIV, 27.

Según todas las probabilidades, el Apóstol modifica un primer proyecto de viaje comunicado á los corintios y según el cual habría ido directamente á Corinto, sin pasar por Macedonia, pero para no detenerse allí sino por muy poco tiempo. La gravedad del mal en aquella Iglesia le deja entender que algunos días no serían bastante para arreglarlo todo. Así, pues, se dirigirá desde luego á Macedonia y en seguida quedará libre para detenerse en Corinto el tiempo que sea necesario. Es muy probable que circunstancias imprevistas le obligaron á modificar sus resoluciones. Esperaba permanecer en Éfeso hasta la fiesta de Pentecostés. ¿Se vió imposibilitado de hacerlo? ¿Le obligarían á partir antes de lo que pensaba los adversarios numerosos que no podía menos de encontrar en el medio pagano en que había abierto tan enorme y afortunada brecha? Es posible.

«Y si viniere Timoteo, cuidad que esté sin temor entre vosotros, porque trabaja en la obra del Señor, así como yo. Por tanto, ninguno le tenga en poco; antes acompañadlo en paz, para que venga á mí, porque lo espero con los hermanos.»

Pablo, que había enviado á Macedonia ⁽¹⁾ á Timoteo en compañía de Erasto, con orden ⁽²⁾, sin duda, de llegarse hasta Corinto, si podía, manifiesta interés por la misión de este querido y fiel discípulo. Defiende la causa de su timidez natural y de su juventud, y hace el elogio de su laborioso apostolado. ¡Ojalá le sea dado volver trayendo buenas noticias! Entretanto Timoteo es esperado impacientemente por Pablo y los hermanos de Corinto, que no regresarán á su patria sino después de volver el primero ⁽³⁾, por hallarse

(1) *Hechos*, XIX, 22.

(2) La prueba de ello está en la suposición, hecha por el Apóstol, de que ha podido llegar allá: *εἰς Ἐφεσόν*.

(3) Los hermanos de que habla Pablo no pueden ser compañeros de viaje de Timoteo, que parece haber estado solo con Erasto. Tampoco los cristianos de Éfeso que nada tienen que ver en todo esto. Quedan, pues, los emisarios venidos de Corinto para ver á Pablo, los portadores de la carta á que él responde, y que no volverán á partir sino cuando Timoteo haya dado cuenta del efecto producido por esta respuesta.

dispuestos á llevar, si es necesario y según los informes de Timoteo, nuevas instrucciones para la Iglesia de Corinto.

«Y os hago saber del hermano Apolo, que le rogué mucho que pasase á vosotros con los hermanos ⁽¹⁾; y en verdad no fué su voluntad de ir ahora á vosotros; mas irá, cuando tuviere oportunidad.»

Según todas las probabilidades, en las cartas cambiadas anteriormente, se hablaba de Apolo á quien los corintios anhelaban volver á ver. Quizá los emisarios enviados á Pablo tenían orden de insistir para llevárselo en su compañía. El predicador alejandrino, ora porque se vió retenido por alguna misión emprendida en Éfeso ó en la provincia de Asia, ora porque no le gustaron gran cosa las pandillas formadas en Corinto desde su apostolado en esta ciudad, rehusó en absoluto responder á tal deseo. No queriendo Pablo dar motivo para suponer que tuviese parte alguna en su obstinada determinación, asegura que, no sólo no influyó en ella de ningún modo, sino que al contrario hizo todo lo posible para decidirle á partir. Su amigo y hermano en el Evangelio se reserva elegir la hora propicia para regresar á la capital de Acaya. Conviene dejarle en libertad, y, mientras le aguardan, que aprendan á bastarse á sí mismos. Es la última exhortación que les dirige.

«Velad, estad firmes en la fe, portaos varonilmente, y sed fuertes. Todas vuestras cosas sean hechas en caridad.»

La energía que mantiene inviolable el espíritu cristiano, el amor fraternal que debe inspirar nuestras palabras y obras, he ahí la recomendación final dirigida á los que son desgraciadas víctimas de la volubilidad, de la suficiencia y de la sensualidad negligente, defectos ordinarios del temperamento griego.

«Y os ruego, hermanos, ya conocéis la casa de Estéfa-

(1) Se trata siempre de los emisarios venidos de Corinto y que Pablo habría querido enviar de nuevo con Apolo, pero que se quedaron todavía en vista de que éste rehusó seguirlos.

na; porque son las primicias de la Acaya, y se consagraron al servicio de los santos. Que vosotros estéis obedientes á estos tales, y á todo aquel que nos ayuda, y trabaja. Y me huelgo de la venida de Estéfana, y de Fortunato, y de Acáico, porque lo que á vosotros faltaba, ellos lo suplieron. Porque recrearon mi espíritu, y el vuestro. Tened, pues, consideración á tales personas.»

Hemos visto desde la primera página de esta epístola que Pablo había bautizado á Estéfana y á su familia ⁽¹⁾. Con gran probabilidad se puede suponer que estos fieles se habían convertido desde muy luego, antes que Silas y Timoteo hubiesen llegado á Corinto. Razón tiene, por tanto, el Apóstol, para denominar á sus miembros las primicias de la Acaya. Además, habían llegado á ser la edificación, los catequistas, los sacerdotes; y los trabajos que en ellos elogia el Apóstol constituían un verdadero ministerio pastoral. Fortunato y Acaico podían ser hijos, parientes ó amigos de Estéfana ⁽²⁾. Si este Fortunato es el mismo que llevó, treinta años después, la carta de Clemente de Roma á los corintios ⁽³⁾, debía de ser relativamente joven en la época de su embajada cerca de Pablo. El Apóstol quiere—y teniendo en cuenta el temperamento ligero y vanidoso de aquellos á quienes se dirige, el aviso no era inútil—que se guarden todo género de consideraciones á todos los que por su abnegación se han distinguido en consagrarse al servicio de la Iglesia. En este particular, Estéfana y sus dos compañeros sobresalen en haber merecido bien de la comunidad cristiana. A través de las fatigas de un viaje bastante largo, han venido á tranquilizar un poco el alma inquieta del Apóstol pintándole el estado de los fieles de Corinto con colores menos pesimistas; le han expuesto las diversas cuestiones que promovían deplorables litigios; le han hablado del amor fiel que

(1) *I Cor.*, I, 16.

(2) Otros suponen que eran de la casa de Cloe mencionada en la epístola *I Cor.*, I, 11.

(3) Clem. *I Cor.*, 59.

siempre le profesaban, aun en medio de las más vivas contiendas, y volverán á partir, para llevar á los que los han delegado, sus sabios consejos y, con su palabra autorizada, la paz y el espíritu de caridad, que son los primeros beneficios del Evangelio.

«Os saludan las Iglesias de Asia. Os saludan muy afectuosamente ⁽¹⁾ en el Señor Aquila y Priscila ⁽²⁾ con la Iglesia de su casa. Os saludan todos los hermanos. Saludaos los unos á los otros en ósculo santo ⁽³⁾.»

Había, pues, fuera de Éfeso, y en la provincia de Asia propiamente dicha, comunidades cristianas ya constituidas; éstas eran quizá algunas de las Iglesias mencionadas en el Apocalipsis, ú otras, tales como Colosas, Hierápolis, Tralles y Magnesia. Pablo se nos presenta como el representante de todas, sea porque las había fundado, sea porque les hubiera enviado evangelistas que lo hicieran en su nombre. Vémosle experimentar cierta alegría al dirigir, á través del mar, su saludo fraternal á los cristianos de Corinto, para darles á entender que la semilla crece y que los discípulos del Señor son numerosos en los hermosos valles del Meandro, del Licos y el Hermos. Aquila y Priscila, que han habitado en Corinto, así como la Iglesia establecida en su casa ⁽⁴⁾, envían también sus saludos con un encarecimiento muy especial. Conocen á aquellos á quienes va dirigida la carta y los aman. Por último todos envían el

(1) Palabra por palabra: *os saludan mucho*, ἀσπάζονται ὑμᾶς πολλά.

(2) Varios manuscritos llevan, así como la Vulgata: *en cuya casa me hospedo*, παρ' οἷς καὶ ξενίζομαι.

(3) Este beso era, como hemos dicho á propósito de la *I Tes.*, v. 26, el signo de amor que debía unir entre sí á todos los hermanos. De él se habla á menudo en las epístolas: *Rom.*, XVI, 16; *II Cor.*, XIII, 12; *I Pedro* V, 14. San Justino asegura que se daba entre la oración y la comunión. En nuestros días, los sacerdotes se dan todavía, según las reglas litúrgicas, el mismo signo de unión fraternal en las misas solemnes, y se hace, como en tiempo de San Justino, después de la oración (el *Pater noster*) y antes de la comunión.

(4) En centros considerables, como Efeso, había para los cristianos muchos lugares de reunión. Las familias acomodadas ponían siempre una gran sala al servicio de los fieles. Allí se celebraban las reuniones. Aquila y Priscila con sus empleados ó familia habían convertido su casa en el centro de reunión para todos los hermanos de Efeso.

beso fraternal. Después de lo cual, Pablo cesando de dictar, toma él mismo la pluma ⁽¹⁾ y escribe:

«La salutación de mi propia mano, Pablo. Si alguno no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado, Maran Atha. ⁽²⁾ ¡La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros! Mi amor sea con todos vosotros en Jesucristo. Amén.»

En las tres líneas que traza, terminando su epístola, el Apóstol nombra tres veces al Señor Jesucristo. Este nombre bendito acude irresistiblemente á sus labios y á su pluma, porque llena enteramente su corazón. El que lo lleva es la gran pasión de su vida. No comprende que sea posible dejar de amarle, después de haber oído decir una vez lo que es, lo que ha hecho, lo que será eternamente. De ahí el grito de su amor indignado contra cualquiera que no participe de su tierno ⁽³⁾ amor al Maestro. ¡Sea anatema! Para ese tal no hay salvación. Los verdaderos fieles sólo tienen una esperanza, un deseo, una consigna: **Él, Él, vi-**

(1) Hemos señalado, *II Tes.*, III, 17, la costumbre que tenía de añadir una palabra de su puño y letra á sus epístolas para prueba de su autenticidad.

(2) La palabra *maranatha*, que pertenece á la lengua aramea, hablada á la sazón en Palestina, debe traducirse así: *Mar*, Señor, con el sufijo *an*, nuestro, *atha*, ha venido. ¡Habrà que tomar á la letra este perfecto y admitir, con San Crisóstomo, Teodoreto, Teofilacto y San Jerónimo, que esta especie de santo y seña se refería al Señor venido á este mundo en su encarnación? Es posible, y esta encarnación del Hijo de Dios, así celebrada en el lenguaje corriente era muy propia para excitar en los fieles un amor agradecido. No pocos expositores prefieren ver en el verbo *atha* un perfecto profético que se referiría al Señor á punto de venir. La *Parusia* parece tan próxima, que se la saluda diciendo: «¡Nuestro Señor va á venir!», ó á lo menos: «Nuestro Señor está ahí, de pie, á la puerta.» A los que no le aman corresponde estar alerta. El Apocalipsis termina en esta súplica: «¡Señor Jesús, ven!» ¿No parece ser la misma consigna en forma de oración? Bickel, *Zeitschrift für Kathol. Theol.*, VIII, 43, ha demostrado además que en el arameo occidental *tha* era el imperativo de *atha*. Por la Didajé de los XII Apóstoles sabemos que la palabra *maranatha* se había introducido en la liturgia primitiva.

(3) Es notable que Pablo emplea aquí el verbo *φιλεῖν*, y no *ἀγαπᾶν*, porque quiere para el Señor un afecto particularmente vivo y sensible. Amar por admiración, por respeto, no sería bastante; es necesario amar por amor. Los antiguos conocían bien la diferencia existente entre esas dos palabras. A propósito de Julio César leemos en Dion Casio, XLIV, 48: *ἐφιλήσατε αὐτὸν ὡς πατέρα, καὶ ἠγαπήσατε ὡς εὐεργέτην.*

niendo á salvar y recompensar á los fieles. Ellos lo repiten en arameo, la misma lengua que habló Jesús. *Mara-natha* es la palabra convencional que expresa simultáneamente su fe, su esperanza y su amor. Pablo se la recuerda en su entusiasmo, y termina asegurando á todos, cualesquiera que hayan sido sus yerros, su más sincero afecto, puesto que en Jesucristo la formula.

Se engañaría quien supusiera que esta Epístola fué llevada á los corintios por Estéfana y sus compañeros. Es mucho más probable que fuese expedida por otro conductor. De una parte, era urgente preparar los espíritus á la llegada de Timoteo y de Erasto, los cuales, como se detenían en las diversas Iglesias de Macedonia, tardaron en llegar al término de su viaje. De otra, comprendía muy bien Pablo que su Epístola, por explícita que fuese, no pondría fin á los disentimientos y desórdenes, por lo que pensaba dirigir, por los emisarios llegados de Acaya, otra misiva más categórica, tan pronto como Timoteo le diese cuenta, á su regreso, del efecto producido por la primera.

Parece que, contra sus previsiones, se precipitaron los acontecimientos. ¿Supo que Timoteo no se atrevía á presentarse en Corinto de miedo á una mala acogida? ¿Le comunicaron que su Epístola no había sido bien recibida? ¿Le persuadieron Estéfana y sus dos compañeros de que su presencia se imponía con urgencia en Corinto? ¿Se le ofreció una buena ocasión para ponerse en camino y hacer una rápida y decisiva aparición en medio del conflicto? Todo es posible. Lo que parece sólidamente motivado es colocar aquí una visita precipitada y muy corta de Pablo á Corinto ⁽¹⁾.

(1) Que fué por esta época, aunque nada diga el libro de los Hechos, es lo que se desprende de los pasajes de *II Cor.*, II, 1; XII, 14, 21, XIII, 1, 2. Particularmente este último: *Τρίτον τοῦτο ἔρχομαι πρὸς ὑμᾶς*, parece categórico. Si Pablo anuncia que va á ir por tercera vez, es que estuvo ya allí dos veces. El conjunto de los textos confirma, por otra parte, esta indicación. Así, declara que sus amenazas no podrían ser vanas, habiendo sido hechas en dos ocasiones, la primera cuando su segunda estancia en Corinto, y de viva voz, *πρᾶξιρα παρὼν τὸ δεύτερον*, y la segunda por escrito y desde lejos, *προλέγω ἀπὸν ἔνν*. El versículo 14 del cap. XII; *ἰδοὺ τρίτον ἑτοίμως ἔχω ἐλθεῖν πρὸς ὑμᾶς*, que

Por lo demás, esta visita parece que no dió resultado, y aun se produjo algún incidente muy penoso para Pablo, incidente que no conocemos. El Apóstol se contentará con indicarlo en frases veladas ⁽¹⁾. Una Epístola que no ha llegado á nosotros ⁽²⁾ pero que dice haber escrito con lágrimas, procuró completar la obra de reprobación y conversión inútilmente proseguida de viva voz.

Tras un período de felices éxitos, parecía presentarse el mal tiempo, y tanto que, aun en Éfeso, iba á estallar una violenta tempestad.

debe traducirse: «He aquí, estoy aparejado para ir á vosotos la tercera vez, y no os seré gravoso», confirma también la hipótesis de un segundo viaje, y el versículo 21 del mismo capítulo, lo mismo que II, 1: *ἔκρινα μὴ πάλιν ἐν λόγῳ πρὸς ὑμᾶς εἰσεῖν*: «He determinado no ir á vosotos otra vez con tristeza», caracteriza este viaje y lo distingue categóricamente de la primera estancia de Pablo en Corinto, en la cual nada penoso ocurrió. Sostener que todos estos textos se refieren, no á una visita real, sino á proyectos de visita que el Apóstol había formado, pero que no llevó á cabo, parece poco razonable. Resta precisar el momento en que este viaje tuvo lugar. Como nuestra primera carta canónica á los corintios no hace ninguna alusión á él (XVI, 7, no es ninguna alusión), en tanto que contiene muchas de la primera estancia de Pablo en Corinto, I, 14-17; II, 1 y sigs.; III, 1 y sigs.; IV, 3, 15; IX, 1, 2; XV, 1, 2, debió ser anterior á este viaje. Lo contrario ocurrirá con la segunda Epístola, en la que esta penosa visita no se aparta un momento de la memoria del Apóstol. Por otra parte, si Pablo hubiese ido á Corinto antes de nuestra primera Epístola, ¿se le hubiera reprochado el no atreverse á presentarse allí? *I Cor.*, IV, 18.

(1) *II Cor.*, II, 5 y sig.

(2) La prueba de que esta Epístola fué escrita después del viaje de reprobación se halla en *II Cor.*, II, 3: *ἔγραψα ἵνα μὴ ἐλθὼν λύπησιν ἔχω, κ. τ. λ.* Pablo precisa en el vers. siguiente, que había escrito sometido á una gran aflicción, lleno de angustia el corazón, derramando abundantes lágrimas, lo que no podría entenderse de nuestra primera Epístola á los corintios, en la cual no se halla rastro de tan vivo dolor. En el cap. VII, 8, reconoce que la misma Epístola, no sólo fué penosa para él, sino también para los corintios. Desde luego siente pesar por haberlos afligido; pero no tarda en alegrarse. ¿En qué nuestra primera Epístola canónica pudo contristar tan vivamente á los corintios? Sin duda que contiene una censura contra el incestuoso, pero no dominan en ella los reproches severos, y no es de este escrito, en el que tienen mucha parte el elogio y la acción de gracias, del que pudo decir: *Βλέπω ὅτι ἐπιστολῇ ἐκείνῃ ἐλύπησεν ὑμᾶς*. Ciertamente que la Epístola de que habla en estos dos pasajes es una consecuencia y como el complemento de su visita de reprobación á Corinto. Pablo menciona aquella, *II Cor.*, VII, 8, y ésta *II Cor.*, II, 1, en términos análogos, dando á las dos el mismo motivo, el mismo objeto, el mismo acento, de tal modo que esta segunda Epístola fué enviada tan sólo para dispensar al Apóstol de una nueva aparición para reprochar otra vez á los hermanos, *II Cor.*, II, 1.

CAPÍTULO IV

Motín en Éfeso.—Partida de Pablo

La Artemida de Efeso.—El templo y sus facsímiles.—Demetrio el platero suscita un motín.—Escena tumultuosa en el teatro.—Impiden que Pablo se dirija allí.—El judío Alejandro.—El *Grammateus* ó notario público pronuncia un prudente y hábil discurso.—Sosiégase la revuelta.—Pablo abandona á Efeso. (*Hechos*, XIX, 23; XX, 1).

Acababa de regresar Pablo de su rápido é infructuoso viaje á Corinto, viaje lleno de reproches y amarguras, como lo dirá más tarde ⁽¹⁾, cuando se vió violentamente atacado en Éfeso.

Conocida es la importancia que para el Asia Menor, y para el mundo de entonces, tenía el culto de Diana, ó, hablando con más exactitud, de la Artemida de Éfeso. Porque Artemida no era la ágil diosa representada por la mitología griega con su arco á la espalda persiguiendo á las fieras en el bosque, sino que es preciso ver en ella una de esas personificaciones simbólicas de las fuerzas de la naturaleza que hallamos con nombres diversos y diferencias completamente locales, pero en el fondo casi la misma, en los hermosos países del sol y de la vida: Cibeles en Frigia, Ma en Capadocia, Atargatis y Milita en Siria y Astarté en Fenicia. Su estatua grosera, en madera de viña, según Plinio ⁽²⁾, ó, según otros, extraño aerolito de forma humana, tenía el aspecto de una momia egipcia. Aparecía metida, á partir de la cintura, en una especie de vaina ó envoltura que no dejaba ver más que los pies. En

(1) *II Cor.*, II, 1.

(2) *H. N.*, XVI, 79. Vitrubio, II, 9, dice que era de cedro, y otros de ébano.

esta envoltura, dividida en pequeñas secciones rectangulares, estaban representadas cabezas de animales diversos, flores y frutos, emblemas naturales de la vida en todas sus formas, con los leones rampantes en sus brazos, y sobre todo, con numerosas mamas cubriendo su seno ⁽¹⁾. Sus dos manos, separadas un poco del cuerpo, descansaban á derecha é izquierda en dos apoyos á manera de cadena trenzada, quizás dos cepas, que tocaban en tierra, para significar, sin duda, que toda fuerza vital, todo elemento de germinación y reproducción proviene del suelo. Sobre su cabeza aparecía el *polos* ó también una corona mural con una especie de velo muy pesado que le caía sobre los hombros.

Pues bien, á tan extraña estatua habíasele edificado un templo que fué una de las maravillas de la antigüedad. Incendiado por Erostrato, un loco que anhelaba inmortalizarse de este modo, fué reconstruído, más admirable aún, por el arquitecto Dinocrato, y cubierto de oro y de plata por la generosa piedad de los innumerables adoradores del ídolo. El genio griego bajo todas sus formas tuvo á honor decorarlo por mano de sus artífices, escultores y pintores más célebres de la época: Praxiteles, Escopas, Policeto, Fidias, Parrasio, Apeles y otros. El espléndido edificio, edificado sobre una terraza, á la que se subía por diez escalones, tenía 8 columnas de frente y un pórtico á cada lado, en conjunto 128 columnas de 20 metros de alto, todas ofrecidas por reyes ⁽²⁾. Los fragmentos que de ellas se ven en el Museo de Londres pueden suscitar una idea de la belleza arquitectónica del incomparable monumento, en realidad más saqueado que exhumado por M. Wood.

Todo un mundo de sacerdotes, con nombres y atributos diversos: megabisos, esenos, adivinos, cantores, purificadores, portadores de cetros, sacrificadores, heraldos sagrados; y de sacerdotisas, aspirantes, jubiladas ó en activo

(1) La Artemida de Efeso era conocida por el sobrenombre de *πολύμαστος*, en latín *multimamma*. V. San Jerónimo, *Paef. in Epist. ad Ephes.*

(2) V. nuestro *Voyage aux sept Eglises*, p. 138 y sigs.

servicio, sin hablar de las camareras de la diosa ⁽¹⁾ y de numerosísimos esclavos, hallábanse adscritos al servicio del templo, alojados en sus dependencias y mantenidos con sus rentas. Es decir, tal era la multitud de los interesados en proteger la devoción á la gran diosa contra toda decadencia. Pero, además de ellos, hubiera bastado á defender el famoso santuario el entusiasmo fanático que sentían los efesios por la que era la gloria de su ciudad. Era asunto de amor propio nacional tanto como de interés material ver afluir extranjeros de todas partes y llevar á la metrópoli la vida alegre y bulliciosa, el lujo, el oro y las ofrendas que caracterizaban sus periódicas peregrinaciones. Una muchedumbre de obreros y burgueses vivía de este concurso perpetuo de exóticos devotos. Habíanse instituído fiestas para atraerlos con más seguridad en épocas fijas. Una de ellas coincidió quizás con el motín de que Pablo y sus amigos estuvieron á punto de ser víctimas.

El mes de Artemisio correspondía poco más ó menos á nuestro Mayo ⁽²⁾, y estaba consagrado á honrar más especialmente, por medio de procesiones, sacrificios, banquetes, juegos públicos, cantos, representaciones teatrales, orgías de toda especie, á aquella cuyo nombre llevaba. Estas fiestas efesias coincidían con un concurso de comerciantes que hacía de ellas al propio tiempo una de las

(1) En las numerosas inscripciones descubiertas, sobre todo en el teatro, se leen los títulos de estos funcionarios: κομμήτριαι, ιεραι, παριέραι, μελλιέραι, para las mujeres; ιεροκήρυκες, ἐπιθυμιατροι, σκηπτούχοι, καθάρσιοι, ὑμνοδοί, θεολόγοι, ἐσσηναι, μεγαβύσοι, para los hombres, V. Wood, *Inscript. from the great Theater*; y, en Boeckh, la inscripción número 2983, que lleva todavía otras denominaciones de dignatarios, σπονδαύλης, el que toca la flauta durante las libaciones; ιεροσαλπικτής, el que hace resonar la trompeta sagrada, etc., etc. (*)

(2) Una interensantisima inscripción hallada en un mármol cerca del acueducto de Ayasuluk, mármol que debió primitivamente formar parte del templo, es el decreto por el cual se ordenaba que todo el mes, y no solamente ciertos días del mes de Artemisio, sería consagrado á festejar á la Gran Diosa. Ahora bien, este mes se identificaba con el que, entre los macedonios, llevaba el mismo nombre y seguía al de Manticio (23 de Marzo 23 de Abril). Artemisio caía, pues, en Mayo.

(*) No son claras las atribuciones de los *megabisos* (magníficos?) y de los *esenos* (príncipes?); los *adivinos*, en la inscripción, son llamados *teólogos*. — N del T.

grandes ferias de Oriente. No sólo acudían allí de la provincia de Asia, sino de todas partes. Quizás esta enorme afluencia de extranjeros pareció á Pablo excelente ocasión para sembrar la Buena Nueva, como «una gran puerta abierta ante él.» Quería estar en Efeso cuando llegara aquella ola de visitantes, y había declarado á los corintios que permanecería allí hasta Pentecostés ⁽¹⁾, es decir, hasta pasado el mes de Artemisio. Tan decidido era su propósito que, habiéndose determinado súbitamente, según hemos dicho, á ir á Corinto, volvió de allí sin perder momento.

Sus predicaciones, en plenas fiestas efesias, tuvieron, sin duda, gran éxito. El mismo comercio se alarmó. En efecto, se vendía á todos los extranjeros pequeños templos de plata ⁽²⁾, facsímiles aproximados del ilustre santuario y recuerdos piadosos de la Gran Diosa. Los peregrinos los llevaban á sus casas como piadosas curiosidades y amuletos protectores. Parece que esta vez fué menos la demanda, y de aquí la alarma de los comerciantes y de los obreros, alarma que el platero Demetrio creyó deber explotar sin tardanza.

A juzgar por el modo como procedió, este comerciante era hombre hábil. Queriendo organizar una protesta, ó mejor, un motín en regla, reunió á todos los que se ganaban la vida en trabajos de platería, á todo el gremio, así á los obreros de mérito, verdaderos artistas, como á los simples peones que preparaban la materia prima ⁽³⁾. Si aquellos podían dirigir la sublevación popular, éstos podían hacerla formidable. Ahora bien, como el número, en semejantes circunstancias, hace de ordinario la ley, no só-

(1) *I Cor.*, XVI, 7-8.

(2) La expresión *ναοὺς ἀργυροῦς* no puede entenderse de simples estatuillas de Diana. Eran reproducciones en miniatura, pero probablemente muy groseras, del templo en cuyo interior debía entreverse el ídolo. Diodoro de Sicilia, XX, 14, nos habla de los cartagineses que, para hacerse propicio al hércules tirio, hicieron fabricar relicarios de oro, en los cuales ponían la estatua del Dios. Dionisio de Halicarnaso, II, 22, menciona los amuletos de la Diana de Efeso: τὰ τῆς Ἐφεσίας Ἀρτέμιδος ἀφιδρύματα. Comp. Aristófanes, *Las nubes*, 598; Dion Casio, XXXIX.

(3) Ambas clases están precisadas por las palabras *τεχνῖται* y *ἐργάται*.

lo convocó á sus propios empleados, sino también á todos los que, de cerca ó de lejos, se relacionaban con el gremio de plateros. He aquí el discurso que les dirigió. Por él se verá que si las generaciones parece que cambian con el tiempo, el fondo de la naturaleza humana, siempre el mismo, permanece sensible á los argumentos que los agitadores han explotado en todo tiempo con invariable éxito.

«Varones, vosotros sabéis la ganancia que nos resulta de esta maestría; y estáis viendo y oyendo que no tan solamente en Éfeso, mas por toda Asia retrae con sus persuasiones este Pablo muchas gentes, diciendo: Que no son dioses los que son hechos de manos. Por lo cual, no solamente corre peligro que nuestra profesión venga en descrédito, sino que el templo de la grande Diana sea tenido en nada, y comience á ir por tierra la majestad de aquella á quien toda Asia y el mundo adora ⁽¹⁾.»

El interés personal, la vanidad nacional y el fanatismo religioso; he ahí los tres móviles que Demetrio procura excitar. Naturalmente, coloca en primer término el interés personal; desde luego, este es el que inquieta, este es el que, por otra parte, se dirige al corazón de los obreros expuestos á perder su *modus vivendi*. Los otros dos tienden á despertar los sentimientos patrióticos, y, por último, la pasión religiosa. ¿Por ventura no es su templo la gloria de Éfeso? ¿Puede tolerarse que unos extranjeros trabajen con tanta energía en denigrarlo, que haya quien no se atreva ya ni siquiera á comprar las graciosas reproducciones, esas reproducciones hasta ahora tan solicitadas por todos, esas reproducciones que hace siglos hacen conocer y admirar al mundo entero el maravilloso santuario? Y la augusta protectora de la ciudad, la misma Artemida, ¿no estaba amenazada de ver aniquilado de repente su culto por las predicaciones de un judío emprendedor, que ya había seduci-

(1) No era en modo alguno exagerada la afirmación de esta celebridad universal. Plinio *H. N.*, XXXVI, 14, llama al templo «Orbis terrarum miraculum,» y Apuleyo dice de la diosa: «Diana Ephesia, cuius nomen unicum, multiformi specie, ritu vario, nomine multijugo, totus veneratur orbis.»

do á tanta gente, no sólo en Éfeso, sino en toda la provincia de Asia? En el fondo, considerar el apostolado de Pablo como, no sólo privado, sino público y universal, era tributar elocuente testimonio á los éxitos del Apóstol. De hecho, el resumen que Demetrio hacía de los discursos agresivos de Pablo era exacta. «Lo que crea la mano del hombre no puede ser el dios del hombre.» Pablo, en nombre del buen sentido, predicaba en todas partes esta verdad elemental ⁽¹⁾. Pero el pueblo, con sus naturales instintos de superstición, no quería razonar sobre sus ídolos, y, si es verdad que dejaba que sus filósofos no vieses en las estatuas más que emblemas ó imágenes, se complacía en hallar en ellas á sus dioses, ó por lo menos, su manifestación sensible y la garantía de su protección tutelar. De aquí el grito de indignación y de cólera contra el enemigo que se denunciaba, y de entusiasmo por la religión amenazada, grito que brotó al punto de todos los pechos. «¡Oh cuán grande es la Artemida de los efesios!» Se realizaba con arrogancia el epíteto de *grande* que Demetrio había subrayado en su discurso, y, que, según la historia ⁽²⁾, era la calificación característica de la diosa efesia. Propagóse al punto por toda la ciudad la aclamación repetida por mil bocas. Todos los motines se parecen. Sólo algunos agitadores saben lo que quieren, están enterados del asunto; la muchedumbre sigue al principio el movimiento por curiosidad, luego por atracción, y lo que en su origen fué un simple grupo, no tarda en arrastrar á todo un pueblo.

Ora se hubiese originado el tumulto en uno de los numerosos pórticos que adornaban las grandes vías en dirección del puerto, ora en el barrio de los plateros, dirigióse naturalmente á una de las plazas públicas ⁽³⁾ arrastrando á su paso una muchedumbre inmensa. El teatro, ese lugar ordinario, no sólo de las representaciones escénicas, sino

(1) *Hechos*, XVII, 29.

(2) V. en Boeckh la inscripción n.º 2963.

(3) La Grande y la Tetragonal acaban de ser exhumadas. Esta última en razón del reloj que ocupaba su centro, debía ser el sitio de reunión predilecto de los desocupados.

también de las grandes asambleas populares⁽¹⁾, no estaba lejos de allí, por lo que la turba se precipitó hacia él, arrastrando allí violentamente á dos macedonios, Gayo y Aristarco, compañeros de Pablo, que cogieron á su paso. Nada preciso sabemos del primero; su nombre, muy común, sale varias veces en la historia evangélica para designar diversos personajes, pero como ninguno era macedonio, no pueden ser identificados con el de que aquí se trata⁽²⁾. Aristarco nos es más conocido. Originario de Tesalónica, Pablo le llamará sucesivamente su compañero de cautividad ó de apostolado⁽³⁾. En efecto, veremos que fué acompañado por él en su último viaje de Tróade á Jerusalén, y después hasta Roma, tras la larga prisión en Cesárea. Conocidos como discípulos y predicadores del Evangelio por todos los efesios, los dos amigos de Pablo iban á ser obligados á responder de los discípulos del Apóstol.

Advertido éste de lo que ocurría, trató de dirigirse inmediatamente al teatro para presentarse ante el pueblo amotinado. Su natural ardiente y generoso desconocía el peligro. Salvar á sus compañeros, afirmar su fe y hablar al inmenso auditorio, era una perspectiva que hasta le impedía entrever las peligrosas consecuencias de su proyecto. Pero sus partidarios, juzgando todo esto con más calma, se opusieron enérgicamente á su designio. Priscila, en cuya casa se alojaba, Aquila y toda su reducida Iglesia debieron ser del número de los que le retenían á la fuerza⁽⁴⁾. Sin embargo, quizás no hubieran logrado impedir su salida, como no lograron más tarde impedir que subiera á Jerusalén, si no hubiera intervenido una autoridad superior.

(1) *Hechos*, XII, 21; *Josefo*, *B. J.*, VII, 3, 3; *Tácito*, *Hist.*, II, 80; *Cor. Nepote*, *Timol.*, IV, 2.

(2) Gayo es la forma griega del nombre latino Cayo, que llevaron muchos de los primeros discípulos del Evangelio, v. g., Gayo de Corinto, bautizado por Pablo, quien se hospedó en su casa. *Rom.*, XVI, 23; *I Cor.*, I, 14; Gayo de Derbe en Licaonia, *Hechos*, XX, 4; Gayo de Asia Menor, á quien San Juan dirigirá su tercera epístola.

(3) *Hechos*, XX, 4; XXVII, 2; *Colos.*, IV, 10; *Filem.*, 24.

(4) La expresión *οὐκ εἴωρ* significa, en efecto, que materialmente se oponían á su resolución.

Tal fué la de algunos asiarcos, amigos suyos, que insistieron en el mismo sentido, haciéndole entender sin duda que respondían de Gayo y de Aristarco.

Se daba el título de asiarco ó también de gran sacerdote de Asia á un personaje de distinción, al que, por su fortuna, su generosidad ó su influencia, escogían los delegados de las principales ciudades de la provincia para presidir las fiestas, el culto religioso, los regocijos públicos, los juegos del anfiteatro, anualmente celebrados en honor de Roma y del emperador de Roma divinizados. El asiarco pagaba los gastos de estas solemnidades, en las cuales actuaba, no sólo como ordenador, sino también como pontífice⁽¹⁾. Todo el que había desempeñado una vez esta dignidad, conservaba el título honorífico de asiarco. De aquí sin duda la multiplicidad de semejantes personajes que supone aquí nuestro historiador, á menos que hubiese querido comprender, lo que es poco probable, en esta denominación á los delegados de las ciudades que habían elegido en la asamblea de Asia al asiarco principal. De estos personajes, muchos eran amigos de Pablo; y si bien no eran cristianos, pues como tales no hubieran podido asociarse á sacrificios paganos, apreciaban mucho al Apóstol, le veían, le escuchaban de buen grado y se interesaban por su vida.

Sin embargo, el inmenso recinto del teatro se había llenado por completo, lo que fué tanto más fácil cuanto se abordaba á casi todas las graderías por calles laterales. En efecto, la *cavea*, completamente variada en los flancos del Prión, en el centro mismo de la ciudad habitada, se abría hasta la cumbre de la montaña, de suerte que las gradas más altas llegaban al nivel del suelo. La invasión popular había sido tan súbita como tumultuosa. Sólo se oía, difundiéndose por la ciudad baja, un ruido espantoso de voces confusas—el teatro podía contener 50.000 espectadores,—

(1) No todos están de acuerdo acerca de las funciones, número y elección de los asiarcos. Seguimos la opinión que recientes investigaciones hacen más probable. V. Beurlier, *Le culte imperial*; Guiraud, *Les assemblées provinc. de l'empire*; Ramsay, *Cities and Bishoprics of Phrygia*, p. 55-58 y II, capítulo XI.

tan confusas que ni los mismos concurrentes podían saber de qué se trataba.

Algunos judíos que se hallaban allí sacaron de la turba un personaje, del cual no tenemos datos suficientes, pero que debía ser muy conocido en Éfeso, por cuanto el narrador lo introduce súbitamente en su relato, como si todos debieran saber de quién se trataba. Se llamaba Alejandro, y alguien ha preguntado si este obrero en cobre es el mismo que Pablo denunciará más tarde á Timoteo⁽¹⁾ como uno de sus peores enemigos. Nada parece tan natural como hallarle mezclado en un motín de plateros, por cuanto casi pertenecía al gremio de éstos. Sea de ello lo que se quiera, como los judíos le pusiesen á su cabeza, se presentó en escena y se dispuso á pronunciar un discurso. ¿Á quién iba á defender? Lo ignoramos, por cuanto no sabemos con exactitud á qué partido pertenecía. ¿Era un judío convertido á quien sus antiguos correligionarios querían entregar á la multitud? ¿Era un judío que, después de haber seguido las enseñanzas de Pablo, se había convertido en enemigo irreconciliable del Apóstol, y se le echaba por delante como á un acusador? Finalmente, viendo los judíos que el asunto llevaba trazas de redundar en perjuicio de ellos, porque se les confundía con los cristianos, ¿habían cogido á uno de los suyos, conocido como orador popular, para separar, gracias á una arenga precisa y concluyente, dos causas ó dos clases de personas que no debían ser confundidas? Todo es posible y, por otra parte, importa poco, ya que, reconociendo por el traje, la fisonomía ó el acento, ó sabiendo por el rumor público que Alejandro era de nacionalidad judía, tan pronto como alzó la mano agitándola para pedir silencio y dar explicaciones, empezó á gritar la turba con más furor que nunca y con aterradora unanimidad: «¡Viva la gran Artemida de los efesios!» El clamoreo duró dos horas, por lo que ni siquiera se supo lo que Alejandro se proponía decir.

(1) *II Tim.*, IV, 14.

Por fin intervino un funcionario público; era el *Grammateus* ⁽¹⁾ ó notario archivero de la ciudad, personaje afecto también á Pablo, y que, en semejantes circunstancias, dió pruebas de mucha habilidad. Sin duda que su cargo de cuidar de los archivos de la ciudad, de registrar y promulgar oficialmente los decretos en las asambleas del pueblo, le daban una autoridad especial. Pero supo esperar el momento oportuno para ejercerla, y cuando los pechos estaban ya exhaustos de gritar y empezó á ceder el furor público, el notario ó canciller se adelantó para acabar de apaciguarlos, y tomando la palabra, dijo:

«Varones de Éfeso, ¿quién de los hombres hay que no sepa que la ciudad de Éfeso es la guardiana del templo de la gran Artemida ⁽²⁾ y de su imagen caída del cielo ⁽³⁾?»

Se grababa en los monumentos y medallas, en los que

(1) Puede verse en Eckhel, *Doct. Num. Vet.*, v. II, p. 519, y nosotros mismos hemos descubierto entre las ruinas del teatro, un *Grammateus* citado entre los grandes personajes de Éfeso. En Boeck, con el n.º 2990, se trata de uno de los archiveros que había sido asiarco. Tucídides, VII, 10, nos ofrece otro en el ejercicio de sus funciones, dando oficialmente lectura de una carta á los atenienses. Para tener una idea más precisa de su cargo, que parece responder al de notario, de archivero ó de canciller, porque *Grammateus* quiere decir todo esto, consúltese á Hermann, *Staatsallert.*, § 127, 20; 147, 6.

(2) El texto lleva la palabra oficial y consagrada *νεωκόπος, barrendera ó limpiadora del templo*. Es de notar que este título aparece por vez primera en las medallas de Éfeso en tiempo de Nerón, precisamente en el momento en que el *Grammateus* lo hace valer ante su auditorio. La medalla que vemos en Eckhel, II, 520, y que lleva en un lado la leyenda ΝΕΡΩΝ ΚΑΙΣΑΡ con el busto de este emperador, y en el otro el Artemisio con la inscripción ΕΦ. ΑΙΧΜΟΧΑΗ ΑΟΤΙΟΑΑ ΑΝΘΡΠΙΑΤΩ ΝΕΩΚΟΠΩΝ, es probablemente de la época en que Pablo se hallaba en Éfeso. Aviola fué cónsul en 54 y procónsul de Asia en 57.

(3) La palabra *διωρετός*, debiendo sobreentender ante ella *εγχαλμα, estatua*, significa, según su etimología, *caído de junto á Júpiter*. Los paganos atribuían comúnmente este origen celeste á los facsímiles de ciertas divinidades particularmente célebres: la Minerva Polias de Atenas (Pausanias, I, 26, 6), la Cibele de Pesinonte (Herodiano, I, 35), la Diana de Tauris (Eurípides, *Ifig.*, 977), la Ceres de Sicilia (Cicerón *in Verr.*), etc. Se ha supuesto que la mayor parte de estas estatuas eran aerolitos piadosamente recogidos por el pueblo como representaciones auténticas de la divinidad que el cielo había enviado á la tierra. Sabido es que, según Plinio, la de Artemida era de madera de viña, y, según Vitrubio, de madera de cedro ennegrecido por el tiempo. Pausanias, *Messen.*, IV, 31, 6, dice que, según la tradición, había sido llevado á Efeso por las amazonas.

nosotros lo hemos descubierto, el título de *Neocoros*, «barrendera del templo», que Éfeso quiso tomar oficialmente, y que algunos particulares se atribuyeron después, en testimonio de su devoción á la Gran Diosa. El *Grammateus* comienza, pues, lisonjeando á su auditorio al asegurarle que sus derechos, sus sentimientos, su piedad son universalmente reconocidos para que pudieran ser comprometidos. Ni un hombre ni un puñado de hombres podrían destruir lo que tiene arraigo en el mundo entero y un renombre consagrado por el más soberbio de los santuarios y la más célebre de las estatuas, no hecha por manos humanas, sino bajada del cielo.

«Y pues á esto no se puede contradecir, conviene que os soseguéis, y que nada hagáis inconsideradamente. Porque estos hombres que habéis traído aquí, ni son sacrílegos ⁽¹⁾, ni blasfemos contra vuestra diosa.»

La afirmación del *Grammateus* es demasiado categórica para suponerla mentirosa, y la mentira no era el medio más adecuado para ganar una concurrencia tan visiblemente sobreexcitada. Se complace en afirmar que ni Pablo ni sus partidarios eran hombres violentos en obras ni en palabras. La moderación en la defensa de la verdad, el respeto á todos, la afabilidad, esta flor exquisita de la humildad cristiana, eran la nota característica de su apostolado entre los paganos. De ello puede juzgarse por las consideraciones oratorias del discurso del Areópago y por las relaciones de amistad que sostenía Pablo, en el mismo Éfeso, con elevados personajes paganos, como los asiarcos. Por más que diga San Crisóstomo, la veracidad incontestable del testimonio tributado por el notario á la honradez y reserva de los discípulos de Pablo fué lo que puso fin al asunto. Lo que siguió fué á modo de conclusión.

(1) El calificativo *ιερόσυλος* se entiende de los que saquean los templos, como lo dice la doble raíz de la palabra *ιερόν* y *συλάω*. Pablo, *Rom.*, II, 22, emplea esta expresión, y supone que los judíos no se desdenaban de despojar á los dioses en que no creían.

«Mas si Demetrio, y los oficiales que están con él, tienen alguna querrela contra alguno, audiencia ⁽¹⁾ pública hay; y procónsules ⁽²⁾ hay, acúsense los unos á los otros. Y si demandaba algo sobre otros negocios, en legítimo ayuntamiento se podrá despachar. Porque hay peligro de que nos acusen de sediciosos por lo de hoy, no habiendo ninguna causa (por la cual podamos dar razón) de este concurso ⁽³⁾.»

Nada tan prudente como estas palabras. Si se trata de asuntos privados, tribunales hay para ventilarlos. Éfeso, ciudad libre, tenía sus magistrados, y si no bastaban, habían los procónsules, los cuales, en nombre de Roma, podían resolver los más graves litigios. Si en el fondo de aquella sublevación había algo más serio que intereses particulares; si se trataba de una cuestión de orden público, nada más sencillo que reunir la asamblea del pueblo y del Senado, y ventilarlo todo en ella según las formas legales. Una muchedumbre amotinada de aquel modo, en convocatoria oficial, sin objeto determinado, sin presidente, sin

(1) La expresión *ἀγῶναι ἀγορῆς* se refiere probablemente á los juicios menos importantes formulados en día fijo en el Agora por magistrados especiales.

(2) El plural *ἀρχόνται* no autoriza á decir que San Lucas creyó que había simultáneamente varios procónsules. Es un plural indefinido, que indica la sucesión de estos magistrados. Inútil, pues, de transformar en procónsules el lugarteniente y los asesores del procónsul, ó de suponer que el *Grammateus* se refiere á los procónsules de las provincias vecinas que habrían acudido á las fiestas, pero que no podían ejercer jurisdicción en Éfeso. La opinión de los que, invocando un hecho histórico (Tácito, *Ann.*, XIII, 1), suponen que, habiendo sido envenenado Julio Silano á instigación de Agripina por Céler y Helio, administraban provisionalmente la provincia los dos asesinos, cuando estalló el motín, si esta opinión pudiera ser algo más que una hipótesis, tendría la ventaja de poner en claro una vez más la exactitud histórica de San Lucas. Pero el hecho de que aquellos dos personajes no fueran á Roma después de su crimen; que Céler no compareció por allí sino á fines del 57 (*Ann.*, XIII, 33, y que no tengamos nombres de procónsul de Asia desde el 54 al 57, no basta para transformar en certeza una ingeniosa suposición.

(3) Suscitar un motín era, según la ley romana, un crimen capital: «Qui coetum et concursum fecerit, dice Séneca, *Controv.*, III, 8, capitale sit... Quid coetum opus est? Sunt scriptae ad vindictam injuriarum omnium leges.» Comp. Sulpicio Víctor, *Instit. Orat.*: «Qui coetum et concursum fecerit capite puniatur.»

oradores, no estaba capacitada para ocuparse en asuntos privados ó públicos. Lo más seguro sería quizás que tan tumultuosa agitación provocara la severidad de las autoridades romanas. Ésta, aunque parecía dejar algunas libertades á ciertas ciudades, en razón de su glorioso pasado, mostrábase siempre muy suspicaz relativamente á las asambleas del pueblo no autorizadas por ella, sobre todo cuando con su bulliciosa y desordenada actitud tomaban el aspecto de un movimiento sedicioso.

Tras estas observaciones, el *Grammateus* significó á la asamblea que debía disolverse, y habiéndose disipado la tempestad tan rápidamente como se había formado, cada cual volvió á sus ocupaciones ó placeres.

En cuanto á Pablo, no tardó en realizar su proyectado viaje á Macedonia. Hacía tres años que predicaba en Éfeso⁽¹⁾, tiempo era ya de dirigir á otros puntos su actividad apostólica. Muchas Iglesias fundadas por él esperaban su visita, y algunos centros importantes, en los cuales no se había presentado aún, parece que solicitaban también su infatigable celo. Reunió á sus discípulos, despidióse tiernamente de ellos, y después de abrazarlos, remontó la costa de Asia para ganar las tierras de Europa.

(1) *Hechos*, XX, 31.

CAPITULO V

Excursión á Macedonia y segunda Epístola á los corintios

Sale Pablo de Éfeso para dirigirse á Macedonia.—Corta estancia en Alejandría de Tróade.—Tito impacientemente esperado con noticias de Corinto.—Adelántasele Pablo á Macedonia.—Lo que Tito refiere de la mayoría sinceramente adicta á Pablo y de los esfuerzos desesperados de sus adversarios.—Doble impresión de alegría vivísima y de tristeza irritada bajo la cual escribe el Apóstol su nueva Epístola á la Iglesia de Corinto.—Violento contraste entre la primera y la segunda parte de esta Epístola.—En los siete primeros capítulos, enhorabuena, testimonios de satisfacción, pesar de haber sido severo y justificación de lo que ha hecho para asegurarse definitivamente las simpatías de la mayoría que sostiene su causa.—Tras dos capítulos destinados á preparar el éxito de la colecta por los pobres de Jerusalén, viva y victoriosa polémica contra sus adversarios, enérgica reivindicación de la autoridad que se le discute, apología personal, comparación de su obra con la de los otros.—La Epístola, llevada por Tito á Corinto, debía producir el mejor efecto. (*Hechos*, XX, 1, 2; *II Cor.*, I-XIII).

El libro de los Hechos nos dice que, sosegado el motín, despidióse Pablo de sus discípulos y abandonó á Éfeso para dirigirse á Macedonia. Recorrió esta región alentando, instruyendo y consolando á los fieles, tras lo cual, marchó á Grecia, permaneciendo allí tres meses. De suerte que tenemos en un solo versículo la reseña de dos terceras partes de un año que fué uno de los más laboriosos, críticos y angustiosos de la vida del gran Apóstol. De nuevo deploramos semejante concisión, ó mejor, semejante laguna en la historia de este período, tan importante en la vida de Pablo, que es muy difícil su reconstrucción. Los únicos elementos que poseemos debemos ir á buscarlos en sus Epístolas, especialmente en la que escribió á los corintios.

durante su viaje, la cual nos proporciona indicaciones muy preciosas.

Así, sabemos que hizo una estación en Alejandría de Tróade ⁽¹⁾. Este era el punto de donde ordinariamente se partía para Europa. ¿Había llegado á él Pablo por mar, siguiendo la vía más directa? Es posible. Navíos que hacían escala en Chío, Esmirna, Mitilene, Adramitida, Aso, en una palabra, en todos los puertos de las islas y de la costa, partían diariamente de Éfeso hacia el Norte. Pero quizás el Apóstol, en su deseo de evangelizar la provincia de Asia, en la que, por otra parte, contaba con numerosas relaciones, prefirió hacer el viaje por tierra. Así se explicaría la existencia de varias comunidades cristianas, que hallaremos desde largo tiempo florecientes, cuando San Juan escriba su Apocalipsis, tales como Esmirna, Hermo Tiatira, Pérgamo, muy dignas todas de provocar su celo apostólico. En aquella época se contaban entre las ciudades más hermosas del mundo. Aun hoy en día son las menos miserables del Asia Menor ⁽²⁾. Pero lo que induciría á creer que el Apóstol escogió, para subir á Tróade, la ruta más larga, es que, habiendo partido de Éfeso probablemente antes de la época prevista, tenía tiempo de sobra. En efecto, habiendo citado á Tito en Tróade para fecha más lejana, no podía éste hallarse allá de vuelta de Corinto y Macedonia. Ahora bien, no vemos que entrara en sus proyectos detenerse en esta ciudad; y de hecho, no obstante haber abierto allí el Señor una puerta á su celo ⁽³⁾, no se detuvo en ella. A decir verdad, la razón que alega es que, cuando llegó á Tróade, Tito, su querido discípulo, no había arribado aún, y el Apóstol se hallaba entonces tanto

(1) *II Cor.*, II, 12.

(2) V. nuestro *Voyage aux Sept Églises de l' Apocalypse*, p. 237 y sig., en donde relatamos cómo después de haber visitado todas estas regiones hasta Pérgamo, nos embarcamos en Dickéli para seguir poco más ó menos hasta Macedonia el camino que Pablo debió tomar.

(3) Es la expresión de que Pablo se había servido ya *I Cor.*, XVI, 9, para indicar la facilidad de hacer triunfar el Evangelio en un medio que se abre ante él, y que vuelve á usar á propósito de Tróade, *II, Cor.*, II, 12. ἤρπας μοι ἀνεωγμένης ἐν Κυρίῳ.

más impaciente por recibir nuevas de Corinto cuanto, á causa de una epístola severísima, parecía habérselo jugado todo para salvarlo todo.

Según la suposición que hemos hecho, razonándola desde el fin al final del anterior capítulo, como Pablo, desde que escribió nuestra primera Epístola canónica á los fieles de Corinto, no cesara de recibir noticias cada vez peores de esta ciudad, determinóse súbitamente á ir á visitarla, aun antes de conocer el resultado de dicha Epístola. Su aparición inesperada nada solucionó, y aun se produjeron incidentes penosos, partiendo el Apóstol con la misma precipitación con que había llegado. En camino, probablemente de Macedonia, escribió la Epístola irritadísima de la cual hemos hablado y que no nos ha sido conservada, quizás porque no era muy glorioso para la comunidad de Corinto trasmitirla á la posteridad con los duros reproches que contenía. Pero su lugar no está menos indicado en la historia de las relaciones de Pablo con esta Iglesia. En efecto, sin ella se explica difícilmente el silencio del Apóstol sobre la visita de Timoteo á Corinto, siendo así que menciona varias veces la de Tito. Y si se quiere decir que Timoteo no había llenado su misión, siempre quedará por explicar cómo Tito, desconocido en Corinto, hubiera podido presentarse allí sin carta de introducción, y cómo hubiera Pablo esperado con tanta ansia su vuelta si no hubiese sido portador de una comunicación tan importante. Sí, fué ésta la penosa Epístola escrita con lágrimas en los ojos, Epístola que entrañaba la cuestión de vida ó muerte para la Iglesia de Corinto. Así se comprende el estado de espíritu provocado en el Apóstol por tan prolongada incertidumbre ⁽¹⁾ ¿Quedaba definitivamente roto todo entre él y una de sus hijas más vivientes y amadas? ¿Había todavía alguna esperanza? No pudiendo esperar más, embarcóse para salir al encuentro del emisario que no volvía con suficiente celeridad. Estaba seguro de encontrarle en

(1) Dice *II Cor.*, II, 13: οὐκ ἔσχηκα ἀνεῖν τῷ πνεύματι μου.

su camino al pasar por Macedonia, por lo que sin pérdida de tiempo embarcóse para Neápolis, de donde debía ir á Filipos.

No hay que olvidar que existía allí la primera Iglesia fundada por él en Europa. De ella no había recibido más que consuelos. Sumamente agradecida, ayudaba con su dinero al que debía la gracia inapreciable de la salvación. Así, apenas constituida, y por humildes que fuesen sus recursos en aquel centro de soldados licenciados, del que Lidia, la vendedora de telas rojas de Tiatira, era uno de los principales personajes ⁽¹⁾, había ayudado dos veces á su Apóstol, de quien sabía que estaba necesitado en Tesalónica ⁽²⁾. Lo mismo hizo durante su estancia en Corinto ⁽³⁾, cuando trabajaba día y noche en el taller de Aquila y Priscila para ganarse el pan y predicar el Evangelio sin ser gravoso á nadie. Estos testimonios de filial afecto debían ser tanto más apreciados por Pablo cuanto la pobre Iglesia tenía que sufrir continuas persecuciones ⁽⁴⁾. Por eso, como veremos más tarde, la colmaba de elogios cada vez que le escribía.

Hallarse en medio de tan excelente comunidad debía ser para él un dulce consuelo. Lidia, la primera conquista del Evangelio en Europa, le profesaba una adhesión á toda prueba. Ahora bien, un corazón de mujer está siempre dispuesto á ofrecer tesoros de consuelo, por poco que la santidad ponga en juego los resortes exquisitos de su afecto y gratitud. Además, Timoteo, este hijo amadísimo en el Señor, estaba allí. Le veremos figurar en la firma de la segunda Epístola á los corintios. ¿Se había dirigido á Corinto para llevar allí á cabo su misión? Aterrado por las nuevas que oyera en el camino, y creyéndose demasiado joven ó quizás demasiado tímido para hacer frente á la tormenta que desolaba á aquella amada Iglesia, ¿se había

(1) *II Cor.*, VIII, 2, supone que esta Iglesia tan generosa y floreciente era muy pobre y perseguida.

(2) *Filip.*, IV, 16.

(3) *II Cor.*, XI, 9, habla de macedonios, pero se trata de filipenses.

(4) *Filip.*, I, 29.

retrasado voluntariamente en Macedonia organizando la colecta? ¿Había hecho que se detuviera allí el mismo Pablo, porque la llegada de los emisarios corintios le había revelado la insuficiencia de las instrucciones que llevaba? Finalmente, ¿había ido á Acaya antes que llegase allí la primera Epístola de Pablo, y había vuelto á Éfeso á tiempo de encontrar allí los enviados y decidir de común acuerdo con urgencia el súbito viaje que Pablo creyó deber hacer? Todas estas diversas hipótesis son probables. Sea de ello lo que fuere, ni siquiera la presencia de este discípulo querido, que, en ningún caso, podía comunicarle nada tranquilizador sobre la comunidad corintia, sería capaz de suprimir ó hacer olvidar un instante la causa real y única de las vivas inquietudes del Apóstol. La misma angustia que le había movido á partir de Tróade no le abandonaba en Macedonia. Algunos han supuesto que cierta recrudescencia de la enfermedad física que sufría y á la cual hace más de una vez alusión ⁽¹⁾ en la Epístola de donde sacamos las presentes indicaciones ó hipótesis, contribuía en gran manera á abatir aquella alma tan enérgica. La confesión que con tanta sencillez hace revela en todo caso un estado moral especialísimo: «Porque aun cuando pasamos á Macedonia,—dice,—ningún reposo tuvo nuestra carne, antes sufrimos toda tribulación: combates de fuera, temores de dentro ⁽²⁾.» ¿Qué podían ser estas luchas exteriores? ¿Arreciaba quizás la persecución en Macedonia, y lo que más tarde dirá de las pruebas de los filipenses por la fe de Jesucristo ⁽³⁾ debe entenderse de acontecimientos que se desarrollaban entonces? Sin embargo, parece más natural asignar á las inquietudes de Pablo una esfera menos restringida. Lo que él ve en peligro en todas partes es la Iglesia universal, no por parte de los paganos, pues con ánimos y caridad se triunfará de ellos, sino por parte de los judíos,

(1) *II Cor.*, XII, 7-9; comp. con IV, 7, y V, 10.

(2) *II Cor.*, VII, 5.

(3) *Filip.*, I, 29.

enemigos despiadados de la nueva religión, nacida entre ellos, pero que ellos tratan de ahogar en su cuna. Siendo el Evangelio universalista por tendencia y completamente espiritual por esencia, síguese que el exclusivismo y el formalismo se le oponían como doble negación. Ahora bien, presentes estaban siempre los dos adversarios que obstinadamente seguían los pasos de Pablo. ¿Quién pronunciaría la última palabra en aquella lucha por la vida? Tal era la cuestión que le ponía en la más cruel ansiedad. Terrores extraños torturaban su alma. Las numerosas predicaciones, controversias ó exhortaciones á que se entregaba ⁽¹⁾ sólo servían para revelarle el peligro judío como más inminente; de aquí su insuperable tristeza.

Felizmente, como él mismo dice, Dios, el consolador de los abatidos, vino por fin á reanimarle con la llegada, tan impacientemente esperada, de Tito. Era portador de buenas noticias. En su gran mayoría, la Iglesia de Corinto daba muestras de mejores sentimientos respecto de su fundador. Había reconocido la autoridad de su voz paternal, y todo se presentaba bastante bien, hasta la colecta de las limosnas para los pobres de Jerusalén. Sin duda que una minoría tenaz se obstinaba aún en la oposición, pero sin éxito, por más que no carecía de malicia y audacia y no obstante multiplicar desvergonzadamente contra él las más odiosas acusaciones. Según ella, era un hombre interesado, poseído de sí mismo, inconsecuente, voluble en sus doctrinas y procedimientos; en una palabra, un falso apóstol.

Según toda probabilidad, aquella minoría se había agrupado en torno de un elemento esencialmente judío, el cual, prevaliéndose de su procedencia oficial, era particularmente temible. En efecto, veremos que alguien había llegado ⁽²⁾ con importantes cartas de recomendación. Este jefe de judaizantes se alababa de su procedencia completa-

(1) *Hechos*, XX, 2: παρακαλεσας αυτοις λογω πολλω.

(2) *II Cor.*, XI, 4: ει μεν ο ερχομενος αλλον 'Ιησουν κηρύσσει.
Comp. *II Cor.*, III, 1, que indica la procedencia al mencionar las cartas de recomendación. *V. Gal.*, II, 12; *Hechos*, XV, 1, y XXI, 20.

mente israelita y de sus especiales relaciones con el mismo Jesucristo. Su arrogancia no conocía límites. Dominante, devorador, hiriendo en el rostro con la vista al pequeño rebaño que aceptaba humildemente al nuevo dominador, no era otra cosa que un ministro de Satanás bajo el aspecto de un ministro de justicia, al que todo le salía bien, hasta su pretensión retórica y su arrogancia corporal en parangón con la palabra sin arte y la humilde apariencia física de Pablo ⁽¹⁾.

Tal era el conjunto de noticias buenas y malas que llevaba Tito. El contraste entre las unas y las otras explica suficientemente, sin necesidad de recurrir á hipótesis fantásticas, la diferencia de tono que caracteriza los siete primeros capítulos y los tres últimos de la nueva Epístola que Pablo dirigió entonces á la Iglesia de Corinto. No hay que buscar, en esta segunda parte, el texto de la severa Epístola que anteriormente escribiera á los que le habían acogido mal en su último viaje, Epístola que, en este caso, no se hubiera perdido para nosotros, sino que estaría unida á aquella en la cual estaba consignada la reconciliación final ⁽²⁾. Ni siquiera hay nada que autorice seriamente á suponer que la Epístola fué compuesta en dos veces, porque Tito, desde su llegada, debió hacer una exposición completa de la situación de Corinto y manifestar en conjunto el bien y el mal de la misma. Pablo, tomando la pluma, responde sucesivamente á los amigos y á los enemigos, con el tierno afecto que merecían los unos y la severa ironía que debía castigar á los otros. Puede admitirse que el punto

(1) V. *II Cor.*, cap. X y XI.

(2) Esta hipótesis se contradice con el examen del texto. Nótese desde luego, no sólo una relación evidente entre los primeros y los últimos capítulos: I, 13, comp. con X, 2, 15; I, 15 y X, 14; VII, 9, y XIII, 10, sino especialmente la imposibilidad de dar XIII, 11, como final de la severa Epístola que se supone unida á la de reconciliación. Además, es evidente que, en su conjunto, la Epístola se dirige siempre á la querida y verdadera Iglesia de Corinto, á toda ella á la vez, cuidándose tan sólo de los disidentes como de *algunos, raras*, hombres extraños que la perturban, minoría que únicamente se nombra en tercera persona, separada siempre de los fieles á los cuales reitera Pablo sus sentimientos de afecto, XI, 2, 11; XII, 19.

de unión de las dos partes de la Epístola sea el *post-scriptum* que termina la primera en el capítulo VII y sirve de enlace á la segunda; pero la unidad de la composición, menos limada como ligación de ideas y más esmaltada de largas digresiones en este escrito vehemente, en el que los más vivos y diversos afectos: la ternura, la indignación, el amor delicado, el dolor, el sarcasmo, chocan y se mezclan entre sí, no es menos incontestable. Es ciertamente una de las obras más importantes de Pablo. Aunque aparentemente sólo trata cuestiones personales y casi todas circunstanciales, contiene notables resúmenes dogmáticos sobre el ministerio cristiano, cuya grandeza pone de relieve precisando su fin y su origen. En ninguna otra parte se mostró el Apóstol por modo tan completo, como realmente era, con aquella maravillosa mezcla de exquisita sensibilidad y de amenazadora energía, de humildad y de arrogancia, de seductora dulzura y de valor á toda prueba, que hacía de él un hombre especialísimo, cuya complexión moral ha asombrado en todo tiempo y llenado de admiración á los que han procurado analizar su rica y sorprendente naturaleza.

Vamos á reproducir íntegramente, con los comentarios que entraña, esta Epístola escrita sin la menor duda en Macedonia ⁽¹⁾, y probablemente en Filipos ⁽²⁾.

«PABLO, APÓSTOL DE JESUCRISTO POR LA VOLUNTAD DE DIOS, Y TIMOTEO EL HERMANO, Á LA IGLESIA DE DIOS, QUE ESTÁ EN CORINTO, CON TODOS LOS SANTOS QUE ESTÁN EN TODA LA ACAYA. GRACIA SEA Á VOSOTROS, Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE, Y DEL SEÑOR JESUCRISTO.

Vuelto Timoteo de su misión en Grecia, representa el papel que desempeñó Sóstenes en la primera Epístola.

(1) *II Cor.*, IX, 2. El Apóstol habla, en efecto, en presente, cuando dice que se gloria, *καυχώμαι*, junto á los macedonios. Está, pues, en Macedonia.

(2) En la ciudad amada, en la que Pablo debió esperar á Tito, y desde donde difundía sus luces por toda la provincia. Varios manuscritos, en particular B y la Peschito, llevan que la Epístola fué enviada desde Filipos. El elogio que hace de la generosidad de los macedonios, entre los cuales se halla, responde exactamente á lo que sabemos de los filipenses.

¿Sirvió de secretario al Apóstol? Es probable. En todo caso, había tenido parte en la creación de la comunidad de Corinto, por lo que su puesto, como hermano amadísimo y especialmente honrado, estaba naturalmente señalado aquí. La Epístola va dirigida, no sólo á los corintios propiamente dichos, sino también á todos los fieles de la provincia de Acaya, es decir, del Peloponeso, y de Hélada que se agrupaban en torno de la Iglesia primera y principal. Aunque no todos se hubiesen mezclado en sus disensiones intestinas, todos, prescindiendo de las severas reprimendas de la Epístola, debían tener en cuenta las recomendaciones que hacía á propósito de la colecta para los hermanos de Jerusalén.

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación. El cual nos consuela en toda nuestra tribulación, para que podamos también consolar á los que están en toda angustia, con la consolación, con que aun nosotros somos consolados de Dios. Porque como abundan las aficciones de Cristo ⁽¹⁾ en nosotros, así también por Cristo ⁽²⁾ abunda nuestra consolación. Porque si somos atribulados, por vuestra consolación es y salud, la cual se realiza por la paciencia en soportar los mismos sufrimientos que soportamos nosotros—en esto es firme nuestra esperanza por vosotros;—y si somos consolados, es por vuestra consolación y salud, estando ciertos que así como sois compañeros en las aficciones, lo sois también en la consolación.»

Desde las primeras líneas, deja entrever el Apóstol la alegría que le han causado las buenas noticias recibidas de Corinto, y, con suma delicadeza, da á entender que es-

(1) Las pruebas de los Apóstoles son de la misma categoría que las de Jesucristo y efectiva continuación de las mismas. De aquí la expresión *τὰ παθήματα τοῦ Χριστοῦ*, que no debe traducirse por sufrimientos *para* Cristo, pues el genitivo no tiene este sentido. V. *Filip.*, III, 10; *Col.*, I, 24; *Hebr.*, XIII, 13; *I Pedro*, IV, 1. Los fieles perseguidos son Jesús perseguido. *Hechos*, IX, 4.

(2) Habita y obra en nosotros por medio del Espíritu Santo. *Rom.*, VIII, 9, 10; *Col.*, I, 29; *Efes.*, III, 17, etc.

ta alegría refluirá, por el contenido de la presente Epístola, en los mismos que la han motivado. De las pruebas sufridas, sólo quiere guardar un recuerdo, el de que contribuirán al bien y salvación de los que ama. Hales dado él el ejemplo de la paciencia al soportarlas, y el de la energía en querer el bien al hacerles frente hasta el triunfo final. Luego, sin otra transición, y para no ahondar más en la llaga aún viva, entra en otras tribulaciones que recientemente han contristado también su apostolado, pero á las cuales son extraños los corintios.

«Porque no queremos, hermanos, que ignoréis la tribulación que tuvimos en el Asia; porque fuimos agravados desmedidamente sobre nuestras fuerzas, en tanto grado, que aun el vivir nos era pesado. Mas nosotros en nosotros mismos tuvimos respuesta de muerte, para que no fiemos en nosotros, sino en Dios que resucita los muertos, el cual nos libró y libra de tan grandes peligros; en quien esperamos que aun nos libraré, si vosotros nos ayudáis también orando por nosotros, para que por el don, que se nos ha concedido por respeto de muchas personas, por muchos sean dadas gracias por nosotros.»

Si Pablo quiere hablar aquí del motín de Éfeso provocado por el platero Demetrio, preciso es reconocer que el relato del Libro de los Hechos es muy incompleto. En efecto, no vemos en él que el Apóstol corriese realmente allí un peligro personal, ya que hasta se impidió que se presentase á los amotinados, y por cuanto abandonó á Éfeso poco después ⁽¹⁾. Sin duda que no es imposible que sus enemigos, apaciguados un día, procurasen tomar el desquite al día siguiente, y que entonces tomase la persecución las graves proporciones de que habla la Epístola. Con todo, no sólo nada lo hace sospechar en San Lucas, sino que Pablo, al declarar aquí que este peligro, superior á ⁽²⁾ sus fuerzas, dura aún y amenaza con durar largo tiempo, parece indi-

(1) *Hechos*, XIX, 30, y XX, 1.

(2) En efecto, dice que Dios los ha librado, *ἐπύσωτο*; que los libra, *λύεται*; y que los libraré otras veces. *ἐτι λύσεται*.

car algo completamente distinto de lo ocurrido en Éfeso. No podría pensarse en una enfermedad, porque el peligro ha amenazado á los compañeros de Pablo tanto como á Pablo mismo, y ni tampoco en un naufragio, puesto que el peligro ocurrió en Asia ⁽¹⁾ y no en el mar, y por cuanto continúa aún. Resta la hipótesis de la hostilidad del partido judío, que se obstinaba en perseguirle con implacable furor. Probablemente este es el peligro de que se queja ⁽²⁾, el mismo que encontrará más tarde tendiéndole asechanzas en Macedonia, de donde le obligará á salir antes de lo que pensaba ⁽³⁾. El odio sectario es el más violento de todos, por lo que no hay que asombrarse de que, por manejos de los cuales la historia apostólica no ha conservado indicación alguna, el partido judío hubiese puesto al Apóstol á dos dedos de la muerte. Sea de ello lo que se quiera, Tito, el portador de la Epístola, explicaría con más precisión en Corinto la naturaleza de los serios peligros que había corrido. El propósito de Pablo, al mencionarlos aquí, no es otro que el de interesar en favor suyo á aquellos á quienes escribe. En efecto, les dice que debe la vida á sus oraciones, y que se encomienda á su intercesión para con Dios, á fin de que le salve en lo por venir. Por otra parte, cree haber merecido el auxilio espiritual que ha recibido de ellos y en el cual confiará siempre, por cuanto sus relaciones desinteresadas, leales, completamente sobrenaturales, con las Iglesias que ha fundado, y en particular con la de Corinto, le dan derecho á contar con ellas. Así, entra resueltamente en uno de los puntos que más le interesan, en su defensa personal, necesaria por las malignas insinuaciones de sus enemigos.

«Porque nuestra gloria es esta, el testimonio de nuestra conciencia ⁽⁴⁾, que en simplicidad de corazón, y en sinceri-

(1) La expresión *ἐν τῇ Ἀσίᾳ*, aquí como en *I Cor.*, XVI, 19, sólo puede designar la provincia del Asia Menor.

(2) *I Cor.*, XVI, 9; comp. *Hechos*, XX, 19.

(3) *Hechos*, XX, 3.

(4) Este pasaje recuerda lo que Pablo dice *Hechos*, XXIII, 1; XXIV, 16, y *Rom.*, IX, 1.

dad de Dios, y no en sabiduría carnal, mas por la gracia de Dios, hemos vivido en este mundo, y mayormente con vosotros. Porque no os escribimos otra cosa, sino lo que habéis leído y conocido; y espero que lo conoceréis hasta el fin. Ya algunos de vosotros habéis conocido que somos vuestra gloria, así como también vosotros la nuestra, para el día de nuestro Señor Jesucristo.»

Síguese de aquí que Pablo fué acusado en Corinto de deslealtad y de inconsecuencia, como si hubiese escrito privadamente ó pensare algo distinto de lo que había respondido en sus Epístolas públicas. Jamás obró ni jamás obrará con doblez ni versatilidad. Con su carácter franco y resuelto, jamás dará ocasión á sus amigos para que se avergüencen de él. Si hay quien se atreve á poner en duda su rectitud, no faltará quien la defienda con energía, y esto con toda razón y derecho, como va á probarlo el Apóstol.

«Y con esta confianza quise primero ir á vosotros, para que tuvieseis un segundo beneficio. Y por vosotros pasar á Macedonia, y de Macedonia venir otra vez á vosotros, y ser acompañado de vosotros hasta la Judea. Pues, cuando yo propuse esto, ¿usé acaso de ligereza? O ¿lo que pienso, lo pienso según la carne, de manera que haya en mí SI y NO? Mas Dios es fiel testigo, que no hay SI y NO en aquella palabra, que tuve con vosotros. Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, que ha sido predicado entre vosotros por mí, y por Silvano ⁽¹⁾, y Timoteo, no ha sido SI y NO, mas ha sido SI en él. Porque todas las promesas de Dios, son en él SI; y así también son por él mismo *Amén* por nosotros á gloria de Dios ⁽²⁾. Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió ⁽³⁾, es Dios. El cual también nos

(1) Lo mismo que Silas, como se ve en *Hechos*, XVI, 25. Comp. *I Pedro*, V, 12.

(2) La traducción del griego sería realmente: «et in illo Amen Deo ad gloriam per nos» (A. Montano), mejor que la de la Vulgata: et per ipsum Amen Deo ad gloriam nostram.—N. del T.

(3) Hay aquí un juego de palabras sobre *Χριστός* y *χριστός* que no puede traducirse en nuestra lengua: Dios nos ha afirmado por el *Ungido*, el Cristo, dándonos la *unción* que nos hace cristianos, miembros de Cristo. (*)

(*) Se conservaría, por tanto, el juego de palabras, traduciendo por *Un-*

selló, y dió en nuestros corazones la prenda del Espíritu.»

No es esta la primera vez que Pablo modifica sus planes á propósito de sus visitas á Corinto. Vimos ya en la primera Epístola ⁽¹⁾ que se le quejaban por no haber realizado el viaje prometido. Se atribuía á miedo su falta de palabra, á pesar de que podían haber hallado una razón más plausible en las molestias imprevistas que le causaban diariamente las múltiples obras á que había consagrado su vida. Defendióse entonces diciendo que no había querido ir sencillamente á verlos de prisa y corriendo. Acusado de nuevo por haber modificado su itinerario, se justificará con otra respuesta. Ante todo se indigna de que le tomen por indeciso, irresoluto, flotando entre el sí y el no, y pregunta altivamente si su predicación en Corinto fué la de un hombre que no sabe lo que quiere. El Cristo que ha predicado ¿no ha sido francamente el sí más enérgico y la afirmación positiva más completa? Tras esto accede á explicar su conducta.

«Mas yo llamo á Dios por testigo sobre mi alma, de que, por perdonaros, no he pasado más á Corinto; no que tengamos señorío sobre vuestra fe, mas somos ayudadores de vuestro gozo, pues por la fe estáis en pie. Mas yo he determinado en mí, de no venir otra vez á vosotros con tristeza. ⁽²⁾ Porque si yo os contristo, ¿quién es el que me alegrará, sino el que es contristado por mí? Y esto mismo os he escrito, para que cuando pasare á veros, no tenga tristeza de los que me debiera gozar; confiando en todos vosotros, que en mi gozo es el de todos vosotros. Porque por la mucha aflicción y angustia de corazón, y con muchas lágrimas ⁽³⁾, os escribí; no para que fueseis contristados, sino

gido y ungir (Oint y oindre) dichas palabras griegas, derivadas probablemente de la misma raíz, según anotamos en *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 342.—N. del T.

(1) *I Cor.*, IV, 18.

(2) Visitó, pues, la Iglesia de Corinto en circunstancias distintas de las de su primera fundación.

(3) Según lo que hemos dicho, no se trata aquí de la epístola explicada y comentada por nosotros en el precedente capítulo; no fué escrita en la indignación y la tristeza. Pablo se refiere á otra posterior, la cual, como lo hemos

para que supieseis cuánto más amor tengo para con vosotros.»

Pablo ha cambiado, pues, de parecer para evitar á otros y á él mismo una situación penosa. De ir á Corinto en seguida, como lo había resuelto, se exponía de nuevo ⁽¹⁾ á un mal recibimiento. Cuando hay que censurar, lo mismo que cuando hay temor de excitar al punto vivo descontento, vale más escribir. Una carta es uno que habla, pero que, no oyendo, no replica y deja á los lectores tiempo para reflexionar. El Apóstol ama tanto á sus queridos corintios, que no se somete á volver á verlos de otro modo que llenos todos de alegría. ¡Le costó tanto escribirles como lo hizo! Sólo el amor que les profesa puede explicar el valor de que tuvo que revestirse. Hoy recoge la recompensa en las buenas nuevas que le ha traído Tito, nuevas que le impulsan á tocar, por medio de discreta alusión, un punto que los corintios debían comprender con medias palabras, pero que para nosotros permanece en el misterio. Pablo, en su segunda visita, había recibido un ultraje que probablemente le determinó á partir sin tardanza. Alguien le había apenado profundamente ⁽²⁾. ¿Se trata del incestuoso ó de los partidos que dividían la Iglesia? Lo ignoramos. El Apóstol sólo veladamente habla de ello, poniendo á un lado la mayoría de la comunidad que había castigado al culpable, y pidiendo para éste el perdón de la pena á que, por una epístola precedente, le había condenado.

«Y si alguno me contristó, no solamente me contristó á mí, sino á todos vosotros, á algunos por lo menos, pues no quiero exagerar en lo más mínimo ⁽³⁾. Bástale al que es

sospechado, en razón á su contenido humillante y penoso, no fué conservada por aquellos á los cuales iba dirigida. Esta es la Epístola que, al llegar á Corinto, después de la segunda visita llena de amargura á la cual acaba de aludir Pablo, había sido sustituida por la tercera visita prometida.

(1) *II Cor.*, XIII, 1.

(2) Es desesperante la excesiva concisión que con frecuencia ofrece el Sagrado Texto. Otros interpretan: Y si alguno me contristó, no me contristó sino en parte (pues me consolaba la idea de que la mayoría de vosotros permanecía firme en la fe y en la virtud). (Lo digo) para no cargar á todos vosotros (la falta de uno solo).—N. del T.

(3) Comúnmente se aplica al incestuoso todo lo que sigue, pero quizás es

tal esta reprensión hecha por muchos. Y al contrario debéis ahora usar con él de indulgencia, y consolarle; porque no acontezca que el tal sea coneuimido de demasiada tristeza. Por lo cual os ruego que le déis pruebas seguras de caridad. Y por esto también os escribí, para ver, por esta prueba, si sois obedientes en todas las cosas. Y al que perdonasteis en algo, también yo; pues yo también, si algo he condonado, lo he condonado por vosotros en persona de Cristo. Para que no seamos sorprendidos de Sata-nás; porque no ignoramos sus maquinaciones.»

Los escándalos que estallan en la comunidad cristiana no sólo affigen á los fundadores ó jefes de la comunidad, sino que contristan también á todos los buenos que hay en ella, y, en Corinto, eran la mayoría. Esta mayoría debió unirse al Apóstol para condenar al culpable y salvaguardar así su propia dignidad. La sentencia pronunciada contra el delincuente prevaleció y se ejecutó. Esto basta; la autoridad ha pronunciado la última palabra. El desgraciado así castigado, humillado, abandonado de sus partidarios, está cubierto de vergüenza y lamenta su crimen; hay que tener piedad de él é impedir que caiga en mortal desesperación. Satanás hallaría su provecho en una severidad demasiado inexorable. En presencia de Jesucristo que juzgará á los jueces de la tierra, declara Pablo que lo perdona. Y lo hace especialmente para suprimir toda causa de disentimientos en la Iglesia, é impedir que algunos de sus miembros caigan en los lazos de Lucifer. Por la honra de la comunidad le había condenado; por el bien de ella le perdona. En uno y otro caso, muestra su amor á los fieles de Corinto.

un error. Más probable es que se trate de una injuria personal recibida por el Apóstol. Suponer que el asunto del incestuoso se terminó como se indica en el presente pasaje ha hecho decir á ciertos exégetas que no habiendo tenido completo éxito contra el criminal el poder y autoridad de Pablo, habíase visto obligado á capitular hábilmente con un perdón algo forzado. Pero si el Apóstol hubiera visto realmente desconocido su poder en un asunto como el del incestuoso que interesaba á la causa del Evangelio, ¿podía capitular? Y si había capitulado, ¿qué significan las amenazas que leemos más abajo? *II Cor.*, X, 6, XIII, 2, etc.

Este amor es tan ardiente que, no obstante haber resuelto no volver á verlos sino cuando se hubiese calmado la emoción producida por sus censuras, difícilmente se resigna á tan prolongado retraso. Nada podía detenerle en el camino; su corazón le decía siempre: ¡Adelante!

«Mas cuando pasé á Troas por el Evangelio de Cristo, y me dejó entrever buen resultado el Señor, no tuve reposo en mí espíritu ⁽¹⁾, porque no hallé á mi hermano Tito; así, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia.»

Tito debía llevarle noticias de Corinto, informarlo acerca de la disposición de los espíritus y sobre el efecto de su última carta; en una palabra, decirle si podía, siguiendo los impulsos de su corazón, personarse con utilidad en la capital de Acaya, ó si convenía dilatar el viaje. Como Tito no llegaba, Pablo lo abandona todo, aun la obra apostólica emprendida en Tróade, para salirle al encuentro en Macedonia, por donde el discípulo debía pasar al volver de su misión. Pero este recuerdo de su predicación interrumpida á pesar de las grandes esperanzas que prometía, le mueve de repente á hablar de su ministerio en general, de sus dificultades, de sus medios, de sus triunfos, y la sublime digresión se convierte en una de sus más hermosas páginas.

«Mas gracias á Dios, que nos hace siempre triunfar en Jesucristo, y manifiesta por nosotros el olor del conocimiento de sí mismo en todo lugar. Porque somos para Dios buen olor de Cristo, en los que se salvan, y en los que perecen. A los unos en verdad olor de muerte para muerte; y á los otros olor de vida para vida.»

Pablo, echando una ojeada á lo pasado de su ministerio apostólico, no puede contener un grito de gratitud á Dios. Había visto él á los vencedores arrastrar en la pompa de su triunfo, no sólo á los vencidos, sino también á los soldados que les habían hecho vencer, y este espectáculo había quedado hondamente grabado en su espíritu. Esta es la idea

(1) Puede traducirse así la expresión familiar á Pablo: «me fué abierta allí una puerta.»

que evoca; y Dios se le aparece arrastrando, en su triunfo á través de los pueblos, á los Apóstoles, por cuyo valor ha conseguido la victoria. Como los turiferarios ⁽¹⁾ que escoltaban al vencedor quemaban en torno de él aromas cuyo olor se difundía á lo lejos, así los mensajeros del Evangelio siembran en su camino el conocimiento del verdadero Dios por Jesucristo, lo que es para la humanidad el más exquisito y útil de los perfumes. Desgraciadamente, por perfecto que sea el aroma, corre peligro de sufrir la suerte de las mejores cosas, y como ellas, dar la vida ó la muerte, según las disposiciones de los que lo respiran. El fuego que purifica el oro quema la paja; el sol que regocija al ojo sano hiere al enfermo. Así Jesús es, según la frase de Siméon, causa de ruina ó de resurrección aquí bajo. Su destino consiste en salvar á unos y perder á otros. Aroma divino que difunden los que preparan las vías al Dios triunfador, da la vida á las almas leales y rectas, pero mata á las que se complacen en la mentira y en la malicia hipócrita. El Evangelio de Jesucristo, es, con todo, siempre el mismo, pero aquellos á los cuales se dirige pueden hallarse en disposiciones diversas de vigor ó de debilidad; de aquí los resultados tan diferentes que obtiene ⁽²⁾.

«Y para estas cosas—exclama Pablo, visiblemente impaciente de tocar la cuestión de la grandeza, tribulaciones, esperanzas, origen y fin divinos del apostolado—¿quién es idóneo? ¿nosotros?. Sí, nosotros que no somos ⁽³⁾

(1) Estos turiferarios están mencionados en Q. Curcio, VIII, 9. Uno de los incensarios de bronce que debían agitar en el trayecto que recorría el triunfador ha sido descubierto en Pompeya. A corta diferencia eran como los usados en nuestros templos. Una de las cadenas que lo sostenían levantaba en parte, á cada balanceo, la tapadera, y aireando el fuego, se conseguía que el vapor perfumado se difundiese por todas partes.

(2) Ecuemo dice sobre este pasaje: el mismo olor que refocila á la paloma, asfixia al escarabajo.

(3) En realidad, la respuesta debe ser completada aquí con la continuación del texto en que Pablo se separa de los que falsifican la palabra de Dios é invoca á la Iglesia de Corinto, de la cual dirá muy pronto que es su epístola testimonial. Es necesario desarrollar lo demasiado conciso, y que, traducido literalmente, no dejaría entrever la consecuencia lógica del pensamiento del Apóstol.

falsificadores de la palabra de Dios como muchos; mas hablamos en Cristo con sinceridad, como de parte de Dios, delante de Dios.»

Hay en estas palabras un ataque directo contra adversarios que, parecidos á los comerciantes que falsifican el vino ⁽¹⁾ para asegurar mejor su provecho, no predicán realmente el Evangelio, sino el Evangelio adicionado de doctrinas judías, y quieren, movidos por su interés personal y sórdido, mantener la Ley allí donde nada tiene que hacer. El Apóstol supone que estos detestables predicadores son numerosos ⁽²⁾. Es la jauría que le persigue por todas partes y se alza detrás de él como el inevitable peligro de las Iglesias que funda. Así se explica la viva indignación en que va á estallar. No, su gran dolor á propósito de la comunidad corintia, no se refiere al caso aislado y definitivamente resuelto del incestuoso, sino á los disgustos, por otro concepto, profundos, que le suscitan algunas formidables hostilidades. Conoce á sus verdaderos adversarios, los ve, los oye, los acecha y recoge de sus labios las acusaciones que con ironía repite como para sustanciar su propio proceso. Con implacable facundia se servirá de ellas para aplastar á los que ataca.

«¿Comenzamos de nuevo á alabarnos á nosotros mismos ⁽³⁾? ¿ó tenemos necesidad (como algunos) de cartas de recomendación para vosotros ó de vosotros? Nuestra carta sois vosotros, escrita en nuestros corazones, que es reconocida y leída de todos los hombres. Siendo manifiesto que vosotros sois carta de Cristo, hecha por nuestro ministerio, y escrita, no con tinta, sino con Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.»

(1) La expresión *καπηλεύοντες* designa los que hacen profesión de vender al detall en la plaza pública ó en sus tiendas lo que han comprado en grandes cantidades. Se refiere principalmente á los vinateros, que tienen la costumbre de adulterar su mercancía. Así, los Setenta dicen: *Is.*, I, 22: *οἱ κάπηλοι σου μίσγουσι τὸν οἶνον ὕδατι*, y Esquilo, *Frag.*, 328 D, justifica su mala reputación con estas palabras: *κάπηλα τεχνήματα*, artificios de tabernero.

(2) En efecto dice: *οἱ πολλοί*.

(3) Alude aquí á una acusación de sus adversarios y se limita á indicarla ahora esperando volver sobre ella más tarde, cap. X-XII.

Cuando se ha fundado una Iglesia como la de Corinto, puede hablarse con piedad y con ironía de los que, no teniendo en su activo más que cartas de recomendación de Jerusalén ó de otras Iglesias, como se las llevarán también de la de Corinto, tratan de suplantar al fundador. Los títulos de estos reformadores que procuran arruinar, ó por lo menos, deformar la obra de Pablo, están escritos con tinta en el papel y los llevan en sus manos. Pablo lleva los suyos desde luego en su corazón, porque son su alegría, su consuelo, su recompensa de apóstol; són sus amados corintios, carta viviente y patente, dictada por Jesucristo, y no por algunos protectores, carta escrita, no con tinta, con la de los hombres, sino con el Espíritu Santo, que ha grabado todas sus palabras, no en tablas de piedra, sino en el fondo de los corazones. El que tiene en su favor semejante carta, que todo el mundo puede leer y apreciar, probablemente no tendrá necesidad de otras recomendaciones, y perdería el tiempo demostrando que es capaz de difundir el buen olor de Jesucristo en la vía triunfal en que Dios le arrastra. Donde se imponen los hechos, están demás los largos razonamientos.

«Y tenemos tal confianza en Dios por Cristo. No que seamos suficientes de nosotros mismos para pensar algo, como de nosotros; mas nuestra suficiencia viene de Dios ⁽¹⁾. El que también nos ha hecho ministros suficientes del Nuevo Testamento, no por la letra, mas por el espíritu; porque la letra mata, y el espíritu vivifica.»

Dase aquí la contestación á la pregunta formulada más arriba, por la cual Pablo se engolfaba de repente en sus profundas consideraciones sobre el apostolado. Declara que se considera incluído en el número de los que realizan en

(1) Pablo vuelve, explicándola con más claridad, á la pregunta que se ha formulado, II, 16: ¿A quién puede convenir el papel de apóstol? La palabra *ικανός* (*suficiente, idóneo*) es, en efecto, repetida intencionadamente por tres veces con algunas variantes: *ικανοί εσμεν, ἡ ικανότης ἡμῶν, ἰκάνωσεν ἡμᾶς*. Aplicándosela, formula el Apóstol la respuesta afirmativa que más arriba hemos supuesto. Sólo que precisa su trascendencia por medio de las restricciones que le dicta la humildad cristiana.

verdad la grande y santa obra del Evangelio. No que saque de su propio fondo nada de lo bueno y útil perteneciente á este sublime ministerio; lejos de él semejante presunción. Confiesa que todo, absolutamente todo, le viene de Dios y de Jesucristo, del cual es ministro, portavoz, instrumento pasivo; de modo que, en él, la individualidad humana se borra por completo para dejar toda iniciativa, toda acción, todo triunfo á Dios sólo por Jesucristo, en la obra de la Nueva Alianza substituída á la Antigua.

Por la súbita relación que establece entre las dos Alianzas, vemos que continúa teniendo ante la vista, como una obsesión dolorosa, á aquellos judío-cristianos que eran la piedra de escándalo de su ministerio; quiere desenmascararlos de todos modos. La comparación entre la Ley, en la cual creen que han de permanecer los hombres, y el Evangelio, que debe ser la única religión de lo por venir, está bien hecha. Aquélla es letra árida, y prescribe actos, pero carece por sí misma del poder de salvar; éste es espíritu vivificador, que penetrando hasta en las últimas profundidades del alma humana, le da la salvación por la redención. La una es *muerte*, sobre todo después del Calvario, el otro es *vida*. El ministerio de éste será, pues, glorioso de distinto modo que el ministerio de aquélla; el hombre no puede imaginar mayor honor que el de consagrarse á él.

«Y si el ministerio de la letra ⁽¹⁾ grabado en piedras, apesar de ser ministerio de muerte, fué en gloria, de manera que los hijos de Israel no podían mirar á la cara de Moisés por la gloria de su semblante, la que había de perecer, ¿cómo no será mucho más en gloria el ministerio del Espíritu? Porque si el ministerio de condenación fué gloria, mucho más abunda en gloria el ministerio de la justificación. Porque lo que resplandeció en esta parte, no fué glorioso á vista de la sublime gloria. Porque si lo que

(1) Hemos creído poder restablecer aquí las antítesis que sólo imperfectamente indica Pablo, oponiendo nosotros al ministerio del *espíritu*, no el de la *muerte*, sino el de la *letra*, y al de la *condenación*, no el de la *justicia*, sino el de la *justificación*.

perece es por gloria, mucho más es en gloria lo que permanece. Así, pues, teniendo tal esperanza, hablamos con mucha confianza. Y no como Moisés que ponía un velo sobre su rostro, para que los israelitas no fijasen la vista en su cara, cuya gloria había de perecer ⁽¹⁾. Por lo cual los sentidos de ellos quedaron embotados; pues hasta el día de hoy permanece en la lección del Antiguo Testamento el mismo velo sin alzarse impidiéndoles ver que este Testamento está abolido en Cristo ⁽²⁾. Y aun hasta el día de hoy, cuando leen á Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Mas cuando se convirtiere al Señor, será quitado el velo. Porque el Señor es Espíritu; y en donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Así, todos nosotros, registrando como en un espejo ⁽³⁾, á cara descubierta la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen ⁽⁴⁾, como por el Espíritu del Señor.»

Como siempre, las imágenes se presentan con rapidez á la ardiente fantasía del Apóstol, y pasa de una á otra por simple asociación de palabras ó de ideas, sin seguirlas siempre hasta el fin. Así, ha tomado como punto de partida de la glorificación del ministerio evangélico, la afirmación de su superioridad como permanencia sobre el de la antigua Ley, observando que, si éste fué suficientemente

(1) Es decir, del prodigioso, pero momentáneo esplendor de su rostro. El pasaje del Exodo, XXXIV, 33-35, á que alude aquí Pablo, ha sido traducido de modo diferente por la Vulgata y los Setenta, probablemente porque debía haber dos versiones del texto hebreo. Así, la Vulgata leyó que Moisés cubría su rostro cuando *les* hablaba á ellos, esto es, á los israelitas, en tanto que los Setenta dicen: «Volvió á echar el velo sobre su rostro hasta que volvía á hablar de nuevo *con él*, es decir, con el Señor. Los vers. 10 y 16 parecen indicar que Pablo sigue á los Setenta; de aquí que deba seguirse su alegórica exposición según su texto y nuestro hebreo actual.

(2) Varios traducen, pero probablemente mal: «Este velo permanece sobre su corazón sin ser levantado, porque no se quita sino por Cristo.»

(3) Este es el sentido de *κατοπτρίζομενοι*. En la voz activa *κατοπτρίζω* quiere decir *mostrar en un espejo*, y en la voz media, *mirarse en un espejo*. Diógenes Laercio, II, 33; Artemidoro, *Oneir.*, II, 7; Filón, *Alleg. Legis.*, III, 33. Aquí el espejo es el Evangelio.

(4) Otros traducen: «De la gloria en la gloria,» es decir, «de la gloria del Señor en nuestra gloria;» y más claro: «la gloria del Señor convirtiéndose en gloria nuestra.»

glorioso para hacer que resplandeciera con luz divina el rostro de Moisés, sólo fué en realidad por modo intermitente. El gran legislador, cubriendo y descubriendo alternativamente su faz, no se dejaba ver con su luminosa radiación más que cuando, al regresar de hablar con Dios, debía hablar al pueblo. Este símbolo decía claramente lo que la antigua Ley tenía de transitorio. En el ministerio de la nueva, la iluminación de los amigos de Dios es permanente y universal. No es ya un solo hombre, pero son todos los hombres, apóstoles y fieles ⁽¹⁾, los cuales reproducirán, no sin duda por un fenómeno físico, sino por una transformación moral, por otro concepto importante, la gloria misma de Dios en su vida, y esto, no por intervalos, sino por un progreso continuo. Ahora bien, entre estas dos ideas que se enlazan muy naturalmente, interesaba Pablo, á propósito del velo de Moisés, una serie imprevista de consideraciones sobre el estado de los judíos frente á la verdad religiosa. Este velo que impide comprender la Ley, interponiéndose entre ella y los hijos de Israel, ora cubra el libro, ora envuelva los corazones que quieren leer, le parece el obstáculo fatal á la conversión de Israel. Por una aparente petición de principio, que no deja de ser un hecho de orden religioso incontestable, es preciso que este velo caiga para que puedan ver y convertirse. Ahora bien, sólo cuando uno se ha convertido cae en realidad. Así para creer las cosas santas, como lo había dicho Jesús ⁽²⁾, preciso es empezar por gustarlas, y para gustarlas plenamente, preciso es creerlas.

En todo caso, tan pronto como el velo cae, entra el hombre en nuevas condiciones de vida religiosa. La antigua Ley ya no tiene para él razón de ser, queda emancipado de ella. El espíritu de Dios la reemplaza, y este espíritu da al alma su santa libertad. Entonces es cuando se obra en ella un maravilloso trabajo de transformación. Contempla á Jesucristo, que no oculta su faz, y en esta

(1) Se dice, en efecto: *ἡμεῖς διὰ πάντες*.

(1) *Juan, X, 38.*

contemplación, recibe las divinas iluminaciones del Salvador. He ahí la historia ó la virtud del Evangelio; dicta los deberes y revela la grandeza de los que la anuncian.

«Por lo cual teniendo nosotros esta administración, según la misericordia que hemos alcanzado, no desmayamos. Antes desechamos los disimulos vergonzosos, no andando en astucia, ni adulterando la palabra de Dios, mas recomendándonos á nosotros mismos á toda conciencia de hombres delante de Dios en la manifestación de la verdad. Y si nuestro Evangelio aun está encubierto, en aquellos que se pierden está encubierto. En los cuales el dios de este siglo cegó los entendimientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo, Señor nuestro, y que nosotros somos vuestros siervos por Jesús. Porque Dios, que dijo que de las tinieblas resplandeciese la luz, él mismo resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.»

He ahí el ministerio apostólico, tal como Pablo lo comprende. Ante todo, el Apóstol es franco, leal, intrépido, y descubre por completo, sin astucias, reservas ni prejuicios personales, el Evangelio á quien quiere ver. Así es como se impone á la estimación de los hombres. Tras esto, si no todos ven la verdad, no es por culpa del predicador, sino por obra del Príncipe de este mundo que impide que llegue la luz á los ojos de muchos. El Apóstol emplea su vida en hacer brillar en todo su esplendor sobre la fisonomía de Cristo, en la que Dios se muestra en su infinita bondad y belleza, esta luz de la nueva creación, que plugo á Dios hacer brotar en medio de las tinieblas que envolvían el alma de Pablo, como, en el principio, hizo brotar del caos sobre la creación humana la que iluminó al mundo naciente. He ahí el fin gloriosísimo del apostolado. Parece muy superior á las débiles fuerzas de los que deben realizarlo; pero la delegación divina presta un poder incomparable á los más débiles obreros.

«Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la alteza sea de la virtud de Dios, y no de nosotros. En todo padecemos tribulación, mas no nos acongojamos; estamos en apuros, mas no quedamos sin recurso. Padece-mos persecución, mas no somos desamparados; somos abatidos, mas no perecemos. Trayendo siempre la muerte de Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos. Porque nosotros, que vivimos, somos á cada paso entregados á muerte por Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal. De manera que la muerte obra en nosotros, mas la vida en vosotros. Pero teniendo el mismo espíritu de la fe, conforme está escrito: Creí, por lo cual hablé ⁽¹⁾; nosotros también creemos, y por eso hablamos. Estando ciertos que el que resucitó á Jesús, nos resucitará también á nosotros con Jesús, y nos colocará con vosotros. Pues todo es por vosotros, para que la gracia, que abunda por el hacimiento de gracias de muchos, redunde en gloria de Dios.»

Para Pablo el ministerio apostólico es, pues, la gracia, la luz, la santificación, la vida, puestas por Dios á la disposición del hombre que ha escogido para convertirlo en instrumento de salvación, pero hombre á quien Dios hace sentir sin cesar su nada, entregándole á todas las tribulaciones, trabajos aplastantes, inquietudes, persecuciones y reveses, que hacen de su vida algo así como un prolongado dolor y una perpetua humillación. Quiere así impedirle que se crea algo cuando no es otra cosa que el socio ó continuador de los sufrimientos de Jesucristo, como también de su ministerio. Á decir verdad, en el momento mismo en que el hombre parece morir de pena, interviene Dios para reanimar su vida, dando á sus fuerzas agotadas un auxilio repentino; á su celo exhausto, medios inesperados; á su valor agostado, un aliento súbito y vigoroso, á su al-

(1) La frase está tomada del *Salmo CXV*, 1, según los *LXX*. El hebreo (*CXVI*, 10) dice «*Confíaba yo, cuando yo decía: estuve muy afligido.*»—Nota del T.

ma quebrantada y debilitada por la tempestad, una serenidad imprevista que asegura el triunfo final de Jesucristo. De suerte que de la muerte perpetua ó del sufrimiento cotidiano del Apóstol, nace la vida de los fieles. Este pensamiento constituye la gran alegría de Pablo. Siéntese feliz de engendrar á este precio á sus amados corintios y de prepararlos á comparecer con él ante el Juez Supremo. ¿No fué él condenado á este duro trabajo de apostolado en el camino de Damasco? El llamamiento que entonces transformó todo su ser, ¿ha cesado de estimularlo y de obligarle á hablar para asegurar la santificación de las almas y la glorificación de Dios?

«Por tanto no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre, que está fuera, se debilite, sin embargo el que está dentro; se renueva de día en día. Porque lo que aquí es para nosotros de una tribulación momentánea y ligera ⁽¹⁾, engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria. No atendiendo nosotros á las cosas que se ven, sino á las que no se ven; porque las cosas que se ven, son temporales, mas las que no se ven, son eternas ⁽²⁾.»

La esperanza, que mira más allá de la tierra y más lejos que la vida presente, es la virtud que sostiene al ministro del Evangelio en medio de sus más duras pruebas. Á medida que la muerte destruye su ser visible, siente crecer en él el ser invisible, el que es para la vida eterna, y saluda por adelantado la recompensa inefable que le está reservada. Con acento de fe y de amor que nos conmueve, exclama Pablo:

«Porque sabemos que si nuestra casa terrestre, en la que habitamos como en una tienda ⁽³⁾, fuere deshecha, tenemos

(1) Literalmente τὸ παραπίκα εὐφρόν, *el fardo ligero de lo presente* pesa poco en la balanza, en comparación del *peso eterno*, αἰώνιον βάρος.

(2) Séneca, *Epist.* 59, dice algo semejante: «Ista imaginaria sunt et ad tempus aliquam faciem ferunt. Nihil horum stabile nec solidum est. Mittamus animum ad ea quae aeterna sunt.»

(3) Este es quizás el mejor modo de traducir el giro singular empleado por Pablo: ἡ ἐπιγείως ἡμῶν οἰκία τοῦ σκηνῶν.

de Dios un edificio, casa no hecha de mano, que durará siempre en los cielos. Y por esto también gemimos en esta pobre tienda, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación ⁽¹⁾, que es del cielo, porque es cierto que después de habernos despojado ⁽²⁾ de este cuerpo terrestre, no podríamos encontrarnos desnudos. Porque mientras estamos en este tabernáculo, gemimos agobiados, porque no queremos ser despojados, sino revestidos, de suerte que lo que es mortal, se lo sorba la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo, es Dios, que nos ha dado como prenda su Espíritu.»

La muerte no podía, pues, espantar el Apóstol. La saluda como á la libertadora que, echando por tierra la miserable tienda donde se abriga su alma aquí bajo, ha de ponerle en posesión de la morada divina que Dios le ha preparado allá arriba. Á cada golpe que aquella da, se desnuda insensiblemente el cuerpo, pero no para permanecer desnudo; el vestido glorioso y eterno vendrá en el último instante para ponerse encima de lo que reste de la envoltura orgánica del alma. Pablo no precisa las condiciones en que esto se verificará, pero nos muestra á la pobre humanidad, á pesar de gemir bajo el peso del cuerpo y de sus malos instintos, espantada por lo menos de verle pe-

(1) La expresión *οικητήριον ἐπενδύσασθαι*, *revestir una habitación, un domicilio*, tiene algo de extraño. Pablo, que no se propone conseguir la perfección literaria, la adopta, porque no quiere sacrificar ninguna de las dos imágenes que evoca. La del *vestido* le servirá para desarrollar su pensamiento, en tanto que mantiene la de la *habitación ó casa* en oposición á la idea de *tienda* y para señalar la solidez de lo que Dios ha preparado á los elegidos en la eternidad.

(2) Seguimos la lección *εἴτε ἐκδυόμενοι*. De los que leen *ἐνδυσόμενοι* con *εἴτε καί*, unos traducen: «Porque ciertamente, nos hallaremos vestidos y no desnudos», como si el Apóstol afirmara, por una tautología voluntaria, la realidad del vestido de gloria reservado á los elegidos; los otros: «Si por lo menos nos hallamos vestidos y no desnudos», es decir, con obras de justicia en nuestro haber. Finalmente, varios suponen que Pablo, volviendo á su teoría sobre el estado inmediato del hombre después de la muerte, *I Cor.*, XV, 51, se refiere aquí á la envoltura que parece conceder al alma como un organismo necesario para vivir con Jesucristo, mientras espera la resurrección de los cuerpos; y explican *ἐπενδύσασθαι*, *revestirse por encima*, del acto por el cual, sobre un primer vestido indispensable al alma, sobrevendrá el vestido celestial.

recer insensiblemente, por cuanto parece temer que sea esto para ella el fin de todas las cosas, y suspirando con ardor por el estado celestial que, finalmente, debe superponerse al estado terrestre y hacerla pasar así del tiempo á la eternidad. La vida en Dios; tal es la esperanza que explica todos los sacrificios. Esta esperanza se apoya en la garantía divina, desde el momento en que los fieles han recibido el Espíritu Santo como arras de la gloria eterna.

«Por esto vivimos siempre confiados, sabiendo que mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor. (Porque andamos por fe, y no por visión). Mas tenemos confianza, y queremos más ausentarnos del cuerpo, y estar presentes al Señor. Y por esto procuramos con tesón, ora presentes en nuestro cuerpo, ora ausentes de él, serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba, según lo que ha hecho, ó bueno ó malo, estando en el propio cuerpo.»

Cualquiera que sea la unión del fiel con Jesucristo en la vida presente, difiere tanto de la unión en la vida futura como la fe difiere de la visión, y la esperanza, de la posesión perfecta. He ahí por qué es lícito saludar como un bien la muerte, que nos hace pasar, del medio transitorio y de prueba en que ahora vivimos, al medio definitivo y de recompensa que nos prepara el porvenir. Sólo que no debemos olvidar que este porvenir será el que nos hayamos preparado con nuestras obras en lo presente. La perspectiva del juicio de Dios, que Pablo evoca aquí, le vuelve á llevar á la acusación de que se había apartado por tan larga digresión. Se dirigirá, pues, á los que le echaban en cara que se elogiaba á sí mismo.

«Ciertos, pues, del temor que se debe al Señor, persuadimos á los hombres; mas á Dios estamos descubiertos; y espero que también estamos descubiertos en vuestras conciencias. No nos alabamos de nuevo á vosotros, mas solamente os damos ocasión de gloriaros por nosotros, para

que tengáis que decir á los que se glorian ⁽¹⁾ en la apariencia, y no en el corazón. Porque si somos locos, es para Dios; y si somos prudentes ⁽²⁾, es para vosotros. Porque el amor de Cristo ⁽³⁾ nos estrecha; considerando esto, que si uno murió por todos, por consiguiente, todos son muertos con él ⁽⁴⁾. Y Cristo murió por todos, para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó.»

Pablo explica lo que hay á la vez de excesivo y templado, de amor transportado y de caridad paciente en su vida, por la impresión que le produce el misterio de la muerte expiatoria del Señor. Le ve clavando en la cruz á la humanidad entera, haciéndola, por decirlo así, morir en su propia muerte. Sólo que no basta que haya sido ofreci-

(1) Las palabras *τοὺς ἐν προσώπῳ καυχωμένους* parecen, en efecto, designar á los hipócritas, adversarios de Pablo que procuran darse importancia por medio de falsos alardes de celo, caridad y santidad, sin que nada de esto haya en su alma. Varios, sin embargo, ven en *ἐν προσώπῳ* ventajas externas, brillante palabra, ciencia humana, relaciones de parentesco ó de amistad, por oposición á las virtudes reales que faltan al hombre moral.

(2) El verbo *ἐξίστημι*, aun sin añadirle *τῶν φρενῶν*, significa con frecuencia *estar fuera de sí*, haber perdido el sentido; así, *Marcos*, III, 21. Los adversarios de Pablo, viendo sus obras extraordinarias de celo, su valor en las pruebas, su audacia á pesar de su debilidad, su elevada idea de su misión, sus ataques al judaísmo, el ideal que se había formado de la idea cristiana, repetían: «¡No está en sus cabales, ha perdido el sentido!» Esta es la acusación que recoge aquí el Apóstol. Más tarde, Festo la formulará más explícitamente contra él, *Hechos*, XXVI, 24, *Ἐξίστημεν*, *somos locos*, se opone *σωφρονούμεν*, *somos prudentes*.

(3) Se ha preguntado si había que entender por *ἡ ἀγάπη τοῦ Χριστοῦ* el amor del Apóstol á Cristo ó el amor de Cristo á los hombres. San Crisóstomo y la mayoría de los comentadores adoptan este último sentido, y con razón, porque, por modo contrario á la manera de hablar de Juan, en Pablo el amor de alguien no es el amor por alguien. Cuando quiere expresar este último sentido, en vez del genitivo emplea *eis* con acusativo. *Comp. Col.*, I, 4; *II Tesal.*, 2, 10, etc. En el caso presente, el Apóstol tiene ante los ojos el gran acto de amor de Aquel que murió por todos. (*)

(4) Había encerrado en sí la humanidad entera, á fin de que, asociada á su muerte por la ofrenda que hacía á su Padre, tuviese derecho á la salud comprada con la Redención. Con todo, sólo participa en realidad de esta salud si se une libremente á la muerte expiatoria del Redentor. De aquí estas expresiones del Apóstol: *confixus sum*, *Galat.*, II, 19; *mortui estis*, *Col.*, III, 3; *consepulti estis*, *Col.*, II, 12.

(*) Es decir que *caritas Christi* significa el amor que Cristo tiene; pues, de lo contrario, habría dicho *caritas in Christum*.—N. del T.

da á Dios por esta asociación general de sacrificio, sino que es preciso, si quiere beneficiarse de él, que en él tome parte por el acto libre que nos hace morir á todo lo que no es Jesús muerto y resucitado. ¿Sería posible que el Hijo de Dios hubiese puesto, por un acto de amor tan prodigioso, la salvación al alcance del hombre, y que el hombre no estuviese dispuesto á rechazarlo todo, á suprimirlo todo, á detestarlo todo, para no pertenecer sino á Aquel por quien se opera la salvación? Esta concepción del Evangelio, por otra parte, admirablemente presentada en su forma sensible por la Eucaristía, hace que Pablo considere el mundo bajo un aspecto nuevo, y dominado por esta idea, que es la llave que le revela el enigma de la obra maestra del amor divino, ya no quiere ver, ni saber, ni predicar más que á Jesucristo crucificado.

«Y así nosotros desde hoy más no conocemos á ninguno según la carne. Y si conocimos á Cristo según la carne, mas ahora ya no le conocemos así.»

Ya no ve á Jesús haciendo milagros, instruyendo á las muchedumbres, convirtiéndose en modelo de todas las virtudes, como le veía al principio de su ministerio, sino á Jesús personificando á la humanidad y arrastrándola á la muerte expiatoria; á Jesús crucificado, que es preciso apreciar en su acto de sumisión, de humildad, de súplica ante su Padre; al Redentor, en fin, en el acto supremo por medio del cual satisface á la justicia divina. De suerte que todos los hombres deben ser considerados, no ya desde el punto de vista de sus méritos personales según la carne, sino desde el punto de vista de su unión á la víctima divina, resumiéndose toda vida cristiana en esta comunión con Jesús muriendo, del mismo modo que la vida de Jesús halla su razón de ser, su última palabra, su completo y perfecto desarrollo en su muerte expiatoria.

«Así, si alguno está con Cristo, es ya una nueva criatura; las cosas viejas ya pasaron: he aquí que todas son hechas nuevas. Y todo esto es obra de Dios, que nos reconcilió á sí por Cristo, y nos dió el ministerio de la reconciliación.

Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo, no imputándoles sus pecados, y puso en nosotros la palabra de la reconciliación. Nosotros, pues, somos embajadores en nombre de Cristo, como que Dios os amonesta por nosotros; os rogamos por Cristo, que os reconciliéis con Dios. A aquel que no había conocido pecado, le hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.»

He ahí en verdad, en términos tan profundos como precisos, todo el pensamiento del Apóstol, tal como lo seguimos hace un momento. Dios vuelve á encontrarse con los hombres en Jesús muriendo en la cruz, como en una cita en que es dado á los extremos tocarse; y allí, en el alma del Hombre-Dios, obra Él mismo la reconciliación. Por medio de ella perdona á los que le han ofendido, ó por lo menos, ofrece el perdón á los que lo desean incorporándose á su Hijo, á este Hijo á quien trató como al pecado mismo, por más que nunca tuvo nada de común con el pecado. La consecuencia de tan extremada severidad es que, si el Hijo tomó sobre sí nuestro pecado, nos compró, en cambio, el derecho de revestirnos de su propia justicia. Todo el cristianismo consiste en esto, y Pablo lo predica en nombre de Dios, suplicando á los hombres que oigan su voz y vayan á la saludable reconciliación.

«Y así nosotros, como coadjutores, os exhortamos á que no recibáis la gracia de Dios en vano. Porque él dice: Te oí en tiempo agradable, y te ayudé en día de salud ⁽¹⁾. He aquí ahora el tiempo favorable, he aquí ahora el día de la salud. Por nuestra parte, no damos á nadie ocasión de escándalo, para que no sea vituperado nuestro ministerio. Antes en todas cosas nos mostramos como ministros de Dios, con mucha paciencia en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en sediciones, en trabajos, en vigiliass, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en mansedumbre, en Espíritu Santo, en cari-

(1) El texto de Isaias XLIX, 8, lleva: «Así habla el Eterno: En el tiempo de la gracia te escucharé, y en el día de la salvación te socorreré.»

dad no fingida, en palabra de verdad, en virtud de Dios, por armas de justicia á diestro y á siniestro; por honra y por deshonra; por infamia y por buena fama; como seductores, aunque verdaderos; como desconocidos, aun que conocidos; como muriendo, y he aquí que vivimos; como castigados, mas no amortiguados; como tristes, mas siempre alegres; como pobres, mas enriqueciendo á muchos; como que no tenemos nada, mas poseyéndolo todo.»

Así, el Apóstol cree que ha observado una conducta irreprochable en todas las situaciones en que se ha encontrado, por penosas que hayan sido. Enuméralas aludiendo á la multitud de obstáculos que dificultan su ministerio, pero que, faltos de documentos, no podemos precisarlos hoy en día. Haber aceptado todas las pruebas, practicando, al superarlas, todas las virtudes, no obstante las apreciaciones halagadoras ó despreciativas de los hombres; haber conservado la santa alegría del alma en medio de los más vivos dolores, la caridad bajo el imperio de las más crueles injusticias, parecele que equivale á haber sido fiel á su deber y haber honrado su misión. Con toda sencillez se gloria de ello; pero de repente se detiene, sorprendido de haberse abandonado así en la intimidad, y casi lamentando y reprochándose lo que acaba de decir.

«Nuestra boca abierta está para vosotros, ¡oh Corintios! nuestro corazón se ha dilatado. No estáis estrechos en nosotros, mas estáis estrechos en vuestras entrañas. Y correspondiendo igualmente, os hablo como á hijos, ensanchaos también vosotros.»

El padre, dominado por toda su ternura, vuelve á tomar aquí la palabra. La sencillez con que ha manifestado su interior es prueba del afecto que siente por la Iglesia corintia, afecto que se le corresponde por modo insuficiente, por que comprende que no se le ha pagado completamente en la misma moneda. ¿Por qué esta actitud en sus discípulos predilectos? Porque reclama de ellos inexorablemente sacrificios sin los cuales no pueden aspirar á la salvación. En el fondo se quiere ser cristiano ó no se quiere ser. No

hay que buscar en el Evangelio una moral que se acomode á las pretensiones ó caprichos de los hombres. La moral evangélica es categóricamente inflexible, obligatoria. Hay que aceptar la ley de Jesucristo ó rechazarla.

«No traigáis yugo ⁽¹⁾ con los infieles; porque ¿qué comunicación tiene la justicia con la injusticia? O ¿qué compañía la luz con las tinieblas? O ¿qué concordia Cristo con Belial ⁽²⁾? ¿qué parte tiene el fiel con el infiel? O ¿qué concierto el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios vivo, como dice Dios ⁽³⁾: Que yo moraré en ellos, y andaré entre ellos; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo. Por tanto salid de medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo que es inmundo; y yo os recibiré; yo seré Padre, y vosotros me seréis en lugar de hijos é hijas, dice el Señor todopoderoso. Teniendo, pues, nosotros estas promesas, muy amados míos, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando nuestra santificación en temor de Dios.»

La vida pagana es incompatible con la cristiana merced á una multitud de aspectos, de ideas morales y religiosas: sensualismo, afición á la tierra, prácticas idolátricas, libertinaje en todas sus formas. Preciso es tomar una decisión, y, sin romper las relaciones necesarias con una sociedad que, no obstante sus desórdenes, es nuestro medio obligatorio, deberán negarse á pactar con cualquiera de sus má-

(1) La imagen que sugiere á Pablo la palabra *ἐρεπόμενοι* parece ser la de la unión, bajo un mismo yugo, del buey y del asno prohibida por el *Deut.*, XXII, 10. Comp. *ἐρεπόμενος* en *Levit.*, XIX, 19.

(2) Es casi seguro que hay que leer á Beliar según los mejores textos. Los judíos helenistas cambiaban frecuentemente la λ en ρ, y nosotros vemos esta transformación del hebreo Belial, *el malo*, en Beliar, en el Test. de los XII Patriarcas, en San Ignacio, en los *Can. Apost.* y en los Padres del siglo II. (*)

(3) Pablo cita desde luego libremente el *Levit.*, XXVI, 12, según los Setenta; luego continúa por *Isaías*, LII, 11, que reproduce libremente también, con una reminiscencia de *Ezequiel*, XX, 34. La promesa final: *Y yo os recibiré*, etc., no se halla en parte alguna de los Libros Santos. *II Reyes*, VII, 14; *Jeremías*, XXXI, 9, la recuerdan vagamente.

(*) *Beli-ya'al* significa literalmente: *sin-utilidad, de ningún provecho*; de aquí, *maldad, vileza*.—N. del T.

ximas, de sus errores, de sus licencias contrarias al Evangelio. Hay que sacrificarlo todo, por doloroso que sea, antes que infringir la ley de Dios; he ahí lo que siempre ha impuesto el Apóstol, negándose á toda transacción. De aquí su descontento. ¡Cuán poco razonables se han mostrado! Cuando uno posee las promesas divinas y se compromete á convertirse en padre de los que rompen con los infieles y los impuros, ¿hay que vacilar? ¿puede considerar como dura la orden de separarse de la muerte para ir á la vida?

«Dadnos lugar ⁽¹⁾. A nadie hemos hecho injuria, á nadie hemos pervertido, á nadie hemos engañado. No lo digo para condenaros, porque ya os dije antes de ahora, que estáis en nuestros corazones en muerte y en vida ⁽²⁾. Tengo grande confianza de vosotros, y mucho motivo de gloriarme por vosotros; lleno estoy de consolación, abundo sobremanera de gozo en toda nuestra tribulación.»

Así, pues, queda hecha la paz, al menos por parte de Pablo. Las nuevas que ha recibido de Corinto le han indemnizado ampliamente de su largo y penoso descontento. Consagra á su querida Iglesia todo su afecto, y pide en cambio todo el de ella. Que se olvide lo pasado. Finalmente, no ha hecho mal á nadie; por lo contrario, quiere el bien de todos. Lo ha querido y lo ha conseguido, pero á trueque de angustias que revelan toda la ternura de su corazón. Si las expone aquí, es para reconquistar mejor la estimación y el amor de aquellos que ha salvado. Así, su boca continúa abriéndose para sus queridos hijos, y con

(1) La expresión *χωθήσατε ἡμᾶς*, quiere decir: *alejadnos en vos*. La misma expresión se emplea en *Juan*, II, 6, al hablar del vino que podían contener las ánforas de Caná, y en *Marcos*, II, 2, á propósito de la casa en que predicaba Jesús, casa que no podía contener la muchedumbre. Vémosla usada en el sentido que Pablo le da aquí en Tucídides, II, 17, 3; Herodoto, IV, 61.

(2) Hemos traducido por esta locución familiar el texto *εἰς τὸ συναποθανεῖν καὶ σὺζῆν*, que parece entrañar, no obstante, otro matiz. En efecto, Pablo coloca la muerte antes que la vida, ya porque, en medio de las persecuciones, la ve inminente, ya porque, al hablar de la vida considera la eternidad. En todo caso, su afecto á los corintios es tal, que no quiere entrever ninguna hipótesis de separación.

toda sinceridad va á confesarles las dolorosas inquietudes que durante estos últimos meses han causado ellos á su paternal afecto. Hales dicho ya que la impaciencia de conocer su disposición de ánimo con respecto á él, le había hecho abandonar bruscamente á Tróade y el fructuoso ministerio que realizaba allí. Con una sencillez y una vivacidad de sentimientos que son el mejor ornamento de su hermosura, acabará ahora sus primeras confesiones.

«Porque aun cuando pasamos á Macedonia, ningún reposo tuvo nuestra carne, antes sufrimos toda tribulación; combates de fuera, temores de dentro. Mas Dios, que consuela á los humildes, nos consoló con la venida de Tito; y no sólo con su venida, mas también con la consolación, que él tuvo en vosotros, contándonos vuestro deseo, vuestro llanto, y vuestro celo por mí; de manera que yo recibí más gozo. Por cuanto aunque os contristé con aquella carta, no me arrepiento, sin embargo de que lo sintiera antes, viendo que aquella carta os contristó (aunque por poco tiempo). Ahora me gozo, no porque os contristasteis, sino porque os contristasteis para arrepentimiento. Porque os contristasteis según Dios, de manera que ninguna pérdida habéis padecido por nosotros. Porque la tristeza que es según Dios, engendra para la salud un arrepentimiento, del que no hay que arrepentirse ⁽¹⁾; mas la tristeza del siglo engendra muerte. Y ved aquí, este mismo contristaros según Dios, cuánta solicitud engendra en vosotros; mas aun defensa, mas indignación, mas temor, mas deseo, mas celo, mas venganza. En todo os habéis mostrado puros en este negocio. Y así, aunque os escribí, no lo hice por causa de aquel que hizo la injuria, ni por el que la padeció ⁽²⁾; sino para manifestar nuestra soli-

(1) Ἀ μετανοίαν y no ἄ σωτηρίαν hay que referir ἀμεταμέλητον. Los latinos traducirían por *poenitentiam non poenitentiam*.

(2) Persistimos en creer que se trata aquí, no del incestuoso de Corinto y de su padre, sino de alguien que había ultrajado á Pablo y de Pablo mismo como se ha dicho más arriba, II, 5 y sigs. Los dos términos ἀδικήσαντος y ἀδικηθέντος parecen insuficientes para condenar el crimen del hijo incestuoso y la injuria inferida al padre. Por otra parte, la fórmula vaga, τὴν σπουδὴν ὑμῶν

itud, que tenemos por vosotros delante de Dios; y por esto nos hemos consolado; mas en nuestra consolación, aun más nos hemos gozado por el gozo de Tito, por cuanto su espíritu fué recreado de todos vosotros; y si en alguna cosa yo me he gloriado con él de vosotros, no me avergüenzo de ello; antes bien como todo lo que habíamos dicho de vosotros fué en verdad, así también el habernos gloriado con Tito, se ha hallado ser verdad. Y sus entrañas están muy aficionadas á vosotros, cuando se acuerda de la obediencia de todos vosotros, de cómo le recibisteis con temor y con reverencia. Me gozo de que tengo confianza de vosotros en todo.»

Todo ha cambiado, pues, y las inquietudes de Pablo se han desvanecido. Lamenta haber afligido á los que ama, pero se considera dichoso de haber tenido el valor de contristarlos, por cuanto era el medio de salvarlos. Tratada con indulgencia, la Iglesia de Corinto corría peligro de perderse. Preciso era hacer prevalecer el principio de autoridad y el respeto á la autoridad allí donde el espíritu de partido y la insubordinación empezaba á comprometerlo todo. Sólo derramando abundantes lágrimas, se ha decidido el Apóstol á administrar el remedio radical, pero peligroso, que podía dar por resultado perderlo todo en vez de salvarlo todo. De aquí su angustia vivísima hasta conocer el resultado de su valerosa experiencia. Ahora que Tito le ha referido el feliz efecto de su severidad, no cabe en sí de alegría. Todos los detalles recogidos de su boca sobre los pesares, las excusas, la adhesión de aquellos á quienes su Epístola había tratado con rigor; sobre su deseo de volver por el honor del Apóstol tratando severamente al que había tenido la audacia de ultrajarlo ⁽¹⁾, así como sobre la solicitud

την ὑμῶν πρός ὑμᾶς, parece indicar que Pablo estaba directamente interesado en el asunto. Comp. el vers. 7: *τὸν ὑμῶν ζῆλον ὑπὲρ ἐμοῦ*. Beyschlag-Stud. u. Krit., 1865, p. 254, supone que quien fué insultado por uno de los miembros de la Iglesia corintia en plena asamblea fué Timoteo y no Pablo. ¿Por qué no hubiera podido serlo el Apóstol mismo en su último y rápido viaje?

(1) Pablo no precisa en qué había consistido el ultraje, sirviéndose en el vers. 11 de estas vagas palabras: *τῷ πραγματι*, *el negocio*

con que desean hacer constar que ninguna parte tuvieron ni querían tener en aquel penoso incidente, le han llegado al alma, como también la consideración con que habían recibido á Tito, su delegado. En adelante tendrá completa fe en ellos, como se lo probará haciendo un llamamiento á su generosidad para la colecta en favor de los fieles de Jerusalén, colecta de la cual parece que no se han cuidado hasta ahora, y cuya importancia cree el Apóstol que debe recordarles en la presente Epístola.

«Asimismo, hermanos míos, os hacemos saber la gracia de Dios, que ha sido dada en las Iglesias de Macedonia: como, en grande prueba de tribulación ⁽¹⁾, un arranque alegre de su alma, sin tener en cuenta su miseria, supo mostrar gran liberalidad ⁽²⁾. Les doy testimonio que, de su grado ⁽³⁾, contribuyeron según sus fuerzas y aun sobre sus fuerzas, rogándonos con mucha instancia que aceptásemos la gracia y servicio que se hace para los santos. Y no como lo esperábamos, mas aun se dieron á sí mismos, primero al Señor, y después á nosotros por voluntad de Dios, de manera que rogamos á Tito, que así como comenzó, así también acabe en vosotros esta gracia. Y que como en todo abundáis en fe, y en palabra, y en ciencia, y en toda diligencia, y además en el afecto que nos tenéis, así también abundéis en esta gracia. No lo digo como quien manda, mas por la solicitud acerca de los otros, y también para experimentar la buena índole de vuestra caridad. Porque sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico ⁽⁴⁾, se hizo mendigo ⁽⁵⁾ por amor vuestro, á

(1) *I Tes.*, I, 6; II, 14 y sig., *Hechos* XVI, 20 y sig., XVII, 5.

(2) Hay que renunciar á traducir en nuestra lengua las combinaciones de palabras que hace el Apóstol, ἡ περισσεία ἐπερίσσευσεν y contentarse con poner de relieve el pensamiento que expresa, con un refinamiento buscado sin duda, pero que daña á la claridad.

(3) Esto es lo que, en el texto, quiere decir el término ἀββαίητοι. Excluye él toda influencia humana, pero no la inspiración divina notada al principio de este párrafo: τὴν χάριν τοῦ θεοῦ.

(4) *Filip.*, II, 6.

(5) El verbo πτωχεύω quiere decir, en efecto, mendigar, ser mendigo. Lázaro, *Lucas*, XVI, 20, 22, es calificado de πτωχός, mendigo. Y, de hecho, Je-

fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza. Y os doy consejo en esto, porque esto es lo que os cumple, puesto que no sólo lo comenzasteis á hacer, mas ya tuvisteis el designio desde el año pasado. Pues ahora cumplidlo de hecho, para que así como la voluntad está pronta para quererlo, así también lo esté para cumplirlo de aquello que tenéis. Porque si la voluntad está pronta, según aquello que tiene es acepta, no según aquello que no tiene. No que los otros hayan de tener alivio, y vosotros quedéis en estrechez, sino que haya igualdad. Al presente vuestra abundancia supla la indigencia de aquellos, para que la abundancia de aquellos sea también suplemento á vuestra indigencia, de manera que haya igualdad, como está escrito: Al que mucho, no le sobró; y al que poco, no le faltó (1).»

Interesante es ver cómo esta naturaleza rígida y altiva del Apóstol sabía suavizarse y convertirse en hábil, cauta, acariciadora, cuando quería ganar una santa causa como la que defendía en aquel momento. Desde luego pone por delante el ejemplo de los macedonios para estimular á aquellos á quienes escribe. Expuestos á duras aflicciones, están en una gran pobreza; sin embargo, se han apresurado á aportar á la colecta sumas muy importantes. Y no fué necesario exhortarlos á ello—con medias palabras podían comprender los corintios que no estaban por completo en este caso,—sino que, por propia inspiración, solicitaron al punto asociarse á la caritativa obra, multiplicando los prodigios de liberalidad hasta el punto de darse ó despojarse á sí mismos. Los elogios de las Iglesias de Macedonia eran visiblemente una lección á la de Corinto, por lo que Pablo, comprendiendo que, al hablar de aquéllas, iba á mortificar á ésta, dulcifica al punto el rasgo con un cumplimiento muy parecido á una lisonja. Sabe que como los corintios

sús consintió en vivir sin poseer nada, y únicamente de las limosnas que le daban.

(1) Es el pasaje del *Éxodo*, XVI, 18, muy libremente citado aquí según los Setenta, y sin más explicación, como si los lectores estuvieran al corriente del texto bíblico y del milagro de maná.

se distinguían en todo, no querrían quedarse los últimos en la obra caritativa que les propone. Nada les exige—la caridad no recibe órdenes, sino que nace por sí misma en el corazón,—pero la recomienda, recordando, á la vez que el ejemplo de los macedonios, el del mismo Salvador que, viviendo en los esplendores celestiales, se redujo á la mendicidad, á fin de que su pobreza fuese nuestra riqueza. En efecto, por su anonadamiento, condenándose á la condición de esclavo, nos dió los tesoros de gracia, de reconciliación, de salvación, por medio de los cuales nos aseguramos la vida eterna. Por otra parte, la Iglesia de Corinto, ¿no ha tenido el honor de tomar la iniciativa en esta buena obra instituyendo, desde el año precedente, una cuota semanal que bastaría restablecer formalmente? Han sido los primeros en quererlo, ¿serían los últimos en realizarlo? Por otra parte, nada exorbitante se pide á nadie. Cada cual según sus medios. Si es el buen corazón el que da, en la medida de lo que se puede, se hará felices á los que piden, á aquellos por los cuales se pide y sobre todo á Dios. El orden providencial, que halla en el Evangelio su más auténtica promulgación, quiere que lo superfluo de los ricos vaya á los pobres. Esto es tanto más prudente y tranquilizador cuanto las vicisitudes de la fortuna pueden trocar los papeles, haciendo que los pobres de ayer sean los ricos de mañana, y recíprocamente. Necesario es que la caridad mantenga, en la medida de lo posible, la igualdad, dando á los que nada poseen lo que sobra á otros, y que la gran familia cristiana vea que ocurre en ella lo que á los israelitas con el maná del desierto, pues ora se hubiese recogido más, ora menos, todo el mundo tenía lo suficiente para vivir, hallándose todos reducidos á la más completa igualdad.

«Y gracias á Dios que puso en el corazón de Tito el mismo cuidado que tengo yo por vosotros. Porque en verdad recibió mi exhortación; mas estando él muy solícito, de su voluntad parte ⁽¹⁾ para vosotros. Enviamos también

(1) El texto dice: *partió, ἐξῆλθεν*; pero al escribir una carta, no es raro

con él un hermano, cuya alabanza es en el Evangelio por todas las Iglesias; y no tan solamente esto, sino que las Iglesias lo eligieron ⁽¹⁾ por compañero de nuestra peregrinación para esta gracia de que nos encargamos para gloria del Señor, y para mostrar nuestra pronta voluntad; evitando que nadie nos pueda censurar en esta abundancia ⁽²⁾, de que somos los administradores. Porque procuramos lo honesto, no solamente delante de Dios, sino también delante de los hombres ⁽³⁾. Enviamos asimismo con ellos otro hermano, al cual muchas veces hemos experimentado diligente, mas ahora lo es mucho más viendo la grande confianza que tenemos en vosotros ⁽⁴⁾. Tito es, pues, mi compañero y coadjutor para con vosotros; los otros son legados de las Iglesias y gloria de Cristo. Pues manifestad para con ellos, ante la faz de las Iglesias, la muestra de vuestro amor y de que sois nuestra gloria»

Teniendo que recomendar á los cuestores que envía delante de él, hácelo el Apóstol con tanto tacto como benevolencia. Desde luego, Tito será el personaje principal, y lo merece, tanto por el papel que representa cerca de él, como por su viva simpatía por los corintios. Sin vacilar acepta la misión de regresar á Acaya y organizar allí, por penosa que sea, la colecta. Semejante celo es su mejor recomendación. Á Tito se unirán dos hermanos, elegidos por las Iglesias, tanto para colaborar en la colecta como para

poner el pasado por el presente, porque, en realidad, el presente será pasado cuando se lea la carta.

(1) La expresión *χειροτονηθείς*, que quiere decir *designado por las manos extendidas*, supone una elección por sufragio por manos levantadas. (*)

(2) Por *ἀδύρτης*, la *densidad*, entiende Pablo los dones considerables que ha recibido. Esta palabra se emplea para expresar la abundancia, ya de los frutos de que está cargado un árbol, Herodoto, I, 17, ya de la nieve que cae, Herodoto, IV, 31, ya también de la abundancia de argumentos en el discurso que uno pronuncia, Dióg. Laercio, X, 33, etc. Aquí se trata de la abundancia del dinero recolectado.

(3) San Agustín dijo: «Propter alios fama necessaria est.» Comp. *Prov.*, III, 4, y *Rom.*, XII, 12.

(4) Otros entienden que se trata de la confianza de este hermano en los corintios. Las palabras *πεποιθήσει πολλῇ τῇ εἰς ὑμᾶς* se prestan á los dos sentidos. Creemos haber aceptado el más natural.

(*) Véase *La Obra de los Apóstoles*, vol. II, p. 104, nota.—N. del T.

dar testimonio del cuidado escrupuloso que se pone en no tocar nada del dinero que produzca. Pablo es de opinión que, como la mujer de César, un apóstol no debe dar ocasión á la menor sospecha. En cuestiones de dinero, no quiere, pues, tener únicamente limpia la conciencia ante Dios, sino que debe prevenir toda insinuación injuriosa de parte de sus enemigos. Por eso desea compañeros honrados, autorizados, fuera de toda sospecha y elegidos por las Iglesias, para testimoniar el respeto con que se trata las fuertes sumas recogidas. Desconocemos el nombre de los dos delegados. Su cargo, subordinado al de Tito, no permite pensar ni en Bernabé, quien, por otra parte, no estaba con Pablo en aquel momento, ni en Silas. ¿Era quizás Lucas⁽¹⁾, el hermano que se había hecho célebre por su Evangelio en todas las Iglesias? No porque el Evangelio publicado con su nombre hubiese aparecido ya, sino porque predicaba en toda Macedonia, donde había fijado su residencia, y porque su actividad parecía á propósito para la elección de las Iglesias. El otro hermano, que parece que ha estado más directamente unido á la persona de Pablo, por cuanto éste declara que le empleó muchas veces y de varios modos en obras de celo, ¿era aquel Erasto á quien el Apóstol había enviado con Timoteo á Macedonia, mientras él continuaba en Éfeso, y al cual volveremos á hallar más tarde en Corinto⁽²⁾? Es posible. En todo caso, los tres eran del todo recomendables, y su vida, una perpetua glorificación de Jesucristo. Tocaba, pues, á la Iglesia corintia hacerles un generoso recibimiento, proclamando con ello, á la faz de todas las comunidades cristianas, que no desmentía el elogio que Pablo hacía de su caridad.

Tras esto, parece que todo quedaba dicho á propósito de la famosa colecta y que el asunto estaba agotado. Sin embargo, no es así. Probablemente desconfiaba Pablo de

(1) Esta hipótesis se halla ya admitida en la epístola interpolada de Ignacio *ad Efes.*

(2) *Hechos*, XIX, 22; *II Tim.*, IV, 20.

aquellos á quienes quizás alababa más que para dictarles su deber que para reconocer que lo habían cumplido. Algunos exégetas han creído que se había insertado aquí un fragmento de otra Epístola referente al mismo asunto, ó aun una Epístola completa, que empezaba en el punto en que nos hallamos y continuaba hasta el fin. El tono violento y lleno de amarga ironía que tan violentamente contrastará con la dulzura, las precauciones oratorias, las protestas de ternura de los ocho primeros capítulos, les ha parecido un argumento decisivo en favor de su hipótesis. La fusión en una sola de las dos Epístolas escritas en hojas volantes, no sería otra cosa que efecto del azar, y aun con esta fusión habría ocurrido que la más antigua, la que contiene invectivas y había reducido á los corintios al arrepentimiento, hubiera sido colocada á continuación, y no á la cabeza, de la más reciente, en la cual se halla el sello de la reconciliación entre el Apóstol y sus discípulos. Pero, en este caso, faltaría un principio y una conclusión, suprimidos, no ya por azar, sino voluntariamente, ya que no están duplicados en la Epístola. Otros, á nuestro entender con más razón, han tratado de explicar, por las condiciones en que fué redactada, las numerosas soluciones de continuidad y las repeticiones que parece que se producen frecuentemente en el curso de este escrito, repeticiones de las cuales la más sorprendente es la que hay en el punto mismo en que ahora nos encontramos. Pablo la dictó en medio de sus excursiones apostólicas por Macedonia, á trozos, sin enlace, y de aquí que se resintieran la unidad y la continuación de la obra.

Sea de ello lo que fuere, entiende el Apóstol, no obstante repetirse, establecer un enlace entre lo que precede y lo que va á seguir ⁽¹⁾. Este enlace no es en manera alguna facticio—de ello se convencerá el que siga de cerca el texto,—sino que se revela en las ideas lo mismo que en las palabras.

(1) El γάρ que da principio al vers. 1 y que traducimos por *sin duda*, y el μέν, preparando el δέ, *sin embargo*, del vers. 3 son prueba de ello.

«Sin duda que de la administración que se hace para los santos, por demás me es escribiros, porque conozco la prontitud de vuestro corazón, de la cual me glorío ⁽¹⁾ yo delante de los Macedonios, porque Acaya ⁽²⁾ está pronta desde el año pasado, y vuestro celo ha alentado á muchísimos. Sin embargo, he enviado á los hermanos, para que lo que nos gloriamos acerca de vosotros no deje de tener efecto en esta parte, para que estéis prevenidos, como lo he dicho; no sea que cuando vinieren algunos de Macedonia conmigo ⁽³⁾, y os hallen desprevenidos, tengamos que avergonzarnos nosotros (por no decir vosotros) por esta causa. Por tanto, he creído que era necesario rogar á los hermanos, que vayan antes á vosotros, y apronten la bendición ya prometida, así como bendición, y no como avaricia. Y digo esto: Que quien escasamente siembra, también segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará. Cada uno como propuso en su corazón, no con tristeza, y como por fuerza; porque Dios ama al que alegremente da. Y poderoso es Dios para hacer abundar en vosotros toda gracia, para que estando siempre abastecidos en todo, abundéis para toda obra buena. Así como está escrito: Derramó, dió á los pobres; su justicia permanece en el siglo del siglo ⁽⁴⁾.»

Después de tocar la cuerda del amor propio, pulsa el Apóstol la del interés. Sin duda que los corintios se deben á la reputación que Pablo les ha hecho en Macedonia de que saben dar con largueza y de buen corazón, y no de modo que parezca que hay que arrancarles penosamente su limósna; pero se deben sobre todo á la necesidad en que es-

(1) El verbo *καυχῶμαι* en el tiempo presente, prueba que Pablo está en Macedonia cuando escribe su Epístola.

(2) No sólo los cristianos de Corinto, sino también los de toda la provincia debían contribuir á la colecta.

(3) No son los hermanos delegados de las Iglesias, como es fácil de ver por el contexto, sino algunos fieles de Macedonia los que Pablo se propone llevar consigo.

(4) Es el salmo CXI, 9, citado exactamente según los Setenta. Se trata del hombre que teme al Señor y que arroja á manos llenas *ἐσκόρπισεν*, la simiente, sin inquietarse mucho del lugar en que cae.

tán de la caridad divina. Recibirán de Dios en razón directa de lo que den á los pobres. Dios lo ha dispuesto todo para que los ricos, distribuyendo lo superfluo á los indigentes, representen el papel de la Providencia en la tierra. En estas condiciones de liberalidad abre El mismo sus manos sobre ellos. Hacer limosna es, pues, comprar seguramente las bendiciones de Dios. Asombrado queda uno aquí, como en otros puntos, de ver como el Apóstol sigue tan de cerca las enseñanzas del Maestro, sin citar sus palabras, ó sin hacer siquiera alusión á una de las parábolas con las cuales había defendido tan admirablemente la causa de los pobres; parábolas y palabras que debían constituir, sin embargo, el fondo de la predicación evangélica. Esta cuestión general que suscitamos de pasada no es fácil de resolver.

Continuando su pensamiento, añade Pablo:

«Y el que suministra simiente al sembrador dará también pan para comer, y multiplicará vuestra simiente, y aumentará los acrecentamientos de los frutos de vuestra justicia, para que enriquecidos en todas cosas, abundéis en toda generosidad, la cual hará que por nosotros sean dadas gracias á Dios. Porque la administración de esta limosna ⁽¹⁾ no solamente suplirá á lo que á los santos falta, sino que abundará también en muchas acciones de gracias al Señor: pues, por la experiencia de este servicio, darán gloria á Dios por la sumisión que mostráis al Evangelio de Cristo y por la generosidad de vuestra comunicación con ellos y con todos, y orarán por vosotros y os amarán de corazón á causa de la eminente gracia de Dios que hay en vosotros. Gracias sean á Dios por su don inefable ⁽²⁾.»

Nada tan edificante y prodigioso para los judíos de Je-

(1) La expresión que emplea Pablo para designar esta limosna: *ἡ διακονία τῆς λειτουργίας ταύτης*, da á entender que tiene algo de sagrado. Es algo así como una ofrenda, como un sacrificio ofrecido á Dios.

(2) Es este un grito de acción de gracias que se escapa súbitamente del corazón del Apóstol, y que nos deja ver muy bien lo que había de profundamente religioso en su alma.

rusalén como el ver que paganos, griegos, hombres de los cuales eran desconocidos, se interesaban en su suerte y les enviaban cuantiosas limosnas. El Evangelio no era, pues, ni una palabra vana, ni una simple teoría religiosa, sino una fuerza que creaba una moral social nueva, que orientaba en una dirección completamente imprevista el corazón del hombre, que constituía en una base divina la fraternidad universal. Pablo trata esencialmente de mostrar á los judíos egoístas lo que hay de savia generosa en esta gentilidad que se quería excluir del reino de Dios. Quiere arrancarles un grito de gratitud que se eleve al cielo y que en adelante imponga silencio á los últimos prejuicios de un exclusivismo detestable. En este cambio que va á efectuarse de dones materiales, de una parte, y de auxilios espirituales, de otra, de limosnas y plegarias, se sellará la reconciliación definitiva del judaísmo y de la gentilidad bajo el yugo bendito de Jesucristo. He ahí el sueño dorado del Apóstol.

Parece, pues, que ha tratado y conducido á buen término las dos cuestiones que constituían el objeto principal de su Epístola. En efecto, de una parte, ha ordenado sus asuntos con la mayoría de la Iglesia corintia, que le permanece fiel; le ha explicado los puntos más delicados concernientes á sus actos ó á la dignidad de su ministerio; finalmente, le ha pedido que el corazón de ella latiera al unísono con el suyo, á fin de vivir en adelante en las más afectuosas relaciones; de otra parte, ha recomendado calurosamente, por los motivos más apremiantes, la colecta cuyo éxito quiere asegurar. Su Epístola podía limitarse á esto. Pero Pablo no pierde de vista el partido revoltoso de *algunos*, *τινες*, que sabe le es constantemente hostil. Habiendo asegurado, pues, su situación con respecto á la gran mayoría de los fieles en la primera parte de su Epístola, intentará en la última confundir por siempre jamás á los fautores del desorden que no nombra, pero que caracteriza suficientemente para que con facilidad se vea en ellos á los judaizantes fanáticos, adversarios implacables

de su evangelización. Para condenarlos mejor hablará de ellos en tercera persona, pero dando á entender á aquellos á quienes se dirige y que en adelante serán sus amigos, la pena que ha experimentado al ver que se dejaron arrastrar por las palabras hipócritas y los falsos méritos de aquel puñado de hombres que, sin otro valor que su audacia, trataron de suplantarlo con éxito momentáneo. Nada escribió Pablo tan vivo ni tan severamente irónico como esta larga y tremenda postdata. Para comprender toda su importancia, no hay que perder de vista los dos partidos que todavía existen en Corinto. Aunque se dirige á los suyos, que constituyen la mayoría, teniendo buen cuidado ya de separarlos claramente de sus detractores, ya de confirmarlos hábilmente en las buenas disposiciones que supone en ellos, flagelará inexorablemente á los otros. Vémosle, pues, entrar bruscamente en materia.

«Después de esto, yo mismo, Pablo, os ruego, por la mansedumbre y modestia de Cristo, yo, que cuando estoy entre vosotros me muestro humilde, mas ausente soy osado⁽¹⁾ con vosotros, os ruego, digo, que cuando estuviere presente, no me vea obligado á usar con libertad de la osadía que pienso emplear contra algunos⁽²⁾, que nos juzgan como si anduviésemos según la carne⁽³⁾. Porque aunque andamos en carne, no militamos según la carne⁽⁴⁾. Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosísimas en Dios para destruir fortalezas: derribando consejos y toda altura que se levanta contra la ciencia

(1) Esta frase hace alusión á uno de los ataques de los adversarios de Pablo, y aun parece que lo reproduce literalmente.

(2) No quiere nombrarlos y los designa con la palabra *τινας*, que indica cierto desprecio. Comp. *I Cor.*, XV, 12.

(3) Esta expresión figurada *κατὰ σάρκα περιπατοῦντας*, que se continuará, significa conducirse con debilidad, según los prejuicios ó temores humanos. En efecto, los enemigos de Pablo le echaban en cara el no atreverse á obrar cuando estaba allí, por miedo, ó por culpables contemplaciones, lo que revelaba un alma esclava de la carne y dominada por sentimientos completamente humanos.

(4) Esto quiere decir, siguiendo su imagen: si vivo con la debilidad de un pobre hombre, no libro mi batalla con esta misma debilidad.

de Dios; y reduciendo á cautiverio todo entendimiento para que obedezca á Cristo; y estando dispuestos castigar toda desobediencia, cuando fuere cumplida vuestra obediencia (1).»

Así, pues, tan pronto como la Iglesia vuelva á someterse por completo á su deber, se encargará par sí mismo de ejecutar á sus enemigos, no con las armas humanas, y, por consiguiente, muy miserables que se le suponen, sino con armas divinas á las cuales nada, ni el poder intelectual, ni la fuerza material en todo su odio contra la verdad religiosa, podrían resistir. Si sus adversarios se creen plazas fuertes inexpugnables, serán batidos en brecha, y si montañas de ciencia escrituraria ó filosófica, serán reducidos al nivel del suelo (2). No hay inteligencia, por altiva que sea, que no deba capitular ante los medios que Dios pone á la disposición de su Apóstol y, filósofos ú oradores, todos serán lógicamente obligados á reconocer el derecho de Jesucristo á reinar en el mundo.

«Miráis las cosas según la apariencia (3). Pues bien, si alguno está confiado que él es de Cristo, piense esto también dentro de sí, que como él es de Cristo, así también nosotros. Y aunque yo me gloriase algo más del poder que el Señor nos dió para vuestra edificación, y no para vuestra destrucción, no tendría por qué avergonzarme de que se me acuse de que yo os quiero como aterrarr por cartas. Las cartas, dicen algunos, son graves y fuertes; mas la presencia del cuerpo es flaca, y la palabra despreciable; el tal que así siente, entienda, que cuales somos en la pa-

(1) Síguese de aquí que una porción de la Iglesia corintia no había entrado todavía por completo en orden. Por caridad, y para no castigar sin consideración á hijos descarriados, sin distinción alguna, usa Pablo de paciencia con sus verdaderos enemigos. Que se retiren los pocos descarriados que están con ellos; que su querida comunidad corintia se reconstituya, y se verá si es débil para ejecutar á sus enemigos.

(2) Pablo se complace en tomar sus imágenes del mundo guerrero: *ὀχύρωμα*, plaza fuerte, Jenofonte, *Hell.*, II, 2, 3; *ὄψωμα*, muralla, torre, V. Schleusner, *Tes.*, V, pág. 437; *καθαυπεῖν*, echar por tierra, etc.; de ellas saca un hermoso partido aquí, como en *Efes.*, VI, 14 y sig.

(3) Por la expresión *κατὰ πρῶτον* se transporta visiblemente el Apóstol á la primera frase del capítulo.

labra por cartas, estando ausentes, tales somos en el hecho, cuando estamos presentes.»

Esta acusación de debilidad ó timidez, sobre la cual vuelve Pablo con insistencia, quizás porque á los ojos de muchos podía parecer fundada, se explica naturalmente si, habiendo hecho, como lo hemos supuesto, un viaje súbito á Corinto, hubiese juzgado prudente, en vista de la mala acogida, retirarse con precipitación, convencido de que estaba en el interés de todos no extremar la tensión de los espíritus, ya demasiado tirantes. Unía él á una feliz prudencia un gran valor, y la habilidad dirigía siempre el celo más ardiente. Pudo concluirse que carecía de suficiente decisión para dar la batalla, cuando había creído sencillamente más prudente diferirla para mejor ganarla más tarde. Volverá cuando el terreno esté mejor preparado, y más serenos los espíritus y más claramente definidas las situaciones. Entonces se verá sino tiene vigor más que de lejos, y si, cuando llegue, todo revela en él debilidad é impotencia.

«Porque no osamos entremeternos ó compararnos con algunos que se alaban á sí mismos; mas ellos, midiéndose á sí mismos por sí mismos y comparándose consigo mismos, no son juiciosos ⁽¹⁾. Nosotros, pues, no nos gloriaremos fuera de medida, sino según la medida de la regla con que Dios nos ha medido ⁽²⁾, medida de alcanzar hasta vosotros. Porque no nos extendemos con exceso, como si no alcanzásemos á vosotros; porque hasta vosotros hemos llegado en el Evangelio de Cristo. Ni nos gloriamos fuera de medida en los trabajos ajenos; mas esperando que, creciendo vuestra fe, seremos en abundancia engrandecidos en vosotros, según nuestra regla, y que anunciaremos el Evangelio en los lugares que están más allá de vosotros, no en medida de otro, para gloriarnos en lo que ya

(1) ¡Ay! según Horacio, *Ep.* I, 7, 98, esto es muy común: «Metiri se quemque suo modulo ac pede verum est.»

(2) Tal es el sentido de *κατὰ τὸ μέτρον τοῦ κανόνος*. El que quiera juzgarse debe considerar la obra que Dios le ha confiado y ver en qué punto se halla frente á este trabajo mesurado, precisado, propuesto.

estaba aparejado. Mas el que se gloría, gloriéese en el Señor, porque no el que se alaba á sí mismo, el tal es aprobado; sino aquel á quien Dios alaba.»

Otra de las acusaciones de los enemigos de Pablo consistía en afirmar que se alababa á sí mismo. Empieza por decir que jamás pensó en ponerse al nivel de aquellos que han intentado suplantarle en Corinto. Con notable ironía declina la comparación. Con todo, quiere precisar las condiciones en que es permitido gloriarse. Tomar medida en uno mismo para apreciarse, es insensato. Hay una medida mejor, puesto que Dios la ha trazado: la misión que hemos recibido. Puede uno gloriarse en la misma proporción en que la ha llenado. Atribuirse los trabajos de otro, sería una injusticia. Preciso es atenernos á nuestras propias obras y glorificarnos según lo que hemos hecho en el centro de acción que Dios ha delimitado. A los detractores toca enumerar sus conquistas apostólicas. Pablo muestra la suya, desde Antioquía á Corinto, mas no se detendrá aquí, sino que irá más lejos. Pero ¿á qué vienen todos estos razonamientos? ¿Por ventura piensa el Apóstol en la gloria personal? Sólo aspira á una, la de Dios. Esta es en verdad la buena; la otra, la que uno se atribuye á sí mismo, nada vale.

Pasando á la acusación de locura que sus adversarios le dirigen, exclama:

«Pluguiese á Dios que sufrieseis un poco mi imprudencia! mas toleradme. Porque os celo con celo de Dios ⁽¹⁾, pues os he desposado con Cristo, para presentaros como virgen pura al único esposo. Mas temo, que como la serpiente engañó á Eva con su astucia ⁽²⁾, así sean viciados vuestros sen-

(1) Este celo del Apóstol es el mismo que experimenta Dios cuando se trata de las almas. La unión conyugal era en el Antiguo Testamento la imagen de la unión de Dios con su pueblo. *Is.*, LIV, 6; LXII, 5; *Jerem.*, III, 1; *Ezeq.*, XVI, 8; XXIII, *Oseas*, II, 19. En la Nueva Alianza, Cristo es el prometido, hasta que la Parusia haga de Él el esposo. *Efes.*, V, 25; *Apoc.*, XIX, 7-9; *Mat.*, XXV, 1-13. Pablo es el amigo del esposo, ó el paraninfo, el que ha buscado y presentado la prometida, por eso comparte su amor de celo.

(2) Sorprende que Pablo hable de la serpiente, símbolo ó figura mística

tidos, y se aparten de la sinceridad, que es en Cristo. Porque si aquel que viene, predica otro Cristo, que nosotros no hemos predicado; ó si os trae otro Espíritu, que no habéis recibido; ú otro Evangelio, que no habéis abrazado, corréis peligro de conformaros muy bien ⁽¹⁾.»

El Apóstol iba á reanudar el tono irónico para refutar la acusación, pero renuncia repentinamente á ello para defenderse, protestando de que todo lo que hace y parece obra de un insensato, lo hace en razón de su amor por la Iglesia de Corinto. ¿No es ella una prometida que él ha creado ó conquistado y conducido á Cristo? ¿Puede tolerar que los malvados intenten mancillarla en aquel vestido virginal con que él le había adornado? Pues bien, allí están esos malvados. El santo celo que anima á Pablo no puede tolerar que compartan con él su influencia, y mucho menos que la combatan predicando la Ley allí donde él ha predicado el Evangelio y ofreciendo la salvación por la circuncisión siendo así que se obtiene por Jesucristo. Eva fué reducida por la serpiente astuta; la Iglesia corintia podría muy bien dejarse engañar por la astucia de los nuevos predicadores. Esto es lo que pone á Pablo fuera de sí y le mueve á trazar contra sus adversarios un paralelo en el que va á ejecutarlos sin remisión.

«Mas entiendo que no hice yo menos que esos archi-apóstoles ⁽²⁾, porque, aunque tosco en lenguaje, mas no en el saber ⁽³⁾; y en todo nos hemos dado á conocer á vosotros.

de Satanás, y de la caída de Eva, como de cosas familiares á sus lectores. No menciona á Adán, ya porque fué Eva la seducida por el demonio, ya porque la Iglesia corintia acaba de ser comparada á una mujer. Pablo teme en sus adversarios á la antigua serpiente con su astucia homicida, y tiene miedo de que aparte á la Iglesia de la fe que sinceramente había abrazado y que seguía con edificante sencillez.

(1) Quizás es este el mejor medio de traducir el difícil matiz que hay que dar á *ἀνείχεσθε, σοportάρταις*, como continuación de *εἰ ὁ ἐρχόμενος κηρύσσει, εἰ ἐλ que viene predica*. Que este predicador ha llegado, evidente es para Pablo; que los corintios se han dejado seducir, no quisiera decirlo en absoluto.

(2) La singular expresión empleada por Pablo, *τῶν ὑπερβίαν ἀποστόλων*, es muy difícil de traducir. Hay que entenderla en un sentido de severa crítica. Los que ella designa son adversarios que se dan por apóstoles superiores á todos los apóstoles, apóstoles únicos, absolutamente incomparables.

(3) Como ya lo hemos observado, el Apóstol entiende por *ἰδιώτης* un hom-

¿O por ventura cometí delito, humillándome á mí mismo, para que vosotros fueseis ensalzados, porque sin interés os prediqué el Evangelio? Yo despojé las otras Iglesias, aceptando de ellos mi subsistencia ⁽¹⁾ para servirlos á vosotros. Y cuando estaba con vosotros, y me hallaba necesitado, á ninguno fui gravoso ⁽²⁾; porque lo que me faltaba lo suplieron los hermanos, que vinieron de Macedonia; y en todo me he guardado de servirlos de carga, y me guardaré. La verdad de Cristo está en mí ⁽³⁾, que no será quebrantada en mí esta gloria, en cuanto á las regiones de Acaya. ¿Y por qué? ¿Es porque no os amo? Dios lo sabe. Mas esto lo hago, y lo haré, para cortar la ocasión á aquellos que buscan ocasión de ser hallados tales como nosotros, para hacer alarde de ello. Porque los tales falsos apóstoles son obreros engañosos, que se transfiguran en Apóstoles de Cristo. Y no es de extrañar; porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz ⁽⁴⁾. Y no es así mucho, si sus ministros se transfiguran en ministros de justicia; cuyo fin será según sus obras.»

Los Apóstoles por excelencia ó archiapóstoles, como se traduce la extraña locución griega empleada aquí, no fueron ni Pedro, ni probablemente judíos de Jerusalén, completamente incapaces de hablar mejor el griego y expresarse mejor que Pablo. Trátase aquí de personas ilustradas, en comparación de las cuales, desde el punto de vista re-

bre sin cultura intelectual, que ha vivido aislado, sin pulirse al contacto de los otros. *I Cor.*, XIV, 16; *Hechos*, IV, 13.

(1) La palabra *ἀψώνιον* significa el salario de un trabajo, ó mejor el alimento equivalente á este trabajo. *Rom.*, VI, 23.

(2) Según su etimología, *βάρκη*, entumecimiento, el verbo *βαρκαίω* significa que no ha pesado sobre nadie de modo tal que entorpeciera sus movimientos.

(3) El hombre que con tanta decisión sentía palpar en el fondo de su alma el pensamiento, el corazón, la palabra y el espíritu de Cristo, podía con todo derecho tomar como testigo de la sinceridad de sus resoluciones la verdad de Jesucristo que está en él. *Gal.*, II, 20; *I Cor.*, II, 16; *File.*, III, 8; *Rom.*, VIII, 9, etc.

(4) La luz es el vestido de Dios, el medio en que vive: *I Tim.*, VI, 16; *I Juan*, I, 7; es el esplendor de la naturaleza divina: *I Juan*, I, 5; *Apoc.*, XXI, 23-24, y sus ángeles fieles difunden su claridad: *I Cor.*, XV, 40; *Mat.*, XXVIII, 3; *Hechos*, XII, 7. Satanás, espíritu de las tinieblas, *ὁ κληρονόμος τοῦ σκότους*, procura á veces tomar las apariencias de los espíritus de luz.

tórico, se conforma el Apóstol con aparecer como un pobre hombre del pueblo. Son éstos hombres que viven de su elocuencia, ó por lo menos, de sus pretensiones, los cuales no consentirían en ganarse el pan con el sudor de su frente, como lo hace Pablo. ¿Quiénes eran estos hombres? ¿Retóricos que habían ofrecido sus servicios á la Ley y al partido jerárquico, alejandrinos ú otros? No podríamos decirlo, pero se engañaría uno, y cierta escuela exegética moderna se ha engañado singularmente, si supusiera que se trata aquí de personajes que formaron parte del grupo apostólico escogido por Jesús. Son falsos apóstoles, que se dan por obreros del Evangelio, pero que, en realidad, trabajan por el error, bribones miserables que se hacen pasar por ministros de Jesucristo, no siendo en el fondo otra cosa que auxiliares de Satanás. Pablo no aspira en modo alguno á expresarse en lenguaje elegante, por cuanto es inútil para operar la salvación; un apóstol se recomienda por la ciencia de la verdad y por la integridad de la doctrina; en esto supera él á sus enemigos. Si ellos se hacen alimentar y pagar con largueza por aquellos á quienes evangelizan, él no lo hizo nunca, ni lo hará jamás, porque conoce á los corintios con su espíritu de cábala y de partido, y porque quiere permanecer completamente libre con relación á todos. Vivir en la humildad consagrándose al trabajo manual ó aceptando las limosnas de sus amigos de Macedonia, le ha parecido más prudente que comer, á pesar de que estaba en su derecho para hacerlo, en la mesa de aquellos á quienes evangelizaba. Los falsos apóstoles pueden hacer lo que más les aproveche; en este punto, que tanto les interesa á ellos, jamás los imitará.

«Otra vez lo digo (para que nadie me tenga por imprudente; y si no, tenedme en hora buena por imprudente, á trueque de gloriarme aún un poquito), lo que hablo por lo que hace á esta materia de gloria, no lo digo según Dios, mas como por imprudencia. Y ya que muchos se glorían según la carne, yo también me gloriaré. Porque de buena gana sufrís á los necios, siendo vosotros

sabios. Porque sufrís á quien os pone en servidumbre, á quien os devora, á quien de vosotros toma, á quien se ensalza, á quien os hiere en la cara. Lo digo con confusión mía, como si nosotros hubiésemos flaqueado.»

El Apóstol sabe muy bien que gloriarse de las cualidades ó de los dones que uno ha recibido nada vale ante Dios; sabe que es una verdadera locura. Mas, por cuanto sólo hay este medio para imponerse á ciertos miembros de la Iglesia de Corinto, descarriados aún bajo el cayado de los falsos pastores, se resolverá á ponerlo en práctica, pero con cierta amarga ironía que le permitirá dar á aquéllos una lección y hacer inexorablemente el proceso de éstos. Sólo á fuerza de audacia triunfan los archiapóstoles: imponen su autoridad, saquean con voracidad, se pavonean con orgullo, insultan sin piedad y son admirados. Si Pablo no triunfa, es porque no se ha resuelto á hacer otro tanto. De ellos dicen que son archiapóstoles, y de él, que es pusilánime é insignificante. Y, sin embargo, como ellos y mejor que ellos tiene el derecho de darse aires de maestro.

«En lo que otro tiene osadía (hablo con imprudencia), también yo la tengo. Son Hebreos, yo también. Son Israelitas, yo también. Son linaje de Abraham, también yo. Son ministros de Cristo (hablo como menos sabio), yo más: en mayores trabajos, en cárceles más, en azotes sin medida, en riesgos de muerte muchas veces. De los Judíos he recibido cinco cuarentenas de azotes menos uno ⁽¹⁾. Tres veces fuí azotado con varas ⁽²⁾, una vez fuí apedreado ⁽³⁾, tres veces padecí naufragio ⁽⁴⁾, noche y día estuve á punto de

(1) Según el *Deut.* XXV, 3, no debía administrarse más de cuarenta varazos, y, de miedo á equivocarse, se detenían en el trigésimo noveno. V. Josefo, *Antiq.*, IV, 8, 21 y 23, y el testimonio de los rabinos citado por Schoettgen, *Hor. hebr.*, p. 714, según el tratado *Maccoth*.

(2) Pablo sufrió por primera vez este suplicio que administraban los romanos *Hechos*, XVI, 22. De las otras dos nada sabemos.

(3) Se halla referido en *Hechos*, XIV, 19. *Comp. Clem., I Cor.*, V.

(4) Nada de esto hay en los *Hechos*. El naufragio relatado en el capítulo XVII, está todavía por ocurrir.

hundirme en lo profundo de la mar ⁽¹⁾; en caminos muchas veces, en peligros de ríos ⁽²⁾, en peligros de ladrones, en peligros de los de mi nación, en peligros de los gentiles, peligros en las ciudades, peligros en el desierto, peligros en la mar, peligros de falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez. Sin estas cosas que son de fuera, mi obsesión ⁽³⁾ de cada día, la solicitud que tengo de todas las Iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? Si es menester gloriarse, me gloriaré en las cosas que son de mi flaqueza. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es bendito en los siglos, sabe que no engaño. En Damasco el gobernador de la provincia por el rey Aretas había puesto guardas por la ciudad para prenderme; y por una ventana me descolgaron por el muro en una espuerta, y así escapé de sus manos ⁽⁴⁾.»

¡Qué espléndido cuadro de su laboriosa vida traza aquí el Apóstol, y cuán pocos datos nos ofrece el libro de los Hechos sobre las pruebas que la llenan! Enuméralas él someramente, á pesar de que surgen vivientes en su memoria, y si se detiene en la que, al día siguiente de su conversión, abre su ministerio en Damasco, es porque le presagió todas las demás. ¡Cómo aplasta á sus enemigos con todo el

(1) En uno de estos naufragios tuvo Pablo que sostenerse, gracias á un leño, día y medio á flote. Las expresiones *ἐν τῷ βυθῷ* son una forma de lenguaje que no podría tomarse á la letra. Es poco probable que Pablo, viviese milagrosamente así veinticuatro horas bajo el agua.

(2) Nosotros mismos lo experimentamos buscando, en Palestina, cerca de la Cesárea marítima, y en Asia Menor, las huellas del gran Apóstol. La mayor parte de los ríos carecen de puentes. V. nuestro *Voy. aux Sept Églises*, p. 182.

(3) Es el sentido probable de *ἐπιπόρευσις*.

(4) El incidente está relatado en *Hechos*, IX, 24. Pablo da aquí al prefecto de la ciudad el título de *etnarca* que llevaban en realidad los gobernadores de las grandes ciudades de Oriente. *Antiq.*, XIV, 7, 2; *I Mac.*, XIV, 47, XV, 9. Dice que el gobernador hizo guardar las puertas de la ciudad, y en el libro de los Hechos se precisa que los judíos se encargaron de hacerlo. El gobernador no obra sino á petición de los judíos, y éstos prestaron su concurso al gobernador. (*)

(*) Véase *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 213, nota 2.—N. del T.

peso de su largo y heroico martirio! No se es apóstol para gozar de la gloria del apostolado sin experimentar sus duras pruebas. El verdadero misionero quiere las penas sin los honores. ¡Qué triste figura hacen sus enemigos en presencia del activo personal que enumera aquí el Apóstol! Son de la raza de Israel; esto es muy poco. En todo caso, él lo es por lo menos tanto como ellos, ya que nadie podría poner en duda que era judío de sangre y aun el haber pertenecido á aquella famosa secta de los fariseos que parecía ser la encarnación más perfecta del judaísmo ⁽¹⁾. Pero ¿bastaba esto para ser Apóstol? En este caso, lo serían muchos. Lo que caracteriza al verdadero apóstol es la labor incansable á través de todos los obstáculos, de todos los peligros, de todos los sacrificios. Desde este punto de vista, ¿qué han hecho, qué han sufrido, qué ofrecen sus enemigos? Nada. Cartas de recomendación, aires presuntuosos, apetitos egoístas. ¡Valientes títulos para el apostolado! ¡Y, sin embargo, helos ahí trabajando y, al parecer, logrando substituir, en parte, al gran obrero de Dios!

Pero los sufrimientos no ofrecen más que un aspecto de la vida de Pablo. Hay en ella otro que no depone menos en ventaja suya; tal es el de los favores celestiales recibidos.

«Es cierto que no me conviene gloriarme; sin embargo, vendré á las visiones y á las revelaciones del Señor ⁽²⁾. Conozco á un hombre en Cristo ⁽³⁾, que, catorce años ⁽⁴⁾ ha, fué arrebatado, si fué en el cuerpo, no lo sé, ó si fuera del cuerpo, no lo sé ⁽⁵⁾, Dios lo sabe, hasta el tercer cie-

(1) *Filip.*, III, 4 y sig.

(2) Sin duda esta fué la palabra que suscitó en un falsario del siglo II la idea de escribir el Apocalipsis de Pablo.

(3) Las palabras *ἐν Χριστῷ* significan que este hombre había fundamenteado su vida en la de Jesucristo, *I Cor.*, I, 30; que era un verdadero cristiano.

(4) El hecho sobrenatural mencionado aquí por Pablo no se halla en el libro de los Hechos. Como era de carácter completamente íntimo no debía relatarse en él. Fuera de las dificultades cronológicas que impiden pensar en la visión que tuvo en el Tiempo *Hechos*, XXII, 17, y sobre todo, en la aparición en el camino de Damasco, es evidente que en ninguna de estas dos manifestaciones, oyó el Apóstol cosas inefables, *ἀβήτητα ῥήματα*.

(5) El fenómeno sobrenatural es para Pablo tan misterioso en su origen

lo ⁽¹⁾. Y conozco á este tal hombre (si fué en el cuerpo, ó fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe); que fué arrebatado al paraíso, y oyó palabras secretas, que al hombre no le es lícito hablar. De este tal me gloriaré; mas de mí no me gloriaré, sino en mis flaquezas. Porque, aun cuando me quisiere gloriar, no sería necio, porque diría verdad; mas de esto, para que ninguno piense de mí, fuera de lo que ve en mí, ú oye de mí. Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dada una espina ⁽²⁾ en mi carne, un ángel de Satanás ⁽³⁾, que me abofetee ⁽⁴⁾, y como cierto en su realidad. ¿Fué arrebatado en cuerpo y alma, ó sólo en espíritu? Lo ignora.

(1) Sabido es que los rabinos admitían generalmente siete cielos superpuestos. V. Schoettgen, *Hor. hebr.*, pág. 718, y Hahn, *Theol., d. N. T.*, I, página 247. En *Efes.*, IV, 10, y *Hebr.*, IV, 14, se trata de varios cielos. Pablo, queriendo decir que fué arrebatado lo más cerca posible de Dios, parece no admitir más que tres cielos, de los cuales el tercero es el paraíso en que Dios habita: *Apoc.*, II, 7. Comp. *Enoc*, XXV, 1; y no hay que confundirlo con el que la teología judía colocaba en el Scheol, *Luc.*, XVI, 23. (*)

(*) Véase *Los Orígenes del Cristianismo*, vol. II, p. 400, nota. — N. del T.

(2) La palabra σκόλοψ se entiende de una madera afilada: ὀξύ ξύλον, Homero, *Iliada*, VIII, 343; XV, 1; XVIII, 177; Herodoto, IX, 97; Jenofonte, *Anab.*, V, 2, 5, y á veces de una espina: así la emplean los Setenta: *Oseas*, II, 6, *Ezeq.*, XXVIII, 24; *Núm.*, XXXIII, 55; *Eccli.*, XXXIII, 28. Sólo que, en el primer sentido, puede tomarse por la estaca de que se servían para empalar, y entonces indicaría un sufrimiento que atravesaría y pondría tirante de un extremo á otro el cuerpo del Apóstol; en el segundo es un dolor vivo, que obra sobre un punto particular, probablemente la cabeza, por cuanto el dolor es comparado á reiterados bofetones. Además, el sufrimiento de que habla Pablo no le proviene de la carne, ni, por consiguiente, de las pasiones de la carne, sino que se aplica á la carne, τῆ σαρκί. Es un mal precedente de fuera. El texto *Galat.*, IV, 14, en que se trata de esta misma enfermedad y que hay que relacionar con éste, τὸν πειρασμὸν μου τὸν ἐν τῇ σαρκί μου, indica también con toda claridad una enfermedad física, no una prueba moral. ¿Qué enfermedad era ésta? Las indicaciones dadas son insuficientes para determinar su naturaleza. Los corintios debían conocerla. Con alguna probabilidad, *Hechos*, XIII, 9; XXIII, 5; *Galat.*, IV, 13; VI, 11, se ha pensado en una enfermedad de ojos. En todo caso, nada autoriza á creer que se lamenta de tentaciones contra la castidad. El término ἀσθενεία, debilidad, flaqueza, no sería propio para expresar la rebelión de la carne, y peor escogida aún la ocasión de mencionar esta rebelión después de desear á los corintios que sean como él desde el punto de vista de la castidad. *I Cor.*, VII, 7. (**)

(**) Véase *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 157, nota 3. — N. del T.

(3) Como el texto lleva Σαρᾶρ, que sería un nominativo de aposición, varios traducen: el ángel Satanás. Pero la palabra Σαρᾶρ es considerada aquí como indeclinable, por lo que probablemente se trata de uno de los ángeles sometidos á Satanás. *Efes.*, II, 2; *Mat.*, XXV, 41.

(4) El tiempo del verbo κολαφίζῃ indica que la prueba dura siempre. ¡De

esto basta para que no me ensalce. Y por esto rogué al Señor ⁽¹⁾ tres veces, para que se apartase de mí; y me dijo: Te basta mi gracia, porque mi virtud brilla en la enfermedad ⁽²⁾. Por tanto, de buena gana me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Cristo. Por lo cual me complazco en mis enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo; porque cuando estoy enfermo, entonces soy fuerte.»

Nótese que, para hablar de una revelación que parece haber ejercido en su vida una influencia decisiva, pero de la que no tenemos detalle alguno, adopta Pablo al punto su lenguaje misterioso, en armonía con el hecho á que se refiere. Habla de sí como si se tratase de otro, porque lo que pasó en aquella circunstancia fué tan extraordinario, tan inefable, que apenas se atreve á decir que fué testigo y objeto de ello. ¿Fué arrebatado en cuerpo y alma, ó sólo en espíritu á ese tercer cielo que hay que buscar más allá del cielo atmosférico y del cielo sideral? No lo sabe. ¿Qué

dónde provenía? De Dios mismo. San Agustín, *de Nat. et Grat.*, XXVII dice, en efecto, con suma exactitud: «Neque enim diabolus agebat, ne magnitudine revelationum Paulus extolleretur, et ut virtus ejus perficeretur, sed Deus. Ab illo igitur traditus erat justus colaphizandus angelo Satanae, qui per eum tradebat et injustos ipsi Satanae.» Evidentemente, el que quiere que Pablo no se enorgullezca, no es Satanás, sino Dios, el mismo Dios que permite que el demonio abofeteé al justo que quiere salvar, y que da al propio tiempo á este justo el poder de entregar al demonio los malos que quiere perder. De suerte que, aun queriendo dar curso á su malicia, Satanás realiza la obra de Dios.

(1) A Jesucristo, vencedor de Satanás, es á quien ha dirigido su demanda. Dos veces ha quedado sin contestación. A la tercera le ha manifestado el Maestro su voluntad.

(2) Varios manuscritos suprimen *μου* después de *δύναμις*. La Vulgata los ha seguido, pero equivocadamente. La fuerza de Dios es ciertamente la que resplandece cuando obra á través de la enfermedad del hombre. La triple repetición en dos líneas de la palabra *ἀσθένεια* excluye tanto más las exuberancias de la vida que provocan las tentaciones de la carne, cuanto, cesando de emplear esta palabra en singular, habla el apóstol de *sus enfermedades* en plural. (*)

(*) La última parte de esta nota se refiere á lo dicho anteriormente sobre la *espina* del vers. 7. En cuanto al resto de la nota, es evidente que la traducción de la Vulgata debería decir: *Virtus mea in infirmitate perficitur*. El contexto lo exige.—N. del T.

ha visto ú oído? No puede decirlo. Pero es un privilegio absolutamente inaudito, por lo que se comprende que se glorie de él. Sólo que ha sido obra misericordiosa de Dios y no mérito del hombre. Así no dirá nada más de ello. Temería falsear la opinión de algunos sobre este punto. Prefiere hablar de sus humillaciones que de sus glorias. De este modo caminará con seguridad por su terreno predilecto.

La confesión que hace de una miseria personal y dolorosa como una espina, como una astilla, como una picadura de abrojo en la carne, no podría en manera alguna entenderse de tentaciones violentas ni de rebeliones de los sentidos experimentadas por él. Sin hablar de lo extraño que sería verle entrar en semejante confidencia á propósito de la discusión entablada y ante los adversarios á que se refiere, nada autoriza una transición súbita de sus pruebas exteriores á otra completamente íntima. Continúa tomando la palabra *ασθενεια* en el sentido que siempre le ha dado, y esta palabra, que significa *debilidad*, sería muy mal elegida para indicar el ardor que provoca las tentaciones de la carne. Trátase aquí de una enfermedad corporal que atribuye, valiéndose de una imagen en armonía con las ideas corrientes de la época sobre las enfermedades, al ángel de Satanás. Por cuanto este ángel le hiere en la cabeza, hay que creer que allí estaba el sitio del mal. Hemos dicho ya que, según todas las probabilidades, se trataba de una oftalmía crónica, bien que varios hayan preferido reconocer en estos bofetones del maligno espíritu repentinos ataques de epilepsia. Sea de ello lo que fuere, su enfermedad era penosa y repugnante. Hubiera querido verse libre de ella para entregarse por completo y con el mayor ardor á su ministerio. Pero no era esta la voluntad de Dios. Su triple oración, que recuerda la de Jesús en Getsemaní, no consiguió más que darle á comprender que Dios quiere disponer de instrumentos miserabilísimos para manifestar más visiblemente su omnipotencia.

Sorprendido y quizás lamentando haber hablado tanto de él exclama:

«He hecho el necio ⁽¹⁾; vosotros me obligasteis á ello. Porque yo debía ser loado de vosotros, puesto que en nada fuí inferior á los archiapóstoles, aunque yo nada soy. Con todo eso las señales de mi apostolado fueron hechas sobre vosotros en toda paciencia, en milagros, y prodigios y virtudes. Porque, ¿qué es en lo que vosotros habéis sido inferiores á las otras Iglesias, sino en que yo mismo no os fuí de gravamen? Perdonadme esta injusticia.»

Y tras esta salida irónica que atacaba inexorablemente á sus lectores, vuelve á tomar el tono de la más paternal ternura.

«Ved aquí que estoy aparejado para ir á vosotros la tercera vez; y no os seré gravoso ⁽²⁾. Porque no busco ⁽³⁾ vuestras cosas, sino á vosotros, pues no deben los hijos atesorar para los padres, sino los padres para los hijos. Y yo de muy buena gana daré lo mío, y me daré á mí mismo por vuestras almas, aunque amándoos yo más, sea amado menos.»

Todavía parece que viene á interrumpir su afectuosa confianza otro murmullo de sus enemigos. Oye su pérvida acusación y la recoge haciendo un llamamiento al testimonio de todos.

«Mas sea así, yo no os he gravado; pero como soy astuto, os tomé por dolo ⁽⁴⁾. ¿Por ventura os engañé por

(1) Pablo habla así por ironía. Sus enemigos tratan de locura su lenguaje, pero él sabe muy bien que tiene el derecho y el deber de hacer su propia apología. *II Cor.*, XI, 16; XII, 6. El verbo *γίγωνα*, puesto delante, parece decir: «Sí, estoy loco, no hay duda.»

(2) La palabra *τρίτον* se refiere evidentemente á ir á veros, y no á *estoy dispuesto*, porque no es formando por tercera vez el proyecto de ir como corre el riesgo de ser para ellos una carga, sino yendo realmente. (*)

(3) Dirá al punto que sus almas constituyen su única inquietud, con lo que sus palabras difieren por completo de una frase de Cicerón, *de Fin.*, II, 26, que se cita como análoga á esta: «Me igitur ipsum ames oportet, non mea, si vere amici futuri sumus.»

(4) El verbo *ελαβον* se toma aquí en el mismo sentido que XI, 20, donde caracteriza la explotación del rebaño por los falsos apóstoles. *Comp. Sófocles, Fil.* 101, 107, 1266.

(*) Es decir que en la frase: *Ecce tertio hoc paratus sum venire ad vos* (XII, 14), el adverbio *tertio* afecta á *venire*, no á *paratus sum*. Esto se verá más claro en la otra frase: *Ecce tertio hoc venio ad vos* (XIII, 1).—N. del T.

alguno de aquellos que os envié? Rogué á Tito, y envié ⁽¹⁾ con él un hermano. ¿Por ventura Tito os engañó? ¿no anduvimos con el mismo espíritu? ¿no seguimos unas mismas pisadas?»

Con esto acaba Pablo de hacer justicia á todas las acusaciones. Conviene en que no hubiera debido formular por sí mismo su elogio; hacerlo, no es de hombre prudente. Sin embargo, ¿ha de dejar que prevalezca el orgullo, la calumnia, la injusticia? Se le hubiera ahorrado esta larga apología, de la cual se alarma su modestia, si los fieles hubiesen tenido la caridad ó el valor de hacerla por sí mismos. Sin duda que, ante Dios, se complace en proclamar su nulidad. Pero ante los hombres malos é hipócritas es otra cosa. Sabe muy bien que tiene el derecho de proceder de otro modo. Lo comprende así, pero hubiera preferido verse dispensado de hacerlo. Los corintios le habían visto trabajar lleno de paciencia, de valor, de desinterés, de celo; ¿por qué no levantaron la voz para defenderlo? Él mismo los ha tratado con más caridad y rendimiento, porque todo se lo ha concedido como á los otros, todo, salvo importunarlos con sus necesidades. Y mientras nada quería de ellos, se entregaba á ellos sin medida ni reserva. Bien es verdad que el papel del padre de familia consiste en acumular y distribuir sin pedir nada á sus hijos. Si otros proceden por modo diferente, allá ellos; él y los suyos han conformado siempre su conducta á esta ley de abnegación gratuita.

«O ¿pensáis aún que nos excusamos con vosotros? Dios es testigo, que en Cristo hablamos; y todo, muy amados míos, para vuestra edificación. Porque me temo, que cuando yo viniere, no os halle cuales yo quiero; y que vosotros me hallaréis cual no queréis: que por desgracia no haya entre vosotros contiendas, envidias, riñas, disen-

(1) Trátase aquí del viaje reciente de Tito, mencionado VII, 7, y en el cual este discípulo había llevado la severa epístola del Apóstol, de la cual nada nos queda. Como no cita á Timoteo, muchos suponen que, no obstante *I Cor.*, IV, 17, y XVI, 10, no había llegado á Corinto, pero según el contexto, *τινα ὡς ἀπέσταλκα*, hubo otros enviados, y Timoteo pudo ser uno de ellos.

siones, detracciones, chismes, hinchazones, bandos; me temo que cuando yo venga, me humille Dios otra vez ⁽¹⁾ entre vosotros, y que lllore á muchos de aquellos que antes pecaron, y no hicieron penitencia de la inmundicia, y fornicación y deshonestidad que cometieron.»

Pablo tiene siempre ante sus ojos las malas inclinaciones de los corintios, y sabe que el pecado de la carne es su perpetuo peligro.

«Ved que voy ⁽²⁾ á vosotros la tercera vez; en la boca de dos ó tres testigos ⁽³⁾ estará toda palabra. Ya lo dije antes estando presente por segunda vez, y lo digo ahora ausente, que si yo voy otra vez, no perdonaré á los que antes pecaron, ni á todos los demás, ya que buscáis prueba de aquel que habla en mí, Cristo. Es verdad, él no es flaco en vosotros, antes es poderoso en vosotros; pues, aunque fué crucificado por enfermedad, con todo vive por el poder de Dios; así nosotros somos también enfermos en él, mas viviremos con él por la virtud de Dios en vosotros. Examinaos á vosotros mismos si estáis en fe; probaos á vosotros mismos. ¿Acaso no os conocéis á vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros? si ya no sois reprobados. Mas espero que conoceréis, que nosotros no somos reprobados. Y rogamos á Dios que no hagáis mal ninguno, no porque nosotros parezcamos aprobados, mas á fin que vosotros hagáis lo bueno, aunque nosotros seamos como reprobados. Porque nada podemos contra la verdad, sino por la verdad. Porque nos gozaremos de ser flacos,

(1) He ahí el verdadero sentido que hay que dar á *πάλι*. Hállase uno completamente autorizado para ver en él otra indicación del viaje penoso de Pablo á Corinto poco después de la primera Epístola que tenemos de él.

(2) Se necesita mucha fuerza de voluntad para entender *τρίτων τοῦτο ἔρχομαι* de otro modo que de un tercer viaje, porque, en fin, *ἔρχομαι* no significa *tempo el proyecto de ir*, sino *voy*.

(3) En *Mat.*, XVIII, 16, habla Jesús de hacer un llamamiento á dos ó tres testimonios para condenar definitivamente la conducta de un hermano ya amonestado. Esto está conforme con *Deut.*, XIX, 15. Los tres testimonios son probablemente las tres amonestaciones dirigidas por Pablo á los corintios: la primera en su precedente visita, la segunda en la Epístola que la siguió; la tercera en la presente Epístola. Después de ésta, irá.

mientras vosotros seáis fuertes; y aun rogamos por vuestra perfección. Por tanto, yo os escribo esto ausente, para que, estando presente, no emplee con severidad la autoridad, que Dios me dió para edificación, y no para destrucción.»

Así, con una insistencia propia tan sólo de un corazón de padre, repite Pablo á sus queridos corintios que, por incontestable que sea su poder, sólo abriga un deseo, el de no hacer uso de él contra ellos. Que no se le reduzca, pues, á esta cruel necesidad. Sin embargo, que no se engañen respecto de la disposición de su ánimo. Si hay que obrar con rigor, con rigor obrará. No han faltado advertencias. Su longanimidad se ha tomado por debilidad é impotencia. Hay que poner término á esto. Los amenazó por primera vez cuando su segunda visita, los acusó en la precedente Epístola, los advierte en ésta. Tres amonestaciones; es todo lo que exige la Ley. Ya no queda otro remedio que castigar. Pablo no lo querría. Así termina su Epístola, con paternales recomendaciones y anhelos de santidad y caridad.

«Por lo demás, hermanos, gozáos, sed perfectos, amonestáos, sentid una misma cosa, tened paz, y el Dios de la paz y de la caridad será con vosotros. Saludáos unos á otros en ósculo santo. Todos los santos os saludan. ¡La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros!»

Esta invocación á la Santa Trinidad en la triple bendición que el Apóstol dirige á sus queridos corintios no es nueva y tiene su importancia dogmática. Quizás lo único que escribió con su mano fueron estas tres últimas líneas.

De todo lo que nos queda de Pablo, pocas páginas hay en las cuales haya dejado entrever más abiertamente el fondo de su alma con los diversos sentimientos que la trabajaban. Las soluciones de continuidad que en ellas abren sus vivas emociones, son como esos desgarramientos

geológicos á través de los cuales analiza la ciencia las capas y las estratificaciones terrestres resultado de las profundas agitaciones que nuestro globo ha sufrido. Nada tan humano y á la vez tan natural como esos relámpagos de indignación, esas severas ironías, esos gritos de altivez, ese hondo sentimiento de su misión, esa energía de carácter alternando con las hábiles precauciones de la más exquisita ternura, con las suaves palabras de la caridad, con los acentos de una humildad que se aniquila en Jesucristo, y, finalmente, con ese amor de padre, siempre vigilante por temor de que se le escapen los que acaba de reconquistar.

Como esta Epístola tenía un fin más personal que dogmático, se halla citada con menos frecuencia por los autores eclesiásticos más antiguos⁽¹⁾. Esto importa poco á la demostración de su autenticidad. La prueba intrínseca que la establece, basada en la revelación que Pablo hace en ella de sí mismo, es de las que la crítica tiene por irrefragables. En efecto, semejantes páginas no se inventan. Son el grito natural de un alma, y á través de las más cálidas emociones las ha signado esta alma.

La Epístola fué llevada á Corinto por Tito, probablemente en el verano de 58. Pablo, queriendo concederle todo el tiempo necesario para que produjera su efecto, continuó sus excursiones apostólicas por Macedonia, cuyos distritos todos visitó⁽²⁾.

Al escribir á los romanos, pocos meses después, les dirá que ha predicado el Evangelio desde Jerusalén á Iliria⁽³⁾,

(1) Se cree hallar rastros de ello en Clemente, *Rom.*, XXXVI, 2: comp. con *II Cor.*, III, 18; Ignacio, *ad Trull.*, III, 3: comp. con *II Cor.*, I, 23, y XII, 16; Policarpo, IV, 1: comp. con *II Cor.*, II, 6, 7; la Epístola á Diogneto, V, 8: comp. con *II Cor.*, VI, 8-10. El fragmento de Muratori y las versiones del siglo II la ponen en el canon, é Ireneo, *Haeres.*, III, 7, 1, IV, 28, 3; Clem. Alej., *Strom.*, III, 94; IV, 101; Tert., *de Pudic.*, XIII, 21, etc., la citan. En cuanto á los diversos desmembramientos, inversiones y seccionamientos en dos ó tres epístolas recientes, que una crítica reciente ha querido hacerle sufrir, nada hay que decir. Estos sistemas fantásticos, inspirados en la única necesidad de innovar, bastan para destruirse mutuamente.

(2) Esto es lo que dice el texto: *Διελθὼν τὰ μέρη ἐκεῖνα*, *Hechos*, XX, 2.

(3) *Rom.*, XV, 19: ἀπὸ Ἱερουσαλὴμ καὶ κύκλω μέχρι τοῦ Ἰλλυρικοῦ.

lo que supone por lo menos que había tocado en los límites de esta provincia, al recorrer el noroeste de Macedonia, y que había visitado ciudades más alejadas del mar que Filipos, Tesalónica y Berea, teatro de sus primeras conquistas. Así se ensanchaba progresivamente, partiendo de Jerusalén, el círculo de su apostolado, y en este círculo, si tomamos á la letra lo que dice, había hecho, por lo menos en los países de Europa visitados por él, casi todo lo que podía hacer ⁽¹⁾.

¿Fué la frontera iliria el límite de sus excursiones apostólicas?; ó bien, siguiendo la gran vía Egnacia, que, por Pella y Heraclea, llegaba á Dirraquio y Apolonia en el Adriático, ¿evangelizó esta provincia por lo menos en la parte que se relacionaba con Grecia? La segunda hipótesis parece probable; porque si, en sí misma parece, algo vaga ⁽²⁾ la fórmula de que se sirve el Apóstol para hablar del desarrollo de su apostolado presente, la cita que dará más tarde á Tito en la ciudad de Nicópolis parece decir que, no solamente la Iliria meridional, sino el Epiro habían sido visitados por él ⁽³⁾.

Según todas las probabilidades, el deseo de visitar la capital del mundo trabajó más y más su corazón al ver que los navíos abandonaban la costa de Iliria, para ir, á través del Adriático, á desembarcar en Brindis, punto desde donde la famosa vía Apia conducía directamente á Roma. ¡Pocas horas le separaban del campo de batalla en que quería herir en el corazón al paganismo!

Por desgracia, Corinto, con sus turbulencias, sus vacilaciones, sus desórdenes, sus llamamientos reiterados, le prohibían alejarse antes de solventar las dificultades que la perturbaban y pacificarlo todo. Aquella hermosa y gran Iglesia le era demasiado querida para no intentar ante

(1) *Rom.*, XV, 23.

(2) La expresión *μέχρι τοῦ Ἰλλυρικοῦ* puede entenderse lo mismo de Iliria incluida en el círculo de su apostolado, que de Iliria como límite de este apostolado. Así, cuando Pablo dice *μέχρι θανάτου*, *Φιλίπ.*, II, 8, ó *μέχρι δεσμῶν*, *II Tim.*, II, 9, ni la muerte ni las cadenas quedan excluidas.

(3) *Tito*, III, 12.

todo su salvación. Apenas le separaban dos meses de la fecha en que había resuelto visitarla, tiempo insuficiente para ir á Roma; pero desde entonces su pensamiento no se apartó de Italia ⁽¹⁾.

(1) *Rom.*, XV, 22.

CAPÍTULO VI

Pablo en Corinto.—Epístola á los romanos

Pablo va por tercera vez á Corinto.—Delegados que le acompañan.—Su inquietud respecto de la joven Iglesia de Roma.—Lo que podía ser entonces aquella comunidad.—El proyecto que alimentaba Pablo de fusionar á judíos y gentiles bajo el yugo del Evangelio explica la Epístola magistral que escribió entonces.—Preámbulo de la Epístola á los Romanos.—*Parte doctrinal*: El Evangelio es para salvar á judíos y gentiles, y la salvación viene por la fe; antes del Evangelio, judíos y gentiles estaban bajo la acción de la cólera divina; el Evangelio ha revelado un medio de salvación; tal es la fe, y no la Ley, de suerte que este medio está á disposición de todos; no hay que prevalerse de ser descendiente de Abraham; por lo demás, este patriarca fué también justificado por la fe; la justificación viene por Jesucristo, como la muerte viene por Adán; consecuencias morales de nuestra liberación; el papel funesto de la Ley y la libertad en Jesucristo; los judíos rechazados, y el verdadero plan providencial realizado.—*Parte práctica*: Regla de conducta del verdadero discípulo del Evangelio; los cristianos y los poderes públicos; la ley del amor; los fuertes y los débiles; gentiles y judíos.—*Conclusión*: Motivos que tuvo Pablo para escribir la Epístola; una palabra en favor de Febe, que ha de llevarla; Saluciones y bendición final. (*Hechos*, XX, 2, y *Epístola á los Romanos*).

Así que Pablo creyó llegado el momento de reaparecer en Corinto, es decir, cuando supuso que la llegada de Tito y la Epístola de que era portador habían producido su efecto, se dispuso á partir para Acaya. Probablemente citó en Tesalónica á los que debían acompañarle en su viaje.

Parece que el grupo era numeroso. Como las diversas Iglesias contribuyeron á la colecta, estaban representadas en él. Se cree que los delegados de la provincia de Asia fueron Tiquico y Trofimo, dos hombres adictos á Pablo, que le siguieron á todas partes, como hermanos muy amados y fieles servidores de Jesucristo, en los últimos viajes del

Apóstol y durante su cautividad ⁽¹⁾. Por la Galacia meridional, Cayo de Derbe ⁽²⁾ y el hijo querido Timoteo de Listra. Por Macedonia, probablemente Lucas, representando á los filipenses; Sopater, hijo de Pirro, los bereos; Jasón, Aristarco y Segundo, los tesalonicenses. De estos tres últimos, Segundo no tiene historia, pero Jasón y Aristarco nos son conocidos, el primero, por haber dado hospitalidad á Pablo y á Silas y haberse constituido en garantía de ellos en el motín suscitado por los judíos de Tesalónica ⁽³⁾; el segundo, por haberse mezclado en las pruebas de Pablo, ya en la sublevación provocada en Éfeso por el platero Demetrio, ya en los días de su cautividad ⁽⁴⁾.

Quizás no fueron los únicos que escoltaron al Apóstol en esta ocasión. Los nombres citados son los mismos que el libro de los Hechos da á los hermanos que le siguieron, cuando abandonó á Corinto para ir á llevar á Jerusalén las limosnas recogidas. Todo autoriza á creer que fueron con él, y aun varios debieron adelantársele para acompañar á Tito; querer designarlos nominalmente, sería ir más lejos de lo que permiten nuestros datos; según toda probabilidad, Lucas fué uno de ellos.

Puede creerse que se escogió la vía marítima para dirigirse á Acaya. Era la más segura cuando se llevaba dinero, como también la más corta y económica. El camino que conducía por tierra á través de las montañas de Tesalia, Lócrida, Beocia y Ática, era penoso, largo y peligroso. Por otra parte; los navíos que diariamente partían de Tesalónica para el golfo de Salónica ofrecían buenas ocasiones que, naturalmente, había que aprovechar. Desembarcaron en Cencreas, puerto oriental de Corinto. La diáconisa de la pequeña Iglesia organizada en este punto,

(1) *Hechos*, XX, 4; *Colos.*, IV, 7, 8; *Efes.*, VI, 21, 22; *II Tim.*, IV, 12, 20, *Hechos*, XXI, 29.

(2) Este Cayo parece ser el que fué arrestado con Aristarco, y el epíteto de Macedonio (*Hech.*, XIX, 29; podría muy bien no aplicarse sino á Aristarco).

(3) *Hechos.*, XVII, 5 y sig.; *Rom.*, XVI, 21.

(4) *Hechos*, XIX, 29; XXVII, 2; *Colos.*, IV, 10; *Filem.*, 24.

Febe, debió hacer á los recién llegados los honores de la casa. Pablo, para recomendarla á los cristianos de Roma, elogiará su solicitud en obligar á los servidores de Jesucristo y á él en particular ⁽¹⁾. Era una mujer animosa y enérgica, capaz de grandes sacrificios. Se sabe que, poco después, fué á llevar á la capital del Imperio la famosa Epístola dirigida por Pablo á la joven comunidad romana.

La llegada del Apóstol y de sus compañeros á Cencreas no tardó en ser conocida de los fieles de Corinto, y todo hace suponer que los amigos Estéfana, Fortunato, Arcaico, Cayo, Erasto y los otros llegaron á su encuentro. Tito y los dos hermanos que le habían escoltado no debieron ser de los últimos en recibirle. Puesto que Lucas se hallaba probablemente entre ellos, ¿cómo no reprocharle una vez más el silencio que guarda sobre todo este viaje y sobre lo que Pablo hizo entonces en Corinto?

Lo que podemos decir es que recibió hospitalidad en casa de Cayo, á quien había bautizado en su primera misión ⁽²⁾, y al que no hay que confundir con otros discípulos del mismo nombre. Su presencia acabó muy probablemente de restablecer el orden en la Iglesia, y sus adversarios debieron eclipsarse ante él. La prueba se halla en la rapidez con que se llevó á cabo la colecta, y en este otro hecho más importante, á saber, que Pablo, cesando de mostrar inquietud por los corintianos, parece haber concentrado en adelante su pensamiento en Roma. Sus nuevas y predominantes inquietudes con respecto á la Iglesia que se había formado poco á poco y que crecía en el centro mismo del Imperio, no se explican bien sino en

(1) *Rom.*, XVI, 1 y 2. En nuestro segundo viaje á Cencreas, en 1899, fuimos recibidos por una mujer del país cuya amabilidad y solicitud, así como su respetuosa reserva, nos hicieron involuntariamente pensar en la que el Apóstol llamaba su hermana. A pesar de sus 35 años, ofrecía todavía el verdadero tipo griego en toda su belleza. En el sótano de su casa había columnas antiguas, y sobre la puerta una inscripción recordaba la Cencreas pagana y frívola. Quizás una pequeña lámpara de arcilla de fabricación greco-niana que quiso ofrecerme sirvió en tiempo de San Pablo.

(2) *Rom.*, XVI, 23, *I Cor.*, I, 14.

el caso de dominar por completo la situación en Corinto. Aumentando sus santas ambiciones con sus triunfos, se comprende que estimase que había hecho poco mientras no predicase el Evangelio en la ciudad misma de los césares ⁽¹⁾. El pequeño judío de Tarso alimentaba proyectos más vastos que un pescador del lago de Genesaret, y, ciudadano romano, veía con todo derecho, en Roma, el centro y la cabeza del mundo entero. Establecer allí sólidamente la religión cristiana era el medio más seguro de hacerla irradiar por el mundo entero. Una Iglesia madre para el Occidente, como Antioquía lo había sido para el Oriente, le parecía necesario. Ahora bien, sólo podía concebirse en la gran capital, situada á igual distancia de las Galias, de España, de Germania y del África Occidental. Providencialmente, pues, era ella la indicada como punto central para el desarrollo de su infatigable apostolado; y muy probablemente también, las relaciones que sostenía con los cristianos de aquella ciudad contribuían á atraer cada vez más su atención por este lado.

El edicto de Claudio expulsando de la capital á judíos y cristianos se había convertido en letra muerta, por lo menos desde el fallecimiento de este príncipe en 54. Priscila y Aquila, abandonando el Oriente, habían vuelto á Roma ⁽²⁾ para reanudar allí su comercio. No pocos tarsenses ⁽³⁾ y otros con quienes Pablo debía de haber estado en relaciones, se hallaban también allí. Las numerosas salutaciones que llenan el fin de su Epístola son prueba de ello. El esfuerzo de aquellos celosos discípulos del Evangelio debía encaminarse á llevar al gran obrero de Dios allí donde elementos considerables, pero diseminados y sin dirección bien autorizada, deseaban agruparse y afirmarse bajo la acción de la palabra apostólica. Pedro, como ya lo hemos dicho, no había hecho más que aparecer un instante entre ellos, pues

(1) *Rom.*, I, 8-15, *Hech.*, XIX, 21. Semejantes deseos concordaban por completo con los del Señor. *Hech.*, XXIII, 11.

(2) *Rom.*, XVI, 3.

(3) *Estrab.*, XIV, 5.

el decreto de expulsión casi vino al punto á comprometer lo que había intentado organizar, y tras unos doce años, la pequeña comunidad, se desarrollaba, sí, pero sufría.

Cuando se fija uno en el espíritu de proselitismo que Priscila y Aquila en particular desplegaron en Corinto y en Éfeso, es permitido sospechar que provocaron en gran parte las inquietudes del Apóstol respecto á la Iglesia de Roma. Aquella pareja, inteligente y llena de celo, era probablemente la que le tenía al corriente de las esperanzas y peligros del Evangelio en la capital del Imperio. Gran número de otros cristianos, amigos ó compatriotas suyos, hicieron otro tanto; pero como las saluciones de la famosa Epístola empiezan por Priscila y Aquila, nos señalan naturalmente la importancia gradual de su intervención. He aquí ahora lo que pudieron decir á Pablo acerca del estado de la comunidad romana.

Fundada desde el principio por judíos ó prosélitos que habían asistido á la manifestación del Espíritu Santo el día de Pentecostés ⁽¹⁾ en Jerusalén, aquella comunidad se había aumentado con los orientales que llegaban sin cesar á la capital, ora como comerciantes, ya como domésticos, maestros de escuela, médicos, pintores ó esclavos, pero todos con el deseo de dar á conocer á Jesucristo. Como ya lo hemos dicho ⁽²⁾, cuando Pedro se presentó allí hacia el año de 45, hallábase cimentada en débiles bases. De aquí que, por una parte, San Ireneo ⁽³⁾ pudiera referir únicamente la fundación de la Iglesia romana á la llegada y martirio de los dos Apóstoles, por cuanto de ellos recibió su organización real y su verdadero desenvolvimiento; y que, de otra, el Ambrosiaster ⁽⁴⁾ ó comentador latino (conocido por este

(1) *Hechos*, II, 10 *αἱ ἐπιδημοῦντες Ῥωμαῖοι*. Cicerón, *pro Flacco*, 28, habla de los judíos que anualmente iban de Italia y de las diversas provincias del Imperio á llevar á Jerusalén sus piadosas é importantes ofrendas.

(2) *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 304 y sig.

(3) Ireneo, *Haeres.*, III, 1, y en Eusebio, *H. E.* V, 8. Comp. Ignacio, *ad Rom.*, IV; Dionisio de Corinto en Eusebio, *N. E.*, II, 25.

(4) Según todas las probabilidades, el falso Ambrosio ó el Ambrosiaster, que publicó un comentario, corto, pero muy notable, de las trece Epístolas de San Pablo, fué un diácono, Hilario (tal es la opinión común según

nombre fingido) de las Epístolas de Pablo, escribiera que «los romanos habían recibido la fe de Cristo mezclada con ritos judaicos, porque por medio de judíos se les había comunicado, sin haber visto con sus propios ojos, al principio, ninguno de los grandes milagros del Evangelio ni ningún Apóstol.» El mejor medio de saber cómo estaba compuesta en el momento en que Pablo se ocupó en ella, consiste en estudiar la misma serie de personajes que saluda en su Epístola. Aparecen en ella desde luego judíos de origen: Prisca y Aquila, á los que ya conocemos; Andrónico, Junia y Herodión, parientes, συγγενῆς del Apóstol, ó por lo menos, compatriotas y de la misma tribu; María, Apeles, y la familia de Aristóbulo, pariente, cuando no nieto, del mismo Herodes; luego, nombres romanos: Urbano, Ampliato, Rufo y Julia, sin hablar de la gente de la casa de Narciso; finalmente, y sobre todo, nombres griegos ú orientales: Epeneto, uno de los primeros que Pablo convirtió en Asia, Asincrito, Flegonte, Hermes, Patrobos, Hermas, Filólogo, Nereo, y varias mujeres: Trifena, Trifosa, Perside, Olimpiade y otras. Esta imagen, reducida, pero auténtica, de la naciente comunidad es muy sugestiva.

Vemos que se recluta, por decirlo así, la Iglesia, en parte, al azar con los aluviones de Oriente, y en parte, en la misma localidad y en medios más ó menos humildes, lo que no le impedía abrir á veces un boquete en las más nobles familias del Imperio, desarrollándose así progresivamente, al impulso de un sople de vida que parecía demandar una palabra autorizada que le diera su constitución normal y definitiva.

Como se ve, las mujeres representaban en ella un pa-

un texto de San Agustín, c. *duas Epíst. Pelag.*, IV, 7), ó un cierto Faustino (V. Langen, *Gesch. d. Rom. Kirche*, p. 599-610), sacerdote de la Iglesia romana que vivió en la época del pontífice San Dámaso, hacia el 380. He aquí lo que dice (Ambrosio *opp.*, III, 373, edición Ballerini): «Constat itaque temporibus apostolorum Judaeos, propterea quod sub regno romano ageren, Romae habitasse: ex quibus hi qui crediderant tradiderunt Romanis ut Christum profitentes, legem servarent... Romanis autem irasci non debuit, sed et laudare fidem illorum, quia nulla insignia virtutum videntes, nec aliquem apostolorum, susceperant fidem Christi ritu licet judaico.»

pel importante ⁽¹⁾. Probablemente por medio de ellas, humildes esclavas, que ponían al servicio de sus dueños, con la dulzura resignada y la abnegación inteligente tan fáciles á los orientales, el fermento de la nueva verdad, penetró el Evangelio en las familias romanas. De aquí esos nombres ilustres rodeados de signos cristianos, que se hallan desde el principio, en las más antiguas catacumbas. Aquellas valientes evangelistas, siempre que se hallaban en contacto con un alma elevada, jamás dejaban de suscitar inquietudes religiosas que conducían lógicamente á Jesucristo. En los más remotos orígenes se celebraba privadamente el culto, y aun con frecuencia no se conocían unos á otros los cristianos. El primer esfuerzo de conquista se realizó sin ruido y sin brillo. Nada tan lejos de la verdad como suponer que los cristianos de Roma frecuentaban las sinagogas. Si es verdad que se hizo la experiencia de reunir los dos elementos judío y cristiano, al principio, hacia el 45, cuando la llegada de Pedro, no es menos cierto que el tumulto que originó y la severidad imperial que provocó, obligaron á renunciar por siempre jamás á semejante medio. Así, veremos que Pablo, tan pronto como llega á Roma ⁽²⁾, convoca, en la casa que le servía de prisión, á los jefes de las sinagogas, y con ellos conferencia como con hombres extraños por completo á los discípulos del Evangelio. Sin duda declararon que habían oído hablar de la secta y aun que sabían que suscitaba una oposición casi general; pero con esto mismo significaban que nada de común tenían con ella. En efecto, fijóse el día de la conferencia, y el coloquio duró desde la mañana hasta la tarde, tratándose del asunto capital del reino de Dios y de Jesucristo considerado según la ley de Moisés y los profetas. Si la conclusión no fué muy satisfactoria, el incidente mismo no deja de ser muy significativo. También esta vez

(1) Nótese que la actividad religiosa de estas mujeres, María, Trifena, Trifosa y Perside, *Rom.*, XVI, 6, 12, está caracterizada, como la de los obreros del Evangelio, *I Tes.*, V, 12, *I Tim.*, V, 17, por la misma palabra, κοπιᾶν, trabajar por la obra de Dios.

(2) *Hechos*, XXVIII, 17 y sig.

quiso Pablo ser fiel á sus principios. No pudiendo, pues estaba preso, ir á predicar á la sinagoga, invitaba á la sinagoga á ir hasta él, esperando instruirla y convencerla. Sabía que estaba casi por completo fuera del movimiento cristiano que insensiblemente se propagaba por Roma, y la trataba en consecuencia.

Natural era que los discípulos de Pablo que vivían en la capital, y en particular Priscila y Aquila, aquella pareja tan ardientemente interesada en los éxitos del Evangelio, pusieran al Apóstol al corriente de la situación. De aquí el doble objeto de la epístola que iba á escribir, objeto muy sencillo, pero que tan persistentes discusiones ha provocado.

He aquí como lo comprendemos nosotros.

Pablo, no obstante ser el misionero enviado á la gentilidad, continuaba siendo judío y patriota en el fondo de su alma. El ideal que aspiraba á realizar consistía, pues, para él en la fusión fraternal de Israel y de los paganos en el único molde del Evangelio. Con persistencia meritoria le hemos visto intentar en todas partes esta obra difícil. No abandonaba la sinagoga sino cuando la hallaba obstinadamente refractaria. Las decepciones sobre este punto jamás le descorazonaban, y, cuando por primera vez se propuso la evangelización de Roma, su natural afán consistió ciertamente en llamar á la vez á judíos y gentiles á la salvación por medio de Jesucristo. Quería obligar á unos y otros á darse el beso de la santa y fraternal caridad en sus brazos de apóstol.

No pudiendo ir á Roma en el momento en que se le llamaba á ella, resolvió echar allí sin tardanza, por medio de una epístola magistral, resumen admirable de su Evangelio, las bases de esta reconciliación que esperaba acabar y sancionar dentro de poco con su presencia. Tal fué la idea que presidió á la redacción de la Epístola á los Romanos, idea que no lograría hacer prevalecer, porque la sinagoga, aun después de la predicación de él en Roma, de tal modo quedó fuera de la Iglesia cristiana, que la persecución de

Nerón, que tan cruelmente hirió á ésta, en manera alguna alcanzó á aquélla. El proyecto era completamente digno del gran corazón del Apóstol, y en su inteligencia lo razonaba así: Dios ha enviado el Evangelio para unir en una misma salvación á judíos y gentiles, todos igualmente perdidos fuera de él. Por medio de este Evangelio pueden conciliarse maravillosamente el universalismo del plan providencial y la fidelidad de Dios á su obra teocrática. Y aun preciso es que sea así, porque no es posible admitir que la sabiduría ó la bondad divinas sean deficientes en manera alguna.

Desde que el paganismo sin la Ley y el judaísmo con ella han dado igualmente pruebas de su impotencia para realizar la justicia en el seno de la humanidad, Dios no puede dejarlos indefinidamente en tan deplorable insuficiencia. Uno y otro deberán realizar la forma superior de la vida religiosa en condiciones completamente nuevas, esto es, por medio del Evangelio, que ofrece eficazmente á todos y para siempre la justificación y la salvación; de suerte que la religión de Cristo, sustituyéndose á la Ley de Israel y al error de las naciones, arrojará en las redes de la Iglesia simultáneamente á judíos y gentiles. Tal era la tesis que Pablo predicaba en todas partes y que llamaba su Evangelio ó su enseñanza cristiana sistematizada. Veremos más ampliamente la ordenación lógica de la misma: necesidades morales del hombre; locura y pecado del paganismo; prevaricación de los mismos judíos, no obstante haber sido tan privilegiados; responsabilidad de todos ante el Dios soberanamente justo; impotencia de la Ley para curar el mal universal; Jesús trayendo la salvación al mundo según las promesas á los Patriarcas, y nuevo jefe de la humanidad asegurando la vida allí donde Adán había traído la muerte. Esta salvación, comprada y realizada en principio por los sufrimientos expiatorios del Mesías y su resurrección gloriosa, es generosamente ofrecida á quien quiere apropiársela por el acto de fe, y se opera por la justificación, la santificación y la glorificación. Á los judíos

fué propuesta ante todo, pero, rechazada por ellos, que se niegan á creer en ella, se ha ofrecido á los gentiles. Sin embargo, volverá á los judíos cuando todas las naciones se hayan aprovechado de ella. Sólo consagrándose por completo al servicio de Dios, lo que, en el fondo, no es otra cosa que establecerse en la única verdadera y santa libertad, prueba el hombre su gratitud por el don que se le ha ofrecido.

No pudiendo, por grandes que fueran sus deseos, ir á exponer de viva voz á los romanos esta dogmática transcendental, ya que le era preciso dirigirse primeramente á Jerusalén, de donde temía que no podría volver en seguida—los acontecimientos confirmaron que era fundado este temor,—adoptó el partido de escribirles la admirable síntesis de la misma.

Este era, por lo demás, el mejor medio, no sólo de afirmar sobre bases cada vez más sólidas una Iglesia cuyo fundamento apostólico, no obstante la momentánea y ya antigua aparición de San Pedro, parecía faltarle, sino también de preparar el camino á su visita, si había de ser próxima, ó de suplirla, si había de hacerse esperar mucho. En todo caso, el resultado no ha podido ser más feliz para nosotros. La Epístola á los Romanos es incontestablemente la más importante y vigorosamente redactada de las Epístolas de San Pablo. Por más que algunos puntos esenciales, tales como la enseñanza sobre la persona misma de Jesucristo y su futura vuelta, por ejemplo, sean en ella menos claros que en otros escritos suyos, el conjunto es de sorprendente grandiosidad. El pecado, la salvación, la gracia, la fe, son otras tantas cuestiones conexas que profundiza con santa intrepidez, levantando, por decirlo así, el velo misterioso que nos ocultaba la economía divina, ó bien, para emplear su lenguaje, el consejo de Dios. Si habla del hombre caído, de la lucha que sostiene de grado ó por fuerza, de su relación fatal con Adán y necesaria con Jesucristo, asombra la trascendencia de sus concepciones. En el fondo, es la historia de Dios y de la humanidad la que él esboza

con rasgos potentemente luminosos, y la conclusión general que se deduce de sus incomparables páginas es que, habiendo sido el Evangelio, con exclusión de todo lo demás, el término querido de lo pasado, será por siempre jamás el único principio director de lo por venir. Traduzcamos ahora, señalando con breves comentarios sus divisiones, esta Epístola tratado del primer teólogo de la Iglesia.

«Pablo, siervo ⁽¹⁾ de Jesucristo, Apóstol, elegido escogido ⁽²⁾ para el Evangelio de Dios, el cual había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, que fué hecho del linaje de David ⁽³⁾, según la carne, y declarado ⁽⁴⁾ Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de Santidad ⁽⁵⁾, por la resurrección de entre los muertos, por el cual habemos recibido la gracia y el apostolado para que se obedezca á la fe

(1) Por primera vez se emplea en el Nuevo Testamento este título con el cual se honraban los Profetas (*Am.*, III, 7; *Jerem.*, VII, 25, etc.) con relación á Jehová en el Antiguo. Pablo usa de la fórmula substituyendo Jesús á Jehová, fórmula que hallaremos en Epístolas de fecha posterior: *Fil.*, *Tit.*, *Sant.*, *Heb.*, *II Pedro*.

(2) Es el sentido de ἀφωρισμένος. Pablo precisa así el acto por el cual Dios desde luego, *Gal.*, I, 15, y los hombres después, *Hech.*, XIII, 2, le asignaron un ministerio especial.

(3) El Apóstol señala cómo Jesús, por su generación humana, realiza una de las condiciones que, según la opinión de los doctores, *Marc.*, XII, 25 y sig., debía caracterizar al Mesías. Por desgracia, ni aquí, ni en *II Tim.*, II, 8; *Hech.*, II, 30; *Heb.*, VII, 14, se dice por quién descendía de David. (*)

(4) Es el mejor sentido que puede darse, con San Crisóstomo y los Padres de la Iglesia, al participio ὁρισθέντος. El paralelismo que se quiere establecer entre *Hechos*, X, 42; XVIII, 31, y el presente pasaje para traducir esta palabra por establecido, instituido, queda descartado por el contexto. Pablo no quiso decir que el Hijo de Dios resultó Hijo por la resurrección. *Comp. II Cor.*, IV, 4; XV, 20; *Col.*, I, 15-19.

(5) Traducimos palabra por palabra κατὰ πνεῦμα ἀγιασύνης, que puede significar, con una probabilidad casi igual, ora que Jesús nació del Espíritu Santo—«Lo que está en ella, había dicho el Angel á propósito de María, es del Espíritu Santo»—con lo cual precisaría el Apóstol los dos agentes, la hija de David y el Espíritu Santo, que cooperaron á crear la naturaleza humana de Jesús; ora que la santidad excepcional de Jesús, consagrada por la resurrección, demostró su filiación divina. En el primer sentido, πνεῦμα ἀγιασύνης designa el Espíritu Santo; en el segundo, el espíritu ó alma de Jesús con su incomparable santidad.

(*) El autor se refiere á la dificultad que ofrece el concordar la genealogía según S. Mateo con la genealogía según S. Lucas. Véase *Los Orígenes del Cristianismo*, vol. I, p. 167 y sig.—N. del T.

en todas las gentes en su nombre, entre las que también vosotros sois llamados de Jesucristo:

A TODOS LOS QUE ESTÁN EN ROMA, AMADOS DE DIOS, LLAMADOS Á SER SANTOS. GRACIAS Á VOSOTROS Y PAZ DE DIOS, NUESTRO PADRE, Y DEL SEÑOR JESUCRISTO ⁽¹⁾.»

Pablo, obligado á presentarse por sí mismo á una Iglesia, de la cual sólo le conocían personalmente algunos miembros, adopta una fórmula de introducción excepcionalmente larga y solemne, pero que, en último análisis, se reduce á la fórmula regular: «Pablo, apóstol de Jesucristo, á los fieles de Roma, salud.» Pone ante todo su elección como apóstol, y afirma que fué tan legítimamente escogido como los Doce por el mismo Jesucristo; indica el programa de su apostolado, predicar á Jesús, hijo de David por su nacimiento é Hijo de Dios, como lo ha establecido su resurrección consagrando su absoluta santidad; y precisa su misión especial, que no es otra que dirigirse especialmente á los paganos. Por consiguiente, natural es que se cuide de la Iglesia de Roma, la cual, salida en gran parte del paganismo, parece destinada á proporcionarle entre los gentiles sus más gloriosos reclutas.

«Primeramente doy gracias á mi Dios por Jesucristo acerca de todos vosotros; porque vuestra fe es divulgada por todo el mundo. Porque Dios, á quien sirvo ⁽²⁾ en mi espíritu en el Evangelio de su Hijo, me es testigo, que sin cesar hago mención de vosotros; rogándole siempre en mis oraciones ⁽³⁾, que me abra por fin algún camino favorable, siendo esta su voluntad, para ir ⁽⁴⁾ á vosotros. Porque os

(1) El texto dice: *vocatis sanctis*; y véase *La Obra de los Apóstoles*, volumen I, p. 197, nota 3.—N. del T.

(2) Si Pablo emplea el verbo *λατρεύω* que, no obstante significar *servir como mercenario*, expresa en el Nuevo Testamento el culto religioso tributado á Dios: *Mat.*, IV, 10; *Luc.*, IV, 8; *Hechos*, VII, 7, etc., es porque asimila su predicación á un culto espiritual que tributa al Padre de Aquel á quien predica en el Evangelio.

(3) *Comp. I Tes.*, I, 2; *Efes.*, I, 16; *Filip.*, 4.

(4) El verbo *εὐδοθήσομαι* expresa un viaje feliz que uno hace.

deseo ver, para comunicaros alguna gracia espiritual⁽¹⁾ con que seáis confirmados; esto es, para consolarme juntamente con vosotros, por aquella fe que tenemos los unos y los otros, vuestra y mía. Mas no quiero que ignoréis, hermanos, que muchas veces he propuesto ir á vosotros (y he sido impedido hasta ahora), para lograr también algún fruto entre vosotros, como entre las otras naciones. Soy deudor á griegos y á bárbaros, á sabios y á ignorantes. Y así (cuanto está en mí) estoy pronto para anunciar el Evangelio á vosotros, que estáis en Roma.»

Como se ve, Pablo, con exquisita delicadeza, después de presentarse por sí mismo á los romanos, acaba de preparar su entrada en materia, y por Jesucristo, el soberano mediador que presenta á la vez á su Padre el reconocimiento y la oración de los fieles, da gracias á Dios por el éxito del Evangelio en Roma. Por reciente que allí sea la reducida Iglesia cristiana, se habla ya de ella en todo el universo, porque la capital del mundo mantiene relaciones con todos los puntos del Imperio. Pablo se muestra satisfecho de ello por los que forman parte de dicha Iglesia. Conózcalos personalmente ó no, ¿por ventura no son todos ellos para él hermanos, desde que pertenecen á Jesucristo? Nadie conoce mejor la sinceridad cordial de esta acción de gracias y de su afecto, que Aquel que oye su oración, Dios, cuyo ministro fiel y abnegado es, por cuanto predica á su Hijo. El Apóstol le pone, pues, solemnemente por testigo, temeroso de que se atribuya su afirmación á la lisonja. Sus más ardientes deseos consisten en poder llegar un día á Roma. ¡Sería tan consolador para él comunicar á la querida comunidad algunos dones espirituales, de que Jesucristo le ha hecho depositario, para

(1) Por *τι χάρισμα πνευματικόν*, Pablo entiende mucho más el crecimiento general de la vida espiritual, que los carismas mencionados, *I Cor.*, XII-XIV. Sin duda que los poseía en grado eminente, *I Cor.*, XIV, 18, y podría hacerlos contribuir á la edificación de todos, pero ciertamente se proponía algo más esencial, á saber, su concepción completamente espiritual del Evangelio y una enseñanza capaz de colocar á los fieles en esas relaciones íntimas con Dios en que el alma halla la vida perfecta.

ayudarle con ellos á marchar con más seguridad que nunca por el camino ya emprendido!...

Pero, á la vez que indica el papel activo que se promete, parece como si temiera chocar con las prevenciones ó herir el amor propio de aquellos á quien se dirige. Por lo cual, refrenándose al punto, prescinde de todo carácter oficial, para presentarse como simple hermano que irá á buscar entre ellos una reconfortación. Dará y recibirá. Hace ya mucho tiempo que le atrae vivamente semejante perspectiva. Preciso ha sido que se presentasen obstáculos serios para impedirle hasta entonces hacer entrar á Roma en el cuadro de la predicación á los gentiles que le está especialmente encomendada. Ve allí, como en los otros centros paganos, un bien real que hay que realizar. Cualquiera que sea la nacionalidad á que pertenezcan, cualquiera que sea el grado de cultura que posean, todos los gentiles tienen derechos sobre él. Se cree y se declara deudor de ellos; por eso quiere predicar en la capital del Imperio. Dar ejemplo de vida cristiana á la Iglesia que existe ya en Roma y edificarse allí á sí mismo, no sería lo que Dios espera de él. Está obligado á activar con su palabra los progresos del Evangelio en la gran capital del mundo, mezcla por demás extraña de sabios é ignorantes, pobres y ricos, nobles y plebeyos, amos y esclavos, gentes, en fin, de todos los países. Mientras espera ir en persona, inaugurará por escrito su ministerio. La palabra evangelizar, que ha pronunciado, le sirve de transición natural para entrar de lleno en materia.

«Porque no me avergüenzo del Evangelio»—dice.

Podría creerse que tiene algún inconveniente en ir á predicar en la misma Roma la religión de un carpintero de Nazaret, muerto en una cruz entre dos ladrones, y presentándose, á pesar de esta humillación suprema, como el Salvador del mundo. Pues bien, no; aunque esta cruz sea un escándalo para los judíos, como se lo ha dicho á los corintios, y una locura para los gentiles, se vanagloria de presentarla á todos con el ajusticiado que sostiene. Tal es

ese Evangelio del cual no se avergüenza, porque, bajo una apariencia de humildad, de debilidad y aun de indignidad á los ojos de la razón humana, es el acto omnipotente por el cual Dios quiso salvar á judíos y gentiles, cambiando así la faz del mundo y realizando la nueva generación de los justos y de los elegidos. En pocas palabras, condensando tan enérgicamente su pensamiento, que difícilmente se prestan á una traducción literal inteligible, formula la tesis que va á desarrollar.

«Este Evangelio, es una virtud ⁽¹⁾ de Dios para salud ⁽²⁾ á todo el que cree; al judío primero, y al griego después ⁽³⁾. Porque la justicia de Dios ⁽⁴⁾ se descubre en él

(1) La palabra *δύναμις* que el Apóstol emplea aquí como *I Cor.*, I, 18; II, 4; IV, 20; *I Tes.*, I, 5, significa el poder de Dios no en sí mismo, como podría decirlo la palabra en su sentido directo, sino en su manifestación exterior, que es el Evangelio.

(2) La salvación *σωτηρία*, implica el mal alejado y el bien asegurado. Es aquel estado en el cual puede felizmente desarrollarse la vida y alcanzar su verdadero fin.

(3) Esta división de la humanidad en judíos y gentiles no tendrá ya razón de ser. Sólo habrá creyentes, que vendrán de todas partes. Los judíos han sido los primeros invitados; esto estaba en el orden de las promesas divinas, pero no son los únicos invitados. Todo el que sea capaz de hacer el acto de fe puede alcanzar la salvación por el Evangelio. Hemos añadido la palabra *después*, porque parece implícitamente contenida con *πρῶτον*. Verdad es que esta palabra no se halla en varios manuscritos. Tertuliano nos dice que Marción la había suprimido; pero en absoluto se halla en la noción evangélica: *Mat.*, XV, 24; *Juan*, IV, 22; *Hech.*, XIII, 46, y en el pensamiento de Pablo, *Rom.*, III, 1-2; IX, 1 y sig.; XI, 16, XV, 8. Tampoco hay razón alguna para adoptar la traducción de Klosterman «desde luego al judío y al griego,» como si el Evangelio sólo más tarde debiera ocuparse en los bárbaros, limitándose al principio á las dos porciones principales del mundo de entonces.

(4) Se ha interpretado de muchas maneras las palabras *δικαιοσύνη Θεοῦ*. Para unos significan la justicia misma de Dios, ó el atributo por el cual quiere Dios, de un modo absoluto é inmutable, todo lo que es conforme á la verdad y á la bondad. De conformidad con esta justicia se muestra fiel á sus promesas. La revelación de esta justicia es Jesucristo. Pero semejante explicación se acuerda bastante mal con el fondo del pensamiento y el decir del Apóstol. Su tesis se refiere á la justicia en el hombre y no en Dios. Si la llama justicia de Dios, es porque, procedente de Dios, viene á establecerse en el hombre. Es un estado de corrección en una vida nueva que Dios nos confiere por su gracia. San Agustín, *de Spirit.*, et *litt.*, IX, dice con razón: «Sicut ista fides Christi dicta est, non qua credit Christus, sic illa justitia Dei, non qua justus est Deus; utrumque enim nostrum est; sed ideo Dei et Christi dicitur, quod ejus nobis largitate donatur.» De aquí las fórmulas

de fe en fe, como está escrito: Mas el justo vive de fe ⁽¹⁾.»

El pensamiento fundamental de Pablo es, pues, el siguiente: Es insensato avergonzarse del Evangelio, que es la fuerza incomparable lanzada al mundo para transformarlo. Él es el que, predicado y aceptado, crea la verdadera justicia, la única que tiene acceso á Dios, porque viene de Dios y porque es según Dios. Nada de común entre ella y la justicia que los judíos buscan en el cumplimiento de la ley mosaica ó la que los filósofos paganos, piden á la energía moral del hombre. Hay en ella algo que viene de lo alto y que sólo podemos coger por el acto de fe, para que entre en nosotros; acto de fe que debe repetirse, acentuarse, para que nuestra alma, apropiándose la gracia de la justificación por Jesucristo, que es autor y substancia de ella, tenga en sí la verdadera vida. La fe es el grande y único medio de salvación dado al mundo. Dijo en otro tiempo Habacuc á los israelitas amenazados por la invasión caldea: «En tanto que los orgullosos, los impíos morirán, vivirá el justo por la fe ⁽²⁾.» Pablo repite las mismas

empleadas en otra parte por el Apóstol para significar que esta justicia va de Dios al hombre, como el agua de la fuente va al depósito que la recibe. Así, *Fil.*, III, 9: τὴν ἐκ Θεοῦ δικαιοσύνην ἐπὶ τῇ πίστει. Es, pues, aquella cuyo autor es Dios mismo, la misma que, por otra parte, se conforma con la justicia eterna, y que Él aprueba, porque es suya y según Él, por oposición á la justicia *del* hombre ó según el hombre, que Él no podría aceptar, porque no es ni verdadera ni completa. El Apóstol empleó aquí el genitivo de origen en lugar de ἐκ Θεοῦ, porque ἐκ iba á imponerse al punto

(1) Todavía dos palabras, ἐκ πίστεως εἰς πίστιν, que han sido explicadas en diversos sentidos. Unos quieren que la justicia de Dios se ha revelado progresivamente á través de la fe de los judíos en el Antiguo Testamento hasta la fe de los fieles en el Nuevo: «Ex f. de legis ad fidem Evangelii», escribía Tertuliano. La expresión *de fe en fe* se asimilaría á esta otra: *de generación en generación*. ¿No es lo más sencillo entender que la justicia de Dios, gracias al Evangelio, se revela por la fe progresando en las almas é invadiendo así el mundo entero? Hay aquí un hebraísmo, como en el Salmo LXXXIII, en que el griego ha conservado el mismo giro, ἐκ δυνάμεως εἰς δύναμιν, *de virtud en virtud*. No es dudoso que la fe tiene grados, y que el grano de mostaza no es el máximo de su desarrollo. Á medida que se afirma y se desenvuelve, demostrando su vida por las obras, pone de relieve la justicia de Dios que ha producido en los creyentes. (*)

(*) Creemos que el Apóstol habla realmente *del progreso del alma en la fe*; pero conviene recordar que el Salmista no habla *del progreso del alma en la virtud*.—N. del T.

(2) Es el texto de Habacuc, II, 4, en el que se dice que el orgulloso, que

palabras al mundo oprimido por el yugo del pecado. No hay otro medio que la fe para conseguir la única justicia aceptable á Dios, y, por ella, la salvación.

A fin de demostrar su tesis, empieza por establecer que, en lo pasado, fuera de la fe, gentiles y judíos acabaron por sumergirse en la más lamentable corrupción. De este hecho universal é incontestable, sacará, como primera conclusión, que Dios movióse á establecer un nuevo medio de salvación, el mismo que ofrece el Evangelio y que el hombre utiliza por la fe. Esta intervención de Dios para revelar misericordiosamente su justicia se produce, porque la iniquidad del hombre no le ha determinado hasta ahora más que á revelar su cólera.

«Porque la ira de Dios ⁽¹⁾—dice entrando en materia—se manifiesta del cielo ⁽²⁾ contra toda la impiedad é injusticia ⁽³⁾ de aquellos hombres, que detienen la verdad de Dios en injusticia; puesto que lo que se puede conocer de Dios, les es manifiesto á ellos; porque Dios se lo manifestó. Porque las cosas de él invisibles se ven ⁽⁴⁾, desde de la creación del mundo, considerándolas por las obras creadas; aun su virtud eterna y los atributos de su divina esencia ⁽⁵⁾; de modo

confía en sus propias fuerzas, perecerá, en tanto que el justo, es decir, el humilde creyente, que pone su confianza en Dios, vivirá. No es acertada la traducción: «El que se ha hecho justo por la fe vivirá.» El Profeta ve al justo viviendo por la fe, que le ha hecho justo.

(1) La cólera de Dios es cosa tan real como el amor. Lactancio dijo, *de Ira Dei*, V, 9: «Si Deus non irascitur impiis, nec pios justosque diligit; in rebus enim diversis aut in utramque partem moveri necesse est aut in neutram.» Solamente que la cólera divina nada tiene de desordenada ó egoísta, como la del hombre. En el Ser perfecto, es la condenación, el odio del mal y la decidida voluntad de destruirlo; no alcanza al hombre sino indirectamente y porque el hombre viene á ser como una encarnación del mal.

(2) Este cielo es el lugar en que Dios habita en el seno del orden eterno, en el poder infinito y la santidad perfecta. Como el hombre no conoce nada más grande, resplandeciente, insondable y maravilloso que el mundo de los astros, ha supuesto siempre que en él estaba la residencia de Dios.

(3) Si la impiedad suprime á Dios, la injusticia desconoce su autoridad ó su ley.

(4) Preciso es entender por *τὰ ἀόρατα* los atributos que constituyen la esencia divina. No pueden verse en sí mismos, pero resplandecen en todo cuanto Dios hace.

(5) Traducimos así *θειότης*, que significa, en efecto, la naturaleza divina.

que son inexcusables. Pues aunque conocieron á Dios, no le glorificaron ó dieron gracias ⁽¹⁾ como debían ⁽²⁾; antes se desvanecieron ⁽³⁾ en sus pensamientos, y se obscureció su corazón insensato; porque diciéndose ⁽⁴⁾ sabios, se hicieron necios; y mudaron la gloria del Dios incorruptible ⁽⁵⁾ en semejanza de figura de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles.»

Así empezó la infidelidad del hombre para con Dios, quien, no obstante, para hacerse reconocer y amar, no cesaba de hablarle al fondo del alma por medio de las criaturas. A la vez que esta infidelidad, manifestóse el castigo divino por la ceguera progresiva y la degradación final de los culpables. Háiales dado Dios la verdad inicial, manifestándose en su omnipotencia, sabiduría y bondad; había escrito todos sus atributos en los seres brotados de sus manos; el hombre no tenía más que leerlos en la creación de que era rey; si hubiese escuchado á su razón en la sencillez y rectitud del corazón, le hubiese dado una idea, cada vez más completa, del Ser, autor y soberano dueño de todas las cosas, al cual debía obediencia, amor, adoración y acción de gracias. Ha desconocido el lenguaje de Dios y ahogado las manifestaciones de la verdad eterna que se esforzaba en provocar la atención de su alma. En vez de escuchar, ha preferido hablar, y se ha sumergido

con sus atributos, en tanto que *θεότης* indica el estado por virtud del cual alguien es Dios. *Colos.*, II, 9. Comp. Luciano, *Icar.*, IX.

(1) La razón y el corazón han sido culpables; aquélla no ha glorificado; éste no ha agradecido.

(2) No que los paganos no tuviesen adoraciones y sacrificios para sus dioses, sino que esto no se dirigía al verdadero Dios.

(3) El verbo *εμπαυώθησαν* significa que se han hecho vanos, *vacíos de verdad ó de sentido*. En lugar de apropiarse la santa realidad de Dios, han dedicado sus esfuerzos á fabricarse un mundo de quimeras.

(4) El sentido del verbo *φάσκειν*, *Hechos*, XXIV, 9; XXV, 19; *Apoc.*, II, 2, es «repetir con afectación.»

(5) El epíteto *ἀφθαρτος*, *incorruptible*, se pone aquí con intención. El Incorruptible del cielo ha sido suprimido por los insensatos, y criaturas llenas de podredumbre y de miseria, desde el hombre hasta la bestia, han sido puestas en lugar suyo. Puede relacionarse con este texto varios pasajes de Filón, *Vita Mos.*, III, 20; de *Ebriet.*, 28, en el que el crimen de idolatría está descrito en términos análogos.

en los sueños de quimérica teogonía; de suerte que, alejándose progresivamente de la luz, ha llegado á establecerse en las tinieblas del más degradante error. ¡Pobres orgullosos que, prevaliéndose de su sabiduría, han acabado por no ser más que locos! ¡La idea del Ser necesario, inmutable, eterno, todopoderoso, absolutamente sabio y bueno, unida á la materia corruptible y corrompida, encarnada en las criaturas! ¡Puede haber nada tan insensato? Y, sin embargo, en Atenas como en Roma, se había llegado á la adoración del hombre mismo; en Egipto y en otras partes, á la de la bestia. Era el castigo de Dios. Nada tan falto de razón como las teorías que tratan de representarnos la humanidad primera siguiendo la ley del progreso en religión como en todo lo demás. San Pablo enseña aquí lo contrario y lo contrario es lo escrito en todas partes por la historia. Con la religión ocurre lo mismo que con la moral humana; cuando entra por la vía de la decadencia, desciende constantemente y llega á la degradación suprema. La religión de la humanidad ha ido del monoteísmo primitivo á la idolatría y al fetiquismo más envilecedor. Pablo, con inexorable severidad, va á decirnos en qué se había convertido la moral, y desgraciadamente, la historia de las civilizaciones paganas le da sobrada razón.

«Por lo cual y para castigarlos ⁽¹⁾, los entregó ⁽²⁾ Dios á los deseos de su corazón, á inmundicia; de modo que deshonraron sus cuerpos en sí mismos, los cuales muda-

(1) Esto dicen en realidad las dos conjunciones *διὰ καί*, por esto también. La una significa que, como consecuencia, los culpables debían descender más bajo, y la otra, que Dios debía castigarlos dejándolos envilecerse más aún.

(2) El verbo *παρέδωκεν* indica la acción positiva de Dios que desarrolla gradualmente el plan providencial en el mundo. Este plan entraña que, apartarse de Él en la infidelidad, es sumergirse fatalmente en la materia y corromperse con su contacto criminal. Dios no hace el pecado del hombre, pero ha ordenado y hace que una nueva infidelidad sea consecuencia y castigo de la precedente. Tal es la ley en virtud de la cual se desarrolla aquí bajo el mal. Los rabinos decían, *Pirke Aboth.*, 4: «Præceptum trahit præceptum et transgressio transgressionem, quia merces præcepti præceptum est, et transgressionis transgressio.»

ron la verdad de Dios en la mentira ⁽¹⁾, y adoraron y sirvieron á la criatura antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén ⁽²⁾. Por esto los entregó Dios á pasiones vergenzosas, porque sus mujeres mudaron el natural uso en otro uso, que es contra naturaleza ⁽³⁾. Y asimismo los hombres dejaron el natural uso de las mujeres, y ardieron en sus deseos mutuamente, haciendo unos con otros cosas nefandas ⁽⁴⁾, y recibiendo en si mismos la paga que era debida á su pecado. Y como no dieron pruebas de que conociesen á Dios, así los entregó Dios á un espíritu de reprobación ⁽⁵⁾, para que hiciesen cosas ⁽⁶⁾, que no convienen, llenos de toda iniquidad, de malicia, de avaricia, de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaño, de malignidad; chismosos, murmuradores, impíos, injuriadores, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes á sus padres, necios, desleales, desapegados, sin amistad, sin misericordia. Los que habiendo conocido la justicia de Dios, no enten-

(1) Han puesto los ídolos en lugar del verdadero Dios. Tal es el cambio expresado por el verbo *μετέλλαξαν*. Filón, *de Mund. op.*, § 2, dice: *τινὲς γὰρ τὸν κύριον μᾶλλον ἢ τὸν κοσμοποιὸν θαυμάσαντες.*

(2) Con este homenaje que su piedad eminente tributa al verdadero Dios, parece que Pablo quiere reparar la injuria que le hace la idolatría. Con frecuencia hallamos esta misma fórmula en el Talmud.

(3) Esta inmoralidad, designada entre los antiguos con la expresión de *vicio lesbio*, *λεσβιάζειν*, porque las mujeres de Lesbos tenían fama de entregarse á ella, Luciano, *de Meret.*, V, 2, es señalada en el *Banquete* de Platón, quien llama á sus impudicias *ἐταίριστριαί*, y en Tertuliano, que las designa con el nombre de *Tribades*, *Frictrices*. Séneca, *Epístola* 95, exclama: «Libidine vero nec maribus quidem cedunt, pati natæ, etc.» V. Rosenbaum, *Gesch. d. Lustrencho im Albert*.

(4) Hay que leer en Döllinger, *Paganisme y Judaïsme*, vol. IV, p. 36 y siguientes, el vigoroso cuadro que traza, con notas en apoyo del mismo, de la extensión que habían alcanzado la pederastia y la sodomía entre los paganos.

(5) Otros traducen por *sentido reprobado*. El calificativo *σδοκιμος* significa *que no es lo que debería ser*; ó también, *que no es aprobado, admitido, apreciado*, como lo indica su raíz *δέχομαι*.

(6) La larga enumeración de los vicios del paganismo está hecha sin orden. El Apóstol procura, en su acumulación, impresionar con el espantoso espectáculo de la depravación universal. El sentido de cada una de las palabras empleadas no es siempre tan preciso que no se preste á interpretaciones diversas. Nosotros las hemos tomado en su más directa significación.

dieron que los que tales cosas hacen son dignos de muerte; y no tan solamente los que estas cosas hacen, sino también los que consienten á los que las hacen ⁽¹⁾.»

¡Qué cuadro el de semejante inmoralidad en el mundo! ¡Qué espantosa degradación! Pero lo que es aun más doloroso es que el Apóstol, no obstante su vivísima emoción nada exagera. La literatura clásica de Grecia y Roma, es decir, de las dos grandes civilizaciones paganas, testifica que todo esto es horriblemente verdadero. El hombre, que había deshonrado á Dios al transformarlo en seres indignos, se deshonró á sí mismo en lo que su cuerpo tenía de más misteriosamente sagrado: el poder de crear la vida convirtiéndose en padre, es decir, de ser, con relación á los hijos, algo que recuerda á Dios. Hemos designado en nuestra traducción con el nombre de hombres y mujeres los que se degradan con vicios contra natura. El Apóstol dijo *machos* y *hembras*, para estigmatizar mejor á los infames que se ponían así por debajo de las bestias. El judaísmo casi no había conocido semejantes abominaciones más que como recuerdos malditos de Sodoma y Gomorra. Pablo, que los halló públicamente practicados en Corinto y en Efeso, y que sabía que eran comunes en Roma, los enumera como la suprema ignominia y castigo del paganismo idólatra. Bastó que Dios dejara entregado al hombre á los instintos de su pervertida naturaleza, para que descendiera al abismo. No de otro modo el padre del hijo pródigo dejó que el ingrato se alejase llevando locamente consigo todos sus bienes. Su esperanza consistía en verle volver, cuando hubiera llegado al último grado de la miseria y de la humillación. Así ocurrió, en efecto, el día, en que el desventurado hijo se vió condenado á comer el ali-

(1) Si establecemos una comparación entre la descripción de Pablo sobre las condiciones en que vivía el mundo pagano, y el libro de la Sabiduría (*Rom.*, I, 20, y *Sab.*, XIII, 1, 5, 8; II, 23; *Rom.*, I, 21, y *Sab.*, XIII, 1; *Rom.*, I, 22, y *Sab.*, XII, 24; *Rom.*, I, 23, y *Sab.*, XIII, 10, 13, 14; XIV, 8; *Rom.*, I, 25, y *Sab.*, XIII, 17; XIV, 2, 21; *Rom.*, I, 26, y *Sab.*, XIV, 12; *Rom.*, I, 29, y *Sab.*, XIV, 25, 26, 27), se juzgará del cuidado puesto por Pablo en asimilar los textos de los Libros Santos.

mento de los puercos que guardaba y á participar de su compañía.

Al crimen de la más odiosa impureza uniéronse naturalmente los otros vicios, injusticias y perversidades de toda especie: la violencia, el orgullo, el odio, el desprecio de la humanidad, la dureza irritante, la ausencia de todo buen movimiento del corazón. Y lo peor era que, á pesar de estar advertida del castigo que Dios reserva á los viciosos—el hombre conserva siempre una idea real de la justicia divina, y más de un pagano nos dice con acentos conmovidos el terror que ella debe inspirar,—aquella pobre humanidad, no sólo toleraba los vicios, sino que se complacía en aceptarlos cínicamente como prácticas legítimas de la vida social. En semejante degradación, defección absoluta del sentido moral, no podría ir más allá el castigo; la justicia divina parece agotada; á su misericordia toca obrar. Por una saludable reacción, el extremo del mal vuelve á traer el bien.

Una vez trazado tan lamentable cuadro de los vicios del paganismo, detiéndose bruscamente el Apóstol. Diríase que acaba de ver alguien que, lleno de orgullo, y sin piedad, juzga y contempla con desprecio este triste mundo abandonado así á la inmoralidad. ¿Es este tal uno de esos filósofos que, como Sócrates, Platón ó Séneca, parece que continúan siendo aún, con sus doctrinas á menudo elevadas y moralizadoras, los preceptores de la humanidad, á pesar de que no siempre tienen el valor de renunciar á las debilidades que condenan en los otros? Así podría creerse fijándose únicamente en el principio del elocuente apóstrofe; pero no tarda uno en advertir que, en forma en apariencia indecisa y hábilmente velada, apunta al judío ⁽¹⁾ al que quiere obligar indirectamente á reconocerse también culpable, no obstante su situación privilegiada ante Dios. Cuando haya hecho el proceso de este judío, innominado al principio, pero revelando, bajo su hipócrita máscara, al

(1) Esto es evidente en el vers. 17: «Pues si tú, judío, etc.»

hombre de la Ley, prevaricador también, le dirá, con la inexorable energía de Natán al revelar á David la indignidad de su conducta: «No mires á otra parte; ese juez criminal eres tú.»

«Por lo cual eres inexcusable, tú, hombre, cualquiera que juzgas; porque en lo mismo en que juzgas á otro, á ti mismo te condenas; porque haces esas mismas cosas, que juzgas. Porque sabemos que el juicio de Dios es según verdad contra aquellos que hacen tales cosas. Y tú, hombre, que juzgas á aquellos, que hacen tales cosas, y ejecutas las mismas, ¿piensas que escaparás del juicio de Dios? ¿O menospreciáis las riquezas de su bondad, y paciencia, y longanimidad? ¿No sabes que la benignidad de Dios te convida á penitencia? Mas por tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual retribuirá á cada uno según sus obras, esto es, con la vida eterna, á los que perseverando en hacer obras buenas, buscan gloria y honra, é inmortalidad; mas con ira é indignación, á los que, dedicados al mal ⁽¹⁾, no se rinden á la verdad, sino que obedecen á la injusticia. Tribulación y angustia será sobre toda alma de hombre, que obra mal; del judío primeramente, y del griego; mas gloria y honra, y paz á todo obrador del bien: al judío primeramente, y al griego.»

La transición del mundo pagano al mundo cristiano se opera aquí con notable habilidad oratoria. El proceso de los gentiles queda terminado; viven en el mal, y su condenación es segura. El Apóstol no los defiende. Pero los que los condenan sin piedad, tratándolos ante Dios de perros, y cubriéndolos orgullosamente con su desprecio porque son pobres caídos, ¿están seguros de su inocencia? Examinando más de cerca su conducta, ¿no podrían comprobar que

(1) La palabra *ἐπιθεία* viene, no de *ἐπις*, *disputa*, sino de *ἐπιθος*, *un obrero á sueldo*. En Homero, *Iliada*, XVIII, 550, 560, se emplea para significar gentes contratadas para recolectar la cosecha, y el verbo *ἐπιθεύω*, en *Tobías*, II, 19, se aplica á Ana hilando en el gineceo. Pablo la emplea para designar los obreros del mal.

no valen mucho más que los desgraciados á quienes tienen la audacia de condenar con tanto orgullo? Y si esto es así, ¿cuánto más culpables no son ellos, ya que no podrían hallar una excusa en su ignorancia? Mejor que los gentiles, conocen ellos á Dios y lo que su paciente bondad ha deparado al hombre en medios de salvación. Sin embargo, lejos de aprovecharse de ellos, se endurecen en el mal, sin cuidarse de la cólera divina que no cesan de provocar, hasta el día en que, como una tempestad largo tiempo preparada, estalle sobre su cabeza. Y descargará sobre todos indistintamente, sobre judíos y gentiles. El título de hijos de Abraham no suprimirá los crímenes que cada cual llevará en su alma, antes por lo contrario, parece que habrá de hacerlos más odiosos, por cuanto se habrán cometido á pesar del contacto más directo con Dios y de un conocimiento más preciso de sus preceptos.

«Porque no hay acepción de personas ⁽¹⁾ para con Dios. Porque todos los que sin ley pecaron, sin ley perecerán; y cuantos en la ley pecaron, por la ley serán juzgados ⁽²⁾. Porque no son justos delante de Dios los que oyen ⁽³⁾ la ley, mas los hacedores de la ley serán justificados. Porque cuando algunos gentiles ⁽⁴⁾, que no tienen ley, naturalmente ha-

(1) La expresión *προσωποληψία* se entiende del acto por el cual alguien se cuidaría del rostro, de lo exterior, antes que del fondo y de las disposiciones reales de aquel á quien es preciso juzgar. El verbo *προσωποληπτέω* se halla en *Sant.*, II, 9. Dios no mira al rostro, sino al corazón, sin fijarse en lo que no es más que el exterior del hombre.

(2) Se dice de los paganos: *ἀπολούνται*, *perecerán* bajo la acción misma de su inmoralidad, en tanto que los judíos *serán juzgados*, *κριθήσονται*, su vida será considerada con arreglo á la Ley, y una sentencia expresará su valor. Así, la justicia de Dios se ejercerá sobre los pecadores por un procedimiento diferente, verdad es, pero encaminado siempre á hacer prevalecer la imparcialidad divina.

(3) Alude el Apóstol á la lectura pública de la Ley cada sábado en la sinagoga: *Luc.*, IV, 16; *Hechos*, XIII, 15; XV, 21; *II Cor.*, III, 14; *Juan*, XII, 34; *Josefo*, *Antiq.*, X, 1, 26; 2, 7.

(4) Pablo admite, pues, y esto concuerda con sus principios universalistas, la hipótesis de gentiles—la palabra *ἔθνη* sin artículo muestra que se trata tan sólo de algunos hombres excepcionales—que hallan en sí mismos un predicador que puede apartarlos del pecado. Este predicador es un instinto moral innato que dicta el deber en tal ó cual caso, y el pagano es el oyente de esta ley, como el judío lo es de la de Moisés, oyente inteligente y

con las cosas de la ley, estos tales, que no tienen ley, ellos son la ley para sí mismos; que demuestran la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio á ellos su misma conciencia y los pensamientos de dentro, que unas veces los acusan y otras los defienden. Según esto, en el día del juicio, Dios juzgará ⁽¹⁾ las cosas ocultas de los hombres, según mi Evangelio, por Jesucristo.»

Sí, para el Dios soberanamente justo no hay dos maneras de ejercer su juicio sobre los hombres. Puede haberlos colocado en condiciones diferentes frente á la verdad, á los unos perdiéndola de vista, á través de las tinieblas que engendran las pasiones humanas; á los otros oyéndola repetir á profetas delegados por Dios para esta misión; siempre los juzgará á todos según lo que hayan recibido y según lo que hayan hecho. Los judíos tuvieron la ley revelada, agregada á la natural para esclarecerla y desarrollarla; así, serán juzgados según esta doble ley. Los gentiles no han recibido más que la ley natural; sólo responderán según el conjunto de sus prescripciones. Ni á los unos ni á los otros, les servirá de nada decir que conocieron la ley, los judíos oyéndola leer en las sinagogas y los gentiles escuchándola en el fondo de su corazón; el punto decisivo consistirá en sentar que la han observado. Lo que constituye la justicia á los ojos de Dios no es el conocer, sino el hacer, y todo el juicio futuro versará sobre lo que el hombre hizo ó quiso en el fondo de su corazón.

«Pero entonces ¿cuál será tu suerte ⁽²⁾, para ti que te

libre, en tanto que su conciencia la discute, le da ó le rehusa su asentimiento, y, finalmente, juzga del acto que corresponde á la ley interiormente promulgada.

(1) Creemos poder traducir así el vers. 16, en el cual, por una de esas anomalías tan frecuentes en él, habla súbitamente Pablo, sin transición lógica, en futuro, siendo así que se trata de hechos actuales en los dos versículos precedentes.

(2) Como la proposición empieza, en el texto auténtico, no por *idé, he aquí*, como llevan algunos manuscritos, sino por *ei dé, pero si*, es condicional, y espera una proposición consecutiva. ¿La ha olvidado súbitamente Pablo en la vivacidad del apóstrofe? No, y deliberadamente no concluye, sino que deja al lector el cuidado de hacerlo. Hubiéramos podido conservar el matiz traduciendo: «Y si tú, orgulloso del nombre de judío, teniendo la

prevalés de tu nombre de judío ⁽¹⁾, y reposas ⁽²⁾ sobre la ley, y te glorías en Dios, y sabes su voluntad, y distingues el mejor camino ⁽³⁾, instruído por la ley, y te tienes por guía de ciegos ⁽⁴⁾, lumbré de aquellos que están en tinieblas, doctor de ignorantes, maestro de niños, precisamente porque tienes la exacta expresión de la ciencia ⁽⁵⁾ y de la verdad en la ley? Tú, pues, que á otro enseñas, ¿no te enseñas á ti mismo?; tú, que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas?; tú, que dices que no se haga adulterio, ¿lo cometes?; tú, que abominas los ídolos, ¿aceptas el ser sacrilego apropiándote lo que les perteneció?; tú, que te glorías en la ley, ¿deshonras á Dios quebrantando la ley ⁽⁶⁾? Porque el nombre de Dios por vosotros es blasfemado entre las gentes, así como está escrito ⁽⁷⁾.»

ley en tus manos y en tus labios, la violas, como lo haces en realidad...» El pensamiento queda aquí voluntariamente en suspenso, como si entrañase: «¿Qué se seguirá de ello?» Al acusado toca responder.

(1) Tal es el título que, desde la cautividad, distinguía los miembros de la teocracia del resto de la humanidad. Como *Iehudah* quiere decir *el alabado*, Pablo lo emplea quizás aludiendo á la etimología. Filón, *Allag.*, I, página 55; B, y de *Plant. Noe*, 233, A.

(2) Hace de la Ley algo así como su lecho de reposo, *επαναπαύη τῆ νόμου*. Comp. *Juan*, V, 45. Con esta carta saludable, duerme en paz, seguro de no perecer.

(3) Varios explican τὰ διαφέροντα por las cosas diferentes, las obligaciones en sentido diverso; otros entienden las cosas mejores, ó lo que es preferible. Nuestra traducción une ambos sentidos.

(4) Esta expresión recuerda las palabras de Jesús, *Mat.*, XV, 14, y *XXIII*, 16, 24. Quizás era esta una locución proverbial. *Baba Kama*, folio 52, a.

(5) La palabra *μόρφωσις* significa aquí la forma precisa, la fórmula misma de la ciencia del bien y de su realidad objetiva. El judío tiene el privilegio de poseer esta noción exacta de la verdad religiosa.

(6) El acta de acusación, en apariencia formulado al azar, es inexorable con los vicios dominantes del judío: falta de probidad en los negocios comerciales, á los que se entregaba con pasión *Sant.*, IV, 13; infidelidad conyugal; el Talmud la reprocha á varios rabinos célebres, Akiba, Mehir y Eleazar; ávida y criminal codicia, que llegaba hasta el extremo de adquirir, para revenderlos, los objetos, y aun quizás los dioses de oro y de plata, robados por otros en los templos paganos. Vemos, *Hechos*, XIX, 37, que una de las inquietudes del notario que defendía á Pablo y á sus compañeros en el teatro de Éfeso consistía en hacer constar que no eran ladrones de objetos sagrados *ιερόσυλοι*. Ramsay, *The Church in the Rom. Empire*, p. 144, observa que este crimen es vuelto á notar por un gobernador de provincia.

(7) Alude aquí Pablo, ya á *Is.*, LII, 5, ya á *Ezeq.*, XXXVI, 18-24. La aplicación es hecha muy libremente, y el Apóstol parece que lo reconoce,

¡Cuán aplastante es esta requisitoria contra los judíos, introducida aquí para hacer juego con la acusación que hace poco ha dirigido á los gentiles! Nada falta en el cuadro. Los privilegios á que apelan son realizados, su nombre, su Ley, su Dios: su nombre, verdadero título de gloria; su Ley, fórmula auténtica de la noción del bien; su Dios, que nada tiene de común con los de los otros pueblos. Sólo que, en esta misma enumeración, comienza á introducir un tono de ironía que se acentuará cada vez más. Llamarse judío, confiar en la Ley, gloriarse de su Dios, ¿es esto suficiente, por ventura? Conocer la voluntad del soberano Legislador, y, por consiguiente, poder discernir el bien del mal hasta en los menores detalles, es ciertamente un privilegio muy importante para deducir legítimamente de él el derecho y el deber de ser el guía oficial del resto de los hombres: guía que debe comenzar por hacerse cargo de ellos y conducirlos de la mano, para hacerlos pasar, de la noche en que vivían, á la luz, abriendo su inteligencia aún cerrada, como el maestro de escuela instruye y forma á sus discípulos. Pero si, cuando uno se atribuye este papel, se atreve á vivir como doctor que parece que nada sabe por sí mismo, como predicador que hace lo contrario de lo que predica, como justo hipócrita lleno de sacrilegios, ¿qué juicio debe esperar? Y que no invoque el privilegio de la circuncisión.

«La circuncisión en verdad aprovecha, si guardares la ley; mas si quebrantares la ley, tu circuncisión se convirtió en incircuncisión. Pues, si el incircunciso guardare los preceptos de la ley, ¿no es cierto que su incircuncisión será estimado como circuncisión? Y si el que naturalmente es incircunciso, cumple perfectamente la ley, ¿no te juzgará á ti, que con la letra y con la circuncisión eres transgresor de la ley? Porque no es judío el que lo es manifestamente; ni es circuncisión, la que se hace exteriormente en la carne; mas es judío, el que lo es en lo interior; y la circunci-

porque sólo después de insertar el texto en su propio discurso, señala, de pasada, por la conjunción γάρ, su origen inspirado.

sión es la del corazón, corazón en espíritu, y no en letra; cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios.»

He ahí en toda su sinceridad el espiritualismo cristiano. Piensen lo que quieran los rabinos ciegos y fanáticos sobre la necesidad y eficacia de la circuncisión ⁽¹⁾, no es posible dar á lo que no es más que un símbolo la importancia de la realidad. De que el signo de los hijos de Abraham falte á los gentiles, no se sigue que sean injustos delante de Dios, del propio modo que llevar tan sólo este signo en la carne, no constituye la justicia entre los judíos. En el corazón es donde hay que buscar la verdadera causa del valor moral del hombre; no mirará Dios á otra parte para juzgarnos.

«¿Qué, pues, tiene de más el judío? ¿ó qué provecho el de la circuncisión?»

Tal es la primera objeción que parece que alguien hace á la teoría espiritualista del Apóstol. Su respuesta es categórica:

«Mucho, en todas maneras. Principalmente ⁽²⁾, porque les fueron confiados los oráculos de Dios.»

Este es el privilegio que prepondera sobre todos los otros á la vez que los contiene. Sin duda que los gentiles han recibido, como los judíos, la ley natural, que la conciencia debería hacer prevalecer en todo hombre, pero sólo estos últimos han recibido el depósito de la revelación, y por medio de él el conocimiento del plan divino en el mundo, la noción precisa de los actos morales y religiosos que hay que realizar para fomentar su desenvolvimiento, y, finalmente, las promesas mesiánicas. Pablo no se detiene en los detalles. Ha oído ya la segunda objeción: «Sí, las prome-

(1) Puede leerse en Eisenmenger, *Entdeckt. Judenthum*, II, p. 339, sus extravagantes pretensiones á este respecto.

(2) Si la palabra *πρῶτον* se traduce aquí por *primeramente*, hay que decir que Pablo, arrastrado por la vivacidad de su argumentación, pierde al punto de vista la enumeración que iba á hacer de los otros privilegios, para volver á ella más tarde, cap. IX, 4 y 5. Hemos observado ya en esta misma Epístola, I, 8 y sig., y *I Cor.*, VI, 12-13; XI, 18 y sig., interrupciones análogas. Pero *πρῶτον* puede significar también *principalmente*. El privilegio que va á señalar es la fuente y resumen de todos los demás.

sas fueron hechas á Israel, pero de ellas se aprovecha la gentilidad. ¿Qué queda para la fidelidad á Dios?»

«Pues qué, exclama, si algunos de ellos no creyeron, ¿por ventura su incredulidad hará vana la fidelidad de Dios? No por cierto. Porque Dios es veraz, y todo hombre falaz ⁽¹⁾, como está escrito: Para que seas reconocido fiel en tus palabras, y venzas, cuando seas juzgado ⁽²⁾.»

La infidelidad humana no suprime la fidelidad divina. De que una parte del pueblo judío no se aproveche de las promesas, no se sigue que el que las había hecho no las sostenga, sino que subsisten á pesar del desprecio con que son acogidas. A Israel toca experimentar las felices consecuencias de ellas en vez de rechazarlas con su rebelde actitud. Si se obstina en rechazarlas faltando á su deber, no hará otra cosa que poner de relieve la veracidad eterna de Dios. Porque el día en que se quiera juzgar la acción providencial de este Dios sobre el hombre, se verá que toda justicia, toda lealtad y aun toda bondad procederán de Él, y toda injusticia, toda mentira, toda malicia, del hombre prevaricador. La gloria de este Dios volverá á surgir de la infidelidad misma de Israel. Sin embargo, esta respuesta suscita otra objeción.

«Pues, si nuestra injusticia encarece la justicia ⁽³⁾ de Dios ¿qué diremos? ¿Es por ventura Dios injusto, que castiga en ira? Como hombre ⁽⁴⁾ hablo. No por cierto; de otra manera, ¿cómo juzgará Dios á este mundo? Porque se podría decir, si la verdad de Dios por mi mentira creció á gloria suya, ¿por qué soy yo todavía juzgado como pecador?»

(1) Pablo alude aquí al *Salmo CXV*, 11.

(2) El *Salmo L*, 6, es citado aquí según los Setenta. En el hebreo, David, refiriéndose á las censuras que Dios le ha dirigido por la voz del profeta Natán y al castigo que había seguido, dice: «Y que seáis hallado puro cuando juzgáis.»

(3) Nótese que en su argumentación, después de haber sustituido *fidelidad* é *infidelidad* por *veracidad* y *mentira*, introduce aquí el Apóstol una antítesis más general, la *justicia* y la *injusticia*, sin que esta sustitución parezca tener importancia.

(4) Pablo se justifica por hablar aquí un lenguaje que repugna á su piedad para con Dios, pero que es el de los que suponen alguna compatibilidad entre la injusticia y el ser tres veces santo.

Y ¿por qué (como calumniosamente esparcen algunos que decimos nosotros) no se debería hacer un mal, á fin de que resultase un bien? La condenación de estas doctrinas es justa.»

Son, en efecto, visiblemente absurdas. El pecado y la infidelidad del hombre, no obstante poner de relieve la santidad y la fidelidad de Dios, no por ello son menos pecado é infidelidad, y, como tales, absolutamente detestables. Sólo indirectamente manifiestan los atributos de Dios, sin duda con ocasión de ellos, pero á pesar de ellos. A la infinita sabiduría de este Dios corresponde sacar de ellos consecuencias absolutamente opuestas á la malicia de que proceden; pero este acto providencial, que hace surgir el bien del mal, y afirma, contra todas las rebeldías, el triunfo final del Creador del mundo, en nada disminuye la culpabilidad del acto del pecador. Dios se reserva siempre sus derechos de juez, y el orden moral nada pierde con la perpetua manifestación de su poder y de su bondad.

En resumen, el judío, á pesar de todos sus privilegios reales, pero á causa de su infidelidad, es ante Dios tan responsable como el pagano, y todos están expuestos á una condenación universal. Por si no bastase la positiva comprobación que acaba de hacer, apelará Pablo al testimonio de las Escrituras y confirmará que, según ellas, el estado de pecado es el general de la humanidad. Haciéndose de nuevo cargo de la interrogación de los judíos, causa de su digresión, vuelve á entrar en su tesis.

«En fin, ¿tenemos algo en provecho nuestro ⁽¹⁾? Absolutamente hablando, no ⁽²⁾; porque ya hemos probado que

(1) Nada impide que *τί, algo*, vaya regido de *προεχβυεθα*, en la forma media, no pasiva. La traducción literal es: «¿Superamos en algo?», ó más claro: «¿Tenemos alguna ventaja real sobre los gentiles?» La respuesta es: «En absoluto, no la tenéis».

(2) Es quizás la verdadera traducción de *ὄ πάντως, nada, de un modo absoluto*, que no hay que identificar con la negación radical, sin contemplaciones, *πάντως οἰ, absolutamente ninguna*. Comp. *I Cor.*, V, 10, y XVI, 12. Pablo quiere decir que, en apariencia, los judíos tienen alguna ventaja, pero que, en realidad, esta ventaja se reduce á nada.

judíos y gentiles están todos debajo de pecado, así como está escrito: No hay ninguno justo; no hay quien entienda, no hay quien busque á Dios; todos se desviaron, á una se hicieron inútiles; no hay quien haga bien, no hay ni uno solo ⁽¹⁾. La garganta de ellos es sepulcro abierto; con sus lenguas fabricaban engaños ⁽²⁾. Veneno de áspides bajo los labios de ellos ⁽³⁾. La boca de ellos está llena de maldición y de amargura ⁽⁴⁾. Veloces los pies de ellos para derramar sangre; quebranto y calamidad en los caminos de ellos; y no conocieron camino de paz ⁽⁵⁾. No hay temor de Dios delante de los ojos de ellos ⁽⁶⁾.»

Los textos que Pablo invoca aquí están íntimamente enlazados entre sí, como si no hiciesen más que uno, no obstante haber sido tomados de diversas partes del Antiguo Testamento, los Salmos é Isaías. Los rabinos gustaban mucho de esta fusión, á la cual presidía de ordinario, además del sentido, el ritmo ó la asonancia ⁽⁷⁾. Las citas, según el texto de los Setenta, no son literales. El Apóstol invoca libremente y de memoria los Salmos é Isaías, y aun los modifica para hacer resaltar más su sentido. Por lo demás, su pensamiento se destaca con toda claridad, y,

(1) Estos seis primeros testimonios están tomados del salmo XIII, 1-3, en el que se denuncia la perversidad de los que, judíos ó gentiles, devoran á los justos ó verdadero pueblo de Dios. El primero y el último testifican con particular energía la universalidad del mal.

(2) *Salmo V*, 11. Hay dos maneras de interpretar esta imagen: La tumba abierta puede exhalar miasmas mortales ó también devorar la presa que se le entrega. Jeremías, V, 16, compara á una tumba abierta el carcaj de los asirios.

(3) *Salmo CXXXIX*, 4. Por tener su veneno oculto bajo su lengua, sólo lo inocular la vibora con toda seguridad por los dientes que lo hacen pasar, de la glándula venenosa, á la carne de la víctima.

(4) *Salmo IX*, 7. Se pone aquí el plural por el singular que lleva el Salmo para armonizar esta cita con la precedente. Del corazón malvado suben á los labios el odio, la injuria, la palabra que ofende y mata.

(5) Estos tres testimonios son de *Isaías*, LIX, 7-8, libremente abreviado; y se refieren, no á las palabras, sino á las obras de violencia, de opresión, de devastación, de injusticia y de muerte que caracterizan á los malos.

(6) *Salmo XXXV*, 2. Estas palabras explican la universalidad del pecado. Desde que el hombre cesa de ver á Dios ante sí, de temerle y de ponerse en sus manos, le invade otra influencia, la del mal, que produce frutos detestables multiplicándose indefinidamente.

(7) V. Edersheim, *Life and Times*, I, 449.

con el mayor orden, comprueba primeramente la universalidad del pecado, luego las condiciones de palabra y de obra en que este pecado se produce, y, por último, la causa misma del pecado. Y si bien es posible que ninguno de estos textos, si lo estudiamos en el pasaje de donde fué tomado, prueba en absoluto la universalidad del pecado actual, porque cada uno parece tener un alcance limitado, no es dudoso que, en conjunto, demuestran la tesis del Apóstol, restringida al pecado original. No ignoraba Pablo que, en los mismos libros de la Escritura, se leía la historia de hombres llamados justos, que hacían el bien y eran considerados como fieles servidores de Dios ⁽¹⁾. Estas excepciones no hacen más que dar mayor relieve á la tesis, generalmente verdadera, no obstante algunas restricciones, de que el género humano está universalmente corrompido. Todos sus miembros no han cometido todo el mal cuya horrible realidad esboza Pablo; pero este mal, en germen en nosotros, se manifiesta ó está siempre pronto á manifestarse en cada uno bajo formas diversas. Que no objeten los judíos que los testimonios alegados se refieren á los paganos. Esto puede ser verdad para algunos de los citados textos; pero, aun entonces, se refieren á los pecadores en cuanto hombres caídos, no en cuanto paganos, y el que así los acusaba se proponía, al hablar á los judíos, recordarles que todo el linaje humano lleva en germen el mismo mal en sus entrañas. En todo caso, cuando se dice que «el Eterno es quien, desde lo alto de los cielos, contempla á los hijos de los hombres para ver si hay uno que sea perspicaz y busque á Dios,» indudablemente se trata de todo el género humano, y los hijos de Israel no tienen razón alguna al querer que se los exceptúe.

«Sabemos, pues, que cuanto la ley dice, á aquellos que en la ley están lo dice, para que toda boca sea cerrada, y todo el mundo se sujete á Dios; porque por las obras de la ley no será justificado ningún hombre delante de él; por-

(1) *Lucas*, I, 6; *Gén.*, VI, 9; VII, 1; *Salmo* XXXIII, 16 y sig., XXXVI, 1 y sig., y generalmente en toda la Biblia.

que por la ley se tiene tan sólo el conocimiento del pecado.»

Las palabras de la Escritura que se refieren inmediatamente á los judíos son concluyentes. Del propio modo que los gentiles, no les queda otro recurso, como los culpables que nada tienen que alegar ⁽¹⁾, que taparse la boca y esperar la sentencia del Soberano Juez. La Ley de que se prevaleen es sin duda útil para comunicar la ciencia del bien y del mal, por cuanto prescribe aquél y prohíbe éste. Ahora bien, por excelente que sea, como todo lo que viene de Dios, límitase su oficio á iluminar el camino, pero no da ni la voluntad ni la fuerza para marchar, ni mucho menos para reparar los yerros cometidos. De aquí su insuficiencia para asegurar al hombre la justicia, por más que sea la regla con la cual debe uno medir sus obras para ser justo. Hay un agente moral interno que crea la justicia ó corrección de la vida; tal es el libre albedrío sostenido por la gracia, del cual está dotado el hombre. Si no trabaja para cumplir la Ley, de nada sirve la Ley; la prueba de ello está en que, con la Ley, Israel no vale más que la gentilidad.

Aquí se detiene la tesis preliminar del Apóstol. Queda sentado el primer punto, esto es, que hasta la hora presente, ni la ley natural impuesta á todos los hombres, ni la ley positiva dada á Israel, han impedido á las dos grandes familias del género humano, gentiles y judíos, incurrir por su pecado en una reprobación común. ¿Está condenado irremisiblemente el género humano á vivir en el mal? No; hace ya mucho tiempo que decretó Dios otro medio de justificación para el hombre, medio misericordioso, que las Sagradas Escrituras hacían esperar, y que los mensajeros del Evangelio promulgan como el beneficio concedido en adelante al mundo; verdadera Buena Nueva que viene á modificar esencialmente la suerte del linaje humano. Este medio es la fe, la fe en Jesucristo. Ella asegura la justificación á los que estaban sometidos á la reprobación universal.

(1) *Salmo* CVI, 42; *Job*, XXXIX, 34. *Comp.* XXIX, 9.

«Pues bien—exclama el Apóstol, observándose que entra en el orden de ideas que le parecen constituir la esencia del Cristianismo,—he aquí que sin la ley se ha manifestado ⁽¹⁾ la justicia de Dios, atestiguada ⁽²⁾ por la ley y por los profetas. Y la justicia de Dios es, por la fe de Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen en él; porque no hay distinción, pues todos pecaron, y tienen necesidad de la gloria de Dios ⁽³⁾, justificados gratuitamente por la gracia ⁽⁴⁾ del mismo, por la redención ⁽⁵⁾ que es en Jesucristo. A éste había destinado Dios como víctima de propiciación ⁽⁶⁾ por la fe en su sangre, á fin de evidenciar su justicia ⁽⁷⁾ en este tiempo, después de haber dejado impu-

(1) Sabido es que el verbo *φανερῶσθαι* es el que sirve para expresar en el Nuevo Testamento el desarrollo progresivo del misterio de la Encarnación. *I Tim.*, III, 16; *II Tim.*, I, 10; *I Juan*, III, 2, y de lo que con ella se relaciona; Expiación, *Hebreos*, IX, 26; Resurrección, *Marcos*, XVI, 12, 14; *Juan*, XXI, 14; Juicio, *I Pedro*, V, 4; *I Juan*, II, 28.

(2) La Nueva Alianza es fruto largamente preparado por la Antigua. Muy pronto tendrá Pablo ocasión, cap. IV y siguientes, de demostrarlo.

(3) Esta gloria de Dios ¿es la dicha futura ó la semejanza con Dios en la vida presente? Ambos sentidos son satisfactorios y se armonizan con *ὄρεσθαι*, *ser privado*; el destino normal del hombre consistía en poseer la una y la otra.

(4) El Apóstol quiere que nadie se engañe acerca de la causa primera de la justificación; ésta se concede *gratuitamente*, *δωρεάν*. *Comp. Mat.*, X, 8, para el sentido de esta palabra que vuelve á hallarse en *II Cor.*, XI, 7; *II Tes.*, III, 8; *Apoc.*, XXI, 6; XXII, 17. Significa *sin motivo* en *Juan*, XV, 25, y *Galat.*, II, 21, y aquí *por pura benevolencia*, *τῇ χάριτι*.

(5) La palabra *ἀπολυτρόσις* expresa la libertad de un cautivo adquirida mediante un rescate que se paga. Así Platón, *Leg.*, XI; Diodoro, XIII, 24, y los Setenta: *Exodo*, XXI, 8; *Sofon.*, III, 1; ó bien concedida mediante un rescate que se recibe. Así Plutarco, *Pomp.*, XXIV. El primer sentido es el más ordinario. En las Epístolas de Pablo significa el acto por el cual Jesucristo compra la libertad de los pecadores.

(6) Por *θαστήριον* puede entenderse el *propiciatorio*, ó la cobertera de oro colocada sobre el arca de la Alianza en el Santo de los Santos, que el Sumo Sacerdote aspergeaba, para la fiesta de la Expiación, con sangre de la víctima. *Lev.*, XVI, 14 y sig. Suponíase que Dios se sentaba en ella como en un trono. Pero en este caso, como observa Orígenes, *in Rom.*, III, 25, «Jesús hubiera sido simultáneamente el sacerdote, la víctima y el propiciatorio.» Esto es poco natural, por lo que el propiciatorio correspondería más lógicamente á la cruz. Mejor será tomar *θαστήριον* como un adjetivo que se refiere á *ὄν*, que precede y designa á Jesucristo, ó á *θῆμα* sobreentendido. En todo caso, Jesucristo es quien, según el sentido del verbo *θιάσκομαι*, *πραΐγναι* y *hace propicio* á Dios irritado.

(7) Dios, cuando perdona, quiere *hacer evidente*, *εἰς ἐνδειξιν*, su perfecta é incorruptible justicia, que no sacrifica sus derechos á la misericordia.

nes, en su paciencia, los pecados anteriores; justicia que se prueba y subsiste entera justificando al que tiene fe en Jesús.»

Tal es el nuevo orden providencial. En adelante puede el hombre ser justo en la santa realidad de la palabra, es decir, colocarse ante Dios en la relación de obediencia y de rectitud moral que constituye el deber de la criatura racional, sin que haya necesidad de las prácticas legales, pues se han hecho ya inútiles y esperan ser abolidas. Su fin, lo mismo que el de las profecías, no era otro que el de preparar y anunciar esta justicia que inaugura el Evangelio. Ya está realizado. ¡Paso á un medio de justificación más eficaz y universal, la fe en Jesucristo! Por más que aprovecha únicamente á los que á él recurren, es ofrecido á todos ⁽¹⁾, sin distinción de raza. ¿Por ventura no han pecado igualmente todos, perdiendo así su derecho á participar, por la santidad de su vida, de la gloria de Dios? Este medio de rehabilitación y de salud se dirige á todos, y con el mismo título. Misericordia absolutamente gratuita, porque Dios no debía nada al hombre infiel y caído. Si le ofrece la salvación, es por pura benevolencia, en uno de esos arranques de compasión que únicamente el amor inspira. Nada podía hacer el hombre, y, por otra parte, nada había intentado para merecerla. Dios, pues, procede, desde ahora, por gracia, no por justicia.

Gracia que había decretado desde hacía mucho tiempo ⁽²⁾ y que ha realizado por medio de Jesucristo, su único Hijo entregado por la salvación del mundo. En efecto, es-

(1) Esto es probablemente lo que significan las palabras *eis πάντας, para todos, en vista de todos, y ἐπὶ πάντας, sobre todos*. La justicia está á disposición de todos, pero no sobreviene más que en los que la revisten por el acto de fe.

(2) Tal es el sentido de *ἔν προθερο*, por más que algunos traducen por *el cual había sido enviado por delante*, es decir, ofrecido, propuesto ostensiblemente sobre la cruz, alegando la expresión *ἔπρουσ τῆς προθεσεως, Mat., XIII, 4, y paral., Hebr., IX, 2*. Pero *Rom., I, 13; VIII, 28; IX, 11; Efes., I, 9, 11; III, 11; Hechos, XXVII, 13*, obligan á preferir la otra interpretacion. El *πρό*, que se combina con el verbo *τιθεῖν* y que significa *desde antes del tiempo*, prepara aquí el *ἐν τῇ νῦν καιρῷ*, en la hora presente, que sigue; es la resolución y ejecución de la obra.

ta gracia consiste en este mismo Hijo que, convertido en rescate, tiene el derecho de obtener el perdón de los pecadores. La única condición que tendrán que llenar éstos consistirá en apropiarse por la fe la sangre de la víctima expiatoria, de lo cual depende la justificación y la salud. Esto es lo que Dios ha ideado para demostrar que su justicia no abdicaba sus derechos ante su misericordia. Todo pecador, por su rebelión, dirigiendo su vida contra Dios, merece la muerte⁽¹⁾; debe ser juzgado y ejecutado. Si por completo no ha ocurrido así desde hace largos siglos, y si ha prevalecido la paciencia divina, dejando en suspenso la suerte definitiva de los pecadores y remitiendo para más tarde la sentencia final, es porque debía venir Aquel que iba á ofrecer su sangre por todos⁽²⁾. Puesto que la justicia eterna ha tenido su plena satisfacción en esta sangre, deben recibirla los culpables de todo tiempo para ofrecerla á Dios irritado, como si fuera su propia sangre, y deben hallar en ella, gracias al acto de fe que la recoge en su eficacia sobre la cruz, la expiación de sus rebeldías. Así, Dios en su sabiduría, ha hallado el medio de evitar la penosa alternativa á que el pecador parecía haberle reducido: tratar á su pobre criatura con justicia y sin amor, ó con amor y sin justicia. Ha conseguido mostrar, en su propio Hijo, la energía de su odio al pecado y de su amor al pecador. De suerte que, después de haber exigido severamente la expiación, por su propio Hijo, ha dejado misericordiosamente á la fe del pecador el derecho de apropiársela. En el fondo, un representante de la humanidad, excepcionalmente puro y santo, elevado

(1) *Gén.*, II, 17.

(2) En efecto, vemos que la venida del Mesías estaba profetizada como la época en que el soberano Juez mantendrá sus promesas sobre los justos que debe recompensar y sobre los impíos que debe castigar. Jesús declara, por su parte, que ha venido á juzgar al mundo, al propio tiempo que á salvarlo. Dios ha tenido paciencia, no en obsequio á los pecadores sin arrepentimiento, sino en favor de los débiles que, habiendo pecado, experimenten viva pena por sus infidelidades. Como esta pena no era suficiente para justificarlos, ha tenido en cuenta esta insuficiencia, en gracia á la Víctima que había de venir.

al estado divino por la unión hipostática con el Verbo eterno del Padre, ha pagado el rescate universal. Los que antes de su venida habían pecado, han podido descontar este pago saludando por adelantado al futuro Redentor; los que pecan ahora, no tienen que hacer más que extender con confianza su mano hacia la cruz, pues en ella encontrarán la justicia en la sangre del Justo inmolado. Así es como Dios, salvaguardando á la vez su absoluta santidad y su infinita misericordia, se ha mostrado, según la expresión del Apóstol, simultáneamente justo y justificador, justo en sí mismo y autor de la justicia en los otros.

«¿Dónde está, pues, el motivo de tu gloria? Exclúida queda. ¿Por qué ley ⁽¹⁾? ¿De las obras? No; sino por la ley de la fe. Pues acabamos de demostrar que es justificado el hombre por la fe sin las obras de la ley. ¿Por ventura Dios es solamente de los judíos? ¿no lo es también de los gentiles? Sí, por cierto, es también de los gentiles. Por que en verdad un solo Dios es, que por la fe justifica á los circuncisos y á los incircuncisos, ofreciendo á aquellos la fe como fuente, y á estos como medio de salud ⁽²⁾.»

El Apóstol quiere hacer penetrar cada vez con más profundidad en el espíritu de aquellos á quienes se dirige el pensamiento que constituye el fondo de su tesis y del verdadero cristianismo: las obras de los hombres no pueden producir la justicia; ésta es concedida únicamente por Dios á los que se colocan bajo el nuevo régimen de salvación, bajo la ley de la fe. Esto es indiscutible, y queda

(1) Traducimos *vóuos* por *ley* para conservar un matiz al que parece que Pablo apunta al emplearlo. En efecto, puede verse en él una alusión á la ley que hasta entonces había regido á los hombres y que se convierte en adelante en la *ley de la fe*. En realidad, *vóuos* significa aquí *régimen, orden de cosas, regla*.

(2) Añadimos esta frase final porque el texto parece introducir una diferencia entre la manera como Dios justifica á circuncisos é incircuncisos por la fe. Aquellos son justificados *ἐκ πίστεως*, probablemente porque, estando ya en la fe, ésta no tendrá que hacer otra cosa que *continuarse* con un fin más explícito y definitivamente saludable. Los incircuncisos son justificados *διὰ τῆς πίστεως*, porque deben empezar por establecerse en el acto de fe, estado de alma extraño hasta entonces á ellos, y *á través* del cual, *διὰ*, deberán conseguir la salvación.

sentado⁽¹⁾. Todo razonamiento opuesto debe ser rechazado. Esto es divinamente sabio, porque si, de un lado, esta justificación por la fe llega á convencer al hombre de que, por sí mismo, sometido por completo al pecado, nada puede hacer, de otro, dicha justificación se amolda á la disposición del alma que la desea y la busca. Esta última consideración justifica las doctrinas universalistas que Pablo está encargado de lograr que prevalezcan en nombre del Evangelio. Puesto que Dios es único, debe y quiere ser predicado como el Dios de toda criatura humana, cualquiera que sea la raza, la clase, la categoría de degenerados á que pertenezca. Nada de privilegios: un solo y mismo medio de salvación para todos, la fe.

Esta enseñanza debía parecer á los judíos una escandalosa novedad. Declarar así caducada la ley de Moisés, ¿no era el más atrevido de los sacrilegios? No, responde el Apóstol; recoger el fruto de un largo trabajo, no equivale, ni mucho menos, á negar ó suprimir el mérito del trabajo mismo. El principio de la justificación por la fe está de todo punto conforme con la Ley y los Profetas. Para demostrarlo, podemos fundarnos en la historia de los más eminentes santos de la Antigua Alianza. El más venerable de todos fué ciertamente Abraham, padre de los creyentes é ideal del justo, amigo de Dios. Pablo lo citará como ejemplo en apoyo de su tesis. En él inauguró Dios en lo pasado y profetizó para lo porvenir la justificación por la fe.

«¿Destruimos, pues, la ley por la fe? No por cierto—exclama;—antes establecemos la ley. ¿Diremos que halló alguna ventaja Abraham, nuestro padre⁽²⁾, según la carne⁽³⁾? Porque si Abraham fué justificado por las obras, tiene de que se le alabe. Pues bien, sus obras no tuvieron parte al-

(1) Este es el sentido que hay que dar á λογίζομεθα, que supone una serie de razonamientos que producen la convicción.

(2) Los manuscritos alejandrinos llevan προπατέρα, nuestro primer padre.

(3) Es decir, según las obras, por prácticas materiales, por la circuncisión en particular. En efecto, vemos que κατὰ σάρκα es reemplazado al punto por ἐξ ἔργων, que se convertirá, en el vers. 9, en περιτομή.

guna en la justicia que Dios se complació en reconocerle ⁽¹⁾. ¿Qué es, en efecto, lo que dice la Escritura? Abraham creyó á Dios; y le fué imputado á justicia ⁽²⁾. Ahora bien, al que obra, no se le cuenta el jornal por gracia, sino por deuda; mas el que no obra, y cree en aquel que justifica al impío, su fe le es imputada á justicia. Así, David declara la bienaventuranza del hombre, á quien Dios atribuye justicia sin obras: Bienaventurados aquellos cuyas maldades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón á quien no imputó el Señor pecado ⁽³⁾. Pues, ¿esta bienaventuranza está tan solamente en la circuncisión, ó también en incircuncisión? Pues decimos que la fe fué imputada á Abraham á justicia. Pues, ¿cuándo le fué imputada? ¿en la circuncisión, ó en la incircuncisión? No en la circuncisión, sino en la incircuncisión. Así, recibió la señal de la circuncisión, como sello de la justicia de la fe, cuando era todavía incircunciso ⁽⁴⁾, á fin que fuese padre de todos los que creen estando incircuncisos, y que también á ellos les sea imputado á justicia; y sea padre de los

(1) Este pasaje, diversamente puntuado, ha sido interpretado de diversos modos. Para ofrecer nuestra interpretación, hemos tenido que adoptar una traducción algo libre, pero que pone muy bien de relieve el encadenamiento de las ideas.

(2) La cita es de *Gén.*, XV, 6, y según los Setenta. Dios promete á Abraham, ya centenario, un hijo y una posteridad numerosa como las estrellas del cielo. El Patriarca tiene fe en Dios, y esto le vale el ser tenido por justo á los ojos de Dios, es decir, el ser confirmado en la justicia adquirida al salir de Caldea, *Gén.*, XII; *Hebr.*, XI. El verbo ἐλογίσθη significa *fué puesto en cuenta, fué contado*; *II Reyes*, XIX, 19; *Salmo XXXI*, 2; *Levít.*, XI, 4; *II Cor.*, V, 19; *II Tim.*, IV, 16, etc. El movimiento generoso del alma por el cual Abraham cree en Dios, τῆ θεῶ, en su omnipotencia, en su fidelidad, en su amor y en sus atributos, en sus promesas presentes y futuras, le vale, no como salario, sino como gracia, esta justicia, δικαιοσύνη, en la cual el hombre, interiormente renovado por la misericordia divina, es colocado de repente en el estado correcto de vida moral y religiosa que Dios exige.

(3) En el *Salmo XXXI*, 1, habiendo obtenido David el perdón de sus crímenes, canta su propia dicha. Dios, según sus expresiones, *deja correr* las iniquidades que tenía el derecho de retener y *cubre con el velo* del olvido, es decir, del perdón, los pecados que hacían detestable al pecador. Este texto es invocado aquí para sentar, no que el hombre es justificado por la fe, sino únicamente que la justificación puede llegarle sin las obras.

(4) La circuncisión no fué en Abraham la condición de la justificación, sino su consecuencia, *el sello, σφραγίς*, de esta justificación.

circuncisos que, no contentándose con la circuncisión, siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado.

»Porque la promesa á Abraham, ó á su posteridad, que sería heredero del mundo no fué por la ley; sino por la justicia de la fe. Porque si los de la ley son los herederos, queda aniquilada la fe, y la promesa sin valor, porque la ley obra ira ⁽¹⁾, puesto que en donde no hay ley, no hay quebrantamiento. Y así es por la fe, á fin que por gracia la promesa sea firme á toda su posteridad, no tan sólo al que es de la ley, sino también al que es de la fe de Abraham, que es padre de todos nosotros, como está escrito: «Yo te he constituido padre de muchas gentes,» y sigue siéndolo delante de Dios, á quien había creído, el cual da vida á los muertos, y llama las cosas que no son, como las que son. Él creyó en esperanza contra esperanza, que sería padre de muchas gentes, según lo que se le había dicho: «Así será tu linaje.» Y no se enflaqueció en la fe, ni consideró su propio cuerpo ya amortiguado, siendo ya de casi cien años, ni que la virtud de concebir se había extinguido en Sara. Tampoco vaciló, ni tuvo la menor desconfianza en la promesa de Dios; antes se fortificó en la fe, dando gloria á Dios ⁽²⁾; teniendo por muy cierto que también es poderoso para cumplir todo cuanto ha prometido. Y por esto ⁽³⁾ le fué también imputado á justicia. Y no está escrito solamente para él, que le fué imputado á justicia; mas también para

(1) Pablo vuelve á su teoría de que el hombre, en el estado de pecado en que nace, no puede cumplir la Ley, y que, por lo tanto, marcha fatalmente, por sus obras, no á la justificación, sino á la reprobación. En efecto, por la Ley, tenía el pecado un carácter de rebelión, muy propio para provocar la cólera divina; y si Dios hubiera unido su promesa á la observancia ciertamente irrealizable de la Ley, esta promesa hubiera sido vana.

(2) Los verbos *οὐ διεκρίθη*, *no se partió* entre la fe y la desconfianza, sino que se *mostró fuerte*, *ενεδυναμώθη*, fijando sus ojos en la promesa hecha, antes que en su impotencia personal y en la esterilidad de Sara, y permaneció *completamente convencido*, *πληροφορηθείς*, sin abrigar la más pequeña duda, denotan la serie de actos con los cuales glorificó Abraham á Dios.

(3) Las dos palabras *διὰ καί* precisan la correlación entre la glorificación y la fe, y, como observa muy bien Godet, vese en ello la historia del desquite divino. Dios dice al hombre: «Tu fe ha sido mi gloria; yo haré de ella tu justicia.»

nosotros, á quienes será imputado, si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos, á Jesucristo, nuestro Señor, el cual fué entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.»

Así, pues, la justificación por la fe no es doctrina extraña á la Escritura, sino que está absolutamente conforme con la Ley, como lo prueba plenamente la historia de de Abraham. Esta historia, conocida de todos, servía de tema á las discusiones de los rabinos de la época ⁽¹⁾. Santiago la invoca en su epístola y saca de ella, en favor de sus obras, una consecuencia que parece contraria á la argumentación de Pablo, pero que, examinada atentamente, la corrobora. Según la Sagrada Escritura, Abraham fué declarado justo por Dios, no por sus obras, sino por su fe. Debió su justificación á un estado de alma que le conciliaba la benevolencia y la gracia de Dios, no en modo alguno á una serie de actos merecedores de salario. Abraham fué justificado antes de su circuncisión; así lo serán los que, circuncisos ó no, tengan fe como él y se conviertan en su posteridad. Porque no es únicamente por la sangre, sino principalmente por la semejanza moral por lo que uno es descendiente del gran Patriarca. A los fieles de la Nueva Alianza les toca imitar la animosa fe del Padre de los creyentes. Creyó éste en Dios, que le prometía hacer nacer, de entrañas estériles por la edad, en las que ya no germinaba la vida, á Isaac, punto de partida de un pueblo nuevo destinado á invadir el mundo. También nosotros debemos creer en ese Dios que sacó del seno de la muerte, del sepulcro en donde nada vive, á Jesús, nuevo Isaac, jefe del pueblo innumerable, al que engendra salvándolo. Muerte expiatoria, resurrección que consagra nuestra salud; he ahí en adelante el objeto de la fe que salva. Que cada cual la abrace enérgicamente, y merezca así la justicia según Dios y cuyos frutos son los siguientes:

«Justificados, pues, por la fe, tenemos ⁽²⁾ paz con Dios

(1) V. Lighthfoot, *Galat.*, pág. 157.

(2) Gran número de manuscritos, y de los más antiguos, leen *εχωμεν*,

por nuestro Señor Jesucristo, por el cual tenemos también la entrada por la fe á esta gracia, en la cual está el principio y el alimento de nuestra vida nueva ⁽¹⁾, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. Y no solamente esto, mas nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra paciencia; y la paciencia, prueba; y prueba, esperanza. Y la esperanza no trae confusión, porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado. Esta caridad es realidad incontestable ⁽²⁾, porque nosotros éramos aún, como todo el mundo ⁽³⁾, pobres enfermos llenos de impotencia para el bien, y Cristo murió por unos impíos. Porque apenas hay quien muera por un justo; aunque quizá alguno se atreva á morir por un bienhechor ⁽⁴⁾. Mas Dios hace brillar su caridad en nosotros, porque cuando aun éramos miserables pecadores ⁽⁵⁾, murió Cristo por nosotros. Pues mucho más ahora que somos justificados por su sangre, seremos salvos de la ira por él mismo. Porque si, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida. He aquí porque nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesu-

tengamos, en vez de *ἔχομεν*, *tenemos*. Probablemente es esto una falta. En efecto, la exhortación no conviene mucho al nuevo asunto suscitado por el Apóstol, y, por otra parte, no continúa.

(1) Creemos traducir así todo el sentido de estas palabras: *ἐν ἡ ἐσθήκαμεν*. Este verbo en perfecto indica, no sólo lo que ha sido hecho, sino lo que queda por hacer.

(2) Así es como hay que parafrasear el *γάρ, ὁ ἔτι γάρ, ὁ* también *εἶγε*, que se leen en los diversos manuscritos.

(3) Otros refieren *κατὰ καιρὸν ἢ ἀπέθανε*, y entienden que Cristo murió *en el oportuno momento ó en el momento fijado* por el plan providencial.

(4) Los comentadores andan divididos acerca de la interpretación de *ὑπὲρ τοῦ ἀγαθοῦ*, *el que es bueno*, por relación *al que es justo, ὑπὲρ δικαίου*. Hay que hallar una gradación entre estos dos calificativos, los cuales, á primera vista, parecen equivalentes. Para ello, muchos toman *ὑπὲρ τοῦ ἀγαθοῦ* en el sentido neutro, y traducen: *para el bien*, en tanto que ven en *δικαίου*, un masculino, Dios, *el bueno* por excelencia. Con más naturalidad se verá en *ἀγαθός* el hombre *bienhechor*, á quien debemos gratitud, y que contrasta con los pecadores rebeldes y malos, como *δικαίος* contrasta con los injustos.

(5) El término *ἁμαρτωλός*, que los judíos aplicaban comúnmente á los paganos, indica los hombres completamente sumergidos en el mal.

cristo, por quien ahora hemos recibido la reconciliación.»

¡Cuán súbitamente pasa Pablo, con la conmovida elocuencia de un alma profundamente religiosa, de la discusión rabinica de los textos, á la consoladora demostración de la obra divina en el hombre justificado. Esta obra es la paz concertada entre el Creador y la criatura, apaciguada ya la cólera de Aquél, por cuanto ha perdonado, y no sintiendo éste ni rebeldía, ni terror, ni turbación, porque ha obtenido el perdón. La tranquilidad del orden; he ahí el estado feliz creado por la justificación. Glorificarnos de nuestras obras no sería razonable, pero glorificarnos de esta nueva situación sería muy injusto, porque no es nuestra obra, sino la obra de Jesucristo y la de Dios su Padre. Para realizarla, dió el Señor su Hijo, y su Hijo ofreció su vida. ¡Qué irrecusable prueba de amor divino! Para salvar á un hombre honrado, no sin repugnancia aceptaríamos la muerte; pues bien, Jesucristo murió por nosotros, miserables pecadores. Con dificultad nos sacrificaríamos por un bienhechor á quien debiéramos la más viva gratitud; Jesucristo se entrega por nosotros, que somos malos, impíos y rebeldes contra Él. Sobre este testimonio inefable del amor divino se funda, pues, nuestra esperanza de salvación y de participación en la gloria celestial. En efecto, nos ha sido vencida la mayor dificultad. Si de tal modo nos amó Dios cuando éramos sus enemigos, ¡con cuánta mayor ternura nos ama ahora que, por la justificación, nos ha hecho amigos suyos! Este sentimiento íntimo, mejor dicho, esta certeza de su generosa misericordia nos hace prorrumpir en gritos de alegría y de triunfo, en gritos que nada podría impedir. Las pruebas más duras no impondrán silencio al entusiasmo del alma justificada, sino que servirán para manifestar su valor, valor inspirado por la santa caridad, valor sostenido por la firme esperanza. El hombre justificado comprende que Dios le ama, que él ama á Dios, y que, gracias á Jesucristo, este doble amor hallará en la misma gloria de Dios comunicada á la criatura su eterna consagración.

«Sucede con la salud por la justificación ⁽¹⁾ lo mismo que sucede con el pecado ⁽²⁾. Por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado vino la muerte ⁽³⁾; y así, por un hombre ⁽⁴⁾ pasó la muerte ⁽⁵⁾ á todos los hombres, porque en él todos habían pecado. La prueba de que en él todos habían pecado está en que, antes de la ley, el pecado estaba en el mundo, mas no era imputado porque no había ley, y esto no obstante, reinó la muerte, desde Adán hasta Moisés, aun en aquellos que no habían pecado, únicamente porque llevaban la impresión ⁽⁶⁾ de la prevaricación de Adán.»

Pablo se eleva de repente á consideraciones generales que resumen lo que hasta aquí ha expuesto. Quiere hacernos remontar á la fuente de las dos energías que dominan la historia del mundo; de una parte, el pecado original y la muerte, y de otra, la justificación y la vida. En realidad, era este el mejor medio de sentar victoriosamen-

(1) En el *διὰ τοῦτο* con que empieza la frase hay que ver la primera parte del paralelismo por contraste que Pablo quiere establecer entre Cristo y Adán, y traducir: *en esto ha ocurrido lo que con el pecado, que, por un solo hombre, etc., en otros términos: la obra de la justificación se realiza, ὡςπερ, absolutamente como la del pecado.* La explicación que proponemos parece la más sencilla de todas.

(2) El pecado, ἡ ἀμαρτία, es, en general, el extravío del hombre que rehusa someterse á la ley de Dios, el estado de rebelión de la criatura contra Dios. Adán lo inauguró. Una vez que entró por medio de él en el mundo, es decir, en el linaje humano, se convirtió en universal.

(3) La muerte, ὁ θάνατος, debe entenderse en el más amplio sentido, muerte física, muerte moral del pecado, muerte eterna, contrastando con la vida en todas sus formas.

(4) Es el sentido más natural de οὕτως, así, que debe relacionarse con ἐφ' ᾧ, en quien. Muy extraño es que se haya sostenido que ἐπὶ no se tomaba nunca en el sentido de en, siendo así que los Padres, Orígenes, Crisóstomo, Teofilacto, Ecuemeno y otros estiman manifiestamente lo contrario, y que en *Hebr.*, IX, 10 y 17, para no citar otros ejemplos, ἐπὶ se pone por ἐν.

(5) El verbo διήλθεν señala el trabajo de este fruto del pecado corriendo como un veneno mortal por las venas de todo el linaje humano culpable. El pecado hizo su entrada en el mundo, εἰσλθε, y al punto el veneno que lleva en sus entrañas se difundió por todos los individuos.

(6) Nos ha parecido más lógico, aunque fuera de la interpretación ordinaria, hacer depender ἐπὶ τῇ ὁμοιώματι τῆς παραβάσεως Ἀδὰμ de ἐβανδυνευσαι, y no de ἀμαρτήσαντας. Lo que la muerte persigue en los hijos que no han llegado todavía al uso de razón y algunos justos siempre correctos á los ojos de Dios, es la semejanza, la raza, la descendencia.

te la universalidad de la salvación por medio del Evangelio y dar á entender que Dios venía á rescatar por la gracia lo que se había perdido por el pecado.

Pocas páginas escribió el Apóstol que hayan sido más discutidas que éstas por los teólogos. La profundidad y abundancia de ideas y deducciones que ora se enredan, ora chocan entre sí y se precipitan, hacen su traducción, más aún que la inteligencia de ellas, particularmente difícil. Sabido es que este fragmento ha sido el campo de batalla en que, desde San Agustín hasta el Concilio de Trento, ha tenido la Iglesia católica que defender su dogma, primeramente contra Pelagio y sus discípulos, y más tarde, y desde un punto de vista completamente opuesto, contra Lutero y los teólogos de la Reforma. Leyéndolo sin prejuicios, veremos que no dice más que lo que la Iglesia ha sabido ver y mostrar en él en todo tiempo. Dos hombres presiden la historia de la humanidad, Adán y Jesucristo, aquél figura de éste. Porque si el uno fué cabeza del antiguo linaje humano, el otro lo es del nuevo. Hemos visto ya, en el primer capítulo de la Epístola á los corintios, un ensayo de comparación entre los dos Adanes. La idea repetida aquí había sido presentada únicamente en germen y como de pasada; pero ahora va á convertirse en asunto, ó mejor, en resumen de la doctrina de Pablo sobre la historia del género humano.

Ve dividida esta historia en dos grandes períodos, cada uno de los cuales tiene un jefe que lo domina y fija su suerte. Entre estos dos períodos se coloca, como economía temporal, la Antigua Alianza con la Ley que debe servir de transición. Aparece desde luego enérgicamente delinea-do el papel fatal del primer Adán. Por culpa de él, en el origen—sólo se habla de él, por cuanto la mujer no hubiera acarreado, con su aislada desobediencia la caída de la raza,—hace el pecado irrupción en la especie humana, no solamente como ejemplo funesto que conduce al mal, sino como disposición morbosa ó veneno llamado á producir frutos de muerte, y aun como responsabilidad, porque,

estando primordialmente comprendidos en quien iba á engendrarlos, todos los hombres pecaron por él y con él ⁽¹⁾. Sin duda que este pecado es de orden especial. La culpabilidad del primer padre fué completamente distinta de la de los hijos; pero no es menos cierto que éstos tienen, por parte de su autor, el aspecto de pecadores que los hace desagradables á los ojos de Dios, como el hijo hereda tristemente la infamia de un padre culpable. Llevan además en su sangre una inclinación á la rebeldía, inclinación que libremente explotada, hace nuestra la transgresión del primer hombre y se convierte en pecado actual. Esta inclinación ha sido llamada concupiscencia, y se trasmite de generación en generación, como una disposición moral atávica, ó mejor, como el virus funesto que el hijo recibe á veces de sus padres enfermos. Si se quiere una prueba de ello, se la hallaría, no sólo en el mal instinto que cada cual siente en el fondo de su corazón, sino también en la muerte física, que es el castigo mismo y la consecuencia del pecado. La muerte del alma nos ha acarreado la del cuerpo. No sólo sufren este castigo los impíos, con agravación especial á veces, como en el diluvio y en Sodoma, sino también los justos, aquellos justos que como tales eran llamados, en la época patriarcal, amigos de Dios, y, con ellos, millares de niños, flores de la especie humana apenas abiertas á la vida y cosechadas por la muerte antes de poder discernir el bien del mal. Ser hijo de Adán y haber participado en él en la primera rebelión, es nacer condenado á la muerte ⁽²⁾. He

(1) No hay duda en que, aunque se tradujera *ἐφ' ἡ πάντες ἥμαρτον* por *en razón de que todos pecaron*, habría que volver á la idea que Pablo persigue, y añadir lo que evidentemente estaría sobreentendido: *cuando Adán pecaba*. San Agustín, *de Bapt. parv.*, I, 10, dijo muy bien: «In quo omnes peccaverunt, quando omnes ille unus homo fuerunt.» Todos los hombres, por lo mismo que estaban contenidos en uno solo, hicieron acto de pecado, *ἥμαρτον*, con él. Adán llevaba en sí la voluntad general de toda la especie humana, y esta voluntad es la que vició la ley.

(2) Sin duda que la muerte es por modo fatal inherente á todo lo que nace aquí bajo, y que no todo muere en razón del pecado. No había sido creado todavía Adán cuando morían los animales, y él mismo, al salir de las manos de Dios, llevaba en su organismo físico gérmenes de muerte. En este sentido le fué dicho: «Polvo eres y en polvo te convertirás.» *Gén.*, III, 19.

ahí la obra del primer padre que fué, verdad es, figura del segundo, con la diferencia de que la influencia universal ejercida por uno y otro sobre la descendencia procede en sentido inverso. Cada uno hace á sus hijos á semejanza suya; aquél, pecadores y para la muerte en el castigo; éste, justos y para la vida en la gloria.

«Adán, en efecto, fué el tipo ⁽¹⁾ de aquel que debía venir. Mas no fué el don como el pecado; porque, si por el pecado de uno murieron muchos ⁽²⁾, mucho más la gracia de Dios y el don por la gracia de un solo hombre, que es Jesucristo, abundó sobre muchos. Y tampoco fué el don como el pecado por uno solo que pecó ⁽³⁾; porque el juicio, á la verdad, fué de un pecado para condenación, mas la gracia fué de muchos delitos para justificación. De suerte que si por el pecado de uno reinó la muerte por un solo hombre, mucho más reinarán en la vida por un solo Jesucristo los que reciben la abundancia de la gracia, y del don de la justicia.»

Así, antes de trazar definitivamente el paralelo entre Adán y Jesucristo, como si temiese el Apóstol no hacer á éste toda la justicia que merece, detiéndose para precisar dos diferencias entre la obra del uno y la del otro. Com-

Pero hay que dar también una significación á esta amenaza: «El día en que comas de este fruto, morirás.» *Gén.*, II, 17. Supone que, no obstante tener un cuerpo mortal, podía ser defendido el hombre contra la muerte por su comunicación íntima con Dios en la participación del fruto simbólico del de la vida. Habría muerto, si se quiere, pero no con la muerte dolorosa que es nuestra humillación suprema. En vez de sufrir la disolución de la tumba, hubiera hallado una feliz transformación en una vida superior y definitiva, algo semejante á lo que ocurre á la crisálida metamorfoseada.

(1) La palabra *τύπος*, que significa exactamente ya la impresión producida por un objeto, ya la forma dada según un modelo, se entiende, en el lenguaje escriturario, de una cosa ó de una persona que intencionadamente ha recibido puntos de semejanza destinados á figurar lo que sería en los tiempos del Mesías. No hay que decir que, en el pensamiento divino, el antitipo precediendo al tipo, ó por mejor decir, la realidad adelantándose á la figura, es ésta la que recibe por adelantado la impresión de aquélla.

(2) La expresión *οἱ πολλοί*, *los muchos*, significa todo el mundo y corresponde á *πάντας ἀνθρώπους* del versículo 12. Así, más abajo, XII, 5, como *I Cor.*, X, 17, significa también, no sólo muchos, sino la totalidad.

(3) En vez de leer *ἀμαρτήσαντος*, varios leen en manuscritos autorizados *ἀμαρτήματος*. Esto no cambia en nada el sentido.

plácese en oponer la superioridad y la rica abundancia del perdón obtenido por el Redentor del género humano á la transgresión del primer padre prevaricador. De aquí que observe desde luego que los medios aportados por Jesucristo son por sí mismos poderosos en distinto sentido que la semilla del pecado sembrada por la debilidad de Adán, concluyendo de ello que si el uno pudo, con un solo acto de rebeldía, hacer mucho por la muerte, supo el otro, por los dos medios de salvación que ofrece, hacer mucho más por la vida. Adán comete una sola falta, y nos mata á todos, Jesús trae dos gracias, la de su Padre y la suya, y nos salva. Los papeles son completamente opuestos. Si el uno ha podido, con su única falta, determinar la pérdida del género humano, con más seguridad todavía asegura el otro, verdadero don de Dios, con los auxilios que ofrece, la salvación de todo el que sinceramente le siga. En el primer caso, el mal parte de uno solo para difundirse por todos los hombres; en el segundo, vuelve de todos los hombres para ser aniquilado en uno solo. Este aniquilamiento se opera gracias al acto de fe que ase ⁽¹⁾ la salvación en la muerte expiatoria del Salvador. Así, mientras el género humano, por el pecado de Adán, fué pasivamente reducido á esclavitud bajo el yugo de la muerte, en adelante le bastará querer para levantarse, libre y santificado en la vida, mediante la redención de Jesucristo.

«Así, pues, como por un solo pecado ⁽²⁾ creyeron todos los hombres en condenación, así también, por un solo acto de justicia reciben todos los hombres la justificación de la vida ⁽³⁾. Porque, como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron hechos pecadores, así tam-

(1) La palabra λαμβάνοντες expresa muy bien el acto del que se ase vivamente á la mano auxiliadora tendida por la caridad divina.

(2) Varios traducen: *por la falta de uno solo*; pero como falta el artículo τοῦ delante de ἐνός, al revés de lo que se ve en el versículo precedente parece defectuosa esta traducción.

(3) El verbo falta en la frase, pero ésta adquiere más vivacidad. Según Meyer se sobreentiende ἐγένετο, ὁ ἀπέβη, según Winer.

bien serán muchos hechos justos por la obediencia de uno solo».

El paralelo es ya completo entre los dos jefes del linaje humano. El uno, con una sola falta, ha convertido á todos los hombres en miserables condenados; el otro, con un solo acto de justicia, asegura á esos hombres el perdón y la rehabilitación. El primero nos mata con su desobediencia; el segundo nos salva con su sumisión. Adán, no obstante la prohibición divina, alargó su brazo al árbol simbólico, y, con su acto de rebeldía, desconociendo los derechos del soberano legislador, hizo triunfar la muerte. Jesucristo entregó generosamente sus manos para que las clavarán en la cruz, á fin de dar testimonio de su humilde sumisión á la justicia divina, é hizo triunfar la vida. Tal es el sublime resumen de la acción del mal y de la acción del bien en el género humano.

Si la Ley mosaica se colocó entre estos dos grandes hechos de la historia del mundo, fué únicamente á título de preparación del Evangelio, preparación extraña, á decir verdad, por cuanto sólo impulsando á la explosión suprema del mal en el hombre caído, debía traer el reino universal del bien. Sin duda que tuvo su papel en la economía divina, pero no fué ni podía ser el que Israel supone, pues era absolutamente insuficiente para salvar al género humano corrompido por la falta original.

«Y sobrevino la ley ⁽¹⁾, para que abundase el pecado ⁽²⁾; mas cuando creció el pecado ⁽³⁾, sobrepujó ⁽⁴⁾ la gracia. Para que, como reinó el pecado en la muerte ⁽⁵⁾, así también

(1) El verbo *παρωήλθεν* podría significar también que llega *de pasada*, con una misión temporal, ó aun *subrepticamente*, como traduce la Vulgata.

(2) No sin razón emplea Pablo aquí la palabra *παράπτωμα* con la que caracteriza siempre la falta del primer padre. Al chocar la Ley con las malas inclinaciones, suscitadas por esta falta en cada hijo de Adán, las puso en condiciones de desarrollarse en su completa floración.

(3) Esta vez designa Pablo, con la palabra *ἀμαρτία*, el pecado actual.

(4) El verbo *ὑπερπερίσσευσεν* expresa en grado superlativo la abundancia de la gracia con relación al pecado, del que, no obstante, se había dicho *ἐπλεόνασεν*.

(5) La expresión *ἐν τῷ θανάτῳ*, da á entender que la muerte no sólo es obra del pecado, sino el medio en que se desarrolla.

reine la gracia por ⁽¹⁾ la justicia para vida eterna por Jesucristo, nuestro Señor.»

Israel no debe, pues, ensalzar su Ley. Destinada al principio á mejorar á los hombres para prepararlos á la elevada moral del Evangelio, de hecho sólo ha servido para provocar todos los instintos de rebelión y las malas pasiones que abrigaban como funesta herencia del primer padre. Y aun han llegado á desconocer al Enviado del cielo que venía á salvarlos y á responder al amor de Dios con el odio más feroz. Llegado á este punto, parece que el pecado había pronunciado su última palabra y revelado toda su malicia. Entonces precisamente fué cuando Dios intervino para ahogar el exceso del mal con un exceso de gracia todavía mayor. En este sentido, la Ley violada ha aportado la gloria de Dios, á la manera como la violencia de la enfermedad despierta la habilidad del médico que logra, á pesar de todo, salvar al enfermo.

Pablo, llegando aquí al punto culminante de su exposición doctrinal, pasa, con motivo de una objeción que parece suscitar su doctrina sobre la gracia, siempre más abundante á medida que más abunda el pecado, pasa, repetimos, á consideraciones que, no por ser más especialmente prácticas, dejan de ofrecer resúmenes de asombrosa profundidad. Si el don de Dios es el que salva, y si ese don se produce con tanto mayor esplendor cuanto mayor es la iniquidad del hombre, ¿no se sentirá alentada la malicia humana á producir el mal para que resplandezca la gloria de Dios cada vez más triunfante? ¿No se verá así comprometida la sana moral? No es nueva para el Apóstol semejante dificultad suscitada por los adversarios de la sustitución de la Ley por el Evangelio. Intentará, pues, resolverla describiendo la obra de la justificación en las almas y la nueva vida con sus frutos de santidad.

«Pues, ¿qué diremos? ¿Perseveraremos en el pecado, para que crezca la gracia? No lo permita Dios. Porque los

(1) *Por medio, δα, de la justicia se establece el reino de la gracia.*

que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?»

La energía con que Pablo rechaza el inmoral alegato revela desde luego la intensidad del sentimiento religioso que le domina, y hace prever el desarrollo que dará á su respuesta, muy breve en sí misma, pero llena de utilísimas deducciones. Cuando uno ha muerto para el pecado, nada podría ya tener de común con el pecado. En efecto, ¿qué otra cosa podría verse en estas palabras, morir para el pecado, sino el acto libre por el cual el hombre, asiendo la redención en Jesucristo, rompe animosamente con el mal, lo detesta, lo rechaza y prueba, con su nueva vida, que todo ha acabado entre este mal y su voluntad? En vano le solicitará aún el pecado, pues llamará á la puerta de un muerto que no le oye, ó por lo menos, que no quiere oírle. Tal es el estado de alma del verdadero cristiano.

«O ¿no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, para unirnos á él ⁽¹⁾, hemos sido bautizados para participar en su muerte? Porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo, para que, como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre ⁽²⁾, así también nosotros andemos en una vida nueva ⁽³⁾. Porque si hemos establecido nuestra vida en la suya ⁽⁴⁾ aso-

(1) La traducción ordinaria en el *Cristo Jesús*, no expresa suficientemente el pensamiento de Pablo. Dice *eis Χριστόν* y no *ἐν Χριστῷ*, para notar el objetivo del bautismo, que no es otro que asirse á Cristo, apropiárselo. Esto es lo que hay que reconocer en la locución *eis τὸν θάνατον*, en la cual la proposición *eis* indica el movimiento hacia el fin que hay que conseguir. Los Padres latinos la traducen por *commori Christo*. Los griegos dicen con Teodoro de Mopsuestia: τὸ βάπτισμα κοινωνοὺς ποιεῖ τοῦ θανάτου τοῦ Χριστοῦ. Pablo, *Gal.*, III, 2, explica que *ser bautizado es revestirse de Cristo*.

(2) Esta expresión recuerda las palabras de Jesús á Marta, *Juan*, XI, 40: «Verás la gloria de Dios.» Por *δόξα*, hay que entender el glorioso conjunto de las perfecciones divinas, la omnipotencia, la justicia, el amor, etc., que intervinieron en la resurrección de Jesucristo. *I Cor.*, VI, 14; *II Cor.*, XIII, 4; *Efes.*, I, 19. *Hech.*, II, 24, 31, etc.

(3) El texto lleva *ἐν καινότητι ζωῆς*, en una *novedad de vida*, para dar á entender que se trata de cambiar por completo la dirección moral de nuestra vida, de tal suerte que, como decía San Crisóstomo, el libertino se convierta en prudente, y el avaro en caritativo.

(4) Traducimos por esta perífrasis la palabra *σύμφωτοι*, que no tiene correspondencia en nuestra lengua. Procede de *συμφῶς*, *nacer junto*. Así, *Luc.*, VIII, 7, se usa este verbo cuando se dice que las espinas *crecieron simultá-*

ciándonos á su muerte, seremos también asociados ⁽¹⁾ á su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con él, para que sea destruído el cuerpo, este agente del pecado ⁽²⁾, y no sirvamos ya más al pecado. Porque el que es muerto, libre está del pecado. Y si somos muertos con Cristo, creemos que juntamente viviremos también con Cristo; cierto que, habiendo Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte ya no se enseñoreará más de él. Porque, en cuanto al haber muerto por el pecado ⁽³⁾, murió una vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios. Así también vosotros consideraos, que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo.»

He ahí cómo analiza Pablo el misterio de la justificación y regeneración cristiana. Una y otra es para él una sola y misma cosa; en manera alguna pensó nunca en la teoría protestante que ha querido distinguir entre ambas. La regeneración cristiana se le aparece como muerte y vida, muerte y vida en que Jesucristo, asido por la fe,

neamente con la semilla. Comp. *Sab.*, XIII, 3. Esta felicísima expresión asimila aquí la unión del creyente y de Jesucristo á la de los dos organismos, la rama injertada y el tronco, que se confunden para no tener más que un mismo crecimiento y una misma vida. V. Teofrasto, *De causa Plant.*, V, 5, 2; comp. *Zac.*, XI, 2; *Amós*, IX, 14; Filón, *de Abrah.*, § 31, al principio.

(1) Las palabras *ἐν τῷ ὁμοιωματι* no significan aquí la semejanza, porque no se ve con claridad qué semejanza hay entre la muerte para el pecado y la muerte de Jesucristo, sino la *asimilación* por la cual nos apropiamos, muriendo nosotros mismos para el pecado, la muerte misma de Jesucristo. La semejanza es tanto más perfecta cuanto nuestra muerte se produce revisitando esta muerte, y cuanto en realidad morimos y resucitamos en él. Tal es la unión de la cepa y del sarmiento.

(2) Varios traducen τὸ σῶμα τῆς ἁμαρτίας por *el cuerpo del pecado*, la masa, el sistema de culpables inclinaciones, en otros términos, el pecado en bloque. Esto es un error. Basta fijarse en que, más lejos, versículos 12 y 13, no se toma en modo alguno el cuerpo en sentido figurado, sino en sentido propio como aquí.

(3) Seguimos la traducción más común, pero es muy probable que el sentido de τῆ ἁμαρτίας ἀπέθανεν esté indicado, no sólo por el vers. 2 y el 11, en donde significa morir para el pecado, sino por el *vivir para Dios*, que constituye el correlativo de la muerte *para* el pecado. ¿Cómo Jesús murió para el pecado, si, según *II Cor.*, V, 21, *no conoció el pecado*? Quizás porque con su muerte paralizó la persecución que el mal y el demonio, por medio del hombre, emprendían contra Él, ó también porque murió para el pecado universal que había echado sobre sí para expiarlo.

hace el papel principal. Morir consiste en eliminar al hombre viejo que vive en nosotros, en matar la actividad del mal que se ejerce á través de nuestro miserable cuerpo, emponzoñado por la sangre de nuestro primer padre, en exterminar en el fondo de nuestra alma el egoísmo, causa de todas nuestras prevaricaciones, y en operar esta dolorosa labor por Jesucristo, en Él y con Él. La imagen del hombre que se abraza á la cruz para sacrificar en ella la libertad de que se prevalía en su vida de pecador, y que, muriendo sin piedad para todo lo que no está conforme con la ley divina, desciende así á la tumba libremente abierta con sus propias manos, precisa con la más elocuente energía la primera fase de la regeneración, y nos remite á las palabras del Maestro: «El que quiera seguirme, que tome su cruz.» El bautismo es el símbolo litúrgico y eficaz de este entierro, en el cual desaparece el pecado en la ablución completa del alma, porque, en este bautismo, Jesucristo mismo, víctima expiatoria y redentora, es el que nos espera, y aquel del cual nos revestimos. El Apóstol insiste á cada paso en el punto que hay que recordar siempre como capital, si se quiere entender su doctrina, á saber, que en la cruz, en la muerte, en la sepultura, siempre es Jesucristo aquel á quien debemos buscar. Desde que ha sido poseído por el acto de fe, no le abandonamos ya, y nuestra vida, unida á la suya, sigue, como el injerto que recibe la savia misma del árbol, todas las peripecias y se apropia todos los méritos de la suya. El aniquilamiento ó la muerte ha creado la purificación. Comienza entonces la segunda fase, la de la resurrección ó paso á una vida nueva, absolutamente distinta de la precedente. No que el hombre viejo, rechazado, crucificado y enterrado, no pueda todavía mostrar aterradoras tentativas de revivir, ni que deje de conspirar sin descanso para reaparecer en nosotros; sino que debemos vigilar constantemente sus movimientos y mantener en comunión incesante con Aquel que ya no muere, el nuevo yo responsable del gobierno moral y sobrenatural de nuestra alma. Como

consecuencia, prodúcese gradualmente la plena floración de la vida cristiana en el conjunto de sus virtudes y la armoniosa hermosura que recibe de su unión con Jesucristo. Tras esto, ¿cómo sostener que Pablo predicó la fe sin las obras? Para él, todo el que haya asido realmente al Redentor por la fe, la cual entraña necesariamente el amor como principio de unión, debe poseer los sentimientos, practicar las obras y ser representación viviente de Jesucristo. Tal es la idea que Pablo tiene del cristiano y cuya realización exige de los fieles de Roma.

«Por tanto, no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal ⁽¹⁾, de modo que obedezcáis á sus concupiscencias. Ni ofrezcáis vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad; mas ofreceos á Dios, como resucitados de los muertos, y vuestros miembros á Dios, como instrumentos ⁽²⁾ de justicia. Porque el pecado no os dominará; puesto que no estáis bajo de la ley, sino de la gracia.»

Las condiciones han cambiado. En vez de la Ley que manda, sin ofrecer auxilio para obrar el bien, he ahí el Evangelio mostrando el ideal y ofreciendo la gracia para conseguirlo. Gracias á este auxiliar sobrenatural, el pecado, no obstante mantener sólidas inteligencias con la plaza—el bautismo no suprime la concupiscencia—no llegará jamás á dominarnos, por poco que nuestra voluntad responda á las direcciones interiores del Espíritu Santo. La fe en Jesús Salvador da al alma una confianza, una paz reconfortante, un sentimiento de unión con una fuerza superior, que cambian por completo las condiciones de la

(1) Trátase aquí del cuerpo de muerte, ó agente principal de muerte, de que hemos hablado hace un momento. San Crisóstomo entiende por *σῶμα θνητόν* el cuerpo cuya vida pasa con rapidez. Otros, el cuerpo condenado á muerte, muerto, en vez de decir con nosotros el cuerpo que mata. La recomendación de resistir á sus concupiscencias, parécenos que zanja la cuestión.

(2) Aunque los autores griegos toman *εργον* por un instrumento cualquiera, la Vulgata y muchos otros tienen quizás razón al traducirlo por arma. Tal es el sentido que tiene siempre en el N. T.: *II Cor.*, VI, 7; X, 4. Los miembros del cuerpo son, en su diversificación, otros tantos instrumentos ó armas al servicio de la perversa concupiscencia que quiere dominar en nosotros. Cuando Dios es el que gobierna estos miembros, son instrumentos ó armas que trabajan por el triunfo de la justicia y de la santidad.

lucha y aseguran la victoria á quien quiere obtenerla. La Ley hacía temblar; la gracia hace triunfar.

Esta nueva situación, que hace particularmente fácil la salvación, ¿no alentaré á las almas poco generosas para que abusen de la bondad divina? Tal es la otra objeción que el Apóstol se hace y que le da ocasión para emprender de nuevo y desarrollar, en términos más accesibles á todos, su teoría sobre las dos fuerzas enemigas que se disputan el gobierno de la vida moral del hombre.

«Pues ¿qué? ¿queríamos pecar ⁽¹⁾, porque no estamos bajo de la ley, sino bajo de la gracia? No lo permita Dios. ¿No sabéis que á quien os ofrecéis por siervos para obedecerle, sois siervos del mismo á quien obedecéis, ó del pecado para muerte ó de la obediencia para justicia ⁽²⁾? ¡Pero gracias á Dios que fuisteis siervos del pecado, mas habéis obedecido de corazón á aquella regla de doctrina ⁽³⁾ á que habéis sido entregados! Y libertados del pecado, habéis sido hechos siervos de la justicia. Cosa humana os digo ⁽⁴⁾ por la flaqueza de vuestra carne: así como para maldad ofrecisteis vuestros miembros, que sirviesen á la inmun-

(1) Hay que leer *ἀμαρτήσωμεν* en acristo de subjuntivo y no *ἀμαρτήσομεν* en futuro de indicativo, como lo llevan varios manuscritos.

(2) Las antítesis, *ἀμαρτίας, el pecado y ὑπακοῆς, la obediencia, θάνατος, la muerte, y δικαιοσύνη, la justicia*, están en el fondo de las ideas, pero no en las palabras. Para trazar el paralelismo, sería preciso, supliendo lo que falta decir: «Ora sea el pecado que conduce por la injusticia á la muerte, ora la obediencia que conduce por la justicia á la vida.» Inútil observar que de lo que aquí se trata es de la muerte y, paralelamente, de la vida del alma. La obediencia opuesta al pecado es, como lo indica la frase siguiente, el acto de fe y de amor por el cual se somete completamente el hombre á la voluntad de Dios, voluntad desconocida por el pecado.

(3) La manera como habla de este tipo ó exposición completa de doctrina, *τύπος διδαχῆς*, excluye toda doctrina judío-cristiana no conforme con su Evangelio, por lo cual estamos autorizados á rechazar la hipótesis de una intervención importante del judaísmo en la fundación de la Iglesia romana.

(4) Varios relacionan esta frase con lo que precede y suponen que el Apóstol se excusa de llamar *servidumbre* al estado del pecador justificado, estado que es, en realidad, una gloriosa libertad. Traducen, pues: «Os hablo según el lenguaje de los hombres, á causa de la debilidad de vuestra carne.» Pero la debilidad de la carne nada tiene que ver allí, donde hay que explicar el sentido de una palabra. Por lo contrario está muy indicada allí donde se trata de una regla de conducta que debe aceptarse y seguirse.

dicia y á la iniquidad para vivir sin ley ⁽¹⁾; así para santificación, ofreced ahora vuestros miembros, que sirvan á la justicia. Porque cuando erais siervos del pecado, fuisteis libres de la justicia. Y ¿qué fruto tuvisteis entonces ⁽²⁾? Cosas de que ahora os avergonzáis, pues el fin de ellas es muerte. Mas ahora que estáis libres del pecado, y que habéis sido hechos siervos de Dios tenéis por fruto la santificación, y por fin la vida eterna. Porque el salario ⁽³⁾ del pecado es la muerte; mas el don de Dios ⁽⁴⁾ es vida perdurable en nuestro Señor Jesucristo.»

Toda existencia humana debe conducir á uno de estos dos términos, precisamente porque no puede dispensarse de tomar una dirección, ó por mejor decir, de soportarla al seguir una influencia. Somos una actividad moral destinada á vivir al servicio del bien ó del mal, del pecado ó de la justicia, dos potencias adversas, que Pablo presenta como dos amos entre los cuales debe elegir el hombre. La elección se hace por una serie de actos que lo comprometen al servicio del uno ó del otro, y le hacen insensiblemente esclavo de aquel por quien opta. Jesús había dicho á los judíos: «El que hace pecado, esclavo es del pecado ⁽⁵⁾.» Es la misma tesis que desarrolla el Apóstol, tesis

(1) Tal es el sentido de *eis tēn áνομίαν*, para la vida sin Ley, como habían vivido en el paganismo.

(2) San Crisóstomo y muchos modernos colocan más abajo el signo de interrogación, y traducen: «¿Qué fruto habéis sacado de esos desórdenes de que ahora os avergonzáis?» Y se sobreentiende la respuesta: *Ninguno*, ó mejor, *un fruto que produce la muerte*. La frase prolongada así, pierde mucho de su vivacidad, y no distingue, como la siguiente su paralela, entre el *fruto* y el *fin*, que, no obstante, son cosas diferentes, pues el fruto es el resultado de la acción humana, y el fin es la sanción de la justicia divina.

(3) La expresión *τὰ δόματα* que, por su etimología, significa todo alimento que uno compra, *δύω* y *ώρέομαι*, se entendía del sueldo dado en especie ó en dinero á los hombres de armas. *Luc.*, III, 14; *Josefo*, *Antiq.*, XII, 2, 3; *I Mac.*, III, 28, etc. Como salario, ofrece el pecado á sus servidores la muerte. La traducción que hace de la muerte el castigo del pecado, ó su pena impuesta por Dios, no está aquí conforme con el pensamiento del Apóstol.

(4) Esta diferencia, intencionalmente señalada, entre *don* y *salario* autoriza á decir que, si el hombre se pierde, debe echarse la culpa únicamente á sí mismo; pero si se salva, se lo debe á Dios.

(5) *Juan*, VIII, 34. Es de notar que, aun cuando costea tan de cerca la enseñanza oral del Maestro, Pablo no da muestras de percatarse de ello. Sur-

cuya verdad es demostrada á todos por dolorosa y diaria experiencia. Una caída conduce á otra, y muy pronto el pecador se reduce á la más humillante servidumbre. En virtud de la misma ley que hace del hábito una segunda naturaleza, el hombre que se da al bien multiplicando sus actos de fidelidad á la voluntad de Dios, de tal modo se convierte en amigo de la justicia, que es también su esclavo, si puede uno hablar de esclavitud allí donde reina la santa libertad de los hijos de Dios. Los romanos conocían la triste servidumbre del pecado, y en toda su humillación, por cuanto vivían en la inmoralidad de la idolatría. De repente la sacudieron con ese entusiasmo del alma que, naturalmente cristiana, se siente nacida para el Evangelio, tan pronto como se le ofrece. Tan generoso movimiento hacia el bien no puede dejar de acentuarse. El reino de la gracia, no sólo no autoriza el pecado, sino que exige la fidelidad continua cada vez más perfecta al nuevo dueño que se ha elegido. ¡Qué cobardía supondría el hecho de querer servir á éste con menos celo que al otro al cual se ha renunciado, sobre todo después que se ha podido apreciar lo que puede esperarse de cada uno de ellos! El pecado reserva á sus servidores la vergüenza y la muerte; la obediencia ofrece, como don gracioso de Dios, la santidad y la vida. ¡Quién no se consideraría feliz de haber optado por la obediencia al Evangelio, forma perfecta de la única libertad que debe asegurar la grandeza y felicidad del hombre?

En efecto, el Evangelio, no sólo liberta de la servidumbre del pecado, sino también de la de la Ley, ya que ésta no podría hallar su razón de ser en la nueva economía religiosa. Después de incoar su proceso en varias ocasiones ⁽¹⁾ se dispone Pablo á terminarlo definitivamente; ya

ge aquí también el inquietante problema: ¿por qué la enseñanza directa de Jesús y la autoridad de esta enseñanza no encabezan las epístolas de los Apóstoles?

(1) Nos ha mostrado más arriba que la Ley no era necesaria para la justificación, que servía únicamente para convencer de pecado al hombre y para provocar sus infidelidades mejor que para reprimirlas.

que acaba de decir: «Ya no estáis sometidos á la Ley,» cree que debe demostrarlo.

«¿Por ventura ignoráis, hermanos—pues hablo con los que saben la ley ⁽¹⁾—que la ley tiene señorío sobre el hombre todo el tiempo que vive? Porque la mujer que está sujeta á marido, mientras que vive el marido atada está por la ley; mas cuando muere su marido, suelta queda de la ley del marido. Pues, si viviendo el marido, fuere hallada con otro hombre, será llamada adúltera; mas si muriere su marido, libre es de la ley del marido; de manera que no es adúltera si estuviere con otro marido. Así también vosotros, hermanos míos, muertos estáis á la ley por el cuerpo de Cristo ⁽²⁾, para que seáis de otro, del que resucitó de entre los muertos, á fin de que demos fruto á Dios. Porque mientras estábamos en la carne, los afectos de los pecados, que eran por la ley, obraban en nuestros miembros, para dar fruto á la muerte; mas ahora sueltos estamos de la ley, habiendo muerto para aquel que nos tenía esclavizados ⁽³⁾, para que sirvamos en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra.»

Como se ve, para demostrar que el discípulo del Evangelio queda libertado de la Ley mosaica, se apoya Pablo en la tesis que acaba de sentar, y dice: La ley no obliga ya al que viene á morir. Ahora bien, para regenerarse, debe

(1) Sin duda que se trata aquí de la ley general que rige el matrimonio en todos los pueblos; por eso no va el artículo delante de νόμον. Pero aun cuando se tratara de la ley mosaica, pudo decir Pablo á paganos convertidos que no la ignoraban. Sabido es que el Antiguo Testamento era leído en toda asamblea cristiana y suficientemente conocido para autorizar las numerosas citas que hacen de él las Epístolas. El argumento que se querría sacar de este paréntesis no prueba que la joven Iglesia romana estuviese compuesta en gran parte de judíos, como *Galat.*, IV 21, no autoriza á decir que los miembros de las Iglesias de Galacia eran hijos de Israel.

(2) El sentido de *θανάτωσθε τῷ νόμῳ* es que *sufrieron la muerte con respecto á la Ley*, y que la sufrieron á través del cuerpo, *διὰ τοῦ σώματος*, de Jesucristo inmolado por ellos y asido por la fe en el acto mismo de su sacrificio. Preciso es pasar por este cuerpo del Redentor para recibir la muerte saludable, la que hace renacer á otra vida.

(3) El autor sigue la lección *ἀποθανόντες*, prefiriéndola á las variantes *ἀποθανόντος*, admitida por la Poliglota de Vigouroux, y *τοῦ θανάτου*, adoptada por la Vulgata. — N. del T.

empezar el cristiano por aniquilar su vida antigua y empezar otra nueva. Por consiguiente, nada tiene de común con la Ley, la cual, en adelante, no es más que una vieja letra caducada. Sólo tomando su imagen de la unión conyugal, comparación particularmente exacta, pone el Apóstol de relieve su pensamiento. En su concepción alegórica la mujer es nosotros; el primer marido, la Ley; el segundo marido, elegido después de la muerte del otro, es Jesucristo. Se ha observado, no sin razón, que la comparación era defectuosa por cuanto, en la regeneración, no es la Ley la que muere, como el primer marido, sino el regenerado, lo que parece comprometer algo el paralelismo. Sin embargo, puede decirse que si, por el hecho mismo de la muerte del marido, la mujer se cree morir, ó, según la expresión del Apóstol ⁽¹⁾, se considera anulada, aniquilada como esposa, también, y por la misma reciprocidad, la muerte del hombre entraña la muerte relativa de la Ley. En todo caso, se ve claramente que el pensamiento del Apóstol es que la muerte, que rompe todo lazo entre el marido y la mujer, lo rompe igualmente entre la Ley y el hombre. Si se escoge la mujer con preferencia al hombre como ejemplo de la libertad asegurada por la muerte, es porque Pablo mira al segundo matrimonio, en el cual Jesucristo no puede hacer otro papel que el de esposo. ¡Llamamiento conmovedor á las almas oprimidas por el yugo del mal y de las pasiones carnales por las cuales ejerce su tiranía! Lejos de despreciarlas por su vergonzosa degradación, Jesús les ofrece la categoría de esposas con participación en su vida y en su gloria de Resucitado. ¿Qué necesidad de la Ley antigua tendrán en adelante, si son invitadas á participar de la santa libertad, de la gracia y espíritu de la nueva ley?

«Pues ¿qué diremos? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Mas yo no conocí al pecado, sino por la ley; porque no conocía la concupiscencia, si la ley no dijera: No codi-

(1) El verbo empleado, *κατήργηται*, que ya hemos encontrado, significa *ser reducido á la impotencia, ser abolido, aniquilado*.

ciarás. Y el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, obró en mí toda concupiscencia; porque, sin la ley, el pecado inherente á nuestra naturaleza estaba como muerto ⁽¹⁾. Y yo vivía sin ley en algún tiempo; mas cuando vino el mandamiento, revivió el pecado ⁽²⁾, y yo he sido muerto ⁽³⁾; y el mandamiento que debía serme para vida, fué hallado serme para muerte ⁽⁴⁾. Porque el pecado, tomando ocasión del mandamiento, me engañó y, por él me mató. Y así la ley en verdad es santa, y el mandamiento santo, y justo, y bueno. ¿Luego lo que es bueno se ha hecho muerte para mí? No por cierto. Sino que el pecado, para mostrarse pecado, engendró en mí la muerte por lo bueno; á fin que el pecado se haga sobremanera maligno por el mandamiento.»

Con razón hace Pablo justicia á la excelencia de la Ley en sí misma considerada. Un judío que, desde su infancia, había entonado el elogio de esta Thorá con la elocuencia inflamada del Salmista, ¿podía dispensarse de decir que el mandamiento de Dios era bueno, justo y santo en todos

(1) Añadimos al texto las palabras *inherente á nuestra naturaleza*, para precisar que se trata aquí del pecado de origen, orgullo, egoísmo, instinto de rebelión, muerto en apariencia hasta que la Ley no viene á despertarlo, pero cuya existencia en estado latente no es menos real. Preciso es, pues, atenuar la expresión *νεκρά* diciendo *como* muerto. Así se comprenderá el fondo mismo del pensamiento de Pablo, que no quiere negar la existencia del pecado, sino tan sólo su actividad, por cuanto muy pronto le muestra obrando.

(2) La expresión *ἀνέζηεν* significa exactamente *recobré vida*. El sentido que hemos intentado hacer pasar en nuestra traducción quiere decir que, saliendo de su estado latente ó de simple tendencia, ha revelado de repente el pecado su desastrosa vitalidad.

(3) Esto se refiere por modo general á la edad feliz de la infancia, en la que, al abrigo de las luchas morales, vive el hombre una vida apacible y de completa imitación en el seno de la familia, siguiendo, como por instinto, el ejemplo de padres virtuosos. Pero viene la hora en que se despiertan los sentidos; su conciencia moral se desarrolla; se acentúa el discernimiento del bien y del mal, y de repente se encuentra el hombre en presencia de una barrera, la Ley, que cree dirigir ó aun detener su actividad. El instinto perverso, egoísta, independiente, quiere vivir, y, en su triunfo, mata la armonía, la paz, la unión que existía entre el alma inocente y Dios.

(4) El resultado es extraño, por cuanto lo que había sido dado por Dios como medio de salvación, el precepto, ha sido una ocasión de muerte, y el verbo *ἐπέβη* expresa bien lo que la experiencia ha ofrecido como inesperado y sorprendente.

sus detalles, y que la luz, encendida á los pies de Israel para señalar su ruta, era en sí misma una bendición? Ciertamente que no. Pero como, de hecho, la luz no había conducido á la salvación, preciso era explicar su misión tan desgraciadamente modificada, ya que las apreciaciones formuladas hasta aquí sobre el efecto de la Ley podían parecer severas, sino paradójicas. Pablo va, pues, á precisar su pensamiento. No, la Ley no es la causa, sino la ocasión del pecado. Señala ella el deber, pero sin proporcionar la gracia para cumplirlo, como la antorcha indica el camino, sin dar la fuerza para seguirlo. Más todavía: al formular el deber, choca con un poder que ha tomado ya posesión del hombre, que vive en él en estado latente, verdad es, pero sin renunciar á sus derechos adquiridos: tal es la concupiscencia ó el pecado original. Al mandamiento que viene de Dios, responde ella: ¡No obedeceré! De aquí el conflicto. Así, el pecado, innato en el hombre, y que parecía muerto, muéstrase de súbito viviente, y con ocasión del mandamiento, mata á aquel á quien persuade que cierre los oídos y se rebele. Y le mata ¡oh malicia satánica! con el auxilio mismo que Dios le ofrecía para salvarse. No hay que atribuir, pues, á la Ley el pecado cometido, sino al malvado instinto que hay en nosotros y que nos lo hace cometer. De este instinto ó de esta concupiscencia original, nos trazará Pablo, con afligida y emocionada elocuencia, porque descansa en la más dolorosa experiencia del linaje humano, un cuadro vigoroso. Este análisis psicológico del hombre, repartido entre las dos influencias adversas que se disputan la dirección de su vida, influencias de las cuales el pecado original es la preponderante, sostenida como se halla por Satanás, rey del género humano vencido en Adán, es una de las más hermosas páginas de nuestra literatura sagrada.

La conclusión de lo que precede, sentando que no debemos culpar de nuestro pecado á la Ley, sino al principio malo que hay en nosotros, es desenvuelta así por Pablo:

«Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy

carnal ⁽¹⁾, vendido debajo del pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo ⁽²⁾; porque no hago lo bueno que quiero; mas lo malo que aborrezco, aquello hago. Y si lo que yo no quiero, aquello hago, apruebo la ley como buena. De manera que yo ya no obro aquello, sino el pecado que obra en mí. Porque sé que no mora en mí, esto es, en mi carne, lo bueno; porque el querer lo bueno, está en mí; mas no alcanzo cómo cumplirlo. Porque lo bueno que quiero, esto no lo hago; mas lo malo que no quiero, esto hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado, que mora en mí. Así queriendo yo hacer el bien, me hallo en el caso ⁽³⁾ de que el mal reside en mí; porque yo deleito en la ley de Dios, según el hombre interior ⁽⁴⁾; mas me veo ⁽⁵⁾ otra ley en mis miembros, que hace guerra á la ley de mi razón, y me lleva esclavo bajo la ley del pecado, que está en mis miembros. ¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librerá del cuerpo de esta muerte? Gracias sean dadas ⁽⁶⁾ á Dios por Jesucristo, nuestro Señor!»

(1) Los dos calificativos *πνευματικός* y *σαρκικός* deben explicarse el uno por el otro, por cuanto están en oposición. La Ley es espiritual, porque procede del Espíritu divino y porque se dirige al espíritu humano. El hombre es carnal, en razón de su naturaleza sensual y de las pasiones que engendra la carne.

(2) El verbo *γινώσκω*, que significa *conocer, comprender, saber*, es aquí felicisimamente empleado con la negación para señalar el estado penoso del alma, turtada y ciega, que no se da cuenta por adelantado de lo que va á hacer, y que, aun obrando, no dicierne lo que hace.

(3) Parece evidente que, con la palabra *νόμον*, apunta Pablo á la situación moral, al modo de existencia en que se halla, pero no en modo alguno á una ley positiva cualquiera. En este mismo sentido se dice *la ley del pecado, de la fe, de las obras*, etc.

(4) Este *hombre interior* es el mismo que, en nosotros, gusta de lo verdadero y de lo bueno, y lo ilumina con la luz de la recta conciencia, en tanto que el hombre *exterior* es el que vive para los sentidos. Las dos expresiones *νοῦς* y *σὰρξ* designan igualmente estas dos partes del ser humano.

(5) No sólo siente esta ley, sino que la *ve*, *βλέπω*, como un enemigo *en armas*, que ha dispuesto sus fuerzas, que son los sentidos y la carne, en *orden de batalla*, *ἀντιστρατεύμενον*, y que ha echado sus lazos sobre el que tiene prisionero, *αἰχμαλωτίζοντα*.

(6) Varios manuscritos llevan, en vez de una exclamación, la respuesta á la pregunta que precede. Habiendo dicho Pablo: «¿Quién me librerá?» responde: «ἡ χάρις τοῦ Θεοῦ, la gracia de Dios.» Pero esta lección no es la más autorizada. Tampoco lo es la que lleva *εὐχαριστῶ τῷ Θεῷ*. Lo que conviene aquí es un grito de emocionada gratitud. Sin explicar categóricamente la

La filosofía pagana había comprobado esta presencia de dos hombres en nosotros, y consignado en versos célebres los poetas sus dolorosas confesiones ⁽¹⁾. Es la vieja herida de la humanidad. ¿Cómo hubieran podido ignorarla? Pero ¡cuán lejos están de la elocuente energía con que Pablo, no sólo la analiza, sino que la denuncia y la flagela! ¡Qué distancia entre la palabra fría y casi escéptica de la sabiduría antigua y la intensidad de emoción que el sentimiento religioso presta aquí al Apóstol! ¡Cómo se siente prisionero, á pesar suyo, de la carne y del pecado, y cómo su grito doloroso expresa la desesperación y la desdicha de la humanidad, esclava de los sentidos y víctima de un mal hereditario! ¿Dónde está la mano libertadora que liberte ⁽²⁾ al cautivo de las cadenas del tirano? Éste tomó posesión de su víctima en el instante mismo en que fué concebida en las entrañas de una mujer, y, lejos de renunciar á sus derechos sobre ella, la sujeta cada vez con más dureza á la ley de muerte que trabaja los miembros. Á este llamamiento de la desesperación, que resume el prolongado é inútil gemido de las almas á través de los siglos, responde triunfalmente Pablo con un grito de acción de gracias breve y súbito, que contrasta con el silencio impotente de la filosofía y de las religiones antiguas. Su aclamación al Libertador es el canto de victoria del esclavo libertado. Antes de comentarlo, y

respuesta, la deja amorosamente entrever. Por otra parte, habiéndola expuesto por adelantado, se propone volver á ello.

(1) Jenofonte, *Cyrop.*, VI, 1, reflejando quizás una enseñanza de Platón, hace decir á Arasco que tiene dos almas: δύο γὰρ σαφῶς ἔχω ψυχάς, y da por razón que, si sólo tuviese una, no podría á la vez ser bueno y malo, amante simultáneamente del bien y del mal, queriendo y no queriendo al mismo tiempo. Epicteto, *Euchir.*, II, 26, se acerca por completo al lenguaje de Pablo: ἐπεὶ ὁ ἀμαρτάνων οὐ θέλει ἀμαρτάνειν ἀλλὰ κατορθῶσαι, δῆλον ὅτι ὁ μὲν θέλει οὐ ποιεῖ, καὶ ὁ μὴ θέλει ποιεῖ. Séneca, *Hippol.*, 604, hace decir á Fedra: «Vos testor, omnes coelites, hoc quod volo, me nolle.» Plauto, *Trinummus*, III, 2, 31, pone en boca de Lesbónico este verso: «Sciebam ut esse me deceret, facere non quibam miser.» Pero Ovidio, *Metam.*, VII, 19, es el que mejor ha precisado este conflicto de los dos hombres en nosotros: «Sed trahit invitam nova vis—exclama Medea—aliudque cupido, mens aliud suadet: video meliora proboque, deteriora sequor.»

(2) El verbo *λύομαι* ha sido elegido para caracterizar el acto enérgico del vencedor que quebranta los hierros del cautivo.

como transición lógica, le es preciso resumir la situación moral de todo hombre fuera de Jesucristo. Así pondrá más vivamente de relieve lo que el linaje humano debe á su Redentor.

«Sí, reducido á mis propias fuerzas ⁽¹⁾, tal es mi condición: con el espíritu sirvo á la ley de Dios, y con la carne á la ley del pecado.»

Como hasta el presente, ésta es el que ha prevalecido contra la otra, evidente es que la miseria humana quedaría privada de esperanza, si no interviniese un Salvador. Ahora bien, felicísimamente ha intervenido este Salvador. Á El es á quien Pablo dirige su entusiasta himno gratulatorio; de El es la obra reparadora que va á exponer.

«Mas ahora—añade dejando que desborde la ola de felicidad y reconocimiento que inunda su alma,—nada de condenación tienen los que están en Jesucristo ⁽²⁾, los cuales no andan según la carne, porque la ley del Espíritu de vida en Jesucristo me libró de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible á la ley, en cuanto era debilitada por la carne, lo ha obrado Dios enviando á su propio Hijo ⁽³⁾ revestido, á causa del pecado, de una carne semejante á la del pecado ⁽⁴⁾. Así condenó al pecado ⁽⁵⁾ en la carne, para que la justificación exigida por la

(1) Es decir, fuera de la intervención de un libertador. Tal parece ser el sentido de *αὐτὸς ἑγώ*, que algunos traducen por *yo, un solo y mismo hombre*.

(2) Parece que estas palabras precisan bien el sentido que hemos dado á *αὐτὸς ἑγώ*, oponiendo al *hombre en Jesucristo* el *hombre reducido á sí mismo*.

(3) Con la expresión *τὸν ἑαυτοῦ υἱόν*, quiere Pablo poner de relieve el gran amor de Dios, que encarga á su *propio Hijo* que venga á hacer lo que su Ley no ha podido realizar. El Hijo ha salido, en efecto, del seno del Padre para llevar á cabo esta obra. *Juan*, I, 18; *Filip.*, II, 6.

(4) El texto dice exactamente: *en la semejanza de carne de pecado, ἐν ὁμοιωματι σαρκὸς αμαρτίας*. Jesús ha tomado una carne real y accesible, como la nuestra, al dolor y al placer, experimentando las mismas necesidades y las mismas sensaciones honestas. De aquí *la semejanza*. Pero esta semejanza no ha sido la identidad absoluta, porque la voluntad ha podido experimentar siempre, y ha experimentado, las diversas emociones de esta carne absolutamente pura bajo el imperio de la ley y en la santidad perfecta del deber cumplido.

(5) Varios, como San Crisóstomo, toman el verbo *κατέκρινεν* en el sentido de *ha vencido*. Pero así no se agota toda su significación, porque aquél entraña un juicio seguido de ejecución. Más generalmente se traduce por *ha condenado*. Y no solamente ha acabado con el pecado por su muerte en la cruz,

ley se cumpliera en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el espíritu ⁽¹⁾. Porque los que son según la carne, saborean las cosas ⁽²⁾ de la carne; mas los que son según el Espíritu, saborean las cosas que son del Espíritu. Porque la aspiración de la carne es muerte; mas la aspiración del Espíritu es vida y paz; porque la aspiración de la carne es enemiga de Dios, puesto que no está sujeta á la ley de Dios, ni tampoco puede. Así, los que viven según la carne, no pueden agradar á Dios. Y vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu; si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros ⁽³⁾. Mas el que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de él. Y si Cristo está en vosotros, el cuerpo verdaderamente está sujeto á la muerte ⁽⁴⁾ por el pecado, mas el espíritu vive por la justicia. Y si el Espíritu de aquel que despertó á Jesús de entre los muertos mora en vosotros, el que despertó á Cristo ⁽⁵⁾ de

sino también por su vida indefectiblemente pura é inaccesible á la apariencia misma del mal.

(1) La palabra *πνεῦμα*, parece tomada, en todo la exposición que va á seguir, para designar ora el Espíritu Santo, ora la vida espiritual del cristiano. La razón es que la realidad de ésta supone siempre la presencia y la acción de Aquel.

(2) El verbo *φρονεῖν*, que significa el acto por el cual piensa y juzga el hombre, se entiende también de la dirección sostenida que da á su pensamiento hacia un objeto. Este es aquí el caso. Comp. *Filip.*, III, 19; *Col.*, III, 2. De aquí el sentido de *φρόνημα*, lo que uno da vueltas en su espíritu, convirtiéndose en inquietud apasionada.

(3) Con esta restricción, *εἰς*, que nada tiene de molesta, ya que supone que el Espíritu habita en aquellos á quienes se dirige, invita á procurar que así sea.

(4) Con razón se dice en el texto que el cuerpo *está muerto*, *νεκρόν*, y la energía de esta expresión se explica, así por el elemento malo inherente á este cuerpo y productor de la muerte en todo hombre, como por la condenación que pesa fatalmente sobre él, condenación que uno puede ver por adelantado como se realiza. San Agustín señaló la trascendencia de este calificativo al decir: «*Conditioni mortis obnoxium.*»

(5) Es muy notable que Pablo hable, en esta misma frase, primeramente de Jesús resucitado y luego de Cristo resucitado. Como el nombre de Jesús es el de la persona, y el de Cristo el de la función, síguese que Jesús resucitado garantiza, en cuanto hombre, la posibilidad, y, en cuanto Cristo mediador, la certeza de nuestra resurrección. También dice con intención el Apóstol que Jesucristo fué *despertado* de entre los muertos, mientras que nosotros recibiremos una segunda vida. Su cuerpo no hizo otra cosa que dormirse, y no sufrió la descomposición; basta que alguien le despierte, *ἐγεί-*

entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.»

He aquí, pues, cómo se desarrollará la nueva vida adquirida por el acto de fe que nos comunica el Espíritu mismo de Jesucristo. Mientras que, sometido al principio malo, á las ardientes codicias del yo carnal, á los arrebatos de la orgullosa rebelión, se aleja progresivamente de Dios el pecador, acentúa su odio contra Él, rechaza su yugo y llega, por último, á la muerte final é irremediable; el fiel, experimentando la acción de la gracia, aspira á unirse con este mismo Dios cuyo Espíritu ha recibido por Jesucristo. Este movimiento hacia el Creador le hace tratar en su justo valor y mantener en su verdadera misión á las criaturas. Á medida que se eleva así en la esfera de la vida real, se abre su alma al conjunto de las virtudes que practica, y feliz porque se siente en el orden, gusta la paz ó la tranquilidad que es el fruto de este orden. Finalmente, como último resultado de la santidad del alma, anuncia el Apóstol la supresión de la misma muerte física. Nuestros cuerpos convertidos, de carne de pecado que eran, en templos del Espíritu Santo, serán tratados por Dios como ha tratado el cuerpo de su propio Hijo. Con razón, pues, exclama Pablo: «¡Para los que están en Jesucristo, no hay condenación!» Al término de la regeneración, ya no habrá rastro de pecado, y la misma muerte física, no obstante perseguir aquí bajo el castigo de la culpa primera en la especie humana, verá cesar su imperio sobre el individuo, tan pronto como, creyendo y libertado por el Espíritu divino en la unión con Jesucristo, esté maduro para la gloria⁽¹⁾.

Como la teoría, por sublimes que sean sus términos, no es útil sino á condición de no perder de vista la práctica, apresúrase Pablo á observar que esta transformación del hombre carnal en hombre espiritual, con todas las consecuencias que entraña, no se verifica sin la enérgica coope-

^{παντος}. En cuanto á nosotros, como nuestro cuerpo deberá ser reconstituido, habrá necesidad de que alguien nos *haga vivientes*, ζωοποιήσει.

(1) Pablo había expuesto esta tesis en *I Cor.*, XV, 12 y sig.

ración de nuestra voluntad á la acción del Espíritu Santo. El Espíritu nos da fuerzas para matar al hombre viejo; pero nos impone la obligación de matarlo nosotros mismos. Así es como obtenemos el título de hijos y herederos de Dios.

«Por tanto, hermanos, somos deudores ⁽¹⁾, mas no á la carne, para que vivamos según la carne ⁽²⁾. Porque si vivieris según la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hicieréis morir los hechos de la carne, viviréis ⁽³⁾. Porque todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el Espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción ⁽⁴⁾ de hijos, por el cual clamamos: Abba ⁽⁵⁾ (Padre). Porque el mismo Espíritu da

(1) Una vez más parece que se olvida Pablo de terminar su frase para pasar bruscamente á la idea que le domina. En nuestra traducción hemos intentado dulcificar la laguna. Llevando el texto: «siendo nosotros deudores no á la carne», estamos en el derecho de esperar que diga: «sino por el espíritu». El Apóstol continúa en el versículo siguiente como si lo hubiese dicho.

(2) La palabra *ὀφειλέται* significa exactamente *deudores*. El hombre carnal tiene el derecho de imaginarse que debe satisfacer á su cuerpo en sus múltiples exigencias, aun en las menos legítimas. Es esa una deuda que no se puede ni admitir ni saldar.

(3) Á medida que disminuye el imperio de la carne, se afirma [y se extiende el del espíritu. Matar al hombre viejo, es abrir paso al nuevo; por consiguiente, realizar la vida nueva.

(4) El espíritu de adopción, *πνεῦμα υιοθεσίας*, es la disposición interior por medio de la cual se ve colocado el cristiano en la categoría de hijo adoptivo por Dios, y se presenta como tal ante Dios, colocándose al lado del Hijo único, que es hijo por esencia; y atreviéndose con Él á lanzar al cielo el grito del amor filial: «¡Padre!»

(5) Sabido es que la palabra siriaca *Abba*, derivada del hebreo *Ab*, y significando *Padre*, es la que oímos en labios de Jesús presa de la angustia de Getsemaní, y cosa singular, *Marc.*, XIV, 36, la hace seguir, como Pablo aquí, y *Galat.*, IV, 6, de la palabra *πατήρ*. ¿Por qué esto? ¿Es una traducción del Evangelio en vista de los lectores griegos? Pero, además de que casi no vemos que Pablo se ocupe en traducir otras locuciones arameas, *Maranatha*, por ejemplo, *I Cor.*, XVI, 22, es sorprendente que ni él ni Marcos añadiesen la fórmula explicativa, *τοῦτ' ἔστιν*. Por otra parte, ¿soporta una plegaria una explicación de palabras? Si observamos que Jesús, en *Marc.*, XVI, 36, pronuncia estas palabras en una viva emoción moral, quizás nadie halle sorprendente que, como hablaba indiferentemente el arameo y el griego, llamase en una y otra lengua al Dios del cielo, que no le escuchaba. Y aun quizás empezaba Él así sus oraciones, siendo *Abba* la invocación más familiar, por cuanto pertenecía al lenguaje del pueblo, y *πατήρ* la más solemne; ó también porque *Abba* se había convertido en una especie de nombre

testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo; con tal que padezcamos con él, para que seamos también glorificados con él.»

Ser adoptados por Dios, he ahí, pues, lo que nos vale la acción del Espíritu en nosotros y nuestra fidelidad en seguir su impulso. Esta adopción no es un nombre vano, sino la más consoladora realidad. Según la expresión empleada por Pablo, somos elevados á la categoría de hijos, hechos hijos, con poder para decir á Dios: «¡Padre!», y oyendo en nosotros su voz que nos responde por el Espíritu: «¡Hijos míos!» Esta adopción es una gracia que supera á toda gratitud y á toda admiración, por cuanto nos proporciona el derecho á la herencia misma de Jesucristo. Ahora bien, esta herencia es Dios mismo dándose á sus hijos y constituyéndose todo en todos, no sólo en la eternidad, sino aun desde esta vida. Sin comprender lo que tiene de misteriosamente real este don de Dios á los hijos convertidos en herederos, basta ver las relaciones en que Jesús, jefe de la nueva humanidad, ha vivido con su Padre. Estamos llamados á gozar del mismo privilegio que Él. Su herencia está abierta á todos los que quieren tener parte en ella. Pablo indica el precio que nos costará la inscripción como hermanos y coherederos de Jesucristo. Es preciso sufrir con él. ¿De qué sufrimientos puede tratarse aquí? De los que conoció Jesús, de los que impone á toda existencia terrena la vida presente, llena de dolores morales y físicos: dolores que viene á aumentar la persecución, siempre activa contra los discípulos del Evangelio. Con el Maestro, deben beber generosamente los discípulos la copa de la prueba. Así se inscribirán entre los que quieren colocarse á su lado en la felicidad y en la gloria del nuevo reino.

propio, al cual se añadía la palabra *padre* como calificativo. Los discípulos quizás continuaron usando respetuosamente la fórmula del Maestro, que, por otra parte, como lo observaron San Agustín, San Anselmo y otros, recordaba felicisimamente que Dios era Padre de los gentiles lo mismo que de los judíos.

«Porque entiendo que no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera, que se manifestará para nosotros ⁽¹⁾. Porque, atenta y ansiosamente ⁽²⁾, la criatura ⁽³⁾ espera la manifestación de los hijos de Dios. Porque la criatura está sujeta á la vanidad ⁽⁴⁾, no de su grado, sino por aquel ⁽⁵⁾, que la sometió con esperanza de que la misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupción, y gozará de la libertad gloriosa ⁽⁶⁾ de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen ⁽⁷⁾, y

(1) El texto lleva *eis hēmās*, porque esta manifestación tendrá lugar no sólo en nosotros, sino *para* nosotros. En efecto, había la aparición de la gloria de Dios y de sus obras que se producirá fuera de nosotros, pero para nuestra alegría y nuestra dicha.

(2) Todo esto está contenido en esta palabra de tan interesante descomposición, *ἀποκαρδοκία*, que sólo encontramos otra vez, *Filip.*, I, 20, en Pablo. Josefo, *B. J.*, III, 7, 26, se sirve del verbo *ἀποκαρδοκεῖν* para describir su propia actitud cuando considera desde lo alto de los muros de Jotapa la lluvia de tiros lanzados durante el asalto. Las tres palabras: *ἀπό*, *de lejos ó de lo alto*, *τὸ κῆρα*, *la cabeza*, y *δοκέω*, *yo observo*, *yo espío*, evocan la imagen de alguien que yergue y alarga la cabeza para vigilar lo que va á suceder. El verbo *ἀπεκδέχεται* acaba el cuadro representando la creación que tiende las manos al propio que la mirada, sin cansarse, para obtener, por fin, lo que constituye el objeto de sus más ardientes deseos.

(3) Si la palabra *κτίσις*, significa á veces el acto creador, *Rom.*, I, 20, entendiéndose con más frecuencia, *Marc.*, X, 6; XIII, 19; *II Pedro*, III, 4, etc., como *κτίσμα*, de la misma obra creada, y á menudo indica el contexto que designa únicamente una parte de la creación. Este es aquí el caso, ya que, por el vers. 20, quedan excluidos los ángeles buenos ó malos, y por el 19, 21 y 23, los hombres, creyentes ó no. Desde que el texto nos pone en presencia de seres sujetos á la vanidad sin su consentimiento, no hay que pensar en criaturas racionales. Trátase, pues, aquí de la naturaleza con exclusión del hombre, como *Sabiduría*, XVI, 24; XIX, 6; de la naturaleza maldecida después de la caída del hombre, *Gén.*, III, 17, 18.

(4) La palabra *ματαιότης* se entiende del estado de inconsistencia, de caducidad, de falsedad, y también de desorden ó de insania que caracteriza á alguien ó alguna cosa. Aplicada á la creación, exceptuado el hombre, denuncia el aspecto triste por el cual nos deja ver que ella está en la servidumbre de la corrupción, como lo explica el final de la frase.

(5) Por *ὑποτάξαντα*, *el que sujetó*, entienden los unos á Dios, que pronunció la sentencia de maldición, *Gén.*, III, 17; otros, Adán, ó aún Satanás. El papel activo del que ha sujetado parece que sólo puede ser atribuido á Dios, á menos que se quiera ver en el acto de Adán haciendo servir la creación á su pecado, ó en el triunfo de Satanás abusando de esta misma creación, la sujeción de las criaturas al mal.

(6) Habiendo recobrado el derecho de desenvolver toda su vida, puesto que el hombre regenerado no abusará ya de ella, será llamada á concurrir á la dicha de los que, en su estado glorioso, gocen de su bondad y de su belleza.

(7) Los verbos *συστηνέσθαι* y *συνωδίνει* indican, por la preposición *σύν*, que

están de parto hasta ahora. Y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu ⁽¹⁾, aun nosotros gemimos dentro de nosotros, esperando la adopción de hijos de Dios, esto es, la redención de nuestro cuerpo. Porque hasta ahora en la esperanza hemos sido hechos salvos. Pues la esperanza de lo que se ve, no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Y si lo que no vemos esperamos, por paciencia lo esperamos.»

Así dirige el Apóstol la mirada de los fieles hacia esta vida gloriosa, que en lo por venir será el completo desarrollo de la obra redentora de Jesucristo en nosotros. Es la última palabra de su magnífica tesis, y la pronuncia con una emoción particularmente sugestiva. El resultado del pecado se ve en todas partes. La misma naturaleza lleva el sello de él, porque deja ver cierta perturbación en sus armonías, cierta desfiguración en su belleza, cierta tristeza en su sonrisa; ostenta el desorden en el orden. El Apóstol ve en ello la obra de alguien, la obra de Dios ó de Satanás, que la ha herido, aunque era irresponsable, para alcanzar al hombre pecador. El día en que el hombre sea regenerado, recobrará la naturaleza el esplendor, la alegría, la bondad perfecta que el plan divino quiere en ella. Tendrá su parte en la palingenesia futura, y si bien privada de inteligencia, parece que alimenta esa viva esperanza de verse libre un día del yugo de la corrupción y del pecado. Un suspiro, ó mejor, un gemido universal revela en su seno el doloroso alumbramiento que espera y al cual concurre con todos sus esfuerzos. Este alumbramiento tendrá definitivamente lugar el día en que el hombre rehabilitado entre en la gloria. Entonces será también ella transformada, y, convertida de nuevo en paraíso del género humano divinamente restaurado, se desarrollará en to-

todos los seres de la creación concurren á este gemido y á este trabajo de alumbramiento.

(1) Por τὴν ἀρχὴν τοῦ πνεύματος hay que entender los primeros dones que el Espíritu Santo confiere á los regenerados, dones que son una cantidad á cuenta sobre la que reserva á los fieles glorificados; en otros términos, las primicias de la cosecha que se recogerá en la eternidad.

da su bondad y belleza. El cuerpo del cristiano tendrá al propio tiempo su completa libertad; la espera, y por eso los fieles se asocian á ese gemido universal de la naturaleza. En sí mismos tienen algo que, no obstante la intervención del Espíritu Santo, no ha entrado plenamente en el nuevo orden de cosas; este algo es el cuerpo. Este cuerpo aspira á ser libertado de las miserias de la vida presente y á brillar con el esplendor de la belleza y de la gloria que el alma santificada deberá comunicarle cuando el hombre haya alcanzado definitivamente su destino final y bienaventurado. Todo esto está por venir. Esta idea le hace suspirar interiormente. Pero su esperanza firme y autorizada triunfa de esta impresión de tristeza. Con fe constante espera la realización de las promesas divinas.

«Y asimismo el Espíritu ayuda también á nuestra flaqueza ⁽¹⁾; porque no sabemos lo que tenemos de pedir, ni como conviene; mas el mismo Espíritu está allí supliendo por nosotros ⁽²⁾ con gemidos inefables ⁽³⁾. Y el que escudriña los corazones, sabe lo que desea el Espíritu, porque él según Dios pide por los santos.»

Así, no sólo la naturaleza y el hombre suspiran por la renovación futura; también el Espíritu que, mejor que nosotros, contempla el ideal que ha de realizarse, tiene sus aspiraciones divinas, y las formula en la hora misma en que parece que desfallecemos. Cuando el alma, turbada por el golpe de la prueba, parece que, en su tristeza, no ve ya adonde encaminarse; cuando exclama con el Maestro: «Y ahora, ¿qué diré? ⁽⁴⁾», interviene el Espíritu y habla por nosotros. No podríamos nosotros comprender

(1) La constancia del creyente puede sufrir desfallecimientos al peso de la prueba ó en la energía de la oración. Esto es lo que Pablo designa con el nombre de *ἀσθενεία*. El espíritu toma la carga del que se doblega, *συναρτιλαμβάνεται*, y la lleva en su lugar, según la encantadora expresión que es fácil de descomponer.

(2) Todo esto se contiene en una de esas felices palabras que posee únicamente la lengua griega, *ὑπερεντυγχάνει*: se halla, *τυγχάνει*, en el punto deseado, *én*, y en nuestro favor, *ὑπέρ*.

(3) Varios traducen *ἀλαλήτοις* por *mudos*, es decir completamente interiores.

(4) *Juan*, XII, 27

todo lo que hay en sus suspiros de súplica divina; pero Dios penetra, por decirlo así, su sentido, tanto más cuanto responden á lo que desea para sus elegidos. En efecto, estos suspiros terrenales han sido provocados de antemano por el decreto del cielo.

«Y sabemos también que á los que aman á Dios, todas las cosas les contribuyen al bien, á aquellos que según su decreto dado de antemano ⁽¹⁾, son llamados. Porque los que conoció en su presciencia, á estos también predestinó para ser hechos conformes á la imagen ⁽²⁾ de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y á los que predestinó, á estos también llamó ⁽³⁾; y á los que llamó, á estos también justificó; y á los que justificó, á estos también glorificó.»

He ahí, pues, el admirable resumen del plan divino. El decreto de Dios nada tiene de arbitrario, ya que se funda en el conocimiento anticipado de aquellos á quienes quiere llamar. La sabiduría corre así parejas con el amor. Ante

(1) La palabra *πρόθεσις*, tesis hecha de antemano, ó plan trazado previamente, significa, á menos de indicación especial, como *Hechos*, XI, 23, el plan providencial sobre la humanidad. Si no es imposible entender la palabra de antemano como si la decisión de Dios hubiese sido tomada antes de la elección en el tiempo y porque Dios prevé en los individuos las disposiciones requeridas para aceptar la salvación, no es menos cierto que el pensamiento de Pablo, en muchos otros pasajes, parece absolutamente, diferente. Para él, Dios nos eligió antes de la creación del mundo, *Efes.*, I, 4; el asunto de nuestra salvación era un misterio mantenido en secreto desde la eternidad, *Rom.*, XVI, 25; desde los siglos, *Efes.*, III, 9, y decretado antes de los siglos, *I Cor.*, II, 7, en el sentido de que, no sólo Dios había reglamentado las condiciones de la salvación, sino que veía á los que las cumplirían.

(2) Con estas palabras *συμμόρφους τῆς εἰκόνος*, nos da el Apóstol la idea sublime del plan divino. Habiendo el Hijo de Dios revestido y glorificado nuestra humanidad, convirtiéndose en el modelo admirablemente hermoso de la familia en que pensaban la santidad y bondad del Padre. El decreto de este Padre exige la constitución de esta familia. Todo lo puso, pues, por obra para lograr este fin. El Hijo y el Espíritu Santo trabajan en crear la semejanza con la imagen ideal que ama el Padre; y su éxito final será el triunfo eterno del género humano.

(3) Sabemos, *Mat.*, XXII, 14, que todos los llamados no son elegidos. Hay, pues, llamamientos divinos que no surten efecto, por cuanto, merced á su libertad, puede siempre el hombre declinar la invitación divina. Con todo, aquí, y siempre en sus Epístolas, considera Pablo, que los llamados, *κλητοί*, responden al llamamiento, por cuanto están en la Iglesia.

todo discierne las disposiciones favorables ⁽¹⁾ de los que llamará; con este discernimiento, no suprime la libertad humana, pero prevé ó ve el feliz ejercicio de la misma, ya que ver ó prever es lo mismo para el que vive fuera del tiempo. Como consecuencia de la aceptación del llamamiento, para los que ha predestinado después de conocerlos individualmente, decreta Dios la justificación, que no hay que distinguir de la santificación. Quiere que los predestinados revistan la semejanza del Hijo primogénito de la familia, en la vida presente, por la completa floración de las virtudes que este Hijo ha practicado, y, en la vida futura, por la participación en su gloria celestial. He ahí el pensamiento divino; todo lo que acontezca deberá concurrir á su última realización.

«¿Qué diremos después de esto?—exclama triunfalmente el Apóstol.—Si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nosotros? El que aun á su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo benévolo no nos donará también con él ⁽²⁾ todas las cosas? ¿Quién pondrá acusación contra los escogidos de Dios? ¿Sería Dios que justifica ⁽³⁾? ¿Quién es el que condenará? ¿Sería Jesucristo que murió, antes el que resucitó, el que está á la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros ⁽⁴⁾? Pues, ¿quién

(1) Esto es lo que dice el verbo *προέγνω*.

(2) No sin intención emplea Pablo aquí la expresión *χαρίσεται*, que significa, no sólo *dar*, sino *dar por benevolencia*. Por otra parte, añade: *No ahorro su propio Hijo, οὐκ ἐπέτατο, sino que lo entregó, ἀλλὰ παρέδωκεν*, para dar á entender lo que debió costar á su corazón de Padre, ya que este Hijo no era un hijo adoptivo, un hombre creado para una misión cualquiera, sino *su propio Hijo, τοῦ ἰδίου υἱοῦ*. Después de semejante sacrificio, dar todo lo que se quiera, no podrá tener nada de doloroso. Siguiendo el movimiento natural de su caridad es como Dios se determinará á continuar la historia de sus misericordias.

(3) En este pasaje, en el cual parece que Pablo tiene presente á *Isaías*, L, 8-3, suprimen varios la interrogación y leen: «Pero Dios es el que justifica.» Pregúntanse si es posible, aún por simple suposición, transformar á Dios en acusador, y, sobre todo, precisar ante quien formularía su acusación. Por grande que sea la dificultad que se encuentre, la interrogación se impone por lo que sigue: «¿Sería la tribulación etc.?»

(4) Las palabras *ὑπὲρ ἡμῶν* que terminan la frase deben aplicarse á cada uno de los miembros que la constituyen. La muerte, la resurrección, el oficio de Jesucristo, rey é intercesor en el cielo, son para los elegidos otros

nos separará del amor de Cristo ⁽¹⁾? ¿será acaso la tribulación, ó angustia, ó persecución, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó espada? (Así como está escrito ⁽²⁾: Porque por ti somos entregados á la muerte á todas horas del día, somos reputados como oveja para el matadero.) No, mas en todas estas cosas vencemos ⁽³⁾ por aquel que nos amó. Por lo cual estoy cierto que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni las dominaciones, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la altura, ni la profundidad, ni una nueva creación ⁽⁴⁾ nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo, Señor nuestro.»

Hermoso campo de victoria es esté, y con razón decía

tantos motivos para no temer la sentencia del único autorizado para juzgar. *Juan*, V, 27; *Hechos*, X, 42, etc.

(1) Algunos limitan el sentido de *τῆς ἀγάπης τοῦ Χριστοῦ*, al amor que Cristo nos profesa, y, de hecho, en los versículos siguientes, 37 y 39, de este amor es del que se habla. Sin embargo, como los adversarios que podrían suprimirlo son enumerados teniendo en cuenta al hombre y no á Cristo, parece más correcto referir este amor al lazo que la caridad divina crea entre nosotros y Jesucristo. Su amor produce ó impone el nuestro, *II Cor.*, V, 14, y el Apóstol da á la expresión *τῆς ἀγάπης τοῦ Χριστοῦ* el doble sentido que admite.

(2) *Salmo* XLIII, 22, citado exactamente según los Setenta. Se trata de los judíos muertos en un momento de persecución después del destierro, persecución que profetiza la del futuro pueblo de Dios. La matanza dura *de un extremo del día á otro, col hayyom*, pero no es de todos los días. Comp. para esta expresión *Exodo*, X, 13; *I Reyes*, XIX, 24, etc.

(3) El verbo *ὑπερνικῶμεν* supone algo más que una simple victoria, pues significa *somos vencedores y más allá*, ya porque después de la victoria no siente uno agotadas sus fuerzas, hasta el punto de que podría vencer enemigos más fuertes aún, ya porque esta victoria, sin debilitar al vencedor, exalta su entusiasmo y hace exuberante la alegría de su triunfo.

(4) Las fuerzas que Pablo enumera proceden por dos, cada una de las cuales es la opuesta de la otra: Así, muerte y vida, presente y porvenir, etc. Hay, que admitir que en el segundo grupo, ya por Ángeles, ya por Dominaciones, quiso designar Pablo espíritus malignos. Comp. para *Ángeles* tomados en este sentido *I Cor.*, IV, 9, y VI, 3; y para *Dominaciones*, *I Cor.*, XV, 24; *Efes.*, VI, 12; *Colos.*, 11, 15. Las Potencias, *δυνάμεις*, intercaladas en ciertos manuscritos después de las Dominaciones, y por otros después de lo por venir, son, como las Soberanías, *ἐξουσίαι*, una interpolación que rompe la armonía. La altura, *ὕψωμα*, parece ser el cielo antes que la grandeza humana, y la profundidad, *βάθος*, es el abismo del infierno. La *κρίσις ἑτέρα*, y no *ἄλλη*, abarca todos los seres posibles y se traduce quizás mejor por *creación* que por *nuevas criaturas*. Pablo quiere decir que ni siquiera un mundo nuevo le arrebataría el amor que le profesa Jesucristo y el que él siente por el Redentor.

Erasmo que la elocuencia de Cicerón jamás halló acentos más felices. El grito del alma cristiana enlazada con Dios por la fe, sostenida por la esperanza, inflamada por el amor, estalla con tanta emoción, que, á través de los siglos, debía conmover innumerables corazones y transformar numerosas existencias. Sin duda que el Apóstol revela aquí sus impresiones personales, sus disposiciones íntimas, su vida religiosa; pero nada hay en ese grito de amor que no pueda, que no deba repetir un verdadero discípulo de Jesucristo. La certeza de la salvación comunica todos los entusiasmos y todos los alientos, y nos autoriza á desafiar con altivez al mundo á que perturbe nuestra dicha. ¿Qué puede temer el hombre si tiene de su parte á Dios? El Dios que, después de haber resuelto salvarle á toda costa, tomó la iniciativa de su justificación dándole por Redentor el mismo Hijo salido de su seno, ¿podría no querer ya la redención? La quiere con toda su energía divina. No, no será él quien acuse en adelante al pecador revestido de su gracia. Tampoco será Jesucristo quien le condene. Con su muerte expiatoria desgarró y clavó victoriosamente en la cruz la vieja sentencia pronunciada contra el género humano. ¿Quién podrá pensar que su amor permitirá que nadie la haga revivir? Quiere enérgicamente el perdón para todos los que lo merecen; y con su resurrección y su ascensión, no sólo ha ratificado, sino que continúa su obra de salvación. En el cielo consiste su misión en interceder sin cesar por los pecadores. En tan favorables condiciones, ¿cómo sería posible que pudiera el hombre perderse todavía? Sin duda que hay un tercer factor con el cual es preciso contar para realizar la justificación individual; tal es el hombre mismo en su libertad. Sí, pero cuando realmente ha sido arrebatado por el amor de Dios y cuando en él habita el Espíritu Santo ⁽¹⁾ parece que su salvación está asegurada. Nada podría apartarle de Aquel que le ha atado con los lazos de un amor infinito; nada en el tiempo,

(1) Pablo habla aquí de los que ha designado, vers. 28, como amando á Dios y siendo sus elegidos: *diligentibus Deum... vocati sunt.*

nada en el espacio, nada en la creación actual, nada en la creación futura, si por ventura sobreviniera otra. Dios está con él y él está con Dios por toda la eternidad.

Con esta sublime peroración termina la tesis sobre la justificación y glorificación final del hombre: gentiles y judíos son pecadores; no pueden razonablemente esperar salvarse por las obras; de ello testimonia la experiencia general; ha de intervenir la gracia, y en realidad, gracias á la fe en Jesucristo, Víctima y Redentor, hállase la salvación al alcance de todo el mundo; al conseguirla se coloca el hombre en nuevas condiciones de vida religiosa; no sólo se liberta del pecado sino también de la Ley, y, libre ena delante, marcha, en el amor de Dios y bajo lo influencia del Espíritu de Jesucristo, á la vida gloriosa de la eternidad.

Con todo, el Apóstol, no obstante mostrarse tan universalista por misión y por razón, no es menos judío y patriota en el fondo del alma. Un pensamiento doloroso le obsesiona, y cree deber profundizarlo y razonarlo á sus lectores. Esta objeción inquietaba, por otra parte, fatalmente á todo el que se determinaba á estudiar el desarrollo del plan divino en la marcha de la salvación en el seno de la humanidad. ¿Cómo explicarse que Israel, el pueblo escogido por Dios, preservado por Él durante largos siglos, preparado para el advenimiento de la salvación por tantas y tan misericordiosas atenciones, no sólo no estuviere mejor dispuesto que los paganos para recibir la Buena Nueva, sino que le fuese más particularmente hostil, pareciendo que se sustraía así á los destinos gloriosos que Dios le había asignado? ¿Se había engañado el Señor al profetizar y preparar pacientemente la grandeza futura de Israel? Ó bien, ¿había engañado á los hombres Jesucristo, falso Mesías, por cuanto Israel lo rechazaba? Tal es el dilema que se formulaba Pablo y que entra á dilucidar sin vacilaciones, intentando resolver con ello los más delicados y arduos problemas teológicos.

Entra en materia con una nota simpática y llena de emoción. Entre lo que precede y lo que sigue no pone más

que una relación de sentimiento, y aun sin formular la idea penosa que le domina, supone que la han adivinado. Acaba de describir la felicidad de los elegidos, y entre ellos casi no tiene sitio Israel. Si esto es inquietante para la razón de muchos, es especialmente opresor para su corazón.

«Verdad digo en Cristo, no miento; dándome testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo. Que tengo muy grande tristeza, y continuo dolor en mi corazón. Porque desearía ⁽¹⁾ yo mismo ser herido de maldición ⁽²⁾ y separado de Cristo ⁽³⁾, por amor de mis hermanos, que son mis deudos según la carne. Que son los israelitas, de los cuales es la adopción de los hijos ⁽⁴⁾, y la gloria ⁽⁵⁾, y la alian-

(1) El imperfecto de indicativo *ἠέχομην*, *deseaba*, indica aquí un deseo antiguo, que no se ha realizado por que no es realizable. Así se ha dicho, *Galat.*, IV, 20: *ἠθέλον δὲ παρῆναι*, que es preciso traducir por *querría estar con vos*, y *Hechos*, XXV, 22, *ἐβουλόμην*, que significa, no *tenía ganas*, sino *tendría ganas*, porque Agripa emplea esta fórmula, no para significar un deseo antiguo en él, sino para expresar con referencia á Festo un deseo presente. Sobre este empleo del imperfecto de indicativo, véase á Curtius, *Schulgram.*, § 509 y 510. No hay, pues, que buscar aquí la época en que Pablo formuló el deseo de que va á hablar. Es una disposición de alma que entiende caracterizar, y nada más. «Querría ciertamente, si fuera hacadero.» Por lo demás, hallamos el mismo giro en latín: «*Faciebam ni...*», es decir: «*Faciebam et perfecissem, ni...*»

(2) El término *ἀνάθεμα*, ó en la forma ática, *ἀνάθημα*, correspondía, para los judíos que hablaban griego, al hebreo *Cherem*. En principio, el *ἀνάθεμα* ú objeto suspendido y puesto de manifiesto, es una especie de ex-voto, así *II Mac.*, IX, 16; en tanto que su equivalente hebreo *Cherem* designa algo que debe ser suprimido, exterminado, así un ídolo que uno no puede guardar en su casa sin convertirse en *cherem*, como él, *Deut.*, VII, 26. El objeto anatemizado ó declarado *cherem*, pueblo, rebaño, ciudad, debía generalmente ser destruído. En todo caso, era maldito y execrado. Generalmente este es el sentido en que Pablo toma el término anatema, *Galat.*, I, 8, 9; *I Cor.*, XII, 3; XVI, 22, y aquí mismo, en donde quiere dar á entender que estaba dispuesto á soportar cuanto pudiera imaginarse de más afrentoso para salvar á sus hermanos.

(3) La expresión *ἔξω τοῦ Χριστοῦ*, cuyo equivalente se encuentra en *Galat.*, V, 4; *II Tes.*, I, 9, etc., significa *fuera del Cristo*, no teniendo ya parte alguna con él. Es una agravación del anatema.

(4) Fueron adoptados en el sentido que tenía esta palabra en la Antigua Alianza, es decir, que fueron separados de los otros pueblos para ser el pueblo de Dios. *Exodo*, IV, 22, XIX, 5; *Deut.*, XVI, 1; XXXII, 9; *Oseas*, XI, 1, etc.

(5) La palabra *δόξα* indica probablemente aquí las manifestaciones diversas de Dios, llamadas en la Biblia la gloria del Eterno, *Kebed Jehovah*. V. *Exodo.*, XXIV, 16, XL 32, 36; VIII, 10, etc.

za ⁽¹⁾, y la legislación ⁽²⁾, y el culto, y las promesas. Cuyos padres son los mismos de quienes desciende también Cristo ⁽³⁾ según la carne, que es Dios sobre todas las cosas bendito en los siglos ⁽⁴⁾. Amén.»

Lo que Pablo afirma es tan extraordinario, tan asombroso, que no son demasiados tres testigos, su conciencia, el mismo Jesús y el Espíritu Santo, para testificar que lo que dice lo piensa, que lo que piensa lo siente, que lo que siente no es una ilusión. Se le acusa de despreciar á su pueblo para ir á los gentiles, como si no fuera para él el primero de los pueblos ese Israel al que Dios, durante tantos siglos, ha tratado como hijo predilecto, manifestándose á él de todas maneras, siendo su legislador, su protector y su guía; ese Israel, hijo de los Patriarcas y padre del Cristo, Rey de la tierra y Dios del cielo. ¡Ah, no sólo es para él el más noble, sino especialmente el más querido de todos los pueblos. Pertenece á él por los lazos más íntimos de la sangre y de la amistad; por todas las fibras del corazón. Tan verdadero es esto, que sus más vivas angustias le han provenido siempre de ese Israel tan amado, pero endurecido en su infidelidad, y cuya reprobación definitiva no espera conjurar. Para él ofrece algo más que sus

(1) Trátase aquí de las alianzas sucesivas concluidas por los Patriarcas á partir de Abraham. *Sab.*, XVIII, 22; *Eccl.*, XLIV, 12; *II Mac.*, VIII, 15.

(2) El cuidado que Dios tuvo de dar una ley á su pueblo, ή νομοθεσία, constituyéndose así en su Legislador único, era también un favor muy grande, y el *Salmo* CXLVII, 20, comprueba que los otros pueblos no tuvieron este privilegio.

(3) El honor de Israel consiste en descender de los Patriarcas, οι πατέρες, Abraham, Isaac y Jacob, *Exodo.*, III, 13, 15; IV, 5; *Hechos*, III, 13; VII, 32, y en haber engendrado á Jesucristo según la carne.

(4) Digan lo que quieran varios exégetas, es difícil no atribuir á Cristo esta última parte de la frase. Hacer de ella una doxología súbitamente lanzada al aire y permaneciendo en él suspendida con el adjetivo εὐλογητός, después del sustantivo, es contrario ora á la armonía de la frase, en la que las palabras según la carne quedarían sin antítesis, ora á la costumbre invariable de poner á la cabeza de las exclamaciones el adjetivo que expresa el sentimiento que la dicta: ¡Bendito sea Dios! ¡Alabado sea Dios! Cristo es llamado aquí Dios, como *Tito*, II, 13; *Efes.*, IV, 5. (*)

(*) Véase Durand: *La divinité de Jésus-Christ dans St. Paul, Rom.*, IX, 5, en la *Revue Biblique*, 1903, octubre, p. 550.—N. del T.

trabajos apostólicos, algo más que su infatigable solicitud, algo más que sus ardientes plegarias; se ofrece á sí mismo como víctima expiatoria, y, ¡oh sublime locura!, si con ello pudiera salvarlo, se conformaría con verse maldito en lugar suyo, con verse privado de lo que constituye toda su vida, Jesucristo, y morir en una especie de inmólación recordat6ria de los dolores, de la humillaci6n, del abandono del Calvario. No quiere esto decir que Pablo admita la posibilidad de una ruptura entre 6l y el Salvador amado por encima de todas las cosas, ruptura que tendría una raz6n de ser en disposiciones hostiles de su alma; nada tan lejos de su pensamiento. Lo que entiende y quiere decir es que, puesto que el Maestro lo hizo antes que 6l, aceptaría gustoso sufrir la cólera del cielo contra el pecado, permaneciendo 6l mismo enemigo irreconciliable del pecado; y tanto que, aun reducido á lanzar en la crisis suprema la exclamaci6n dolorosa: «¿Por qué me habéis abandonado?», continuaría á pesar de todo amorosamente unido al que con tanta severidad velaría su faz y parecería rechazarlo ó aun maldecirlo y abandonarlo.

Por desgracia, ni las predicaciones, ni las oraciones, ni el afecto, ni la abnegaci6n, ni la ofrenda generosa de sí mismo logran reducir al pueblo que se obstina en su desvío y va á ser definitivamente rechazado. ¿C6mo, pues, explicar la acci6n providencial con relaci6n á 6l? Hay tres consideraciones principales que pueden ayudar á resolver este inquietante problema. Pablo las expondrá una tras otra. Desde luego, Dios es libre; no ha de tener en cuenta ningún derecho adquirido por el hombre. En segundo lugar, y con relaci6n al Israel infiel, no ha hecho otra cosa que usar legítimamente de esta libertad. Finalmente, de la pérdida del pueblo judío sacará por lo menos su propia gloria y el bien del linaje humano.

Que Dios es libre, lo mostró, desde el principio, excluyendo de su pueblo ciertos hijos que, nacidos de los Patriarcas, parecía que debían naturalmente formar parte de este pueblo.

«Observemos ⁽¹⁾ que la exclusión del pueblo elegido no es tal que pueda decirse que la palabra de Dios haya faltado; porque no todos los que son de Israel, estos son Israel, ni los que son linaje de Abraham, todos son hijos ⁽²⁾; según está escrito ⁽³⁾: de Isaac te será ⁽⁴⁾ llamado linaje; esto es, no los que son hijos de la carne, estos son hijos de Dios, sino los que son hijos de la promesa, son contados por descendientes. Porque la palabra de la promesa es esta: Por este tiempo, el próximo año, vendré ⁽⁵⁾, y Sara tendrá un hijo.»

Así, pues, si bien es mucha verdad que Dios se comprometió por promesa en favor de la descendencia de Abraham, trátase de saber lo que realmente hay que entender por esta descendencia. Hay una carnal, pero que no basta para reivindicar el título y derechos de hijos de Dios. La prueba de ello está en el papel completamente diferente que Dios mismo asigna á Isaac y á Ismael, ambos hijos de Abraham: uno y otro tendrán numerosa descendencia, pero sólo de Israel procederá la verdadera línea del Padre de los creyentes. ¿Por qué esto? Porque Ismael nació según la carne, en tanto que Isaac nació en virtud de una promesa divina. Esta promesa fué anterior á su nacimiento. Hay, pues, otra descendencia espiritual, querida y de-

(1) El texto lleva aquí un *pero*, *δέ*, visiblemente destinado á llamar la atención sobre la objeción suscitada más de una vez y que, por fin, es preciso resolver. Le damos toda su fuerza traduciéndolo por *observamos*.

(2) Con esta frase quiere Pablo decir que puede uno ser de Israel según la carne, sin ser del Israel de la promesa, llamado, *Galat.*, VI, 16, *el Israel de Dios*; y que á pesar de ser *semilla*, *σπέρμα*, de Abraham, puede ser no ser *hijos*, *τέκνα*, herederos de las diversas bendiciones.

(3) Suponiendo Pablo que el texto del *Génesis*, XXI, 12, era familiar á los lectores, suprime la fórmula *καθὼς γέγραπται*, ó cualquier otra que de ordinario precede á las citas escriturarias. Hemos tenido que restablecerla para quitar de la traducción lo que el texto tiene de insólito y duro.

(4) La cita es según los Setenta, los cuales tradujeron, por otra parte, literalmente el hebreo. El verbo *κληθήσεται* indica aquí, como *Luc.*, I, 32, 35, etcétera, que el nombre corresponde á una realidad. De Isaac nacerán aquellos á los cuales se llamará, y lo serán realmente, hijos de Abraham.

(5) Las palabras *κατὰ τὸν καιρὸν τοῦτον* indican la vuelta, con un año de fecha, de la época ó estación en que está uno en el momento en que habla el enviado celeste, *Gén.*, XVIII, 10, 14.

terminada por Dios, con privilegios especiales. Ella es la que caracterizará al verdadero Israel ó la raza escogida. De suerte que nadie puede formar parte de esta raza llamada á la salvación sino por una intervención especial, una elección, un decreto de Dios, que se ha reservado elegir á los que serán los hijos de la promesa. Así, ya no bastará ser hijo de Isaac, como no bastó ser hijo de Abraham, para tener el derecho de ser miembro de la posteridad elegida.

«Y no es esto todo, en efecto ⁽¹⁾. Rebeca, de un solo ayuntamiento ⁽²⁾ que tuvo con Isaac, nuestro padre, concibió. Pues bien, no habiendo aún nacido los dos niños, ni hecho bien ni mal, (para que según la elección permaneciese ⁽³⁾ el decreto de Dios, no por las obras, sino por el que llama) le fué dicho á ella: Que el mayor serviría al menor ⁽⁴⁾; conforme á lo que está escrito: Amé á Jacob, y aborrecí á Esaú ⁽⁵⁾.»

He aquí, pues, un caso más sugestivo y que mejor muestra la completa libertad de Dios. Dos hijos de un mismo padre son concebidos simultáneamente por Rebeca. No es posible entrever lo que ha inspirado á Dios una preferencia por uno de ellos. Sin embargo, esta preferencia se afirma aun antes del nacimiento de los dos gemelos. Ni el uno ni el otro podían alegar mérito alguno ante Dios. Libremente hace, pues, Dios su elección, según el designio

(1) El texto dice: «No sólo esto, sino también.»

(2) Pablo insiste en cada detalle. No sólo la misma madre y el mismo padre son los que engendran á Esaú y á Jacob, sino que son concebidos por el mismo acto conyugal, en el mismo momento. Si ambos no son llamados «de Dios» es porque la descendencia según la carne nada tiene de decisivo.

(3) El verbo μένη está aquí en oposición con ἐκπέτωκεν del vers. 6.

(4) Génesis, XXV, 23, exactamente citado según los Setenta. Sólo que antes se trata aquí de los dos pueblos que de los dos hijos que deben ser sus padres. Pero es evidente que Pablo ve los padres en los pueblos y los pueblos en los padres.

(5) Malaquías, I, 2 y 3. Hay que notar que las palabras colocadas por este Profeta en los labios de Dios se refieren aquí á los dos hermanos, no antes de su nacimiento, sino en el curso de su vida, especialmente en su respectiva descendencia. Dios ama y odia solamente cuando la libertad del hombre entra en juego. Antes, escoge libremente, como arcilla apta para modelar, diferentes destinos. Después, es otra cosa.

ó el plan que su sabiduría concibió de antemano, y no elige al primogénito, sino al segundo. Queda elegido Jacob y postergado Esaú. Lo declara á Rebeca, y más tarde, cuando la experiencia histórica haya confirmado la situación privilegiada de los hijos de Israel frente á los descendientes de Edom, Malaquías lo recordará al mundo, para demostrar que los decretos del cielo se cumplen infaliblemente ⁽¹⁾. He aquí, pues, lo que ante todo hay que reconocer: Dios llama *a priori* á quien quiere, sin que el nacimiento ni las obras dicten á su libertad lo que debe hacer. El decreto de su sabiduría y de su misericordia, en cuanto á este primer llamamiento, es anterior á todos los hechos contingentes.

Por más que los teólogos, desde San Agustín acá, hayan hecho de los pasajes que van á seguir, el apoyo principal de sus tesis sobre la predestinación, no parece muy claro que Pablo quisiese poner en ellos todo lo que en ellos han creído ver. El exégeta que, sin prejuicios y olvidando todas las discusiones de la escuela, procura apoderarse del pensamiento del Apóstol en su desarrollo natural y lógico, comprueba que todo él se reduce sencillamente á probar que, sin ser injusto, pudo Dios escogerse otro pueblo distinto del judío, y nada más. He aquí su razonamiento.

Si Abraham recibió las promesas en razón de su fe (IV, 18), no fueron mantenidas á todos sus descendientes en razón de sus méritos. La primera eliminación se hizo en detrimento de Ismael y en favor de Isaac. Pero lo más decisivo es que se reproduce en la generación siguiente, y con la circunstancia de que esta vez se trataba de dos gemelos que todavía no habían visto la luz. No procede invocar, pues, las disposiciones morales de éste ó de aquél, sino únicamente la voluntad divina que, no debiendo nada

(1) En efecto, vemos, *II Reyes*, VIII, 14, que David lleva á cabo la conquista de los edomitas, los cuales se sublevaron en tiempo de sus sucesores, pero fueron casi siempre aplastados y definitivamente incorporados por Juan el Hircano á la nación judía, después de haber sido obligados á aceptar la circuncisión. Josefo, *Antiq.*, XIII, 9, 1.

ni al uno ni al otro, había consignado en su plan mesiánico hacer pasar las promesas gloriosas por uno solo de los dos hermanos. No quiere decir esto que el otro fuese maldito ó desheredado de toda dicha; bastábale ser fiel á Dios y al deber, y, sin ser el antepasado del Mesías ni el familiar de Dios, podía esperar siempre una recompensa. De aquí la primera conclusión que sugiere Pablo: la descendencia carnal de Abraham no constituye por sí misma un derecho á la herencia de la promesa, y la gracia de Dios puede, si así lo desea, escoger un nuevo heredero del reino.

Tampoco quiere decir esto que semejante elección deba proceder en adelante por preferencias arbitrarias. En efecto, Dios va á encontrarse en presencia del hombre libre, cuyo valor moral ha querido probar, y al cual ha dado su ley para regular su libertad. Habrá en este hombre su fidelidad ó infidelidad á la invitación divina, y de aquí las modificaciones diversas que la justicia dictará á la acción providencial. Sin duda que no hay amo mejor que este Dios, ni rey más compasivo, ni padre más misericordioso para con los que quieren ser suyos: «Misericordia y gracia sobre misericordia y gracia,» dice á los que son fieles, como Moisés; y no se cansa de colmarlos de ellas. Pero tampoco hay juez más celoso de mantener los derechos de la verdad, de la santidad, de la justicia eterna. Así, pues, ¡ay de los impíos! Se alejará de ellos porque no quieren nada de sus divinos atributos ni de Él, y los abandonará á su sentido reprobado. La dureza de Faraón es un ejemplo de ello.

He aquí lo que hallamos en este fragmento de la Epístola; la continuación parece confirmar que esto es únicamente lo que hay que leer en él. No se trata aquí de la predestinación á la salvación para los unos y á la condenación para los otros; porque no solamente, á pesar del decreto y elección de Dios, no se salvarán todos los hijos de Israel, ni se perderán todos los de Esaú, sino que, y esta es la conclusión final (XI, 32), todos serán envueltos en una misma misericordia. Poco más ó menos es esto lo con-

trario de la inflexibilidad rígida y como fatal del decreto divino creando, según Calvino, los unos para la gloria y los otros para la condenación. Así, pues, nada hay aquí de lo que amenaza con matar la moral suprimiendo, con la espontaneidad humana ó la libertad, el elemento misterioso que crea, en el hombre, el mérito ó el demérito. Bien entendido todo, es incontestablemente el mismo Dios, que Pablo nos muestra, en otra parte, queriendo la salvación de todos los hombres ⁽¹⁾, eligiendo los mejores medios para lograr este fin ⁽²⁾, y, como muy pronto diremos, tendiendo sin cansarse sus brazos misericordiosos hacia su pueblo rebelde. Del propio modo, el mismo hombre es, siempre dueño de determinarse por el bien ó el mal, el mismo que el Apóstol se complace en excitar tan frecuentemente con toda su elocuencia al arrepentimiento, á la fe, al amor; el hombre que nos ha pintado con sus luchas íntimas, dividido, torturado, pero definitivamente libre de pronunciarse en última instancia. Pablo no abriga en modo alguno la intención de emprender la tesis misteriosa de la predestinación. La ha desflorado más arriba (VIII, 29); la deja aquí en segundo término. Y esto es prudencia; porque el hombre condenado á vivir, á pensar, á moverse en el tiempo y en el espacio, no parece hecho para comprender cómo Dios es, piensa y obra, independientemente del espacio y del tiempo. En realidad, y no obstante estar convencidos, por la razón teológica, de que este Dios, en su presciencia, ve nuestra suerte final, debemos vivir, en nuestra libertad, como si no la viese. Lo más prudente y práctico es atenerse á esto.

«¿Pues qué diremos? ¿Por ventura hay en Dios injusticia? No por cierto.»

Mientras el hombre no entra en posesión de su libertad, trata Dios, como ya lo hemos dicho, con algo irresponsable. Los dos niños encerrados aún en el seno de Rebeca y entre los cuales escogió, serán exactamente asimilados á

(1) *II Tim.*, II, 4.

(2) *I Tes.*, V, 9.

la arcilla que el alfarero puede arbitrariamente destinar al uso que más le plazca. Todos los seres, sin exceptuar el hombre, no podrían ser creados idénticos, con las mismas aptitudes, los mismos dones y el mismo destino temporal. La más hermosa armonía debe resultar de la variedad. El Creador, en su plan esencialmente benévolo y sabio, asigna á cada cual un papel inicial, un puesto indicado desde el principio por su providencia. Y como todas las vocaciones, gloriosas ó humildes, son buenas en su obra, y conducen á un mismo resultado final, ninguno debe lamentarse. El deber elemental de cada uno consiste en dar gracias por haber sido llamado á la existencia. Si Jacob y Esaú hubiesen sido predestinados por decreto divino á la salvación el uno y á la reprobación eterna el otro, podría parecer á nuestra sabiduría que había en ella algo de inexplicable. Pero el llamamiento, en apariencia inquietante, á papeles diferentes, se halla dominado por las afirmaciones escriturarias en que se dice que Dios quiere la salvación de todos ⁽¹⁾. El hecho que Pablo comprueba, y es todo lo que tenía que decir para su demostración, afirma que Jacob fué arbitrariamente destinado á colaborar en la preparación teocrática, y Esaú no. Esta desigualdad de misión en el tiempo no entraña la elección ó la reprobación eternas.

Si así fuera, ¿de qué serviría la ley moral y para qué habría dado Dios al hombre la libertad? Lo esencial consiste en entender bien los dos puntos de vista del Apóstol. En el primer caso, se trata del hombre antes que hubiese podido merecer ó desmerecer. La libertad no ha entrado todavía en acción. Dios procede por elección libre, y en ello no hay injusticia. En el segundo, ocurre todo lo

(1) Sin duda que Dios llama á la salvación, no porque una voluntad humana, τοῦ θέλοντος, ó una obra humana, τοῦ τρέχοντος, le impongan la elección como un deber, sino en razón de su amor, τοῦ ἐλεῶντος, libre y compasivo, lo que no podía, sin embargo, en medio de todas las discusiones teológicas, hacernos perder de vista que este amor quiere la salvación de todos los hombres. *I Tim.*, II, 4-6; IV, 10. Comp. *Juan*, VI, 39, 40; XVII, 12; III, 16; *II Pedro*, III, 9; *Mat.*, IX, 13; *Sab.*, XI, 24-27; XII, 19; *Ezeq.*, XXXIII, 11.

contrario. Dios ha creado en el hombre la responsabilidad por el don mismo del libre albedrío, ese elemento misterioso que le pertenece, pero que, no obstante, puede determinarse contra él. Su justicia no puede hacer abstracción de la obra producida por esta energía íntima que constituye en nosotros el ser moral, y que todo hombre siente en el fondo de su ser como una fuerza llena de peligros, pero gloriosa y decisiva para el bien y para el mal. En el momento mismo en que este ser moral se afirma, el plan providencial entraña, no ya solamente una voluntad arbitraria en la acción de Dios sobre su criatura, sino el amor, la justicia, la sabiduría, la misericordia, el poder que deberán vigilar su libre actividad. Y tanto, que la preferencia dada anteriormente al uno, puede pasar, por razones legítimas, al otro. Este es el caso de Israel y de la gentilidad. Antes que ninguno de ellos hubiese obrado el bien, cuando todavía estaban en el mal, fué escogido el uno para constituir el pueblo de Dios, depositario de las promesas mesiánicas, y el otro para quedar apartado de las manifestaciones divinas, y excluído de esta cooperación directa en el advenimiento del reino de Dios. Dios no tiene que dar cuenta de esta elección. Pero si, en su libertad, abusa Israel de sus prerrogativas, nada más justo que ver á Dios modificando sus planes y dirigirse á la gentilidad, de la cual se había prescindido. En efecto, su primer designio, no pudiendo perder de vista la decisiva cuestión de la responsabilidad humana, hubo de tener en cuenta, no fatal, sino condicionalmente, el objeto final. La presciencia de Dios no influye en la libertad de un pueblo, como no influye en la del hombre. Prevé sus oscilaciones y las tiene en cuenta en el gobierno de su obra.

Así, pues, Dios no fué injusto con Esaú al preferir á Jacob. Nada le debía, y podía agradar á su sabiduría el obrar como no debiéndole nada. De otro modo obrará con respecto al hombre en el ejercicio de su libertad. Nada de arbitrario aquí; á cada cual le trata según su actitud. Multiplica sus gracias sobre cualquiera que se muestra

digno de ellas, y deja que se acentúe la dureza en el que ha rechazado la luz. Tal es el orden providencial; nada contiene que dañe á la justicia.

«Porque á Moisés dice: Tendré misericordia de quien tendré misericordia, y me compadeceré ⁽¹⁾ de quien me compadeceré. Luego, no es del que quiere, ni del que corre, sino que es de Dios que tiene ⁽²⁾ misericordia.»

¿Quién se atreverá á decir que esta misericordia para los que quieren ser suyos es una injusticia? Por contraste, pero según el mismo movimiento de la eterna equidad, he aquí cómo este mismo Dios trata á sus enemigos:

«Porque dice, en la Escritura, á Faraón ⁽³⁾: Para esto mismo te levanté, para mostrar ⁽⁴⁾ en ti mi poder, y que sea anunciado mi nombre por toda la tierra. Luego, tiene misericordia de quien quiere, y al que quiere endurece.»

Pero Dios no quiere nunca sin motivos, y el primero de ellos, cuando se trata del hombre creado libre, es el uso mismo que hace de su libertad. Dios colma de gracias al

(1) *Exodo*, XXXIII, 19, Moisés, dirigiéndose á Dios, que acaba de asegurarle su benevolencia, le pide que le haga ver su gloria. El Eterno le responde: «Haré pasar ante tus ojos toda mi bondad... Hago gracia á quien hago gracia, etc...» En otros términos: «Cuando alguien se ha conquistado mi benevolencia, lo colmo de mis favores.» Vese, pues, que es muy poco razonable entender el texto como si dijere: «Hago misericordia á quien me place.» Hace misericordia á quien es su servidor, cuyo nombre conoce, según la expresión bíblica, es decir, á quien ya ha ido á El.

(2) Entender en sentido absoluto esta afirmación de Pablo, que parece haber sido un aforismo conocido de todos, es olvidar que, no obstante parecer que asegura aquí que correr no sirve de nada, *οὐδὲ τοῦ τρέχοντος*, dice en *I Cor.*, IX, 24: *οὕτως τρέχετε, corred de tal manera que obtengáis el premio*, y *Gal.*, V, 7, *ἐτρέχετε καλῶς, corréis bien*. La misma observación hay que hacer sobre *οὐ τοῦ θελοντος*, por cuanto, á pesar de contar por poco el querer, á este querer se dirige siempre que exhorta á vivir según el Evangelio.

(3) Según el texto, habría que traducir: «La Escritura dice á Faraón.» Esta manera de identificar á Dios con la Escritura en la cual habla, es familiar á Pablo. *Gal.*, III, 8, 22. El pasaje á que se alude aquí está sacado de *Exodo*, IX, 16.

(4) El verbo *ἐξήγειρά σε* significa que Dios lo sacó de la vida vulgar y obscura en la que su culpabilidad obstinada hubiese tenido menos esplendor que en el trono. Puesto así Faraón, con su perversidad, á la cabeza de un gran pueblo, usa de su autoridad para hacer un mal mayor. En realidad, Dios se servirá de su orgullo y de su fuerza, para hacer brillar más vivamente á los ojos de todos su propio poder y su gloria en la liberación de Israel oprimido.

que hace uso de ella para el bien, y endurece, es decir, entrega definitivamente al desorden querido, al que abusa de ella para el mal. Y como es propio de Dios pronunciar la última palabra en todas las cosas y hacer que prevalezcan sus infinitas perfecciones, aun allí mismo donde el pecador le insulta, la obstinación de Faraón y su impiedad servirán para hacer glorioso entre todos los pueblos el nombre del Dios de los judíos, que dará buena cuenta de su orgullo y de su malicia ⁽¹⁾.

Tales son, pues, los dos puntos adquiridos, que basta resumir por última vez para que la tesis del Apóstol quede restablecida. Cuando el hombre no ha tomado todavía posición ante Él, como los dos hijos de Abraham, y sobre todo de Isaac, Dios es absolutamente libre de llamar á quien quiera para que recoga las promesas mesiánicas. Si, puesto más tarde en posesión de su libre albedrío, dirige su vida por la senda de la infidelidad y la rebelión, puede Dios retirarles los privilegios gratuitos que le había concedido y conferírseles á otro. Israel fué favorecido, desde su origen, sin ningún derecho especial; pues bien, ahora será despojado por su culpa. Esto es duro para el orgullo israelita. Así, Pablo cree oír elevarse de la Sinagoga una protesta indignada:

«Pero me dirás: Pues, ¿de qué se queja Dios? Porque, ¿quién resiste á su voluntad ^{(2)?}»

El Apóstol hace estallar su indignación contra esta pretensión cínicamente orgullosa de Israel infiel:

«Oh hombre, ¿quién eres tú, para altercar con Dios? Por ventura dirá el vaso de barro al que lo labró; ¿por qué me hiciste así? ⁽³⁾ ¿O no tiene potestad el alfarero de hacer de

(1) *Exodo*, XV, 14-15; *Josué*, II, 9-10; IX, 9.

(2) Esta observación impertinente, que no se explica, si quiere uno entender lo que precede en el sentido ordinario fijado de conformidad con los prejuicios teológicos más antiguos, pero probablemente mal fundados, está, por lo contrario, en completa armonía con nuestra interpretación.

(3) Es decir, con tal ó cual obstinación, lo que apoya más al sentido que damos á todo este pasaje. Como la arcilla modelada sólo gratitud debe al alfarero que, al transformarla en un vaso cualquiera, según su libre albedrío, la hace más apreciable que el barro no trabajado, así también no tie-

una misma masa ⁽¹⁾ un vaso para honor, y otro para ignominia? ¿Y si queriendo Dios mostrar su ira, y hacer manifiesto su poder, sufrió con mucha paciencia los vasos de ira, aparejados para muerte...? ⁽²⁾ ¿Y si ha querido mostrar las riquezas de su gloria sobre los vasos de misericordia, que preparó para gloria...? Estos somos nosotros á quienes llamó, no sólo de los judíos, mas también de los gentiles. Así como dice en Oseas ⁽³⁾: Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo; y amado, al que no era amado. Y acontecerá que allí mismo en donde les fué dicho: No sois pueblo mío vosotros, allí serán llamados hijos del Dios vivo. Isaías ⁽⁴⁾ clama también sobre Israel: Si fuere el número de

ne derecho el hombre, en razón de todas las facultades de que ha sido dotado, inteligencia, amor, libertad, á preguntar á Dios por qué ha sido llamado á desempeñar tal papel en el plan providencial, y no tal otro. La existencia ¡no es ya mucho! Existir para desempeñar una misión con la conciencia de su personalidad, es mucho más. El hombre sólo gratitud debe al Creador por tal beneficio.

(1) Esta masa, *φέραμα*, es la especie humana en el estado en que Dios la encuentra cuando desarrolla su plan providencial.

(2) Hay que sobreentender aquí y al final de la interrogación siguiente esta frase: ¿Qué dirás?

(3) Pablo reúne en uno dos pasajes separados que se hallan realmente en el profeta Oseas, II, 25 y I, 10. El primero no se armoniza exactamente ni con el hebreo ni con los Setenta. Se trata del pueblo que componían las diez tribus idólatras. Los que lo constituían, salidos de la raza judía, no eran propiamente hablando, paganos; pero Pablo cree poder asimilarlos á los gentiles, y ver en el perdón que Dios les concede la figura del llamamiento que hará á la gentilidad. Pedro, en su primera Epístola, II, 10, hace lo mismo. El término *καλέσω* substituye á *έρω*, y en la otra cita se introducirá *κληθήσονται*: para señalar el llamamiento á la salvación. El segundo texto está citado según los Setenta. Las palabras *ἐν τῇ τῆσσι οὐ*, que traducimos por *allí mismo en donde*, significan á Palestina, pero la Palestina manchada por la idolatría y emblema del mundo pagano.

(4) *Is.*, X, 22 y 23. La cita no sigue exactamente á los Setenta, y, lo que es muy singular, ofrece una reminiscencia de Oseas tomada en el último versículo citado: *ὁ ἀριθμὸς τῶν υἱῶν Ἰσραὴλ*, que Pablo tenía aún en el pensamiento. Añadamos que los Setenta tradujeron bastante mal el hebreo. En efecto, dicen: «Cumpliendo su discurso y abreviando en su justicia, el Señor hará una cuenta sumaria en la tierra entera.» Esto es parafrasear bastante mal el texto hebreo, que dice: «La destrucción está resuelta; ella hará rebotar la justicia, y esta destrucción que ha sido resuelta, el Señor Jehová Sabaoth la cumple en la tierra entera.» Pablo se contenta con decir, si nos atenemos á los mejores manuscritos: «Acabando y abreviando, el Señor cumplirá su palabra en la tierra.» Nosotros mismos hemos traducido como hemos podido según el T. R.

los hijos de Israel como la arena de la mar, sólo unas reliquias serán salvas, porque, deteniendo aquí su promesa y rompiendo con ella en toda justicia, mostrará á la tierra que su palabra ya no le obliga.» Y antes había también dicho Isaías ⁽¹⁾: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un germen, tornados hubiéramos sido como Sodoma, y semejantes seríamos á Gomorra.»

El derecho que tenía Dios de retirar á Israel su gloriosa misión, era incontestable. Sin embargo, antes de hacer uso de él, el divino alfarero da muestra de inagotable paciencia. Esperaba mantener siempre al vaso de elección su primer destino glorioso. Por desgracia, no fué posible, ya que el vaso insensiblemente se fué llenando de su legítima cólera, y no hubo otro remedio que prescindir de él y sacrificarlo. Desde entonces debió pensar en reemplazarlo, y en su misericordia, preparó otros que, llamados en adelante á una misión más digna, debían glorificar plenamente á su autor. Tómalos, no ya de Israel, pues de él sólo saldrá un corto número, sino de la gentilidad, de esta gran masa de arcilla, de la que el alfarero se determinará á sacar para probar á todos su amor, su sabiduría y su poder. Esto había sido predicho por los Profetas, y Dios no podrá ser acusado de faltar á su palabra en el momento en que le plazca cumplirla.

«Pues, ¿qué diremos? Que los gentiles, que no seguían la justicia ⁽²⁾, han alcanzado ⁽³⁾ justicia, y la justicia que es por fe. Mas Israel, que seguía la ley que debía asegurar la justicia ⁽⁴⁾, no ha llegado á las condicio-

(1) *Is.*, I, 9. La cita sigue exactamente á los Setenta.

(2) No se trata aquí de la justicia moral, que más de un filósofo pagano había investigado formalmente, sino de la justicia según Dios, ó de la justificación, que nadie entre los paganos fué capaz de sospechar.

(3) El verbo *κατέλαβεν* expresa la idea de alguien que pone la mano en alguna cosa, en un tesoro, por ejemplo, sin haberlo buscado. Así es como, *Mat.*, XIII, 44, había representado Jesús la gentilidad, encontrando, sin percatarse de ello, *εὐρώβη*, el tesoro del Evangelio.

(4) Varios han visto en estas palabras *νόμον δικαιοσύνης* una *hipalage*, y las han entendido como si se tratase de la *justicia de la Ley*, pero equivocadamente. Su verdadero sentido es *la Ley confiriendo la justicia*. El cumplimiento de esta Ley es lo que perseguía ante todo Israel.

nes ⁽¹⁾ de justicia. ¿Por qué causa? Porque no la buscaba por fe, sino como por obras; pues tropezaron en la piedra del escándalo. Así como está escrito ⁽²⁾: He aquí yo pongo en Sión piedra de tropiezo, y roca de escándalo; y todo aquel que cree en él, no será confundido.»

Tales son, pues, los dos grandes hechos históricos que responden á las figuras y profecías de la Antigua Alianza. Los que nada habían intentado para realizar la justificación, de la cual no tenían idea, convencidos como estaban de la completa indiferencia de sus dioses por las disposiciones íntimas y religiosas del alma, los gentiles, acababan de poner, de repente y como por casualidad, la mano en la justicia verdadera; y habiendo encontrado este tesoro colocado por Dios en el campo de la humanidad, lo vendieron y sacrificaron todo para adquirirlo. Esto era, por lo demás, fácil: un acto de fe que entrañaba, verdad es, un cambio completo de vida, bastaría en adelante para colocarse en una situación correcta con respecto á Dios y conseguir la salvación. Los que buscaron la justicia á través del cumplimiento de la Ley y de sus diversas prácticas, los hijos de Israel, no sólo no la hallaron—antes perseguían una satisfacción orgullosa que una obediencia filial; por otra parte, contando con sus propias fuerzas, no podían alcanzar el fin,—sino que chocaron violentamente contra lo que hubiera debido salvarlos, con el mismo Mesías, término de la Ley, al cual, con más humildad, debieran haber llegado, como al autor y consumidor de toda justicia. Allí donde Dios había colocado la vida para todos, hallaron ellos el medio de recoger la muerte. He ahí su desgracia.

(1) El término *νόμος*, designa aquí, según el contexto, las condiciones normales que producen la justicia.

(2) Pablo combina dos pasajes de *Isaías*, VIII, 14: «Será piedra de tropiezo y roca de escándalo para las dos casas de Israel»; y XXVIII, 16: «He aquí que he colocado en Sión una piedra por fundamento, una piedra probada, una preciosa piedra angular, sólidamente cimentada; el que la tome por apoyo, no tendrá prisa de huir.» En una y otra profecía se tiene á la vista los tiempos del Mesías. La doctrina rabinica así lo reconocía unánimemente. Comp. *Lucas*, II, 34; *XX*, 17-18; *I Pedro*, II, 6-8.

«Hermanos—añade con emoción el Apóstol—el buen deseo de mi corazón y mi oración á Dios, es para que ellos tengan salud. Pues yo les doy testimonio, que ellos tienen celo de Dios, mas no según ciencia; por cuanto no conociendo la justicia de Dios, y queriendo establecer ⁽¹⁾ la suya propia, no se someten á la justicia de Dios; porque Cristo es el fin de la ley, para justificar á todo el que cree.»

Por poco que fuera el afecto que guardara su corazón por aquellos pobres hermanos descarriados, cuya salvación pedía con tantas instancias, no podía menos de reconocer que se habían dolorosamente equivocado. Sin embargo, estaban dotados de una energía y de un valor incontestables. ¡Cuántas persecuciones habían sufrido! ¡Á cuántos tiranos desafiado! ¡Qué deseos habían mostrado de atraer prosélitos á su religión! ¡Cómo cuidaban de la Ley y de sus prácticas! ¡Cuán lamentable era ver que todo esto sólo había servido para producir el repudio final, en castigo de no haber querido discernir lo que era claro para todos, aun para los paganos, la importancia real de la institución mosaica. Ésta no existía más que para conducir á Cristo; llegado Cristo, quedaba terminada su misión. Con ella debía desaparecer también la justicia que se fundaba en ella. La verdadera justificación que algunos habían obtenido en lo pasado por la fe en el Mesías futuro, era en adelante ofrecida á todo hombre creyente en el Mesías llegado. Por una ceguedad inconcebible, obstinábanse en pretender los judíos que su Ley debía durar siempre, y que el Mesías vendría, no para suprimirla, sino para imponerla al mundo; éste, según ellos, debía necesariamente hacerse judío si quería salvarse. Jesús se había levantado, por su doctrina, como una piedra de tropiezo contra estas seculares pretensiones, y ofreciendo en Él una justicia completa, al alcance de todos, había sido la roca de escándalo, contra la cual acababa de estrellarse Israel por su

(1) La expresión *στήσαι*, *hacer tener de pie, erigir*, como si se tratase de un monumento para su propia gloria antes que de la de Dios, expresa muy bien el sentimiento de orgullo que acompañaba de ordinario al cumplimiento de la Ley.

ceguedad. Si este pueblo, cesando de obstinarse en hacer prevalecer su concepción religiosa sobre la del mismo Dios, hubiese sabido comprender á Moisés y á los Profetas, hubiera aclamado, lleno de reconocimiento, la gratuidad y el carácter universalista de la Buena Nueva. La salvación al alcance de todos; ¿qué felicidad mayor para el mundo judío y el pagano? Para mejor inculcarlo á sus lectores, deja Pablo un instante su asunto principal y emprende un desarrollo subsidiario:

«Moisés—dice—dió la idea exacta de la justificación por las obras legales al decir: El hombre que hiciere estas cosas, vivirá por ellas ⁽¹⁾.»

Á esto se reducía la ofrenda de la salvación por la Ley. No quiere esto decir que la ofrenda fuese irrisoria, porque el cumplimiento fuese imposible. En efecto, es evidente que la Ley bien comprendida suponía la ayuda de Dios para cumplirla; tenía sus medios de expiación, y, por último, y en razón de los méritos del Mesías futuro, debía conducir á la salvación á más de un israelita fiel. Sólo que el mismo silencio que se guarda sobre la necesidad de un auxilio sobrenatural había conducido al fariseísmo á confiar ciegamente en las obras y á sustituir el auxilio gratuito de Dios por el mérito personal. Pablo no insiste más; pero, al cortar en dos la recomendación de Moisés, quiere, con un atrevimiento exegético algo desconcertante ⁽²⁾, darnos á entender que si lo que acaba de decir caracteriza plenamente la justicia legal, lo que va á seguir conviene especialmente á la justicia evangélica.

(1) *Levít.*, XVIII, 5.

(2) Sin duda que su procedimiento exegético es muy extraordinario. Basta ver la transformación que hace del *Deut.*, XXX, 11-14, para convencernos de ello. Desde San Crisóstomo acá han creído: unos que, haciendo hablar á la justicia de la fe y no á Moisés, no quiso Pablo citar las palabras de Moisés con el sentido que éste les había dado, sino tan sólo apropiárselas para decir mejor lo que tenía que decir. Bengel llama á este artificioso oratorio *suavissima parodia*. Otros suponen que Pablo vió realmente en las palabras de Moisés un alcance profético y que pudo apoyarse en ellas para fundamentar su demostración. Santo Tomás dice: «Nec est inconveniens si, quod Moyses dixit de mandato legis, hoc Apostolus attribuat Christo; quia Christus est Verbum Dei, in quo sunt omnia mandata.»

«Mas la justicia, que es de la fe, dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? ¿Sería para traer ⁽¹⁾ de lo alto á Cristo? O ¿quién descenderá al abismo? ¿Sería para volver á traer á Cristo de entre los muertos? Mas ¿qué dice la Escritura? ⁽²⁾ La enseñanza que hay que seguir está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón. Esta es la enseñanza de la fe que predicamos; de suerte que si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo. Porque de corazón se cree para justicia, mas de boca se hace la confesión para salud. Porque dice la Escritura: Todo el que cree en él no será confundido.»

Así, pues, la nueva Ley mucho menos prescribe hacer, que apropiarse por medio de la fe lo que está hecho. Moisés había dicho que su mandamiento de salvación no estaba ni en las alturas del cielo ni más allá de los mares, en el fondo del abismo, sino cerca del israelita, en su boca, en su corazón. Pablo dice que lo mismo ocurre con la realización de la salvación. Su autor ha venido del cielo para ponerla á nuestro alcance, y descendió á la tumba para comprárnosla; de suerte que no hay que buscarla, sino simplemente tomarla en Él, Hijo de Dios hecho hombre, Doctor docente que muestra con sus obras la justicia ideal, Víctima expiatoria que muere y resucita por nosotros. He ahí el objeto de la fe que salva. Esta fe pasa del corazón á los labios, de la convicción y de la confianza al amor y á la acción. Esto es más sencillo y eficaz que la práctica de la ley mosaica, y es para todos.

«Porque no hay distinción de judío y de griego; puesto que uno mismo es el Señor ⁽³⁾ de todos, rico para con to-

(1) El *τοῦτ' ἔστιν* parece que señala una interrogación subsidiaria y explicativa, que Pablo introduce en el texto para reducirlo á su idea, lo que no era superfluo.

(2) Muchos manuscritos no llevan *ἡ γραφή*, pero es seguro que esta palabra suprime una irregularidad evidente en la frase.

(3) Se trata de Jesucristo. Comp. *Filip.*, II, 11; *Hechos*, X, 36; *Rom.* XIV, 9; *Efes.*, III, 8. Así realiza su ministerio, no sólo de Salvador, sino también de Rey, *munus regium*, dicen los teólogos.

dos los que le invocan. Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo ⁽¹⁾. Pues, ¿cómo invocarán á aquel en quien no creyeron? O ¿cómo creerán á aquel que no oyeron? Y ¿cómo oirán sin predicador? Y ¿cómo predicarán, si no fueren enviados? así como está escrito: ¡Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio de paz, de los que anuncian los bienes ⁽²⁾!»

La salvación propuesta así en un solo y mismo Salvador está á disposición de todo miembro del género humano que quiera apropiársela, y la distinción entre paganos y judíos no tiene ya razón de ser. Según la profecía de Joel, basta que un alma invoque al Señor para que sea salvada. El número de los que le invocarán no cansará al Dios de misericordia, que se complace en no contar ni sus perdones ni sus gracias. Sólo que, para invocarle útilmente, hay que creer; y para creer, necesario es haber oído predicar el objeto de la fe. Así, pues, preciso es que haya predicadores que vayan por todas partes en donde pueda hallarse almas capaces de obtener la salvación invocando el nombre bendito. Por consiguiente, se impone el apostolado para el mundo entero, que aclamará con entusiasmo á los portadores de la vida. Así se justifica la misión de Pablo entre los gentiles, no obstante la hostilidad judía que halla irreductible en todas partes. ¡Pobre Israel ignorante de su misión! No sólo no ha comprendido el papel de sembrador de la Buena Nueva que Dios le había asignado, sino que ni siquiera ha querido recibir esta Buena Nueva cuando se ha presentado á él.

«Pero no todos obedecen al Evangelio. Porque Isaías dice: Señor, ¿quién creyó á nuestro anuncio ⁽³⁾? Luego la fe

(1) *Joel*, II, 32, citado exactamente según los Setenta. El Profeta se refiere con estas palabras á los tiempos del Mesías.

(2) Este texto se encuentra abreviado en *Nahum*, I, 15, pero está tomado ciertamente de *Isaías*, LII, 7, y se refiere á la evangelización del mundo entero. Pablo sigue en él al hebreo, con preferencia á los Setenta, que habían traducido mal el original, y se contenta con suprimir *sobre las montañas* y poner el plural en vez del singular para notar la feliz multiplicidad de los mensajeros del Evangelio.

(3) *Isaías*, LIII, 1, citado, según los Setenta, que añadieron al hebreo el

es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo. Mas pregunto: Qué ¡no han oído? Sí, ciertamente, pues por toda la tierra salió el sonido de ellos, y hasta los cabos de la redondez de la tierra la palabra de ellos ⁽¹⁾. Mas pregunto: Pues qué ¡Israel no lo ha conocido? Moisés dice el primero: Yo os provocaré á celos con una que no es gente, yo os moveré á ira con una gente ignorante ⁽²⁾. Y resueltamente Isaías osa añadir ⁽³⁾: Fuí hallado de los que no me buscaban; claramente me descubrí á los que no preguntaban por mí. Y acerca de Israel dice: Todo el día abrí mis manos á un pueblo incrédulo y rebelde.»

He ahí el desenlace trágico definitivamente establecido según los Profetas. Mientras que los mensajeros del Evangelio predicaban, con suficiente esplendor para imponerla al mundo entero, la nueva de la salvación para todos, se produjo el fenómeno, predicho desde los tiempos de Moisés y de Isaías, de que los gentiles, este vil rebaño de seres humanos despreciables y despreciados—tal es el sentido de *Goim*,—que vivían sin verdadera moral, por cuanto no conocían al verdadero Dios, absorbidos por la materia,

término *Kópe*. Esta profecía anuncia la repulsión producida en Israel por el Mesías humillado y víctima. La palabra *ἀκοή*, que se vuelve á encontrar en el versículo siguiente, significa la audición y al propio tiempo la cosa oída.

(1) Para hacer notar Pablo el esplendor con que el Evangelio había ya sido difundido por el mundo, toma del *Salmo XVIII*, 5, lo que en él se dice de los astros que anuncian magníficamente á los hombres la gloria de Dios, y aplica el pasaje á los predicadores del Evangelio. La cita es según los Setenta. Pero al propio tiempo que hace suyas las palabras del Salmista, no podría querer decir aquí, como tampoco hace un momento á propósito del *Deuteronomio*, que habían sido pronunciadas á propósito de los Apóstoles.

(2) *Deuter.*, XXXII, 21. Estaba, pues, previsto desde Moisés. En efecto, tal es el sentido de la palabra *πρώτος*. El gran legislador había anunciado esta venganza de Dios contra Israel infiel. Un pueblo que no merece este nombre, ó á lo más un pueblo degradado y sin inteligencia; un pueblo que no responde en modo alguno á lo que Dios quiere ver en un pueblo (comp. IX, 25, y *I Pedro*, II, 10), será el objeto de los favores celestiales y excitará así hasta el furor los celos de Israel postergado. Los verbos *παραζηλώσω* y *παροργισάω* caracterizan muy bien las disposiciones de los judíos respecto de los gentiles que aceptan el Evangelio.

(3) *Is.*, LXV, 1 y 2, en donde el Profeta muestra á los gentiles llegando á la verdad, en tanto que los judíos rehusan obstinadamente los avances del amor divino.

sin sospechar nada fuera de ella, encontrasen de repente la luz, la revelación súbita de la verdad, la faz misericordiosa de Dios. Sin vacilar, con entusiasmo, en un arranque de confianza filial, se dirigieron á Él, en tanto que Israel, celoso de esta vuelta del hijo pródigo, negándose á entrar con él en el reino abierto á todos, ha preferido permanecer obstinadamente fuera, y el Padre celestial, tendiéndole inútilmente los brazos sin cansarse, llamándole con sus más tiernas invitaciones, le ve alejarse insensible, rebelado y perverso.

«Digo pues: ¿Por ventura ha desechado Dios á su pueblo? No por cierto. Porque también yo soy Israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín ⁽¹⁾. No ha desechado Dios á su pueblo, al que conoció en su presciencia. Ó ¿no sabéis lo que dice en la historia de Elías ⁽²⁾ la Escritura, cómo se queja ⁽³⁾ á Dios contra Israel? Señor, exclama, mataron tus profetas, derribaron tus altares, y yo he quedado solo, y me buscan para matarme. Mas ¿qué le dice la respuesta de Dios ⁽⁴⁾? Me he reservado siete mil varones, que no han doblado las rodillas delante de Baal ⁽⁵⁾.

(1) Al ponerse á sí mismo como ejemplo, autoriza Pablo á creer que hasta entonces pocos eran los judíos que vivían en Roma convertidos por él.

(2) La expresión *ἐν Ἱσραήλ*, para decir *en la historia de Elías*, era muy común. Este pasaje de *III Reyes*, XIX, 10, 14, 18, está citado bastante libremente según los Setenta. Los Profetas muertos son puestos por él ante los altares destruidos. Estos altares eran los que los israelitas fieles, impedidos por sus reyes de ir á adorar á Jehová en Jerusalén, habían creído poder elevar sobre las alturas á pesar de la prohibición divina, *Levít.*, XVII, 8, 9; *Deut.*, XII, 13, 14.

(3) El verbo *ἐντυγχάνειν*, *interceder*, *κατά*, *contra*, indica lo que había de extrañar en la situación del Profeta, quien, no obstante ser intercesor suyo, nacido de Israel, veíase reducido á acusarlo.

(4) La expresión *κηρηματισμός*, que recuerda el *κηρηματισθέντες* aplicado, *Mat.*, II, 12, á los Magos que reciben en sueños un aviso del cielo, y el *κηρηματισμένον* de *Lucas*, II, 26, se entiende de toda respuesta de Dios al hombre. Comp. *Hechos*, X, 22; *II Mac.*, 4, etc.

(5) Nótese que Pablo toma aquí á Baal por un nombre femenino, y pone *τῆ* en vez del *τῷ* que llevan los Setenta en este pasaje. Verdad es que en muchos puntos lo emplean igualmente éstos como femenino, *Sof.*, I, 4; *Oseas*, II, 8; *I Reyes*, VII, 4, y comúnmente en *Jeremías*. Como nadie ignoraba que Baal era el dios, y Astarté la diosa, se ha procurado explicar esta imposición del género femenino á un dios. ¿Se debe quizás á un sentimiento de desprecio, ó á que se sobreentendía *εἰκόνη*, ó *στήλη*, designando así la estatua de Baal?

Pues así también en este tiempo ha quedado un resto por la elección de su gracia ⁽¹⁾. Y si por gracia se ha salvado, luego no por obra; de otra manera, la gracia ya no es gracia. ¿Cuál es el resultado? Lo que buscaba Israel, esto no lo alcanzó; mas los escogidos lo alcanzaron, y los demás fueron endurecidos, así como está escrito: Les dió Dios espíritu de adormecimiento, ojos para que no vean, y orejas para que no oigan hasta hoy día ⁽²⁾. Y David dice: La mesa de ellos se les convierta en red, y en lazo, y en tropezadero, y en paga. Obscurecidos sean los ojos de ellos para que no vean; y agobia cada vez más su espinazo ⁽³⁾.»

Tal es, pues, el resultado conseguido en el momento en que Pablo hace el balance del judaísmo. La masa es rechazada, y un resto escogido sigue siendo pueblo de Dios. Este resto, del que Pablo forma parte, debe su suerte feliz á la misericordia ó á la gracia de lo alto. Ésta se ha determinado para aquellos que, fieles en medio de la infidelidad general, se han negado, como los siete mil israelitas del tiempo de Elías, á doblar su rodilla ante Baal. Así mantiene Dios en parte su promesa, y no obstante la defección de la inmensa mayoría, tiene el consuelo de conservar un resto de creyentes que es aún su pueblo y recibe con gratitud la salvación. Los refractarios sufren y sufrirán por largo tiempo el castigo de su infidelidad. El pecado es un veneno lento que adormece las facultades morales del alma y crea como un estado de embriaguez ó de sopor que impide

(1) Este resto, *λείμμα*, sustraído de la masa, corresponde al verbo *κατέλιπον* por el cual se había reservado Dios una porción escogida.

(2) Pablo combina *Is.*, XXIX, 10, en donde se menciona el espíritu de adormecimiento, *thardemá*, el espíritu que deja estupefacto y adormido como un veneno, con *Deut.*, XXIX, 4, donde Moisés comprueba el castigo de Dios á Israel.

(3) *Salmo* LXVIII, 23 y 24. Pablo, según el título que lleva, lo atribuye á David, y nada obliga á conceder á la crítica reciente que no es de él. Los versículos que lo terminan pudieron ser añadidos en tiempos de la cautividad, como los que terminan el *Miserere*. La cita es según los Setenta, pero muy libre, porque éstos no mencionan más que la *red*, *εις παγίδα*, y la *trampa ó garlito*, *εις σκάνδαλον*. Pablo añade *εις θήραν*, *el lazo de caza*, el cual, sin embargo, no está en el hebreo, pero que parece una reminiscencia del *Salmo* XXXIV, 8, en los Setenta. Además muda de sitio las palabras *εις ἀντιπόδω*, *en remuneración*.

ver y oír. Así se explica el embrutecimiento de los judíos y su actitud en presencia del Mesías llegado. En adelante, todo contribuirá á confirmarlos más y más en el estado de reprobación. Su falsa seguridad religiosa, su prosperidad material, su loca confianza en sí mismos no lograrán otra cosa que hacer más irreparable su pérdida, por lo que se los verá, encorvados sobre la tierra, bajo el peso de la cólera divina y de la indignación de los hombres, atravesar los siglos, para enseñar á todo el mundo que no se resiste impunemente á las direcciones del cielo.

Pero ¿no hará Dios salir algo consolador de tan terrible castigo? Tal es la pregunta que se formula ahora el Apóstol.

«Pues digo: ¿Qué, tropezaron sólo para que cayesen? No por cierto; mas por el tropiezo de ellos vino la salud á los gentiles, para incitarlos á celos. Y si el pecado de ellos son las riquezas del mundo, y el menoscabo de ellos las riquezas de los gentiles, ¿cuánto más la plenitud de ellos? Porque con vosotros hablo, gentiles ⁽¹⁾: Como Apóstol de las gentes, me esfuerzo en que ⁽²⁾ mi ministerio fructifique, por si de algún modo puedo mover á emulación á los que son mi propia carne ⁽³⁾, y hacer que se salven algunos de ellos; porque si la pérdida de ellos es la reconciliación del mundo, ¿qué será su restablecimiento, sino vida saliendo de entre los muertos ^{(4)?}»

(1) Hay en estas palabras una nueva prueba de que la Iglesia de Roma había salido en su inmensa mayoría de la gentilidad.

(2) Tal es el sentido probable de *δοξάζω*, que no debe entenderse como si Pablo apuntase á la apología que en ocasiones se ve obligado á hacer de su apostolado, *Hechos*, XV, 12; XXI, 19; *II Cor.*, X, XI, XII, apología que antes irritaba que reducía á los judíos.

(3) Llama á los judíos *su propia carne*, *μον τὴν σάρκα*, porque realmente son sus hermanos, pues tienen los mismos antepasados y la misma sangre.

(4) Hanse preguntado algunos qué es lo que el Apóstol quería decir con las palabras *ζωὴ ἐκ νεκρῶν*, *la vida que procede de los muertos*. Comúnmente se entiende por esto la resurrección de los muertos ó la palingenesia universal que seguirá á la conversión de los judíos y cerrará la obra del Evangelio aquí bajo. Varios dulcifican este sentido diciendo que, á partir de la conversión en masa de los judíos, habrá una era de satisfacción y de alegría general, como en la resurrección de los muertos. ¿Por qué no admitir que se trata del supremo desarrollo de la vida allí donde todo parecía muerto, es decir, en el judaísmo condenado durante largos siglos á la incredulidad y á la muerte del pecado?

De este modo saca Dios bien del mal. La infidelidad de Israel facilitó la entrada en masa de la gentilidad en el reino de Dios; desde luego porque los judíos, mostrando obstinada hostilidad á los mensajeros de la Buena Nueva, les obligaron á volver sus ojos á los gentiles; después porque, cesando de ser en su mayor parte judía, emancipóse la Iglesia de la Sinagoga y de las prácticas que hubieran desanimado á los prosélitos paganos; finalmente, porque los judíos, de ordinario mal vistos y detestados en los centros civilizados en que se hallaban establecidos, ofrecían el grave riesgo, en el caso que todos se hubieran convertido al Cristianismo, de comprometer la causa del Evangelio con su propia causa. Su negativa temporal favoreció, pues, la libre y plena expansión de la nueva religión, y su falta hizo la dicha del mundo entero.

Cuando se hayan cumplido los designios de Dios sobre la gentilidad, Israel, comprobando su largo descarrío y su profunda miseria, volverá á entrar, por fin, en sí mismo; y avergonzado de no tener ni siquiera pan, él, el hijo primogénito, cuando todo el mundo, con el pródigo arrepentido, vive feliz en la casa de su padre, se levantará, animado de tardía emulación, para volver á ocupar su puesto en el hogar, puesto que hacía mucho tiempo que estaba vacío. Entonces se producirá el *πλήρωμα*, la familia completa. Pablo no pierde de vista este porvenir, y, no obstante ser el Apóstol de las gentes, trabaja por conquistar á sus hermanos según la sangre. Si con su alejamiento no han impedido esos ciegos obstinados que se estableciese y difundiese el reino de Dios, ¿qué triunfo no le asegurarán el día que aclamen generosamente en masa la realeza de Cristo tanto tiempo desconocido por ellos? Será esto algo así como una resurrección general, y la humanidad cantará llena de dicha el hosanna de la redención universal.

Esta visión de lo por venir determina á Pablo á hacer observar á los gentiles que si, de una parte, deben guardarse de menospreciar al Israel despojado de sus derechos,

por otra deben velar constantemente sobre sí mismos, á fin de no perder el divino favor de que son objeto.

«No olvidéis que si las primicias son santas, lo es también la masa; y si la raíz ⁽¹⁾ es santa, también los ramos. Y si algunos de los ramos fueron quebrados; y tú, siendo acebuche, fuiste ingerido en lugar de ellos, y has sido hecho participante de la raíz y de la grosura de la oliva ⁽²⁾, no te jactes contra los ramos. Porque si te jactas, piensa que tú no sustentas á la raíz, sino la raíz á ti ⁽³⁾. Pero dirás: Los ramos han sido quebrados, para que yo sea ingerido. Bien; por su incredulidad fueron quebrados; mas tú por la fe estás en pie; pues no te engrías por eso, mas antes teme. Porque si Dios no perdonó á los ramos naturales, quizás ni te perdonará á ti. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad para con aquellos que cayeron; y la bondad de Dios para contigo, si permanecieres en la bondad; de otra manera serás tú también cortado. Y aun ellos, si no permanecieren en la incredulidad, serán ingeridos, pues Dios es poderoso para ingerirlos de nuevo. Porque si tú fuiste

(1) Las expresiones que el Apóstol emplea aquí para traducir por una imagen su pensamiento, ἀπαρχή y φυτόμα, se refieren muy probablemente á esas primicias de la pasta, ἀπαρχή τοῦ φυτόματος, que, según Núm., XV, 19-21, todo israelita, entrado en posesión de la tierra prometida, debía regularmente ofrecer al Eterno en cada hornada de pan que cociera. V. los regimientos de los rabinos sobre esta ofrenda en Saalschütz, *D. Mos Recht*, I, p. 347, y Filón, *de Sac. hon.*, II, p. 232. Ofreciendo á los sacerdotes el pastel de las primicias de la masa de pan, dábase cierto carácter sagrado á toda la hornada. Algunos exégetas entienden por ἀπαρχή las primicias de los frutos de la tierra, y más particularmente la gavilla de trigo con que se consagraba la cosecha á Dios, *Levít.*, XXIII, 10. Sin embargo, como las palabras elegidas por el Apóstol se hallan exactamente en la versión de los Setenta, en el libro de los Números, la cuestión parece resuelta.

(2) La palabra συγκοινωνός, *coparticipando* de la raíz y de la grasa, τῆς ῥίζης καὶ τῆς πύκτης, del olivo, expresa muy felizmente la comunidad de vida que se establece en la Iglesia de Dios entre los recién llegados y los que ya estaban en ella desde el principio. La savia divina que había en las raíces y el tronco circula al punto y va á producir frutos en las nuevas ramas.

(3) En efecto, los gentiles se han establecido en lo que existía antes de su llegada. Reciben la salvación por los judíos, no la han llevado á éstos. No sólo su desdén por los que quedan como núcleo primero de la Iglesia sería injusto, sino que sus disposiciones para con los que desgraciadamente se han desprendido de este núcleo serían culpables, si, en vez de traducirse en caritativa compasión, fuesen un orgulloso triunfo. Nada de presunción, sino humilde gratitud y caridad.

cortado del natural acebuche, y contra natura has sido ingerido en buen olivo, ¡cuánto más aquellos, que son naturales ⁽¹⁾, serán ingeridos en su propio olivo!»

Por medio de dos imágenes quiere dar á comprender el Apóstol la relación en que se encuentran con el Israel de Dios los gentiles llegados al Evangelio. Por decaído que esté Israel, no deja de conservar privilegios, una misión, derechos originarios y, finalmente, un carácter sagrado. Sus padres, los Patriarcas, primicias que se ofrecían á Dios en la santidad de su vida, le depararon la preeminencia de ser una nación escogida, un pueblo preferido y bendito. Ocurrió con él lo que con la pasta, la cual, por el pastel que se sacaba de ella para ofrecerlo en primicias el representante de Dios, recibía una consagración real. Pero esta imagen no mira más que á una relación completamente externa entre Israel y Dios ⁽²⁾. Desde luego no permite á Pablo distinguir entre los judíos que quedan constituyendo el verdadero Israel y los que por su obstinada incredulidad han cesado de constituirlo. Ahora bien, es este un punto importante, por el cual entiende explicar la entrada en escena de los gentiles. Escogió, pues, otra, la cual, sin prestarse todavía á traducir todo su pensamiento, le lleva por modo completamente natural á la sustitución de la parte infiel de Israel con los gentiles. Tal es la del injerto. Sin inquietarse por la falta de exactitud que ofrece desde el punto de vista de como se practica en el orden de la naturaleza ⁽³⁾, quiere Pablo poner de relieve el fenómeno que

(1) El pueblo judío, más que los otros, ha sido hecho para Dios, y cuando vuelva á Dios volverá á entrar en su vocación primera. Entre él y el reino de Dios hay, como dice muy bien Godet, «una especie de afinidad esencial y de armonía preestablecida.»

(2) Comp. *I Cor.*, VII, 14.

(3) Orígenes, VIII, 10, p. 264, observando la inexactitud que, á primera vista, ofrece la imagen escogida por el Apóstol, dice: «Ordine commutato, res magis causis, quam causas rebus aptavit.» Algunos pretenden que los orientales injertan á veces ramas de árbol silvestre en el olivo decrepito para rejuvenecerlo, y citan en apoyo de esto los versos de Paladio, *Agric.*, XIV, 53: «Faecundat sterilis pingues oleaster olivas, Et quae non novit muneris ferre docet.» Comp. Michaelis, *Orient. Bibl.*, X, p. 67, y nota, p. 129. Sin embargo, en nuestros viajes por Palestina y el Líbano, preguntamos con

se produce en el orden de la gracia. En realidad, sabemos que el agricultor injerta siempre el buen árbol en el tronco silvestre, y no éste en aquél. El tronco silvestre proporciona su savia vigorosa; el otro asegura frutos hermosos y suaves. Pero el Apóstol hace abstracción de estas propiedades respectivas, por esenciales que sean, y todo su pensamiento se fija en las ramas extrañas que vienen á asimilarse la vida del árbol plantado hace ya tanto tiempo. Este árbol es el verdadero pueblo de Dios, del cual aparta la severa justicia á los malos israelitas, como ramas secas, y en el cual la misericordiosa bondad injerta á los gentiles que se han hecho creyentes. Para acabar de mostrar que, al olvidar las leyes reales de la naturaleza, no quiere ver más que las de la gracia, llega á suponer que aun las ramas cortadas pueden ser reintegradas en el árbol. Un agricultor hubiese retrocedido ante esta hipótesis, pero él la formula con satisfacción, y la esperanza de poner de relieve todo su pensamiento le autoriza á hacer poco caso de la armonía perfecta en la comparación.

Los teólogos que han fundado en la Epístola á los Romanos sus rígidas teorías sobre la predestinación, no pueden dejar de mostrarse muy embarazados ante la importancia decisiva que Pablo da aquí al libre albedrío en la cuestión de la salvación. Las ramas simbólicas han sido cortadas, no en razón de un decreto arbitrario de Dios, sino por causa de su incredulidad. Los injertos se yerguen vivientes en el árbol en razón de su fe, y sólo permanecen en él á condición de que perseveren en esta fe. Una justicia severa y una misericordia amorosa dirigen, pues, la acción providencial aquí bajo. Sólo que todo depende de tal modo de la elección del hombre en su plena libertad, que las ramas, cortadas porque habían disgustado al padre de familia, podrán volver á su puesto cuando le hayan dado

frecuencia sobre esto, y ningún agricultor dió muestras de conocer semejante práctica. Lo más sencillo es decir que Pablo se cuidó mucho más de lo ocurrido entre gentiles y judíos que del injerto regular del olivo. Evidente es que los gentiles fueron los que se injertaban en el árbol del judaísmo y que los gentiles son el olivo silvestre.

satisfacción. Esta posibilidad no es un sueño casual, sino que se realizará un día.

«¡Cuán engañados iríais, hermanos, si siguiesen aquí las previsiones de vuestra propia sabiduría! No quiero que ignoréis este misterio ⁽¹⁾, que la ceguedad ha venido en parte á Israel ⁽²⁾, hasta que la plenitud de las gentes ⁽³⁾ haya entrado en el reino de Dios ⁽⁴⁾. Entonces todo Israel ⁽⁵⁾ se salvará, como está escrito: Vendrá de Sión el libertador, que desterrará la impiedad de Jacob. Y esta será mi alianza con ellos, cuando quitare sus pecados ⁽⁶⁾. En verdad, cuanto al Evangelio, son enemigos por causa de vosotros; mas cuanto á la elección, son muy amados por causa de sus padres. Pues los dones y vocación de Dios

(1) Aquí, como *Mat.*, XIII, 11, es preciso tomar el término *μυστήριον* en el sentido de un hecho, en sí muy comprensible, referente al establecimiento del reino de Dios, pero que no se sospecharía si alguien investido de autoridad no lo revelase.

(2) Evidentemente, aquellos á quienes se dirige no son judíos, sino cristianos procedentes de la gentilidad.

(3) Algunos sólo quieren entender por *τὸ πλήρωμα τῶν ἐθνῶν* el número de los paganos que se necesitarán para llenar el vacío producido por la defección de los judíos. Pero ¿qué significaría la conversión final de Israel, si se ocupara así su puesto? La palabra *πλήρωμα* se toma ciertamente aquí en el mismo sentido que en el vers. 12, en el que significa el conjunto del pueblo judío. Esta entrada ó conversión de los gentiles, como nación, no como individuos, se hará sucesivamente, durante este lapso de tiempo indeterminado y llamado, *Luc.*, XXI, 24, *καίροι ἐθνῶν*, *los tiempos de las naciones*.

(4) El texto lleva simplemente *εἰσελθῆναι*, *haya entrado*; pero este verbo se emplea con tal regularidad para indicar la entrada en el reino de Dios, *Mat.*, VII, 13, XXIII, 13; *Luc.*, XIII, 24, que se puede determinar aquí todo su alcance sin temor de añadir algo á la frase de Pablo.

(5) El sentido de estas palabras *πᾶς Ἰσραὴλ* es ciertamente aquí como *II Paralip.*, XII, 1, *Israel por completo, la nación israelita en masa, la casa de Israel*; *Hechos*, II, 36. Lo cual no significa que algunos individuos no puedan, á pesar de esto, permanecer fuera de la salvación. Se trata ahora, como hace un momento á propósito de los gentiles, del conjunto del pueblo judío. V. San Gregorio papa, *Hom.*, XII, *in Ezeq.*; San Agustín, *Civ. Dei*, XX, 29, y comúnmente todos los Padres de la Iglesia.

(6) Esta cita hasta *ὅταν*, *cuando*, es de *Isaías*, LIX, 20, 21. Las palabras que siguen parece que son de XXVII, 9, ó de *Jeremías*, XXXI, 3. La combinación de los dos textos, hecha poco más ó menos según los Setenta, ofrece, sin embargo, una variante de mucha importancia. Pablo hace decir que el libertador saldrá de Sión, cuando el texto llevaba *en favor* de Sión, *Le Tsión*. Leyó *ἐκ* en vez de *ἐνεκεν*, que era la verdadera traducción del hebreo y se acomodaba mejor á su tesis. Por lo demás, el sentido profético del pasaje es que Israel tendrá por fin, sin duda alguna, parte en la salvación.

son inmutables. Porque como también vosotros en algún tiempo desobedecisteis á Dios, y ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también éstos ahora han desobedecido, para que, por la misericordia que se ha hecho para con vosotros, ellos alcancen también misericordia. Porque Dios á todos encerró ⁽¹⁾ en desobediencia para usar con todos de misericordia.»

Tal es la última palabra del plan divino: misericordia universal correspondiente á la infidelidad universal. Las dos grandes fracciones de la humanidad, cada una á su vez, habrán tenido su época de descarrío, y de este mal hará salir Dios su gloria afirmando su indefectible amor. Por el momento la gentilidad es la que representa el papel feliz, pero daría muestras de conocer muy mal el último pensamiento divino si supusiera que Israel es rechazado por siempre jamás. Á pesar de haberse convertido en enemigo de Dios, no es menos amado de Dios, que no olvida las promesas á los patriarcas, y que no cesará nunca de incitar con sus llamamientos misericordiosos al infiel ⁽²⁾, á quien entiende probar que sus dones son sin arrepentimiento. Israel ha sido apartado del reino porque, en su ceguera, rehusaba proclamarlo, ó porque, en su egoísmo, quería cerrar la puerta de él á los otros. Esto era justicia. Gracias á esta infidelidad, los gentiles entraron primero; pero á su vez, reivindicará él su puesto, cuando por fin se sienta tocado por el espectáculo de la misericordia divina ejercitándose sin cesar sobre todos los pueblos paganos dóciles á su acción. Lo reducirá un santo celo. Los Profetas anunciaron esta vuelta final. Pablo la afirma aquí; sólo que observa que la tardía incorporación de Israel al reino no tendrá por efecto la exclusión de los gentiles. Habiendo hecho Dios sentir á todos que, por sí mismo, sólo sabe

(1) El verbo *συνέκλεισεν* indica el acto divino por virtud del cual judíos y gentiles han sido sucesivamente encerrados en el círculo de la desobediencia y del pecado, con la perspectiva de hacerlos salir de él por una misma vía, la de la gracia ó de la misericordia.

(2) La ternura de Dios con respecto á los padres se ejercita sobre los hijos hasta la milésima generación. *Exodo*, XX, 6; comp. *Malaq.*, IV, 6; *Luc.*, I, 17.

el hombre desobedecer y pecar, se complacerá en mostrar hasta dónde llega su bondad envolviendo á la humanidad entera, por lo menos hasta donde ella se preste, en su indulgencia infinita. Un solo rebaño bajo un solo pastor; he ahí la armoniosa unidad que constituirá, tras diversas peripecias, el género humano redimido y salvado.

«¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán inescrutables ⁽¹⁾ son sus juicios, é incomprensibles sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? O ¿quién fué su consejero ⁽²⁾? O ¿quién le dió á él primero, para que le sea pagado ⁽³⁾? Porque de él, y por él, y para él ⁽⁴⁾ son todas las cosas; ¡á él sea gloria por los siglos! Amén.»

Tal es el grito de admiración que lanza el Apóstol al terminar sus consideraciones sobre la obra de Dios en la humanidad. El vigoroso pero perturbador cuadro que ha esbozado se yergue ante él, y, como arrebatado por el vértigo, deteniendo su mirada en las graves y misteriosas cuestiones suscitadas, parece que oculta la cabeza entre las manos para proclamar con santa emoción la insonda-

(1) Mientras que ἀνεξερεύνητα, que no podrían ser escrutados á fondo, indica la profundidad insondable de los decretos divinos, ἀνεξιχνίαστοι, que no pueden ser apreciados en sus huellas, se refiere á la variedad y multiplicidad de los medios de ejecución.

(2) El Apóstol se apropia aquí el pasaje de *Isaías*, XL, 13, exactamente según los Setenta. El *Apocalipsis* de *Baruc*, XIV, 8, 9; XX, 4; XXI, 10, contiene pasajes análogos: «Quis dominator, Domine, assequetur iudicium tuum? aut quis investigabit profundum viae tuae? aut quis supputabit gravitatem semitae tuae?... etc.»

(3) Se trata también aquí de una cita escrituraria, quizás *Job*, XLI, 2, según el hebreo: *¿De quién soy deudor? Yo le pagaré.* Más acertado sería quizás ver aquí un versículo interpolado en los Setenta. *Isaías*, XL, 14, sostenido por antiquísimos manuscritos, A y V, y que Pablo leía quizás en la Biblia.

(4) Tres proposiciones indican aquí el soberano dominio de Dios sobre todas las cosas. Todo es *de* Él, *ex*, porque Él es la causa primera, el creador, de donde todo precede. Todo subsiste y vive *por* Él, *διὰ*, porque nada podría continuar siendo ni obrar sin su concurso. Finalmente, todo es *para* Él, *eis*, como para su fin último. Varios Padres de la Iglesia, San Ambrosio, San Hilario y aun San Agustín, han visto en cada una de estas tres afirmaciones, una relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero no vemos que el contexto pida esta distinción de las tres personas, y ni San Crisóstomo ni Teofilacto la entrevieron.

ble profundidad de un plan providencial que no se atreve á escrutar más. Riqueza inagotable en los medios, victoriosa sabiduría en su combinación, presciencia y dirección de los acontecimientos y de los hombres, todo se revela en él en las proporciones de lo infinito; por lo que no es de sorprender que la inteligencia humana se crea insuficiente, ya para comprender la idea primera que la dirige, ya para seguir las diversas condiciones de su desarrollo. ¡Gloria á Dios, dueño absoluto del hombre, al que ha llamado á la existencia; del hombre al que tiene, por su concurso perpetuamente activo, como suspendido sobre el abismo de la nada; del hombre, que debe volver á Él como á su fin último! ¡Gloria por los siglos de los siglos! El mundo no existe más que para esto.

Así termina este magistral estudio sobre la marcha de la salvación en la humanidad. Pablo pasa al punto á las exhortaciones prácticas que lógicamente se relacionan con ella. La fe, cuyo papel primero y decisivo para la justificación tan fuertemente ha caracterizado, supone las obras; de lo contrario sería muerta y no podría reputarse verdadera fe. Sólo probándose con actos opera la salvación.

«Y así os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos á Dios en hostia viva, santa, agradable á Dios, que es el culto racional ⁽¹⁾ que le debéis. Y no os modeléis con este siglo ⁽²⁾, sino transformaos en novedad de vuestro espíritu, para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo hermoso, lo perfecto ⁽³⁾.»

(1) Por τὴν λογικὴν λατρείαν, hay que entender el acto completamente moral y espiritual por medio del cual hace el hombre lógicamente á Dios el homenaje de todo su ser. Es un sacrificio en el cual la razón se une al amor para inmolar la víctima.

(2) El siglo ó edad presente está caracterizado por la inmoralidad general, *Efes.*, II, 2; *Galat.*, I, 4; *II Cor.*, IV, 4. No hay que tomar ejemplo de él, *συνσχηματίζεσθαι*, en pasiva, con sentido reflexivo, sino *μεταμορφοῦσθαι*, con la renovación de la inteligencia.

(3) Varios hacen de τὸ ἀγαθόν κ. τ. λ. adjetivos que se refieren á θέλημα Θεοῦ, pero es más natural tomar estas palabras sustantivamente y en oposición á θέλημα. La expresión εὐάρεστον, lo que agrada, puede tomarse por lo bello.

Los romanos á que Pablo se dirige son creyentes, y desde luego se han dado á Dios, en su alma, por el acto de fe, que mata todo lo que es del hombre, para no dejar vivir ni fructificar más que lo que es de Dios. Sólo les falta ya constituirse, aun en lo exterior, en su cuerpo, víctimas consagradas á Dios; pero, al revés de la religión mosaica, víctimas vivientes y libres en sus sacrificios, santas, no solamente desde el punto de vista simbólico del ritualismo legal, sino en toda la realidad de los hechos, y, desde luego, agradables á los ojos de Dios. Semejante sacrificio, según el espíritu y en la plena independencia del alma, es realmente digno del hombre racional. Se lleva á cabo repudiando la manera de ser de los que todavía no han aceptado á Jesucristo, y realizando el tipo de la nueva humanidad por una transformación radical de todo nuestro ser. Esta transformación deberá producir en el alma la facultad de discernir lo verdadero de lo falso, el bien del mal, sin peligro de sacrificar en adelante á las ilusiones del egoísmo y de la carne, y con la certeza de elegir lo que Dios quiere. Sus frutos serán desde luego la humildad y la caridad con relación á hermanos.

«Pues, por la gracia que me ha sido dada ⁽¹⁾, digo á cada uno de los que están entre vosotros que no tenga más alto concepto de sí ⁽²⁾ que el que debe tener, sino que piense de sí con templanza, y cada uno como Dios le repartió ⁽³⁾ la medida de la fe. Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, mas todos los miembros no tienen una misma operación, así muchos somos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno somos miembros los unos de los otros ⁽⁴⁾.

(1) Así justifica el Apóstol su derecho de dirigir á la Iglesia de Roma no sólo una enseñanza doctrinal, sino avisos para la conducta de la vida.

(2) El verbo *ὑπερφρονεῖν* significa *pensar más de sí*, *παρ' ἑδὲ φρονεῖν*, *de lo que hay que pensar*, y Pablo lo da como opuesto *σωφρονεῖν*, que significa *pensar sabiamente de uno mismo*.

(3) Esto se refiere probablemente á la fe como signo y medida de la vida cristiana, y, por consiguiente, de los dones ó carismas que á ella se refieren.

(4) Pablo expresa suscitadamente lo que había expuesto *I Cor.*, XII. Ocurre con la Iglesia, cuerpo de Cristo, lo que con el cuerpo del hombre,

Así, teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, ejerzámoslos: el de profecía, en proporción de nuestra fe ⁽¹⁾, el del ministerio ⁽²⁾, concretándose al ministerio; el de la enseñanza, aplicándose á enseñar; el de exhortación, á exhortar; el que reparte limosnas, hágalo con sencillez ⁽³⁾; el que tiene la dirección de los demás, ponga en ello su celo; el que ejerce las obras de misericordia, practíquelas de todo corazón ⁽⁴⁾.

»El amor sea sin fingimiento. Aborreciendo lo malo, aplicándoos á lo bueno; amándoos recíprocamente con amor fraternal; adelantándoos para honraros los unos á los otros; en hacer bien, nada perezosos; fervorosos de espíritu; obrando siempre con oportunidad ⁽⁵⁾; en la esperanza, gozosos; en la tribulación, sufridos; en la oración, perseverantes; socorriendo las necesidades de los santos; ejercitando la hospitalidad. Bendecid á vuestros perseguidores ⁽⁶⁾, bendecidlos, y no los maldigáis. Gozáos con los que se gozan; llorad con los que lloran; sintiendo entre vosotros una misma cosa; no aspirando á cosas altas, sino acomodándoos á las humildes. No seáis sabios en vuestra opinión.

»No paguéis á nadie mal por mal; procurad lo bueno, delante de todos los hombres. Si ser puede, cuanto esté de vuestra parte, tened paz con todos los hombres; no os venguéis vosotros mismos, muy amados, mas dad lugar á la ira

que tiene, con la multiplicidad de miembros, diversidad de funciones. Así como en el organismo humano un miembro se convierte en auxiliar de otro y su miembro, como dice Pablo, el ojo viendo por el brazo, el brazo obrando por la cabeza, así en la Iglesia cada fiel, conservando su puesto, debe servir á su hermano y ayudarle con sus dones.

(1) Tomamos la fe en el sentido subjetivo, «fides qua creditur,» pero podríamos tomarla también en el sentido objetivo: «fides quae creditur.»

(2) La *διακονία*, se entiende de las diversas funciones confiadas á ciertos miembros de la comunidad cristiana, y de las cuales, las más elevadas eran las de los diáconos, presbíteros y obispos. Cada una debe limitarse á su misión.

(3) Esto es, sin buscarse á sí mismo, *ἐν ἀπλότητι*, sin tener en cuenta el honor ó consideración que de la limosna puede provenir.

(4) La expresión *ἐν διαρότητι* indica la risueña complacencia con que se debe socorrer á los menesterosos.

(5) Nosotros leemos *τῆ κайρῆς*, en vez de *τῆ κυρίως*, que parece fuera de lugar en la enumeración de los consejos aquí desarrollados.

(6) Es una especie de repetición de *Mat.*, V, 44, y *Luc.*, VI, 28.

de Dios, porque escrito está: A mí me pertenece la venganza, yo pagaré, dice el Señor ⁽¹⁾. Por tanto si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Porque si esto hicieras, carbones encendidos amontonarás sobre su cabeza. No te dejes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien.»

Tal es la última y sublime recomendación que debía asegurar el triunfo de la religión nueva sobre el viejo mundo. Combatir el mal con el mismo mal, equivaldría á establecer para siempre su predominio; pero ahogarle en la explosión del bien, esto es, de la caridad santa, es lo que constituye la victoria del verdadero discípulo de Jesucristo.

El tránsito brusco de la parte didáctica á la serie de exhortaciones morales cuyo comentario hemos comenzado á exponer, ha sugerido á algunos críticos la creencia de que los capítulos XII, XIII y XIV pertenecen á otra epístola. Pero ¿quién ignora la facilidad con que Pablo varía el tono de su enseñanza? Y por otra parte, ¿acaso la Iglesia Romana no necesitaba más que la exposición del dogma cristiano ó del objeto de la fe? Pero ¿qué sería la fe sin las obras? Por eso las enumera cuidadosamente en su variedad y en la doble esfera en que se desenvuelve la vida, según que sea religiosa ó civil. He aquí, en efecto, la segunda parte del programa cristiano.

«Toda alma ⁽²⁾ esté sometida á las potestades superiores ⁽³⁾; porque no hay potestad, sino de Dios ⁽⁴⁾; y las que

(1) *Deuter.*, XXXII, 35, citado según los Setenta y bastante libremente. El texto hebreo dice: «A mí la venganza y la retribución.»

(2) Quizá el Apóstol dice: *toda alma* y no *todo hombre*, porque entiende que la sumisión á los poderes públicos debe proceder de la reflexión que implica lógicamente el obrar con conciencia de lo que se hace. Pero también pudiera ser un hebraísmo designando sencillamente al individuo.

(3) Esto es, á todo lo que se halla investido de carácter oficial para ejercer el mando. La autoridad suprema, en efecto, se subdivide en una serie de autoridades particulares.

(4) Siendo la sociedad de origen divino, también lo es la autoridad, principio y condición indispensable de aquella. Por consiguiente, las personas á quienes se les confía esta autoridad tienen una especie de carácter sagrado y se les debe respeto y obediencia. Josefo, *B. J.*, II, 8, 7, dice á propósito de los Esenios: «τὸ πιστὸν αἰεὶ παρέχειν πᾶσι, μάλιστα δὲ τοῖς κρατοῦσιν, οὐ γὰρ δίχα Θεοῦ περιγίνεσθαι τιμὴ τὸ ἄρχειν.»

son, de Dios son ordenadas. Por lo cual el que resiste á la potestad, resiste á la ordenación de Dios; y los que le resisten, ellos mismos atraen á sí la condenación. Porque los magistrados no son para temor de los que obran lo bueno, sino lo malo. ¿Quieres tú no temer á la potestad? haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es ministro de Dios para tu bien. Mas si hicieras lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada ⁽¹⁾. Pues es ministro de Dios; vengador en ira contra aquel que hace lo malo. Por lo cual es necesario que le estéis sometidos, no solamente por la ira, mas también por la conciencia. Por esta causa pagáis también tributos; para sostener á estos funcionarios que, representantes de Dios ⁽²⁾, velan continuamente por el bien público. Pues pagad á todos lo que se les debe: á quien tributo, tributo; á quien impuesto, impuesto; ⁽³⁾; á quien temor, temor; á quien honra, honra.»

Para comprender bien la importancia de estos avisos, es preciso recordar que entre los antiguos, y particularmente en Roma, el Estado y la religión se hallaban identificados. De suerte que á muchos podía parecerles que rechazar la religión de Roma era lo mismo que sustraerse á la autoridad del Estado. Nadie ignora las persecuciones contra los cristianos á que dió lugar este prejuicio, hábilmente explotado en la época de los emperadores. Pablo quiere prevenir el peligro, y lo hace separando claramente, como Jesús lo había hecho, dos cosas que no siempre van necesariamente unidas: la religión y el Estado, la patria espiritual y la temporal, Dios y el César. Los discípulos del Evangelio no tienen por qué sustraerse á la autoridad de los poderes públi-

(1) La espada es el símbolo del derecho de castigar, sin el que ningún gobierno puede subsistir. Ulpiano, *Digest.*, I, 18, 6. § 8; Tácito, *Hist.*, III, 68.

(2) La expresión *λειτουργοί* no puede tomarse aquí como en el lib. III de los *Reyes* X, 5; *Ecclesi.*, X, 2, en el sentido de simples servidores; sino que designa á los hombres que en nombre de Dios ejercen una función santa.

(3) La palabra, *φόρος*, esto es, *δ φέρεται*, indica el impuesto que se debe pagar por los inmuebles y como cuota personal, mientras que *τέλος* parece que debe entenderse de los derechos de aduanas ú otros que corresponden á nuestras contribuciones indirectas.

cos; esto constituiría, no sólo un peligro, sino una injusticia. Al contrario deben reconocer paladinamente los derechos de esos poderes. Jesús ha dicho que el reino del Mesías no viene á destronar á los reyes de la tierra, sino para establecer en las almas la soberanía espiritual del Rey del cielo. Aténganse á tal doctrina los que se precien de discípulos de Cristo; y de este modo se mantendrán en la verdad y obrarán conforme á la sabiduría.

La mayor desgracia que hubiera podido sobrevenir, en el momento de tomar la Iglesia su puesto en el mundo, habría sido el dejar correr la creencia de que trataba de imponerse á título de rival y adversaria del Imperio. Así lo habían insinuado los judíos muchas veces, ante Pilato, en Tesalónica y en Corinto. Importaba no dar motivo á tan peligrosa calumnia, que Pablo refuta y condena en este lugar. Débese, pues, observar lealmente la doctrina expuesta que se funda en las enseñanzas del Maestro: el poder público viene de Dios; porque Dios, habiendo creado al hombre para vivir en sociedad, debe lógicamente querer la autoridad, sin la que no puede existir aquélla; los que representan esta autoridad, la representan en virtud de una disposición divina que el discípulo del Evangelio, como tal, no debe discutir, sino aceptár. Pablo no había visto los abominables abusos de mando que habían señalado los últimos días de Tiberio y los reinados del demente Calígula y del imbécil Claudio. Duraba todavía el período tranquilo con que principió el reinado de Nerón ⁽¹⁾. Y, en todo caso, en las provincias, la autoridad romana, de ordinario prudente, sostenía el orden y la justicia, sin que el Apóstol hubiera tropezado más que con ocasiones de aprovecharse de su intervención ⁽²⁾. Compréndese que le haya sido fácil prescindir de los abusos para establecer su tesis fundamental. Por otra parte jamás había creído, como

(1) Lá epístola fué escrita el año 4 de este emperador, cuando duraba todavía el *quinquenio* feliz.

(2) El modo de ver de Pablo no fué modificado por la conducta que los poderes públicos observaron más tarde contra él y contra la Iglesia. Basta leer sus cartas, escritas en la cautividad. *I Tim.*, II, 1, 2; *Tito*, III, 1.

ni tampoco su Maestro, que la Iglesia poseyera contra los tiranos, otras armas que la sencilla y noble protesta del *non possumus*, combatiendo, con su resignación valerosa y su paciente fortaleza, los poderes más violentos y despóticos, sin apelar al motín y á la insurrección. Posteriormente confirmará Juan en su Apocalipsis la misma doctrina, prometiendo el triunfo contra los perseguidores, no á la rebeldía, sino á la paciencia y fe de los santos (1). Estos respetarán la autoridad, aun en lo que tiene de injusta; sufrirán, sin rebelarse, sus injusticias; pero al mismo tiempo le recordarán con su protesta, tanto más elocuente cuanto más resignada, la contradicción en que incurre al obrar contra Dios, teniendo en Él su origen, al querer el mal, hallándose ordenada para el bien. Este comportamiento ha derribado siempre los tiranos y producido las transformaciones más felices en la historia de la humanidad. Los judíos que en Roma, Alejandría y Palestina sobre todo, siguieron otros principios, llegaron por el camino de sus revueltas y sediciones á la catástrofe final. La Iglesia sufrió la persecución por espacio de trescientos años, pero concluyó mediante su dulzura de víctima, siendo reconocida por sus mismos verdugos y asegurando su reino sin atentar á los derechos del Estado (2).

Esta enumeración de los deberes múltiples sugiere de pronto al Apóstol el pensamiento del deber principal y perpetuo, de la deuda permanente de la caridad para con el prójimo y de él habla admirablemente.

«No debáis nada á nadie, sino que os améis los unos á los otros; porque el que ama á su prójimo, cumplió el resto de la ley (3). Porque: no adulterarás; no matarás; no

(1) *Apocal.*, XIII, 10.

(2) No sólo Pedro, en su primera epístola, escrita en tiempo de persecución, observa la misma conducta respetuosa con los poderes públicos, *I Pedro*, II, 13-17, sino que también los discípulos de los Apóstoles, Clemente de Roma, *Cor.*, LX, LXI; Policarpo, *ad Phil.*, XII; Justino, *Apol.*, I, 17; Atenágoras, *Leg.*, XXXVII; Teófilo, I, 1; Tertuliano, *Apol.*, XXX, XXXIX, *ad Scap.*, II, etc., se atienen también á ella con firmeza.

(3) Según el texto: *la otra ley, τὸν ἕτερον νόμον*, esto es, todo lo que la ley parece encerrar además del mandamiento del amor, pero que, en reali-

hurtarás; no codiciarás ⁽¹⁾; y si hay algún otro mandamiento, se comprende sumariamente en esta palabra: amarás á tu prójimo como á ti mismo. El amor del prójimo no obra mal. Y así la caridad es la plenitud ⁽²⁾ de la ley.»

¡Cuán elevada y justa es la idea que Pablo se forma de la caridad! En ella ve una deuda que pagamos siempre sin acabar nunca de satisfacerla, porque el prójimo tiene derecho perpetuo á nuestro amor. Si en el día de hoy la hemos dado pruebas de afecto ilimitado, mañana deberemos continuar mostrándole un amor sin medida. Tal es la obligación impuesta por Dios, y que no cesará jamás ⁽³⁾. Con felicísimo acierto dice Pablo que es la única que admite en un discípulo del Evangelio. Toda otra carga sería indecorosa; pero ésta no sólo se tolera, sino que se impone y acepta, puesto que el único deber del cristiano es, después de amar á Dios, el de amar al prójimo, ó mejor, según el dicho de Jesucristo ⁽⁴⁾, ambos amores con una misma cosa. Como este amor del prójimo excluye los diversos perjuicios que se podría causarle, las prescripciones destinadas á servir de salvaguardia á sus derechos, se eclipsan ó desvanecen en la grande y universal ley del amor.

Para levantar á ese grado heroico á discípulos, salidos

dad, se contiene en este mismo precepto. Por eso dice el Apóstol que quien cumple éste satisface á todo lo demás (*).

(1) En esta enumeración de los preceptos de la segunda tabla, Pablo omite el falso testimonio,—no se halla, en efecto, mencionado sino en manuscritos desautorizados—y coloca el mandamiento que proscribe el adulterio antes del que prohíbe el homicidio. Esta misma inversión aparece en *Marc.*, X, 19; *Luc.*, XVIII, 20; *Santiago*, II, 11; *Filón, de Decal.*; pero no en *Mat.*, XIX, 18. Según todas las probabilidades, la razón está en el orden seguido por varios manuscritos en la versión de los Setenta.

(2) El texto dice *πλήρωμα* y no *πλήρωσις*, para indicar que el amor llena toda la ley sin dejar vacío ni lugar para cualquier otro precepto, puesto que todos se hallan en él como en su recapitulación, conforme á la palabra empleada en el versículo precedente, *ἀνακεφαλαιούται*.

(3) San Agustín, *Epist.*, 62, ha dicho muy bien: «Semper *debeo* charitatem, quae sola, etiam reddita, retinet debitorem.» Y Bengel en uno de aquellos aforismos felices que su piedad le inspiraba: «Amare, debitum immortale.»

(4) *Mat.*, XXII, 38; comp. *Gal.*, V, 14, y *Sant.*, II, 8.

(*) La Vulgata leyó: *ὁ ἀγαπῶν τὸν ἕτερον, νόμον πεπλήρωκε*, y creyó que *ἕτερος* era sinónimo de *πλησίος*.—N. del T.

de un mundo pagano donde el egoísmo imperaba como señor y parecía ser una virtud, el Apóstol experimenta la necesidad de recurrir á la perspectiva de la recompensa futura presentándola, además, como cercana.

«Cumplamos todos estos deberes ⁽¹⁾ teniendo muy presente el momento solemne ⁽²⁾ en que nos hallamos. Ya es hora de levantarnos del sueño. Porque ahora está más cerca nuestra salud, que cuando comenzamos á creer. La noche pasó, y el día se acercó. Pues desechemos las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz. Caminemos como de día, honestamente, no en glotonerías y embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendenencias y envidia, mas vestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no hagáis caso de la carne en sus apetitos.»

Una vez más da Pablo á entender que considera próxima la segunda venida del Salvador, y sería superfluo negar que, merced á una ilusión común á toda la generación apostólica ⁽³⁾, y, por otra parte, utilísima para la santificación de las almas, haya identificado la *Parusia* individual que se verifica en cada hombre al morir, con la *Parusia* final y universal que ha de extenderse á toda la Iglesia. La individual es la más cercana, y á ella se había referido Jesús al recomendar á todos que velen y estén preparados para recibir al Maestro que vuelve del banquete nupcial. En cuanto á la fecha de la otra, no había dicho sino que debían cumplirse los tiempos de las naciones. Esos tiempos son los que duran desde hace diecinueve siglos y que no dan señales de llegar todavía á su término. En todo caso, el Apóstol no se equivoca al decir á sus hermanos que la venida del Señor se aproxima rápidamente, tanto para ellos como para él; porque si la vida de los pueblos es larga, la del hombre es corta. Pasa como una noche de pesa-

(1) El texto dice sólo: «Y esto, sabiendo el tiempo, que ya es hora de levantarnos del sueño, etc.»

(2) La expresión τὸν καιρὸν tiene aquí una importancia especial; el tiempo de que se trata, no es como otro cualquiera; lleva en sí mismo algo de decisivo.

(3) Véase lo que anotamos en el volumen precedente, pág. 326.—N. del T.

dillas. Hay que apresurarse á sacudir el prolongado y total sueño, para tomar posesión real y efectiva de sí mismo y disponerse, mediante este despertar saludable, á entrar dignamente en el reino de la luz. Las obras de sensualidad, de relajación, de locura, que buscan generalmente las sombras de la noche para ocultarse, no pueden hallar su puesto allí donde el sol de la santidad se muestra. En ese lugar sólo tienen entrada las almas puras, como lo son realmente las que por la fe y las obras se han revestido de Jesucristo.

Algunos informes recibidos sobre dificultades rituales parece que determinaron al Apóstol á invocar en este punto particular el espíritu de caridad que debe reinar entre los hermanos.

«Y al que es flaco en la fe ⁽¹⁾ recibidlo ⁽²⁾, no en contestaciones de opiniones. Porque uno cree que puede comer de todas cosas; mas el que es flaco, no come sino legumbres. El que come, no desprecie al que no come; y el que no come, no juzgue ⁽³⁾ al que come, porque Dios lo ha recibido por suyo ⁽⁴⁾. ¿Quién eres tú, que juzgas al siervo ajeno? Para su señor está en pie, ó cae; mas estará firme, porque poderoso es Dios para hacerlo estar firme. Uno hace diferencia entre día y día ⁽⁵⁾; y otro considera iguales todos los días. Cada uno obre según le dicte su concien-

(1) Sería preferible traducir: *os parece débil en la fe*. En realidad, los ejemplos que se os va á proponer no suponen una fe poco sólida, sino solamente una conducta capaz de inducir á los demás á suponer que la fe de su hermano no es bastante ilustrada.

(2) La palabra *assumite* no significa: *Recibidle en vuestra comunión*, puesto que de ningún modo se dice que hubiera sido excluido de ella, sino: *Vivid con él, dadle fraternalmente la mano*, como expresa la versión siríaca.

(3) Repárese en la feliz elección de las palabras. El cristiano escrupuloso condena interiormente y considera perdido, *κρίνει*, al hermano que se cree con libertad para comer de todo, y en cambio éste mira con una especie de compasión desdeñosa el formalismo meticuloso del que en todas partes tropieza con alimentos prohibidos.

(4) Dios le ha recibido en su comunión, *assumpsit*, ¿y se pretende excomulgarle? Le ha acogido sin discusión, aprobando su conciencia así formada, *ϒ*, sin embargo, ¿se querría juzgarla? Dios se contenta con su sinceridad, *ϒ* el hombre se atreve á exigir más?

(5) Aquí se trata de las fiestas judías, del sábado, de los días de ayuno

cia ⁽¹⁾. El que distingue el día, para el Señor lo distingue; y el que no distingue el día, para el Señor no le distingue ⁽²⁾. El que come, para el Señor come, porque á Dios da gracias; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias á Dios. Porque ninguno de nosotros para sí vive, y ninguno para sí muere. Porque si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Y así, que vivamos, que moramos, del Señor somos. Porque por esto murió el Señor, y resucitó, para dominar muertos y vivos ⁽³⁾. Y tú, ¿por qué juzgas á tu hermano?; ó tú, ¿por qué menosprecias á tu hermano? Pues todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua dará loor á Dios ⁽⁴⁾. Y así cada uno de nosotros [dará cuenta á Dios de sí mismo.]»

Hay en toda comunidad religiosa una doble corriente que induce á las almas timoratas á buscar una piedad formalista, y á otras, más independientes, á huir de ella. Por fortuna, la mayoría se mantiene de ordinario en la prudencia del justo medio. La Iglesia de Roma, formada de elementos muy heterogéneos, judíos que aceptaban el Evan-

que algunos fieles querrían conservar. Comp. *Gal.*, IV, 10, y *Col.*, II, 16.

(1) La frase *ἐν τῇ ἰδίῃ καὶ πληροφροσύνῃ* indica la conciencia tan plenamente formada por la reflexión, que no deje lugar á la menor duda. Comp. IV, 21.

(2) Esto no podría entenderse del domingo ó del séptimo día de la semana, cuya guarda obliga por una razón particular, la del reposo físico, tanto como la del homenaje religioso. Ha sido hecho *para el hombre*, como decía el Maestro, y su vuelta semanal es una necesidad para nuestra constitución física. De consiguiente, no podría suprimirsele impunemente. Al cambiarle de lugar, colocándolo al principio y no al fin de la semana, no se ha creído contravenir al precepto de Dios, sino mantenerlo en una forma más perfecta.

(3) Ha tomado sucesivamente posesión como triunfador de los dos dominios, el de la muerte y el de la vida y es el amo de los suyos que á sus dominios pertenecen. Permanece con ellos en las relaciones imprescriptibles de señor á siervo.

(4) El texto es de *Isaías*, XLV, 23, y está citado, con algunas modificaciones más ó menos voluntarias, según los Setenta. Así Pablo emplea una fórmula de juramento, bastante usada en la Escritura: *ζῶ ἐγώ*, en lugar de la que se contiene en el original y en los Setenta: *κατ' ἑμαυτοῦ ὀμνῶ*, y, al fin, dice: *δοῦναι gloria ὁ rendir homenaje á Dios, ἐξομολογήσεται*, en vez de *jurará por mí, ὀμνῆται*.

gelio, sirios ó griegos bautizados, egipcios ó africanos convertidos, se hallaba expuesta de un modo especial á ver predominar en su seno el ascetismo natural al temperamento de los orientales ⁽¹⁾, ascetismo cuyo ardor había de hallar un aliciente poderoso en la corrupción social de la época. Ahora bien, merced á una reacción enérgica, el temperamento romano y occidental, más equilibrado, menos formalista, partidario ante todo del culto tributado en espíritu, debía inclinarse, no sólo á mirar con desdén, sino á reprimir observancias que no invocaban visiblemente en su apoyo la autoridad del Evangelio. Pablo no quiere que haya diferencias motivadas por cuestiones diversamente apreciables, según el punto de vista en que uno se coloque.

A los que han establecido su religiosidad sobre otros principios distintos de las prácticas ascéticas ó rituales, les pide que no desprecien á las almas buenas, aferradas aún á las observancias. Si en éstas no hay otra cosa que simples prejuicios de los que ellos se han libertado, esa no debe ser razón para que miren con orgullosa lástima á los que ven en ellas un medio de perfeccionamiento moral. A los promotores celosos de las prácticas de penitencia que, por observar una regla de vida más rígida, pudieran creerse más aceptos á los divinos ojos, les prescribe que no censuren á sus prójimos, porque con ello engendrarían divisiones y peligros para la fraternidad. No toca á los hombres el juzgarse los unos á los otros; á Dios es á quien corresponde juzgarlos á todos. Al fin y al cabo, puesto que cada uno obra con la sinceridad de una conciencia seriamente formada, el Maestro no les exige nada más. A

(1) No eran solamente los esenios quienes se sometían á múltiples abstinencias. A creer á Hegesipo (Eusebio, *H. E.*, 23), Santiago, hermano del Señor, no comía nada que hubiera vivido vida animal, *ἐμψυχον*; era vegetariano. San Agustín, *ad Faust.*, XXII, 3, añade que no bebía vino. Clemente de Alejandría, *Paedag.*, II, 1, asegura que San Mateo no comía más que sustancias vegetales. Las *Homilias Clementinas* hacen decir á Pedro que únicamente se alimentaba de pan, aceite y algunas legumbres. Todos estos hechos denuncian una tendencia ascética que tuvo en seguida numerosos partidarios.

sus ojos son buenos siervos tanto unos como otros; y, si esto es así, ¿quién se atreverá á pensar de otro modo? Por otra parte, esas dos maneras de ser y de obrar, por más opuestas que parezcan entre sí, ¿no se hallan dominadas por un mismo deseo, que es el de servir al Señor y serle agradable? ¿Qué importa la forma de piedad adoptada, con tal que la intención sea la misma? El que come alimentos de cierta clase, ¿no bendice con solicitud al Dueño de la naturaleza que se los proporciona, y el que no los come, no confiesa privarse de ellos tan sólo por glorificar á Dios? Pero ¿qué significa comer ó abstenerse, ni á qué distinguir un día de otro, cuando para el verdadero fiel el vivir y el morir no son más que un perpetuo medio de alabar al Dios á quien todos nos dirigimos como soberano y único juez?

«Pues no nos juzguemos ya más los unos á los otros; antes bien, juzgad ⁽¹⁾ que no hay que poner tropiezo ó escándalo al hermano. Yo sé, y estoy persuadido en el Señor Jesús ⁽²⁾, que nada hay inmundo de suyo, y que no hay cosa inmunda, sino para aquel que cree que es inmunda. Pues si por causa de la comida contristas á tu hermano, ya no andas en caridad. No pierdas tú por tu manjar á aquel por quien Cristo murió. Procurad que no sea difamado el perfecto derecho ⁽³⁾ que tenéis de comer de todo. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida ⁽⁴⁾ sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo, y quien en esto sirve á Cristo, agrada á Dios, y tiene la aprobación de los hom-

(1) Como sucede con frecuencia, Pablo juega aquí con la palabra *κρίνειν*, que sin duda en la primera parte de la frase tiene el sentido de juzgar, pero que en la segunda significa *reconocer, convenir, tomar una resolución*.

(2) A su unión con Jesús debe esta ciencia, *οἶδα*, y esta persuasión íntima, *πέπεισμαι*, de que ningún alimento es impuro por sí mismo. Teóricamente, el Apóstol está, pues, con los que juzgan superflua toda distinción entre los alimentos lo mismo que entre los días.

(3) Tal parece ser el sentido más natural de *ἐμὴν τὸ ἀγαθόν*. Este *bien* es la libertad, *ἐλευθερία ὑμῶν*, que hemos visto puesta en primer término en circunstancias análogas, *I Cor.*, VIII, 9, y X, 29, 30.

(4) Esto es, no consiste en el derecho de comer libremente tales ó cuales manjares, sin inquietarse por las impresiones ajenas, sino en la floración de las tres virtudes que el Espíritu Santo hace brotar en la Iglesia y que constituyen en ella la santa armonía en la caridad.

bres. Por lo cual sigamos las cosas que son de paz y las que son de mutua edificación. No quieras destruir la obra de Dios por causa de la vianda. Todas las cosas en verdad son limpias; pero malo es al hombre que come con escándalo. Bueno es, por el contrario, no comer carne, ni beber vino, ni cosa en que tu hermano halla tropiezo, ó se le escandaliza, ó se le enflaquece. ¿Tú tienes una convicción? Pues guárdala en ti mismo delante de Dios ⁽¹⁾. Bienaventurado el que, habiéndose formado sabiamente una convicción, no falta por su acción ⁽²⁾. Es preciso estar sobre aviso, porque puede hacerse un gran mal ⁽³⁾. Porque el que hace distinción entre un manjar y otro manjar, si lo comiere, es condenado, porque no lo come por convicción. Y todo lo que no es según convicción, es pecado.»

Sí, la moralidad de un acto, por más indiferente que sea en realidad, depende de la idea que uno se forma de su importancia religiosa. Si se duda de su bondad, se peca ejecutándolo. De ahí el mal que hay en inducir, con la palabra ó el ejemplo, á un hermano débil á que coma alimentos que no se resuelve á considerar lícitos. Vivía hasta este momento feliz con sus observancias, cuya inutilidad habéis tratado, aunque en vano, de demostrarle; hele ahí ahora turbado por vuestras afirmaciones más liberales. Vuestra conciencia, mejor ilustrada, ha sumido en angustias la suya que era más débil. ¿Quién sabe si con semejante proceder no habréis labrado su ruina? No está bastante convencido para creer que tenéis razón, y es además tan tímido, que no se atreve á oponerse á vuestros ra-

(1) Pablo pide el sacrificio de la libertad, pero no el de la convicción.

(2) Esta frase no está clara en el texto. Traduciendo palabra por palabra, sería menester decir: «Bienaventurado el que no se condena á sí mismo en aquello que aprueba», esto es, «que no obra hasta tanto que su conciencia no ha llegado á la unidad consigo misma.» Muchos intérpretes suponen que en este versículo se trata del cristiano débil que se deja arrastrar á comer lo que en el fondo cree prohibido. Empero parece más natural referir la exclamación de Pablo al fuerte, y ver en ella una recomendación fundada en lo que sigue después.

(3) Añadimos estas palabras al texto porque son indispensables para seguir lógicamente la idea.

zonamientos. Os imita y peca, porque es malo todo lo que ante Dios no se cree bueno. ¡Cuánto más digno de un discípulo de Jesucristo, por más persuadido que esté de la inutilidad de distinguir en lo sucesivo, según la Ley, entre alimentos puros é impuros, no es el tener caridad suficiente para no turbar el alma de los que todavía no han llegado á esta convicción! ¡Qué importa el comer y beber cuando se trata de la salvación de un alma neófito, necesitada de dirección? La libertad con respecto á la abstinencia de ciertas carnes ó á la celebración de las neomenias y otros días muy señalados en el judaísmo, aunque sea un derecho real de los cristianos, no constituye la esencia del cristianismo, ni el elemento principal del reino de Dios, pues, ante todo, debe ser justicia, paz, alegría y perfecta concordia en la caridad.

«Y así nosotros, como más fuertes, debemos sufrir las enfermedades de los flacos, y no complacernos á nosotros mismos ⁽¹⁾. Cada uno de vosotros haga placer á su prójimo en bien ⁽²⁾, para edificación; porque Cristo no se hizo placer á sí mismo, mas antes como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí ⁽³⁾. Porque todas las cosas que han sido escritas, para nuestra enseñanza ⁽⁴⁾ están escritas, para que, por la paciencia y consolación de las Escrituras, tengamos esperanza. Mas el Dios de la paciencia y del consuelo os dé á sentir una misma

(1) Por *ἀπέσκειν ἑαυτῷ*, se debe entender el acto del hombre que se complace á sí mismo y busca su propia satisfacción, sin dársele nada por la debilidad de los demás. Es la negación evidente del espíritu cristiano, que prescribe, no sólo la condescendencia, sino el sacrificio, cuando está en litigio la salvación de un hermano.

(2) Puede darse una complacencia que ceda en perjuicio del prójimo; no es esa la que Pablo recomienda, porque debe ser *εἰς τὸ ἀγαθόν*. Comp. *I Cor.*, X, 33; *I Tes.*, II, 4.

(3) Este pasaje del *Sal.* LXVIII, 10, está citado literalmente según los Setenta. Allí se habla del justo que á pesar de sus pequeñas debilidades, vers. 6, no deja de ser el tipo del Mesías, desconocido é indignamente tratado.

(4) Pablo explica, de paso, la influencia que la Sagrada Escritura debe ejercer sobre el cristiano. Tanto por lo que se refiere á Jesucristo, como por lo que á nosotros toca, en ella encontramos escrito de antemano, *προεγράφη*, un conjunto de luces fortificantes para la fe, la esperanza y la caridad.

cosa entre vosotros conforme á Jesucristo, para que unánimes, á una boca glorifiquéis al Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto recibíos ⁽¹⁾ los unos á los otros, como Cristo nos recibió para gloria de Dios. Digo, pues, que Jesucristo fué ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas á los padres; y para que los gentiles glorifiquen á Dios por la merced que les hizo, como está escrito: Por esto yo te confesaré entre las gentes, y cantaré á tu nombre ⁽²⁾. Y en otro lugar: Alegraos, gentes, con su pueblo ⁽³⁾. Y otra vez: Alabad al Señor, todas las gentes; y ensalzadle todos los pueblos ⁽⁴⁾. Y asimismo dice Isaías: Será raíz de Jessé, y el que se levantará á regir las gentes, en él esperarán las gentes ⁽⁵⁾. El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y de paz en el creer, para que abundéis en esperanza por la virtud del Espíritu Santo.»

El último argumento que Pablo invoca á fin de lograr que impere, en miembros tan distintos por su origen, educación y temperamento, la armonía necesaria para su desarrollo, está sacado del amor atestiguado por Jesucristo mismo á los dos elementos, judío y pagano, que debían constituir el pueblo de Dios. A fin de unirlos en el mismo plan de salvación, no retrocedió ante cualesquiera ultrajes

(1) Así como Jesucristo se ha mostrado lleno de ternura para cada miembro de la Iglesia, acogiéndole amorosamente y admitiéndole en su reino, así el cristiano debe olvidar toda divergencia de opiniones, toda diferencia de origen, toda causa de antipatía, para unir al cuerpo de los fieles al hermano que desea pertenecer á él.

(2) *Sal.* XVIII, 50. Jesucristo ha realizado plenamente lo que David vencedor prometía hacer por sí mismo. Pablo concede aquí á los gentiles el papel que, en el salmo, el Mesías se atribuye á sí mismo, porque en efecto los gentiles glorificarán á Dios por el Mesías: «Tibi, *per me*, confitebuntur gentes,» dice San Agustín.

(3) *Deuter.*, XXXII, 43, donde Moisés en su cántico invita á las naciones, no destruidas por la cólera divina, á compartir el entusiasmo de Israel. El texto está citado según los Setenta, que habían traducido partiendo de una lección algo diferente del hebreo actual.

(4) *Sal.* CXVI, 1.

(5) *Isaías*, XI, 10, cítaló también según los Setenta, quienes tradujeron inexactamente el original. El sentido de este es: «En aquel día el retoño de Jesé aparecerá allí como una bandera para los pueblos; las naciones se volverán hacia él.»

de los malvados, y, siendo justo entre todos, aceptó ser tratado como el último de los criminales. ¡Cuánto no debe avergonzar esta abnegación heroica á los que sólo buscan la satisfacción de su vanidad! Y ¡de cuánto provecho no sería para saber sacrificarse á sí mismo, el recordar lo que Jesucristo hizo en el deseo de fundir en una sola las dos sociedades, tan heterogéneas, judaísmo y paganismo, cuya resultante es la Iglesia! De ese modo se realizará el espectáculo consolador, entrevisto por el Apóstol como aspiración suprema del reino universal de Dios en el mundo: la reunión de los hombres todos, sin distinción de origen ni de lenguas, cantando según lo había presagiado el milagro de Pentecostés, la gloria de Dios, Padre de Jesucristo, en los numerosos idiomas del universo.

Aquí concluye la enseñanza, tanto doctrinal como práctica, dirigida por Pablo á la Iglesia de Roma. De las últimas líneas que acabamos de traducir, puede inferirse que esta Iglesia se hallaba compuesta en su mayor parte, no de fieles procedentes de los judíos, sino de los gentiles. Los *fuertes*, esto es, los que se inspiraban en la libertad del Evangelio, ó los paganos convertidos, desempeñaban en ella el papel principal, mientras que los partidarios de las observancias mosaicas en cuanto á los alimentos prohibidos ó á los días festivos, constituían el menor número. El Apóstol intercede en favor de la suspicacia formalista de esos pocos celadores de la Antigua Ley. Con una serie de precauciones en que la insinuación y la modestia muestran el uso que sabe hacer de las costumbres oratorias, pasa en seguida á dar explicaciones sobre la intención que ha dictado su epístola, sobre su obra en general y sobre sus proyectos para lo por venir.

«Por lo que toca á vosotros, hermanos míos, estoy cierto que estáis también llenos de caridad, llenos de todo saber, de manera que os podéis amonestar los unos á los otros. No obstante, hermanos, os he escrito con demasiada osadía quizás, como trayéndoos esto á la memoria, á causa de la gracia que á mí me es dada de Dios, para que yo sea.

ministro de Jesucristo en las gentes, para ejercer el sacerdocio del Evangelio de Dios, á fin de que la gentilidad sea agradable como ofrenda santificada previamente por el Espíritu Santo ⁽¹⁾. Tengo, pues, de qué gloriarme en Jesucristo para con Dios. Porque no osaría hablar cosa alguna que no haya hecho Cristo por mí, para traer á la obediencia á las gentes por palabras y por hechos, por eficacia de señales y de prodigios, en virtud del Espíritu de Dios; de manera, que desde Jerusalén y tierras comarcanas ⁽²⁾ hasta el Ilírico, lo he llenado ⁽³⁾ todo del Evangelio de Cristo. Y así he anunciado este Evangelio, no en donde se había hecho ya mención de Cristo, por no edificar sobre cimiento de otro, mas como está escrito ⁽⁴⁾: Aquellos á quienes no fué predicado de él, verán; y los que no oyeron, entenderán.»

El campo recorrido por el Apóstol es vasto, su obra grande; mas al mencionarla, observa que todo se ha hecho por Jesucristo. Sin Él, de nada habrían servido sus fatigas y su predicación; y sin la virtud de su Espíritu no habría realizado ninguno de los prodigios que autorizaban su predicación. Gracias á Él, en los países de Oriente sometidos al imperio romano, los trabajos de Pablo han conquistado ya un pueblo entero de prosélitos, que puede presentar como ofrenda de agradable olor al

(1) Hemos procurado trasladar en la traducción la semejanza que, mediante los términos, *λειτουργόν, ιερουργούντα, προσφορά, εὐπρόσδεκτος*, establece Pablo entre su sacerdocio de Apóstol y el que corresponde á las funciones sagradas.

(2) La expresión *καὶ κύκλῳ* designa para muchos Padres griegos, Crisóstomo, Teodoro, Teofilacto, no los países inmediatos á Jerusalén, como por ejemplo, Siria y Arabia, sino el círculo ó más bien la elipse recorrida por el Apóstol desde Jerusalén á Iliria. Pablo, en efecto, no había seguido en sus viajes la línea recta, y su predicación se había extendido por los territorios del Asia Menor formando un arco de círculo. Aunque los pasajes de *Marc.*, VI, 6, 36; *Luc.*, IX, 12; *Apoc.*, IV, 6, no recomiendan en absoluto esta interpretación; pero un texto de Jenofonte. *Anab.*, VII, 1, 14, puede autorizarla.

(3) Por *πεπληρωμένοι τὸ εὐαγγέλιον* debe entenderse que la predicación evangélica ha logrado desenvolverse plenamente. Comp. *Coloss.*, I, 25.

(4) *Isaías*, LII, 15, citado según la versión de los Setenta. Lo que se dice de los reyes debe entenderse también de los pueblos á quienes será revelado por vez primera el Siervo de Dios y que cerrarán la boca en su presencia.

Dios de quien se considera apóstol y sacerdote. Pero su celo no se detendrá aquí.

«Por lo cual muchas veces he sido impedido de ir á veros. Mas ahora, no teniendo ya motivo para detenerme más en estas tierras, y deseando muchos años ha pasar á veros, cuando me encaminare para España ⁽¹⁾, espero que al paso os veré, y que me acompañaréis hasta allá, después de haber gozado algún tanto de vosotros. Mas ahora me parto á Jerusalén en servicio de los santos ⁽²⁾. Porque Macedonia y Acaya tuvieron por bien hacer una colecta para los pobres ⁽³⁾ de entre los santos, que están en Jerusalén. Porque así lo tuvieron por bien, y también les son deudores. Porque si los gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, deben también ellos asistirlos en los temporales. Pues cuando haya cumplido esto, y les haya entregado en debida forma este fruto ⁽⁴⁾, iré á España pasando por ahí. Sé en verdad que cuando venga á vosotros, vendré con abundantes bendi-

(1) Los antiguos habían dado á la península pirenaica el nombre de Ἰβηρία (Herodoto, I, 163; Estrabón, III, 4, etc.). Pero en tiempo de Pablo se decía corrientemente Σπανία, ó también Ἰσπανία. El Apóstol no considera á Roma como Iglesia que deba ser fundada; sabe que es ya muy viviente, y desea verla de cerca para entrar en íntima comunión con ella. Espera hallar un consuelo grandísimo en saciar, ἐμπλησθῆναι, la sed que tiene de tratar á sus queridos romanos. Quizás se detendrá mucho allí; pero, de todos modos, será sólo un alto ó parada, διαπορευόμενος, del viaje más largo que hace á España, á donde quiere ir, porque hasta entonces ningún Apóstol había estado allí. Más adelante veremos los motivos que hay para creer que Pablo realizó este viaje á las regiones llamadas por Clemente de Roma el *extremo Occidente*, Cor., I, 8.

(2) Si se daba el título de santos, οἱ ἅγιοι, á los miembros de todas las comunidades cristianas, con mayor razón debía convenir á los de la Iglesia de Jerusalén, venerable entre todas las demás.

(3) En otro lugar dejamos dicho que había que explicar esta indigencia de una parte de los fieles de Jerusalén, no por el régimen de la comunidad de bienes, que no parece haberse extendido ni durado nunca de una manera notable, sino por las condiciones del ambiente social á quien se dirigía la religión de los pobres y de los humildes, sin hablar de la persecución que debía arrear en diversas formas contra los convertidos.

(4) El sentido del original es sin duda *habiendo sellado*; pero ¿es la colecta misma la que debía ir cerrada y sellada? Esta interpretación no es ni natural ni gramatical. ¿Quiere decir Pablo que se hará remitir por los fieles de Jerusalén un recibo sellado para presentarlo á las Iglesias que han enviado sus donativos? Es lo más probable.

ciones del Evangelio de Cristo. Empero, ruégoos, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu, que peleéis ⁽¹⁾ con vuestras oraciones por mí á Dios, para que me libre de los refractarios ⁽²⁾ que hay en Judea, y sea grata á los santos de Jerusalén la ofrenda de mi servicio; para que yo venga á vosotros con gozo por la voluntad de Dios, y sea recreado con vosotros. Y el Dios de la paz sea con todos vosotros. Amén.»

Más adelante veremos si Pablo pudo realizar sus proyectos sobre la evangelización del Occidente. Los expone porque embargan su ánimo de un modo preferente y también para demostrar á los romanos todo el interés que les concede. Vémosle así abrazar en su apostólica solicitud el Oriente y el Occidente. Después de haber conmovido al primero, quiere conquistar el segundo. A Jerusalén llevará limosnas; á Roma la gracia de Dios. De allí partirá, llevando consigo un grupo de predicadores, y llegará hasta los montes de Iberia, donde se cree que termina el mundo. Su celo no entrevé reposo sino cuando ya no quedan naciones que convertir.

«Os encomiendo—dice para terminar,—á Febe, nuestra hermana ⁽⁴⁾, que es diaconisa de la iglesia de Cencreas,

(1) El sentido literal parece ser que es necesario combatir contra un peligro casi inevitable y recabar de Dios por la oración un socorro extraordinario.

(2) Por τῶν ἀπειθούντων se debe entender desde luego los que rehusan recibir el Evangelio, aquellos á quienes ni la vida, ni la muerte, ni la resurrección de Jesús han podido persuadir. Pablo es para ellos un renegado y se enfurecen contra él. Quizá también comprende el Apóstol con esa denominación á los judaizantes escandalizados por sus teorías universalistas.

(3) Así hay que colegirlo de las expresiones ὑπὸ ὑμῶν προπεμφθῆναι, que indiquen su plan decidido de que le acompañen más lejos algunos de aquellos á quienes ha escrito. Lo cual autoriza seriamente la hipótesis de los predicadores llevados más tarde por Pablo á España y las Galias.

(4) Síguese de esta recomendación que Febe llevaba la carta. Comp. Col., IV, 7; Efes., VI, 21. El participio ὄντων prueba que desempeñaba un ministerio en Cencreas, donde había asistido á Pablo en algunas de sus tribulaciones. Además, era la protectora ó patrona, προστάτις, el amparo de los hermanos en Jesucristo. Estas diaconisas se confundían con las viudas, de las que se hace mención en I Timot., V, 3 y sig., y que cuidaban á los enfermos, visitaban á los pobres y prestaban á la comunidad cristiana numerosos servicios en la sección de mujeres, siempre distinta en Oriente de la de los hombres. De ellas habla, en su relación á Trajano, á propósito de los discípulos de

que la recibáis en el Señor, como deben los santos, y la ayudéis en todo lo que os hubiere menester; porque ella ha asistido á muchos, y á mí en particular. Saludad á Prisca y á Aquila ⁽¹⁾, que trabajaron conmigo en Jesucristo, los que por mi vida expusieron su cabeza, y no lo agradezco yo solo, mas también todas las Iglesias de las gentes; y del mismo modo saludad á la comunidad que está en su casa ⁽²⁾. Saludad á Epeneto ⁽³⁾, mi amigo, que es las primicias del Asia ⁽⁴⁾ en Cristo. Saludad á María ⁽⁵⁾, la

Cristo, Plinio, *Ep.*, X, 97, cuando dice: «Necessarium credidi ex duabus ancillis, quae *ministrae* dicebantur, quid esset veri et per tormenta quaerere.» La palabra *ministrae* designa indudablemente á las diaconisas. Adviértase la expresión *διάκονος* en femenino, como se la encuentra en los clásicos griegos. Desde el segundo siglo la Iglesia comienza á usar la forma *διακόνισσα*, única que ha quedado en uso.

(1) Hace tiempo que conocemos á esta pareja llena de celo que, arrojada de Roma con los judíos en tiempo de Claudio, había ayudado á Pablo en Corinto, y preparádole valerosamente el camino de Efeso, regresando á la capital del imperio desde la época en que se escribió la primera epístola á los corintios, el año 57. Ignoramos en qué época Prisca y Aquila expusieron su vida—con una ampulosidad que se explica por la intensidad del afecto, este pasaje dice textualmente: *presentaron su cuello á la espada* de los verdugos, *τὸν ἑαυτῶν τράχηλον ὑπέθηκαν*, para salvar al Apóstol. Cabe, sin embargo, suponer, con cierta verosimilitud, que el hecho ocurrió en Éfeso, en una de las persecuciones violentas que el Apóstol tuvo que sufrir allí: *I Cor.*, XV, 32 y *II Cor.*, I, 8. Acerca de Aquila y Priscila véase nuestro artículo en Vigouroux, *Dict. Biblique*.

(2) Hemos traducido la palabra *ἐκκλησία* por comunidad, á fin de eliminar la hipótesis poco verosímil de que toda la Iglesia de Roma se reuniera en casa de Priscila. Aquí se habla de las agrupaciones por barrios que se verificaban en casa de los más ancianos y más activos discípulos del Evangelio.

(3) Este personaje, del que ningún otro informe poseemos, debió de ser convertido á la fe cristiana por Prisca y Aquila durante su permanencia en Éfeso y sin duda los siguió á Roma. Se lee *Corpus Inscript. Lat.*, VI, 17171: DIS. MAN. EPAENETI EPAENETI. F. EPHEUSIO T. MUNIUS PRISCIANUS AMICO SUO.

(4) Muchos manuscritos, y no de los menos autorizados, dicen: *primicias de Acaya*. Si esta lección fuese la verdadera, habría que concluir, según *I Cor.*, XVI, 15, que Epeneto era de la casa de Estéfanos y que razones particulares le habían obligado á ir á establecerse en Roma. Creemos más probable que perteneciera á la provincia de Asia, según el sentido dado á la palabra Asia, *Hech.*, II, 9; *I Cor.*, XVI, 19; *II Cor.*, I, 8.

(5) La lección *eis úmas* es ciertamente la más autorizada. ¿Qué servicios había podido prestar esta María á la comunidad romana? Las palabras *πολλά ἐκοτίασεν* pueden entenderse de trabajos, fatigas considerables y obras de caridad, así espirituales como corporales. Según todas las probabilidades, el Apóstol quiere decir que esta mujer ardiente y generosa se ha sacrificado en todas las formas para contribuir al desenvolvimiento de la Iglesia de

que trabajó mucho para vosotros. Saludad á Andrónico y á Junia, mis parientes y cautivos conmigo, los cuales son ilustres entre los Apóstoles, y fueron antes que yo ⁽¹⁾ en Cristo. Saludad á Ampliato ⁽²⁾, á quien amo entrañable-

Roma. Si el nombre de María no hubiera sido tan común entre los judíos, podrían anunciarse interesantes hipótesis acerca de esta creyente, activa como la Magdalena y que, como ella, quizá vivió en Éfeso, V. nuestro *Voy. aux Sep., Egl.*, p. 144, de donde su celo la habría llevado á Roma con Prisca y Aquila. Léase *Corpus Inscript. Latín*, VI, 22223, D. M. MARIE AMPLIATÆ.

(1) Junia parece la abreviación de Juniano. Sin embargo, nada se opone absolutamente á tomar Ἰουνίαν como acusativo de Ἰουρία interpretando que se trataba de la mujer ó de la hermana de Andrónico. Eran judíos de origen, y la palabra συγγενεῖς significa á lo menos el parentesco general que unía á todos los fieles de Israel, *Rom.*, IX, 3. Como este parentesco se reducía á la simple cualidad de compatriotas, no nos parece suficiente aquí ni más lejos, vers. 11 y 21, porque en las saluciones se menciona á otros judíos sin calificarlos de parientes. ¿Sería que todos los israelitas procedentes de la misma tribu se considerarían como parientes? Sábese que, aun entre los judíos de la dispersión, las tradiciones de origen familiar, se guardaban escrupulosamente. ¿Cuándo y cómo Andrónico y Junia habían sufrido prisión con Pablo? Lo ignoramos y el libro de los Hechos no suministra noticias suficientes sobre la historia del gran Apóstol, sin que la tradición supla tampoco las omisiones. Clemente de Roma, *I Cor.*, V, dice que Pablo fué encarcelado siete veces, ἑπτὰκις δεσµὰ φορέσας, y, no obstante, el libro de los Hechos sólo menciona cuatro cautividades, tres de las cuales, en Jerusalén, Cesárea y Roma no se habían verificado cuando Pablo escribía, *II Cor.*, VI, V y XI, 23: *in carceribus plurimis*. La circunstancia de que Andrónico y Junia fuesen cristianos de los primeros tiempos explica la calificación de ἐπισημοί, notables ó conocidos entre los Apóstoles, ora porque éstos hubiesen tributado público y frecuente testimonio á su celo, ora porque ellos mismos hubieran desempeñado con próspero suceso el papel de apóstoles ó predicadores apostólicos, llevando hasta Roma la Buena Nueva desde el día después de Pentecostés.

(2) *Ampliatius* es un nombre que se halla con frecuencia en las inscripciones de la casa imperial. Así, *C. I. L.* VI, 4899, AMPLIATUS RESTITUTO FRATRI SUO FECIT MERENTI; 5154. C. VIBIUS FIRMUS C. VIBIO AMPLIATO PATRONO SUO. Pero lo que interesa de una manera más directa es la cámara llamada de Ampliato en el cementerio de Domitila. En la cripta, decorada con pinturas que recuerdan el estilo de Pompeya, se ve, encima de un arcosolio, el laconísimo epitafio, AMPLIATI, escrito en esmerada forma paleográfica. Conviénesse generalmente en remontar el sepulcro á la época de los Flavios. Como Ampliato es nombre de esclavo convertido más tarde en el apellido de los miembros de la misma familia, ya manumisa, no falta quien haya preguntado con M. de Rossi, *Bullettino*, 1881, págs. 57-74, cómo un esclavo había podido tener para sí y los suyos un sepulcro tan importante en el más noble de los cementerios cristianos de Roma. La respuesta es muy sencilla, si se supone que el esclavo ó liberto Ampliato, jefe de la familia, había sido el muy amado, τὸν ἀγαπητὸν μου, á quien Pablo saluda aquí.

mente en el Señor. Saludad á Urbano ⁽¹⁾ que ha trabajado conmigo en Jesucristo, y á mi amado Estaquis ⁽²⁾. Saludad á Apeles ⁽³⁾, probado en Cristo. Saludad á aquellos que son de la casa de Aristóbulo ⁽⁴⁾. Saludad á Herodión ⁽⁵⁾, mi pariente. Saludad á los de la casa de Narciso ⁽⁶⁾, que son en el Señor. Saludad á Trifena y á Trifosa ⁽⁷⁾, que

(1) Urbano, ó ciudadano, era un nombre dado bastante comúnmente á los esclavos; se le halla en *C. I. L.*, VI, 4237; 5604; 5505, etc. En Muratori, p. 924: TI. CLAUDI. URBANI SER. MENSORIS ÆDIFICIORUM.

(2) Estaquis, ó espiga, es un nombre griego, poco generalizado; hállasele, sin embargo, en *C. I. L.* VI, 8607, en uno de los miembros de la casa imperial: EPAPHRODITUS ET STACHYS CÆS. N. SER, y *Corresp. Archéolog.*, 1856, pág. 15: STACHYS MARCELÆ MEDICUS.

(3) Apeles podía ser el nombre de un judío: *Credat Judæus Apella, non ego*, dice Horacio, *Sat.*, I, 100; pero también cabe que fuera el de un griego venido á Roma. Orígenes y Teodoro de Mopsuesta le han confundido sin motivo ni fundamento con Apeles.

(4) Sabemos que un Aristóbulo, hijo de Herodes de Calcida, había sido llevado en rehenes á Roma con su primo Agripa el Joven, *Bell. Jud.*, II, 11, 6. Nerón, elevado á la púrpura imperial en Octubre del 54, le envió el 55, de gobernador ó aun de rey, á la Pequeña, Armenia. *Antiq.*, XX, 8, 4; Tácito, *Ann.*, XIII, 7. A pesar de todo, ¿había conservado su casa en Roma ó estaba de vuelta de su prefectura en el 58? Es poco probable. Otro Aristóbulo había, hermano de Agripa I, que vemos, en el 39, á la cabeza de una embajada enviada á Petronio, gobernador de Siria, *Antiq.*, XVIII, 8, 4, y que parece haber pasado en Roma los últimos años de su vida. De individuos pertenecientes á la casa de este príncipe, judíos ó al menos orientales en su mayor parte, es quizá de quienes se habla en este lugar. Con todo, no es probable que, habiendo muerto en el 58, sus allegados pudieran ser designados todavía con la denominación de casa de Aristóbulo, como se había dicho; casa de Mecenas, de Amintas, de Agripa, etc.

(5) Este Herodión, compatriota ó pariente de Pablo, se hallaba agregado, como criado ó liberto, á la familia de Herodes y pertenecía quizá á la casa de Aristóbulo.

(6) Otra casa importante en que el Evangelio tenía seguidores. Si el Narciso aquí mentado es, como puede creerse, ya que la fórmula empleada por Pablo parece referirse á un personaje de gran importancia, el célebre liberto del mismo nombre, de influencia todopoderosa en tiempo de Claudio, y condenado á muerte por orden de Agripa, en el año primero del reinado de Nerón, Tácito, *Ann.*, XIII, 1; Dión Casio, LX, 34, podremos decir que su servidumbre, convertida en propiedad del emperador, continuaba llamándose la casa de Narciso, ó los *Narcisianos*. Y, en efecto, hay inscripciones en las que se lee elefíto NARCISSIANUS, *C. I. L.*, VI, 9035.

(7) Estas eran dos hermanas ó madre é hija. La circunstancia de hallarse en *C. I. L.*, VI, 5035: D. M. TRYPHÆNÆ VALERIA TRYPHÆNA MATRI ET VALERIUS FUTIANUS, y 20715: DIS. MAN. JULIÆ TRYPHOSÆ, ha dado motivo á suponer que estas dos mujeres podían agregarse á la casa de Mesalina, la hija de Valerio Mesala, tan tristemente célebre por su relajación. El nombre de Trifosa era más raro. Sin embargo,

trabajan en el Señor. Saludad á la amada Perside ⁽¹⁾, que-trabajó mucho en el Señor. Saludad á Rufo ⁽²⁾, escogido en el Señor, y á su madre, y mía. Saludad á Asincrito, á Flegonte, á Hermes, á Patrobio, á Hermas, y á los hermanos que están con ellos ⁽³⁾. Saludad á Filólogo y á Julia ⁽⁴⁾, á Nereo y á su hermana, y á Olimpiade, y á todos los santos que con ellos están. Saludaos los unos á los otros en ósculo santo. Todas las Iglesias de Cristo os saludan.»

Estas Iglesias son de las de Asia y de Grecia que aca-

leemos en Gruter, pág. 578: AGRÆ TRYPHOSÆ VESTIFICÆ LIVIUS THEONA CONJUGI SANTISSIMÆ, y además pág. 796, 3: D. M. JULIÆ TRYPHOSÆ, T. FLAVIUS FORTUNATUS CONJUGI.

(1) Con exquisita delicadeza no dice *mi* querida, sino *la* querida Perside, aunque esta animosa mujer tenía probablemente una larga historia de merecimientos, porque Pablo dice que *había trabajado mucho* por el Señor, *ἐκοπίασεν*, mientras que de las otras se hace constar que están todavía dando muestras de su celo, sin *κοπιώσας*, sin duda por ser más jóvenes. El nombre de Perside le venía de Persia, su patria, así como se había dado el de Lidia á la tendera de Tiatira.

(2) Este Rufo, cuya madre había tratado, como hijo, á Pablo en su juventud, probablemente cuando estudiaba en Jerusalén, parece ser el que hallamos mencionado en *Marc.*, XV, 21, como hermano de Alejandro é hijo de Simón Cirineo. La observación de este Evangelista, que compuso su libro en Roma, no tiene de hecho importancia, á no ser que uno al menos de los dos hijos de Simón estuviese entre aquellos á cuya intención escribía. Rufo es un cristiano de los más gratos á los ojos de Dios y de los hombres tal parece ser el sentido de *ἐκλεκτός*, y su madre aparece como un modelo de bondad y solicitud, mostrándose tan madre de Pablo como de su propio hijo.

(3) El nombre de Asincrito se lee en el *C. I. L.*, VI, 12565, y designa á un liberto de Augusto de quien una tal FLAVIA SUCCESSA se declara reconocida por la excelente protección que le había dispensado. Flegón no parece por ninguna parte en las inscripciones romanas. Orígenes habla de un historiador de este nombre en el siglo segundo. Hermes era un nombre muy común entre los esclavos. Un liberto de Nerón, condenado á muerte por Galba, Tácito, *Historia.*, I, 49; II, 95, se llamaba Patrobio. Hermas, contracción de Hermágoras, no puede ser, diga lo que quiera Orígenes, el autor del *Pastor*, escrito en la segunda mitad del siglo segundo. Todos juntos parecen haber estado al frente de una comunidad particular, cuyos miembros designa Pablo con el nombre de *Hermanos que están con ellos*, y semejante á la de Priscila y Aquila. (*)

(4) Filólogo y Julia, marido y mujer, sin duda, y Nereo y su hermana, junto con Olimpiade, son nombres que se hallan á menudo unidos en las inscripciones de la época. *C. I. L.*, 4116; 20, 415; 4344; etc. Entre ellos se había formado otra pequeña comunidad, como las precedentes, y Pablo no quiere olvidar á ninguno de los grupos que constituyen la gran Iglesia.

(*) El autor, con la mayoría de los códices y ediciones, sigue la lección que antepone *Hermes á Hermas*.—N. del T.

ba de recorrer Pablo y á las que ha comunicado su proyecto de entrar en relaciones con la de Roma. Todas han aplaudido sus designios, y él se hace intérprete de sus sentimientos fraternales. Luego, como si de repente la salutación por él formulada despertase en él la idea de un peligro para los mismos á quienes va dirigida, añade en una posdata una advertencia, como lo hizo ya en su primera epístola á los corintios, XVI, 19-21, pero con un acento de benevolencia completamente distinto:

«Y os ruego, hermanos, que no perdáis de vista á aquellos que causan divisiones y escándalos contra la doctrina que habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque los tales no sirven á nuestro Señor Jesucristo, sino á su vientre; y con dulces palabras y con bendiciones engañan los corazones de los sencillos. Os exhorto así, porque vuestra fidelidad es manifiesta á todos, y tratarán de ir á explotarla ⁽¹⁾; por lo cual os recomiendo que seáis prudentes en el bien, y simples en el mal ⁽²⁾. Y ¡el Dios de la paz quebrante presto á Satanás debajo de vuestros pies! ¡La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros!

Otra vez más parece terminada la epístola, pero las personas que rodean á Pablo reclaman y quieren enviar también sus saludos. Timoteo estaba quizá ausente, cuando Pablo había dictado la parte principal de esta su obra maestra y llega antes de que se la envíe á su destino. Ya que no se le ha nombrado al principio, quiere que se haga al fin. El mismo favor piden otros que se hallaban con él después de haberle acompañado á Corinto.

(1) Comp. *Fil.*, III, 19; *II Cor.*, XI, 20, etc. Pablo se refiere aquí á los judaizantes, y cree que si no están todavía en Roma, llegarán bien pronto. Sábase que han intentado introducir los escrúpulos en las demás Iglesias. Vigílese los por tanto. Su apostolado consiste en insinuar con dulces palabras los yerros de sus pasiones y no la doctrina de Jesucristo. No habría podido hablar así á los fieles de Éfeso ó de otras ciudades, porque en ellas el partido de los judaizantes había hecho sus pruebas desde muy atrás.

(2) Quiere decir Pablo que frente al mal no hay que detenerse á reflexionar; la honradez cristiana pide que se le vuelva sencillamente la espalda sin entrar en más razonamientos. En cuanto al bien es otra cosa; se debe buscar los mejores medios de realizarlo.

«Salúdaos Timoteo, mi coadjutor, y Lucio, y Jasón, y Sosipatro, mis deudos ⁽¹⁾. Yo Tercio, que he escrito esta carta ⁽²⁾, os saludo en el Señor. Salúdaos Gayo, mi huésped ⁽³⁾, y toda la Iglesia. Salúdaos Erasto ⁽⁴⁾, tesorero de la ciudad, y Cuarto ⁽⁵⁾, hermano. ¡La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros! Amén.»

Esta vez queda definitivamente cerrada la carta. Pablo ha cesado de dictar. Parece, sin embargo, haber querido añadir á ella una palabra de su propio puño y letra, como en la segunda á los tesalonicenses, III, 17 y 18.

El admirable resumen de la teología de San Pablo merecía, ciertamente, la emocionante apostilla con que iba á sellar su autenticidad.

«Y al que es poderoso para confirmaros según mi Evan-

(1) Timoteo estaba en Corinto, así como Sosipatro de Berea, para acompañar á Pablo á Jerusalén. Comp. *Hech.*, XX, 4; *II Cor.*, VIII, 18. Jasón parece ser el dueño de la casa donde vivía Pablo en Tesalónica, *Hech.*, XVII, 1-7, y que había podido ir á Corinto para el mismo objeto. Lucio es probablemente el Cireneo mencionado en los *Hechos*, XIII, 1. Estos tres personajes calificados de parientes por Pablo eran, de consiguiente, judíos de origen. Habían podido conocer en Oriente no sólo á Aquila y á su familia, sino á muchos otros cristianos, tales como Andrónico y Junias. Pablo une á sus saludos los de los individuos mencionados por cortesía.

(2) Esta intervención directa del amanuense de Pablo encanta por su ingenua naturalidad. Sabido es que el Apóstol se valía ordinariamente de un secretario para escribir sus epístolas. *I Cor.*, XVI, 21; *Col.*, IV, 18; *II Tes.*, III, 17; *Gal.*, VI, 11. Tercio era, según todas las probabilidades, un romano muy conocido de aquellos á quienes iba dirigida la carta.

(3) Este Gayo, que aposenta en su casa á Pablo, es probabilísimamente el mismo de quien se habla en *I Cor.*, I, 14. ¡Era el patrón ordinario de los cristianos que pasaban por Corinto, cualquiera que fuese la Iglesia de donde allí llegaran y de ahí la expresión *ξένος ἄλλης τῆς Ἐκκλησίας*, ó bien se celebraban en su casa las reuniones generales de los cristianos de Corinto? Difícil es decirlo, así como el precisar la relación de este Gayo con el mencionado en los *Hechos*, XX, 4, y XIX, 29, siendo el nombre de Gayo uno de los más comunes en aquella época.

(4) Erasto también era un nombre muy común y el personaje aquí mentado, que gozaba en Corinto de una posición notable y autoritaria, la de tesorero ó cueztor de la Ciudad, no puede ser el mismo que el enviado por Pablo á Macedonia con Timoteo, *Hech.*, XIX, 22, y al que se refiere probablemente *II Tim.*, IV, 20.

(5) De Cuarto no sabemos nada. Como el Apóstol no añade la palabra *ἀδελφός* después de *hermano*, falta motivo para suponer que era el hermano de Erasto. Necesario es, por tanto, ver en él un miembro de la Iglesia, especialmente conocido por los lectores de sus cartas.

gelio y la predicación de Jesucristo, según la manifestación del misterio escondido desde tiempos eternos—el cual ahora se ha descubierto por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del eterno Dios, y ha sido declarado á todas las gentes para obedecer á la fe,—á Dios que es sólo sabio, á él la gloria por Jesucristo en los siglos de los siglos, Amén.»

De este modo cierra el Apóstol, con una de esas exclamaciones de fe y amor que le son familiares, la incomparable misiva que acabamos de comentar. Acostumbrados nos tiene á esos sublimes arrebatos del corazón, que brotan espontáneos siempre que ha concluído de desenvolver alguna tesis capital. El vigor del sentimiento religioso, que informa su alma, excita, aquí también, el ardor y la abundancia de pensamientos. Una vez más ⁽¹⁾ violenta la lengua de que se vale, intentando expresar con un solo rasgo lo que no le es posible desenvolver sucesivamente. Este final cuadra perfectamente con el estilo y las ideas del Apóstol, siendo de extrañar que críticos serios hayan puesto en tela de juicio su autenticidad. En el fondo, se olvida demasiado la verdadera importancia de la presente epístola, ya en sí misma, ya por la categoría de los lectores á quienes iba dirigida. Échase de ver que no fué compuesta ni expedida apresuradamente, sino después de reflexiones y retoques. De ahí las adiciones finales, que se explican por razones de conveniencia, de política y de urbanidad, para con lectores nuevos y casi desconocidos, cuya benevolencia era menester conciliarse.

Con un poco de buena voluntad se pueden establecer cinco conclusiones bastante precisas ⁽²⁾, y por esto varios exégetas se han fundado en esas aparentes interrupciones para poner en duda la unidad de los dos últimos capítulos. Suprimiendo sin fundamento alguno—ya que en nin-

(1) Hemos visto, VII, 1, 4; V, 15-17, etc., el cúmulo de atributos y regímenes que Pablo era capaz de reunir en una misma frase. Aquí da al participio *ὑποπισθῆτος*, publicado, vers. 26, cuatro regímenes.

(2) Cap. XV, 13, 33; XVI, 20, 24, 25-27.

guna parte se le halla, ni en la dirección ni en el cuerpo de la letra—que Pablo quiso escribir una especie de encíclica destinada á numerosas Iglesias, han visto en ella la reunión global de hojas sueltas, cada una de las cuales era el final respectivo de los cinco ejemplares dirigidos á las comunidades de Roma, Éfeso, Tesalónica, Filipos y quizá Galacia. Pero, dejando á un lado la grave dificultad que hay para explicar la reunión definitiva de estas conclusiones múltiples en el único ejemplar de la epístola conservada por la Iglesia de Roma, no se descubre de ningún modo que, en la continuación perfectamente establecida de los dos últimos capítulos, cesa de dirigirse Pablo á los lectores nominalmente designados en la dirección. Los veinticuatro nombres que cita en sus saluciones responden con toda exactitud á la idea que podemos formarnos de la joven Iglesia de Roma, compuesta de romanos, algunos judíos y muchos griegos llegados de las provincias de Oriente á la capital del imperio, constituyendo un conjunto singular de elementos muy heterogéneos. Todos estos nombres, conforme se ha visto, existen en Roma, en las inscripciones funerarias de la época, y aunque no deben aplicarse á los personajes mencionados en la epístola, nos permiten entrever con exactitud la índole especial de aquel ambiente social formado por esclavos, libertos, mercaderes al por menor, y artesanos viajeros entre los que la Iglesia había reclutado sus primeros fieles. Las sucesivas mudanzas de residencia de Aquila y Priscila, los cuales se encuentran en Roma, y no ya en Éfeso, cuando se escribe la presente epístola, nada tienen de particular, si se considera que, entre la primera epístola á los Corintios, donde se supone en Éfeso á los dos animosos cristianos, y la epístola á los romanos, hay, por lo menos, dos años de intervalo, y que los negociantes judíos no vacilaban en trasladarse rápidamente allí donde parecía llamarlos el interés de su comercio. Lo que resultaría más inexplicable, si las saluciones, XVI, 3-16, se dirigieran á la Iglesia de Efeso, sería el ver allí á Priscila y Aquila elogia-

dos, como de cosa desconocida de los lectores, por actos de adhesión ejecutados en una ciudad donde todo el mundo conocía los pormenores de su vida. Además, la relación de la casa de Aquila con la de Aristóbulo y de Narciso se comprende en Roma, y no en otra parte. La salutación de todas las Iglesias se explica sin dificultad suponiendo que va de Oriente, donde hay fundadas numerosas comunidades cristianas, á la naciente comunidad de Occidente, esto es, á la Iglesia de Roma, fundación de brillante porvenir, á la que sus hermanas de mayor edad distinguen con sus votos y su más acendrado afecto. Pablo, si se hubiese dirigido á la Iglesia de Efeso ó á la de Tesalónica, habría debido sencillamente saludarlas en nombre de las Iglesias de Acaya, y no en el de todas las demás. La multiplicidad de hipótesis emitidas en apoyo de las fantásticas aserciones de cada exégeta es la mejor prueba de que los dos últimos capítulos no se prestan de ningún modo á la dirección arbitraria que se ha querido imponerles. Luego el final de la epístola á los romanos que ha llegado hasta nosotros es con entera exactitud el auténtico ⁽¹⁾. Si se prolonga más de lo ordinario en recomendaciones y saluciones de despedida, esto obedece al deseo de Pablo de atraerse las simpatías de los lectores; motivo por el que debió de completarlas sucesivamente.

La obra magistral del Apóstol fué confiada á la diaconisa de Ceneres, Pebea, la cual, pasando por Corinto, se di-

(1) Sin duda sabemos por Orígenes, *ad Rom.*, lib. X, 43, que Marción omitía la lectura de los dos últimos capítulos de la referida epístola; pero ¿qué puede concluirse con fundamento de tal circunstancia, cuando se conocen las múltiples mutilaciones practicadas por el hereje mencionado en los libros santos con el intento de acomodarlos á sus doctrinas? El hecho de que la doxología final, XVI, 25-27, se halle transcrita en numerosos manuscritos como conclusión del capit. XIV, sin que por esto se le suprima siempre al final de la misma epístola, puede explicarse por el origen mismo y destino de esos documentos. Todos ellos pertenecen á centros orientales donde se los preparaba para lecturas públicas. Ahora bien, como esos capítulos, con las series de nombres que encerraban carecían de gran interés para la asamblea, probablemente habían sido suprimidos. De un modo análogo vemos que las cartas de San Ignacio, publicadas en siríaco por Curetón, fueron mutiladas por monjes sirios que, prescindiendo de los detalles históricos, conservaron solamente lo que se refería á su edificación.

rigió á Patras y Brindis para llegar, como pobre y débil mujer desconocida, á la gran ciudad señora del mundo. La recomendación que presentaba, firmada por Pablo, no era por cierto pequeño socorro. El espíritu de proselitismo y de fraternidad, después de penetrar en las primeras familias del imperio, dominaba de un modo especial en los diversos grupos de esclavos, comerciantes de menor cuantía y predicadores de ocasión. Pebea debió ser acogida, no sólo con benevolencia, sino también con entusiasmo. Porque llevaba á la capital de la Gentilidad la palabra del Apóstol oficial de los gentiles, y al mundo entero el código de la teología cristiana.

CAPÍTULO VII

Fin de la tercera misión de Pablo.—Vuelta á Palestina

Partida de Corinto.—El complot descubierto.—Estación en Macedonia.— Después en Tróade.—El incidente del joven Eutico.—Pablo va por tierra á Asos.—El navío que toma toca sucesivamente en Mitilene, Chíos, Samos, Trogilio y Mileto.—Discursos á los ancianos de Éfeso.—Continuación del viaje por Cos, Rodas, Pátara, Tiro, Tolemaida y Cesárea.—En casa del diácono Felipe.— Á pesar de todos, Pablo subirá á Jerusalén. (*Hechos*, XX, 3; XXI, 14; *I Cor.*, XVI, 6).

Sin embargo, los colectores de las limosnas para los hermanos de Jerusalén habían terminado su cuestación. Pablo juzgó que era preciso marchar, sin tardanza, á llevar el producto á Jerusalén. Ya habían transcurrido los tres meses de invierno que había prometido pasar en Corinto ⁽¹⁾. Empezaba la época favorable á la nevegación, y la proximidad de las fiestas pascuales parecía una buena ocasión para encaminarse á la Ciudad Santa.

Súpose de repente que otros judíos se disponían á tomar parte en la peregrinación de la Pascua. Quizás se proponían, una vez en el mar, intentar contra aquel Pablo tan detestado el golpe de mano que la autoridad romana les prohibía en tierra. Sus tratos de comerciantes con los navegantes podían alentar aquellas homicidas esperanzas. No supieron mantenerlas en secreto, por lo que, advertido el Apóstol, renunció á buen punto á embarcarse ⁽²⁾. Tomando la ruta terrestre que conducía á Atica, y que desde allí, por Tebas, las Termópilas y Tesalia, se juntaba, al

(1) *I Cor.*, XVI, 6.

(2) La expresión *μελλοντι ἀνάγεισθαι* parece decir, en efecto, que iba á poner el pie en el navío.

Norte, con la gran vía Egnacia, determinóse á pasar por Macedonia. Iba escoltado por los compañeros ya mencionados: Sopater, hijo de Pirro de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Gayo de Derbe y Timoteo, Tiquico y Trofimo, de la Provincia de Asia. Sin embargo, poco después, quizás en Atenas, más probablemente en Tesalónica, ó por lo menos en Filipos, parece que aquellos se separaron provisionalmente del Apóstol embarcándose para esperarle en Alejandría de Tróade. Sin duda alguna que no les faltaban razones para viajar en condiciones algo diferentes. Por eso los veremos tomar también el camino del mar para contornear á Tróade, en tanto que Pablo la atravesará á pie, hasta Asos. Puede creerse que si éste trataba de aprovechar su viaje para evangelizar los países que recorría, aquéllos cuidaban especialmente de asegurar las limosnas que conducían. Por tierra podían temer el encuentro de aquellos ladrones de que Pablo nos habla como de uno de los peligros de la vida apostólica. En un navío, cuyo capitán podía ser un amigo y en donde reinaba regularmente una policía casi tranquilizadora, había más seguridad. Sea de ello lo que se quiera, sabemos que Pablo se detuvo en Filipos para alentar de nuevo su querida Iglesia. Partió de allí terminadas las fiestas de Pascua, que se complació en celebrar, soldando así oficialmente la nueva liturgia en la de la antigua Ley.

El compañero que le seguía, al partir de esta ciudad, Lucas, nos hará en adelante, en el libro de los Hechos, una relación muy seguida del viaje, hablando en primera persona, como alguien que directamente entra de nuevo ⁽¹⁾ en escena. De hecho, su relato, por los detalles minuciosos y llenos de vida que contiene, revela en el narrador un testigo ocular.

«Y nosotros—dice,—después de los días de los Azimos

(1) Había hablado su primera persona, *Hechos*, XVI, 16, cuando la primera visita de Pablo á Filipos. Como en Filipos es donde el redactor del libro sigue de nuevo á Pablo, se ha supuesto que vivía en esta ciudad, ó que el Apóstol, después de dejarlo allí, hizo que se le uniera á su paso.

nos hicimos á la vela desde Filipos y llegamos á ellos á Tróade en cinco días, y nos detuvimos allí siete días.»

El trayecto de Neápolis, puerto de Filipos, á Tróade, fué más largo que de costumbre. Cuando su primera venida á Europa, efectuólo Pablo en dos días ⁽¹⁾. Para explicar esta diferencia basta suponer que se hizo escala en el camino, ó que el navío retrasó su marcha por efecto de vientos contrarios ó de una calma chicha. Pasaron una semana en Alejandría de Tróade, semana que no se perdió para la causa del Evangelio, ya que, no sólo multiplicó Pablo durante ella su actividad apostólica, sino que un accidente, sobrevenido en una de sus predicaciones, permitió comprobar á los fieles de esta ciudad su poder taumatúrgico. Hemos notado ya que el primer día de la semana había sido, en la liturgia cristiana, sustituido al séptimo, es decir, al sábado judío. Para los gentiles, extraños á las prácticas mosaicas, era la santa conmemoración de la resurrección del Señor y del descenso del Espíritu Santo. Pablo había recomendado á los corintios que lo santificaran con limosnas ⁽²⁾, y lo veremos mencionado por San Juan como el día del Señor ⁽³⁾. Así, pues, con ocasión del domingo, reunióse la asamblea para romper el pan, es decir, para comulgar en el sacramento conmemorativo de la muerte del Señor. Nótese que en Tróade, como en Corinto, esta augusta ceremonia tenía lugar por la noche, después de la cena tomada en común. Cediendo la Iglesia á un sentimiento de respetuosa veneración, estableció, andando el tiempo, que la sagrada comunión se dé á los fieles rigurosamente ayunos, y, por consiguiente, por la mañana. El pensamiento que inspiró esta modificación ritual, es ciertamente loable, pero el recuerdo de *la noche en que Jesús fué vendido* ¿no ofrecía también algo más llamativo, más

(1) *Hechos*, XVI, 11.

(2) *I Cor.*, XVI, 2.

(3) *Apoc.*, I, 10. Un siglo más tarde, testificará San Justino que los fieles, tanto del campo como de la ciudad, tenían la costumbre de reunirse para el culto en común el día del Sol: *Τῆ τοῦ ἡλίου λεγομένη ἡμέρα*. *Apol.*, I, 67; comp. c. *Tryph.*, p. 34; Ignacio, *ad Magnes.*, 9; Bernabé, *Epist.*, 15.

real y piadoso? Por lo regular precedían y seguían el banquete eucarístico edificantes alocuciones. Como Pablo debía abandonar al día siguiente su querida comunidad, complacía en dirigirle sus últimos é importantes avisos. Abandonándose á las santas efusiones de su corazón, prolongó la conferencia hasta media noche. Numerosas lámparas iluminaban la sala alta en que se celebraba la reunión. Sabido es que el efecto de una luz viva consiste en provocar el sueño en los que están fatigados, y que la irradiación permanente de las antorchas acaba por fascinar. Lucas se complace en sembrar de estas observaciones el relato, al que tanto animan, revelando en el historiador la pluma del médico que procura explicar los fenómenos naturales que comprueba. Un joven, llamado Eutico, hallábase sentado en el alféizar de una ventana; hacía tiempo que luchaba con el sueño ⁽¹⁾, y, como Pablo continuaba hablando, se durmió profundamente. Ahora bien, la ventana estaba abierta, probablemente para permitir que la brisa del mar refrescase la atmósfera recalentada de la sala; el pobre joven perdió el equilibrio y cayó á tierra desde el tercer piso. Sabido es que la cámara alta ó cenáculo estaba siempre situada en la parte superior de la casa, y que se abría sobre la terraza. La terraza de que ahora se trata estaba sobre el segundo piso. Casas tan elevadas casi no se encuentran más que en las ciudades marítimas, edificadas en anfiteatro, y en las cuales, para procurarse una ventilación conveniente y una vista al puerto, no se vacila en prescindir de las reglas de la edificación ordinaria. Al caer, debió el joven lanzar un grito que interrumpió bruscamente el discurso del Apóstol. Todas las miradas se dirigieron á la ventana, y no tardó en comprenderse la desgracia que acababa de ocurrir.

La emoción fué muy grande. Mientras unos prorrumpían en lamentaciones, bajaron otros rápidamente la es-

(1) Las expresiones de que se sirve San Lucas muestran que Eutico trataba de resistir al profundo sueño, *καταφερόμενος ἔκπνυ βαθεί... κατερχέθεις ἀπὸ τοῦ θύρου*, cuando, de repente, cayó.

calera que conducía á la terraza, corrían por el patio interior, y aun por la calle, porque la ventana podía muy bien caer á la calle, para levantar al desgraciado Eutico. Esperaban hallarle inanimado, pues una caída de un tercer piso no podía dejar de ser mortal. De hecho se le encontró muerto, lo que hizo que se redoblaran los gritos de desolación. Nada sabemos de este joven, pero aunque no tuviera parientes en la asamblea, ¿no era para todos un hermano en Jesucristo? Pablo descendió al punto, y acostándose sobre él, como lo hicieron en otro tiempo Elías y Eliseo ⁽¹⁾ para operar una resurrección, abrazó el cadáver ⁽²⁾, y luego, dirigiéndose á todos los que se entregaban al desconsuelo, les dijo: «Cese vuestro duelo; su alma está aún en él.» Así dijo Jesús á propósito de la hija de Jairo: «La niña no ha muerto, duerme.» Y sin cuidarse más del asunto, volvió á subir Pablo, rompió el pan y comió ⁽³⁾, continuando su discurso hasta la aurora; luego marchó. Ver reaparecer á Eutico sano y salvo en la asamblea, fué para todos gran consuelo, no sólo porque un hermano había escapado á la muerte, sino sobre todo porque Dios daba visiblemente á los predicadores de su Evangelio el poder milagroso de devolver la vida.

De hecho, se intentaría en vano suprimir aquí el milagro, suponiendo que, por una feliz casualidad, el joven no se había muerto, sino que tan sólo había sufrido un desvanecimiento. Lucas cree firmemente que Pablo obró una verdadera resurrección, por cuanto precisa que se recogió muerto al adolescente, y no como muerto ⁽⁴⁾ ó simplemente aturdido por la caída. La calma de Pablo después de este prodigio es notable; recuerda la de Cristo después de la resurrección del joven de Naím ó de la hija de Jairo.

(1) *III Reyes*, XVII, 21; *IV Reyes*, IV, 34.

(2) Tal es el sentido de *συμπεριλαβών*, que forma aquí una imagen.

(3) La expresión *γενοάμενος* indicaría, según algunos, que Pablo hizo su comida, comp. *Hechos*, X, 10, comiendo los ágapes, después de haber tomado el pan eucarístico. Pero se olvida que la Eucaristía se distribuía después, no antes de los ágapes.

(4) La expresión *ἦρθη νεκρός*, sobre todo relacionada con *ἡγιασὸν ζῶντα*, resuelve definitivamente la cuestión.

Al romper el día, se embarcaron sus compañeros, pero el Apóstol, en vez de marchar con ellos, encaminóse, á través de Tróade, á Asos, en donde debían encontrarse. El camino no era largo, unos 40 kilómetros. Quizás Pablo abrigaba miras apostólicas sobre los pueblos del trayecto. En todo caso, debió ser escoltado por los amigos de Tróade que desearon gozar por más tiempo de su conversación. ¿Se detuvo en Larisa y en Colonna, dos centros populosos que halló en su camino al recorrer la costa por la vía romana? Es posible. Luego llegó á Asos.

Dos veces hemos visto las ruinas de esta ciudad. Son muy interesantes. La acrópolis, con su templo extrañamente arcaico, hexastilo, y de orden dórico muy pesado, dominaba la ciudad ⁽¹⁾, recinto de enormes bloques de traquita aparejados sin cemento ó mortero. La puerta noroeste, por la cual entró Pablo, está todavía en pie. Su vano se abre entre dos torres cuadradas formando vuelo. Francamente rectangular, se dibuja bajo un arco ojival abierto en el muro, y cuyas piedras en salidizo forman horizontalmente proyectura las unas sobre las otras. Esto indica su remota antigüedad. En otro tiempo, Asos, con su pequeño puerto, era uno de los puntos en que regularmente hacían escala los navíos. Hoy es una verdadera casualidad que un falucho ancle en el fondeadero de Berham, cuyas arenas hacen poco cómodo el acceso. ¿Pasó Pablo algunos días en aquella ciudad? No es probable. Para llegar á Jerusalén antes de Pascua, sólo quedaba un mes. Sin perder tiempo, y por el camino de rápida pendiente que pasa al pie del teatro y domina el mar hasta Lesbos, fué al encuentro del navío que le esperaba en el puerto. Unióse allí á sus compañeros y se embarcó con ellos.

El autor del libro de los Hechos menciona, á partir de este punto, todas las estaciones que debieron hacer antes de llegar á Cesárea. El primer día llegaron á Mitilene, en donde pasaron la noche. Aun hoy en día no se encuentra

(1) Puede verse en el Louvre los bajo relieves que, por extraña excepción adornaban el arquitrabe, siempre liso, de los edificios análogos.

fondeadero más seguro para las naveés, ni tierra más hospitalaria para los viajeros, que la graciosa patria de Safo, de Alceo, de Teofrasto, escalonada en una colina y á orillas del mar, con sus casas pintadas de los más vivos colores, y sus pintorescas cúpulas que se destacan sobre un vasto fondo de verdura. Se ha observado que no fué muy largo el camino recorrido el primer día. Quizás el navío tuvo que detenerse en Mitilene, pues estando la luna en su cuarto creciente, no podían aventurarse á viajar de noche ⁽¹⁾.

Al día siguiente, se llegó á la altura de Chío, la isla de montañas estriadas por negros barrancos, cuyos viñedos y cuya almáciga constituyen la fortuna de un pueblo hermoso, inteligente y bravo.

Al día siguiente, singlóse hacia la fértil Samos, y, después de detenerse en Trogilio ⁽²⁾, al pie de Micala, entre Éfeso y la embocadura del Meandro, tocóse al otro día en Mileto. Pablo no era dueño de determinar las escalas del navío; preciso era someterse á las exigencias comerciales que se imponían al capitán. Esta fué una de las razones por las que no pudo pasar por Éfeso, y la única que le impidió en Trogilio, en donde no hicieron más que echar el áncora, mandar á buscar á los ancianos de esta Iglesia, á los cuales deseaba ver. En efecto, Trogilio estaba más cerca que Mileto, por lo que hubieran podido citarse allí con más comodidad. El historiador, en la creencia de que debía explicarnos la razón por la cual no procuró Pablo visitar, costase lo que costase, su querida ciudad de Efeso, nos recuerda que, ante todo, como ya se ha dicho, estaba firmemente resuelto á llegar, él y sus compañeros, con sus limosnas, á Jerusalén antes de Pentecostés. Para ello, no había tiempo que perder, y abandonar el navío sin tener la seguridad de hallar poco después otro con rumbo al

(1) Smith, *Voyage and Shipwreck of S. Paul*, ha hecho esta observación.

(2) Vimos las tres pequeñas islas de Sandalión, Psilón y Agennón, que Plinio, *H. N. V*, 37, coloca en Trogilio, cada una con su puerto. Muy probablemente en Sandalión fué donde, contorneando por el sur del cabo, se detuvo el Apóstol.

Sur, hubiese sido imprudente. Por otra parte, en Éfeso, hubieran tratado de detenerlo. Quizás también su presencia hubiera suscitado nuevos tumultos. En una palabra, envió á decir, sin tardanza, á los jefes de esta Iglesia que los esperaba en Mileto.

De Mileto á Éfeso hay unos 60 kilómetros. Se necesitaban cuatro días ya para avisar, ya para conducir ante Pablo los ancianos de esta querida comunidad. Probablemente tenía el navío que tomar y dejar mercancías en el golfo de Latmico. De aquí esta escala, relativamente larga, en Mileto.

Esta ciudad había ido perdiendo en importancia á medida que el Meandro, cegando sucesivamente cada uno de sus puertos, había hecho cada vez más difícil el acceso á la misma. Sin duda que la antigua rival de Tiro y de Sidón despachaba todavía, no sin trabajo, las mercancías que le llevaban las caravanas que descendían de las montañas de Frigia, á través de los valles del Lico y del Meandro; pero veía rarísima vez llegar á ella los navíos cargados con productos de Egipto ó de las islas del mar Egeo. Todavía podemos reconocer hoy en día el punto más ó menos exacto de los terromonteros del río acarreador, hacia la época en que Pablo se detuvo en Mileto; pero después la invasión de la arena fué muy rápida. De aquel suelo fangoso apenas emergen actualmente las ruinas de un gran teatro de mármol blanco, aislado por todas partes, lo que no se ve jamás en una ciudad griega ⁽¹⁾. Los pastores han construído algunas chozas, pero emigran en el verano para evitar la fiebre. Todavía no se ha tenido ánimo suficiente para explorar con decisión aquellas ruinas ⁽²⁾.

Los ancianos de Éfeso apresuráronse á llegar á Mileto, por tierra ó por mar. Iban animados de inmenso júbilo por volver á su amadísimo Apóstol y mostrarle su fiel adhe-

(1) En Roma, el de Marcelo estaba construído en las mismas condiciones.

(2) M. Humann, uno de nuestros amigos, se proponía intentarlo para el Museo de Berlín, pero se lo impidió la muerte.

sión y gratitud. Horas exquisitas pasaron en fraternales efusiones, comunicándose aquellas almas santas sus esperanzas, sus deseos, sus animosas obras de fe y de caridad. Cuando fué preciso separarse, pronunció Pablo un discurso de despedida que es una de las más bellas páginas del libro de los Hechos. Lucas debió recogerlo en el mismo momento, porque, aun abreviándolo, nos lo conservó con una frescura y una verdad de sentimiento que hacen incontestable su autenticidad. Hállase en él el calor de alma y la emoción vibrante que caracterizan las más bellas páginas paulinas:

«Hermanos ⁽¹⁾—dijo,—vosotros, á lo menos vosotros, sabéis, desde el primer día que entré en el Asia, de qué manera me he portado todo el tiempo que he estado con vosotros, sirviendo al Señor con toda humildad, y con lágrimas, y con tentaciones, que me vinieron por las asechanzas de los judíos; como nada que os fuese útil me he retraído de decíroslo, y de enseñaros en público y por las casas, predicando á los judíos y á los gentiles el arrepentimiento ante Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo ⁽²⁾. Y ahora he aquí que yo, constreñido mi espíritu ⁽³⁾, voy á Jerusalén, no sabiendo las cosas, que allí me han de acontecer, sino lo que el Espíritu Santo me asegura por todas las ciudades, diciendo: Que me aguardan allí prisiones y tribulaciones. Mas no temo ninguna de estas cosas, ni estimo mi vida en más de lo que valgo ⁽⁴⁾, solamente que acabe mi carrera y el ministerio de la palabra que recibí

(1) La palabra *ἀδελφοί* no se halla más que en algunos manuscritos, pero parece suficientemente natural que Pablo la emplease. Por otra parte pone más de relieve el *vosotros* enfático que sigue.

(2) Las dos palabras *arrepentimiento y fe* resumen las condiciones de la salvación. Comp. *Marc.*, I, 15.

(3) Tal es el sentido de *δέδεμμένος*. Su constante inquietud, verdadera obsesión, le arrastraba á Jerusalén, como un cautivo que no es dueño de sí mismo. El *πνεῦμα* de que aquí se trata, es el espíritu de Pablo. Cuando, en la frase siguiente, se trate del Espíritu Santo, nos lo advertirá el calificativo *ἄγιον*.

(4) Esta versión nos parece la mejor. Otros leen: *οὐδενὸς λόγου*, en vez de *λόγου*, y traducen: «No vale la pena de que haga mención de mi vida, ni la estimo en más de lo que valgo.»

del Señor Jesús, para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios. Y ahora he aquí que yo sé que no veréis más mi cara ⁽¹⁾ todos vosotros, por los cuales he pasado predicando el reino de Dios. Por tanto, os protesto en este día, que no soy responsable de la pérdida de ninguno de vosotros ⁽²⁾. Porque no he rehusado el anunciaros todo el consejo de Dios. Mirad por vosotros y por toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha puesto por obispos ⁽³⁾ para gobernar la Iglesia de Dios ⁽⁴⁾, la cual Él ganó con su sangre. Yo sé que después de mi partida entrarán á vosotros lobos arrebatadores que no perdonarán á la grey. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres, que dirán cosas perversas, para llevar discípulos tras de sí ⁽⁵⁾. Por tanto, velad, teniendo en memoria que por tres años ⁽⁶⁾ no he cesado noche y día de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros. Y ahora os encomiendo á Dios y á la palabra de su gracia, á aquel que es poderoso para edificar y daros heredad en-

(1) Pablo habla aquí según las previsiones humanas, y no hay que concluir de ello que no se le volviese á ver en Asia. Jamás tuvieron los Apóstoles la clara noción de lo por venir; como nosotros, vivieron en la incertidumbre del mañana.

(2) El texto lleva: «de la sangre de todos vosotros». Esta locución era familiar á Pablo para decir que, si sus oyentes iban á la muerte eterna, no tenía por qué reprochárselo á sí mismo. Comp. *Hechos*, XVIII, 6.

(3) Los términos *ἐπίσκοπος* y *πρεσβύτερος* se toman aquí el uno por el otro, como *Philip.*, I, 1; *I Tim.*, III, 2, 8; *Tit.*, I, 7. Los Obispos son instituidos para gobernar la Iglesia, no por la autoridad de los hombres, sino por el Espíritu Santo. Comp. *I Cor.*, XII, 8, 11 y 28. (*)

(4) La lección *τοῦ Θεοῦ* es ciertamente mejor que *τοῦ Κυρίου*. No sólo *Ἐκκλησία τοῦ Θεοῦ* es la fórmula empleada por Pablo en sus Epístolas, en las cuales se encuentra por lo menos diez veces, en tanto que la otra no se halla nunca sino que está conforme con el texto que se lee en el Códice Vaticano, como también en el del Sinái. Así, pues, el Señor Jesús es el llamado aquí Dios, porque Él es, y no el Padre, el que fundó la Iglesia con su sangre. Conocida es la importancia de este texto para sentar lo que los teólogos llaman la comunicación de los idiomas.

(5) Estos falsos doctores y lobos sagaces son ó judaizantes ó soñadores gnósticos: Himeneo y Alejandro, *I Tim.*, I, 20; Figelo y Hermógenes, *II Tim.*, I, 15; Diótrefes, *III Juan.*, 9; Cerinto, Eusebio, *H. E.*, IV, 14.

(6) ¿Debe ser tomado á la letra este número? Sabemos que Pablo había enseñado tres veces en la sinagoga y dos años en la escuela de Tirano, *Hechos*, XIX, 8, 10, pero nada conocemos con precisión acerca de los otros nueve meses.

(*) Es decir, que los *obispos* (vigilantes, inspectores), de *Hechos*, XX, 28, son los mismos *presbíteros* (ancianos) del vers. 17.—N. del T.

tre todos los que son santificados. No he codiciado plata, ni oro, ni vestido de ninguno, como vosotros mismos lo sabéis, porque estas manos me han suministrado las cosas necesarias á mí, y á los que están conmigo. En todo os he mostrado que, trabajando de esta manera, conviene también procurarse con qué socorrer á los pobres, y acordarse de aquellas palabras que dijo el Señor ⁽¹⁾: Más dicha hay en dar que en recibir.»

¡Qué bien se muestra aquí Pablo con todas las santas pasiones y virtudes de su alma apostólica! Volvemos á ver aquí aun las expresiones, los giros y algo así como reminiscencias de sus Epístolas ⁽²⁾. ¡Con qué humildad y gallardía á la vez habla de su laborioso, penoso, decidido, y fecundo apostolado! ¡Con qué generosidad heroica declara que, á pesar de los más fundados avisos, se dirige á Jerusalén, para aventurar allí su vida! ¡Por ventura no está en el deber de intentar, á cualquier precio, la obra de reconciliación entre Israel y la gentilidad, obra urgente y decisiva? Ahora bien, ¿qué vale el peligro, y aun la certeza misma de la muerte, cuando se trata de salvar la Iglesia de Dios? Sin embargo, este valor indomable, terrible, casi duro para él mismo, no excluye aquí, como tampoco en sus Epístolas, una mezcla de exquisita ternura para los demás. Prevé sus peligros, excita su vigilancia, evoca el recuerdo de su predicación, llena de sinceridad y de amor, como un preservativo contra los falsos pastores, cuyas criminales audacias entrevé ya en aquel momento. Confía á Dios aquellos á los cuales va á abandonar, pero antes, mostrándoles sus manos endurecidas por el trabajo, les recuer-

(1) Esta frase de Jesús es una de las llamadas *Agrapha*, de que hemos hablado, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, vol. I, Introducción, página 81. Ignoramos si Pablo la toma de la tradición oral ó de la escrita.

(2) Se ha puesto de manifiesto la mayor parte de estas comparaciones: así, vers. 19, δουλεύων τῷ Κυρίῳ, recuerda *Col.*, III, 24; la manera como se justifica es la misma que *I Tes.*, II, 10; *II Cor.*, 3, 4; δακρύων hace pensar en *II Cor.*, II, 4, y *Filp.*, III, 18; ἐπιβουλὰς τῶν Ἰουδαίων, en *I Cor.*, XV, 31; τελειῶσαι τὸν δρόμον μου, es una imagen que reaparecerá en *II Tim.*, IV, 7, y *Filip.*, II, 16; el llamamiento del vers. 34: αὐτοὶ γινώσκετε, se halla también en *I Tes.*, II, 5; *II Tes.*, III, 7-9; *I Cor.*, IX, 4-15; *II Cor.*, XI, 7; XII, 14, etc.

da, con legítima satisfacción, que, humanamente hablando, nada debe á nadie. Ha ganado el pan cotidiano para sí y para los demás. Su dicha ha consistido en dar, no en recibir. ¿Procederá así todo buen pastor? La lección va dirigida á los de Efeso. Que ella sea la regla de su vida.

Este discurso de despedida había de conmover necesariamente á la piadosa concurrencia, pero la emoción llegó á su colmo cuando vieron que Pablo caía de rodillas y oraba por los que iba á dejar. Todos hicieron lo mismo. Luego, mientras las almas se unían en esta suprema súplica, estallaron de repente en prolongado y general sollozo, y uno por uno, acercándose al Apóstol, besáronle, dejando descansar por largo tiempo la cabeza en su hombro, como se practica todavía en las saluciones orientales. La escena tenía algo de solemnemente doloroso. Pero la que más affligía á los buenos efesios, era el anuncio de que ya no le verían más. Siguiéronle tristemente al navío que desplegabá las velas, y allí Pablo y sus compañeros dieron el último abrazo á sus amados hermanos ⁽¹⁾. El viento era favorable, y la nave se alejó rápidamente de la orilla, no sin que los que marchaban y los que se quedaban se saludaran aún repetidas veces. Después, cuando el barco se perdió en el centelleante azul de alta mar, volvieron los ancianos, abismados y melancólicos, á Efeso diciéndose: «¡No le volveremos á ver más!»

El navío encaminóse directamente á Cos, pues sin duda el viento soplabá del Norte. Lucas, médico y quizás pintor, hubiera podido saludar en aquella isla grandes recuerdos, puesto que era la patria de Hipócrates y de Apeles. Cos, rica por sus vinos, sus perfumes, sus fábricas de púrpura ⁽²⁾, tenía una colonia judía muy importante ⁽³⁾. Sin otro comentario, queda dicho que al día siguiente llegaron á

(1) Esto es lo que dice la frase *ἀποσπασθέντας ἀπ' αὐτῶν*, que Lucas aplica á Pablo y á sus compañeros de viaje.

(2) Plinio, *H. E.*, XV, 18; Estrabón, XIV, 2, 19; Ateneo, XV; Horacio, *Odas*, IV, 13, 13.

(3) Josefo, *Antiq.*, XIV, 7, 2.

Rodas, isla que se halla á unas 50 millas hacia el sur-este. Bien que despojada de su antiguo esplendor, su capital tenía aún bastante importancia, ya que, si su poder marítimo estaba muy reducido, y sus célebres escuelas carecían de retóricos, era siempre ciudad libre, y Claudio se había complacido en consagrar, por un documento público, su independencia ⁽¹⁾. Echóse el ancla cerca de los gigantes-
cos restos de la estatua del Sol, una de las siete maravillas del mundo antiguo, arruinada por un terremoto. Hemos visitado la graciosa y apacible bahía, todavía excelente para el fondeadero de los buques. La ciudad que la domina está llena de grandes recuerdos, pertenecientes sobre todo á la Edad Media. De aquí, dirigiéndose rectamente al Este, llegaron á Pátara, que sirve de puerto, en la costa de Licia, á Xanto, capital de la provincia. Hallábase allí un oráculo de Apolo que rivalizaba con el de Delfos ⁽²⁾.

El navío que conducía á Pablo y á sus compañeros no bajaba más lejos hacia el Sur. Preciso fué buscar otro para continuar el viaje. En este puerto, transformado hoy en pantano por montículos de arena, el movimiento comercial era entonces considerable. Hallábase allí un falucho que se dirigía á Fenicia, y lo aprovecharon. Pasando por junto á Chipre, que dejaron á la izquierda, dirigieronse rectamente á la costa de Siria. El tiempo debía ser bueno, y la noche clara, lo que permitía á la nave no seguir la costa, sino tomar la línea recta á través del mar. Seguramente que no tardaron menos de cinco días en recorrer este espacio de 400 millas.

Desembarcaron en Tiro, donde el barco debía descargar sus mercancías. Á pesar de las sucesivas catástrofes que, desde Alejandro, habían caído sobre ella, esta antigua reina de los mares, edificada en la extremidad de una lengua de tierra que, por su arena roja, contrasta con el resto del país, era todavía una ciudad grande y rica. En ella había hecho adeptos el Evangelio desde el principio, proba-

(1) Tácito, *Annal.*, XII, 58.

(2) Estrabón, XIV, 3, 6; Horacio, *Odae*, III, 4, 64.

blemente desde el día siguiente al martirio de Esteban. Sabido es que entonces partieron de Jerusalén, para huir de la persecución, varios predicadores que, repartiéndose por la región, pasaron por Fenicia y anunciaron en ella, exclusivamente á los judíos, la Buena Nueva ⁽¹⁾. Pablo atravesó más tarde este mismo país para concurrir á la asamblea de Jerusalén ⁽²⁾. ¿Intentó desenvolver los gérmenes de fe que en él había? Es probable. Con todo la Iglesia tiria parece que se componía de pocos miembros, ya que, al decir del historiador sagrado, en su totalidad, hombres, mujeres y niños, acompañó á Pablo hasta el navío.

Durante los días que pasó el Apóstol en la capital de Fenicia, se le suplicó, autorizándose en inspiraciones especiales del Espíritu Santo, que renunciara al viaje de Jerusalén. Mas él mostróse inflexible, y, al cabo de una semana, embarcóse para continuar su viaje. La separación tuvo también aquí algo de conmovedor, como en Mileto. Los fieles, deseosos de oír el mayor tiempo posible al gran obrero del Evangelio, y de recibir su suprema bendición, le escoltaban, conduciendo á sus pequeñuelos. Querían que la imagen bendita del hombre de Dios se grabase profundamente en el alma de aquellos creyentes de lo por venir, considerados ya—cosa digna de mención—como parte integrante de la Iglesia. Fuera ya de la ciudad, en la ribera donde el mar, con su color opalino, baña los montículos de brillante y roja arena, cayeron todos de rodillas y oraron en común. Diéronse luego el beso de despedida, y el navío llevóse á Pablo y á sus compañeros, dejando á los fieles de Tiro llenos de tristes presentimientos.

Llegaron poco después á Tolemaida, en donde terminó el viaje por mar; ya estaban en tierras de Palestina. En Tolemaida había un grupo de cristianos; Pablo pasó un día con ellos, dándoles con el pan de la palabra, el saludo fraternal, y al día siguiente partió para Cesárea. El camino, de hacerse á pie, era largo, pues la distancia es de 60 ki-

(1) *Hechos*, XI, 19.

(2) *Id.*, XV, 3.]

lómetros; nosotros lo hemos recorrido en un largo día de carruaje.

Cesárea, como hemos dicho en otra parte, era entonces una grandiosa y bella ciudad en la que residía el representante de la autoridad romana. El puerto, hoy lleno de arena y rocas enormes, era entonces muy frecuentado. En aquella población, mezcla de judíos y extranjeros, los cristianos eran numerosos. Pablo llegaba, pues, á un medio conocido y amigo. Hallábase allí el diácono Felipe, uno de los primeros que habían inaugurado la predicación del Evangelio fuera de Israel. Felipe era uno de los siete, elegidos primeramente para servir á los pobres, pero que se habían entregado en seguida al misterio de la palabra. Vímosle retirarse á Cesárea después del bautismo del eunuco ⁽¹⁾, y según todas las probabilidades, había fundado allí y dirigía una Iglesia, porque es calificado de evangelista por San Lucas. Era, pues, el indicado para dar hospitalidad al Apóstol de los gentiles, y, en efecto, descendieron en su casa. Tenía cuatro hijas, las cuales parece que cooperaron en gran manera á su apostolado y habían hecho voto de virginidad. Consagraban su vida á anunciar el Evangelio y á edificar á la comunidad cristiana con los discursos inspirados que pronunciaban en ella ⁽²⁾. Probablemente esto es lo que quiere dar á entender el historiador al decir que eran profetizas. Eusebio, fundándose en el testimonio de Papias y de Policrates, proporcionó algunos detalles sobre la dirección que tomaron más tarde. Parece que siguieron á su padre al Asia Menor, á Éfeso y á Hierápolis, en donde éste predicaría el Evangelio. Dos de ellas quizás se casaron, y las otras dos, conservando su virginidad, serían enterradas junto á su padre, en Hierápolis. Por desgracia, Eusebio, en las indicaciones que nos da, parece que fué, no sólo mal informado, sino que estuvo muy distraído, por cuanto confunde á Felipe el evangelista y uno de los siete diáconos con el Apóstol Felipe, de suerte

(1) *Hechos*, VIII, 40.

(2) *I Cor.*, XIV, 3, 24, 32.

que uno no sabe qué fe merece su relato ⁽¹⁾. Sea de ello lo que se quiera, estas cuatro hijas parece que representaron en la misma Cesárea un papel importante, por lo que sería muy natural admitir que, durante la larga cautividad de Pablo en esta ciudad, pudieron ellas proporcionar á Lucas fragmentos de la predicación evangélica primitiva, suficientemente numerosos para permitirle redactar su biografía de Jesús.

Durante los cuatro días que pasaron en Cesárea, llegó de Judea un profeta llamado Agabo. La manera como Lucas lo representa daría lugar á creer que es un personaje completamente nuevo para nosotros. Sin embargo, en el libro mismo de los Hechos ya había sido introducido como profeta para anunciar el hombre que, en tiempo de Claudio, debía ejercer sus rigores en Jerusalén ⁽²⁾. Este modo de proceder tiene algo de sorprendente en un historiador tan avisado y correcto como Lucas. ¿Olvidó lo que había escrito hacía ya mucho tiempo, ó bien el autor de los fragmentos que habla en primera persona del plural es diferente del autor de los otros relatos? Agabo llegaba de Judea, es decir, de Jerusalén, á Cesárea, así como, la primera vez, había ido de la Ciudad Santa á Antioquía. Habíase dado cuenta de la exasperación de los judíos, y veía claramente la suerte reservada á Pablo. Sin perder un momento, quiso advertir al Apóstol. Su modo de proceder recuerda el de los *nábis* en la Antigua Ley.

Con una libertad que se le toleraba como profeta, y, sin duda, en plena asamblea de fieles, tomó el ceñidor de Pablo, y, sirviéndose de él para atarse los pies y las manos, exclamó: «Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón cuyo es este cingulo y lo entregarán en manos de los gentiles.» Los videntes antiguos se aplicaban así, no sólo á predecir en sus discursos, sino á hacer sensible, con actos simbólicos, lo que anunciaban ⁽³⁾.

(1) Eusebio, *H. E.*, II, 30, 31, 39; V, 24. Comp. Clemente de Alejandría, *Strom.*, VI, 52.—(2) *Hechos*, XI, 28.

(3) *III Reyes*, XXII, 11; *Is.*, XX, 2; *Jerem.*, XIII, 1; *Ezeq.*, IV, 1, etc.

Valíanse de este medio para producir más viva impresión en aquellos á quienes se dirigian. Y, de hecho, todos, así los fieles de Cesárea como los compañeros de viaje, se pusieron á suplicar á Pablo que no subiese á Jerusalén. «¿Qué hacéis—dijo vivamente el Apóstol—llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy aparejado, no sólo para ser atado, sino también para morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.» Lejos de disimular la emoción de su alma, complácese, al propio tiempo que reprocha á sus amigos que se la aumenten con sus lamentaciones, en dejarla entrever. Hecho esto, recuerda que es Apóstol, y el apóstol no ha de contar ni con la libertad; ni con la vida, cuando cree oír el llamamiento de Dios. Detenerse á las puertas de Jerusalén, con las abundantes limosnas que en ella debe distribuir, cuando todo el mundo sabe que ha querido presentarse allí como conciliador entre las iglesias de la gentilidad y las judío cristianas, ¿no sería un desaliento imperdonable? El deber se impone aquí con toda claridad, y Pablo se lamenta de que se intente, con lágrimas inútiles, apartarlo de él. Nada podía conseguirse de un hombre tan enérgicamente resuelto. Por respeto, cesaron de insistir ⁽¹⁾, y no sin profunda tristeza, se resignaron diciendo: «¡Cúmplase la voluntad de Dios!» y se dispusieron á subir á la Ciudad Santa.

Si contamos aproximadamente los días transcurridos desde la semana de Pascua, fecha de la partida de Filipos, nos convenceremos de que la fiesta de Pentecostés no podía estar muy lejos ⁽²⁾. Queriendo Pablo celebrarla en Jerusalén, no había tiempo que perder.

(1) El narrador dice, *ἠρνούσαμεν*, *renunciamos á toda demostración exterior*.

(2) Pablo abandonó á Filipos después de la fiesta de los panes ácimos, fiesta que duraba siete días á partir de la Pascua. Gastó cinco días en llegar á Tróade, en donde pasó siete. Preciso es contar cuatro de Tróade á Mileto, en donde se detuvo por lo mismo tres días. De Mileto á Pátara, otros tres días, y probablemente cinco de Pátara á Tiro, en donde permaneció una semana. De Tiro á Tolemaida un día, y de Tolemaida á Cesárea, dos. Total 44 días. Se necesitaban unos tres para ir de Cesárea á Jerusalén, y bien pasarían dos en Cesárea.

SECCIÓN II

LO QUE SIGUIÓ Á LA TERCERA EXCURSIÓN APOSTÓLICA DE PABLO

CAPÍTULO PRIMERO

Viaje fatal á Jerusalén

Pablo, en Jerusalén, se hospeda en casa del cipriota Mnasón, uno de los primeros discípulos del Evangelio.—Dispénsanle buena acogida los hermanos.—Reunión en casa de Santiago.—Lo que Pablo esperaba de ella y lo que se siguió.—Consejo de ir á presentar cuatro nazareos al Templo.—Motín en el Lugar Santo.—Interviene la guarnición romana.—Discurso de Pablo desde lo alto de la escalera de la fortaleza Antonia.—No se puede dar tormento á un ciudadano romano.—Comparecencia é incidentes violentos ante el Sanedrín.—Pablo arrancado á sus enemigos.—El Señor le anima y le señala á Roma como teatro de su próximo apostolado. (*Hechos*, XXI, 15; XXIII, 11).

Pablo y sus compañeros, llevando ⁽¹⁾ consigo su equipaje, se pusieron en camino para Jerusalén, seguidos de algunos fieles de Cesárea, entre los cuales iba un antiguo discípulo, el cipriota Mnasón, en cuya casa debían hospedarse.

Tenía Pablo grandísimo interés en demostrar que no era un excomulgado, sino un hermano, supuesto que recibía hospitalidad en casa de uno de los prosélitos más antiguos de la nueva religión. El nombre de Mnasón es griego ⁽²⁾, como el de muchos judíos helenistas. Por la historia sabemos únicamente que era de la isla de Chipre; sin embargo, es posible que fuese no solamente compatriota de

(1) Aceptamos la lección *επισκευασμένοι*; porque si se lee con muchos exégetas *ἀποσκευασμένοι*, debería entenderse que habían dejado los equipajes en Cesárea.

(2) Eliano, *V. H.*, III, 19; Ateneo, VI; Luciano, *Philops.*, 22.

Bernabé, sino amigo ó pariente suyo, y que, como él, hubiese abrazado muy temprano la causa del Evangelio.

El autor del libro de los Hechos observa que los hermanos recibieron cordialmente á Pablo y á sus acompañantes; pero trátase principalmente del grupo al cual pertenecía Mnasón y que, al tener noticia de su llegada, corrió en seguida á su casa. Atardecía; y en aquella reunión de íntimos, contentóse Pablo con enterarse del estado de la Iglesia de Jerusalén, dejando para el día siguiente su presentación con los suyos y las limosnas de que eran portadores. Acercábase el momento crítico, y, no sin alguna aprensión, pensaba el Apóstol en aquel día siguiente tan lleno de incertidumbre. ¿Lograría, por fin, que le aceptaran oficialmente todos, judaizantes y helenistas, suprimiendo así de una vez tantas hostilidades, sordas ó ruidosas, que le perseguían en su ministerio? Por lo contrario, ¿no corría peligro de levantar una violentísima tempestad atacando de frente á sus enemigos? Porque lo cierto era que se proponía provocar una explicación pública en la misma Jerusalén, en el centro de la coalición. De ahí su su viva curiosidad sobre el cariz que tomarían los acontecimientos.

Presentóse oficialmente, pues, al día siguiente á casa de Santiago, llevando consigo á los delegados de las Iglesias de la gentilidad, á quienes quería ver fraternizando con los de la Iglesia de Jerusalén. Esperábalos aquél con todos los Ancianos ó Presbíteros, auxiliares suyos en el gobierno de la comunidad judío-cristiana. Sabido es que, según nuestra opinión, este Santiago, apellidado también *Obliam*, era uno de los Doce, hijo de Cleofás y llamado hermano del Señor ⁽¹⁾. En otra ocasión precisamos su oficio de obispo ó jefe de la Iglesia de la Ciudad Santa. En aquella circunstancia estaba tanto más obligado á cumplir los deberes de su cargo, cuanto parece que ningún otro Apóstol se hallaba en Jerusalén. Había invitado, por tanto, á todos los dignata-

(1) Véase *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 292 y 319.—N. del T.

rios para que viniesen en seguida á oír lo que Pablo iba á decir de su apostolado, y á comprobar al mismo tiempo el feliz cumplimiento de las antiguas profecías sobre los habitantes de las islas lejanas que, á la hora señalada por Dios, pagarían su tributo á Jerusalén. En cuanto á las colectas destinadas al socorro de los hermanos, afligidos tanto por la miseria general como por el fanatismo de los perseguidores, opinaba que los Ancianos debían guardarlas en depósito, hasta tanto que fuese preciso proceder á su distribución.

El Apóstol de los gentiles saludó á la asamblea y, en el beso de paz que recibió, obtuvo desde luego el testimonio oficial de una fraternal comunión. Después, se puso á relatar en detalle lo que Dios se había complacido en hacer por su ministerio en el mundo pagano. Aunque el asunto era vasto, plúgole, con santo entusiasmo, agotarlo⁽¹⁾. Los progresos del Evangelio en Asia Menor, donde Galacia y Frigia contaban con florecientes comunidades cristianas; la gloriosa fundación de la Iglesia de Éfeso; la toma de posesión de algunos países de Europa, como Filipos, Tesalónica, Atenas, Corinto; todo esto no podía menos de ser una feliz nueva para quienes amaban á Jesucristo y querían el reino de Dios. ¿Juzgó Pablo que convenía excluir de su cuadro las sombras que podrían haber contristado á su auditorio? ¿O bien denunció animosamente la campaña que, en cada una de sus misiones, hacía contra él el partido judío cristiano, que regularmente recibía la consigna de Jerusalén? No nos es posible decirlo. En todo caso, el bien que contó fué suficiente para borrar casi por completo el mal que había indicado ó que había dejado sobrentender, de suerte que la asamblea entera, con Santiago á la cabeza, halagada de otra parte por la generosa ofrenda enviada como homenaje por las Iglesias salidas de la gentilidad, dejó estallar su sincera satisfacción y entonó al punto un himno á la gloria de Dios.

(1) El texto dice: Narrabat per singula, quae fecisset Deus in gentibus per ministerium ipsius.

¿Debemos admitir que, entre los oyentes, hubo algunos menos dispuestos á aplaudir así sin reserva? Nada dice el texto, pero no es improbable. Conviene no olvidar que, fuera de Santiago y de sus influencias, había un partido que se prevalía de su autoridad y se mostraba ardentísimo defensor de las prácticas mosaicas. Componíase, como dijimos en otro lugar, de fariseos, que se habían pasado en apariencia á la religión del Evangelio, pero que tendían visiblemente á hacer del cristianismo una secta judía y nada más. Este es el partido que hemos visto dirigir, algo en todas partes, la campaña más tenaz y más violenta contra Pablo, despachando sin cesar, en su seguimiento, á emisarios para entorpecer su obra universalista. Sin duda que Santiago se esforzaba en moderar su detestable fanatismo; pero, viviendo en Jerusalén, creíase obligado á mostrar cierta deferencia y aún celo para con las prácticas legales. Su situación era difícil; porque, fiel discípulo del Maestro, no podía perder de vista que el Evangelio era para el mundo entero, y que el mundo no consentiría jamás en pasar por Moisés para ir á Jesucristo. Dirigíanse, pues, sus esfuerzos á poner de acuerdo á los dos partidos por hábiles concesiones.

Por esto, una vez terminada la acción de gracias á Dios, no se tardó en dejarse llevar de inquietudes de otro orden y desgraciadamente harto fundadas. No ignoraba la asamblea que, en Jerusalén, todos estaban lejos de participar de sus benévolas disposiciones respecto del Apóstol de las gentes. Estaban evidentemente soliviantados los ánimos entre los partidarios fanáticos de la Ley contra aquel que, en el mundo entero, predicaba su definitiva inutilidad. Ahora bien, la pasión religiosa llega de buen grado á todos los extremos contra aquellos á quienes tacha de apóstatas: «Hermano—dijeron á aquel que acababa de referir las victorias del Evangelio, historiando su propio apostolado,—bien ves cuántos millares de judíos son los que han creído, y todos son celadores de la Ley. Pues bien, han oído decir de ti que enseñas á los judíos que están

entre los gentiles, que dejen á Moisés, y que no deben circuncidar á sus hijos, ni andar según los ritos.» La acusación hubiese sido fundada, si se hubiese tratado de lo que Pablo predicaba á los gentiles. En efecto, su doctrina era que la circuncisión y las obras de la Ley eran inútiles para la salvación, y que, por tanto, los discípulos del Evangelio estaban emancipados de las observancias legales. Pero era falsa la acusación en cuanto se refería á las prescripciones dirigidas por Pablo á los judíos. Si bien afirmaba la impotencia de la circuncisión y de otros ritos mosaicos para justificar al hombre ante Dios, no obligaba á los judíos á romper violentamente con la Ley. Sin duda que su enseñanza tendía á suprimirla, pero con prudencia y á medida que ganase terreno el espíritu del Evangelio. Una de las grandes cualidades de Pablo fué la prudencia que, en la práctica, moderaba siempre deliberadamente su naturaleza excepcionalmente fogosa. En él, el novador ó el piadoso revolucionario del Evangelio no obraba jamás sin aconsejarse del mesurado conservador, que era quien resolvía siempre todas las dificultades. ¿Por ventura no había dicho á los corintios ⁽¹⁾: «Si alguno es llamado á la fe siendo circuncidado, que no afecte parecer incircunciso; si alguno es llamado siendo incircunciso, que no se haga circuncidar. La circuncisión nada es, y el prepucio nada es; la guarda de los mandamientos de Dios lo es todo. Cada uno en la vocación en que fué llamado, en ella permanezca?» Y, de hecho, ¿acaso él mismo no vivía como judío entre los judíos ⁽²⁾, ora circuncidando á Timoteo, hijo de una judía, ora haciendo un voto en Cencreas? Esto sabíanlo muy bien Santiago y los que le rodeaban; por esto, en presencia de la situación en que le ponía el partido fariseo, juzgaron que Pablo debía, por un acto público, afirmar á los ojos de todos sus verdaderos sentimientos. Un testimonio de respeto á las prácticas legales no podía menos de prevenir todo conflicto, imponiendo silencio á los de-

(1) *I Cor.*, VII, 18-20.

(2) *I Cor.*, IX, 20. *Hechos*, XVIII, 18-21; XX, 6, 16, etc.

tractores; y esto fué lo que le aconsejaron sin titubear. «¿Pues qué se ha de hacer?—dijeron los hermanos amigos. —La multitud se reunirá de cierto, porque oirán que tú has venido. Haz, pues, lo que te vamos á decir: tenemos aquí cuatro varones, que han hecho un voto. Tómalos contigo, purifícate con ellos, y paga los gastos de la ceremonia para que rasuren su cabeza. Así sabrán todos que es falso cuanto de ti oyeron y que, por el contrario, sigues guardando la Ley.»

La intención de Santiago y de la asistencia no era proponer á Pablo cosa alguna que lesionara su conciencia, sino sencillamente inducirle á que, por una pública demostración, estableciera que continuaba siempre vigente el acuerdo tomado en otro tiempo en la solemne reunión de Jerusalén. La prueba está en que, para calmar sus escrúpulos, añadieron en seguida, refiriéndose á los compromisos contraídos en dicha ocasión por ambas partes: «Ácerca de aquellos que creyeron de los gentiles, es otra cosa. Les escribimos, ordenando que se abstengan de lo que fuere sacrificado á los ídolos, de la sangre de los animales ahogados y de la fornicación.» Tienen éstos perfecto derecho á usar de la libertad que les ha sido concedida; pero no puede intentarse modificar el pacto establecido cambiando la situación de los judíos convertidos respecto de las prácticas nacionales.

Á pesar de esta consideración propuesta con habilidad suma, es cierto que se pedía á Pablo un sacrificio muy penoso. No sentía ciertamente el Apóstol absoluta repugnancia en mezclarse con prácticas legales, siempre respetables para un judío, aunque en lo sucesivo inútiles para la salvación; mas perdía una magnífica ocasión de manifestar su pensamiento sobre el mosaísmo, y de dar un testimonio definitivo al único Salvador Jesucristo. En el fondo, complicábase todo esto con un asunto muy grave. Su proceder ¿no sería motivo de que alguien se engañara acerca de sus convicciones más íntimas, y de que se creyera que él concedía aún alguna eficacia á ritos ceremoniales

cuya caducidad había denunciado tantas veces? ¿Qué pasó en aquel momento en su alma? Seguramente que no le faltaban, aun con peligro de su vida, ni la firmeza de sus convicciones, ni el amor á la verdad. Pruébalo su decidido empeño en ir á Jerusalén, no menos que toda la historia de su vida. ¿Pensó con verdadero interés en la situación que crearía á la Iglesia de los gentiles si, con una profesión de fe categórica, provocaba un rompimiento oficial con la Iglesia-madre de Jerusalén? Largo tiempo había acariciado la esperanza de una fusión pacífica; y para realizarla, había llegado con las limosnas y los delegados del paganismo convertido. ¿Debía arriesgarse á no obtener otro resultado que una solemne excomunión y que fuesen separadas de la fuente tradicional y autorizada del Evangelio aquellas queridas y hermosas Iglesias que él había, con tanta solicitud, atraído al Evangelio? Veíase á sí mismo arrastrado, anoniado en la horrorosa tempestad provocada por su intransigencia. Sin él, ¿qué sería de sus pobres gentiles, á quienes, viviendo él aún, era tan difícil precaver contra las tentativas de doctores más judíos que cristianos? Una vez más resolvió su caridad el difícil caso de conciencia. Antes que ser motivo de escándalo y comprometer la causa cuyo triunfo perseguía, renunciaría á la libertad que le concedía el Evangelio, y aceptaría incidentalmente el yugo de la Ley.

Por lo demás, no parece fué invitado á hacer él mismo el voto del nazareato, sino sencillamente á ayudar con su presencia y su dinero á cuatro miembros de la comunidad cristiana que se habían obligado á ello y que no eran bastante ricos para sufragar los gastos de la ceremonia.

Sabido es que el voto del nazareato era una de las formas del pietismo judío. Se juzgaba que los que lo hacían separábanse oficialmente del resto del pueblo. De ahí, sin duda, el nombre de *nazir* que tomaban, porque *nazar*, en hebreo, significa consagrar por separación. Se obligaban, á veces por toda la vida—estos casos eran ra-

ros, ⁽¹⁾—lo más frecuente por determinado tiempo, que no podía bajar de treinta días ⁽²⁾, á no tomar ninguna bebida fermentada, á dejar crecer sus cabellos como corona de su consagración ⁽³⁾, y á evitar todo contacto con un cadáver, aun el de sus parientes más próximos. Faltar á una de estas tres promesas era obligarse á comenzar de nuevo, después de haber dado satisfacción á otra serie de exigencias legales, tales como purificarse siete días, hacer cortar su cabellera para enterrarla y dejar que creciera de nuevo, y, finalmente, ponerse en regla con respecto á los sacerdotes, mediante la ofrenda de dos tórtolas ó de dos pichones y de un cordero de un año ⁽⁴⁾.

El voto del nazareato era motivado ordinariamente por una enfermedad, un viaje peligroso, la inminencia de un riesgo. A veces obedecía á un arranque de piedad. Es notable que los mismos cristianos de Jerusalén se mantuviesen fieles á esta práctica esencialmente judía; cuatro se habían obligado á ella en la comunidad cuyo jefe era Santiago ⁽⁵⁾.

Para los pobres, lo más difícil era hacer frente á los gastos exigidos por la cesación del voto. El nazareo, al llegar al término de su compromiso, debía presentarse en el Templo, á fin de ofrecer un triple sacrificio, que correspondía poco más ó menos á las tres obligaciones que había contraído. Debía llevar un cordero de un año y sin mancha para el holocausto, una oveja de un año y en las mismas condiciones para el sacrificio de expiación, finalmente, un morueco sin defectos para el sacrificio de acción de gra-

(1) Se cita á Sansón, Samuel, quizás Juan Bautista y, según Hegesipo, en Eusebio, *H., E.*, II, 23, á Santiago el Justo ó el Apóstol que aquí presidía la asamblea.

(2) Maimónides, *Hilchot Neziruth*, V, 1, 2, 6, 8, etc.; Mishna, *Nazir*, I, 3; III, 1; VI, 3. Compar. Josefo á propósito del voto de Berenice, *B. J.*, II, 15, 1.

(3) Muchos exégetas sacan de *Netzer*, diadema, la etimología de *Nazir*, según *Núm.*, VI, 7: «Lleva sobre su cabeza la consagración de su Dios.»

(4) *Núm.*, VI, 1-12; Mishna, *Temura*, VI, 4.

(5) La fórmula *εἰσὶν ἡμῶν* establece claramente que estos nazareos formaban parte de la Iglesia cristiana.

cias. A esto se unía una cesta de panes sin levadura, pasteles de flor de harina amasados con aceite, y tortas sin levadura rociadas con aceite. El total resultaba dispendioso, y veíase á algunos infelices nazareos condenados á vagar á veces largo tiempo alrededor del Templo, en espera de que un alma generosa pagara por ellos lo necesario para la ceremonia que debía librarlos de sus compromisos. Sabido es que Alejandro Janeo pagó de su peculio novecientas víctimas para trescientos nazires que querían ser relevados de su voto, y que Herodes Agripa I, á fin de recomendarse al pueblo de Jerusalén, hizo, entre otras demostraciones de piedad, rasurar á unos nazareos que esperaban un bienhechor hartamente generoso para pagar, en su lugar, los sacrificios exigidos por la Ley ⁽¹⁾.

Portador de las ricas limosnas de la gentilidad, Pablo era considerado como un personaje muy capaz de prestar un servicio á los cuatro nazareos cristianos que habían llegado al término de su penitencia. Aceptó resueltamente el consejo que le daban y, al día siguiente, tomando consigo á los cuatro hombres, purificóse con ellos ⁽²⁾, según convenía, antes de entrar en el Templo, y fué á presentarlos á los sacerdotes, declarando que su voto había terminado y que él se encargaba de pagar por sí mismo la ofrenda legal necesaria para cada uno de ellos. No podía responder de un modo más directo á la acusación, que sobre él pesaba, de que inducía á los judíos á una especie de apostasía predicándoles la caducidad de la Ley de Moisés. No sabemos qué le respondieron ni cómo terminó tan significativa diligencia. Muy probablemente, pagó las doce víctimas requeridas ⁽³⁾ y los panes que eran su complement-

(1) *Bereschit rabba*, c. XCI; *Kohéleth rabba*, VII, 11, etc., y, para Agripa I, Josefo, *Ant.*, XIX, 6, 1.

(2) El vocablo *ἀγνοθεῖς* no puede significar que Pablo se había hecho nazareo para aquella ocasión. Si bien, en los LXX, *Núm.*, VI, 2, se encuentra dicho verbo empleado á propósito de la santificación de los nazareos, es cierto que se aplica también á las diversas purificaciones legales, *Núm.*, XXX, 3, etc. Este es aquí el caso. No se ve cómo Pablo se habría asociado á un voto cuyo término iba á denunciar inmediatamente.

(3) El versículo 26 parece decir claramente que habiendo denunciado á

to; se cortó y se echó, según costumbre, al fuego del sacrificio de acción de gracias, la cabellera de los nazarenos; después el sacerdote, tomando la espalda cocida del morueco, un pastel y una torta sin levadura de la cesta, los depositó en las manos de cada uno de ellos y los agitó á uno y otro lado ante el Eterno. Después de lo cual retiráronse aquellos nazareos. Había terminado para ellos el tiempo de abstinencia; ya podían beber vino.

Sea lo que fuere del incidente en sí mismo, el efecto general no fué el que habían esperado Santiago y los que le rodeaban. Tocaba á su término la semana de Pentecostés ⁽¹⁾. Los judíos de la dispersión, llegados de todos los países, afluían al Templo. Los de la provincia de Asia reconocieron á Pablo entre los devotos que se apiñaban en el Lugar Santo. Le habían visto evangelizar, durante tres años, en Éfeso y en otras partes. Su odio al predicador del Evangelio sin la Ley era profundo y antiguo. Mil veces habíanle maldecido como hereje y apóstata, sin poder, con todo, suprimirlo, protegido como estaba por la autoridad pública y por el afecto de sus partidarios. Ahora le encontraban en un medio en que parecía que todo era permitido á la violencia. Arrojándose sobre él, cogiéronle vivamente, gritando, como si se hubiesen apoderado de un

los sacerdotes el fin del voto de los cuatro nazareos, no abandonó el Templo hasta después de haber garantizado la ofrenda de los sacrificios exigidos.

(1) Los intérpretes traducen diversamente el texto «dum autem septem dies consummarentur.» Para unos, se trata de los siete días que había durado el voto; pero una falsa interpretación de *Núm.*, VI, 9, es la que ha motivado la suposición de que había votos de siete días. En tan corto tiempo habría crecido poco el cabello. La duración regular del voto era de treinta días. Según otros, trátase de los días de purificación mencionados en el versículo 26. Pero no se ve en ninguna parte que, en este período de tiempo hubiese un día séptimo de especial importancia. Proponemos, por tanto, otra explicación. Bartenora y Maimónides, notas sobre la *Chagiga*, II, 4, aseguran que, antes de la ruina del Templo, si bien los ritos propiamente dichos de Pentecostés se celebraban en un solo día, duraban una semana entera las fiestas y las oblaciones piadosas. Aquí se trata del final de esta semana. Sin duda que el autor de los Hechos no menciona la Pentecostés; pero ya antes, cap. XX, 16, nos había dicho que Pablo deseaba vivamente asistir á esta solemnidad, y no juzgó necesario recordar que había realizado este deseo.

malhechor sorprendido en flagrante delito: «¡Hijos de Israel, favor! Este es aquel hombre que por todas partes enseña á todos contra el pueblo y contra la ley y contra este lugar santo, y además ha introducido á griegos en el Templo y ha profanado este santuario.» Por haberle visto antes con Trófimo de Éfeso en las calles de la ciudad, supusieron que, con desprecio de las prohibiciones legales, le había introducido en el Templo. Mas Pablo no tenía ningún empeño en que los gentiles tomaran parte en las prácticas del judaísmo; y, aunque le hubiesen encontrado subiendo con su amigo á la Casa de Dios, habrían podido caritativamente suponer que Trófimo se había mantenido muy respetuosamente aparte en el patio de los gentiles. Numerosos pilares de mármol blanco, con una severa inscripción prohibitiva, señalaban el límite que nadie, á no ser un judío, podía atravesar ⁽¹⁾. Pero el fanatismo religioso no raciocina; ante todo se complace en ser un odio feroz. Supuesto que, para tener razón, le conviene que Trófimo haya sido introducido en el patio interior del *hierón*, lugar estrictamente reservado á los hijos de Israel, declara, acudiendo la imaginación ⁽²⁾ al socorro de la malevolencia, y sin más averiguaciones, no que Pablo, haciéndose seguir de Trófimo, ha podido profanar el Templo, sino que lo ha profanado. Basta una acusación lanzada al azar, por muy gratuita que sea, para sublevar la irreflexiva multitud, dispuesta siempre á enardecerse. En un abrir y cerrar de ojos, supo toda la ciudad lo que sucedía en el Templo: acudió el pueblo en masa; cogieron á Pablo, arrastráronlo fuera del *hierón*, cuyas puertas cerraron al punto los levitas, ya porque supusieron que lo había contaminado la presencia de un pagano, ya, y esto es lo más probable, para evitar cualquiera profanación ó cualquier desor-

(1) Josefo, *B. J.*, V, 5, 2, y VI, 2, 4, habla de estos pilares, uno de los cuales con la correspondiente inscripción puede verse en el Museo judío del Louvre.

(2) El historiador precisa que lo *supusieron*, ἐνβουίζον, pero que no se había comprobado.

den, si algunos partidarios decididos del inculpado intentaban defenderlo con las armas en la mano. La turba amotinada lanzaba gritos de muerte. Los más exaltados comenzaron á golpear violentamente al que querían hacer condenar como apóstata. Entonces debió Pablo recordar una escena análoga en que él mismo había figurado entre los furiosos fanáticos, con la diferencia de que esta vez no era perseguidor, sino víctima. Todo nos induce á creer que iba á ser apedreado, como en otro tiempo Esteban.

Afortunadamente, la guardia romana, que de lo alto de la torre Antonia vigilaba lo que sucedía en el Templo, oyó los gritos de los amotinados y avisó al tribuno que mandaba la cohorte. Éste, sin perder un instante, hizo descender, por la escalera de comunicación entre la fortaleza y el patio de los gentiles, los soldados de que disponía y, con los centuriones, se dispuso á restablecer el orden. Su llegada impidió inmediatamente que siguieran por las vías de hecho, y los que cobardemente habían comenzado á maltratar al Apóstol tomaron al punto una actitud más reservada. Haciendo prender al infeliz que estaba totalmente magullado, mandó primeramente el tribuno atarle con dos cadenas sostenidas por dos soldados, y quiso informarse después de qué le acusaban; pero los unos gritaban una cosa, los otros otra, de modo que no pudo averiguar nada de cierto á causa del alboroto. Entonces ordenó el oficial conducir á Pablo á la fortaleza Antonia. Mas cuando el detenido estaba junto á las gradas que á ella conducían, se acentuó nuevamente el peligro. La multitud gritaba: «Mátale, mátale;» y cada vez más excitada, se apretaba en torno suyo con tal rabia, que los soldados debieron levantarle en brazos.

Llegados á lo alto de la escalinata, y cuando Pablo estaba ya á punto de ser metido en la ciudadela, dijo al tribuno: «¿Me es permitido hablarte dos palabras? Y éste respondió: ¿Sabes el griego? ¿No eres, pues, aquel egipcio que pocos días ha movió un alboroto, y llevó al desierto

cuatro mil bandidos ⁽¹⁾?» Sabemos por Josefo ⁽²⁾ que en tiempo de Nerón, siendo Félix procurador de Judea, un falso profeta, llegado de Egipto, había formado en el desierto un ejército de revoltosos y lo había conducido hasta las puertas de Jerusalén, en el monte del Olivar, asegurándoles que á una orden suya caerían las murallas de la ciudad, como antiguamente habían caído las de Jericó. Salió contra ellos Félix, haciéndoles gran matanza, pero el impostor se había fugado, temiéndose que de un momento á otro reapareciese. Esto justifica la suposición del tribuno, el cual, por el momento, creyó explicarse el furor de la multitud pensando que ésta tenía, por fin, en sus manos, y se apresuraba á jugar una mala partida, al autor, activamente perseguido, de la famosa sublevación en la que habían perecido tantos crédulos patriotas. «Pero no ⁽³⁾—respondió Pablo,—yo soy judío, ciudadano de Tarso, noble ciudad de Cilicia. Mas te ruego que me permitas hablar al pueblo.» Accedió el tribuno, algo molestado por su equivocación y sorprendido del tono firme y dulce á la vez con que le hablaba el prisionero. Pablo, de pie en lo alto de la gradaría, hizo señal con la mano al pueblo de que quería

(1) El texto dice τῶν Σικαρίων. Esta palabra latina, que había pasado al griego, derivaba de *sica*, daga, ó espada corta, que aquellos malhechores llevaban ordinariamente oculta bajo sus vestidos. A precio de oro, encargábanse de cualquier fechoría, incluso el asesinato. *Ant.*, XX, 6, 7; *B. J.*, II, 13, 3.

(2) *Ant.*, XX, 8, 6; *B. J.*, II, 13, 5. El relato del historiador judío, en estos dos libros, no concuerda con lo que dice el tribuno, en cuanto al número de los revoltosos. Según él, el egipcio habría arrastrado consigo treinta mil hombres. Es cierto que puede suponerse que en torno de los cuatro mil sicarios se hubiese agrupado gran número de rebeldes; pero, en las cifras, es siempre muy exagerado Josefo. Aquí se contradice, apuntando en sus dos relatos indicaciones que no es posible concordar. Por un primer testimonio, precisa que 400 rebeldes fueron acuchillados y 200 hechos prisioneros. Por el segundo, afirma que la *mayor parte* fué muerta ó aprisionada. Pero 600 no puede ser la *mayor parte* de 30.000. Lo más importante es la indicación que encontramos en la frase *ante hos dies* para la cronología del libro de los Hechos. Los acontecimientos que estamos refiriendo debieron tener lugar, en efecto, poco después de la temeridad del impostor egipcio, bajo Nerón, y hacia el año 58, cuando hacía ya mucho tiempo que Félix era gobernador de Judea.

(3) Este es el sentido que hay que dar á la partícula *μήν*, que aquí es fuertemente adversativa.

tomar la palabra, y siguiéndose á esto un profundo silencio, dijo así en lengua siro-caldaica ⁽¹⁾: «Varones hermanos y padres, oíd la razón que al presente voy á daros.»

Fué todavía más profundo el silencio y se le escuchó con más viva atención, al oír que se servía de la lengua del pueblo de Jerusalén. Estaba decidido Pablo á no descuidar cosa alguna para triunfar de sus adversarios y atraerse los judíos amigos de la verdad y de la justicia. Todo lo que podía interesar al corazón, lo explotará, pues, con habilidad, y, en su discurso, se esforzará en dejar bien sentado que jamás hubo ni había otro hombre que fuera más israelita que él.

«Yo soy judío—dijo,—que nací en Tarso de Cilicia, pero me crié en esta ciudad, instruído á los pies de Gamaliel según verdad en la ley de nuestros padres, celador de la ley, así como todos vosotros lo sois el día de hoy. Perseguí hasta la muerte, prendiendo y encarcelando hombres y mujeres, como el príncipe de los sacerdotes y todo el Sinedrín me son testigos ⁽²⁾, de los cuales habiendo tomado cartas para los hermanos ⁽³⁾ iba á Damasco con el fin de traer atados á Jerusalén á los que allí estaban para que fuesen castigados.

«Y acaeció que cuando yo iba y estaba cerca de Damasco, á eso del mediodía, me vi rodeado súbitamente de una grande luz del cielo. Caí en tierra y oí una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y yo respondí: ¿Quién eres, Señor? Y la voz me dijo: Yo soy Jesús Nazareno ⁽⁴⁾, á quien tú persigues. Los que estaban conmi-

(1) El texto dice *linguá hebraicá*, no para significar el hebreo propiamente dicho, sino el siro-caldaico, que se hablaba entonces en Palestina. Este homenaje, tributado á la lengua nacional, parece que debía asegurar para el orador las simpatías del auditorio.

(2) Esto supone que apela al sumo sacerdote del tiempo en que fué enviado á Damasco, Teófilo, hijo de Anás, el cual probablemente vivía aún.

(3) Pablo no descuida nada para establecer que no ha dejado jamás de creerse judío y que, para él, los hijos de la Ley han sido siempre hermanos.

(4) En los otros dos relatos que poseemos de esta escena, *Hechos*, IX, 3-8 y XXVI, 12-18, falta el calificativo *Nazareno*, que, sin embargo, era muy propio para impresionar á aquel que marchaba contra los cristianos, á quienes se daba el nombre de nazarenos. *Hechos*, XXIV, 5.

go vieron en verdad la luz y quedaron despavoridos, mas no comprendieron ⁽¹⁾ lo que me decía el que hablaba conmigo. Entonces dije: ¿Qué debo hacer, Señor? Y el Señor me respondió: Levántate y vete á Damasco; allí te será dicho lo que has de hacer. Y como yo no viese por la claridad de aquella luz, me tomaron de la mano los compañeros, y me llevaron á Damasco.

»Allí un cierto Ananías, pío observador de la Ley, de quien daban testimonio todos los judíos que moraban en la ciudad, viniendo á mí y poniéndoseme delante, me dijo: Saulo, hermano, recobra la vista. Y en el mismo punto, recobrada la vista, le vi á él. Y me dijo: El Dios de nuestros padres te ha predestinado para que conocieses su voluntad y vieses al Justo ⁽²⁾ y oyeses las palabras de su boca; porque tú serás testigo suyo delante de todos los hombres de las cosas que has visto y oído. Y ahora ¿por qué te detienes? Levántate, recibe el bautismo y lava tus pecados, invocando su nombre.

»Cuando volví á Jerusalén ⁽³⁾, estando orando en el Templo, fuí arrebatado en éxtasis y vi al Señor que me decía: Date prisa y sal presto de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio de mí. Y yo le dije: Señor, ellos mismos saben que yo era el que encerraba en cárceles y azotaba en las sinagogas á los que creían en ti, y que, cuando se derramaba la sangre de Esteban, tu mártir, yo estaba presente y lo consentía y guardaba las ropas de los que lo mataban ⁽⁴⁾.

(1) Hay que traducir *οὐκ ἔκρινον* por *no comprendieron*, si se quiere evitar una contradicción con *Hechos*, IX, 7. La comparación entre los tres relatos de un mismo libro y por un mismo autor demuestra que es inútil buscar una rigurosa exactitud en nuestros escritores sagrados. Si no siempre están de acuerdo consigo mismos, no se les debe pedir más, cuando se comparan unos con otros (*).

(*) Véase *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 192.—N. del T.

(2) Anuncia Ananías las futuras visiones de Pablo y las íntimas relaciones que Jesús tendría con él. Este importante punto no había sido indicado en el relato de Lucas, *Hechos*, IX, 17.

(3) Según *Gal.*, I, 17-18, Pablo no fué á la Ciudad Santa hasta tres años después de su conversión.

(4) Pregúntanse los intérpretes si Pablo quiere decir que puede quedarse en Jerusalén y predicar en ella con éxito, supuesto que su pasado y el ejemplo de su conversión deberán apoyar su doctrina, ó si, por lo contrario,

Y me replicó: Vete, porque quiero enviarte lejos, á los gentiles...»

Hasta aquí, nada había descuidado Pablo para ganar la benevolencia de los oyentes. Es uno de ellos, habla su lengua, y entre ellos fué educado, en la escuela de su famoso doctor Gamaliel; desde su juventud, con ardor poco común, guardó en su corazón el culto de Moisés, de su Ley y de la religión nacional; un judío de los más piadosos y más estimados de sus compatriotas, Ananías, lo atrajo al Evangelio y lo bautizó; su transformación religiosa no ha suprimido en él el respeto á las prescripciones mosaicas, pues Dios le habló mientras oraba en el Templo; finalmente, si llevó la Buena Nueva fuera de Jerusalén, no fué por propio capricho, sino por haber recibido la orden de lo alto, de suerte que toda su vida revela el amor que profesa á Dios y á su pueblo ⁽¹⁾. No podía tomar mayores precauciones oratorias; pero ¡ah! todas debían fracasar tan pronto como indicara la tesis característica de su apostolado. Hablar de los gentiles y decir que ellos son también objeto del divino amor, poner á los incircuncisos en la misma categoría que los hijos de Abraham, parecióles intolerable blasfemia. Desarrollóse entonces una de esas escenas que, en su dolorosa realidad, son á propósito para evidenciar á qué extremos de crueldad y de violencia puede llegar el fanatismo religioso. Pablo, de pie, en lo alto de la escalinata, á la puerta de la torre, tranquilo, valiente, triunfante, resistía á la amotinada multitud. Su mano se extendía hacia el pueblo y su vibrante palabra quería proseguir la demostración. «Quítá del mundo á un tal hombre—gritaban de todos lados,—porque no es justo que viva.» Y cruzábanse cada vez más salvajes los alaridos de aquellos furiosos que pedían la muerte del blasfemo. Para traducir mejor su rabia, los fanáticos se despojaban de sus vestidos y, reco-

su idea es que perderá el tiempo evangelizando á sus antiguos correligionarios para quienes será siempre sospechoso por haber cambiado su actitud religiosa y adorar lo que en otro tiempo había prometido entregar á las llamas.

(1) Comp. *Gal.*, I, 16; *Efes.*, III, 2, etc.; *Rom.*, IX, 1 y sig.

giendo del suelo el polvo que podían, lo arrojaban al aire. ¿Querían así manifestar que estaban dispuestos á apedrear á Pablo, por poco que á ello se prestase la autoridad romana (1), ó tratábase de una sencilla manifestación de su impotente enojo (2)? No importa; de tal modo estaban sobreexcitados los alborotadores, que el tribuno juzgó prudente meter á Pablo en la fortaleza; después, á pesar de que la ley romana prohibía torturar al detenido antes del interrogatorio (3), mandó azotarlo, á fin de obligarle á decir por qué gritaban de tal suerte contra él. Quizás esperaba también, como en otro tiempo lo hiciera Pilato con Jesús, calmar la muchedumbre por esta ejecución tan bárbara como injusta. Mas cuando le tendían para herirle con correas (4), dijo Pablo al centurión que estaba á su lado: «¿Os es lícito azotar á un ciudadano romano, y sin ser condenado?» Estas palabras hicieron reflexionar al centurión, pues denunciaban una doble violación de la ley: la de querer azotar á un ciudadano romano (5) y la de flagelarlo sin haber sido interrogado. Corrió á referirlo al tribuno, y, en términos conmovidos, que nos hacen comprender el respeto que el nombre de Roma inspiraba, cubriendo con su

(1) Sabemos por *Hechos*, VII, 58, que los verdugos de Esteban se habían quitado los vestidos para proceder á la lapidación del animoso diácono.

(2) En Luciano, *De Salt.*, 83, leemos que en una representación teatral en que el actor que desempeñaba el papel de Ajax furioso se dejó arrastrar á un verdadero furor, los espectadores, participando de su excitación, comenzaron á agitarse como él, á gritar y á arrojar sus vestidos: *καὶ ἔββων καὶ τὰς ἐσθῆτας ἀνεπίπτουσαν*. La misma expresión, *ἐπιπτώσαν τὰ ἱμάτια*, es empleada aquí por San Lucas. En la misma Jerusalén vimos una procesión musulmana en que la multitud fanatizada arrojaba al aire los vestidos.

(3) *Digest. Leg.*, 148, tít. 18, 1: «Non esse á tormentis incipiendum divus Augustus constituit.»

(4) El texto *ποτρεύων αὐτὸν τοῖς ἱμᾶσιν* no es claro, y puede entenderse, con igual probabilidad, que las correas son aquí mencionadas, ora como instrumento de flagelación, ora como simples ataduras para amarrar al ajusticiado á una especie de caballete, ó á una columna. Palabra por palabra: «extendiéronle para las correas.»

(5) En el volumen precedente, pág. 233, hablamos de esta ley Porcia, que prohibía azotar un ciudadano romano. Pablo, invocándola en esta ocasión nos recuerda á Cicerón acusando á Verres: «Facinus est vincire civem romanum, scelus verberari, etc.»; ó haciéndonos oír, en el foro de Mesina, al ajusticiado que gritaba inútilmente bajo las varas de los verdugos: «¡Soy ciudadano romano!»

protección á aquellos á quienes había oficialmente adoptado: «¿Qué vas á hacer?—le dijo;—pues este hombre es ciudadano romano.» Fuertemente sorprendido, el tribuno resolvió al momento intervenir personalmente en el asunto.

«Ea—dijo al que iban á azotar,—dime si tú eres ciudadano romano.» Respondió Pablo: «Sí», sin añadir nada más. No se tenía derecho de sospechar de la palabra de quienquiera que se atribuyese semejante título, porque el usurpador incurría en la pena de muerte⁽¹⁾. «Yo—replicó el tribuno, asombrado de la respuesta de aquel ciliciano, de aspecto harto mezquino—adquirí este título á gran precio⁽²⁾.» Lisias, en efecto, como lo indica su nombre, era griego ó sirio de origen. Había, sin duda, añadido á este nombre el de Claudio, en honor de Claudio, en cuyo reinado había obtenido aquella concesión. «Pues yo—respondió Pablo—lo soy de nacimiento.» Había heredado de su padre el título, el cual lo había recibido probablemente de Julio César, de Antonio ó de Augusto, sea por razón de los servicios que les había prestado⁽³⁾, sea en virtud de las gruesas sumas que en ello había invertido. No era raro hallar judíos con el título de ciudadanos romanos⁽⁴⁾.

La respuesta era enérgica y á propósito para impresionar á todos. Sin otras explicaciones, y temerosos de comprometerse, se retiraron los que se preparaban á atormentarlo. Más desasosegado é inquieto estaba el tribuno que había dado la orden de atar á Pablo para azotarlo⁽⁵⁾, haciéndose así responsable del ultraje inferido á la dignidad del prisionero. Le retuvo, sin embargo, cautivo; pero, al

(1) Así lo ordenaba una ley de Claudio, según Suetonio, *Claud.*, XXV.

(2) Sobre la cantidad que debía entregarse para obtener el título de ciudadano romano, véase Dió Casio, LX, 17.

(3) Véase nuestro primer volumen de *La Vida de los Apóstoles*, pág. 154.

(4) Josefo, *Ant.*, XIV, 10, 13; *B. J.*, II, 11, 9.

(5) En el texto, el participio *δεδεκίως* debe entenderse del acto de atar á Pablo al caballete ó á la columna. Esto era lo que constituía una violación de los derechos de ciudadano romano. Tenerlo sencillamente encadenado no estaba prohibido. Así se explica que hasta el día siguiente no se hubiesen quitado las cadenas á Pablo.

día siguiente, queriendo poner en claro las quejas que contra él podían tener los judíos, le hizo desatar, y reuniendo á los príncipes de los sacerdotes y á todo el Sanedrín, ordenó que compareciese ⁽¹⁾ á fin de carearlo con sus adversarios. Hallándose fuera de Jerusalén el procurador, debía obrar en su nombre y con su autoridad el tribuno.

A creer el Talmud ⁽²⁾, las reuniones del Sanedrín no se celebraban ya entonces en la sala Gazit ó de las *Piedras cortadas*, que formaba parte del recinto sagrado del Templo. Desde mucho antes, Roma, para vigilar de cerca lo que en él ocurría, sin exponerse á excitar el fanatismo judío, penetrando en el recinto prohibido á los paganos, había transportado al pie del puente echado sobre el Tiropeón, donde está probablemente el Mekemeh, tribunal turco en nuestros días, cerca del Arco llamado de Wilson, el sitio oficial de las sesiones. Pudo Lisias hacer escoltar hasta allí al detenido y luego protegerlo, guardándole de cerca. Es evidente que se iba á tratar un asunto candente y peligroso, y debía él responder de la vida de un ciudadano romano. Certísimamente que Pablo, ante aquella solemne asamblea, recordó la escena dolorosa é inolvidable para él en la que, en el proceso de Esteban, había desempeñado el papel de acusador; ahora se presentaba como acusado. Entre los jueces, podía conocer á más de uno, porque allí estaba la generación de sus amigos de juventud, discípulos en otro tiempo, como él, de Gamaliel, que desempeñaba entonces las altas funciones de la magistratura.

Se adivina que llegó ante ellos lleno de indignación que ya no podía ser contenida, y poco dispuesto, según parece, á guardar consideraciones. Comenzó por mirar atentamente á la asamblea ⁽³⁾ y, sin esperar que el presidente abriese los debates preguntándole, según lo hubiese exi-

(1) La expresión *καταγωγών* precisa que bajaron para ir de la fortaleza Antonia al lugar donde se reunía el Sanedrín.

(2) *Schabbath*, 15, a; *Rosch haschana*, 31, a; *Sanhed.*, 41, a, etc.

(3) El texto dice: *ἀρέτιας τῶ συνεδρίῳ*.

gido un procedimiento regular, tomó la palabra. Llevado por la autoridad romana, y no citado por el Sanedrín, no creía comparecer en calidad de detenido ante el tribunal. La firmeza de su mirada, la arrogancia de su continente, la plena seguridad que mostraba de que siempre su conducta había sido absolutamente irreprochable, comenzaron probablemente á indisponerlo con los sanedritas. Además, desde las primeras palabras, parecióles que faltaba á las conveniencias. En efecto, en vez de repetir la fórmula respetuosa con que, la víspera, dirigiéndose á la multitud, había saludado como padres á aquellos que le escuchaban, se contentó con decir, como si tratase á los jueces de igual á igual: «¡Varones hermanos!» Debió de subrayar esta falta de deferencia, y aun mucho más la afirmación que siguió: «Hasta este día he servido á Dios con toda conciencia (1).» Comenzar proclamando la perfecta y constante corrección de su vida, era dar á entender que el discurso no estaría en armonía con las explicaciones ó excusas que ellos se creían con derecho á esperar. Debió haber un movimiento de impaciencia y de descontento entre los jueces. Sintiéndose públicamente provocado, el Sumo Sacerdote, orgulloso y cruel, según dice Josefo (2), dió libre curso á su fanatismo. Hizo una señal á los ujieres para que hiriesen á Pablo en la boca, como para contener las palabras de audaz hipocresía que de ella salían. Tan brutal ultraje no era á propósito para comprimir la indignación del honrado varón que estaba hablando. En otra ocasión semejante (3), el Maestro había mostrado toda su mansedumbre, el discípulo dejó estallar toda la viveza de su ardiente naturaleza. «Dios te herirá á ti, pared blanqueada—dijo, dirigiéndose al inicuo presidente.—¿Tú estás sentado para juzgarme según la ley, y me mandas herir contra la ley?»

(1) Era ordinario en Pablo el sentimiento de haber cumplido exactamente su deber. *II Tim.*, I, 3.

(2) *Ant.*, XX, 8 y sig.

(3) *Juan.*, XVIII, 22-23.

Este merecido apóstrofe es ciertamente menos perfecto que la respuesta del Salvador al criado del Sumo Sacerdote, y nos permite ver la distancia que separaba todavía al eximio cristiano Pablo, del modelo y rey de los cristianos Jesucristo. Debía, sin embargo, realizarse lo que tenían de amenazador las palabras del Apóstol, y, á su debido tiempo, llegó del cielo el castigo que cerró los labios del feroz pontífice. Nos es conocida, en efecto, la historia de este Ananías, hijo de Nebedeo, que había sido nombrado sumo sacerdote por Herodes, rey de Calcida, cuando Tiberio Alejandro era gobernador de Judea ⁽¹⁾. En la lista de los sumos sacerdotes, su nombre figura entre José, hijo de Camidos, é Ismael, hijo de Fabi ⁽²⁾. Cuadrato, gobernador de Siria, hábale enviado á Roma con Anano, prefecto del Templo, cargados ambos de cadenas, para defender ante el tribunal de Claudio, en el año 52, la causa de los judíos acusados por los samaritanos ⁽³⁾. Gracias á la intervención de Agripa el Joven, volvió victorioso y pretendió reanudar sus funciones de pontífice. Son aquí poco precisas las indicaciones de Josefo, de suerte que, nos vemos reducidos á suponer que por haberle sustituido, durante su ausencia, Jonatán, hijo de Anás, hubo entonces dos sumos sacerdotes: Ananías que, á pesar de sus violencias ⁽⁴⁾, conservaba la influencia principal que le daban su pasado y su carácter no menos astuto que ambicioso, y Jonatán, que se obstinaba en conservar su cargo á pesar de su desairada situación, hasta que cayó bajo el puñal de los sicarios asalariados por Félix. En todo caso, la amenaza profética de Pablo iba dirigida á Ananías, y se realizó diez años más tarde, porque Manahén, hijo de Judas el Galileo, habiendo, con sus sicarios, sometido Jerusalén á su sanguinaria dominación, hizo degollar á Ananías, quien, con su her-

(1) *Ant.*, XX, 5, 5.

(2) *Ant.*, XX, 8, 8.

(3) *Ant.*, XX, 6, 2.

(4) Cuenta Josefo, *Ant.*, XX, 9, 2, que quiso incautarse de los diezmos que correspondían á los sacerdotes, y que hizo azotar cruelmente á todos los que opusieron alguna resistencia.

mano Ezequías, habíase escondido en el acueducto. Así, aquel hombre violento pereció á manos violentas ⁽¹⁾.

Los que estaban cerca de Pablo, sorprendidos de la irreverente vivacidad de su lenguaje, le dijeron: «¿Maldices al Sumo Sacerdote de Dios?» Usábase la imagen del muro blanqueado para significar la hipocresía que, bajo exterioridades aparatosas, oculta los vicios más miserables ⁽²⁾. Jesús había denunciado á los fariseos como sepulcros blanqueados ⁽³⁾. El lecho suntuoso y los ornamentos que los embellecen, no suprimen la miseria de los cadáveres á quienes cubren. Repite Pablo la enérgica metáfora, á fin de estigmatizar la falsa virtud del inicuo presidente. Y al reproche que se le dirige, de faltar al respeto debido á la autoridad religiosa, responde: «Hermanos, no sabía que es príncipe de los sacerdotes; porque escrito está: No maldecirás al príncipe de tu pueblo ⁽⁴⁾.» En todo tiempo, hanse dividido los pareceres sobre el sentido de la excusa que el Apóstol parece formular aquí. Se ha dicho que, habiendo vivido muchos años lejos de Jerusalén, y sobre todo teniendo la vista muy mala, es posible que no hubiese reconocido Pablo al Sumo Sacerdote en aquel que había ordenado que le golpearan. Esta explicación no satisface, pues era certísimo que tan sólo el presidente había podido mandar que se le infligiese un tratamiento tan indigno. Ahora bien, que este presidente fuese el Sumo Sacerdote ó solamente, como alguna vez ocurría, el *Nasi* ó príncipe de la asamblea, era siempre el jefe del pueblo ⁽⁵⁾. Es más natural suponer con San Agustín que el acusado, á pesar del tono suavizado y de la palabra «hermanos»,

(1) *B. J.*, II, 17, 9.

(2) Séneca, *de Provid.*, c. VI, dice, á propósito de aquellos á quienes se juzga dichosos y que no lo son: «Miseri sunt, sordidi, turpes, ad similitudinem parietum suorum extrinsecus culti.» Y en su epístola 115: «Cum auro tecta perfundimus, quid aliud quam mendacio gaudemus? Scimus enim sub illo auro foeda ligna latitare, etc.»

(3) *Mat.*, XXIII, 27.

(4) *Éxodo*, XXII, 28, citado exactamente según los Setenta.

(5) Además, dice el texto que Pablo miró atentamente la asamblea, *ἀρεσκίας*, y que dirigió su vivo apóstrofe al mismo sumo sacerdote, *πρὸς αὐτόν*, y no, al azar, á uno cualquiera de los asistentes.

que emplea para que resulte más punzante la ironía, quiso decir: «En verdad no podía yo suponer que fuese realmente jefe del pueblo y sumo sacerdote el que manda tratar de modo tan brutal á un inocente.» Quizás se autorizaba también su respuesta de la circunstancia de haber en aquella ocasión dos pontífices ⁽¹⁾. Dado que la injusticia de Ananías no parecía recomendar sus pretensiones á la dignidad de soberano sacrificador, en detrimento de Jonatán, habríale negado Pablo el respeto que, según Moisés, era debido á la autoridad. No encontraba en él ni la imparcialidad ni los derechos incontestados de un verdadero sumo sacerdote.

Es evidente que no eran favorables las disposiciones de los jueces, y que el detenido, irritado, con razón, del mal trato que se le había infligido, no intentaba modificarlas. Convencido de que no debía esperar justicia de parte de semejante tribunal, determinó eludir su autoridad procurando sembrar la discordia entre los jueces. ¿No había prometido Jesús poner en los labios de los Apóstoles todo lo necesario para reducir al silencio á sus enemigos? De repente y con tanto atrevimiento como habilidad, desvió Pablo la cuestión. ¿Falta algo de su discurso, ú obró *ex abrupto* sin otro artificio oratorio? Es imposible decirlo. Lo cierto es que, por el momento, logró conjurar la tempestad que estaba á punto de desencadenarse sobre su cabeza.

Componíase el Sanedrín de dos elementos muy distintos y hostiles entre sí: los fariseos y los saduceos. Unidos contra los discípulos de Jesús, estaban profundamente separados los dos partidos desde el punto de vista de las doctrinas: aquéllos, espiritualistas, creían en el alma humana, en los ángeles, en la inmortalidad; éstos, cínicos materialistas, admitían solamente lo que se ve y se toca, sin esperanza en un más allá. Si Pablo buscaba un aliado

(1) Josefo, *Ant.*, VIII, 5, da el título de pontífice á Jonatán hasta el fin de su vida, y en otro pasaje, *B. J.*, II, 12, 6, menciona á Jonatán y Ananías como sumos sacerdotes á un mismo tiempo.

ó un socorro en uno de los dos partidos, debía dirigirse á los fariseos. Así lo hizo. Levantando la voz para dominar el tumulto que llenaba la sala, exclamó: «Varones hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos; de la esperanza y de la resurrección de los muertos soy yo juzgado.» De hecho, no consistía sólo en esto lo que creíase reprehensible en su predicación. Era secundaria la cuestión de la inmortalidad del alma y de la resurrección de los muertos; en realidad, tratábase del oficio de Jesucristo y de la definitiva inutilidad de la Ley. Todos, fariseos y saduceos, incriminaban simultáneamente la doctrina de Pablo sobre estos dos puntos, que él se guarda de tocar, limitando con habilidad su profesión de fe á una fórmula general, totalmente fuera de los hechos esenciales que constituían la nueva religión. Las esperanzas mesiánicas de Israel y la resurrección de los muertos son los dos puntos de contacto que tiene con los fariseos; por esto los recuerda, á fin de demostrar que está siempre con ellos. En el fondo, esto era poco, pues aunque la predicación del Apóstol fundamentaba sobre la resurrección de Jesucristo y de los muertos el edificio de nuestra salud realizada ya ⁽¹⁾, con todo, si consideramos que, desde su conversión, su doctrina era contraria á la justificación por la Ley y, en todos los otros puntos, opuesta diametralmente á la de aquellos, con quienes quiere ahora congraciarse, es preciso admitir que, en aquella ocasión, le pareció más práctica la astucia de la serpiente que la sencillez de la paloma.

Sea como fuese, esta hábil estratagema surtió por completo el efecto apetecido. Al verse directamente aludidos, indignáronse los saduceos y formularon con energía sus negaciones materialistas á propósito de la resurrección, de la existencia del alma y de los ángeles. Replicaron los fariseos, como era muy natural, sosteniendo así la tesis de Pablo. La discusión, cada vez más viva, degeneró en borrascoso tumulto. Los escribas, que en su mayoría perte-

(1) *I Cor.*, XV.

necían á la secta de los fariseos ⁽¹⁾, aducían asaz confusamente sus argumentos escriturarios oponiendo á sus adversarios los textos de la Ley, y, con la importancia que á sí mismos se dan, en las asambleas judiciales, los juristas que se creen competentes, formulaban esta conclusión: «No hallamos mal ninguno en este hombre. Y si le ha hablado un espíritu ó un ángel ⁽²⁾...» Aludían á la conversión de Pablo, ó á las revelaciones que se atribuía en sus discursos y á las cuales refería su ciencia del Evangelio y del pensamiento religioso de Jesucristo.

Acentuándose aún más la disensión con motivo de estas palabras, el tribuno, acostumbrado á las formas más graves según las cuales administraban justicia los tribunales romanos, y temeroso, por otra parte, de que su prisionero no fuese juzgado sino despedazado, hizo bajar los soldados para que lo sacasen de entre ellos y lo llevasen de nuevo á la fortaleza.

La noche siguiente, restablecida ya la calma en torno de Pablo y sobre todo en su alma, apareciósele el Señor ⁽³⁾, y le dijo: «Ten constancia, porque así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, conviene que lo des también en Roma.» El Maestro estaba satisfecho de aquella indomable energía y, después de ponerla á prueba en el medio peligrosísimo de Jerusalén, cuna y centro oficial de la religión, debía placerle ver que se afirmaba en Roma, centro y cabeza de la humanidad civilizada. Por otra parte, mucho tiempo hacía que Pablo era del mismo parecer. Veremos cómo respondió á la invitación divina ⁽⁴⁾.

(1) El texto *γραμματεῖς τοῦ μέρους τῶν Φαρισαίων*, parece indicar que el partido saduceo tenía también, como es muy natural, sus escribas ó sus legistas.

(2) Algunos manuscritos añaden *μὴ θεομαχῶμεν*, *no luchemos contra Dios*; pero esta frase es indudablemente un plagio de *Hechos*, V, 39. La frase debe quedar aquí en suspenso.

(3) Así complaciase el Maestro con sostener directamente el ánimo del Apóstol, en las circunstancias particularmente graves de su ministerio: *Hechos*, XVIII, 9-10; XXVII, 24.

(4) *Hechos*, XIX, 21. Comp. con XXV, 10.

CAPÍTULO II

Pablo enviado con escolta á Cesárea

Complot contra la vida de Pablo.—Un sobrino del Apóstol le avisa.—Precauciones tomadas al punto por la autoridad romana.—*Elogium* dado por el tribuno Lisias.—Pablo conducido con buena escolta á Antipátride.—Llegada á Cesárea y presentación al procurador Félix. (*Hechos*, XXIII, 12-35).

La habilidad de Pablo y el acto autoritario de Lisias habían conjurado, por un instante, la tempestad, pero el asunto no podía terminar de esta manera. Tan pronto como fariseos y saduceos hubieron agotado su ardor en sus polémicas personales, debieron reconocer que el proceso había sido desviado de un modo singular y que, por resultado final, se les había escapado el enemigo común.

Al siguiente día, muy de mañana, y como consecuencia de las conferencias de la víspera, los judíos más ardientes, excitados, ora por los jefes del pueblo, ora por su propio fanatismo, juraron, invocando las maldiciones del cielo sobre los transgresores, abstenerse totalmente de comer y de beber hasta que hubiesen muerto á Pablo. Esta especie de voto tenía un carácter sagrado y recordaba el *jérem* mencionado con frecuencia en los libros históricos del Antiguo Testamento. Por un juramento de este género, había sido decretado en otro tiempo el completo exterminio de los cananeos ⁽¹⁾. Los conjurados eran más de cuarenta. Presentáronse á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, sabiendo que así se ponían al servicio de su odio, y, después de enterarlos del solemne voto que acababan de

(1) Véase *Números*, XXI, 1-3.—N. del T.

hacer, suplicáronles que, en nombre del Sanedrín, pidieran al tribuno que llevara de nuevo á Pablo ante el tribunal para examinar con mayor detenimiento su causa. «Antes que llegue al lugar donde estuviereis congregados —decían,—nosotros le mataremos.» No eran raros semejantes complots en una época de perturbación general y de efervescencia política. Convencidos de que así defendían la Ley de Moisés contra sacrílegos novadores, pensaban sus autores que su obra era pía y meritoria ante Dios. Así leemos que una conjuración semejante había sido urdida en otro tiempo contra Herodes el Grande, y á tal extremo había llegado el fanatismo de los Celadores que, entre los diez conjurados, se encontró un ciego, incapacitado para hacer nada contra el rey, supuesto que no veía—dice Josefo ⁽¹⁾,—pero deseoso de correr el peligro de los que estaban irremisiblemente perdidos, si fracasaban en su empresa.

Por fortuna, el mismo ardor de los conspiradores corre peligro, más de una vez, de descubrir antes de tiempo proyectos que resultan comprometidos por la más pequeña indiscreción. El hijo de una hermana de Pablo que se hallaba en Jerusalén, sea porque había ido en compañía de su tío, sea porque allí residía para su educación ⁽²⁾, barruntó el complot. El joven vigilaba sin duda lo que podía interesar á su pariente y, en su calidad de estudiante, tenía más de un medio para estar al corriente de lo que se tramaba. Presentándose al punto en la fortaleza, pudo sin dificultad advertir á su tío. Nada tenía de severo, en efecto, el cautiverio del detenido, ya porque Lisias sospechase su verdadera inocencia, ya porque le guardase consideraciones por su título de ciudadano romano. Disfrutaba, pues, Pablo de aquella semilibertad que le sería concedida también en Cesásea y en Roma ⁽³⁾. Habiendo

(1) *Ant.*, XV, 8, 3, 4.

(2) Si la hermana del Apóstol hubiese tenido domicilio en Jerusalén, sería poco admisible que Pablo no se hubiese alojado en casa de aquélla, en vez de hacerlo en la del cipriota Mnasón.

(3) *Hechos*, XXIV, 23; XXVIII, 30-31.

llamado á uno de los centuriones, díjole: «Lleva este mozo al tribuno, porque tiene cierto aviso que darle.» Creía el prisionero que no debía contar con un oficial subalterno en aquella circunstancia; de aquí que recurriese directamente al comandante en jefe. Todo esto lleva el sello de aquella ciencia práctica de que, á pesar de su naturaleza ardiente, no se apartaba jamás. Como si el Maestro no le hubiese prometido defender su vida hasta llegar á Roma, donde debía predicar el Evangelio, pone á la autoridad romana en el caso de que ella misma eficazmente le proteja.

El joven fué conducido, pues, por el centurión al tribuno, al cual dijo: «El preso Pablo me rogó que trajese á ti este mozo, porque tiene algo que hablarte.» Al momento tomó el tribuno al joven de la mano, retiróle aparte y le preguntó: «¿Qué es lo que tienes que decirme?» Y el joven respondió: «Los judíos han concertado rogarte que mañana presentes á Pablo al Sanedrín, como que quieren inquirir de él alguna cosa más cierta. Mas tú no los creas, porque hay más de cuarenta de ellos que lo acechan, y han jurado, so pena de maldición, que no comerán ni beberán hasta que lo maten; y ahora están ya apercebidos, esperando que tú se lo prometas.»

El tribuno, profundamente impresionado por la confianza, y sabiendo la responsabilidad en que incurría por la más pequeña negligencia, juzgó al instante que debía remitir prudentemente el asunto á la autoridad superior ⁽¹⁾. Despidió al joven después de recomendarle vivamente que no hablase á nadie de la declaración que acababa de hacerle. Llamando en seguida á dos ó tres centuriones ⁽²⁾,

(1) *Dig.*, I, 16, 11, decía la ley romana: «Si quid erit quod majorem animadversionem exigat, rejicere legatus apud proconsulem debet, neque enim animadvertendi, coercendi, vel atrociter verberandi jus habet.»

(2) El texto lleva *δύο τινάς*, *unos dos*, dejando indeciso el número. *Comp. Luc.*, VII, 19; *Tucidides*, VIII, 100, 5. Puede traducirse por dos ó tres, según los tres cuerpos de tropa enviados. Dos por lo menos eran necesarios, pues uno de ellos tenía que regresar de Antipátride con los soldados que no irían hasta Cesárea (*).

(*) Aquí y en *Lucas*, traduce A. Montano por *duos quosdam centurionum*, *duo quosdam discipulorum*; *Vigouroux, Pol.*, por *deux certains*, no *quelques*

díjoles: «Tened prontos doscientos legionarios, y setenta de á caballo y doscientos arqueros ⁽¹⁾, para ir á Cesárea, desde la hora tercia de la noche ⁽²⁾. Y aparejad cabalgaduras ⁽³⁾ en que sea conducido Pablo á caballo con toda seguridad al gobernador Félix.» Una glosa introducida en el texto de la Vulgata, explica tantas precauciones por el deseo de evitar un golpe de mano: «porque el tribuno temió no se lo arrebatasen los judíos, y lo matasen, y después le calumniasen á él de haber recibido dinero.» Hacía ya mucho tiempo que, en Roma, y sobre todo en el ejército, las almas se habían vuelto comúnmente venales. Del fondo de las ricas provincias de Oriente se elevaban con frecuencia, desde este punto de vista, las acusaciones más graves contra los oficiales superiores. Pero, aun prescindiendo de este temor, el tribuno se creía responsable de la vida de un ciudadano romano, y esto era bastante para motivar un aparato de fuerzas capaces de hacer frente á las tentativas más audaces. Cuarenta hombres dispuestos á sacrificar su vida antes que faltar á su juramento, no era cosa despreciable. Eran conocidos los atrevidos golpes de mano que intentaban y realizaban de vez en cuando los sicarios. Creyó Lisias que todo era poco para ponerse en guardia contra aquellos celadores, apoyados por el Sa-

deux. Con todo, es cierto que se dice: *τριάκοντά τινες ἀπέθανον*, murieron unos treinta — N. del T.

(1) Componiase la expedición de tres cuerpos distintos de tropa: *στρατιώτας*, legionarios ó soldados pesadamente armados; *ἵπποις*, caballería y *δεξιολάβους*, probablemente los alabarderos ó infantería ligera que usaba jabalinas. Esta palabra no se encuentra en los antiguos autores griegos. El emperador Constantino Porfirogeneta, *Themat*, I, 1, la empleó; pero de lo que dice este autor, sólo puede deducirse que aquellos soldados se diferenciaban de los arqueros, *τοξοφόρους* y de los *πελταυτάς*. (*)

(2) A las 9 de la noche era menos de temer un golpe de mano y, al amanecer, estarían lejos de Jerusalén. Josefo, en su *Autobiogr.*, XXIV, habla de una escolta análoga y que viajaba también de noche.

(3) Suponen las versiones siríaca y arábica que el plural *κτήνη* debe tomarse como un singular. Puede también admitirse que era necesaria una segunda cabalgadura, ora para el soldado que retenía á Pablo por una cadena, ora para duplicar la etapa, pues no debían detenerse en el camino.

(*) Es de notar que, á pesar de este último párrafo, el autor traduce *δεξιολάβους διακοσίους* por *deux cents archers*, probablemente en vez de *deux cents lanciers*; Vulgata: *lancearios ducentos*. — N. del T.

nedrín y muy capaces de reclutar nuevos fanáticos á última hora.

Escortado, pues, por 470 soldados, partió Pablo en medio de las tinieblas de la noche. Uno de los oficiales, de conformidad con la ley romana ⁽¹⁾, era portador de una carta en la que el tribuno exponía á su superior, el procurador de Judea, la causa que debía juzgar. Sea que este documento se hubiese hecho público en Cesárea, sea que lo hubiese conocido Lucas por otro medio, nos ha sido literalmente transmitido. Dice así: «Claudio Lisias al óptimo ⁽²⁾ gobernador Félix, salud. A este hombre que prendieron los judíos, y estaban á punto de matarle, sobreviniendo yo con la tropa lo libré, entendiendo que era romano ⁽³⁾. Y queriendo saber el delito de que le acusaban, lo llevé ante su Sanedrín. Hallé que le acusaban sobre cuestiones de la ley de ellos, sin haber en él delito alguno que mereciese muerte ó prisión. Y habiéndoseme avisado que los judíos le tenían puestas asechanzas, al punto le envié á ti, intimando también á los acusadores que pasen á exponer ante tu tribunal lo que tienen contra él ⁽⁴⁾.»

Parece haber sido rápida la marcha de los soldados, pues al día siguiente por la mañana llegaron á Antipátride. Esta ciudad, según Josefo ⁽⁵⁾, había sido edificada por Herodes en la llanura de Cafarsaba, en sitio de aguas abundantes y extraordinariamente feraz. Ceñida por un río, se recostaba entre umbrosas y tupidas arboledas. Dado que, en el camino de Jerusalén á Cesárea, sólo hay una

(1) *Cod. Theod.*, lib. XIII, 5. Esta clase de cartas recibía el nombre de *elogium*. Es frecuente, en la legislación romana, mencionar á los detenidos con la fórmula *missi sub elogio*.

(2) La calificación de *κραιίστος* se daba á los gobernadores, *Hechos*, XXIV, 3; XXVI, 25, ó á elevados personajes, *Luc.*, I, 3. Todavía se da el tratamiento de Excelencia á los ministros y á los embajadores.

(3) Lisias disimula la verdad y suprime asaz hábilmente lo que, en el primer momento, hubo de irregular en su conducta. Se recomienda por sus buenos oficios en la segunda parte del asunto, y no dice nada de la imprudencia cometida en la primera, al ordenar azotar al prisionero.

(4) Muchos manuscritos terminan la carta por la fórmula ordinaria: Ἐβήρωσ, en latín *Vale*.

(5) *Ant.* XVI, 5, 2: Τόπον ἐνυδρον, ποταμοῦ περιβρέοντος, κ. τ. λ.

corriente de aguas, caudalosa, pero que la Biblia no menciona, al actual Nahar-el-Audjeh, debe buscarse, en sus inmediaciones, y hacia el punto intermedio que divide en dos etapas casi iguales el largo trayecto, el emplazamiento de la ciudad herodiana. Qalat Ras-el-Ain ⁽¹⁾ parece responder con bastante exactitud á lo que Josefo dice de Antipátride. Vimos en ella—y esto es importante—restos de vías romanas que llegaban, la una del Sur, por Lidda, la otra del Este, por Tibneh, y se reunían en dicho sitio para remontar al Norte en dirección á Cesárea. La más corta, si bien la más fatigosa, puesto que atraviesa montañas y barrancos muy quebrados, es la que, yendo de Jerusalén á Gifné, torcía hacia poniente en dirección á Tibneh y descendía en derechura hasta Antipátride. Pasaba la otra por Betorón, y remontaba luego hacia el Noroeste. Por la primera, ó también por la segunda ⁽²⁾ era posible recorrer el trayecto en diez ó doce horas. Por otra parte, no dice el historiador á qué hora llegaron del día siguiente, haciendo constar tan sólo que el trayecto, ó su mayor parte, se efectuó de noche. Su exactitud no puede aquí ponerse seriamente en tela de juicio.

Alejado Pablo de sus adversarios, y conjurado así el peligro de una intentona, no prosiguieron su camino los legionarios, sino que regresaron á Jerusalén, donde su presencia debía ser más necesaria, en tanto que la caballería, á través de tierras arenosas y de blancas dunas ondu-

(1) Visitamos en 1894 á Qalat Ras-el-Ain con el amable barón Ustinoff. Sus aguas son las mejores de la Palestina meridional. Sobre un montículo rodeado de un lago con gigantescas cañas hay un castillo rectangular arruinado. Sus muros almenados estaban defendidos por una torre en cada uno de sus ángulos. Allí estuvo muy probablemente la acrópolis de Antipátride. Los campos de sorgo, de algodón y de sésamo, que se extienden á su alrededor, los bosquesillos de naranjos y de árboles variadísimos, que subsisten todavía y que riegan numerosos manantiales que engruesan el Nahr-el-Audjeh, son los únicos que, en toda la comarca, responden á la descripción de Josefo.

(2) Vimos al P. Cleofás ir de Amoa á Jerusalén en cinco horas para demostrarnos, por otra parte, sin ningún resultado, que Amoa era el Emaús del Evangelio. Ahora bien, Qalat Ras-el-Ain dista apenas el doble. Véase *Nôtre Voyage aux Pays Bibliques*, vol. I, p. 188.

ladas, se dirigía con Pablo á Cesárea. Llegados allá, el prisionero y la carta de Lisias fueron entregados al procurador. Éste, después de dar una ojeada al relato que le presentaban, preguntó de qué provincia era el detenido, y, como le respondiesen que era de Cilicia, díjole: «Te oiré con calma ⁽¹⁾ cuando vinieren tus acusadores.» Entretanto, ordenó que lo guardasen en una dependencia del pretorio de Herodes, es decir, en el palacio erigido antiguamente por este príncipe, y convertido, hacía mucho tiempo, por derecho de conquista, en suntuosa residencia de los gobernadores romanos.

Creemos haber reconocido, en una de nuestras últimas exploraciones, los basamentos del real edificio, en las modernas casas que los turcos de Bosnia han construído hacia la parte septentrional de la antigua Cesárea. Dominaba aquél la parte baja de la ciudad, los muelles y el puerto. No pasa día que no se quite una parte de los bloques que revelan su origen herodiano, y son llevados en faltús á Jafa ó á San Juan de Acre, para edificar la morada de algún pequeño negociante enriquecido. En uno de los departamentos abovedados que sostienen la real construcción, fué encerrado Pablo, en espera de comparecer ante el procurador Félix.

(1) Este es el sentido del verbo *διακούειν*.

CAPÍTULO III

Pablo cautivo en Cesárea

El procurador Félix, su historia y su carácter.—Llegan los judíos con su abogado Tértulo.—Discurso de éste y respuesta de Pablo.—La sentencia es prorrogada *sine die*.—Pablo ante Félix y Drusila.—Dos años de cautiverio en Cesárea.—Porcio Festo reemplaza á Félix.—Renuevan los judíos de Jerusalén el proceso sin más éxito que la primera vez.—Pablo apela al César.—Su apología ante Agripa y Berenice.—Sin la apelación al César, habría sido absuelto y puesto en libertad. (*Hechos*, XXIV-XXVI.)

Félix, que se llamaba más exactamente Antonio Félix, era un liberto de Claudio, ó más probablemente de Antonia, madre de Claudio, y hermano de Palante, uno de los favoritos de Nerón. Claudio le había enviado á Judea para reemplazar á Cumano, en el año 52. De él dice Tácito que ejerció el poder real con alma de esclavo ⁽¹⁾, y el retrato moral que dibuja de este arcadiano, comprado primeramente con su hermano como esclavo, y llamado después á gobernar una provincia, está en armonía con esta severa apreciación. Cruel, libertino, considerándose fuerte con la influencia preponderante de su hermano Palante cerca del emperador ⁽²⁾, no había fechoría que no creyese poder permitirse. Había prosperado en el ejército, ó mejor, á la sombra del verdadero ejército romano; pues por miedo de irritar el viejo orgullo de Roma, jamás se le dió el mando de una legión, sino tan sólo el de una de las cohortes de auxiliares de á pie, después de auxiliares de á caballo, que mantenían la autoridad imperial en las pro-

(1) Tácito, *Hist.*, V, 9, 6: «Antonius Felix per omnem saevitiam ac libidinem jus regium servili ingenio exercuit.»

(2) *Ann.*, XII, 54, 1.

vincias ⁽¹⁾. Su nombramiento de gobernador de Judea, debido al valimiento de su hermano cerca de Agripina, no dejó de causar algún escándalo; pero una vez hubo tomado posesión de su cargo, comenzó por hacerse apreciar persiguiendo los bandidos y restableciendo la seguridad en el país. Dueño ya de la situación, reveló sin ambages su gran perversidad, consistiendo la habilidad de su administración en agravar por los medios más detestables las dificultades que se ofrecían ⁽²⁾.

Así vemos que, faltando á la palabra empeñada, hizo prender y envió á Roma como trofeo al famoso jefe de bandidos Eleazar, que andaba en tratos con él confiado en su lealtad. El día en que le estorbó el anciano sumo sacerdote Jonatán, á quien debía gratitud, dió orden de asesinarlo. Cuando se apasionó por Drusila, no titubeó en recurrir á los sortilegios del mago Simón, para determinarla á abandonar á su legítimo marido y aceptar su propia mano. De este extraño y cínico personaje dice Suetonio que tuvo tres reinas por esposas. ⁽³⁾ Ávido de riquezas, cometió toda suerte de exacciones. Se le acusó de haber ejercido el latrocinio en provecho propio. Dificilmente podía caer en manos más viles y más criminales la autoridad romana.

Debemos, sin embargo, reconocer que, en un principio guardó Félix una actitud casi correcta en el proceso de Pablo. Hasta mucho más tarde no descubrió su detestable política y su miserable codicia. Una vez fallado el proceso, no debía retener indefinidamente prisionero á aquel cuya inocencia había sido oficialmente reconocida. Pero debió parecerle buen negocio conservar en su poder al adversario de los jefes de la nación judía, y, sin ningún es-

(1) Suetonio, *Claud.*, XXVIII.

(2) Tácito, *Ann.*, XII, 54, dice: «Intempestivis remediis delicta accendebat.»

(3) «Trium reginarum maritum.» *Claud.*, XXVIII. Dos llevaron el nombre de Drusila, la otra es desconocida. Eran hijas ó nietas de reyes. La primera Drusila era nieta de Cleopatra y de Antonio é hija de Juba, rey de Mauritania. Tácito, *Hist.*, V, 9, 7. La segunda, que vamos á ver á su lado, era hija del rey Agripa I, nieto de Herodes el Grande.

crúpulo, resolvió aprovechar la ocasión de dominar al partido jerárquico entreteniéndole con la esperanza de obtener la muerte de aquél, al propio tiempo que esperaba que, de un momento á otro, los amigos de Pablo le ofrecieran una buena cantidad para libertar al prisionero.

Cinco días después de los sucesos ocurridos en Jerusalén ⁽¹⁾, y de conformidad con lo que Lisias le había intimado, llegó el sumo sacerdote Ananías con los ancianos, probablemente una diputación del Sanedrín, para acusar á Pablo ante el gobernador. Acompañábale uno de aquellos abogados que pululaban en las diversas provincias del Imperio en busca de clientes á quienes servir, por dinero, con su facundia y su ciencia jurídica. Este era un medio excelente, según lo hace notar Cicerón ⁽²⁾, para que los jóvenes practicantes del foro se preparasen para defender más tarde, en la misma capital del Imperio, asuntos más importantes. Aquel de quien se trata aquí se llamaba *Tertullus* diminutivo de *Tertius*, nombre que los romanos daban con bastante frecuencia á su hijo tercero. Nada más sabemos de él. El discurso que pronunció ante el procurador prueba, no obstante, que le eran familiares los procedimientos de la retórica. Si, en su exordio, procura captarse, según las reglas del arte oratorio, la benevolencia del juez por una adulación sobrado rastrea, en su peroración, con audacia hábilmente impertinente, pretende obligar á que su mismo adversario confirme la acusación que acaba de dirigirle. Ahora bien, y aquí muestra Tértulo su verdadero temperamento de abogado, en su acusación no presentará á Pablo como un agitador político. Después de la carta de Lisias, hubiese sido superfluo todo alegato en este terreno, y, de otra parte, su único resultado habría sido dejar al acusado en poder de la autoridad romana, y esto era precisamentę lo que no quería el partido jerárquico.

(1) Es probable que hay que contar esos cinco días á partir de la resolución tomada por Lisias de enviar á Pablo á Cesárea. Lo que dirá luego Pablo, *Hechos*, XXIV, 11, no permite contarlos desde su llegada á esta ciudad.

(2) *Pro Coelio*, 30. Comp. Lampridio, *V. Alex. Severi*, c. XLIV.

Para él, por tanto, el detenido será simplemente un revolucionario religioso, un jefe de secta que ha profanado el Santuario, y esto es bastante para que deba ser remitido al Sanedrín, único juez competente en estas cuestiones de un orden totalmente distinto y regulado por la ley judía. Por esto se limitará á reclamar al culpable, á quien, sin razones valederas, se ha sustraído á la jurisdicción de la cual dependía.

De hecho, cuando Pablo se presentó ante el tribunal, comenzó Tértulo su requisitorio de esta suerte: «Como sea que nosotros por ti vivimos en grande paz, y muchas cosas sean bien gobernadas en esta nación por tu prudencia, en todo tiempo y lugar lo reconocemos, óptimo Félix, con todo hacimiento de gracias. Mas para no detenerte mucho tiempo, te ruego que, según tu clemencia, nos oigas un breve rato.

»Hemos hallado que este hombre es pestilencial, levantando sediciones á los judíos por todo el mundo, y es cabeza de la secta de los nazarenos, é intentó además profanar el Templo ⁽¹⁾, y le prendimos. Queríamos juzgarle según nuestra ley, mas sobreviniendo el tribuno Lisias, con gran violencia nos lo quitó de las manos, mandando que acudiesen á ti sus acusadores ⁽²⁾. Si te dignas proceder á

(1) El cuerpo del requisitorio estaba constituido por el desarrollo de esta serie de acusaciones: Pablo era una peste pública; *λοιμός* se dice de un hombre que siembra el mal contagioso y la muerte. Esta imagen es familiar á Cicerón: «Pestem ac perditorem civitatis,» *Pro Rabir.*, I; «Ab illa furia ac peste patriae,» *Pro Sextio*, 14. Salustio, *Jugurta*, XIV, 10, dice: «Postquam illa pestis ex Africa ejecta est.» Además Pablo agitaba todas las colonias judías esparcidas por el imperio: «concitantem seditiones omnibus judaeis in universo orbe.» Era también el primer jefe, *πρωτοστάτης* de la secta de los nazarenos. Este es el único pasaje de la Escritura en que se designa así á los cristianos. Los que no querían decir *Jesús el Cristo*, decían *Jesús el Nazareno*, como se decía *Judas el Galileo*, y se llamaba nazarenos á los partidarios del uno, como se daba el nombre de galileos á los partidarios del otro. Finalmente, Pablo había intentado profanar el Templo. Esta última acusación era la más grave y, si se hubiese demostrado que era verdadera, debía caer el culpable en manos de la justicia judía.

(2) Falta toda esta frase en los principales manuscritos y está llena de variantes en los que la llevan, contribuyendo así á hacer sospechosa su autenticidad. Si no fué interpolada, habría que referir á Lisias las palabras *παρ' οὗ* que sirven de transición á la peroración, y en este caso Tértulo habría apelado al testimonio del tribuno y no al del acusado. ¡Es, empero, verosí-

su interrogatorio, podrás convencerte de que son ciertas todas estas cosas de que le acusamos.»

Al punto Ananías y los delegados del Sanedrín unieron su voz á la de su abogado, para acentuar y confirmar la perfecta exactitud de las acusaciones formuladas contra Pablo. Con una señal concedió el gobernador la palabra al detenido, y he aquí cómo respondió el Apóstol á cada uno de los capítulos de la acusación:

«Sabiendo que eres juez de esta nación muchos años ha ⁽¹⁾, digo para mí que conoces exactamente el estado general de los espíritus ⁽²⁾, y esto me da buen ánimo para satisfacer por mí.»

Después de este exordio modesto, sin adulación y lleno de dignidad, pasa Pablo á refutar una por una las calumniosas imputaciones de sus adversarios: «Puedes fácilmente saber que no hace más de doce días que yo subí á Jerusalén á adorar ⁽³⁾. Y ni me hallaron en el Templo disputando con alguno, ni haciendo concurso de gente, ni en las sinagogas, ni en la ciudad; ni te pueden probar las cosas de que ahora me acusan.» Así queda deshecho el primer capítulo de la acusación. Nadie ha oído su voz en la Ciudad Santa. No hay, pues, en el mundo entero un agitador que perturbe á Israel.

«Pero confieso esto delante de ti, que según los principios que ellos llaman la secta, sirvo yo al Dios de nuestros

mil que el abogado, que muy probablemente era romano de origen, hubiese cometido la torpeza de acusar á Lisias ante Félix? La primera regla de la política de los gobernadores era no permitir jamás que se discutiera á los representantes de la autoridad imperial.

(1) Había Félix sustituido á Cumano en el año 52, y puede muy bien llamarse largo un período de 7 años, en una época en que se sucedían rápidamente los gobernadores; además si creemos á Tácito, *Ann.*, XII, 54, Félix había sido anteriormente gobernador de Samaria, cuando Cumano lo era de Judea.

(2) Añadimos al texto esta pequeña frase para aclarar el pensamiento de Pablo, que, de otra suerte, resulta vago y poco preciso.

(3) Se han inquietado algunos con el deseo de saber cómo hay que contar estos doce días. Creemos que esta cuestión tiene muy poca importancia. En todo caso, parece que los hallaríamos sin dificultad entre la llegada de Pablo á Jerusalén y el momento en que está hablando. Meyer, *Apostelgeschichte*, p. 457, propuso una combinación muy satisfactoria.

padres, mas creyendo todas las cosas que están escritas en la Ley y en los Profetas, teniendo esperanza en Dios, como ellos mismos esperan, que ha de haber la resurrección de los justos y de los pecadores. Y por esto procuro tener siempre mi conciencia sin tropiezo delante de Dios y de los hombres.» No quiere eludir la segunda imputación de que es jefe de secta, pero su explicación la reducirá á su justo valor. No le desagrada la palabra herejía ó secta, que Tértulo ha empleado con desprecio, antes bien la realza, no sin algo de arrogancia. Solamente que esta herejía no es una oposición al judaísmo, sino el fruto providencial, la consecuencia divina del judaísmo ⁽¹⁾. En su fe cristiana, Pablo adora al Dios de los judíos; admite la Ley y los Profetas como todos los judíos; acepta fielmente el pasado religioso de Israel, predicando, verdad es, que este pasado fué tan sólo una preparación de lo por venir. Ahora bien, este porvenir es precisamente la secta de la cual se le declara portaestandarte. Si hay algún mal en procurar el triunfo de la religión definitiva, en vista de la cual fué constituido Israel en pueblo privilegiado de Dios, Pablo se confiesa culpable de ello. ¿Pero hay algún crimen en querer pasar de lo bueno á lo mejor? Al abrazar el cristianismo, no ha dejado de creer en la resurrección y en la justicia de la vida futura, al mismo tiempo que se aplica enérgicamente al ejercicio de todas las virtudes en la vida presente.

«Después de muchos años de ausencia, vine á mi gente á hacer limosnas, y ofrendas, y votos. Y en esto me hallaron purificado en el Templo; no con gente, ni con alboroto. Y estos fueron unos judíos de Asia, que debían comparecer ante ti, y acusarme, si tenían algo contra mí.»

Nada queda de la tercera queja de que quería profanar el Templo, desde el momento en que se sabe que había ido á Jerusalén con el solo objeto de caridad y de piedad, y que le prendieron y le maltrataron en el preciso momento en que se conformaba piadosamente á las prescripciones de

(1) Comp. *Rom.*, III, 31; X, 1, 4, etc.

la Ley mosaica relativas á los ritos purificatorios del nazareato. Por otra parte, convendría que estuviesen presentes para precisar y probar su acusación aquellos judíos de Éfeso que, en dicha ocasión, le denunciaron al fanatismo popular. Y, sin embargo, no se hán presentado. ¿Por qué? Dirigiéndose entonces con viveza á los adversarios, representados por la comisión que ve delante de él, exclama:

«Á lo menos digan éstos si hallaron en mí maldad alguna, cuando yo comparecí ante el Sanedrín, sino sólo de estas palabras que proferí en alta voz estando en medio de ellos: ¿Por la resurrección de los muertos soy yo juzgado hoy de vosotros?

Había en este reto un asomo de ironía que debía alcanzar particularmente al grupo de los fariseos, los cuales, según todas las apariencias constituían la mayoría de los acusadores. No se dice que hubiesen respondido nada. Más de una vez había oído Félix hablar de las doctrinas de los cristianos durante los largos años que había vivido en una ciudad en la que éstos eran numerosos. Por esto le fué fácil entrever desde luego que el fondo del proceso era puramente religioso y sin importancia política. Suspendiendo, por tanto, el debate, difirió la sentencia, diciendo: «Cuando viniere el tribuno Lisias, acabaré de conocer vuestro negocio.» Esto era alegar un mal pretexto, porque Lisias no debía ir á Cesárea; pero una prórroga *sine die* obligaba al Sanedrín á volverse á sus casas, y Félix se reservaba así la facultad de explotar á su antojo, en provecho propio, el cautiverio del detenido. Dió, pues, orden al centurión de hacer guardar á Pablo, si bien dejándole cierta libertad, y sin impedir á los suyos visitarle y servirle. Este régimen, que era el más suave, llamábase *custodia militaris* ⁽¹⁾. El prisionero no estaba constantemente encadenado, sino, la mayor parte del tiempo, bajo

(1) Había además la *custodia pública* ó prisión propiamente dicha, que era más severa, y la *custodia libera* ó *apud vades*, que era la libertad bajo fianza. Esta no se concedía sino á los grandes personajes, por los cuales alguien respondía oficialmente.

la vigilancia de un soldado. Sabemos por Josefo, á propósito de Agripa, la mucha libertad que permitía este género de detención ⁽¹⁾.

Entre tanto el incidente había metido algún ruido en Cesárea. Rara vez dejan de interesarse en estos asuntos sensacionales las mujeres de los magistrados. Quieren ver á los detenidos de alguna importancia, oírlos y satisfacer, si es posible, la curiosidad de las amigas que les preguntan por ellos. Por otra parte, Drusila, la esposa ilegítima que Félix acababa de tomar, era judía, y, desde este punto de vista, no podía serle indiferente la cuestión religiosa. Además, su espíritu era sumamente accesible á la superstición. Esta es la única excusa de la debilidad con que acababa de deshonrar su vida. Hija de Herodes Agripa I, que, según dijimos en otra parte, había muerto en la misma Cesárea, herido por la mano de Dios, había sido prometida en esponsales por su padre á un tal Antíoco Epifanes, príncipe de Comagena. Por razón de sus inquietudes religiosas, renunció ella á este matrimonio, porque, á última hora, volviendo Antíoco sobre su acuerdo, habíase negado á abrazar la religión judía y á dejarse circuncidar. Entonces su hermano Agripa II casóla con Aziz, rey de Emesa, el cual, más fácil que Epifanes, había consentido en hacerse judío ⁽²⁾ para obtener su mano. No fué recompensado por su sacrificio, pues habiendo visto Félix á Drusila, enamoróse perdidamente de su extremada hermosura, y valiéndose de las criminales artimañas del mago cipriota Simón, á quien ya conocemos ⁽³⁾, la movió á abandonar al desgraciado Aziz para entregarse á él. Seducida por los sortilegios de Simón, olvidó la princesa judía todas las prohibiciones de la Ley y se casó con un pagano. Sabido es que tuvo de Félix un hijo, que pereció con ella en la terrible catástrofe de Pompeya, en tiempo de Tito.

(1) *Ant.* XVIII, 6, 10. Es notable que se sirve de la misma palabra *δρακόν* que se emplea aquí para señalar la blandura compatible con este emprisionamiento.

(2) *Ant.* XIX, 9, 1; XX, 7, 1-3.

(3) *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 165 y sig.

Plugo, pues, á esta israelita, escandalosamente infiel á la religión de Israel y á su legítimo esposo, que la amaba tiernamente, oír á Pablo hablar de la nueva religión, de la que sería imposible suponer que no tuviese alguna idea por el mago Simón, el cual había deseado, mucho tiempo antes, según vimos, entrar en relaciones, interesadas ú hostiles, con los Apóstoles. Por otra parte, Félix participaba de su curiosidad. Quizás después de una conversación con ella sobre este asunto, fué cuando llamó al prisionero y quiso oírle desarrollar su doctrina sobre Jesucristo. ¿Esperaba de él consideraciones metafísicas, ó un alarde de elocuencia que le distrajera y agradara á Drusila? Es posible. Mas Pablo no era de los que hablan por hablar. Al ver que su auditorio se reducía á un magistrado lleno de injusticia y á una mujer adúltera, dió de lado á toda consideración dogmática, para disertar sobre un punto de orden moral y eminentemente práctico, cual convenía á sus dos oyentes. Ya que la justicia y la continencia eran dos virtudes cuyos fueros se complacían en conculcar, Drusila, por debilidad ó ambición de mujer, y Félix, por cinismo de hombre corrompido y endurecido en el crimen ⁽¹⁾, aplicóse Pablo á representarles con energía la necesidad del respeto para con la hacienda, el honor, la mujer, la vida de los demás, y también la energía que hay que desplegar si se quiere dominar los culpables apetitos sensuales.

Como corolario de su elevada lección moral, comenzó á evocar la sanción final del juicio venidero. Tenía su palabra un acento seductor y persuasivo en su severidad, algo que invadía y turbaba el ánimo. Drusila, que tanto se había impresionado por los sacrilegios de Simón, debió serlo mucho más por la elocuencia de Pablo. El mismo Félix, sintiéndose totalmente trastornado y como sobrecogido de espanto, dijo: «Por ahora vete, que cuando fuere menester te volveré á llamar.»

(1) Tácito dice de él: «Cuncta malefacta sibi impune ratus.» *Ann.*, XII, 54.

Llamóle, en efecto, con bastante frecuencia á su palacio, no ya para oírle reivindicar los derechos de la sana moral—este género de conferencias le desagradaba,—sino para conversar con él y tratar de acabarlo todo mediante una suma de dinero, que Pablo, portador de ricas limosnas, ó sus adictos amigos, consentirían en entregar, á fin de obtener una sentencia favorable. Semejantes manejos, aunque prohibidos severamente por la ley Julia ⁽¹⁾, no eran raros, y sabemos que Albino, uno de los sucesores de Félix, al dejar la administración de Judea, hizo poner en libertad á todos los prisioneros que le dieron dinero, de suerte, dice Josefo, que vació las cárceles y llenó de ladrones el país ⁽²⁾. Aquellos advenedizos, detritus de un mundo profundamente corrompido, hacían dinero de todo. No sospechaba Félix lo que había de noble altivez en el alma de Pablo. Perdía el tiempo esperando de él una baja.

Dos años soportó Pablo su cautiverio, antes que recurrir á medios de liberación que su dignidad reprobaba. Reclamaba su libertad en nombre del derecho, y juzgaba que un hombre honrado no compra á precio de oro lo que se le debe en toda justicia. Puede parecer extraño que un detenido, cuya inocencia era evidente, hubiese quedado prisionero tan largo tiempo; pero, en las provincias, los gobernadores, según sus intereses ó su apatía, permitíanse semejantes infracciones de la ley romana, tan previsora y tan prudente en sí misma. Así, nos enseña Filón que Flaco, en Alejandría, retuvo dos años aherrojado á Lamprón, acusado del crimen de lesa majestad. Con esto pretendía infligir al detenido un suplicio peor que la muerte ⁽³⁾. De otra parte, no es menos sorprendente que con su ardorosa naturaleza, no hubiese apresurado el mismo Pablo una solución.

(1) «Ne quis ob hominem in vincula publica conjiciendum, vinciendum, vincirive jubendum, exve vinculis dimittendum, neve quis ob hominem condemnandum, absolvendumve... aliquid acceperit.» *Digest.*, XLVIII, 11, 7.

(2) *Ant.*, XX, 9, 5.

(3) Filón, *in Flacc.*, XVI.

¿Qué hizo durante aquellos largos meses de cautiverio? Dijimos que había en Cesárea una comunidad cristiana ya antigua; á ella debió de dedicar todos sus cuidados. La familia del centurión Cornelio, que podía tener todavía representantes en Cesárea, la casa del diácono Felipe con sus cuatro hijas profetisas, constituían otros tantos pequeños centros ó iglesias, en torno de las cuales se agrupaban otros muchos fieles. Pablo prisionero vino á ser su director vigilante, lo que no le dispensaba de cuidarse de las comunidades que había fundado en Asia y en Europa. Los amigos que permanecieron cerca de él fueron probablemente otros tantos mensajeros á quienes diputaba, cuando llegaba el caso, con sus más paternales recomendaciones. No sabemos si se sirvió de ellos para escribir algunas epístolas; y aquellos dos años de actividad perdida, en el momento mismo en que él estaba en la plenitud de su fuerza y de su celo, son muy propios para hacernos reflexionar en la misteriosa paciencia con que Dios deja alguna vez que la malicia humana ponga obstáculos á sus misericordiosos designios. Indudablemente, fué muy ventajoso para los discípulos llegados de la gentilidad, como Lucas y los otros, el estar así algún tiempo en contacto con aquellos judíos de Palestina, demasiado partidarios del formulismo ritualista, cuando ellos lo eran tan poco, y allí debió prepararse útilmente la definitiva fusión de los dos elementos judío y gentil. Pero, ¿qué es esto en comparación del camino que Pablo libre habría, en dos años, hecho recorrer al Evangelio? Probablemente, Lucas aprovechó aquella larga permanencia en Cesárea para recoger los datos de su Evangelio. Así se explica el color esencialmente arameo de sus relatos sobre la infancia de Jesús, los cuales fueron evidentemente coleccionados en un ambiente palestino, donde eran todavía muy vivas las tradiciones primitivas. Y, sin embargo, ¿cómo explicar que, proponiéndose referirlo todo desde el origen y con especial exactitud, no enriqueciera más su colección, ó que, por lo menos, no dijera nada, en su libro de los He-

chos, de la obra y de la vida de Pablo durante el largo cautiverio de Cesárea? Habría consolado grandemente nuestra piedad, evitándonos el sentimiento de tener que mantenernos con sobrada frecuencia en el dominio de las hipótesis.

Por extraordinarias que fuesen la habilidad, crueldad y astucia de Félix, no podía éste sostenerse indefinidamente contra las dificultades que habían motivado el relevo de los otros gobernadores. Las guerras de raza son inexorables y, en Cesárea, la lucha era permanente. Disputábanse la preponderancia sirios y judíos, originándose conflictos diarios, que gastaban la autoridad del procurador, porque su intervención violenta era la que debía definitivamente resolverlos. Poco á poco, se había acumulado toda suerte de acusaciones en Roma, donde Herodes Agripa II y Popea, que habían abrazado el partido de los judíos, contrabalanceaban sobradamente el crédito de Palante, caído desde algún tiempo en disfavor. Llegada de la capital una orden de que se retirara, debió Félix embarcarse, con Drusila y Simón el Mago, su fiel confidente. Antes de partir, y queriendo congraciarse con el partido judío, de quien esperaba que sus representantes cerca del César se mostrarían implacables para con él, ordenó que Pablo continuase prisionero ⁽¹⁾. De nada le sirvió esta última iniquidad, porque si bien la influencia de su hermano Palante, aunque aminorada, logró salvarle la vida, no pudo impedir su definitiva desgracia.

Sucedióle Porcio Festo. Nada dicen de este nuevo personaje ni Suetonio ni Tácito, y su nombre, por muy romano que sea, no puede excluir la suposición de que, también él, fué un liberto del emperador ⁽²⁾. Apenas gobernó en Judea un año y algunos meses, del 61 al 62. Es el único de los procuradores de aquel país que murió en el ejercicio de su

(1) La expresión *δεδεμένον* prueba que el cautiverio de Pablo, si bien no era enteramente riguroso, no excluía en absoluto las ligaduras de los cautivos.

(2) Encontramos, en efecto, otros libertos con el nombre de Festo. Herodiano, IV, 8.

cargo. Lo que Josefo refiere de su administración y de sus esfuerzos para restablecer el respeto á la ley, allí donde reinaban desde largo tiempo el homicidio y la rapiña, revela un carácter casi honrado y enérgico. Añadamos que las iniquidades de su predecesor Félix y de su sucesor Albino contribuyeron más que medianamente á poner de relieve sus virtudes, por otra parte asaz ordinarias, y los méritos de su gobierno.

Desembarcado en Cesárea, que era la residencia oficial de los procuradores, tomó posesión de su cargo ⁽¹⁾ con el ceremonial de costumbre. Las fiestas duraron tres días, después de las cuales subió á Jerusalén, dando así testimonio de que quería, sin vacilaciones, embestir de frente las dificultades. Sabía que eran numerosas, pero no amedrentaban su carácter resuelto. Una de ellas, que le había sido imposible prever, porque no era de orden público y político, fué el proceso todavía no terminado de Pablo. Ahora bien, dos años de prórroga no habían sosegado el furor del partido jerárquico. Por el contrario, probablemente se había excitado más y más con la acción religiosa del prisionero en Cesárea y su influencia en este país. De suerte que, desde la primera entrevista con la autoridad judía, Festo se encontró enredado en el antiguo asunto que se quería resucitar, y que, por otra parte, le fué presentado con habilidad y deferencia.

Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, presididos por el nuevo sacrificador Ismael, hijo de Fabí ⁽²⁾, sucesor de Ananías, presentáronse en corporación y de nuevo formularon sus quejas contra Pablo. Después, pidiéronle, como favor, el cual sería para la ciudad un alegre acontecimien-

(1) La palabra *επαρχία* empleada por el historiador no es absolutamente exacta. Aplicábase, según dijimos en otra parte, á las provincias imperiales administradas por propretores, *ἀντιστράτηγοι*, ó senatoriales gobernadas por procónsules, *ἐκθύπατοι*. La palabra que convenía aquí era *ἐπιτροπή*, supuesto que el título oficial de los gobernadores de Judea era el de *ἐπιτροποι*, *procuradores*. Sin embargo, cuando la provincia era importante, como en el caso presente, se daba alguna vez al administrador el título de *επαρχος*. Así lo hace Josefo, *Ant.*, XX, 8, 11, hablando de Festo.

(2) *Ant.*, XX, 8, 8, 11.

to, que, á lo menos, si no quería condenarle á muerte por los cargos que en su ausencia le dirigían ⁽¹⁾, ordenase que le condujeran á Jerusalén, donde se encargaban de aplastarle cara á cara con pruebas irrefragables. Esta demanda parecía no tener importancia. Contando con que sería favorablemente acogida, había preparado el partido jerárquico una emboscada y asalariado algunos sicarios para deshacerse de Pablo, antes que llegase á la Ciudad Santa. ¿Barruntó Festo algo de estas homicidas intenciones? Es probable. Si Lisias estaba allí, debió de enterarle de lo que habían tramado dos años antes, en el caso de que Festo no lo hubiese leído ya en el expediente del prisionero. Muy secamente, y con gran sorpresa de los demandantes, respondióles el procurador que Pablo estaba prisionero en Cesárea y que debía permanecer allí; que él mismo regresaría dentro de poco á dicha ciudad y que entonces examinaría el asunto. «Los principales ⁽²⁾ de vosotros vengan conmigo—añadió,—y si hay algún delito en ese hombre, acúsenle.» Así, con tono digno y severo, comenzó el magistrado romano por dar á los fanáticos é hipócritas jefes de la Sinagoga la lección que merecían. No entraba en las tradiciones de la jurisprudencia imperial precipitar las cosas ni administrar justicia sin dar pruebas de circunspección y de imparcialidad.

La respuesta de Festo desconcertó á aquellos que querían constituirse en defensores despiadados del Templo y de su religión. No sabemos que intentasen nada para convencer al que se mostraba, con gran descontento de ellos, magistrado independiente y absolutamente dispuesto á hacer cumplir la ley en toda su integridad. Con todo, cuando, ocho ó diez días después, abandonó á Jerusalén, siguiéronle los judíos que acusaban á Pablo. Sin perder un instante, al día siguiente de su regreso á Cesárea, sentóse Festo en su tribunal é hizo comparecer al detenido. Repi-

(1) Esto se deduce de lo que Festo dirá más tarde, vers. 15 y 16.

(2) Este es evidentemente el sentido de *οἱ ἐν ὑμῖν δυνατοί*, á juzgar por los pasajes de Josefo: *B. J.*, II, 12, 5; 14, 1 y 4; 16, 2, etc.

tióse entonces la escena que, dos años antes, se había desarrollado ante Félix. Reprodujeron los judíos los mismos cargos, ampliándolos con nuevas afirmaciones, de suerte que, más osados que la primera vez, parece que, evocando la cuestión de lesa majestad imperial, intentaron demostrar que Pablo obraba contra el César. Por lo menos, esto es lo que puede entreverse en la respuesta del Apóstol. En todo tiempo el odio religioso ha hecho á los hombres capaces de las más detestables calumnias. Por fortuna es dable con frecuencia á la inocencia el refutarlas por el acento victorioso de sinceridad y de indignación que es su privilegio exclusivo. Sin dificultad demostró Pablo que él nada reprehensible había hecho contra la ley de los judíos, ni contra el Templo, ni contra el emperador.

Sólo restaba pronunciar la sentencia absolutoria; pero Festo era también muy hábil, y le parecía poco prudente inaugurar su administración chocando de frente con el partido jerárquico. Buscando, por tanto, un pretexto, dijo á Pablo: «¿Quieres subir á Jerusalén, y ser allí juzgado de estas cosas delante de mí?» Evidentemente se eclipsaban la energía y la rectitud del nuevo gobernador. El afán de mirar por sus intereses doblegaba la justicia. Por lo demás, ¿quería remitir á Pablo á la jurisdicción judía, vigilando por sí mismo el curso del proceso, ó bien se proponía retener el proceso en su tribunal, aun trasladándolo de Cesárea á Jerusalén? El texto deja subsistir sobre este punto molesta incertidumbre ⁽¹⁾. En todo caso, estaba dispuesto á otorgar al Sanedrín lo que antes le había con suma prudencia rehusado. Aun saliendo garante de la vida del detenido contra cualquier complot, mostraba una complacencia culpable, y parecía admitir que en Jerusalén se podía considerar el asunto de distinta manera que en Cesárea. La verdad es que, como juez muy conocedor del derecho, se concretó á dirigir una sencilla pregunta al acusado. En efecto, la ley romana no

(1) La expresión *ἐπ' ἐμοῦ κριθῆναι* puede, en efecto, significar *bajo mi jurisdicción*, ó solamente *bajo mi vigilancia*.

le permitía remitir á una jurisdicción extranjera un ciudadano romano sin el consentimiento de éste. Pablo vió desde luego el peligro que entrañaba la proposición; y resuelto á poner fin á un cautiverio que duraba tanto tiempo, y que la repentina actitud vacilante de Festo amenazaba prolongar, dijo: «Ante el tribunal de César estoy, donde conviene que sea juzgado. Ningún mal he hecho yo á los judíos, como tú lo sabes perfectamente. Si les he hecho algún agravio ó cosa digna de muerte, no rehusó morir; mas si nada hay de aquello de que éstos me acusan, nadie me puede entregar á ellos. Apelo al César.»

Grave era la determinación de Pablo; pero, supuesto que vacilaba Festo en protegerle, no le quedaba otro recurso que defenderse prevaleándose de su calidad de ciudadano romano. Hace constar, pues, que, aun en Cesárea, está ante el tribunal del emperador. ¿Por ventura el águila de oro, los estandartes, los soldados en el pretorio, no dicen muy alto que Roma tiene allí asiento oficial? ¿Acaso no ha decretado la ley que lo que decide y hace el procurador, es el César quien lo decide y lo hace ⁽¹⁾? ¿Con qué derecho se quiere remitirle, á él, ciudadano romano, á otra jurisdicción? O es culpable ó no lo es; si lo es, que le castigue el César, que él no piensa pedir el perdón; si no lo es, ¿qué necesidad hay de buscarle obstinadamente jueces para castigarle? Hace ya demasiado tiempo que la justicia se hace esperar. Pablo apela al emperador. El emperador era Nerón.

Esta especie de apelaciones no surtían efecto sino en las circunstancias precisadas por la ley, y podía el procurador admitirlas ó rechazarlas, cuando no se hacían incontestablemente con pleno derecho. Admiróse un poco Festo de la actitud resuelta de Pablo. Después de conferenciar con su consejo ⁽²⁾, juzgó que la apelación debía seguir

(1) «Quae acta gesta que sunt á procuratore Caesaris, sic ab eo comprobantur, atque si a Caesare ipso gesta sint.» Ulp., *de Off. Procuratoris. Dig.*, I, 19, 1.

(2) Los gobernadores de provincia tenían á su lado personas á quienes consultaban antes de dictar sentencia. Las encontramos mencionadas en la

su curso y, reanudando la sesión, dijo, con viveza que revelaba cierto disgusto: «Al César has apelado, al César irás.»

Esto era lo que quería el Apóstol. Aparte de la perspectiva de acabar con las intrigas judías, acariciaba desde largo tiempo el proyecto de ir á predicar el Evangelio en Roma. Por tanto, no le desagradaba llegar, como prisionero y á costas del Estado, á la capital del mundo, de la que pensaba hacer la metrópoli de la nueva religión. Sólo faltaba esperar la ocasión de un navío en franquía para Occidente.

Entre tanto, Festo recibió á ilustres visitantes, el rey Agripa y su hermana Berenice, dos personajes de raza real, que desempeñaban desde mucho antes un papel importante en el mundo oriental, y cuya influencia, en Roma y en Jerusalén debía disponer al procurador para que les dispensase un buen recibimiento. Herodes Agripa II era hijo de Herodes Agripa, cuyo fin dramático hemos referido ya ⁽¹⁾. Retenido primeramente en rehenes en Roma y educado en la corte imperial, donde Claudio le demostraba la mayor benevolencia, se le creyó demasiado joven para recoger la importante sucesión de su padre. En efecto, no contaba entonces más de diecisiete años. Judea fué, por consiguiente, convertida en provincia romana y confiada al procurador Cuspio Fado ⁽²⁾. Cinco años después (49 de J. C.) fué nombrado rey de Cálcida, en lugar de su tío, llamado también Herodes, que acababa de morir. Además, Claudio le había conferido la alta vigilancia del Templo de Jerusalén y el derecho muy apreciado de nombrar sumo sacerdote ⁽³⁾. Cuatro años más tarde, juzgando que era demasiado modesta la situación del joven príncipe, dióle el emperador, en cambio de Cálcida,

historia con el nombre de asesores, Lamprid., *Vita Alex. Sev.*, XLVI; de amigos, φίλοι, Josefo, *B. J.*, II, 16; y de consejeros, Suetonio, *Tib.*, XXXIII. Comp. Cicerón, *in Verr.*, II, 13.

(1) V. *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, pág. 300 y sig.

(2) *Ant.*, XIX, 9, 1-2.

(3) *Ant.*, XX, 5, 2.

las tetrarquías de Filipo y de Lisantias, que comprendían Batanea, Traconítida, Auranítida y Abilena, con el título de rey ⁽¹⁾. Convertido así en personaje importante, hizo de Cesárea-Paneas la capital de sus Estados, que Nerón, nombrado emperador (54 de J. C.), se complació en engrandecer aún más añadiéndole Tiberíades, una parte de Galilea, Julias y catorce ciudades de los contornos ⁽²⁾. Aunque judío de religión, había conservado, desde su estancia en Roma, un gusto pronunciado por los usos y los placeres de la vida pagana; de suerte que el pueblo, suponiéndole más romano que judío, lo quería muy poco. Era reputado espía de Roma encargado de vigilar á Jerusalén, y la complacencia con que cambiaba frecuentemente los sumos sacerdotes autorizaba estas sospechas. De otra parte, amigo del fausto y derrochador, fué, como todos los Herodes, gran edificador de ciudades y, en su reinado, según acabamos de decir, Cesárea-Paneas se convirtió en hermosa metrópoli con el nombre de Neronías. Este último vástago de la gran familia idumea debía ver la destrucción de Jerusalén, que él, valiéndose de todo su crédito, había procurado conjurar. Pasó principalmente en Roma la mayor parte de su larga vida, y murió en el reinado de Trajano.

Protegido de los emperadores, creíase obligado Agripa á mostrar su acatamiento á todo lo que procedía de Roma ⁽³⁾. Por eso se apresuró á hacer aquella visita al nuevo procurador. Berenice le acompañó en aquel paso de alta cortesía. Ponía quizás cierta vanidad en presentarse acompañado de aquella mujer que, no menos notable por su hermosura que su hermana Drusila, tenía ya una existencia tan novelesca como ella. Prometida en matrimonio á

(1) *Ant.*, XX, 7, 1.

(2) *Ant.*, XX, 8, 4.

(3) Así, en el año 64, fué con Berenice á Beirut para saludar á Gesio Floro, recientemente nombrado procurador de Judea, *Ant.*, XX, 11, 1; como dos años más tarde, pero esta vez solo, dirigióse á cumplimentar, en Alejandría, á Tiberio Alejandro, enviado por Nerón á Egipto como gobernador, *B. J.*, II, 15, 1.

Marco, hijo del célebre alabarco de Alejandría, Alejandro Lisímaco, no se había efectuado este primer enlace, por haber fallecido prematuramente el novio. Entonces casóse con ella su tío Herodes, rey de Cálcida, que murió también, pero dejando de ella dos hijos ⁽¹⁾, que no recogieron su sucesión. Ésta, en efecto, fué transferida, según hemos dicho, á Herodes Agripa II, que guardó consigo á la joven viuda, su hermana, no sin provocar sordas acusaciones de incesto y de infamia ⁽²⁾. Para acallarlas, casóla con Polemón, rey de Cilicia, el cual debió, ante todo, abrazar el judaísmo y dejarse circuncidar, aprovechándole poco este sacrificio, pues Berenice le abandonó muy pronto para volver de nuevo al lado de su hermano. Poco después tuvieron lugar la visita á Festo y el incidente que pronto referiremos. Conocida es la pasión que esta mujer, aunque ya en aquella fecha tenía treinta y nueve años, debía inspirar más tarde á Tito, que contaba doce años menos que ella, y la momentánea tentación que tuvo de hacer de ella el vencedor de los judíos su imperial esposa ⁽³⁾. Había en ella generosos impulsos, al lado de debilidades de corazón que se explican por su naturaleza sensual y su provocativa hermosura. Al igual que su hermana Drusila, empleó toda su influencia para evitar que los judíos se aventurasen en la guerra fatal que debía acarrear su ruina definitiva. Brutalmente acogida por los soldados de Roma, mientras cumplía en Jerusalén un voto de treinta días para la salvación de su pueblo, sólo escapó con vida por haberse encerrado en su palacio; pero, al día siguiente, se la vió volver animosa y descalza ante el tribunal del feroz procurador,

(1) *Ant.*, XIX, 5, 1.

(2) Josefo, *Ant.*, XX, 7, 3, menciona estas graves sospechas y atribuye á la violenta pasión de la princesa su ruptura con Polemón y su vuelta al lado de su hermano. Juvenal, *Sat.*, VI, 156, se hace eco de estas acusaciones, con ocasión de hablar de un diamante tanto más precioso cuanto había adornado el dedo de Berenice: «Hunc dedit olim Barbarus incestae, dedit hunc Agrippa sorori.»

(3) Tácito, *Hist.*, II, 2; Suetonio, *Titus*, VII; Dión Casio, LXVI, 5. Tácito permite además creer, *Hist.*, II, 81, que el viejo Vespasiano no fué insensible á los encantos de aquella que había sabido inspirar tan viva pasión á su hijo.

para pedir, en favor de los judíos, una gracia que no debía obtener (1).

La real pareja permaneció largo tiempo en Cesárea. Era natural que Festo les hablase del primer incidente que se le ofrecía en los comienzos de su administración, pareciéndole útil conocer el parecer de un elevado personaje del país, judío de religión y que ejercía su autoridad sobre el Templo y el pontífice. «Félix dejó aquí—dijo á Agripa—un cierto preso, sobre el cual, cuando estuve en Jerusalén, acudieron á mí los príncipes de los sacerdotes y los ancianos de los judíos, pidiendo que le condenase. A los cuales respondí que no es costumbre de los romanos condenar á ningún hombre, sin que el acusado tenga presentes á sus acusadores, y sin darle lugar de defensa para justificarse de los cargos. Y habiendo ellos acudido acá, me senté en mi tribunal sin la menor dilación, al otro día, y mandé traer al detenido. Ahora bien, los acusadores que comparecieron, ningún delito opusieron de los que yo sospechaba. Solamente tenían contra él algunas cuestiones sobre teorías religiosas (2) y sobre un cierto Jesús, muerto, el cual Pablo afirmaba vivir (3). Y dudando yo de semejante cuestión, le dije si quería ir á Jerusalén, y allí ser juzgado de

(1) Josefo, *B. J.*, II, 15, 1.

(2) Nótese la palabra *δεισιδαιμονία*, empleada aquí por Festo en sentido asaz vago, para no herir al judío á quien habla, reservándose su apreciación personal, que era la de los romanos, respecto de la *superstición judaica*, Quintil., III, 8. Según la etimología, significa el miedo ó el temor de la divinidad. En su sentido más directo, indica la superstición, Teofrasto, *Character.*, XVI; Plutarco, *Alex.*, LXXV, y en el tratado de este autor *περὶ τῆς δεισιδαιμονίας*. Pero muy frecuentemente se entiende también de la religión propiamente dicha. Pablo, dirigiéndose al Areópago, había empleado, como Festo aquí, la misma expresión, en sentido poco preciso, á fin de guardar las consideraciones debidas á la susceptibilidad de sus oyentes, sin faltar á sus propias convicciones. Con todo, muchos prefieren suponer que Festo estaba convencido de que Agripa simulaba exteriormente, por motivos políticos, creer en las supersticiones judías; pero que, en su interior, era completamente ajeno á esas ridículas discusiones.

(3) Obsérvese la poca importancia que da Festo al hecho religioso que comenzaba á trastornar el mundo: *de quodam Jesu*. Apenas si sabe el nombre de aquel que motiva principalmente el proceso, *un cierto Jesús*, muerto tiempo ha—ni siquiera dice cómo,—y que, sin embargo, vive todavía, según asegura Pablo, *quem affirmabat Paulus vivere*.

estas cosas: Mas apelando Pablo que se le reservase para el juicio de Augusto ⁽¹⁾, mandé que lo guardasen hasta que yo lo envíe al César.»

No podía menos de excitar la curiosidad de Agripa y de Berenice este relato. Ambos habían oído, desde su infancia, hablar de los cristianos, supuesto que su padre los había perseguido, encarcelando á Pedro y ajusticiando á Santiago. Además, había debido inquietarlos el ruido que se hacía en torno de aquella secta cada día más numerosa. En efecto, hubiese sido difícil ser judío de naturaleza y vivir en un medio judío sin recoger á lo menos un eco de las polémicas promovidas en diversos sentidos sobre el cumplimiento de las profecías mesiánicas en la persona de Jesús de Nazaret. Dijo entonces Agripa á Festo: «Yo también quisiera oír á ese hombre.» Y replicó el procurador: «Pues mañana le oirás.»

En efecto, al día siguiente, llegaron el joven rey y su hermana con gran ostentación y entraron en la sala de la audiencia, seguidos de los oficiales superiores y de los personajes más importantes de la ciudad. A una orden de Festo, fué presentado Pablo. Tomando al punto la palabra el procurador expuso concretamente el objeto de la reunión: no se trataba de juzgar á un detenido que, en adelante, dependía directamente de la jurisdicción del emperador, sino de precisar, con el concurso de personas competentes y menos apasionadas que los acusadores, qué informe convenía dirigir al César á propósito del prisionero que iba á serle enviado. «Rey Agripa, y todos los que estáis aquí con nosotros—dijo,—veis á este hombre contra quien todo el pueblo ⁽²⁾ de los judíos hizo recurso á mí en Jerusalén, pidiendo á grandes voces que no convenía que él viviese más. Y yo he hallado que no ha hecho cosa al-

(1) Debería traducirse τοῖς Σεβαστοῖς por *del Augusto*; pero sabido es que este calificativo, después de Octavio, habíase convertido en un título y un nombre que se daba á todos los emperadores: αὐτὸς γενόμενος ἀρχὴ σεβασμῶν καὶ τοῖς ἑπειτα, decía Filón, *Leg. ad Cavum*.

(2) Hay que entender la hipérbole πᾶν τὸ πλῆθος en el sentido de que los jefes del pueblo representaban á todo el pueblo.

guna digna de muerte. Mas habiendo él mismo apelado á nuestro augusto emperador, he determinado enviárselo; pero no tengo cosa cierta que escribir al Señor ⁽¹⁾ á propósito de él. Por lo cual os lo he presentado, y mayormente á ti, oh rey Agripa, para tener que escribirle después de hecha la información. Porque me parece sin razón enviar un hombre preso y sin informar las acusaciones que hay contra él.»

Entonces Agripa, á quien había cedido Festo la presidencia de la asamblea, dijo á Pablo: «Se te permite hablar por ti mismo ⁽²⁾.» Al punto el Apóstol, extendiendo la mano, sin duda la que no tenía encadenada, significó que aceptaba el permiso, y defendió su causa en estos términos: «Debiendo yo hacer hoy mi defensa en tu presencia, oh rey Agripa, de todo cuanto me acusan los judíos, me tengo por dichoso, mayormente que tú sabes todas las costumbres y cuestiones que hay entre ellos ⁽³⁾. Por lo cual yo te suplico que me oigas con paciencia.»

Después de este exordio que, en su sencillez, es habilísimo, expondrá Pablo con confianza todo su asunto. Habla en presencia de uno que, mejor que otro cualquiera, debe comprenderle, porque no sólo es Agripa judío de religión, sino que, teniendo la superintendencia del Templo, está directamente mezclado en las controversias, en las discusiones que en él se suscitan. ¿No es él quién hace y des-

(1) El título *Kύριος*, *Dominus*, dado aquí al emperador, está en perfecta armonía con lo que nos dice la historia romana. Sabemos, en efecto, que Augusto lo había enérgicamente rehusado: «*Domini appellationem ut maledictum et opprobium semper exhorruit*», dice Suetonio, *Aug.*, LIII. A raíz de un incidente teatral en que el pueblo aplaudió al actor que, por lisonja, le había dado aquel título, rechazó un calificativo que él, como hijo de la república, consideraba como un insulto. Otro tanto hizo Tiberio, Suetonio, *Tib.*, XXVII. Calígula no fué tan severo. Herodes Agripa I dió este título á Claudio. Plinio el Joven, en sus cartas y en su Panegírico de Trajano, lo emplea con frecuencia. Sin embargo, Antonino Pío fué el primero que permitió grabarlo en sus monedas. Véase Eckel, *Doct. num. vet.*, vol. VIII, página 364.

(2) Por consideración al procurador, Agripa no dice: «*Te permito hablar*», sino: «*Te es permitido*, ἐπιτρέπεται σοι.»

(3) Ἐθῶν debe entenderse de las costumbres que tienen fuerza de ley, y ζητημάτων de las controversias religiosas que llenaban la vida del pueblo judío. El cumplimiento que Pablo dirige á Agripa parece legitimado por lo que de éste dicen los rabinos. Véase Schoettgen, *Hor. hebr.*, sobre este pasaje.

hace en el nombramiento de los pontífices? Tiene vara alta en el partido jerárquico. Sin embargo, apela Pablo solamente á su competencia religiosa, á su conocimiento de las profecías y de las esperanzas de Israel, en una palabra, á su educación del todo judía, puesto que es hijo de un padre observante de la Ley. Un juez ilustrado y desinteresado, capaz de ver en el fondo de la cuestión y asaz independiente para decir lo que piensa acerca de ella, he aquí todo lo que podía desear el Apóstol, y lo encontró en el rey Agripa.

«Mi vida, desde mi más tierna juventud, se ha pasado ⁽¹⁾ en Jerusalén, entre los de mi nación, y la saben todos los judíos, los cuales me conocen desde mis principios, si quieren dar de ello testimonio, porque yo, según los principios del partido religioso más rígido entre ellos, viví fariseo ⁽²⁾. Y ahora soy acusado en juicio por esperar la promesa que fué hecha por Dios á nuestros padres, la cual nuestras doce tribus ⁽³⁾, rogando constantemente de noche y de día, esperan ver cumplida. Por esta esperanza, oh rey, soy acusado por los judíos.»

¿No es extraño esto? Israel en masa no vive, ni ruega, ni ofrece sus sacrificios sino para llamar al Mesías venidero, su suprema esperanza; y, porque un hijo de este pueblo, no seguramente el menos fiel, el menos correcto, el menos celoso, pues desde su juventud perteneció á la secta más austera del judaísmo, les dice que las divinas pro-

(1) De las palabras *ἐκ νεότητος* y de la expresión empleada, *Hechos*, XXII, 3, cuando arengaba á los judíos, de lo alto de la escalera de la fortaleza Antonia, *nutritus in ista civitate*, puede deducirse que Pablo había ido muy joven á Jerusalén y que allí había permanecido para su educación, salvo, sin duda, el tiempo en que ejerció en ella Jesús su ministerio (*).

(2) Los más severos observantes de la Ley eran, en efecto, los fariseos, y Pablo concuerda aquí con Josefo, *B. J.*, I, 5, 2, y II, 8, 14.

(3) Es cierto que *Santiago* I, 1, habla de las doce tribus, pero la expresión *τὸ δωδεκάφυλον ἡμῶν* para designar muy honorablemente al pueblo judío, se encuentra tan sólo en este pasaje del N. T. Era sin embargo usada en la primitiva Iglesia. San Clemente, *I Cor.*, LV, dice: *τὸ δωδεκάσκηπτρον τοῦ Ἰσραήλ*, y en el *Protoevang. de Santiago* se lee: *δωδεκάφυλον*. Sabido es que las doce tribus, dispersas desde largo tiempo fuera de Palestina, se habían diseminado en el mundo entero.

(*) Véase *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, pág. 159.—N. del T.

mesas, las profecías, las esperanzas de la nación se han realizado, se atreven á imputárselo como un crimen. Es cierto que él apoya su afirmación en la resurrección de un muerto, afirmación que resulta decisiva, si se la demuestra. ¿Será la palabra resurrección lo que irrita á sus adversarios? ¿Pero, por ventura la resurrección no es un dogma de la verdadera religión de Israel? ¿Quién se atrevería á negarlo? Por esto exclama Pablo: «¿Pues qué, se tiene por increíble entre vosotros, que Dios resucite á los muertos?» Seguramente que no, y, en realidad, la ira con que se le persigue, tiene una sola explicación, y ésta es el ciego fanatismo que él mismo desplegó en otro tiempo contra los cristianos, y que hoy le hace víctima de sus furores; fanatismo que es el remordimiento de su vida pasada y que hace todavía á Israel capaz de las más criminales violencias. La historia de sus primeros extravíos, de su locura y de su conversión, que él va á recordar, permitirá á su augusto auditorio ver el fondo de su pensamiento.

«Yo en verdad había pensado que debía hacer la mayor resistencia contra el nombre ⁽¹⁾ de Jesús Nazareno. Y así lo hice en Jerusalén, y encerré en cárceles á muchos santos, habiendo recibido poder de los príncipes de los sacerdotes, y cuando los hacían morir, daba mi voto para ello ⁽²⁾. Y muchas veces castigándolos por todas las sinagogas, los forzaba á blasfemar ⁽³⁾; y enfureciéndome más y más contra ellos, los perseguía hasta en las ciudades extrañas. En las cuales cosas, yendo á Damasco con poder y comisión de los príncipes de los sacerdotes, al mediodía vi, oh rey, en el camino una luz del cielo, que sobrepujaba el

(1) El fanatismo farisaico exigía que fuese suprimido el nombre mismo de Jesús. ¡Desgraciado del que se atrevía á invocarlo ó tan sólo á pronunciarlo!

(2) Sabido es que los jueces votaban con una piedra negra la condena-
ción, y con una piedra blanca la absolución de los acusados. ¿Debe entenderse en sentido natural la expresión *κατένεγκα ψήφον, yo llevaba una pequeña piedra?* Es posible.

(3) Esta confesión de Pablo nos lleva á creer que la persecución fué más violenta de lo que comúnmente se cree. Querer restringir á la muerte de Esteban lo que dice el Apóstol, no parece razonable, aunque descontemos el énfasis oratorio.

resplandor del sol, que me rodeó á mí, y á los que iban conmigo. Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me decía en lengua hebrea ⁽¹⁾: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es cocear contra el aguijón ⁽²⁾. Y yo dije: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor respondió: Yo soy Jesús, á quien tú persigues; mas levántate, y está sobre tus pies ⁽³⁾, porque por esto te he aparecido, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de las que yo te mostraré en mis apariciones, librándote ⁽⁴⁾ de este pueblo y de los gentiles, á los cuales yo te envío ahora para que les abras los ojos, y se conviertan de las tinieblas á la luz, y del poder de Satanás á Dios, y para que reciban perdón de sus pecados y suerte entre los santos por la fe que es en mí.» Pablo apoya, como siempre, en la manifestación milagrosa del Señor la nueva orientación que fué dada á su vida. Esta manifestación supone la resurrección de Jesús. Según la fe de todo buen israelita, la resurrección en general es posible. Según lo que á Pablo le ha sucedido, es cierta la de Jesús en particular; porque, en fin, quien habla vive. Ahora bien, Jesús habló en medio de la luminosa manifestación. Reúne el Apóstol, formando un todo único, lo que el Señor había dicho á él y á Ananías, y, de este hecho capital, saca la consecuencia.

«Por lo cual, oh rey Agripa, no fuí desobediente á la visión celestial, sino que prediqué primeramente á los de Damasco, después en Jerusalén y por toda Judea ⁽⁵⁾, y

(1) Es decir, en sirocaldaico. Jesús habló en la lengua nacional al hijo de Israel á quien quería salvar.

(2) Esta locución proverbial expresa la inutilidad de toda rebelión contra la obra de Dios. Si el buey respinga contra el aguijón, se expone á sentir más vivamente la acerada punta, y lo más prudente para él es marchar dócilmente bajo la mano que le guía.

(3) La gracia de Dios le derribó, cuando convenia humillarle y domarle; ella le levanta, cuando hay que confiarle su misión.

(4) El sentido de *ἐξαρούμενός σε* no puede ser *escogiéndote*, como muchos han supuesto, pues si Pablo fué escogido de entre los judíos, no lo fué de entre los gentiles. Será arrancado por Dios de la malevolencia de los unos y de los otros.

(5) Es difícil decir en qué tiempo evangelizó Pablo á Judea. No fué en los comienzos de su ministerio. Comp. *Gal.*, I, 21. ¿Fué cuando, volviendo de Corinto, pasó por Jerusalén para ir de nuevo á Antioquía? Es posible.

en fin á los gentiles, que hiciesen penitencia y se convirtiesen á Dios, haciendo obras dignas de penitencia. Por esta causa, estando yo en el templo, me prendieron los judíos y me quisieron matar. Mas asistido del socorro de Dios, permanezco hasta el día de hoy, dando testimonio de ello á chicos y á grandes, no diciendo otras cosas fuera de aquellas que dijeron los profetas y Moisés que habían de acontecer, es decir que el Cristo había de padecer ⁽¹⁾, que había de ser el primero en la resurrección de los muertos ⁽²⁾ para anunciar la luz al pueblo de Israel y á los gentiles.» Nada, por tanto, enseña Pablo que no haya sido profetizado acerca del Mesías. Se contenta con mostrar en Jesús la realización de los antiguos oráculos. Es evidente que los lee y los aplica de otra manera que la mayoría de los judíos, puesto que predica, en contra de las esperanzas populares, un Mesías que sufre y que llega á la vida gloriosa y al triunfo universal pasando por los dolores de la muerte, la ignominia de la cruz y el anonadamiento del sepulcro; pero este Mesías, resucitado de entre los muertos, es realmente el Príncipe de la vida, y así se cumplen las profecías en el doble sentido que ellas permiten. La luz que brota de su sepulcro vacío debe suprimir el escándalo de la cruz. La nueva de su resurrección, esparcida en el mundo por los Apóstoles, bajo el soplo del Espíritu Santo, es la inauguración de su reino universal en la justicia, la santidad y la gloria.

Impaciente Festo, que nada comprendía de este lenguaje, enteramente nuevo para un pagano, exclamó: «Estás loco, Pablo; las muchas letras te quitan el juicio.» Era conocido, pues, el Apóstol como un sabio aplicado sin cesar á profundizar los Libros Santos ⁽³⁾. Durante su cautiverio, que le impedía manifestarse exteriormente con todo su celo de predicador, debió ser la Biblia el constante objeto de

(1) Comp. *Luc.*, XXIV, 26.

(2) Comp. *Col.*, I, 18; *I Cor.*, XV, 20; *Apoc.*, I, 5.

(3) Comp. *II Tim.*, IV, 13: «affer tecum, et libros, maxime autem membranas.»

sus meditaciones, y creía el procurador que su espíritu había acabado por sufrir las consecuencias de una tensión obstinada en demasía. «No estoy loco, óptimo Festo—dijo Pablo,—mas digo palabras de verdad y de cordura. Porque de estas cosas tiene conocimiento el rey, en cuya presencia hablo con toda libertad, pues creo que nada de ello se le encubre, supuesto que no han sido hechas estas cosas en algún rincón. ¿Crees, oh rey Agripa, á los profetas? Yo sé que crees.» La argumentación se hacía cada vez más apremiante, pues Pablo no gustaba de predicar sin llegar á una consecuencia definitiva. Al verse aludido, se sintió Agripa un tanto molestado, y, comprendiendo perfectamente que el Apóstol le pedía un acto de fe como judío, á fin de llevarle más lejos y obligarle al acto de fe cristiana, adelantó la conclusión y dijo en tono de burla: «Por poco me persuades á hacerme cristiano.» Replicó Pablo con gravedad: «Pluguiese á Dios que por poco ó por mucho, no tan solamente tú, sino también todos cuantos me oyen, fueseis hechos hoy tales cual yo soy, salvo estas cadenas.» Así, en el caritativo voto que formula, el Apóstol desliza una conmovedora protesta contra la injusticia de que es víctima desde hace dos años. Nos parece verle mostrando á la asamblea su brazo encadenado, y turbando, por el espectáculo de su inocencia, el alma de los que no han tenido valor suficiente para absolverle. Lejos de maldecirlos, cúbrelos de su perdón deseándoles toda la felicidad de que él goza, en la luz y el amor de Dios en que le ha colocado la gracia.

Levantóse al punto Agripa, é hicieron lo mismo el procurador, Berenice y los otros asistentes. La impresión que se llevaban era favorable á Pablo, y, al retirarse, decían los unos á los otros: «Este hombre no ha hecho cosa por la cual deba morir ni estar preso.» Y manifestando Agripa todo su pensamiento á Festo, añadió: «Podía este hombre darse por libre, si no hubiera apelado al César.» Desgraciadamente la apelación ponía al prisionero bajo la inmediata jurisdicción del emperador, y nadie más que él tenía ya derecho de absolverle ó de condenarle.

Por lo demás, según lo hemos observado ya, Pablo parecía tener interés en realizar la providencial ironía de que un pobre judío, discípulo del Crucificado, fuese llevado á la conquista de Roma por los mismos romanos, viajando á expensas del Imperio. ¿No le había mandado el Señor que fuese á rendirle testimonio en la gran capital del mundo? No había sino dejar que los acontecimientos siguiesen su curso. Después de lo que acababa de suceder, Festo no podía menos de informar favorablemente sobre la inocencia del prisionero.

CAPÍTULO IV

De Cesárea á Roma

Pablo prisionero, bajo la custodia del centurión Julio, se embarca para Italia y remonta la costa de Asia Menor.—Arribada á Sidón.—Transbordo en Mira á un navío de Alejandría.—Vientos contrarios.—Se refugian en Buenos-Puertos en la costa meridional de Creta.—Llegada del invierno.—Horrorosa tempestad y descripción sorprendente del naufragio.—Malta y parada que en ella hicieron.—El *Castor-y-Polux* conduce á Pablo á Puzzolo.—El Foro de Apio y las Tres-Tabernas.—Llegada á Roma. (*Hechos*, XXVII-XXVIII, 16).

No tenían los antiguos ningún servicio regular de navegación organizado para los viajeros. Salían cuando podían. Desembarcaban en un puerto en espera de un navío que fuese más directamente al lugar á donde se dirigían. En semejantes condiciones, los mismos príncipes, si tenían alguna prisa por llegar, se acomodaban en los buques mercantes que encontraban en franquía. Así, leemos que primeramente Vespasiano ⁽¹⁾ y después Tito ⁽²⁾ fueron á embarcarse en Alejandría en un barco de carga, á fin de abordar más pronto á Italia á donde los llamaban graves intereses. Vespasiano se hizo á la vela para Rodas, desde donde una galera le transportó á Grecia, á Corfú y á Brindis. Su hijo tomó el camino más directo por Regio y Puzzolo. Los itinerarios variaban según las ocasiones.

Esperóse, para enviar á Pablo, un navío que se dirigiese á la costa del Asia Menor, donde sería fácil encontrar otros para Italia. Sin embargo, no había que perder tiem-

(1) *B. J.*, VII, 2, 1.

(2) «Festinas in Italiam, cum Rhegium, deinde Puteolos *oneraria navi* appulisset, Romam inde contendit.» Suetonio, *Titus*, V.

po, pues se estaba á últimos de Septiembre ⁽¹⁾, y cesaba la navegación á fines de Octubre. Habiéndose detenido en Cesárea un buque de Adramítida, que volvía probablemente á su punto de origen, en el golfo que lleva este nombre, enfrente de Lesbos, fué embarcado en ella Pablo con otros prisioneros que, como él, debían ir á Roma ⁽²⁾. Eran éstos probablemente vulgares criminales enviados á la capital del Imperio, condenados á trabajos forzados ó á tomar parte en los juegos del anfiteatro. Partió el convoy escoltado por un centurión, llamado Julio, y por algunos soldados. Este oficial, probablemente liberto de la familia Julia, pertenecía á una de las cohortes acantonadas en Cesárea y designada por el historiador sagrado con el nombre de Augusta ⁽³⁾. Parece que se mostró muy deferente con Pablo, ya

(1) Festo había llegado á Judea á fines de Junio del 61. Véase *Fasti Sacri*. n. 1893. En su viaje á Jerusalén y en los acontecimientos que se siguieron, habían transcurrido unos tres meses.

(2) Josefo, *Autob.*, III, habla de personajes de distinción pertenecientes á familias sacerdotales, que fueron enviados al César por Félix en condiciones análogas.

(3) Conocemos varias *legiones* honradas con este título: la tercera, la segunda, la octava, según inscripciones descubiertas en Mauritania. En la *Numism. Illust.* de Ackermann, y en Tolomeo, II, 3, se menciona la segunda legión *σεβαστή*, y IV, 3, la tercera legión *σεβαστή*; pero jamás se encuentra mencionada una cohorte *Augusta* ó *Augustina*. Algunos, intempestivamente, fundándose en *Ant.*, XX, 6, 1, y *B. J.*, II, 12, 5, han creído que aquí se trata de una cohorte compuesta de soldados samaritanos. Pero en estos pasajes de Josefo se trata de un *escuadrón de caballería*, *ἑνὴν ἰππέων*, y no de una cohorte. Además, es inaudito que una cohorte haya llevado el nombre de una ciudad, como así sería si, por *σπεῖρα Σεβαστή*, se entendiese una cohorte de Sebaste ó de Samaria. Añádase que en este caso debiera decirse *Σεβαστηνῆ*, como se dice *Ἰταλική*, *Hechos*, X, 1. Suponen otros que el centurión pertenecía á la cohorte de los guardias de corps del emperador mencionados por Tácito, *Ann.*, XIV, 15; Suetonio, *Nero*, XXV; Dión Casio, LXIII, 8, y que se hallaba comisionado en Oriente. Han llegado á identificarlo con un tal Julio Prisco que, en tiempo de Vitelio, llegó á jefe de la guardia pretoriana, Tácito, *Hist.*, II, 92; IV, 11. Mas estos guardias de corps difícilmente habían sido creados por Nerón en el año 60, y cuesta algún tanto admitir que Festo hubiese encargado á uno que no fuese subordinado suyo la conducción de un convoy de prisioneros á Roma. Quizás la cohorte que estaba de servicio en el palacio del procurador había sido honrada con el nombre de Augusta, porque guardaba al representante del emperador. En este caso, se la podría identificar con la cohorte italiana á la cual pertenecía Cornelio. Pero esto son hipótesis y nada más (*).

(*) Parece que la explicación propuesta por el autor no tiene otro objeto que manifestar la facilidad con que es posible multiplicar hipótesis que él

porque le hubiese sido recomendado, ya porque sus primeras relaciones con su prisionero le hubiesen permitido apreciarle en su justo valor. Lucas, que en lo sucesivo hablará en primera persona del plural en el dramático viaje que va á relatar, dice que el macedonio Aristarco de Tesalónica fué autorizado para acompañarlos. De suerte que por lo menos tuvo Pablo dos amigos fieles por compañeros de viaje.

Con viento favorable—en dicha época sopla con frecuencia del sudoeste,—hicieron, el primer día, una buena singladura, cerca de sesenta y siete millas, desde Cesárea á Sidón, en la que fondearon. Era todavía esta ciudad, bien que decaída de su antiguo esplendor, uno de los puertos más importantes de la costa fenicia. Á ella arribaban navíos de todos los países ⁽¹⁾, porque seguía siendo un centro principal de tránsito para las mercancías procedentes de Oriente y de Occidente, á la vez que continuaba exportando sus propios productos (cristales preciosos, seda, telas de lino y de púrpura) al mundo entero. Cuando visitamos sus puertos, largo tiempo ha invadidos por las arenas, sólo encontramos algunas miserables falúas y lanchas pescadoras al abrigo de un banco de rocas elevadas. También la ciudad ha perdido su importancia, pues tiene apenas 9,000 habitantes. Sin embargo, hay en ella buen número de hermosas casas modernas. Fértiles jardines, regados por las aguas canalizadas que descienden del Líbano, la adornan, á levante, con el verde encantador y pintoresco de los naranjos, higueras, granados, albaricoqueros, que allí crecen vigorosos y cargados de fruto. Bajo tierra es donde hay que buscar los esplendorosos vestigios de esta antigua metrópoli mencionada ya en el Génesis, la cual, con su hija Tiro, fué, durante largos siglos, la soberana señora de los mares.

cree que no resisten á un examen positivo. Lo cierto es que no son del todo convincentes los argumentos contra la segunda opinión. Recientemente anotaba la *S. Bible Polygl.* de Vigouroux: «La cohorte Augusta, dont Julius était centurion, était composée probablement des hommes appelés Augustani, qu' on a supposés être les mêmes que les veterans formant la garde du corps des empereurs.»—N. del T.

(1) Estrabón, XVI, 2, 16.

Sabido es cuán espléndidos sarcófagos han sido exhumados recientemente de sus cementerios ⁽¹⁾; y la lujosa habitación de los muertos indica lo que debió ser la morada de los vivos.

Á pesar de que era Sidón un centro tanto más corrompido cuanto más rico y más mezclado de marinos y de viajeros, habíase fundado allí una iglesia cristiana. ¿Había predicado en ella Pablo? Lo ignoramos. En todo caso, tenía relaciones allí, á menos que se quiera decir, y esto es muy plausible, que el solo hecho de ser discípulo del Evangelio establecía estrechos lazos de amistad aun entre aquellos que jamás se habían visto. Nos dice el historiador sagrado que, durante todo el tiempo que el navío permaneció en dicha ciudad, Julio permitió que Pablo visitase á sus amigos y recibiese de ellos los auxilios que necesitaba. ¿Habíale probado el mar? Ya hemos emitido la opinión de que lo soportaba mal. ¿Había comprometido su salud el largo cautiverio? La expresión de que se sirve el historiador ⁽²⁾ indica que necesitaba especiales cuidados.

Cuando fué preciso levar anclas, soplabá el viento directamente del Oeste y fué imposible hacerse á alta mar; por lo que, en vez de marchar en dirección al Noroeste, dejando á Chipre á la derecha, como debería haberse hecho para abreviar el camino, prefirieron abrigarse detrás de las altas tierras de la isla ⁽³⁾ y seguir á lo largo de la costa oriental, pasando por el mar que baña á Cilicia y á Panfilia. Así llegaron á Mira, ciudad de Licia, ó mejor á

(1) Después de visitar los hipogeos de donde habían sido extraídos, admiramos los mismos sarcófagos en el museo de Constantinopla.

(2) La frase *ἐπιμελείας τυχεῖν*, en el sentido más directo, significa obtener un alivio, un auxilio. No es natural pensar en una provisión de vestidos ó de dinero, porque á todo esto había ciertamente proveído la comunidad de Cesárea. Trátase aquí de cuidados personales exigidos por la fatiga ó por haber sobrevenido una indisposición. Julio se apiadó del estado del prisionero y le autorizó para que, escoltado por un soldado, fuese á reponerse en casa de sus hermanos y amigos, los cristianos.

(3) Esto es lo que dice exactamente la expresión técnica *subnavigavimus Cyprum*, fuímos navegando por debajo de Chipre. Aun hoy se sigue uno ú otro camino, según el viento. Nosotros mismos tuvimos ocasión de recorrerlos con vientos diferentes.

Andriaca ⁽¹⁾, puerto unido á esta ciudad por una corriente, navegable en un espacio de cuatro kilómetros. En él podía fondear una flota, y sabemos que la de Roma ancló allí en una campaña contra Licia. Navíos de todos los países hacían escala en este sitio muy frecuentado de la costa. Encontróse uno de Alejandría que, fletado para transportar mercancías procedentes de Oriente, salía para Italia. Juzgando que la ocasión era excelente para llegar más pronto, renunció el centurión á su proyecto de dirigirse hacia el norte con el buque de Adramítida. No tenía seguridad de encontrar una ocasión de llegar á Macedonia, para dirigirse en seguida á Roma por la vía Egnacia y el Adriático. Sin titubear, traspasó su convoy de prisioneros al navío alejandrino, que era de gran tolenaje ⁽²⁾ y capaz de resistir al mal tiempo.

Se pusieron en marcha. Los vientos etesios, que soplan del Noroeste desde el 20 de Julio á fines de Agosto ⁽³⁾, habían cesado, y debía naturalmente sucederle el viento del mediodía ⁽⁴⁾, que habría sido favorable para hacerse á la vela con rumbo á Italia. Por desgracia, no llegó cuando se le esperaba, de suerte que el navío, retrasado por la calma chicha, ó por el viento contrario, no llegó, después de muchos días, más que á la altura de Cnido, que está á 130 millas tan sólo de Mira. Esto era desesperante. Entonces navegaron de bolina, llevados, sin duda, por el nordeste, y bajaron hacia la isla de Creta, que se proponían costear en su parte meridional, esperando encontrar en la cordillera del Ida, un abrigo contra vientos que no podían

(1) Vimos, pero sin desembarcar, el puerto de Andraki con la pequeña torre que señala su entrada. A la izquierda y en una altura están las ruinas de Mira. Las tumbas abiertas en el flanco de la montaña, ofrecen, con el teatro, un vivo interés á los pocos visitantes que se detienen en aquellos parajes.

(2) Lo prueba el considerable número de pasajeros, 276, que iban á bordo.

(3) Plinio, *H. N.*, II, 47. Comp. Aristóteles, *de mundo*, IV.

(4) Plinio, *H. N.*, II, 47: «Post etesias, rursus Austri frequentes usque ad sidus Arcturi, quod exoritur undecim diebus ante aequinoctium autumnii.»

durar largo tiempo. Esto fué un error; hubiese sido más prudente refugiarse en uno de los dos excelentes puertos que formaba, en Cnido, una pequeña isla, unida al continente por un muelle (1).

Llegaron por fin al cabo Salmón ó Sammonio, en el extremo oriental de la isla. Nosotros lo costeamos también en 1898. Sus elevadas rocas, sombrías y como cortadas á pico, dominan con bravura las olas y dejan una impresión de salvaje tristeza. Rodeáronlas, no sin trabajo, con la esperanza de que al abrigo de la isla navegarían muy pronto en condiciones mejores. No fué así, y sólo siguiendo muy de cerca la costa pudieron asaz penosamente refugiarse en un lugar, llamado Kaloi-Limenes ó Buenos Puertos, inmediato á la ciudad de Lasea. Ni la historia ni la geografía antigua nos han dado indicaciones sobre estos dos sitios. El nombre mismo de la ciudad varía en los manuscritos del libro de los Hechos.

Ha sido llamada Alasa, Talasa, ó también Tesala. Sin embargo, se ha creído encontrar á Buenos-Puertos no lejos del cabo Litinos, á 12 kilómetros al sudoeste de Gortina, donde se abre una rada entre pequeños islotes. Se la llama todavía Kalo Limiones (2). La pequeña bahía no es un excelente refugio, pues penetran en ella con violencia los vientos del Sur; pero es uno de los menos malos para los navíos que costean el mediodía de la isla. Dos columnas de mármol blanco todavía en pie, á 7 kilómetros, por la parte de Oriente, señalan probablemente el emplazamiento de Lasea (3). Echaron, por tanto, anclas en Buenos Puertos

(1) Estrabón, XIV, 2, 15.

(2) Véase Pooke, *Travels in the East*, II, 250, y Spratts's *Travels and Researches in Crete*, vol. II, p. 1-5. Parecen apoyar esta identificación las ruinas de una capilla dedicada á San Pablo y venerada en todo tiempo por los habitantes del país.

(3) A poca distancia de allí se encuentra Lisia, en el mapa de Peutinger. Plinio menciona ciertamente á Lasea entre las ciudades de Creta, pero no dice en qué punto se encontraba. Una indicación aproximada se lee, quizás, en Estrabón, X, 4, 14, que relaciona á Olisen, ó Lisas según Esteban de Bizancio, con Festo y con Gortina, y dice que los litianos habían edificado su ciudad sobre las ruinas de otra, que llamaban Mileto.

para descansar un poco y esperar vientos más favorables, que no llegaron.

Habían perdido mucho tiempo desde su partida de Cesárea y, en definitiva, la navegación no podía menos de ser peligrosa. Era pasado ya el gran ayuno de la Expiación (*Kippur*), que caía en el día diez de *Tischri*, séptimo mes del año judío⁽¹⁾, correspondiente á Septiembre-Octubre. Pues bien, sabido es que los judíos creían que era punto menos que imposible la navegación después de la Fiesta de los Tabernáculos, que caía cinco días después del gran ayuno, hasta la de Pentecostés⁽²⁾. Los romanos, alargando un poco más este período, habían reglamentado que debía renunciarse al mar, desde principios de Noviembre á mediados de Marzo⁽³⁾. Se comprende que en esta estación del año, los días cortos, las noches largas, las densas nubes, las nieblas, las borrascas de lluvia y de nieve, debían hacer que resultasen muy peligrosos los viajes por mar. Era imposible marchar adelante cuando, antes del descubrimiento de la brújula, desaparecía el horizonte en la cerrazón. Pablo, aunque prisionero, y porque á bordo gozaba de ciertas consideraciones, se permitió una observación que habría debido ser tenida en cuenta. «Varones—dijo,—veo que la navegación comienza á ser muy trabajosa y con mucho daño, no solamente del navío y de su carga, más aún de nuestras personas.» No es imposible que al formular esta advertencia, alimentase en secreto la esperanza de sembrar la Buena Nueva en el país y aun en la isla entera, gracias á una permanencia más larga en Kaloi Limenes. Un alma de apóstol ve y busca todas las ocasiones de ejercitar su celo. El centurión, por mucho que fuese su deferencia para con el prisionero, debió consultar

(1) *Levít.*, XVI, 29, y XXIII, 27. Los rabinos mencionan con frecuencia este ayuno especial y Filón, *Vit. Mos.*, lib. II, p. 657, observa lo que tenía de solemne.

(2) Schoettgen, *Hor. hebr.*, I, 482.

(3) Vegetio, *de Re milit.*, IV, 39, dice: «Ex die III Iduum novembris usque in diem VI Iduum martii, maria clauduntur.» Comp. Plinio, *H. N.*, II, 37; César, *Bell. Gal.*, IV, 36; V, 23, etc.

al piloto y al patrón, aquél, como especialmente competente, éste, como particularmente interesado. Su opinión fué que se debía proseguir el viaje, hacia Occidente, no con la esperanza de llegar á Italia, sino para alcanzar, si era posible, el puerto de Fenix en la costa meridional de Creta, á 50 millas hacia poniente. Por el momento no había en las inmediaciones otro fondeadero utilizable. Kaloi-Limenes no podía ofrecer un asilo seguro para los temporales de invierno. Se ha supuesto con verosimilitud que Fenix corresponde al Lutro actual ⁽¹⁾. Según el historiador sagrado, abríase este puerto al Sudoeste y al Noroeste ⁽²⁾, y estaba cerrado, en los otros lados, sea por el promontorio en que estaba la ciudad de Fenix, sea por una pequeña isla. Una inscripción votiva, encontrada en el mismo lugar, prueba que los navegantes alejandrinos anclaban ordinariamente en la pequeña bahía ⁽³⁾.

Esperaron, pues, el momento favorable para realizar este proyecto. Como comenzase á soplar una brisa del mediodía ⁽⁴⁾, levaron anclas, siguiendo muy de cerca la costa ⁽⁵⁾. Pero bien pronto se desató sobre el mar uno de esos vientos tifones ⁽⁶⁾ que, viniendo de tierra ⁽⁷⁾ por ráfagas de torbellino, desencadenan allí las más terribles tempestades.

(1) Spratt's *Crete*, vol. II, p. 250.

(2) El sudoeste es designado por la palabra *Ἀψ* ó viento de Africa, y el noroeste por el vocablo *Χάρος*. César, *B. G.*, V, 7; Virgilio, *Georg.*, III, 278, 356, etc.

(3) La inscripción dice que un tal Dionisio de Alejandría, capitán del buque *Isofaria*, dedicó allí un altar ó un templo á Serapis.

(4) El Noto ó el Austro llegaba directamente del mediodía é, hinchando la vela, podía empujar al navío hacia poniente manteniéndole siempre cerca de tierra.

(5) Este es el significado de *ἄσσον*, que debe tomarse como comparativo de *ἄλλοι*, Herodoto, III, 52; IV, 5; Josefo, *Ant.*, I, 20, 1, etc., y no como nombre de ciudad. No existía ningún puerto de este nombre. La ciudad de Aso mencionada por Plinio, *H. N.*, IV, 12, estaba tierra adentro. Además, traducir *ἀπ᾿ ἄσσον* por «cum sustulissent de Asson,» como lo hace la Vulgata, ó bien, según otros, por «cum sustulissent Assum,» es dar á *ἀπ᾿* un sentido de movimiento que no puede tener. Esta expresión exclusivamente propia de los marinos, cuando no lleva régimen, significa levar anclas ó tender velas.

(6) Plinio, *H. N.*, II, 48.

(7) Es así como debe traducirse *κατ' αὐτῆς* que, en el género femenino, no puede referirse sino á Creta.

Los marinos le llamaban Euroclidón ó Euroaquilón ⁽¹⁾. Soplabla del Este y arrojaba lejos de la costa á los imprudentes que no podían hacerle cara ⁽²⁾. De grado ó por fuerza, fué preciso irse al gareté. Era espantosa la tormenta. Aprovechóse un momento de relativa calma debida á la proximidad de una pequeña isla, llamada Clauda ⁽³⁾, la actual Gozo, á 25 millas al sudoeste de Creta, para salvar la chalupa, que iba unida á la popa y que, á cada momento, corría peligro de ser despedazada por los violentos choques que sufría. Fué izada como se pudo. Era una prenda de salvación, muy insignificante sin duda, pero que debía reservarse á todo evento. En tiempo ordinario, estas chalupas permanecían en el agua y seguían al navío que las remolcaba. Servíanse de ellas para desembarcar cuando era preciso, lo que sucedía con frecuencia, porque, faltos de brújula, debían costear para no perder el rumbo. El motivo de que se las dejase en el mar para que siguiesen el buque con el cual estaban atadas con cuerdas, era la dificultad de subirlas y bajarlas con frecuencia, por ser algo macizas semejantes embarcaciones. En previsión de nuevas ráfagas cada vez más violentas, se blindó, ó para servirnos de la palabra usada entre los marinos, se armó el navío de un cinto ⁽⁴⁾ de boyas ó defensas, con cables que rodeaban los costados y la quilla, y fijando vigas en ellos para amortiguar los choques y darle mayor resistencia. Temían ser arrojados sobre los bancos, la playa ó sobre las rocas de la grande ó de la pequeña Sirte, porque se veían empujados hacia la costa africana. Recogidas las drizas de la verga del palo mayor y del trinquete ⁽⁵⁾, se abandona-

(1) Varios manuscritos llevan Ἐυρακίδων. Esta palabra, mitad latina, mitad griega, indicaría un viento del Aquilón y del Euro, es decir, noroeste. Ἐυρακιδίων significaría el Euro que levanta las olas.

(2) La expresión ἀντοφθαλμείν alude quizás á los ojos que pintaba con frecuencia en la proa de los navíos (*).

(*) La traducción literal sería *mirar de frente*; así A. Montano: *obtueri*. —N. del T.

(3) Tolomeo, III, 7, llama Clauda á esta isla, y Plinio, IV, 20, Gaudos. Este nombre es el que lleva todavía entre sus habitantes.

(4) El texto dice, en efecto, ὑποζωνόντες.

(5) La expresión τὸ σκεῖος es bastante general. Significa el conjunto de

ron á merced de las olas. Pero como arreciara más y más la tempestad, resolvieron al día siguiente, alijar el buque, arrojando el cargamento al mar. Al tercer día, con ayuda de los mismos pasajeros ⁽¹⁾, fué sacrificado aún el mueblaje ⁽²⁾, mesas, vajilla, bancos, y también quizás, aunque esto fuese poco prudente, una parte del aparejo. Cosa parecida leemos en la historia de Jonás ⁽³⁾. Era tanto más horrorosa la situación cuanto transcurrieron varios días sin ver ni el sol ni las estrellas, é ignoraban donde se hallaban. Todos desesperaban de escapar del peligro. La manera de aligerar sucesivamente el navío nos lleva á creer que una vía de agua invadía la cala, permitiendo preveer que se hundiría, aun antes de varar.

La inminencia del peligro les quitaba los alientos para tomar un bocado, y si bien no faltaban víveres, sobre todo el trigo, hacía mucho tiempo que no comían. Procuró entonces Pablo reanimar el espíritu de aquellos desesperados. De pie en medio de ellos, les dijo: «Hubiera sin duda convenido, oh varones, siguiendo mi consejo, no haber salido de Creta, y evitar este peligro y daño. Mas ahora os amonesto que tengáis buen ánimo, porque no perecerá ninguno de vosotros, sino solamente el navío. Esta noche me apareció un ángel del Dios, de quien soy, y á quien sirvo, diciéndome: No temas, Pablo, es necesario que comparescas delante de César, y he aquí que Dios te ha hecho gracia de la vida de todos los que navegan contigo. Por lo cual, varones, tened buen ánimo, porque confío en Dios qué así será como se me ha dicho. Mas es necesario que demos en una isla.»

Quedarían admirados de semejante lenguaje los paganos y malhechores que había, sin duda, entre los prisione-

piezas necesarias para el gobierno de un navío. Platón, *Crit.*, p. 117; Polux, X, 13; Jenofonte, *Econ.*, VIII, 11 y 12. Pero de lo que sigue, se deduce que aquí se trata de las jarcias y de las vergas.

(1) Es digno de notarse este detalle, que indica la fatiga de los marineros y la perturbación del pasaje.

(2) Diodoro de Sicilia, XIV, 79, emplea la misma expresión *σκενή του πλοίου* para designar el mismo mueblaje que, en un buque, sirve para los pasajeros.

(3) *Jonás*, I, 5.

ros. Tenía Pablo su Dios que se interesaba por él como por un fiel servidor, y que por pura benevolencia para con uno solo, consentía en salvar á todos, equipaje y pasajeros. Así, en el plan divino, no es raro que la necesidad de conservar un escogido, que tiene una misión que cumplir, implique la conservación de gran número de pecadores, cuya vida está unida directamente á la suya. Un ángel había intervenido para afirmar que sería así, y anunciáballo el Apóstol con tanta satisfacción como si él mismo hubiese pedido y obtenido de su Señor del cielo este inesperado favor ⁽¹⁾. Esta confianza tan llena de calma contrastaba extraordinariamente con el furor de los elementos desencadenados.

Catorce noches hacía, desde la salida de Buenos Puertos, que eran el juguete de los vientos más violentos. Estaban en aguas del Adriático ⁽²⁾. A eso de la media noche, por algún accidente del terreno, sin duda, sospecharon los marineros la proximidad de una costa. Echando la sonda, hallaron veinte brazas, poco después, quince. Era evidente que se acercaban á tierra. Sobrevenía, pues, un nuevo peligro, el de dar contra un arrecife. Como navegaban con viento en popa, echaron cuatro áncoras de este lado, y esperaron el día con ansiedad. Los marineros, como gente del oficio, vieron lo que tenía de crítica la situación, y procuraron un medio de salvarse á sí mismos, abandonando á los pasajeros á su desgraciada suerte. Con pretexto de querer largar también las anclas de proa, y sujetar mejor el navío, bajaron el esquife. Adivinó Pablo su culpable proyecto y advirtió al centurión y á los soldados. «Si estos hombres no permanecen en el navío—dijo—vosotros no podéis salvaros.» No que dudase de la

(1) La expresión *κεχάριστα, σοι* indica un gracia concedida.

(2) Para los antiguos, el Adriático se extendía mucho más lejos que para nosotros. Así, según Tolomeo, que distinguía entre el golfo Adriático y el mar de este nombre, III, 4 y 16, éste comprendía la parte del Mediterráneo al sur de Italia, al este de Sicilia y el mismo mar Jónico. Comp. Pausanias, V, 25. Josefo, en su *Autobiogr.*, III, hablando de su viaje á Roma, dice que yendo de Judea á Puzzolo, se fué á pique su navío *κατὰ μέσον τὸν Ἀδριαν*. Merece notarse que su viaje tuvo lugar quizás el mismo año que el de Pablo.

divina promesa que le había sido hecha, pero sabía que Dios, que no hace milagros inútiles, pone, al prometer la salvación, una condición, que jamás debe suprimirse, la de que cada cual cumpla con su deber hasta el fin. El de los marineros era conducir, con su experiencia, el navío tan cerca de la costa como fuese posible, y facilitar así la salvación de todos. Advertidos los soldados, cortaron, sin vacilar, las cuerdas, y cayó al agua la chalupa. Fué, en apariencia, un acto poco prudente y aun desesperado, pero ponía en condiciones iguales la suerte de todos. Nadie se atrevió á protestar. Por otra parte, Pablo se hacía cada vez más el hombre de la situación.

Mientras esperaban que amaneciese, procuraba reanimar á todos. Como la salvación podía depender de las fuerzas físicas de que dispondría cada uno, cuando, á última hora, fuera preciso mostrarse arrojado para ganar tierra, díjoles: «Catorce días ha que estáis esperando en ayunas y sin tomar casi nada. Por tanto os ruego que comáis por vuestra salud, porque no perecerá ni un solo cabello de la cabeza de ninguno de vosotros.» Esto era tan práctico como tranquilizador. Y predicando con su ejemplo, tomó pan, ante aquellos paganos que estaban admirados, dió gracias á Dios, como acostumbraban hacerlo los cristianos, partiólo y comenzó á comer. Recobrando un poco todos el ánimo, al ver la confianza tan firme como humanamente inexplicable del Apóstol, comieron también. A bordo había no menos de 276 personas. Después, sin vacilar y convencidos de la inminencia de un desenlace, arrojaron al mar todas las provisiones ⁽¹⁾ que resultaban superfluas, cualquiera fuese la suerte que les estaba reservada.

(1) Por τὸν σίτον entienden otros el trigo que habría constituido el cargamento del buque. Pero es absolutamente improbable que habiendo ya arrojado al mar tantas otras cosas de primera utilidad, á fin de aligerarlo, hubiesen conservado el enorme peso de un cargamento de trigo. La evidente relación entre las palabras que preceden: *κορεθέντες δὲ τροφῆς, cuando hubieron comido suficientemente*, y lo que sigue: *aligeraron el navío, arrojando al mar τὸν σίτον*, apenas permite aceptar otro sentido que el que nosotros admitimos, sobre todo teniendo en cuenta la expresión *ἀσπραι* que había empleado Pablo en su exhortación.

Así aligeraron un poco más el navío, cuya línea de flotación convenía que sobresaliese bastante del agua para que no se hundiese en la arena muy lejos de tierra.

Por fin se hizo de día. No reconocieron la costa que tenían delante; pero, al ver una bahía con una playa, determinaron encallar en ella, si podían. La tierra era, como se dirá muy pronto, la isla de Malta, y la ensenada era muy probablemente la que está á su extremidad Noreste, de una milla de anchura por dos de profundidad, formada por la punta de Kura, al sur, y el islote de Salmoneta, al norte. Entre este islote y el fuerte Mestara, al mediodía, muestra la tradición ⁽¹⁾ la arenosa ribera en que abordaron los náufragos. Cortaron los cables de las áncoras, que fueron dejadas en el mar; después montaron los gobernalles, que probablemente habían sido retirados del agua y atados á los costados del navío, durante la tempestad, ó por lo menos cuando, la víspera, habían echado anclas. Ahora iban á utilizarlos. Sabido es que los gobernalles, en número de dos, eran sencillamente fuertes remos de ancha pala, paralelamente dispuestos y que pasaban por una abertura practicada en la borda de popa. Manejábanlos el piloto mediante un madero transversal que constituía la caña del timón. Finalmente, izando la vela de artimón ⁽²⁾, se dirigían hacia la playa, cuando dieron muy pronto contra un banco de arena, formado por dos corrientes opuestas ⁽³⁾, donde encallaron. La proa, hincada en tierra, quedó inmóvil, en tanto que la popa, azo-

(1) Es muy antigua en el país esta tradición, y multitud de detalles topográficos concuerdan para mantener su legitimidad.

(2) No se sabe exactamente lo que debe entenderse por la palabra *ἀπρέμωρα*, que no se vuelve á encontrar en otra parte. Es una vela, pero es difícil decir cual. Isidoro, *Orig.*, XIX, 3, 3, dice que servía más para imprimir una dirección al buque que para acelerar su marcha.

(3) Esta es quizás la mejor traducción de *τόπον διθάλασσον* que molesta á los exégetas. En su sentido más natural debe entenderse de una lengua de tierra entre dos mares; así leemos en Horacio, *Odae*, I, 7: *Bimarisve Corinthi*, y en Ovidio, *Fusti*, V, 499: *Bimaremque Corinthon*. Pero, en el caso presente, no puede tratarse de un istmo propiamente dicho, porque, si el arrecife hubiese estado unido á la tierra, no habria habido necesidad de arrojar al agua para salvarse.

tada por las olas, crujía fuertemente, hasta que se abrió.

Era llegado el momento crítico; había que pensar en salvarse. Los soldados, desasosegados por su responsabilidad respecto de la autoridad superior ⁽¹⁾, que reclamaria la entrega total de los prisioneros, sin excusa de ninguna especie, pensaron matarlos. Era, indudablemente, el medio más seguro de impedir que se escaparan á nado. Mas, ¿por ventura el rigor de la consigna obligaba á la ejecución anticipada de unos infelices que quizás ni pensaban en su evasión? El centurión, con mayor prudencia, opinó que no. Por otra parte, quería salvar la vida de Pablo. Si, por casualidad, se escapaba alguno, se creía bastante poderoso para invocar el caso de fuerza mayor y defender á sus soldados contra la ley que, en su exagerada severidad, los hacía merecedores de la pena de muerte. Sin vacilar, ordenó, pues, que los que sabían nadar se arrojasen los primeros al agua y procurasen ganar tierra. Debían seguir los otros, ya en tablas, ya en despojos del navío. Así llegaron todos á tierra sanos y salvos.

Hasta entonces no se enteraron de que la isla en que acababan de abordar se llamaba Melita ó Malta. Hay dos islas de este nombre en el Adriático; la una, que se llama todavía Meleda, está en la costa de Dalmacia; la otra, al sur de Sicilia. Aquí se trata de ésta. Es indudable que la primera se halla más exactamente en el Adriático ⁽²⁾, pero

(1) *Comp. Mat.*, XXVIII, 13; *Hechos.*, XII, 19; XXVI, 27.

(2) Nada tiene de concluyente esta razón que, juntamente con el epíteto de *bárbaros* dado á los habitantes de la isla, movió á varios autores, desde el emperador Constantino Porfirogeneta (*de Admin. Imperii*) hasta Paulus y Coleridge en nuestros días, á creer que aquí se trata de Meleda. Ya hemos hecho constar que para los antiguos el mar Adriático se extendía mucho más lejos que el golfo de este nombre. En cuanto al epíteto de *bárbaros*, no debe entenderse de poblaciones ajenas á la civilización romana, sino de gentes que hablan una lengua distinta del griego y del latín. Para determinar-me á mantener la vieja tradición maltesa, no era necesario el largo requisito que me dirigieron algunos buenos religiosos del país, con la demostración de la exacta concordancia entre la situación de los lugares en la bahía de San Pablo y el relato del libro de los Hechos. Dicha tradición es de mucho la más racional y la más antigua. En *Acta Petri et Pauli*, I, la isla es

es difícil comprender cómo, por un viento del noreste, habría podido ser arrojado el navío en el golfo de Venecia y en parajes de Dalmacia; menos se comprende todavía cómo, para ir á Italia, habrían dado los náufragos un larguísimo rodeo por Siracusa, Regio y Puzzolo.

Después de haber sido colonizada por los fenicios y, más tarde, por los sicilianos ó los habitantes de la Magna Grecia, había caído Malta en poder de los romanos en la segunda guerra púnica ⁽¹⁾. En tiempo de San Pablo, formaba parte de la provincia de Sicilia ⁽²⁾, pero se continuaba hablando en ella una lengua mitad cartaginesa y mitad griega ⁽³⁾, por lo que llamó San Lucas bárbaros á sus habitantes ⁽⁴⁾. En efecto, dice el historiador sagrado que los bárbaros, ó los indígenas, se mostraron muy humanitarios y compasivos. Al instante, encendieron una enorme hoguera, en torno de la cual sentáronse los náufragos, yertos de frío y calados, tanto por la lluvia torrencial que caía, como por el agua del mar de donde acababan de salir. Pablo, con su natural generoso y caritativo, se procuraba alimentar el fuego en torno del cual se calentaban. En un haz de maleza ⁽⁵⁾, que acercó al fuego, había una víbora. Despertada por el calor, salió de su entorpecimiento el animal y, deslizándose por las ramas, le llegó á la mano, se agarró á ella y le picó fuertemente ⁽⁶⁾. Cuando vieron

llamada Γαυδομελέτη, lo que prueba que tenía por vecina y hermana la pequeña isla de Gauda.

(1) Tito Livio, XXI, 51.

(2) Cicerón, *Verr.*, IV, 18.

(3) Aún hoy, hablan los malteses una mezcla muy curiosa de árabe é italiano, y su lengua conserva siempre algo de bárbaro.

(4) Los antiguos llamaban bárbaros á los pueblos cuya lengua no entendían. Herodoto, II, 158. También los judíos, con relación á los griegos, eran alguna vez calificados de bárbaros. Josefo, *B. J.*, Prosem., 5; i. Justino, *Apol.*, I, 5; Juvenal, *Sat.*, VI, 156.

(5) La palabra *φρύγανα* se entiende de pequeñas ramas secas y destinadas al fuego. Jenofonte, *Anab.*, IV, 3-8; Herodoto, IV, 62.

(6) A decir verdad, lo de la mordedura no está precisado por el texto, y el verbo *καθήψεν* significa sencillamente que la víbora le *trabó fuertemente* la mano. Pero todo lo que sigue supone que hubo mordedura; de lo contrario no serían legítimos los razonamientos de los malteses. Comp. esta expresión en Arriano, *Epict. Dissert.*, III, 20, 10.

los bárbaros el animal suspendido de la mano del Apóstol por sus venenosos garfios, dijeron los unos á los otros: «Este hombre es ciertamente un homicida, pues habiendo escapado de la mar, la justicia del cielo ⁽¹⁾ no le deja vivir.» Conociendo perfectamente la violencia del veneno que acababa de serle inoculado por la terrible mordedura, veíanle ya muerto. Descargaba, por tanto, sobre el criminal la divina venganza, en el preciso momento en que él creía haber escapado de ella. Puesto que Pablo está prisionero, es un malhechor, y la víbora ha mordido con justicia aquella mano que, indudablemente, ha derramado la sangre de sus semejantes. Así, por más que alguna vez tarde en llegar la justicia del cielo, acaba siempre por alcanzar y castigar á los malvados. Sin embargo, el Apóstol no había manifestado la menor emoción, y, sacudiendo al pernicioso y pequeño reptil, lo echó al fuego, y pareció no sentir ningún mal de su mordedura. Conocedores del efecto fulminante de semejantes picaduras, creían los isleños que no duraría largo tiempo aquella impassibilidad, y que produciéndose muy rápidamente la intoxicación de la sangre, Pablo, de un momento á otro, caería como herido por un rayo. Mas como nada de esto sucediera, comenzaron por extrañarse; después, á medida que transcurría el tiempo sin sobrevenir ninguna complicación, la sorpresa se convirtió en estupefacción religiosa. Finalmente, cambiaron de parecer, concluyendo que Pablo, lejos de ser un malvado, podía muy bien ser un dios. De esta suerte, excesivamente impresionable, pasa siempre el pueblo de un extremo á otro en sus apreciaciones, deteniéndose rara vez en el término medio, que es el verdadero. Parece, en efecto, que entre un bandido y un dios, había sitio para el hombre de Dios.

No lejos del punto donde habían abordado los naufragos, había una vasta propiedad, perteneciente á un perso-

(1) Los paganos habían personificado la justicia divina persiguiendo al criminal, en una diosa, Némesis, hija de Júpiter. Hesiodo, *Op.*, 256; *Theogon.*, 902; Sófocles, *Edip. Colon.*, 1384; Arriano, IV, 9.

naje que el historiador califica de *primero* de la isla ⁽¹⁾. Debemos entender *el primero*, no por su fortuna, inferior sin duda á la de su padre, que vivía aún, sino porque ocupaba un sitio oficial, probablemente el de gobernador de la isla, delegado del pretor de Sicilia. Su nombre era Publio. Creyóse éste obligado á recoger en su casa por lo menos á los principales náufragos ⁽²⁾ y ofrecerles, durante tres días, la hospitalidad más amable.

Un representante de la autoridad romana debía consideraciones al centurión, que de ella dependía; pero este agasajo había sido quizás motivado también por el relato de lo que acababa de suceder á Pablo y por la elevada idea que se tenía de un hombre contra quien nada podía la mordedura de las víboras. No tuvo que arrepentirse de ello; pues como su padre estuviese atacado de fiebres complicadas de disentería ⁽³⁾, entró Pablo á verle, hizo oración, impúsole las manos y le curó. No se necesitó más para que le llevasen todos los enfermos de la isla; devolvió á todos el Apóstol la salud, y se granjeó de esta suerte, para sí y sus compañeros, atenciones que bien pronto se tradujeron en testimonios más positivos de reconocimiento. Pero este médico tan extraordinario buscaba tan sólo las almas, siéndole indiferentes todos los demás honorarios. Supuesto que permanecieron tres meses en la isla, puede creerse que Pablo fundó una comunidad cristiana, y la tradición supone que Publio fué el primer obispo de ella. Cuando llegó la hora de la separación, los

(1) En 1647 y 1747, se descubrió en Civita-Vechia, en la misma isla, dos inscripciones, griega la una y latina la otra, en las que se consigna el título de *πρῶτος Μελιταιῶν* y *Mel. Primus*. Véase Boekh, *Corpus inscript. graec.*, 5754. Es tanto más de notar la exactitud del historiador sagrado, cuanto, en ningún autor se encuentra rastro de este título usado en Malta.

(2) Lucas, que antes había dicho *πάντας ἡμᾶς*, al tratar de la acogida dispensada á los náufragos por los malteses, dice aquí sencillamente *ἡμᾶς*, autorizándonos á creer que quizás fueron solamente recibidos Pablo y sus amigos.

(3) De nuevo se descubre aquí al médico en el historiador. Precisa Lucas que la enfermedad era las fiebres ó, como nosotros decimos, accesos de fiebre, *πυρετοῖς*, con una complicación siempre grave de inflamación intestinal, *δυσεντερία*. Aulo Gelio, XVIII, 10, cuenta como él mismo fué víctima de un mal semejante en Atenas: «Ibi alvo mihi cito accedente febri rabida, decubueram.» Comp. Herodoto, VIII, 115, etc.; Celso, IV, 15, etc.

buenos malteses testimoniaron al Apóstol su gratitud colmando, á él y á sus amigos, de todo lo que podía serles útil para el viaje.

El buque que se los llevó había invernado en la isla, y se ponía en camino para Italia, pues comenzaba de nuevo la estación en que se podía navegar. Sería el mes de Febrero, pues habían salido cuatro meses antes de Buenos Puertos. La tripulación era de Alejandría y el navío llevaba la insignia de los Dióscuros. Sabido es que los Dióscuros, Castor y Polux, hijos de Júpiter y de Leda, eran considerados como los protectores oficiales de los navegantes en peligro ⁽¹⁾. Según toda probabilidad, los dos hermanos estaban representados, en relieve ó en pintura, uno á cada lado de la proa. Este detalle, aunque no tiene mucha importancia, revela en el historiador un testigo ocular dotado de feliz memoria.

Pronto llegaron á Siracusa, puerto principal de la costa oriental de Sicilia. De las cinco ciudades que en otro tiempo encerró ésta dentro de sus murallas, Ortigia, Acradina, Tiquea, Epipolas y Neápolis, había quedado reducida, por la malandanza de los tiempos, á Ortigia, y á la parte de tierra firme, llamada entonces Neápolis Romana, donde estaba el teatro, el anfiteatro y los principales monumentos públicos ⁽²⁾. Allí se detuvieron tres días. Como eran numerosos los judíos en este centro comercial, es probable que Pablo obtuviese permiso para predicarles la Buena Nueva. Cuando fuimos allí en busca de las huellas del eximio Apóstol, fué grande nuestro consuelo al comprobar que los siracusanos han consagrado, por una de sus principales iglesias, el recuerdo del paso y de la predicación del Apóstol en su antigua ciudad.

De allí, costeano siempre ⁽³⁾, llegaron á Regio, al sur de Italia, en el estrecho de Mesina.

(1) Horacio, *I Odae*, III, 2; Cátulo, IV, 27; Jenofonte, *Sympos.*, VIII, 29.

(2) Estrabón, VI, 2, 4.

(3) Este es muy probablemente el sentido de *περιεθύντες*, y es imposible imaginar en torno de la isla evoluciones que nada podría legitimar.

Gracias al viento del Sur que se levantó al día siguiente, arribaron en dos días á la bahía de Nápoles, el Sinus Cumanus de los antiguos. En sus diversas peregrinaciones, jamás había visto Pablo nada que pudiese compararse con el panorama que, de repente, se desarrollaba ante sus ojos. El golfo, redondeándose en inmensa curva, desplegaba en sus bordes una graciosa cinta de ciudades, de palacios, de villas magníficas. Complacíase la naturaleza, por lo pintoresco de sus sitios, en poner de relieve las obras maestras del arte más exquisito. Belleza de líneas arquitectónicas, mezcla de colores, riquezas de toda clase acumuladas profusamente por el genio del hombre, todo, en aquella bahía sin igual, ofrecía á los ojos del Apóstol una visión mágica. La armoniosa serie de maravillas comenzaba en la isla de Caprea, continuaba por Sorrento, Estabio, Pompeya, Herculano, Neápolis, para terminar en el cabo Miseno, donde se estacionaban regularmente las flotas del imperio, cerca de las islas de Isquia y de Prócida iluminadas siempre por el sol. En el fondo del paisaje, parecía entronizado como un rey, algunas veces cruel, en todo caso irritado con frecuencia, el Vesubio, proyectando, de día, su gigantesca imagen y, de noche sus fuegos que brillaban en el golfo, transparente como un lago de muelles ondulaciones opalinas. El *Castor y Polux* dirigióse hacia el norte del golfo, allá donde, en la costa de Campania, en medio de flores y de verdor, habían edificado sus fastuosas residencias de invierno las pudientes familias de Roma. Penetró en la pintoresca ensenada, dejando á la izquierda á Bauli, donde Nerón había preparado el horrible asesinato de su madre; á Bayes, con el ruido y el lujo de sus fiestas, y aquí y allá, pequeñas angras ó caletas, rodeadas de columnatas de mármol, donde mil barcas, con velas de púrpura y de oro, invitaban á los voluptuosos de Roma á distraerse en orgías que cada día variaban; después, una larga serie de termas y de gimnasios, donde el estuco desaparecía bajo las pinturas y los metales labrados que el arte griego con mano pródiga había derramado

en ellos. Allí estaba la célebre quinta de recreo que había pertenecido á Cicerón. Más arriba, tierra adentro, en torno de los apagados ó todavía humeantes volcanes, cerca del lago Lucrino, y al lado del antiguo Forum Vulcani, la actual Solfatora, en medio de odoríferos bosquecillos, aparecían, reunidos al azar, los innumerables refugios de la vida ociosa donde los senadores iban á olvidar, en los goces sensuales recomendados por Epicuro, el avasallamiento de Roma, la tiranía de los Césares y la muerte de la libertad.

Después de atravesar los restos del puente de madera echado sobre el golfo por el insensato Calígula ⁽¹⁾, abordó el navío en Puteoli, hoy Puzzolo, puerto en que acostumbraban á descargar el trigo de Egipto ó de Numidia los navegantes alejandrinos. Todavía existe una parte de las pilas ó machones del antiguo muelle en los cuales debieron amarrar. Estos enormes bloques de piedras, que forman arco y que en otro tiempo sostuvieron la larga escollera junto á la cual se alineaban los navíos, han resistido al furor de las olas y á la injuria del tiempo, gracias á la arena volcánica, ó puzzolana, que los ha cimentado. Séneca, en una de sus cartas ⁽²⁾, nos pinta á los habitantes de Puteoli de pie en esta escollera, para descubrir en lontananza los buques alejandrinos que anunciaban la llegada de la flota. Se los reconocía, entre todos los demás, por la forma de sus velas. De otra parte, eran los únicos que tenían el privilegio de retener el velacho ó vela alta del palo trinquete. Todos los otros, según una antigua costumbre, debían navegar con una sola vela, al entrar en la bahía de Nápoles. En esta ocasión, si se hubiese podido sospechar quién era el pasajero que les traía el *Castor y Polux*, toda la ciudad y el mismo Séneca habrían acudido al puerto para dispensarle un entusiasta recibimiento. Era más que un cónsul, más que un César, pues en su alma llevaba, con la palabra de vida, la certeza de transformar al

(1) Suetonio, *Calígula*, XIX.

(2) Séneca, *Epístola*, LXXVII.

mundo. Mas de entre los curiosos que contemplaban el desembarque de los prisioneros, ninguno, seguramente, distinguió en el pequeño tarsense, que un soldado tenía encadenado, al hombre asombroso que llegaba para asegurar la conquista de Roma por el Evangelio.

Sin embargo, había ya cristianos en Puzzolo. Puede suponerse que de Alejandría, de Antioquía, de Éfeso, de Corinto, algunos discípulos de Jesús habían indudablemente desembarcado, desde el principio, en este puerto, al cual aflúa todo el Oriente. ¿Y por qué no admitir que Pedro, en su primer viaje á Roma, se había detenido en dicha ciudad, donde parece que existía una numerosa colonia judía? La semilla que él arrojara de prisa, había fructificado. Una inscripción, desgraciadamente incompleta, hallada bajo las cenizas de Pompeya, y en la cual los cristianos parecen designados, ora como enemigos del César, ora como aves de mal agüero, nos induce á creer—si se le compara con un grafito en el que una mano, que no fué pagana, infligió á la ciudad disoluta las infamantes denominaciones de Sodomía y Gomorra—que, desde muy luego, antes de la catástrofe del año 70, había prosélitos de la nueva religión en torno del golfo napolitano.

Sea de ello lo que fuere, la pequeña comunidad de Puzzolo solicitó retener al Apóstol unos días, accediendo á sus deseos el centurión, que tenía razones para hacer alto en dicho lugar, ó porque quiso sencillamente obligar á Pablo, el cual había conquistado por completo su aprecio. Grande debió ser la alegría de aquellas buenas almas que se encontraban en contacto con el valiente obrero del Evangelio, por lo que fué dicha parada una de esas fiestas imprevistas que se complace Dios en reservar alguna vez á aquellos que, en la privación y el silencio, esperan con paciencia y merecen un rayo de luz celestial. No tardó la noticia en ser transmitida á Roma, provocando grandísimo regocijo entre los hermanos. Pablo iba á llegar á la Ciudad Eterna, prisionero y acusado, es cierto, pero era Pablo, el hombre á quien conocían por su Epístola y por su reputación; él sa-

bría defender muy bien su propia causa y, una vez libre, hacer que prevaleciera la de Jesucristo. Después de una semana de piadosas pláticas con la pequeña Iglesia de Puzzolo, obligado á seguir el convoy de los detenidos, el Apóstol se puso en marcha hacia la capital.

Tomaron probablemente el camino que iba á Capua, llamado de Campania ⁽¹⁾, y calificado por Plinio ⁽²⁾ de consular. El otro camino, el que tocaba en Cumas, siguiendo la orilla del mar, no fué construído hasta el tiempo de Domiciano. Pasaron, pues, por debajo del arco de triunfo cuyos restos saludamos en Capua, no lejos de las ruinas del vasto anfiteatro. Capua, colmada de favores imperiales desde Julio César y célebre por las delicias multiplicadas en ella, bajo un clima suave, por la riqueza del país, el carácter de los habitantes y una larga práctica del lujo más refinado, era la principal ciudad que se encontraba en la vía Apia, de Roma á Brindii. Allí hicieron probablemente el primer alto los prisioneros. Después pusieron de nuevo en marcha, y, á través de las viñas que producían el falerno, llegaron sucesivamente á Sinuesa, en la orilla del mar; á Minturno, en medio de los pantanos formados por el Liris y donde Mario había escapado de las pesquisas de sus enemigos; á Formio, el ameno sitio, donde Cicerón, menos afortunado, había sido apuñalado en su litera por los sicarios de Antonio, no lejos de la encantadora quinta en la cual se complacía en descansar de las fatigas de la vida pública en apacibles conversaciones con sus amigos; á Fundi, en el interior; á Anxur ó Terracina, con sus edificios suspendidos en la cima de las rocas centelleantes que dominan el mar; finalmente, al Forum Apii, donde terminaba el canal abierto por Augusto para desecar las cenagosas lagunas Pontinas.

Allí esperaba para saludar al Apóstol una primera comisión de cristianos llegados de Roma, los cuales no habían ido más adelante, porque, indudablemente, no estaban ciertos de la vía que tomara el convoy al partir de

(1) Suetonio, *August.*, 94.

(2) Plinio, *H. N.*, XVIII, 29.

Anxur, ya que no era raro dejar la carretera, algo irregular por efecto de los baches, á pesar de sus grandes losas negras, y seguir el canal en barcas que, arrastradas por encanijadas mulas, mantenían un servicio bastante regular. Tiene Horacio ⁽¹⁾ una satírica descripción de este recorrido y del Foro de Apio, hormiguero de marineros y de taberneros bribones. Gran alegría produjo á Pablo esta solícita embajada de la comunidad cristiana, á la que había dirigido, con tanta solicitud, el espléndido resumen de su teología, y varios de cuyos miembros eran amigos suyos muy adictos. No nombra á ninguno de ellos el historiador, pero es natural creer que Priscila, Aquila y los de su casa figuraron en aquella hermosa demostración en honor del Apóstol.

(1) Horacio, *Sat.* I, 5. Mucho nos hubiera agradado, cuando visitamos, en 1894, el emplazamiento del Forum Apii, encontrar por lo menos un tabernero cualquiera. A las 2 de la tarde estábamos todavía en ayunas, lo cual es poco prudente en un país donde las fiebres lo devoran todo. Pero, en cambio, fué grande nuestra alegría al descubrir, en un campo de trigo, la 43.^a piedra miliar, á 5 kilóm. de Treponti, la cual señala, con importantes ruinas, á la derecha y á la izquierda de la Vía Apia, el verdadero sitio del Forum Apii. Una casa de beneficencia, vacía, y otra de labranza, levántanse solas en la desierta campiña. En la capilla de la casa de labranza, que actualmente pertenece á la familia del ilustre arqueólogo de Rossi, practícanse tan sólo devociones modernas, sin el menor recuerdo de San Pablo. Una corriente de agua, que llega de las cercanías de Sermoneta, hace fácilmente navegable, en aquel punto, el canal que comienza cerca de Treponti y que, en un trayecto de 19 millas, va hasta Terracina. Todavía se ven allí fragmentos de la antigua y sólida construcción en soberbios bloques. Dos inscripciones, la una más abajo, la otra más arriba de las casas modernas, señalan el sitio del Forum Apii, y demuestran los trabajos que Nerva y Trajano hicieron ejecutar en este lugar. Helas aquí:

IMPERAT · NERVA
CAESAR · AVGVS.
PONTIFEX
MAXIMVS
TRIBVNITIAE
POTESTATIS
II · COS · III
PATER · PATRIAE
FACIENDAM · CVRAVIT
XLIII

I M P · C A E S A R
N E R V A · A V G · G E R M
P O N T I F · M A X · T R I B
P O T E S T · I I I · C O S · I I I · P · P
V I A M · A · T R I P O N T I O · A D
F O R V M · A P P I · E X · G L A R E A
S I L I C E · S T E R N E N D A M
S V A · P E C V N I A · I N C H O A V I T
I M P · C A E S A R
N E R V A · D I V I · N E R V a e f
T R A I a N V S · A V G
G E R M · P o n t · m A X
T R I B · P O T E S T · C O S · I I I · P p
C O N S V M M A V I T

A diez millas de allí, en las Tres-Tabernas, presentóse una segunda comisión. Era este lugar, según Cicerón ⁽¹⁾, el punto en que uno de los caminos que partía de Ancio se juntaba con la Vía Apia, no lejos de la Cisterna actual ⁽²⁾, y en el cual acostumbraban á confortarse los viajeros, al entrar ó al salir de los susodichos pantanos.

Esta nueva demostración acabó de revelar á Pablo toda la emoción que su llegada motivaba en Roma. Bien que bajo la influencia directa de los judío-cristianos y de las sinagogas, la joven Iglesia no temía, pues, manifestar su adhesión al Apóstol de las gentes. Esto era de buen augurio para el éxito de su ministerio. Levantó Pablo los ojos, los brazos y el corazón al cielo para dar gracias á Dios. Olvidó entonces su largo cautiverio, y su naufragio, y las fatigas del viaje, y las cadenas que llevaba, para no ver sino el nuevo campo de batalla donde el Maestro le invitaba á luchar. «Tomó aliento,»—dice el historiador ⁽³⁾, —dejándonos de esta suerte comprender que hay momentos en que aun los mayores servidores de Dios sienten desfallecer su energía, lo cual sucede cuando, por ser muy largas las pruebas, y menos confortadora la asistencia de lo alto, parece que el Cielo, en su silencio, quiere tratar á sus valientes como si hubiera terminado ya la misión que les confiara.

Hallábanse todavía á treinta y tres millas de Roma, pero no había por qué pensar en la distancia. Á pesar de sus cadenas de prisionero, Pablo se presentaba como conquistador, considerábase como el vencedor del día de mañana, y de buen grado se abandonaba á la carrera triunfal que en

(1) Cicerón, *ad Attic.*, II, 12: «Emerseram commode ex Antiati in Ap-
piam ad Tres Tabernas, ipsis Cerealibus, cum, me incurrit Romá veniens
Curio meus.»

(2) Si bien Cisterna tiene tres torres en sus armas, y, en su iglesia parro-
quial, es honrado el recuerdo del paso de Pablo, hay que buscar á dos millas
de allí el sitio de las *Tres Tabernas*, cerca del punto donde comienzan los
pantanos Pontinos. Un texto de los Hechos de Pedro y Pablo, Tischendorf,
Act. Ap. Apocr., 20, supone que, de Roma á las Tres Tabernas, había *μῆλια*
τριάκοντα ἑκτά.

(3) *Hechos*, XXVIII, 15: *εὐχαριστήσας ἔλαβε θάρσος*.

torno suyo habían organizado sus partidarios. Al acercarse á los montes Albanos, alejados ya de Aricia, después de dejar á la derecha, en la altura, los pintorescos lagos de Nemi y de Alba, para llegar á Bovilles, donde Milón había dado muerte á Clodio, dibujóse ante sus ojos, en el largo espacio de doce millas, una línea blanca y recta, orlada por una doble hilera de mausoleos: era la parte más hermosa de la Vía Apia; al extremo estaba Roma. ¿Quedó Pablo desde este momento fuertemente impresionado por el espectáculo de la orgullosa majestad que ofrecía, hasta en la muerte, el pueblo á quien iba él á predicar la sencillez humilde del Evangelio? Lícito es creerlo. Por los gruesos adoquines de lava, rodaban los carros, corrían jadeantes los esclavos, llevando á sus amos en ricas literas, cantaban los alegres arrieros, y á lo largo de las anchas aceras paseábanse los desocupados; mas aquella ola de vida ruidosa estaba como estrechada por una grave y fúnebre hilera de mausoleos, asilos presuntuosos de la suprema vanidad del hombre, que se sucedían, como para permitir á los muertos atraer aún la atención de los vivos.

Eran estos mausoleos de formas diversas, ora redondos, de soberbios bloques, con frisos y adornos cuidadosamente esculpidos en mármol, como el de Aurelio Cota ó el de Cecilia Metela, ora de forma cuadrangular, de piedra volcánica, con cabezas de hombres sin barba ó de matronas, que parecían asomarse á su ventana para saludar por vez postrera á los bulliciosos de aquí bajo, como el de Claro Fusco, ó el de Usia, la sacerdotisa de Isis, con el sistro y la pátera. Los había grandes como templos pequeños. Se llegaba á ellos por una escalera, y algunos tenían dos pisos. Gustaban, en particular los libertos y los advenedizos, situarse á lo largo de esta gran vía, para proclamar con fatuidad especial sus méritos pasados. Uno había sido recaudador de contribuciones, *coactor*, otro, médico. Todos se complacían en alabar su talento y sus obras. Algunos, en tono chistoso, como Marco Cecilio, formulaban allí caritativos votos para los que querían leerlos:

«Maneja bien tus negocios; ten buena salud y duerme sin cuidado.»

Á trechos, arrancaban de las aceras algunos ramales, que conducían, á derecha ó á izquierda, á las suntuosas y bulliciosas quintas que se levantaban á corta distancia de la morada de los muertos. Á juzgar por una de ellas que acaba de ser exhumada, eran tan importantes como las más hermosas casas pompeyanas, con más vastas dependencias. Las grandes y numerosas ánforas que todavía se ven allí proclaman el bienestar de los propietarios que las habitaban. Había baños, no sólo para los hombres, sí que también para los caballos. Los muros estaban revestidos de preciosos mármoles y cubrían por todas partes el suelo maravillosos mosaicos. Alguna vez se extendían en tales proporciones estas villas que en torno de ellas se formaban pequeñas aldeas, *pagi*, como el *pagus Sulpitianus*, alrededor de un templo de Júpiter. En el fondo, todo se mezclaba, actividad y silencio, fortuna y absoluta pobreza, alegría y tristeza, vencedores y vencidos de la vida, en aquella extraña vía triunfal que, bajo la forma de larga é imponente necrópolis, servía de entrada principal á la ciudad señora del mundo.

Semejante espectáculo no podía menos de evocar en el alma de Pablo impresiones del todo nuevas y profundas reflexiones. En Oriente, había visto ocultarse los muertos en las rocas de la montaña, y, en el camino de Eleusis ó del Pireo, encontrar los héroes la consagración de su gloria en monumentos erigidos á expensas del Estado. Pero, en Roma, todos, después de haber reunido más ó menos honradamente alguna fortuna, compraban el derecho de glorificarse á sí mismos edificándose, como último asilo, pirámides, torres, casas de mármol á cual más presuntuosas, con epitafios llenos de mentiras. ¡Cuán miserable debió parecer semejante vanidad á aquel que miraba al hombre sobre todo más allá del sepulcro! La Roma de los primeros tiempos había sido más modesta en la sepultura de sus héroes. En aquella misma Vía Apia, unos sen-

cillos montículos de tierra señalaban la tumba de los Horacios y de los Curiacios; una simple cerca rodeaba el campo donde se habían batido, y la gran vía rectilínea, describiendo de repente una ligera curva, se contentaba con testimoniar así el respeto debido al sepulcro de los bravos.

Presas de emoción creciente, distraído apenas por las conversaciones ó las preguntas de sus amigos, llegó Pablo al punto culminante del camino, cerca del mausoleo de Cecilia Metela, hija de Quinto Metelo Crético y mujer del triunviro Craso. Sólo allí, se desplegó ante él, inmensa, soberbia, provocativa, la Roma que hacía ya tanto tiempo entreveían sus ojos; visión espléndida iluminada por el sol poniente, con sus innumerables monumentos de mármol y oro, teatros, termas, gimnasios, palacios, arcos de triunfo, basílicas, templos, en honor de todos los falsos dioses; visión tantas veces evocada, campo de batalla en el cual sabía que, de un golpe, iba á luchar con el mundo entero, cita que Jesucristo había dado á su valentía y á su fe. ¿Qué pasó entonces en su alma? Para llegar con mayor seguridad al momento en que entonces se hallaba, había querido seguir prisionero y había mantenido su apelación al César. Su plan había tenido buen éxito. El luchador contemplaba al coloso á quien debía atacar y vencer. Quizás pensó en David marchando contra Goliat. Su mirada seguía en detalle el desarrollo de la gran capital que se desbordaba mucho más allá de las siete colinas, y, con legítima curiosidad, extendíase, de vez en cuando su mano para señalar y preguntar. Debieron de decirle que en el centro se alzaba el Capitolio. Un templo dominaba allí á todos los demás. Véase en la acrotera de su frontispicio, una cuadriga de tierra cocida, adorno que contrastaba, por su sencillez, con las seis columnas dóricas de la fachada que Sila había robado al templo de Júpiter Olímpico de Atenas ⁽¹⁾, pero reliquia venerada de la Roma primitiva,

(1) Plinio, *H. N.*, XXXVI, 5.

porque la arcilla, al hincharse en el horno, contra lo que era de prever, había pronosticado la futura grandeza del imperio ⁽¹⁾. Escudos, estandartes, trofeos del mundo entero, suspendidos de los muros de este templo de Júpiter, brillaban bajo los últimos rayos del sol. Explicarían á Pablo que allí estaba el arca santa del politeísmo romano, y su alma saludó esperanzada el día en que, de aquel mismo punto central, irradiaría sobre el mundo entero la nueva religión que llegaba para matar la antigua, religión cuyo heraldo era él, en espera de ser también su mártir. Un poco más adelante, pero en la misma dirección, le mostrarían el Palatino, la colina donde, en otro tiempo, naciera Roma entre pastores, y, en aquel momento, morada del César, señor augusto, y odiosamente criminal, del mundo entero. No sólo quería llevar allí su propia defensa ante el tribunal imperial, sino proclamar, á la faz de los repletos epicúreos ó de los escépticos estoicos, el nombre de su Maestro Jesús, el Nazareno crucificado; allí quería predicar el Evangelio á los servidores y á los mismos amigos de Nerón. Parécenos ver al pequeño é intrépido judío, cogiendo con mano febril su barba encanecida, tomar, con su mirada obstinada y conquistadora, anticipada posesión de los palacios de Augusto y de Tiberio que dominaban la colina. Penetraba en el pensamiento, en aquella Casa de Oro que acababa de edificar la locura de Nerón para sobrepajar los desvaríos del mismo Calígula, y presentía que con perseverancia encontraría en ella las secretas inteligencias que debían asegurar su triunfo. Los que le rodeaban, al notar la viva y santa agitación que trabajaba en aquel momento su alma, podían decirse: «César hace que le lleven prisionero el hombre que aprisionará á los mismos Césares.» Es cierto que debían transcurrir aún tres siglos antes que la nueva religión levantara la cruz victoriosa en la Roma cristiana, pero no lo es menos que Pablo puso la causa eficaz y definitiva de esta revolución

(1) Plinio, *H. N.*, XXVIII, 4; Plutarco, *Poplic.*, XIII.

el mismo día que sentó su planta en la capital del mundo. Hay que ver y admirar los resultados en los primeros sucesos que los prepararon y produjeron. Sin paradoja, puede decirse que la caridad de las Hermanitas de los Pobres, que albergan hoy sus ancianos en las ruinas de la Casa de Oro de Nerón, y los nutren con las gruesas lechugas nacidas en las tierras amontonadas por los caprichos de este miserable emperador, estaba en germen y en esperanza en las vastas ambiciones que, en aquella hora, trastornaban tan violentamente el alma de Pablo.

Hacía rato que la multitud, más compacta, más agitada, más afanosa, indicaba que se hallaban casi en Roma. De hecho, extendíase la ciudad mucho más allá de su propio recinto. Llegaron pronto á la puerta Apia, llamada hoy de San Sebastián; luego, dejaron á la derecha el sepulcro de los Escipiones; finalmente, pasaron por debajo del arco de Druso, para llegar á la puerta Capena. Allí había el principal barrio de los judíos. Pablo debió entonces separarse de sus amigos. Entraba oficialmente en la ciudad, y le era preciso someterse á las condiciones ordinarias de los prisioneros. El centurión Julio no tenía ya que hacer más que cumplir escrupulosamente su deber. Fué, por tanto, á entregar á Pablo á la autoridad competente. Al despedirse, dejábale un excelente recuerdo de benevolencia y humanidad. ¿Llevábase consigo algo del tesoro de verdad y de vida religiosa que el Apóstol, en las efusiones de su alma, había debido, muchas veces, dejarle entrever? De ello no habla el historiador sagrado, pero es asaz natural suponerlo.

CAPÍTULO V

Pablo en la capital del Imperio

Los pretorianos y los prefectos del pretorio.—Afranio Burro.—Se concede á Pablo una semi-libertad provisional.—Su primera conferencia con los jefes de la colonia judía.—Expone su situación.—Segunda reunión.—La tesis mesiánica.—La resistencia que encuentra Pablo provoca una escisión oficial.—El Evangelio irá á los gentiles.—La gloria de Pablo consiste en haber definitivamente conquistado Roma, punto central de donde el Evangelio debía irradiar á todo el imperio. (*Hechos*, XXVIII, 16-31.)

Pablo y los otros prisioneros fueron entregados al prefecto del pretorio. Sabido es que Augusto, deseoso de conservar bajo el imperio los nombres de las instituciones que habían sido la fuerza y la gloria de la república, se había rodeado, como emperador, de un cuerpo de guardia análogo al que tenían los pretores, con la diferencia de que la cohorte pretoriana habíase hecho rápidamente más numerosa que una legión, y se la había ido alojando en los diversos barrios de Roma para mantener el orden. Bajo el reinado de Tiberio, Sejano estimó más prudente transformar en una especie de ejército permanente á aquellos defensores de la autoridad imperial. Estableció para ellos un campo al noroeste de la ciudad, cerca de las murallas, á la derecha de la vía Nomentana⁽¹⁾, allí mismo donde hoy están acuartelados los soldados del rey de Italia. Como una de las cohortes era destacada, por turno, para montar la guardia en el palacio de los Césares, puede decirse que había regularmente en el Palatino un segundo cuerpo de pretorianos⁽²⁾. En consecuencia, y también para no dejar

(1) Plinio, *H. N.*, III, 9; Tácito, *Ann.*, IV, 5; Dión, XV, 24.

(2) Tácito, *Hist.*, I, 29; Dión, LIII, 16.

en manos de un solo hombre la fuerza militar preponderante que tantas veces sirvió para hacer y deshacer emperadores, acordóse que hubiera dos prefectos del pretorio. Parece muy probable que cada uno de ellos tenía su palacio allí donde mandaba, en el campo militar, ó junto á la casa imperial, en el Palatino. Podría esto dejarnos en la incertidumbre acerca del lugar donde fueron conducidos desde luego Pablo y los otros prisioneros si no hubiese zanjado la cuestión una ordenanza de Trajano, mencionada por Plinio ⁽¹⁾, al precisar que, de derecho, los detenidos debían ser presentados en el propio pretorio del emperador. De otra parte, y sin violentar mucho ⁽²⁾ la fórmula de que parece servirse intencionadamente el historiador, estamos autorizados para creer que en aquel entonces había tan sólo un prefecto del pretorio. En efecto, es casi seguro que Pablo llegó á Roma á fines del año séptimo del reinado de Nerón, bajo el consulado de Cesonio Peto y de Petronio Turpiliano, á principios del año 62 de J. C. Pues bien, sabemos que en aquel entonces, por excepción, no había otro prefecto que el del pretorio; éste era Burro, próximo, sin embargo, á terminar su carrera, pues, á primeros de Marzo del 62, Nerón le envenenó. Tenía su residencia en el palacio imperial, donde, según todas las apariencias, fué conducido inmediatamente Pablo.

Era Afranio Burro de espíritu elevado y tenía el carácter recto de un verdadero soldado. Claudio, á instancias de Agripina, que quería poder apelar á la influencia decisiva de este general, cuando llegase el momento oportuno, habíalo constituido único prefecto del pretorio. Y, de hecho, al mo-

(1) Plinio, *Epíst.*, X, 65, en la cual dice Trajano hablando de un prisionero; «*Vinctus mitti ad praefectos Praetorii mei debet.*» Comp. Filostrato, *Vita Scholast.*, II, 32.

(2) Hay que atormentar tanto menos el texto, cuanto, si bien los prefectos eran dos, nunca era remitido el prisionero más que á uno solo; y además, la frase *ὁ ἑκατόνταρχος παρέδωκε τοὺς δεσμίους τῷ στρατοπεδαρχῇ* falta en los manuscritos más antiguos. Sin embargo, si estas palabras fuesen una interpolación, sería sorprendente no encontrar variantes, y que el autor de la glosa hubiese empleado el singular para designar al prefecto, siendo así que ordinariamente se empleaba el plural.

rir Claudio, en el año 54, presentó Burro por sí mismo el joven Nerón, de quien había sido preceptor juntamente con Séneca, á la guardia pretoriana, la cual lo proclamó César. En los comienzos del reinado de su discípulo, opúsose enérgicamente Burro, con Séneca, á las sangrientas ejecuciones exigidas por Agripina; y, cuando el novel emperador, cuyos instintos se revelaban cada día más sanguinarios, quiso obligarle á teñir sus manos en la sangre de su propia madre, el bravo romano respondió que la misión de los pretorianos era defender la familia imperial, no exterminarla. Su valor debía valerle, tres años después, en el 62, ser envenenado por su discípulo ⁽¹⁾. A él fué probablemente presentado Pablo; porque, si los prisioneros vulgares eran remitidos á los representantes del prefecto, los demás comparecían ante el prefecto mismo.

La relación que el centurión Julio debió hacerle en nombre de Festo y de Agripa, como también lo que él mismo añadió, revelaron en Pablo un acusado de un orden singular. Si, á su vez, el detenido tomó la palabra para exponer su situación, debió parecer que no era posible encarcelar á un hombre que no era enemigo de los demás hombres y que parecía tener, en todo, miras dignas de alguna consideración. Decidióse, pues, que, en espera del día en que sería juzgado Pablo, se le dejase en una especie de semi-libertad. Este favor se concedía alguna vez ⁽²⁾. Un soldado debía seguirle dondequiera que fuese, pero estaba autorizado para alojarse donde lo tuviese por conveniente. Todo nos induce á creer que los amigos que habían salido á su encuentro en la Vía Apia se disputarían el honor de ofrecerle una hospitalidad provisional.

Apenas instalado, procuró Pablo entrar en relación con los judíos, á quienes temía encontrar excitados contra él por cartas llegadas de Jerusalén; no en el sentido de su-

(1) Tácito, *Ann.*, XII, 42, 69; XIII, 2, 20, etc.; XIV, 7, 51, 52. Suetonio, *Nero*, 35.

(2) V. Josefo, *Ant.*, XVIII, 6, 7, donde Antonia obtiene del prefecto del pretorio, Macrón, un tratamiento benigno para Agripa prisionero.

poner en ellos disposiciones análogas á las que había podido observar en la Ciudad Santa, sino en el de que no se atrevía á contar con su sincera benevolencia. El solo hecho de llegar prisionero, después de discusiones religiosas, prevenía los ánimos contra él. ¿No se haría sospechoso de que llegaba para acusar á su pueblo, á fin de defenderse á sí mismo? Hacía ya mucho tiempo que era Roma un foco de rastroterras intrigas, donde los descontentos de todas las provincias, y de Palestina en particular, iban á intentar que prevalecieran sus recriminaciones. Además, la situación de los judíos, que volvían á entrar poco á poco en la capital, de donde los había expulsado Claudio, era tan precaria, que la prudencia más elemental debía aconsejarles hostilidad, más bien que simpatía, por cualquiera que tuviese que responder ante el tribunal del emperador. Después de haber considerado todas estas dificultades, determinóse el Apóstol á convocar, sin tardanza, á sus compatriotas á fin de darles una explicación.

Tres días después de su llegada, es decir, cuando se hubo orientado algún tanto y comenzó á tener una idea más precisa de la Iglesia romana, á la cual escribiera sin haberla visto ⁽¹⁾ y que acababa de recibirle con tanta cordialidad, convocó á los principales de los judíos, presidentes de sinagogas ó jefes de familia, y les dijo: «Varones hermanos, aunque yo nada he hecho contra nuestro pueblo ni contra los ritos paternos, fui preso en Jerusalén y entregado en manos de los romanos. Éstos, habiéndome examinado, me quisieron dar por libre, no hallando cosa por la que yo debiese morir. Mas oponiéndose los judíos, me vi obligado á apelar al César, no como que yo tenga de que acusar á mi nación. Así que por esto os he llamado para veros y hablaros, á fin de que sepáis que por la esperanza de Israel estoy rodeado de esta cadena.»

Este discurso de Pablo, aun en la forma harto resumida en que ha llegado hasta nosotros, ponía exactamente

(1) *Rom.*, I, 11.

las cosas en su punto. Jamás ha sido un revoltoso contra Israel y su Ley, porque el Evangelio que predica es precisamente la resultante y el cumplimiento de esta Ley, de suerte que, para quien sepa ver, la religión cristiana debe aparecer como el desarrollo, eternamente querido de Dios y anunciado por los Profetas, de la religión de Moisés. Coger, hacer apreciar y ofrecer el fruto del árbol, no es ni desconocer, ni renegar, ni matar el árbol. En el fondo, el cristiano no es más que un judío perfecto, y ha sido enorme la injusticia de los de Jerusalén al negarse á reconocer todo lo que hay de consolador, de glorioso, de tranquilizador para el porvenir de Israel en la transformación religiosa propuesta en nombre del Evangelio. Lejos de haber sido jamás el enemigo de su pueblo, Pablo es su amigo más seguro, pues le anuncia, con gran utilidad, la salud, no ya en observancias legales que han llenado su objeto, sino en el acto de fe en el Redentor y en las obras de justicia engendradas por este acto de fe. ¿Era, por ventura, un crimen predicar así la renovación religiosa? No lo ha creído la autoridad romana, cuyos diversos representantes, Lisias, Felix, Festo, han declarado sucesivamente que en Pablo nada había que mereciese ser reprendido. El mismo rey Agripa ha sido de esta opinión ⁽¹⁾. Si no hubiesen mediado contrarias influencias, todo habría terminado indudablemente por un decreto de no ha lugar. Desgraciadamente, los judíos de Jerusalén, obstinándose en considerarle como apóstata y enemigo de la religión mosaica, han procurado hacer coacción á la autoridad judicial de los procuradores, y Pablo, para que se le juzgara con imparcialidad, ha debido apelar al César. Sin embargo, en esta apelación ante la autoridad imperial, no hay ninguna hostilidad contra la nación judía. Ha ido á defenderse á sí mismo, no á acusar á los demás. Ama demasiado á su pueblo para deservirle. Pueden estar tranquilos respecto de sus disposiciones y patriotismo. Más que nadie, cree y

(1) *Hechos*, XXIII, 29; XXIV, 23; XXV, 25; XXVI, 32.

confía en el papel de los hijos de la Ley en la historia religiosa de la humanidad. La prueba está en que, por querer que prevalezcan las esperanzas mesiánicas de su pueblo, se halla entre cadenas. ¿Puede afirmarse con mayor energía su animosa fe en el porvenir de Israel?

Escucharon atentamente estas importantes declaraciones los judíos y, con alguna circunspección, le respondieron: «Nosotros ni hemos recibido cartas de Judea sobre ti, ni ninguno de los hermanos vino á avisarnos ó decirnos mal ninguno de ti.» ¿Eran sinceros al hablar de esta suerte? Cabe hacerse esta pregunta, cuando se piensa en la importancia que el partido jerárquico daba á la personalidad de Pablo, en el odio con que perseguía su obra, en fin, en las constantes relaciones que existían entre las sinagogas de la dispersión y la autoridad central de Jerusalén. Sin embargo, como semejantes denuncias á Roma no tenían razón de ser hasta el momento en que fué decidido que Pablo sería conducido allá, y como esta decisión no fué conocida sino en el preciso instante en que se ejecutaba, supuesto que la partida de Cesárea había seguido muy de cerca á la apelación al César, no sería imposible que ninguna malévola queja se hubiese anticipado al Apóstol. La estación propia para navegar había terminado en el momento mismo en que él se había puesto en camino. Varios, empero, prefieren no ver sino una hábil reserva, que se disimula bajo un tono cortés, en esta respuesta de gente que afectan ignorarlo todo, para dejar á Pablo la facilidad de hablar más libremente. Autoriza un poco esta hipótesis lo que añadieron luego:

«Mas quisiéramos oír de ti qué es lo que tú piensas, pues de esta secta nos es notorio que en todas partes se la contradice.» Estas últimas palabras parecen, á través de una acusación general, encerrar una alusión particular á los desórdenes que, en la misma Roma, en tiempo de Claudio, habían motivado la expulsión de los judíos. Por otra parte, están dictadas por una indiferencia afectada y

próxima á la malevolencia respecto de los cristianos, presentándolos como una secta más turbulenta que importante y cuya presencia en Roma parecen no haber notado. Hablan, en efecto, de la oposición que encuentra en todas partes, sin precisar nada sobre su situación en la capital del Imperio, cuando sabemos, por la Epístola de Pablo, que la pequeña Iglesia romana tenía ya algún renombre en el mundo entero. Pablo, sin profundizar más los sentimientos de que estaban animados sus interlocutores, concertó con ellos una nueva reunión en el domicilio de él para que oyesen sus explicaciones.

Presentáronse, en efecto, más numerosos que la primera vez. Esforzóse el Apóstol en precisar la verdadera noción del reino de Dios. Demostró, indudablemente, que el reino mesiánico debía ser algo enteramente espiritual, y no una dominación temporal, como creían equivocadamente los judíos. En el ideal que evocaba, correspondía una parte gloriosa y consoladora á Israel, supuesto que á él acudiría la humanidad entera y, según palabras de la Escritura, *habitaría en la tienda de ellos* ⁽¹⁾. ¿No era, por ventura, judío el Rey universal y eterno? Y recorriendo una por una todas las promesas formuladas á propósito del Mesías, en Moisés y los Profetas, establecía que se habían cumplido plenamente en Jesús. La conferencia duró desde la mañana hasta la tarde. Probablemente multiplicaron sus objeciones los sabios de la Sinagoga, á las cuales respondía Pablo.

La conclusión no fué la misma para todos los oyentes. Ciertos argumentos, que impresionan un alma buena y leal, dejan indiferente ó aun irritan una naturaleza orgullosa y desconfiada. Abundaron unos en el sentido del Apóstol y creyeron en el Evangelio; los otros no aceptaron su demostración y se obstinaron en desconocer el verdadero carácter del reino mesiánico y la divina misión de

(1) Ya hemos dicho (*Los Orígenes del Cristianismo*, vol. II, pág. 392, nota) que el texto «*Et Japhet habitet in tabernaculis Sem*», significa probablemente *in tabernaculis gloriosis*.—N. del T.

Jesucristo. Estos fueron los más numerosos. De aquí las severas palabras que Pablo les dirigió en el momento en que, procurando disuadir y contradecir á los que se inclinaban á creer, disponíanse á abandonar el local de la reunión: «Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías á nuestros padres: Ve á este pueblo y diles: De oído oiréis y no entenderéis, con vuestros ojos veréis y no distinguiréis; porque el corazón de este pueblo se ha embotado, han tapado sus oídos, han cerrado sus ojos, para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, y convertirse, y yo les dé la salud.» Por sexta vez se invoca este texto en el Nuevo Testamento ⁽¹⁾, denunciando invariablemente, para estigmatizarla, la incredulidad judía. Dios había dicho estas palabras á Isaías en el momento en que le encargaba cumplir con su misión profética en Israel. Desgraciadamente se habían realizado á través de las edades en aquel pueblo extraño, de cabeza dura y obstinado corazón. Pues bien, he aquí que, en la hora decisiva, puesto en la alternativa de escoger entre la vida y la muerte, se afirman en él las mismas disposiciones, y Pablo no vacila en decírselo animosamente. Sólo añade una frase á la terrible profecía, y esta frase constituía la suprema escisión: «Sabed, pues, que á los gentiles es enviada por Dios esta palabra de salud, y ellos la recibirán.» Sí, los judíos serán arrojados del reino, y las naciones ocuparán su lugar.

Oídas estas palabras, retiróse la concurrencia, muy agitada, teniendo entre sí gran contienda sobre lo que acababan de oír.

«Y Pablo permaneció dos años enteros en una habitación que había alquilado, y recibía á todos los que venían á verle, predicando el reino de Dios, y enseñando las cosas que son del Señor Jesucristo, con toda libertad sin que nadie le molestase.»

Con estas palabras, que desesperan con su laconismo ó

(1) *Isaías*, VI, 9, 10, reproducido en *Mat.*, XIII, 14; *Marc.*, IV, 12; *Luc.*, VIII, 10; *Juan*, XII, 40; *Rom.*, XI, 8.

insuficiencia, termina bruscamente su libro el autor de los Hechos. En otra parte hemos procurado indagar el motivo ⁽¹⁾. Más que nunca estamos convencidos de que esta conclusión abrupta y solemne, parecida á la de nuestro tercer Evangelio, supone un libro complementario que Lucas no tuvo tiempo de escribir, ó que, si lo escribió, se ha perdido para nosotros, en razón de las transformaciones apócrifas que, desde muy temprano, sufrió ⁽²⁾.

Sea como fuese, terminaremos aquí la segunda parte de la Obra de los Apóstoles. En la primera, el Evangelio, emancipándose de la Sinagoga, había pasado de Jerusalén á Antioquía, de los judíos á los gentiles; en ésta, ha ido, señalando sus etapas por una serie de conquistas, á través de las provincias del imperio, de Antioquía á la capital del mundo romano del cual toma oficialmente posesión. Si Pedro había ido primeramente á Roma, según hemos supuesto, no se había establecido definitivamente en ella ⁽³⁾, y su acción había quedado sin notable resultado. Pablo, pasando allí dos años, se dedicará á organizar la Iglesia, en espera de que llegue el jefe de los Apóstoles como supremo pastor. Ahora bien, esta Iglesia será en lo sucesivo el punto de donde partirán y á donde volverán todas las misiones que marcharán al mediodía, al norte, á levante y á poniente, para realizar la conquista de la gentilidad. De suerte que la llegada de Pablo á Roma, á fin de establecer en ella el reino del Crucificado, es indudablemente el glorioso coronamiento de su apostolado, digamos la victoria decisiva del Evangelio por su ministerio. Abierta así la brecha, queda asegurada la conquista.

Si Dios nos da tiempo para ello, veremos, en una terce-

(1) V. *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, pág. 33.

(2) Termina, en efecto, por participios, *κηρύσσων καὶ διδάσκων*, dejando en la frase algo de indefinido y que parece reclamar una continuación. Del mismo modo, al final de su Evangelio, mediante participios análogos, *αἰνοῦντες καὶ εὐλογοῦντες*, el mismo autor había preparado la publicación del libro de los Hechos.

(3) V. *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, pág. 304.—N. del T.

ra fase de la Obra de los Apóstoles, la de *Consolidación y Organización de la Gran Iglesia*, el partido que se sacó de la nueva situación conquistada por Pablo para el ejército de Jesucristo-Rey.

FIN DEL TOMO SEXTO

ÍNDICE

LA OBRA DE LOS APÓSTOLES

DIFUSIÓN DE LA IGLESIA CRISTIANA

TERCERA PARTE

TERCER VIAJE DE PABLO Y SUS CONSECUENCIAS

Sección primera: *Pablo revisa y completa el resultado de sus primeras misiones*

CAPÍTULO PRIMERO

LOS ÉXITOS POR PABLO ALCANZADOS HABÍAN ATRAÍDO Á PEDRO Y APOLO A CORINTO

PÁGS.

Pedro va á visitar la Iglesia de Corinto.—El judío alejandrino Apolo en Efeso.—Su cultura helénica, su elocuencia, su situación ante el Evangelio.—Priscila y Aquila forman su educación cristiana.—Va á sostener contra los judíos la Iglesia de Corinto.—Género de su predicación y sus éxitos.—Contraste con la palabra popular de Pedro.—Insuficiencia de nuestros datos acerca de los primeros predicadores del Evangelio. (*I Cor.*, 12; *III*, 22; *Hechos*, XVIII, 22-23).

5

CAPÍTULO II

PABLO EN ÉFESO

Partida de Antioquía y visita á las Iglesias de Galacia y de Frigia.—Llega Pablo á Efeso.—Los discípulos de Juan Bautista rebautizados reciben el Espíritu Santo.—Ante la hostilidad de los judíos, abandona el Apóstol la sinagoga y enseña en la escuela de Tirano.—Su vida de obrero y de predicador.—Éxito general del Evangelio.—Milagros en nombre de Jesús.—Falsos taumaturgos castigados.—Libros de sortilegio quemados.—Progreso de la fe.—(*Hechos*, XVIII, 23; XIX, 1-20).

19

CAPÍTULO III

GRAVES INCIDENTES EN LA IGLESIA DE CORINTO

Laguna evidente en el libro de los Hechos.—Revueltas y desórde-

nes en la Iglesia de Corinto.—La Epístola magistral que provocan, en sus grandes líneas.—Dirección y acciones de gracias.—Evitar las divisiones.—Lo que debe ser la predicación apostólica.—El caso del incestuoso de Corinto.—Nada de procesos ante los tribunales paganos.—Viciosos é impúdicos.—Matrimonio y celibato.—Viandas ofrecidas á los ídolos.—Actitud de las mujeres en la Iglesia.—Los ágapes y la Eucaristía.—Los dones espirituales y su respectiva utilidad.—Elogio de la caridad.—La resurrección de los muertos.—Recomendaciones finales y saludos.—Fracaso de la epístola.—Súbita presentación de Pablo en Corinto.—Vuelta á Efeso. (*I Cor.*, I-XVI).

38

CAPÍTULO IV

MOTÍN EN ÉFESO.—PARTIDA DE PABLO

La Artemida de Efeso.—El templo y sus facsimiles.—Demetrio el platero suscita un motín.—Escena tumultuosa en el teatro.—Impiden que Pablo se dirija allí.—El judío Alejandro.—El *Grammateus* ó notario público pronuncia un prudente y hábil discurso.—Sosiégase la revuelta.—Pablo abandona á Efeso. (*Hechos*, XIX, 23; XX, 1).

182

CAPÍTULO V

EXCURSIÓN Á MACEDONIA Y SEGUNDA EPÍSTOLA Á LOS CORINTIOS

Sale Pablo de Efeso para dirigirse á Macedonia.—Corta estancia en Alejandría de Tróade.—Tito impacientemente esperado con noticias de Corinto.—Adelántasele Pablo á Macedonia.—Lo que Tito refiere de la mayoría sinceramente adicta á Pablo y de los esfuerzos desesperados de sus adversarios.—Doble impresión de alegría vivísima y de tristeza irritada bajo la cual escribe el Apóstol su nueva Epístola á la Iglesia de Corinto.—Violento contraste entre la primera y la segunda parte de esta Epístola.—En los siete primeros capítulos, enhorabuena, testimonios de satisfacción, pesar de haber sido severo y justificación de lo que ha hecho para asegurarse definitivamente las simpatías de la mayoría que sostiene su causa.—Tras dos capítulos destinados á preparar el éxito de la colecta por los pobres de Jerusalén, viva y victoriosa polémica contra sus adversarios, enérgica reivindicación de la autoridad que se le discute, apología personal, comparación de su obra con la de los otros.—La Epístola, llevada por Tito á Corinto, debía producir el mejor efecto. (*Hechos*, XX, 1, 2; *II Cor.*, I-XIII).

195

CAPÍTULO VI

PABLO EN CORINTO.—EPÍSTOLA Á LOS ROMANOS

Pablo va por tercera vez á Corinto.—Delegados que le acompañan.—Su inquietud respecto de la joven Iglesia de Roma.—Lo que po-

día ser entonces aquella comunidad.—El proyecto que alimentaba Pablo de fusionar á judíos y gentiles bajo el yugo del Evangelio explica la Epístola magistral que escribió entonces.—Preámbulo de la Epístola á los Romanos.—*Parte doctrinal*: El Evangelio es para salvar á judíos y gentiles, y la salvación viene por la fe; antes del Evangelio, judíos y gentiles estaban bajo la acción de la cólera divina; el Evangelio ha revelado un medio de salvación; tal es la fe, y no la Ley, de suerte que este medio está á disposición de todos; no hay que prevalerse de ser descendiente de Abraham; por lo demás, este patriarca fué también justificado por la fe; la justificación viene por Jesucristo, como la muerte viene por Adán; consecuencias morales de nuestra liberación; el papel funesto de la Ley y la libertad en Jesucristo; los judíos rechazados, y el verdadero plan providencial realizado.—*Parte práctica*: Regla de conducta del verdadero discípulo del Evangelio; los cristianos y los poderes públicos; la ley del amor; los fuertes y los débiles; gentiles y judíos.—*Conclusión*: Motivos que tuvo Pablo para escribir la Epístola; una palabra en favor de Febe, que ha de llevarla; Salutations y bendición final. (*Hechos*, XX, 2, y *Epístola á los Romanos*).

259

CAPÍTULO VII

FIN DE LA TERCERA MISIÓN DE PABLO.—VUELTA Á PALESTINA

Partida de Corinto.—El complot descubierto.—Estación en Macedonia.—Después en Tróade.—El incidente del joven Eutico.—Pablo va por tierra á Asos.—El navío que toma toca sucesivamente en Mitilene, Chíos, Samos, Trogilio y Mileto.—Discursos á los ancianos de Efeso.—Continuación del viaje por Cos, Rodas, Pátara, Tiro, Tolemaida y Cesárea.—En casa del diácono Felipe.—A pesar de todos, Pablo subirá á Jerusalén. (*Hechos*, XX, 3; XXI, 14; *I Cor.*, XVI, 6).

395

Sección segunda: *Lo que siguió á la tercera excursión apostólica de Pablo*

CAPÍTULO PRIMERO

VIAJE FATAL Á JERUSALÉN

Pablo, en Jerusalén, se hospeda en casa del cipriota Mnasón, uno de los primeros discípulos del Evangelio.—Dispénsanle buena acogida los hermanos.—Reunión en casa de Santiago.—Lo que Pablo esperaba de ella y lo que se siguió.—Consejo de ir á presentar cuatro nazareos al Templo.—Motín en el Lugar Santo.—Interviene la guarnición romana.—Discurso de Pablo desde lo alto de la escalera de la fortaleza Antonia.—No se puede dar tormento á un ciudadano romano.—Comparecencia é incidentes violentos ante el Sanedrín.—Pablo arrancado á sus enemigos.—El Señor le anima y le señala á Roma como teatro de su próximo apostolado. (*Hechos*, XXI, 15; XXIII, 11).

412

CAPÍTULO II

PABLO ENVIADO CON ESCOLTA Á CESÁREA

	PÁGS.
Complot contra la vida de Pablo.—Un sobrino del Apóstol le avisa.—Precauciones tomadas al punto por la autoridad romana.— <i>Elogium</i> dado por el tribuno Lisias.—Pablo conducido con buena escolta á Antipátride.—Llegada á Cesárea y presentación al procurador Félix. (<i>Hechos</i> , XXIII, 12-35).	437

CAPÍTULO III

PABLO CAUTIVO EN CESÁREA

El procurador Félix, su historia y su carácter.—Llegan los judíos con su abogado Tértulo.—Discurso de éste y respuesta de Pablo.—La sentencia es prorrogada <i>sine die</i> .—Pablo ante Félix y Drusila.—Dos años de cautiverio en Cesárea.—Porcio Festo reemplaza á Félix.—Renuevan los judíos de Jerusalén el proceso sin más éxito que la primera vez.—Pablo apela al César.—Su apología ante Agripa y Berenice.—Sin la apelación al César, habría sido absuelto y puesto en libertad. (<i>Hechos</i> , XXIV-XXVI).	444
--	-----

CAPÍTULO IV

DE CESÁREA Á ROMA

Pablo prisionero, bajo la custodia del centurión Julio, se embarca para Italia y remonta la costa de Asia Menor.—Arribada á Sidón.—Transbordo en Mira á un navío de Alejandría.—Vientos contrarios.—Se refugian en Buenos-Puertos en la costa meridional de Creta.—Llegada del invierno.—Horrorosa tempestad y descripción sorprendente del naufragio.—Malta y parada que en ella hicieron.—El <i>Castor-y-Polux</i> conduce á Pablo á Puzzolo.—El Foro de Apio y las Tres-Tabernas.—Llegada á Roma. (<i>Hechos</i> , XXVII, XXVIII, 16).	472
--	-----

CAPÍTULO V

PABLO EN LA CAPITAL DEL IMPERIO

Los pretorianos y los prefectos del pretorio.—Afronio Burro.—Se concede á Pablo una semi-libertad provisional.—Su primera conferencia con los jefes de la colonia judía.—Expone su situación.—Segunda reunión.—La tesis mesiánica.—La resistencia que encuentra Pablo provoca una escisión oficial.—El Evangelio irá á los gentiles.—La gloria de Pablo consiste en haber definitivamente conquistado Roma, punto central de donde el Evangelio debía irradiar en todo el imperio. (<i>Hechos</i> , XXVIII, 16-31).	501
--	-----

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el libro titulado: LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO, Tomo VI, 3.º de la 2.ª parte, *La Obra de los Apóstoles*, escrito en francés por Mons. Le Camus, Obispo que fué de La Rochela y Saintes, y traducido al castellano por el Dr. Don Juan B.ª Codina y Formosa, Pbro., mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final del libro y entréguese dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Barcelona, 21 de Marzo de 1910.

El Provicario General,
JUSTINO GUITART

Por mandado de Su Señoría,
LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro., *Scric. Can.*

ADVERTENCIA:

En la página 208 aparecen invertidas las notas 2 y 3; en la página 388, línea 17, sobra la palabra *sin* antes de *κοιύσας*; en la página 393, línea 26, dice: Ceneres, Pebea; léase: Cencreas, Febe; finalmente, en la página 394, línea 8, dice: Pebea; léase Febe.

HEREDEROS DE
JUAN GILI



EDITORES